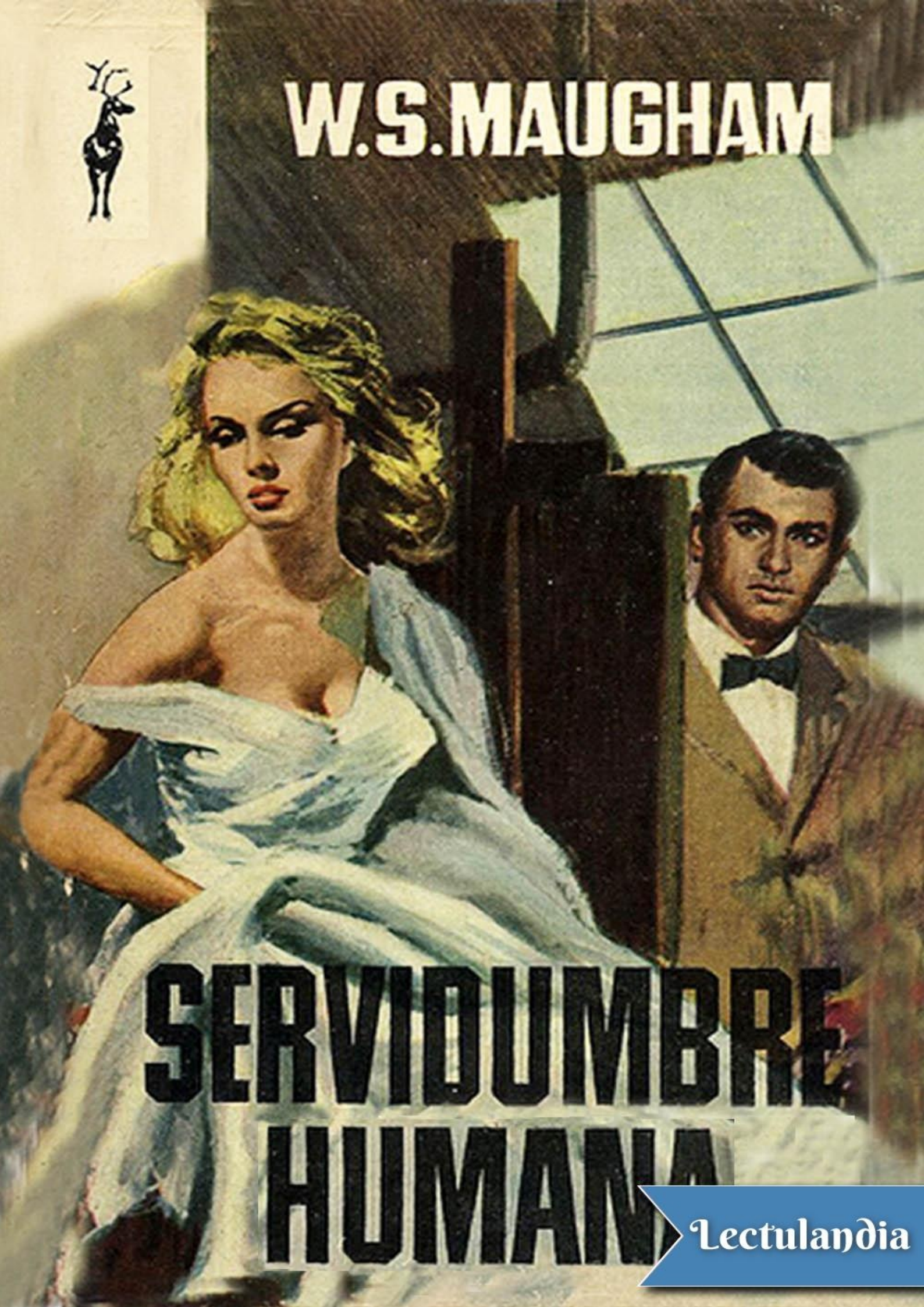

Lectulandia

Servidumbre humana (Of Human Bondage, 1915) fue calificada por los críticos de la época como "una de las novelas más importantes del siglo XX." El libro parece ser bastante autobiográfico (la tartamudez de Maugham se transforma en una deformación congénita de los pies de Philip Carey, el vicario de Whitestable se convierte en el vicario de Blackstable, y Philip Carey es un médico) no obstante el mismo Maugham insistió que se trataba de invención más que de realidad. En todo caso, la estrecha relación entre ficción y realidad fue una de las características de la obra de Maugham, a pesar de la obligada declaración legal sobre el hecho de que "los personajes [de ésta o aquella obra] son completamente imaginarios". En 1938 escribió: "Realidad y ficción están tan mezcladas en mi obra que ahora, echando una ojeada en ella, difícilmente puedo distinguir la una de la otra."

A través de su protagonista principal, Philip Carey, *Servidumbre humana* desgrana una historia de formación y sufrimiento abarcando diversas fases de la juventud y la sensualidad humana. Su orfandad, las humillaciones sufridas en la escuela a causa de su defecto físico en un pie —como en el caso de su autor, por la tartamudez— desarrollaron en Philip un carácter introspectivo y extremadamente sensible, al tiempo que se formó en él "…el más exquisito hábito humano: el de la lectura". Su rebeldía, plasmada en su descreimiento religioso y en sus ansias de aventura y libertad, provino de aquella falta de mayor cariño. En París vivirá infructuosamente el sueño de convertirse en artista; y las sucesivas etapas de su vida —los estudios de medicina en Londres, su desaforada pasión por una mujer vulgar pero seductora, el hambre y la pobreza…— buscarán la respuesta al sentido de la existencia, a cuál debe ser la idea rectora que la guíe. Pero sólo en uno mismo está poder descubrirlo: vivir será tejer el tapiz del propio destino por la satisfacción de llevar a cabo la obra; y al comprenderlo, el protagonista encontrará inesperadamente la paz.

Lectulandia

William Somerset Maugham

Servidumbre humana

ePUB v1.0
pepotem2, jlmarte 16.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Of Human Bondage*,
William Somerset Maugham, 1915.
Traducción: Enrique de Juan

pepotem2, jlmarte (v1.0)
ePub base v2.0

PRÓLOGO

Me parece un tanto absurdo escribir un prólogo para una novela ya de por sí muy larga; pero es el caso que, cuando se publica un libro escrito muchos años antes, los lectores desean siempre algo de este género con el fin de que estimule su apetito; en consecuencia, me he pasado varios días preguntándome qué podría decirles que los satisficiera.

Esta novela era en un principio más breve, y fue escrita entre los últimos meses de 1897 y los primeros de 1898. Se titulaba entonces, no sin cierta presunción. El temperamento artístico de Stephen Carey. *La novela terminaba en el momento de alcanzar el protagonista los veinticuatro años, que era la edad que yo tenía cuando estampé la palabra «Fin». Le hacía partir para Ruán, ciudad que yo conocía por haberla visitado rápidamente, en plan de turista, en dos o tres ocasiones, y también para Heidelberg —lo mismo que en* Servidumbre humana—, *localidad esta última que conocía perfectamente;* l*e hacía estudiar música —de la que no entendía entonces nada y hoy entiendo muy poco— y también pintura, materia de la que por lo menos en años sucesivos he conseguido comprender alguna cosa. Nunca me he sentido con el valor suficiente para releer el manuscrito de mi antigua novela, e ignoro si posee algún mérito. Fue rechazado por dos o tres editores porque, según ellos, el episodio de miss Wilkinson lo hacía poco apropiado para una casa editorial importante. Y cuando al fin encontré a un editor dispuesto a correr el riesgo de su publicación, no quiso entregarme las cien libras que a mí se me habían metido entre ceja y ceja que debía obtener como mínimo por mi trabajo. En vista de ello guardé el manuscrito y no volví a pensar en él.*

Pero, cosa extraña, no basta con escribir un libro para liberarse; es necesario también publicarlo; además, yo no podía olvidar las personas, los acontecimientos, los incidentes de que se componía el mío. En el curso de los diez años siguientes viví otras muchas experiencias y conocí a otras muchas personas. El libro continuó formándose solo en mi mente y muchos acontecimientos de mi vida encontraron sitio en él. Algunos de mis recuerdos eran tan insistentes que no podía deshacerme de ellos ni durante el sueño. Había llegado a ser un comediógrafo de discreta notoriedad. Ganaba bastante y los empresarios se apresuraban a contratar a los actores que habían de representar cada comedia mía antes de que yo hubiese terminado el último acto. Pero mis recuerdos no querían dejarme en paz. Llegaron a constituir tal tormento para mí que decidí abandonar el teatro mientras no pudiera liberarme de ellos. El libro me tuvo ocupado durante dos años. Me sentía desconcertado ante el volumen que iba adquiriendo, pero yo no escribía por gusto; escribía para librarme de una obsesión insoportable. Y conseguí mi objeto. Electivamente, después de haber corregido las pruebas, todos los fantasmas que me

habían perseguido desaparecieron y ya no fui molestado más por los personajes y por los incidentes que les concernían. Ahora, al pensar en ellos —no he vuelto a leer ni una sola línea—, me costaría decir en qué parte del libro hay hechos reales y *en cuál otra* invención: *qué parte describe acontecimientos que sucedieron realmente —a veces relatados con entera exactitud, a veces transformados por una ardiente imaginación— y en cuáles se narra lo que yo hubiera querido que sucediera*.

El libro apareció en 1915. Hacía ya un año que la guerra había estallado y se suponía que el público estaba cansado de leer partes de guerra, crónicas de enviados especiales y de artículos de estrategas de café, los cuales profetizaban que todo acabaría pasadas unas cuantas semanas. Una novela podía constituir un aliciente. En suma, mi libro fue acogido bastante bien. Recuerdo que los periódicos más importantes le prestaron una respetuosa atención, si bien manteniendo su entusiasmo dentro de límites razonables. El triunfo que había obtenido como escritor de comedías ligeras los predisponía a considerar con desconfianza un libro salido de mi pluma. Por otro lado mi libro apareció tarde en el mercado. El final de mi novela fue criticado severamente. Se dijo que el matrimonio feliz era una conclusión demasiado convencional; no se alcanzaba a comprender cómo podía yo admitir que mi protagonista, con su carácter inquieto y atormentado, encontrase la felicidad junto a una mujer tan mediocre. El público hubiera preferido que el protagonista se hubiese marchado solo por el mundo, en continua lucha contra el ambiente hostil. Pero yo no tenía hechos en qué fundarme. Las mujeres creen que el hombre desea que su vida transcurra en una compañía capaz de comprender todos sus modos de pensar; le ven, inspirado por ellas, lanzándose a conseguir las metas más nobles; se consideran como un estímulo espiritual para hacerle lograr las más altas ambiciones; encuentran razonable que deseen discutir los graves problemas del espíritu y que exista entre ellos el «Debe» y el «Haber» de dos intelectos iguales. Yo creo que ésa es la mujer ideal para muchos hombres, pero no para muchos escritores. El escritor tiene necesidad de paz y de amor, de paz y de comodidad, de paz y de distracción, de paz y de bondad. Y sus heroínas favoritas le ofrecen todo esto. Cierto que éstas parecen al extraño un poco tontas, y que pocas mujeres dejan de impacientarse, según creo, ante las dulces heroínas de Dickens, de Thackeray, de Anthony Trollope. Pero los escritores sienten gran aprecio por ellas. Becky Sharp es divertida, pero ellos prefieren vivir con la tierna Amelia. ¿Qué escritor ha creado jamás una criatura más adorable que la Fenitchka de Padres e hijos?

Servidumbre humana *triunfó modestamente, pero no conmovió al mundo, y parecía estar condenada al mismo destino que la mayoría de las novelas, esto es, a caer pronto en el olvido. En América, sin embargo, corrió mejor suerte. Teodoro Dreiser firmó un largo artículo elogioso en* La Nación; *otros eminentes escritores siguieron su ejemplo, llamando la atención del público sobre la novela. Desde*

entonces su difusión ha ido en aumento de año en año. De vez en cuando algún conocido escritor trababa conocimiento con el libro, y sus elogios hacían que aumentase el número de lectores. La fama conquistada de este modo volvió a atravesar el Atlántico y los críticos ingleses empezaron a su vez a hablar de la novela. Me siento orgulloso de poder reconocer que debo el buen éxito de este libro, muy especialmente, a los elogios de mis colegas.

Esto es, poco más o menos, lo que pensaba escribir como prefacio. Pero me doy cuenta de que lo que hubiera querido decir sólo tenía interés, en el fondo, para mí. Por otra parte, me parecía difícil decir tantas cosas sin parecer que proclamaba que este libro debe ser considerado como una obra maestra. Yo no lo recuerdo en todos sus detalles, pero estoy seguro de que hay en él graves errores. Representa lo que yo era cuando escribí y me precio de haber llegado a ser mucho más cuerdo, más tolerante y más amable. Conozco bastante mejor la técnica de la novela y creo escribir con un estilo mucho más perfecto. Sin duda, al leer la novela encontraría mucho que cambiar y mucho que tachar. Mas, por suerte, el día antes de decidirme a escribir un prólogo, como Dios me diera a entender, recibía de América una carta que, a mi parecer, lo puede sustituir perfectamente. Hela aquí, omitiendo sólo el nombre del que la escribió:

«Apreciable mister Maugham:

»Soy un joven de dieciséis años y he leído varías de sus maravillosas y exquisitas obras. Si me sirvo de estos adjetivos no es para lisonjear su reconocido genio; no hago otra cosa que intentar describir sinceramente mis impresiones.

»Entre todas me ha parecido Servidumbre humana la más atrayente y la que ofrece más campo al pensamiento. Este libro me ha fascinado de tal manera que, cuando lo estaba leyendo, no veía el momento en que terminasen las horas de escuela para correr a casa y poder seguir atentamente todo cuanto se describe y se narra en él. He asimilado todo lo que un muchacho de mi edad puede asimilar, y también un poco más. Tan ensimismado estaba por la lectura que a veces me ha ocurrido no oír el aviso de que la comida estaba servida, o bien fingía no oírlo, por lo que mi madre se mostraba luego severa conmigo, a juzgar por el tono de su voz, que no hería físicamente, sino moralmente. Durante la lectura veía con entera claridad la vida desdichada de Philip, consecuencia de su deformidad, inferioridad e incapacidad para tratar con el sexo contrario. Cada vez que era infligida a Philip una mortificación yo sufría con él, compartiendo su dolor con profunda simpatía. Me refiero al episodio en que fue obligado a mostrar su pie deforme, y también a los muchos casos dolorosos que le sucedieron cuando se

encontraba entre las garras de Mildred.

»Con la lectura de este libro he aprendido muchas cosas, enseñadas por un hábil maestro: ¡por usted! Además, el libro es de tal riqueza de lenguaje y posee tal cantidad de imágenes que he llegado a la conclusión de que no hubiera podido ser más cautivador ni más interesante. Pertenezco a la masa de los que saben valorar esta obra maestra, como no dudo en clasificarla. Me percato de que desflora casi todas las fases de la vida humana y sensual, y ésta es una de las principales razones por las que me gusta su libro. Y sé que me seguirá gustando hasta el final de la vida ignota que ante mí se abre.

»Comprendo que su tiempo es precioso y temo que esta carta sea para usted una molestia, cuando yo hubiera querido que fuese todo lo contrario.

»Su libro ha proporcionado a mi corazón un gran consuelo y, por lo tanto, deseo aprovechar esta ocasión para rogarle que acepte el sincero agradecimiento de X.»

Aunque dos o tres frases de la anterior carta hieren mi modestia, no puedo abstenerme de publicarla tal como fue redactada, y ruego a los amables lectores que por nada del mundo crean que los elogios se me han subido a la cabeza.

William Somerset Maugham

I

El alba apuntó gris y oscura. Las nubes se apelotonaban en el cielo y la crudeza del aire anunciaba nieve. Una niñera entró en una estancia en la que dormía un niño y descorrió las cortinas de la ventana; dirigió una distraída mirada a la casa de enfrente, una casa revestida de estuco y provista de un soportal. A continuación se acercó a la cama del niño.

—Despierta, Philip —dijo.

Apartó las ropas del lecho, cogió al niño entre sus brazos y se lo llevó al piso de abajo. El niño continuaba medio dormido.

—Tu mamá te llama.

La niñera abrió la puerta de una habitación y avanzó con el niño hasta el lecho ocupado por una mujer: era la madre. Ésta tendió los brazos hacia el niño y el chiquillo se acurrucó junto a ella, sin preguntar por qué le habían despertado. La madre le besó en los ojos, y en sus frágiles manos sintió el calor del cuerpecito del niño a través de la camisa larga de franela. Lo estrechó contra sí.

—¿Duermes, tesoro? —le preguntó.

Su voz era tan débil que parecía venir de muy lejos. El niño no contestó, pero en sus labios apareció una sonrisa. Sintióse feliz en aquel gran lecho caliente, entre aquellos brazos que lo oprimían tierna y afectuosamente. Trató de hacerse aún más pequeño y dio a su madre un sonoro beso. Un momento después cerraba los ojos, quedándose dormido profundamente. El médico se acercó a la cama.

—¡Oh, no me lo quite todavía! —pidió la enferma.

Sin responder, el doctor la miró gravemente. La madre, que sabía que no le permitirían tenerlo más tiempo a su lado, le besó de nuevo; luego pasó la mano por todo el cuerpecito, hasta llegar a los pies; se apoderó del derecho y durante un instante palpó los cinco deditos; más tarde acarició lentamente el izquierdo. Comenzó a sollozar.

—¿Qué tiene usted? —preguntó el médico—. ¿Se siente usted cansada?

La madre, incapaz de pronunciar una palabra, movió la cabeza. Las lágrimas inundaron su rostro. El doctor se inclinó hacia ella.

—Permita usted que me lo lleve.

Demasiado débil para oponerse, la mujer obedeció. El médico entregó el niño a la niñera.

—Es mejor que se lo lleve usted a su cama.

—Sí, señor.

El niño, medio dormido, fue conducido a su lecho. Su madre sollozaba de un modo que partía el corazón.

—¡Pobrecito! ¿Qué será de él?

La enfermera intentó calmarla. Poco después el cansancio terminaba con el llanto de la madre. El doctor se acercó a una mesa donde, bajo la palangana vuelta hacia abajo, yacía el cuerpecito de un niño que había nacido muerto. El médico apartó la palangana para mirarlo. Un biombo separaba la mesita del lecho, pero la mujer adivinó lo que el doctor estaba haciendo.

—¿Era hembra o varón? —susurró a la enfermera.

—Otro varón.

La madre no respondió. Un momento después regresaba la niñera y se acercaba al lecho.

—No se ha desvelado —afirmó.

Hubo una pausa. El doctor tomaba una vez más el pulso a la enferma.

—Creo no poder hacer más por ahora. Volveré después del desayuno.

—Le acompaño, doctor —dijo la niñera.

Salieron en silencio. Ya en el vestíbulo, el médico se detuvo.

—¿Ha avisado usted al cuñado de mistress Carey?

—Sí, señor.

—¿Sabe usted a qué hora llegará?

—No, señor. Espero un telegrama.

—¿Y el niño? Creo que sería mejor llevárselo de aquí…

—Miss Walkins ha dicho que se lo llevará a su casa.

—¿Quién es?

—Su madrina, ¿Cree usted, doctor, que mistress Carey…?

El doctor hizo un signo afirmativo con la cabeza.

II

Había transcurrido una semana. Philip se hallaba sentado en el suelo del salón de miss Walkins, en Onslow Gardens. Siendo hijo único, estaba habituado a jugar solo. La estancia aparecía llena de muebles macizos. Sobre el sofá había tres gruesos cojines y cada sillón tenía el suyo correspondiente. El niño se había apoderado de todos y con ayuda de las sillas doradas, ligeras y manejables, se construyó un refugio en el que podía permanecer oculto a los ojos de los pieles rojas que le espiaban desde sus tiendas. Aplicó su oreja a la alfombra y oyó las pisadas de los búfalos que corrían a través de las praderas. En aquel momento, al oír que la puerta se abría, contuvo la respiración para no ser sorprendido; pero una mano impaciente movió una silla y todos los cojines se vinieron al suelo.

—¡Muchacho! Miss Walkins se enfadará contigo.

—¡Ah, eres tú, Emma! —exclamó Philip.

La niñera se inclinó a besarlo. Luego recogió los cojines y los colocó en su sitio.

—¿Volvemos a casa? —preguntó el niño.

—Sí, he venido a buscarte.

—Llevas un vestido nuevo.

Corría el año de 1885 y la niñera iba compuesta como era costumbre entonces. Lucía un vestido de terciopelo negro con las mangas estrechas y los hombros caídos; la falda tenía tres volantes. El sombrero también era negro, con cintas de terciopelo. La niñera pareció dudar durante unos momentos. La pregunta que esperaba no venía; por lo tanto, no le era posible responder como estaba preparada a hacerlo.

—¿No me preguntas cómo está mamá? —acabó por decir.

—¡Ah, me había distraído! ¿Cómo está?

Por fin había llegado el momento.

—Mamá está perfectamente y es muy feliz.

—¡Oh, qué contento estoy!

—Se ha marchado. No la verás nunca más.

Philip no comprendió lo que aquello quería decir.

—¿Por qué?

—Tu mamá se ha ido al cielo.

La niñera rompió en sollozos, y Philip, sin saber por qué, la imitó. Emma era alta y huesuda, tenía los cabellos de color claro, y las facciones muy pronunciadas. Había nacido en el Devonshire, y, no obstante los muchos años que llevaba en Londres, no consiguió perder nunca su acento nativo. Conmovida por sus mismas lágrimas, apretaba al niño contra su corazón. ¡Pobre niño! ¡Privado del único afecto del mundo que no es egoísta! Le parecía una cosa atroz que el muchacho tuviera que ser confiado a manos extrañas. Poco a poco fue serenándose.

—Tu tío William te está esperando. Ve a despedirte de miss Walkins y luego nos iremos a casa.

—No quiero despedirme de ella —respondió Philip, deseando instintivamente esconder sus lágrimas.

—Muy bien. Entonces sube en busca de tu sombrero…

El niño obedeció, y cuando regresó con el sombrero encontró a Emma que le esperaba en el vestíbulo. En aquel instante oyó voces en el gabinete de la derecha del comedor y se detuvo. Sabía que miss Walkins y su hermana estaban hablando con sus amigos y pensó —tenía ya nueve años— que si entraba le compadecerían.

—Creo que voy a entrar a saludar a miss Walkins.

—Harías bien.

—Dile que voy a entrar.

Quería producir una buena impresión. Emma llamó y entró.

—Philip desea saludarla, miss Walkins —oyó decir el niño.

La conversación se interrumpió y el niño entró cojeando en el gabinete. Henrietta Walkins era una mujer gruesa, con el rostro encarnado y el cabello teñido. En aquella época, el hecho de teñirse el cabello era muy criticado, y Philip había oído muchos comentarios hostiles a propósito del cambio que se había operado en el color del cabello de su madrina. Miss Walkins vivía con una hermana mayor, la cual había aceptado serenamente la vejez. Dos señoras, a las que el niño no conocía, se encontraban también en el gabinete, haciendo una visita a las dueñas de la casa; mientras, contemplaban al muchacho con curiosidad.

—¡Pobre niño! —exclamó miss Walkins abriendo los brazos.

Y empezó a llorar. Philip comprendió entonces por qué su madrina no había aparecido por el comedor a la hora del almuerzo y por qué llevaba un vestido negro. Miss Walkins lo abrazó sin poder pronunciar una palabra.

—Me voy a casa —dijo al fin el muchacho.

Se libertó de los brazos de su madrina, la cual lo besó de nuevo. A continuación el niño se acercó a saludar a la hermana de su madrina. Una de las señoras que estaban de visita le preguntó si podía besarlo; el niño le contestó gravemente que sí. Saboreaba en lo más íntimo de su ser la sensación que producía sobre aquellas mujeres llorosas, y hubiera querido prolongarla, pero comprendió que estaban esperando que se marchara, pues Emma le aguardaba. Salió de la estancia. Emma había descendido a la planta baja y hablaba con una amiga. Tuvo que esperarla en el rellano de la escalera. Mientras aguardaba, oyó la voz de Henrietta Walkins:

—Su madre era mi mejor amiga. ¡No puedo hacerme a la idea de que ha muerto!

—No debías haber ido al entierro, Henrietta —contestó su hermana—. Estaba segura de que te trastornaría.

A continuación habló una de las visitantes:

—¡Pobre niño! Es horrible pensar que está solo en el mundo. He notado que es cojo.

—Sí, tiene un pie contrahecho. Era un gran dolor para su madre.

Volvió Emma. Llamó a un coche y le dio la dirección al cochero.

III

Cuando llegaron a la casa donde había muerto mistress Carey, situada en una señorial y melancólica avenida de Kensington, entre Notting Hill Gate y High Street, Emma condujo a Philip al salón. Su tío estaba escribiendo algunas cartas dando las gracias a todos los que habían enviado coronas de flores. Una de las coronas, llegada después del entierro, permanecía sobre la mesa del vestíbulo.

—He aquí a Philip, señor —dijo Emma.

Mister Carey se puso en pie lentamente y estrechó la mano del niño. A continuación se acercó a él y se inclinó para besarle en la frente. Era de mediana estatura, con marcada tendencia a la obesidad; su cabello, largo por detrás, lo peinaba hacia delante para ocultar la calvicie. Llevaba la cara perfectamente rasurada, y sus facciones eran regulares y podía suponerse que de joven había sido guapo. De la cadena de su reloj pendía una cruz de oro.

—Ahora vendrás a vivir conmigo, Philip —dijo—. ¿Estás contento?

Dos años antes Philip había sido enviado a pasar una breve temporada al vicariato, cuando estaba convaleciente de un ataque de varicela. Pero más que acordarse de su tío y de su tía el niño se acordaba de una terraza y de un gran jardín.

—Sí.

—Debes considerar a tu tía Louisa y a mí como si fuéramos tu padre y tu madre.

El niño enrojeció y su boca tembló ligeramente, pero no respondió una palabra.

—Tu pobre mamá te ha dejado a mi cuidado.

Mister Carey no se expresaba con mucha facilidad. Al recibir la noticia de que su cuñada se hallaba moribunda habíase apresurado a marchar a Londres, pero durante el viaje no había pensado en otra cosa que en el trastorno que para él sería verse obligado a hacerse cargo del huérfano. Tenía más de cincuenta años, y su mujer, con la que se había casado a los treinta, no le había dado hijos. La perspectiva de tener un niño en casa, que podría resultar travieso y mal educado, no le hacía mucha gracia. Por otra parte, nunca había querido mucho a su cuñada.

—Mañana te conduciré a Blackstable —añadió.

—¿Con Emma? —colocó su mano en la de la mujer, que se la estrechó.

—Mucho me temo no poder llevar a Emma con nosotros.

—Pues yo quiero que venga.

Rompió a llorar y la niñera no pudo menos que imitarle.

Mister Carey los miró desorientado.

—Será mejor que me deje solo con Philip.

—Muy bien, señor.

Philip se agarró a Emma, pero ésta se separó dulcemente. Mister Carey sentó al niño sobre sus rodillas y le pasó un brazo por los hombros.

—No debes llorar. Eres ya demasiado crecido para tener una niñera. Procuraremos enviarte a la escuela.

—¡Quiero que Emma venga conmigo! —repitió el niño.

—Cuesta demasiado, Philip. Tu padre no ha dejado mucho dinero, y no sé qué destino ha dado a su pequeño patrimonio. Habrá que economizar al céntimo.

Mister Carey había ido el día antes a hablar con el notario de la familia. El difunto padre de Philip había sido un cirujano con muy buena clientela, y con el sueldo que recibía como director del hospital podía suponerse que su posición económica era discreta. Por lo tanto, constituyó una sorpresa, al morir prematuramente, a consecuencia de una infección, que dejara a su viuda solamente su seguro de vida, lo que rentaba su casa de Bruton Street y muy poco dinero más. Esto había acontecido seis meses antes. Y mistress Carey, que estaba delicada de salud, al verse sola con un hijo, perdió la cabeza, aceptando la primera oferta que le hicieron para la compra de la casa. Guardó sus muebles en un almacén y alquiló por un año una casa amueblada, pagando por ella una suma que al párroco le pareció escandalosa. La culpa de esto la tenía el no haber pensado en otra cosa que en el nacimiento del otro hijo. La joven no estaba acostumbrada a manejar dinero y era incapaz de darse cuenta de las nuevas circunstancias en que se encontraba. Lo poco que tenía se había esfumado sin que nadie supiera cómo; después de haber pagado todas las cuentas quedaban poco más de dos mil libras para mantener al niño hasta que tuviera la edad de ganarse la vida. Era imposible explicar todo esto a Philip, el cual continuaba sollozando.

—Es mejor que ahora te vayas con Emma —dijo mister Carey, pensando que la mujer era más apta que él para consolar al niño.

Sin pronunciar una palabra, Philip se bajó de las rodillas de su tío, pero éste le detuvo.

—Hemos de partir mañana, pues el sábado debo preparar mi sermón. Dile a Emma que recoja tu ropa. Puedes llevarte todos tus juguetes, y si deseas tener un recuerdo de tu padre y de tu madre elige un objeto de cada uno de ellos. El resto ha de ser vendido.

El niño abandonó la estancia. Mister Carey, que no estaba acostumbrado a trabajar, reanudó, un poco fastidiado, su correspondencia. Encima de la mesa había un montón de facturas que le irritaban. Una, sobre todo, le parecía completamente absurda. En cuanto murió la señora, Emma había encargado una enorme cantidad de flores blancas para colocarlas en la habitación de la difunta. Un verdadero despilfarro. Emma tomaba demasiadas iniciativas por cuenta propia. Aunque la cosa no hubiera sido necesaria por razones económicas, la habría despedido igualmente.

Philip se acercó a Emma y, abrazándose a ella, lloró como si el corazón se le despedazara. La mujer intentó consolarle lo mejor que pudo, igual que si se tratara de un hijo propio. Había empezado a cuidarle cuando apenas tenía un mes. Prometió al

muchacho que iría a menudo a verle y que nunca se olvidaría de él. Le habló de la región donde él iba a trasladarse y de su propia casa en el Devonshire, en cuyo corral había dos cerdos y una vaca que acababa de tener un ternerillo, hasta que a Philip se le secaron las lágrimas y empezó a excitarse al pensar en el próximo viaje. Emma lo sentó en el suelo porque tenía mucho que hacer y el niño la ayudó a sacar sus vestidos y a colocarlos en la cama. La mujer lo mandó luego a la habitación de los juguetes para que recogiera todos sus objetos. Poco después el niño jugaba tranquilo y feliz.

Finalmente, se cansó de estar solo y volvió al dormitorio donde Emma estaba metiendo toda su ropa en una gran maleta de cuero. El niño recordó de pronto que su tío le había dicho que podía elegir lo que quisiera entre los objetos de su papá y de su mamá, y preguntó a Emma qué podía elegir:

—Es mejor que vayas al salón y elijas tú solo.

—¡Pero está el tío!

—No importa. Después de todo son objetos tuyos.

Philip se dirigió paso a paso hacia el salón, donde encontró la puerta abierta. Mister Carey no se encontraba allí. El niño miró en torno suyo. Estaban en aquella casa desde hacía tan poco tiempo que muy pocas cosas despertaban en él un interés particular. Aquella habitación le era por completo extraña y Philip no encontró nada que despertase su imaginación, pero sabía perfectamente qué objetos pertenecían a su madre y cuáles al propietario de la casa. Fijó su mirada en un pequeño reloj de pared que gustaba mucho a su madre, según le había oído decir una vez. Con él en la mano, regresó, desconsolado, al piso de arriba. Ante la puerta de la habitación de su madre se detuvo a escuchar. Nadie le había prohibido que entrara, pero él tenía la sensación de que si lo hacía no obraría bien; tenía un poco de miedo y oía los desordenados latidos de su corazón, mas al mismo tiempo algo le impelía a hacer girar el pestillo de la puerta. Lo hizo muy suavemente, como para impedir que el que estuviera dentro le oyera. Una vez hecho esto, atravesó con la mayor lentitud el umbral, permaneciendo un instante en él mientras hacía acopio de valor. No sentía ya miedo; ahora le dominaba una extraña impresión. Cerró la puerta tras sí. Las persianas estaban echadas y la habitación, en aquel día de enero, iluminada por una luz cruda y fría, estaba en sombras. Sobre el tocador veíanse los objetos de mistress Carey y su espejo de mano. En un cacharrito había algunas horquillas. Sobre la chimenea, una fotografía suya y otra de su padre. Philip había entrado muchas veces en aquella habitación cuando su madre no estaba en casa, pero en la actualidad la cosa era distinta. Hasta las sillas mostraban una extraña expresión. La cama estaba hecha como si alguien fuera a dormir en ella aquella misma noche. En una bolsa colocada a los pies de la cama había una camisa de dormir.

Philip abrió un armario lleno de vestidos. Cogió cuantos pudo entre sus brazos y escondió la cara en ellos. Conservaban el perfume que su madre acostumbraba usar.

A continuación abrió los cajones; en ellos había unos saquitos de espliego colocados entre la ropa interior y que despedían un olor fresco y agradable. La habitación fue perdiendo su expresión extraña. A Philip le parecía que su madre había salido a dar un paseo. Volvería dentro de poco y subiría al piso de arriba, a la habitación de los juguetes, para tomar el té con él. Y le parecía estar sintiendo ya sus besos sobre los labios.

No era cierto que no la vería nunca más; no era cierto porque, sencillamente, la cosa era imposible. Se echó en la cama y colocó la cabeza sobre la almohada, permaneciendo tranquilo.

IV

Philip se separó de Emma sollozando, pero el viaje le divirtió, y cuando llegaron a Blackstable se mostraba resignado y alegre. Blackstable se encontraba situado a sesenta millas de Londres. Después de haber entregado el equipaje a un mozo, mister Carey dirigióse a pie, en compañía de Philip, hacia el vicariato, no tardando más de cinco minutos en llegar. Philip reconoció de pronto la cancela. Tenía cinco barrotes y estaba pintada de rojo; giraba con suma ligereza sobre sus goznes y, aunque fuera cosa prohibida, se podía subir uno en ella y hacerla ir hacia delante y hacia atrás. Atravesaron el jardín hasta llegar a la puerta principal que sólo era utilizada por los visitantes dominicales, o bien en las grandes ocasiones, como, por ejemplo, cuando el vicario partía para Londres o bien regresaba. El movimiento usual de la casa se realizaba a través de una puerta lateral y, además, existía una puerta posterior para el jardinero y para los mendigos y vagabundos. Era una casa bastante grande, de ladrillos pintados de amarillo y con el techo de color rojo, que había sido construida, a estilo eclesiástico, hacía veinticinco años. La puerta principal parecía una puerta de iglesia y las ventanas eran góticas.

Como sabían en qué tren iban a llegar, mistress Carey los esperaba en el salón con el oído atento al chirrido de la cancela. En cuanto lo oyó, se puso en pie y se dirigió a la puerta.

Philip empezó a correr torpemente, arrastrando su pie contrahecho; luego se detuvo. Mistress Carey era pequeña y parecía de la misma edad que su marido, tenía el rostro extraordinariamente surcado de profundas arrugas y claros ojos azules. Peinaba su cabello gris siguiendo la moda que imperó durante su juventud, es decir, partido en bucles. Su vestido era gris y llevaba como único adorno una cadena de oro de la que pendía una cruz. Sus modales eran tímidos y su voz dulce y agradable.

—¿Habéis venido a pie, William? —preguntó a su marido en tono de reproche mientras le besaba.

—No me he dado cuenta —respondió el pastor echando una ojeada al sobrino.

—¿No te ha hecho daño andar, Philip? —preguntó la señora al niño.

—No. Estoy acostumbrado.

Este diálogo sorprendió un poco a Philip. Entraron juntos en el vestíbulo, cuyo suelo era de baldosas rojas y amarillas que alternaban con una cruz griega y el Cordero de Dios. Una imponente escalinata de madera conducía al piso superior; era de madera de pino pulimentada y despedía un olor especial. Había sido construida porque cuando acabaron de abastecer de bancos a la iglesia sobró, afortunadamente, mucha madera. La baranda estaba decorada con emblemas de los cuatro evangelistas.

—He mandado encender la estufa pensando que sentiríais frío después del viaje —dijo mistress Carey.

La estufa era grande, estaba colocada en el vestíbulo y solamente se encendía cuando el tiempo era extremadamente crudo o cuando el pastor tenía un resfriado. Pero si era mistress Carey quien tenía el resfriado, la estufa permanecía apagada. El carbón era demasiado caro. Además, a Marian, la sirviente, no le gustaba encender el fuego en tantas habitaciones. Si querían encender tantas estufas debían tomar otra criada. Durante el invierno mister y mistress Carey hacían la vida en el comedor, por lo que bastaba una sola estufa. Y en verano no acababan de habituarse a aquella habitación, de suerte que el salón servía únicamente para que mister Carey durmiera su siesta las tardes del domingo. Pero el sábado hacía encender el fuego en el estudio para poder escribir su sermón.

Tía Louisa condujo a Philip al piso superior y lo entró en una habitación que daba al vial. Frente a la ventana había un gran árbol, del cual el muchacho se acordaba aún, porque tenía las ramas tan bajas, que podía treparse gracias a ellas hasta cierta altura.

—Una habitación pequeña para un niño pequeño —dijo la tía—. ¿No te dará miedo dormir solo?

—¡Oh, no!

En su primera visita al vicariato le había acompañado la niñera, y mistress Carey no tuvo necesidad de cuidarse mucho del niño. Ahora le miraba un tanto incierta.

—¿Sabes lavarte o debo hacerlo yo?

—Sé hacerlo yo —repuso el niño con firmeza.

—Bien; miraré si tienes las manos limpias cuando bajes para el té.

Mistress Carey no comprendía del todo a los niños. Al decidirse que Philip fuera a vivir a Blackstable, ella había pensado mucho en la manera de tratarlo. Quería cumplir con su deber, pero ahora que el muchacho había llegado sentíase tan intimidada delante de él como el muchacho delante de ella. Deseaba que no fuera mal educado ni travieso, pues su marido no amaba a los niños que no fueran comedidos. Mistress Carey buscó un pretexto para dejar a Philip solo, pero después de un momento volvió, y, atravesando el umbral, preguntó al niño si era capaz de echar el agua en la palangana. Después bajaron a la planta y sonó la campana para el té.

El comedor, grande y proporcionado, tenía ventanas a ambos lados y pesados cortinajes de reps rojos. En el centro se veía una mesa maciza y junto a una de las paredes un imponente aparador de caoba provisto de un espejo. En uno de los ángulos había un armario. Al lado de la chimenea estaban colocados dos sillones de cuero cubiertos con una funda de tela. Uno de ellos tenía brazos y era llamado el «marido»; el otro no tenía brazos y era llamado la «mujer». Mistress Carey no se sentaba nunca en el sillón de brazos; tenía siempre tantas cosas que hacer que si su sillón hubiese sido cómodo habría tenido menos interés en dejarlo.

Cuando Philip entró, su tío estaba atizando el fuego e hizo ver al sobrino que había dos badilas. Una grande, nueva, que nunca era usada, se llamaba el «vicario»;

la otra, más pequeña, y que evidentemente había conocido muchos fuegos, se llamaba el «cura».

—¿Qué es lo que esperamos? —preguntó mister Carey.

—He dicho a Marian que te cociera un huevo. He pensado que después del viaje tendrías apetito.

Mistress Carey estaba convencida de que el viaje de Londres a Blackstable era muy fatigoso. Era una mujer que viajaba muy poco, ya que los ingresos no pasaban de trescientas libras al año, y cuando el marido tenía necesidad de unas vacaciones, al no tener bastante dinero para los dos, partía solo. A mister Carey le gustaban mucho los congresos religiosos y sabía arreglárselas para ir a Londres una vez al año; había estado en París cuando se celebró la Exposición y dos o tres veces en Suiza.

Marian trajo el huevo. Se sentaron a la mesa. La silla era demasiado baja para Philip.

—Le pondremos unos libros —sugirió Marian.

Cogió de encima del armario la gran Biblia y el libro en el que acostumbraba leer sus plegarias y los colocó encima de la silla del muchacho.

—¡Pero no puede sentarse sobre la Biblia, William! —exclamó mistress Carey un tanto escandalizada—. ¿No podría cogerse algún libro de tu despacho?

Mister Carey consideró la cuestión durante unos instantes.

—Por esta vez no importa. Puede sentarse sobre el libro de las plegarias —sentenció—. Es un libro compuesto por hombres como nosotros. Nada de divino hay en sus autores.

—No había pensado en ello —respondió tía Louisa.

Philip se sentó sobre el libro, y el vicario, después de haber dicho la plegaria, cortó su huevo.

—Toma —dijo, y puso un pedazo en el plato de Philip—. Si quieres, puedes comerte la clara.

Philip se hubiera comido un huevo entero de buena gana, pero como no se lo ofrecían contentóse con lo que le daban.

—¿Cuántos huevos han puesto las gallinas mientras yo he estado fuera? —preguntó el reverendo.

—¡Oh, se han mostrado muy perezosas! Sólo uno o dos al día.

—¿Lo has encontrado bueno, Philip? —preguntó el tío.

—Muy bueno. Gracias.

—Mañana habrá otro.

Mister Carey tomaba siempre un huevo en el té con leche de los domingos, con objeto de adquirir fuerzas para el servicio de la tarde.

V

Philip empezó a conocer gradualmente a las personas con las cuales tendría que vivir, y oyendo fragmentos de conversaciones, algunas impropias para sus oídos, supo muchas cosas referentes a sus difuntos padres y a sí mismo. Su papá era mucho más joven que el vicario de Blackstable. Después de una brillante carrera como ayudante en el Hospital de San Lucas, había sido nombrado director, empezando a ganar mucho dinero. Gastaba con facilidad. Una vez el párroco había escrito a su hermano pidiéndole que se suscribiera con alguna cantidad a la colecta abierta con el fin de restaurar la iglesia, y había tenido la sorpresa de recibir doscientas libras. El vicario, parsimonioso por temperamento y económico por necesidad, aceptó la suma con una mezcla de sentimientos: envidia hacia aquel hermano que podía desprenderse de una suma como aquélla, alegría por el beneficio que le proporcionaba a su iglesia y una vaga irritación por aquella generosidad que parecía casi una ostentación. En aquella época Henry Carey se había casado con una de sus clientes, bella muchacha sin un cuarto y huérfana, pero de buena familia. Al casamiento asistieron gran cantidad de personas elegantes. El párroco, que fue a visitar a su cuñada a Londres, enjuició las cosas desde su punto de vista. Era muy tímido, y en su interior experimentaba cierta hostilidad hacia la belleza de su cuñada: le parecía que vestía demasiado lujosamente para ser la esposa de un cirujano que se ganaba la vida con su propio esfuerzo; y la calidad de los muebles de la casa, y la cantidad de flores entre las cuales vivían, incluso en invierno, le parecieron una deplorable extravagancia. La oyó hablar de la habitación que se le destinaba, pero la hospitalidad que le ofrecían era tan señorial que, como dijo a su mujer al volver a casa, no hubiera sabido nunca cómo corresponder. En el frutero había visto algunos racimos de uvas que habrían costado lo menos a ocho chelines la libra, y en la comida le habían servido espárragos dos meses antes de que los del huerto del vicariato estuvieran maduros. Ahora todo lo que él había previsto acababa de suceder y el vicario experimentaba la satisfacción del profeta que ve cómo las llamas y la lava destruyen la ciudad que no ha querido enmendarse después de su admonición. El pobre Philip se había quedado sin un cuarto. ¿Para qué habían servido los elegantes amigos de su madre? El niño oyó hablar de la prodigalidad de su padre como de un delito, y de que la Providencia había hecho bien llevándose a su madre: la pobre mujer ignoraba por completo el valor del dinero.

Hacía una semana que Philip se encontraba en Blackstable cuando ocurrió un incidente que irritó mucho a su tío. Una mañana mister Carey encontró sobre el escritorio un paquete que habían mandado a la difunta mistress Carey, siendo reexpedido a Blackstable. Al abrirlo, el párroco se encontró con una docena de fotografías de la joven: sólo la cabeza y los hombros, con el pelo arreglado más

sencillamente que de costumbre, lo que le daba una expresión distinta de la habitual. Tenía las mejillas hundidas y como chupadas, pero nada podía alterar la belleza de aquellas facciones. Sus grandes ojos, de color oscuro, mostraban una tristeza que Philip no recordaba haber visto nunca en ellos. La primera impresión de mister Carey al ver aquel rostro, fue de perplejidad. La fotografía parecía muy reciente y a él no le cabía en la cabeza que se hubieran encargado doce copias.

—¿Tú no sabes nada, Philip? —preguntó.

—Recuerdo que mamá dijo que se iba a hacer un retrato —respondió el niño—. Miss Walkins se lo reprochó… y ella replicó: «Quiero que el niño tenga un recuerdo mío cuando sea mayor.»

Mister Carey se quedó un instante mirando a Philip. El niño hablaba con voz clara y aguda. Recordaba la frase, pero ésta no tenía ningún significado para él.

—Puedes coger una de estas fotografías y llevártela a tu cuarto —le dijo—. Yo guardaré las otras.

Mister Carey envió una a miss Walkins, la cual escribió explicando cómo habían sido hechas. Un día mistress Carey, enferma en la cama, sintióse un poco mejor. El doctor, que la había visitado por la mañana, dio alguna esperanza. Emma estaba fuera con el niño y las otras criadas tenían trabajo en la planta baja. De pronto mistress Carey se sintió desesperadamente sola en el mundo y fue presa de un gran terror ante el miedo de no superar el parto que esperaba desde hacía quince días. Su hijo tenía nueve años. ¿Durante cuánto tiempo se acordaría de ella? No pudo tolerar el pensamiento de que al crecer la olvidaría en tanto que ella lo había amado apasionadamente, lo había amado porque estaba lisiado y era débil. No tenía ninguna fotografía hecha después de su matrimonio, es decir, desde hacía diez años. Sintió el deseo de que su hijo supiera cómo había sido en aquellos últimos tiempos. De esta forma no podría olvidarla. Sabía que si hubiera llamado a la camarera para decirle que quería levantarse lo hubiera impedido y quizás hubiese llamado al doctor, y ella no se sentía con fuerzas para luchar y discutir.

Saltó del lecho y empezó a vestirse sola. Llevaba tanto tiempo en la cama que las piernas se le doblaban y sentía en los pies un doloroso hormigueo. Pero siguió vistiéndose. No estaba acostumbrada a peinarse ella y cuando alzó los brazos para arreglarse el cabello tuvo un mareo. No acertó a peinarse como lo hacía la camarera. Poseía unos bellos cabellos, finísimos, de color de oro. Las cejas eran oscuras. Se puso una falda negra, pero eligió el corpiño de un traje de noche que le gustaba más que todos los otros. Era de damasco blanco, de acuerdo con la moda del momento. Miróse en el espejo. Estaba muy pálida, pero su piel era muy clara. Nunca había tenido color, y aquella palidez producía un bello contraste con el rojo de los labios. No pudo contener un sollozo. Mas no podía perder el tiempo llorándose a sí misma: estaba horriblemente cansada. Se puso el abrigo que su marido le había regalado por

Navidad —¡había sido tan feliz!— y bajó la escalera latiéndole el corazón. Salió de casa sin que nadie se diera cuenta y llegó a casa de un fotógrafo. Tuvo que beber un vaso de agua entre una y otra actitud. El fotógrafo, al verla enferma, le propuso que volviera otro día, pero ella insistió en quedarse. Pagó al fotógrafo, y se hizo conducir hasta la casita de Kensington, que detestaba cordialmente. Era una casa horrible para morir.

Encontró la puerta abierta. Cuando descendía del coche, Emma y la camarera corrieron a ayudarla. Se habían asustado al encontrar la habitación vacía. Al pronto creyeron que habría ido a visitar a miss Walkins y mandaron a la sirvienta a que se informara, la cual volvió acompañada de miss Walkins. Ésta esperaba ahora llena de ansiedad en el salón. Al ver a mistress Carey intentó reñirla, pero el esfuerzo de la enferma había sido tan grande que cayó desvanecida en brazos de Emma, siendo conducida a su habitación. Permaneció sin sentido durante algún tiempo, que pareció increíblemente largo a los que la asistían. El doctor, llamado urgentemente, no se presentó. Hasta el día siguiente, cuando la enferma se sintió un poco mejor, no supo miss Walkins lo que había sucedido. Philip jugaba en el suelo, en la habitación de su madre, y las señoras no prestaron atención a su presencia. El niño comprendía de un modo vago lo que estaban hablando y no hubiera sabido decir por qué razón una frase de las pronunciadas se le quedó grabada en la memoria: «Quiero que el niño tenga un recuerdo mío cuando sea mayor.»

—No comprendo por qué encargó una docena. Bastaba con dos —observó mister Carey.

VI

En el vicariato todos los días eran iguales.

Inmediatamente después del desayuno Marian traía el *Times*. Mister Carey lo compartía con otros dos vecinos. Él lo leía desde las diez hasta la una. A esta hora el jardinero se lo llevaba a mister Ellis, que vivía en Limes, el cual lo tenía en su poder hasta las siete. A continuación era llevado a mister Broocks, propietario de Manor House, quien, en compensación por recibirlo tan tarde, tenía el derecho de quedarse con él. En verano mistress Carey le pedía algún ejemplar atrasado para cubrir sus botes de mermelada. Cuando el pastor empezaba a leer el periódico, su mujer se ponía el sombrero y marchaba a hacer la compra. Philip la acompañaba. Blackstable, pueblo de pescadores, se reducía a una calle principal, en la cual estaban las tiendas, el banco, la casa del médico y la de dos o tres armadores. En las sórdidas callejuelas próximas al pequeño puerto vivían los pescadores y la gente menesterosa, pero como éstos frecuentaban la capilla disidente no eran tomados en consideración. Cuando mistress Carey se tropezaba con el ministro de aquella secta cruzaba el arroyo con el fin de pasar a la otra acera y si le era imposible hacerlo se mantenía con los ojos bajos. ¡Aquellas tres capillas en el paseo principal eran un verdadero escándalo! El vicario no había podido resignarse nunca a verlas y decía que la autoridad debía haber impedido su construcción. Dada la distancia a que se encontraba la iglesia parroquial, situada a dos millas de la ciudad, no era fácil hacer la compra en Blackstable, toda vez que los disidentes eran, la gran mayoría, comerciantes. Por otra parte, no había que pensar en surtirse entre los que no frecuentaban la iglesia. El modo de hacer el clero sus compras podía tener mucha influencia sobre la fe de un negociante. Dos carniceros, excelentes feligreses, no comprendían que el vicario sé sirviera cotidianamente de ambos. La ecuánime decisión de servirse seis meses de uno y seis meses de otro no los satisfacía. El que permanecía, digámoslo así, en reposo, amenazaba continuamente con no ir a la iglesia, por lo cual el vicario se veía obligado a amenazar a su vez; el carnicero haría muy mal no yendo a la iglesia, pero si su iniquidad hubiera llegado al extremo de hacerle frecuentar otra capilla, mister Carey se hubiera visto obligado, por buena que fuera la carne que vendía, a no comprarle ya nunca más. Mistress Carey deteníase a menudo en el banco para transmitir un mensaje al director, Joshua Graves, el cual desempeñaba tres cargos a la vez: maestro de coro, tesorero y administrador de los bienes parroquiales. Alto y delgado, de color amarillento, la nariz demasiado larga y el cabello blanco, aquel hombre parecíale viejísimo a Philip. Llevaba las cuentas de la parroquia y organizaba las fiestas para los coristas y para los alumnos de la escuela, y aunque la iglesia no poseía órgano, el coro dirigido por él pasaba en Blackstable por ser el mejor de Kent. Por ejemplo, cuando había alguna ceremonia, tal como la visita del obispo para

administrar la confirmación o la del decano rural para bendecir la cosecha, Joshua Graves se preocupaba de los preparativos, no dudando en hacerlo todo a su manera, consultando al vicario muy por encima. Éste, aunque tenía buen cuidado de evitar querellas, no estaba muy satisfecho con aquella desenvoltura. Era natural que se creyese el personaje más importante de la parroquia. Mister Carey decía continuamente a su mujer que si Graves no obraba con más prudencia, un día u otro recibiría una buena lección. Pero la mujer le suplicaba que hiciera todo lo posible por soportarlo, teniendo en cuenta que a aquel hombre le movían las mejores intenciones y que no era culpa suya si no era un caballero. El vicario se resignaba a ejercer la cristalina virtud de la paciencia, pero se vengaba dando al director del coro el sobrenombre de *Bismarck.*

Un día surgió entre ellos una grave cuestión, la cual mister Carey todavía la recordaba una que otra vez con espanto. El candidato conservador había anunciado su intención de pronunciar un discurso en Blackstable y Joshua Graves, después de haber organizado la reunión en la sala de las Misiones, se acercó a mister Carey para pedirle que pronunciara algunas palabras. Al parecer el candidato había ofrecido a Graves la presidencia de la reunión. Esto era más de lo que el vicario podía soportar. Tenía una idea concreta sobre el respeto que se debía al hábito. Era ridículo que un administrador de los bienes parroquiales presidiera una reunión de la que formaba parte el vicario. Recordó a Graves que *pastor* significaba *conductor de la grey;* el pastor era, por lo tanto, la persona más importante de la parroquia. A esto respondió Graves que él era el primero en reconocer la jerarquía de la Iglesia, pero que ahora se trataba de política, recordando a su vez al pastor que Nuestro Señor había ordenado a sus discípulos dar al César lo que es del César. El vicario contestó que hasta el demonio podía citar los pasajes de la Sagrada Escritura en su favor, y que como la sala de las Misiones dependía de él, y no le habían ofrecido la presidencia, él retiraría el permiso para que se celebrara en ella una reunión pública.

—Haga lo que le parezca —respondió Graves—, pero creo que la reunión podría celebrarse muy bien en la capilla wesleyana.

Al oír aquello, el vicario replicó que si Graves ponía los pies en lo que era poco menos que un templo pagano no podría ser al mismo tiempo administrador de los bienes de una iglesia cristiana. Graves respondió dimitiendo en el acto y la misma noche mandó a buscar su sotana y su sobrepelliz. Su hermana, que vivía con él y se cuidaba de la casa, dimitió a su vez del cargo de secretaria de la Obra Maternal, institución que distribuía, entre las mujeres pobres y en estado interesante, trajes de lana, una canastilla, carbón y cinco chelines. Mister Carey se sintió feliz al verse al fin dueño de su casa. Pero poco después se vio obligado a hacer frente a una multitud de asuntos que no estaba acostumbrado a afrontar. Joshua Graves, por su parte, pasado el primer momento, lamentó haber renunciado a lo único que le interesaba en

la vida. Mistress Carey y miss Graves, desoladas por aquel rompimiento, efectuaron un discreto cambio de cartas y decidieron arreglar la cosa: de la noche a la mañana la una habló al marido y la otra al hermano, intentando persuadir a aquellos hombres para que hicieran lo que los dos deseaban en el fondo de su corazón; después de tres semanas de ansiedad, se logró la reconciliación. Los dos obraban impulsados por el propio interés, pero atribuyeron su gesto al amor que sentían por el Redentor. La reunión se celebró en la sala de Misiones, siendo presidida por el doctor. El reverendo mister Carey y Joshua Graves pronunciaron sendos discursos.

Después de haber transmitido el mensaje al banquero, mistress Carey cambió dos palabras con la hermana, y mientras las señoras hablaban de los asuntos de la parroquia, del curato o del nuevo sombrero de mistress Wilson —mister Wilson, el hombre más rico de Blackstable, que disfrutaba lo menos de quinientas libras de renta, se había casado con su criada—, Philip, juicioso como un hombrecito, permanecía en el severo saloncillo que era utilizado solamente para recibir a los visitantes, contemplando las continuas evoluciones de unos peces de color rojo que había en una pecera. Las ventanas no se abrían nunca, excepto algunos minutos por la mañana, con objeto de airear la habitación, la cual conservaba un olor a vivienda cerrada que a Philip le parecía como si tuviese una misteriosa relación con el banco.

Más tarde mistress Carey manifestaba que debían ir a la tienda de comestibles. A menudo, después de terminar la compra, descendían hasta una pequeña playa recorriendo una callejuela solitaria habitada por pescadores. (Algunos pescadores se sentaban ante la puerta de su casa para remendar una red, o bien la tendían al sol para que se secara.) Vivían casi todos en casas de madera. A derecha e izquierda se alzaban algunos depósitos de mercancías que limitaban la vista, pero enfrente se veía el mar. Mistress Carey lo contemplaba durante varios minutos. Estaba agitada y parecía de su color amarillento. ¿Qué pensamientos cruzarían por su imaginación? Mientras tanto, Philip buscaba piedras planas para jugar. Más tarde retrocedían lentamente. En la administración de Correos miraban la hora exacta, cambiando un saludo con mistress Wigram, que cosía sentada cerca de la ventana, y poco después entraban en su casa.

Se almorzaba a la una. Los lunes, martes y miércoles se comía carne de vaca asada, triturada y hecha albóndigas; los jueves, viernes y sábados aparecía en la mesa el carnero, y los domingos un pollo procedente de su gallinero. Por la tarde, Philip estudiaba sus lecciones. El latín y la aritmética se los enseñaba su tío, el cual ignoraba tanto el uno como la otra. La tía le daba lecciones de francés y de piano. Del francés sabía bien poco, pero tocaba el piano bastante bien, lo suficiente para poder acompañarse antiguas canciones que cantaba desde hacía treinta años. Tío William solía decir a Philip que cuando él era cura su mujer se sabía de memoria doce romanzas que podía cantar sin vacilar cuando él se lo pedía. También cantaba alguna

vez cuando recibían a alguien en el vicariato. Las personas que los Carey invitaban no eran muchas y siempre eran las mismas: el cura, Joshua Graves y su hermana, el médico y su mujer. Después del té, miss Graves tocaba una o dos *Romanzas sin palabras* de Mendelssohn y mistress Carey *Cuando vuelvan las golondrinas* y *Trota, trota, caballito*.

Pero tales reuniones no eran frecuentes. Los preparativos les daban trabajo y, cuando los invitados se marchaban, quedaban extenuados. Preferían tomar el té solos y una vez terminado poníanse a jugar al *tric-trac*. Mistress Carey procuraba que su marido ganase. Sabía que no le gustaba perder. A las ocho tomaban una cena fría, porque Marian no quería cocinar después del té. La señora ayudaba a levantar la mesa. Mistress Carey solía contentarse con pan y mantequilla y un poco de fruta cocida, pero al vicario se le servía una rodaja de carne fría. Inmediatamente después de la cena, mistress Carey tocaba la campanilla para la plegaria y, a continuación, Philip se marchaba a la cama. Se mostraba rebelde cada vez que Marian quería desnudarle, hasta que en pocos días adquirió el derecho de vestirse y desnudarse solo. A las nueve, Marian llevaba al comedor la plata y los huevos puestos durante el día. Mistress Carey ponía la fecha en cada huevo y anotaba el número en un cuadernito, luego cogía bajo el brazo el cesto de la plata y subía al piso de arriba. Mister Carey continuaba leyendo uno de sus viejos libros, pero al dar las diez se levantaba, apagaba la luz y subía a su alcoba a reunirse con su mujer.

Cuando llegó Philip hubo cierta dificultad en decidir qué noche debía bañarse el niño. No era fácil tener mucha agua caliente porque el calentador no funcionaba bien y era imposible preparar dos baños en un día. El único que tenía cuarto de baño en Blackstable era mister Wilson y se decía que aquel lujo era una ostentación. Marian se bañaba en la cocina el lunes por la noche. Le gustaba empezar limpia la semana. Tío William no se podía bañar el sábado porque el domingo era un día de mucho trajín y el baño le cansaba siempre un poco. Por lo tanto, bañábase el viernes. Por idéntica razón su mujer se bañaba el jueves. Parecía natural que el sábado fuera el día más a propósito para Philip, pero Marian protestó diciendo que no podía tener el fuego encendido el sábado por la noche. Además, con todo lo que tenía que cocinar el domingo, aparte de los platos de dulce y Dios sabe qué otras cosas, no podía bañar al niño y se dijo que bien podría bañarse él mismo. La idea de meter en el baño a un niño intimidaba a mistress Carey. En cuanto al vicario, tenía que pensar en su sermón. Era necesario, sin embargo, que Philip estuviera limpio el domingo. Marian amenazó con marcharse. Hacía dieciocho años que vivía convencida de que nunca le seria aumentado el trabajo. ¡Debían tener un poco de consideración con ella! Pero Philip aseguró que no tenía necesidad de nadie y que se bañaría solo. Así lo iban a resolver. No obstante, Marian afirmó que el niño no se bañaría bien y antes de dejar que anduviese sucio —no porque fuera a entrar en la casa del Señor, sino porque

detestaba a los niños sucios— se resignó a aquel trabajo extraordinario, que había de realizar el sábado por la noche.

VII

El domingo era un día de emociones. Mister Carey solía decir que era el único hombre de la parroquia que trabajaba los siete días de la semana.

Por lo general, levantábanse todos en la casa a primera hora. Le era imposible a un pobre pastor permanecer en el lecho el día que los otros descansaban —decíase mistress Carey cuando Marian llamaba puntualmente a las ocho a su puerta—. Mistress Carey empleaba más tiempo que de costumbre en vestirse. A las nueve, pocos minutos antes que su marido, bajaba a desayunarse ligeramente agitada. Los zapatos del pastor estaban colocados ante el fuego para que se calentaran. La plegaria era más larga que de ordinario y el desayuno estaba más sustancioso. Después del desayuno el vicario cortaba sutiles rebanadas de pan para la comunión y Philip gozaba del privilegio de poderse comer la corteza. A continuación el niño se dirigía al despacho en busca de un gran pisapapeles de mármol, con el cual el vicario comprimía el pan hasta dejarlo casi transparente. Hecho esto lo cortaba en cuadritos. La cantidad era calculada según el tiempo que hacía. Si llovía mucho era poca la gente que iba a la iglesia, y si el día era bello de veras muy pocos permanecían en ella hasta la comunión. La iglesia se llenaba cuando el tiempo era lo bastante bueno para que resultase agradable dar un paseo, pero no lo bastante para permanecer todo el tiempo al aire libre.

Mistress Carey se dirigía a la caja fuerte que había delante de la cocina, en busca del cáliz de la comunión que el vicario limpiaba con una piel de gamuza. A las diez llegaba el coche de alquiler y entonces mister Carey se ponía los zapatos. Mistress Carey empleaba algunos minutos en ponerse el sombrero, y durante este tiempo, el pastor, envuelto en un grueso abrigo, la esperaba en el vestíbulo con la expresión de un mártir cristiano pronto a ser conducido al circo. ¡Después de treinta años, su mujer no se había acostumbrado todavía a estar arreglada a tiempo el domingo por la mañana! Por fin llegaba mistress Carey vestida de raso negro. El vicario opinaba que la mujer de un miembro del clero no podía lucir vestidos de colores chillones, y para el domingo le imponía el negro. De vez en cuando mistress Carey, con la complicidad de miss Graves, se arriesgaba a ponerse en el sombrero una pluma blanca o una flor de color de rosa, pero el reverendo la obligaba a quitarse el adorno diciendo que no podía conducir a la iglesia a una mujer que llamase la atención. Mistress Carey suspiraba como mujer, pero suspiraba como esposa. En el momento de subir al coche, el vicario recordaba que no le habían dado el huevo. ¡Demasiado sabían que lo necesitaba para aclararse la voz! ¡Había dos mujeres en la casa y ninguna de las dos tenía consideración con él! Mistress Carey reñía a Marian y Marian se defendía diciendo que no podía pensar en todo. La criada corría luego a buscar un huevo, mistress Carey lo batía en una copa de jerez, y el pastor se lo bebía de un sorbo.

Después colocaban el cáliz de la comunión en el carruaje y partían.

El carruaje venía del León Rojo y olía a paja podrida. Era preciso mantener cerradas las dos ventanillas para que el vicario no se resfriara. El secretario estaba bajo el pórtico de la iglesia para hacerse cargo del cáliz, y mientras el vicario entraba en la sacristía, su mujer y Philip se instalaban en el banco reservado para ellos. Mistress Carey tenía buen cuidado de poner en su monedero una moneda de seis peniques, que era lo que acostumbraba dar en la cuestación, y entregaba a Philip una de tres peniques con el mismo fin. La iglesia se iba llenando poco a poco y el oficio empezaba.

Philip se aburría durante el sermón, pero si se agitaba inquieto, la tía le ponía una mano en el brazo y le miraba con reproche. El niño sentía que su interés se despertaba cuando se cantaba el himno final y mister Graves daba una vuelta con la bandeja.

Cuando todos se habían marchado ya, mistress Carey se acercaba al banco de miss Graves para cambiar algunas palabras con ella mientras esperaban a mister Carey y a mister Graves, y Philip entraba en la sacristía. Su tío, el cura y Graves llevaban todavía el sobrepelliz. Mister Carey daba al niño, para que se lo comiera, todo el pan bendito que había sobrado. A veces se lo comía él mismo, pues le parecía impío tirarlo, pero el juvenil apetito de Philip le privaba las más de las veces de tal deber. Después contaban el dinero. Había monedas de un penique, de tres y de seis, y entre ellas descollaban dos chelines: el uno lo ponía el vicario y el otro mister Graves. A veces aparecía una corona, y entonces mister Carey ponía toda su atención en enterarse de quién la había dado; desde luego se trataba de un extranjero. El vicario no caía en quién podía ser, pero miss Graves, que había prestado atención, explicaba a mistress Carey que se trataba de un señor de Londres, casado y con hijos. Cuando volvía a casa, mistress Carey explicaba la cosa a su marido y éste se hacía el propósito de pedir a aquel hombre generoso un óbolo para la Sociedad de Previsión Pastoral. Otras veces el vicario le preguntaba si Philip se había comportado bien o su esposa le contaba que mistress Wigram tenía un manto nuevo, que mister Cox no había ido a la iglesia o que parecía que miss Philips estaba prometida. De vuelta al vicariato, todos experimentaban la sensación de que merecían una buena comida.

Después de ésta, mistress Carey se retiraba a sus habitaciones a descansar y su marido se echaba en el diván del salón para dormir una siestecita de tres cuartos de hora.

A las cinco tomaban el té y el vicario se bebía un nuevo huevo a fin de adquirir fuerzas para el servicio de la tarde. Su mujer no asistía nunca al servicio de la tarde, con objeto de que Marian pudiera asistir, pero leía en casa las plegarias y cantaba los himnos. Por la noche mister Carey se trasladaba a la iglesia a pie y Philip trotaba a su lado cojeando. Aquel paseo a lo largo del camino, atravesando campos en la oscuridad, producía una gran impresión al niño, y la iglesia iluminada a la que se iban

acercando poco a poco le parecía muy acogedora. Al principio mostraba una gran timidez ante su tío, pero luego se fue acostumbrando a él y colocaba confiadamente su manita en la del pastor, caminando con mayor facilidad bajo su protección.

A la vuelta cenaban. Junto al fuego, sobre un taburete, estaban las zapatillas del tío y las del niño. Una de las de éste era una normal zapatilla de niño, pero la otra se hallaba deformada completamente. Philip se encontraba tan cansado cuando subía a acostarse que no oponía resistencia a que Marian le desnudara. La mujer le daba un beso y le arreglaba el embozo. El niño empezaba a quererla.

VIII

Philip había hecho siempre la vida de hijo único, y de ahí que su soledad en el vicariato no le pareciera mayor que la de los tiempos en que vivía con su madre. Entabló amistad con Marian. Era una mujercita de treinta y cinco años, hija de un pescador, que entró en el vicariato a los dieciocho años. Se trataba, pues, de la primera casa en que había servido y no tenía intención de dejarla, pero amenazaba a menudo a su amo con un posible matrimonio, cosa que a mister Carey no le habría hecho maldita la gracia. Los padres de Marian vivían en una pequeña casa de Harbour Street, adonde la muchacha iba a pasar las tardes libres. Las historias de mar que contaba despertaban la fantasía de Philip, y las callejuelas cercanas al puerto comenzaron a verse rodeadas de un halo novelesco en la imaginación del muchacho. Una tarde el niño habló de acompañar a Marian, pero la tía no quiso que lo hiciera, temerosa de que se le pegara alguna enfermedad. El tío, a su vez, declaró que la compañía de personas vulgares era nociva a la buena educación. El vicario detestaba a los pescadores, gente basta y grosera que frecuentaba «la capilla». Pero Philip prefería la cocina al comedor y siempre que le era posible llevaba sus juguetes allí para distraerse. Esto no disgustaba a la tía. Era una mujer que odiaba el desorden, y como reconocía que éste era excusable en un niño, prefería que fuese en la cocina donde todo anduviese patas arriba. Cuando Philip hacía demasiado ruido, su tío se impacientaba y hablaba de enviarlo al colegio. Mistress Carey pensaba que Philip era todavía demasiado joven; su corazón se había aficionado a aquel hijo sin madre, pero sus inhábiles tentativas para conquistar el corazón del niño intimidaban a éste, que acogía aquellas demostraciones de cariño de manera tan huraña que llegaban a mortificarla. Algunas veces brotaba de la cocina una aguda risotada, pero en cuanto la tía ponía sus pies en ella, Philip dejaba de reír de pronto, ruborizándose cuando Marian explicaba el motivo de su alegría. Mistress Carey no veía nada cómico en aquello y sonreía haciendo un esfuerzo.

—Parece más feliz con Marian que con nosotros —decía a su marido volviendo a su labor de costura.

—Eso prueba que ha sido muy mal educado —replicaba el pastor—. Es necesario que se le guíe con mano firme.

El segundo domingo después de la llegada de Philip sobrevino un incidente desagradable. Terminado el almuerzo, mister Carey se retiró al salón para dormir la acostumbrada siesta, pero se sentía inquieto y no lograba dormirse. Aquella mañana Joshua Graves había hecho algunas objeciones a ciertos candelabros con que el pastor había adornado el altar. Los había comprado de segunda mano en Tercanbury y le parecía que producían un efecto discreto; pero Graves había dicho que parecían pertenecer a una iglesia católica. Era una crítica que irritaba mucho al pastor, el cual

se encontraba en Oxford durante el movimiento que terminó con la separación de Edward Manning de la Iglesia luterana, y sentía cierta simpatía por la Iglesia romana. No le hubiera disgustado poder hacer un poco más pomposo el servicio de la austera parroquia de Blackstable, y en el fondo de su corazón aspiraba a las procesiones con sus cirios. Pero se contentaba con el incienso. Aborrecía la palabra protestante y se calificaba a sí mismo como católico. Solía decir que los papistas merecían el epíteto de romanos, pero que la Iglesia de Inglaterra era, según él, católica en la más compleja, más pura y más noble aceptación de la palabra. A veces pensaba que su rostro rasurado le daba la apariencia de un cura católico y eso le gustaba; en su juventud poseía, además, un aire ascético que confirmaba tal impresión. A menudo contaba que durante unas vacaciones que pasó en Boulogne —una de aquellas vacaciones en que por economía no le acompañaba su mujer—, encontrándose en el interior de una iglesia católica, el párroco le había invitado a que pronunciara un sermón. Licenciaba a sus curas cuando se casaban, pues tenía opiniones muy concretas sobre el celibato del clero que no disfrutaba de ningún beneficio. Sin embargo, cuando en el curso de una campaña electoral los liberales pusieron en la cancela de su jardín un cartel que decía: «Camino de Roma», sintióse dominado por una violenta cólera y amenazó con denunciar al jefe del partido. Estaba firmemente decidido, dijera lo que dijera Joshua Graves, a no quitar los candelabros del altar, y se limitó a decir dos veces, con voz irritada: *«Bismarck.»*

De pronto oyó un ruido. Quitóse de la cara el pañuelo que lo cubría, se levantó del diván y se acercó al comedor. Philip estaba sentado junto a la mesa y a su alrededor tenía su caja de construcciones. Había construido un enorme castillo, pero un defecto que tenía en los cimientos hizo que el castillo se viniera abajo ruidosamente.

—¿Qué estás haciendo, Philip? Sabes perfectamente que el domingo está prohibido jugar.

Philip le miró un momento asustado y siguiendo su habitual costumbre enrojeció violentamente.

—En casa jugaba siempre —respondió.

—Estoy seguro de que tu querida mamá no te permitió nunca cometer un pecado semejante.

Philip ignoraba lo que era un pecado, pero no quería que nadie imaginara que su madre había permitido que lo cometiera. Bajó la cabeza sin decir nada.

—¿No sabes que es muy malo jugar el domingo? ¿Por qué crees que es llamado «día de descanso»? Esta tarde tienes que ir a la iglesia; ¿cómo puedes presentarte ante tu Creador después de haber desobedecido una de sus leyes?

A continuación le ordenó que guardara sus juguetes y empezó a reñirle mientras el niño cumplía la orden.

—Eres un niño muy travieso —dijo—. Piensa en el disgusto que le das a tu pobre mamá que se encuentra en el cielo.

Philip tenía ganas de llorar, pero dejar ver sus lágrimas a los demás le producía un instintivo horror. Apretó los dientes para contener los sollozos. Mister Carey se sentó en el sillón y se puso a hojear un libro. Philip se acercó a la ventana. El vicariato estaba situado en la carretera que conducía a Tercanbury, un poco apartado del camino. Desde la ventana del comedor se veía un prado semicircular y a continuación una larga franja de campo verde donde pastaban las ovejas. El cielo era gris y bajo. Philip se sintió extraordinariamente desgraciado.

Marian entró para preparar el té y tía Louisa bajó la escalera.

—¿Has dormido bien, William?

—No, Philip ha hecho tal ruido que no he podido cerrar un ojo.

En realidad, lo que le había tenido desvelado eran sus preocupaciones, y Philip pensó que sólo había hecho ruido una vez y que el tío podía haber dormido antes o después. Cuando mistress Carey pidió una explicación, el vicario relató el hecho.

—¿No te había dicho yo que estaba muy mal educado? —dijo al final—. Ni siquiera ha dicho que estuviera arrepentido.

—¡Oh, Philip! Estoy segura de que estás más que arrepentido —afirmó mistress Carey tratando de excusar al niño.

Philip no dijo una palabra y continuó masticando el pan con mantequilla.

Ignoraba qué fuerza interna le impedía pronunciar una palabra de excusa. Le zumbaban los oídos y tenía ganas de llorar.

—No aumentes tu culpa haciéndote el sordo —dijo tío William.

Acabaron de tomar el té en silencio. De cuando en cuando mistress Carey miraba a escondidas a Philip. Pero el vicario no volvió a acordarse más de él. Cuando el niño vio que su tío subía al piso de arriba para prepararse, salió al vestíbulo para ponerse el sombrero y el abriguito. Mas al verle, el vicario le dijo:

—No quiero que aparezcas por la iglesia esta tarde. Me parece que no estás en el estado de ánimo a propósito para entrar en la casa de Dios.

Philip no respondió. Experimentó una gran humillación y su rostro se puso de color púrpura. Sin decir nada miró a su tío mientras éste se ponía el amplio sombrero y el voluminoso abrigo. Mistress Carey, como siempre, lo acompañó hasta la puerta.

Luego se volvió hacia el niño.

—No te entristezcas, Philip. El domingo que viene serás bueno y el tío te llevará con él. —Le cogió el sombrero y el abrigo y condujo al niño al comedor—. ¿Quieres que leamos juntos las plegarias y luego cantemos los himnos acompañados al piano?

Philip negó enérgicamente con la cabeza. Mistress Carey se desconcertó.

—¿Qué quieres hacer, entonces, hasta que vuelva tu tío?

Philip habló por fin.

—Deseo que me dejen en paz.

—¿Cómo se te ha ocurrido decir tal despropósito? ¿No sabes que tanto tu tío como yo no deseamos más que tu bien? ¿No sientes afecto por mí?

—¡Te odio! ¡Querría verte muerta!

Mistress Carey se sobresaltó. El niño había pronunciado aquella frase con tal ferocidad que se sintió impresionada. No supo qué decirle. Sentada en la poltrona de su marido, pensó en su deseo de amar a aquel pobre tullido, huérfano y solo, cuyo afecto deseaba conquistar. No había tenido hijos y, a pesar de la evidente voluntad de Dios de que no los tuviera, su corazón se le encogía al ver los hijos de las demás mujeres. Las lágrimas asomaron a sus ojos y una a una le resbalaron por las mejillas. Philip la miró asombrado. La tía sacó su pañuelo y lloró a lágrima viva. Inesperadamente el muchacho comprendió que la había hecho llorar y experimentó un fuerte dolor. Acercóse a ella y le dio un beso. Era la primera vez que le daba un beso no impuesto. Y la infeliz mujer, tan pequeña dentro de su vestido de raso negro, con el rostro lleno de arrugas, lo rodeó con los brazos y lloró como si se le despedazase el corazón. Pero sus lágrimas eran, en parte, lágrimas de alegría, pues comprendía que el hielo se había roto entre los dos. Quería a Philip, además, con un amor nuevo porque la había hecho sufrir.

IX

El domingo siguiente, mientras el vicario se disponía a entrar en el salón para dormir la siesta —todos sus actos los realizaba con mucha solemnidad— y mistress Carey se disponía a subir a su cuarto, Philip dijo:

—¿Qué debo hacer si no puedo jugar?

—¿No puedes permanecer tranquilamente sentado por una sola vez?

—No puedo permanecer quieto hasta la hora del té.

Mister Carey miró por la ventana. El tiempo era demasiado húmedo y frío para proponerle a Philip que saliera a jugar al jardín.

—¿Sabes lo que puedes hacer? Aprenderte de memoria la plegaria del día.

Cogió el libro de las plegarias, que estaba sobre el armonio y lo hojeó hasta que encontró la página buscada.

—No es larga. Si me la recitas de memoria, sin equivocarte, cuando vengas a tomar el té te daré una parte de mi huevo.

Mistress Carey acercó a la mesa la silla de Philip —le habían comprado una silla — y le colocó delante el libro.

—El demonio encuentra siempre terreno abonado en las manos que permanecen ociosas —observó el reverendo.

Echó un poco de carbón a la estufa para encontrar buena temperatura en el comedor cuando volviera y se dirigió al salón. Se desabrochó el cuello, arregló los cojines y se sentó cómodamente en el diván. Pero pensando que en el salón había un poco de humedad fue al vestíbulo en busca de una manta y se la colocó sobre las piernas envolviéndose los pies. Bajó la persiana para que la luz no le diera en los ojos, aunque el marido había cerrado ya los suyos, y salió de puntillas. Aquel día el vicario sentíase en paz consigo mismo, por lo que diez minutos después dormía, roncando dulcemente.

Era el sexto domingo después de la Epifanía y la plegaria empezaba así: «¡Oh, Dios, cuyo Hijo Bendito se ha manifestado para destruir la obra del demonio y hacer de nosotros tus hijos y los herederos de la vida eterna!» Philip la leyó. No acertó a comprender el sentido. Empezó a recitar las palabras en voz alta, pero muchas de ellas le eran desconocidas y la construcción de la frase le desorientaba.

Le fue imposible meterse en la cabeza más de dos líneas; además, estaba continuamente distraído. Había árboles frutales en el jardín, a lo largo del muro del vicariato, y de vez en cuando una larga rama venía a chocar contra los cristales de la ventana; los corderos miraban con ojos estúpidos cuanto tenían a su alrededor, en el campo, más allá del jardín. Parecía como si su cerebro se hubiera helado. Pero como tenía miedo de no saberse la plegaria a la hora del té empezó a recitarla velozmente, sin intentar comprenderla y repitiéndola como un papagayo.

Mistress Carey no tenía sueño aquella tarde, y a las cuatro, en vista de que no conseguía dormir, bajó al comedor con la idea de hacer recitar la plegaria a Philip para que éste pudiera repetirla delante del tío sin equivocarse. De esta forma mister Carey se mostraría satisfecho y se daría cuenta de que el niño no carecía de corazón. A punto de entrar en el comedor oyó un ruido que la inmovilizó. El corazón le dio un vuelco. Salió silenciosamente de la casa, dio la vuelta al edificio y llegó hasta la ventana del comedor, lanzando una mirada a su interior, sin dejarse ver. Philip continuaba sentado aún donde ella lo había dejado, pero tenía la cabeza entre los brazos, apoyados en la mesa, y sollozaba desesperadamente. Mistress Carey vio el movimiento convulsivo de sus hombros y se asustó. La frialdad del niño —nunca le había visto llorar— la había sorprendido siempre. Pensaba, desde luego, que aquella calma no era sino un instintivo pudor de sus sentimientos: Philip lloraba a escondidas.

Olvidando que su marido aborrecía que le despertaran bruscamente, se precipitó en el salón.

—¡William, William! El niño llora desconsoladamente.

Mister Carey se incorporó, quitándose la manta que tenía entre las piernas.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. ¡Oh, William! No podemos hacer sufrir a esta criatura. ¿Quién sabe si no está llorando por nuestra culpa? Si hubiéramos tenido niños sabríamos cómo tratarlos.

Mister Carey la miró perplejo y desorientado.

—No puede ser que llore porque le he mandado que se aprenda la plegaria. Serán unas diez líneas.

—¿No crees que debería llevarle libros ilustrados para que los hojee? Habrían de ser sobre Tierra Santa. Me parece que no hay nada malo en eso, ¿verdad?

—Perfectamente. Haz como quieras.

Mistress Carey entró en el despacho de su marido. La única pasión de mister Carey era la de coleccionar libros. Cada vez que iba a Tercanbury solía pasar bastantes horas en un establecimiento de libros de lance y regresaba a casa con cuatro o cinco libros desencuadernados y viejos. No los leía nunca, pues había perdido el hábito de la lectura, pero le gustaba hojearlos, mirar las ilustraciones cuando las había y poner orden en las hojas. Cuando llovía, sentíase contento porque podía permanecer en casa sin que la conciencia le remordiese y pasarse la hora de la siesta remendando la piel de Rusia de un viejo tomo con ayuda de un tarro de cola y una clara de huevo. En su variada biblioteca había muchos libros de viajes con grabados al acero y mistress Carey no tardó en encontrar dos que describían a Palestina. Tosió antes de entrar a fin de darle tiempo a Philip que se rehiciera. Intuía que el niño iba a sentirse humillado si le sorprendía llorando. Dio la vuelta al pestillo haciendo ruido. Encontró

a Philip inclinado sobre su libro de plegarias, tapándose los ojos con la mano para que no viera que había llorado.

—¿Te has aprendido la plegaria?

Philip no respondió al pronto. Tenía miedo de que su voz le temblara. Su tía se sintió extrañamente molesta.

—No consigo metérmela en la cabeza —afirmó al cabo el muchacho, respirando con dificultad.

—¡Bah! No importa. Déjala ya. Te he traído libros ilustrados para que los veas. Ven a sentarte en mis rodillas. Los miraremos juntos.

Philip bajó de la silla alta y se acercó a ella cojeando, con los ojos bajos. La tía lo abrazó.

—Mira —le dijo—, aquí es donde nació Nuestro Señor.

Le mostró una ciudad oriental con los tejados de pizarra, con cúpulas y minaretes. En primer término veíase un grupo de palmeras bajo las cuales reposaban dos árabes con sus camellos. Philip pasó su mano por la ilustración, como si quisiera tocar las casas y los trajes flotantes de los nómadas.

—Lee lo que hay escrito —pidió a su tía.

Mistress Carey leyó con su tranquila voz la página siguiente. Era una romántica narración de un viaje realizado a principios de siglo. Un poco enfática, desde luego, pero que tenía toda la fragancia emotiva que el Oriente había despertado en la generación siguiente a Byron y a Chateaubriand. Un minuto o dos más tarde el muchacho la interrumpió.

—Quisiera ver otra ilustración.

Cuando Marian entró y mistress Carey se puso en pie para ayudarla a preparar el té, Philip cogió el volumen y empezó a hojearlo, mirando ávidamente las otras ilustraciones. A su tía le fue difícil convencerle de que dejara el libro y fuese a tomar el té. El niño había olvidado el esfuerzo desesperado que había hecho para aprender la plegaria. Ya no se acordaba de sus lágrimas. Al día siguiente, como llovía, el niño pidió nuevamente el libro. Mistress Carey se lo dio complacida. Hablando con su marido del porvenir del sobrino, había podido comprobar que, lo mismo que ella, la intención de su esposo era dedicarlo al servicio de Dios, y el interés que demostraba el niño por el libro que describía el lugar consagrado por la presencia de Dios parecía un buen presagio. Al parecer, la imaginación del muchacho se inclinaba hacia las cosas sagradas. Pero un par de días después el niño pidió otro libro. El reverendo lo condujo a su despacho y le mostró el anaquel donde tenía los libros ilustrados, eligiendo para él uno sobre Roma. Philip lo cogió con avidez. Las ilustraciones le enseñaron una nueva diversión: leía la página anterior y la posterior a la lámina, en busca del argumento de ésta, y muy pronto perdió su interés por los juguetes.

A partir de entonces fue solo a buscar los libros. Y ya fuera porque su primera

impresión se la había producido una ciudad de Oriente o bien por otro motivo, el caso es que prefería los que hablaban de Levante. Su corazón latía con gran fuerza a la vista de las mezquitas y de los palacios suntuosos. En un libro sobre Constantinopla un grabado le llamó la atención de una manera especial. Representaba una gruta llamada «La sala de las mil columnas», a la que la imaginación popular prestaba una aureola fantástica. La leyenda que leyó le explicó que en la entrada había siempre un barco con el fin de tentar a los imprudentes, pero ninguno de los viajeros que se habían aventurado en la oscuridad había regresado. Y Philip se preguntaba si la barca continuaba su viaje a través de los canales flanqueados de columnas, o bien si fondeaba ante un extraño edificio.

Un día tuvo la suerte de poner la mano sobre una traducción de *Las mil y una noches*. Lo que primero le llamó la atención fueron los dibujos. Más tarde empezó a leer los cuentos que hablaban de magia, y después todos los demás, releyendo muchas veces los que más le gustaban. No pensaba en ningún otro libro. Se olvidaba de la vida que transcurría en torno. Era necesario llamarle dos o tres veces para que fuese a comer. Insensiblemente se formó en él el más exquisito hábito humano: el hábito de la lectura. Ignoraba que con ello se creaba un refugio contra todos los dolores de la vida; mas no sabía, sin embargo, que creaba para su uso un mundo ficticio, que alguna vez chocaría con el mundo real, produciéndose una amarga desilusión. A continuación leyó otras cosas. Era de una inteligencia precoz. Sus tíos, al verle tan aplicado y tranquilo, empezaron a preocuparse de él. Mister Carey poseía tal cantidad de libros, que ignoraba cuáles eran. Leía poco y no recordaba después las adquisiciones, a veces debidas a lo módico del precio. Junto a sermones y homilías, libros de viajes, historias de la Iglesia, vidas de santos, había novelas. Philip acabó por descubrirlas. Las elegía orientándose por los títulos. La primera que leyó fue *Las bujías de Lancashire*, luego *El admirable Crickton*, y muchas más. Cuando empezaba un relato en que dos viajeros solitarios recorrían a caballo el borde de un precipicio, parecía como si él fuera el protagonista de aquel hecho.

Llegó el verano, y el jardinero, un viejo marino, tejió para el niño una hamaca que colgó de las ramas de un sauce llorón. Durante horas y horas, Philip permanecía tendido en la hamaca, oculto a los que pudieran venir al vicariato, leyendo, leyendo apasionadamente. Pasó el tiempo. Vino julio, y a continuación agosto. El domingo la iglesia se llenaba de forasteros y, a menudo, la cuestación subía hasta dos libras esterlinas. Ni el vicario ni su mujer salían mucho al jardín en aquel período. No querían ver caras nuevas y miraban con cierta antipatía a todos los que venían de Londres a veranear al pueblo. La casa de enfrente fue alquilada por un período de seis semanas por un señor con dos niños, el cual mandó a preguntar si Philip quería jugar con los dos muchachos. Pero mistress Carey respondió rechazando cortésmente la invitación. Temía que el contacto con los niños londinenses pudiera corromper a

Philip. Iba a ser un *clergyman y* era necesario preservarlo de toda posible contaminación. Le gustaba considerarlo como un pequeño Samuel.

X

Los Carey decidieron que Philip ingresara en la King's School de Tercanbury, donde todo el clero de los contornos enviaba a sus hijos. Una larga tradición unía aquel colegio a la catedral: su director era canónigo honorario y uno de sus predecesores había llegado a ser archidiácono. Se procuraba inculcar en los niños la afición hacia las órdenes sagradas y la educación era la más apropiada para que se pasara la vida al servicio de Dios. Había adjunta una escuela preparatoria. Se decidió, pues, que Philip ingresara en ésta. Mister Carey lo condujo a Tercanbury la tarde de un jueves, hacia fines de setiembre. Philip estuvo todo el día un poco excitado y también algo abatido. A excepción de lo que había leído en *Diario de un niño* y en *Henry o poquito a poco,* conocía muy poco la vida de colegio.

Cuando en Tercanbury bajó del tren, el muchacho sintió cierta angustia y en el carruaje que los condujo a través de la ciudad permaneció pálido y silencioso. El alto muro de ladrillo que circundaba el colegio ofrecía el aspecto de una prisión. Una puertecita practicada en el muro se abrió a campanillazos de los recién llegados y salió a recibirlos un criado gordo y chato que se hizo cargo inmediatamente de la maleta de Philip y de su caja de juguetes. Fueron introducidos en un salón lleno de muebles pesados y vulgares; las sillas, alineadas a lo largo de la pared, daban a la habitación un aire especialmente severo. Aguardaban al director.

—¿Cómo es mister Watson? —preguntó el niño.

—Lo verás con tus propios ojos —contestó el tío.

Siguió otra pausa. Mister Carey se extrañó de que el director no hubiera aparecido todavía. Philip efectuó un nuevo esfuerzo para hablar.

—Dile que tengo un pie contrahecho.

Antes de que el tío pudiera responder, la puerta se abrió para dejar paso a mister Watson, el cual le pareció gigantesco a Philip. Medía más de un metro ochenta, era de anchas espaldas, y tenía unas manos enormes y una gran barba rubia. Hablaba en voz alta con aire jovial, pero aquella ruidosa alegría hizo que el corazón de Philip se encogiera. El director estrechó la mano de mister Carey y luego cogió la manita de Philip.

—Y bien, jovencito, ¿estás contento de venir al colegio? —gritó.

Philip enrojeció y no encontró palabras con que responder.

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve.

—Debes decir señor director —le corrigió el tío.

—Creo que tendrá que aprender mucho —afirmó alegremente mister Watson.

Para vencer la timidez de Philip empezó a hacerle cosquillas con sus dedos. Intimidado más que nunca, el niño se estremeció al sentir aquel contacto.

—De momento lo he alojado en el dormitorio pequeño. Estarás contento, ¿verdad? —preguntó volviéndose a Philip—. Seréis ocho. Así te sentirás menos solo.

Se abrió la puerta y entró mistress Watson. Era una mujer morena, de pelo negro que se peinaba con una raya en medio. Tenía los labios extrañamente gruesos y la nariz pequeña y redonda. Sus ojos eran grandes y negros, dotados de una expresión singularmente fría. Hablaba poco y sonreía menos. El marido le presentó a mister Carey y empujó a Philip cordialmente hacia ella.

—Es un nuevo alumno, Ellen. Se llama Carey.

Sin responder una palabra, mistress Watson estrechó la mano de Philip y se sentó mientras el director preguntaba a mister Carey a qué grado había llegado la instrucción de su sobrino y en qué libros había estudiado. El vicario de Blackstable, abrumado con aquella ruidosa cordialidad, se levantó poco después para despedirse.

—Será mejor que deje a Philip con usted.

—Perfectamente —respondió mister Watson—. Lo deja usted en buenas manos. Todo saldrá a las mil maravillas. ¿No es verdad, jovencito?

Sin esperar respuesta de Philip, el coloso dejó escapar una ruidosa carcajada. Mister Carey besó en la frente a su sobrino, y acto seguido se marchó.

—Ven, amigo —tronó mister Watson—, te enseñaré la sala de estudio.

Salió del salón a pasos de gigante y Philip le siguió cojeando lastimosamente. El muchacho fue conducido a una gran sala desnuda, atravesada en toda su longitud por dos mesas flanqueadas por bancos de madera.

—No hay ahora ninguno —dijo el director—. Ahora te enseñaré el patio de recreo, querido. Después te las arreglarás tú solo.

Le hizo pasar y Philip se encontró en un gran patio, tres de cuyos lados quedaban cerrados por los altos muros de ladrillo. El cuarto lado era una gran verja de hierro, a través de la cual se alcanzaba a ver un gran prado y algunos de los edificios del colegio. Un niño daba vueltas por el patio, aburrido y arrastrando los pies por la arena.

—¡Oh! Mira a Venning —gritó mister Watson—. ¿Cuándo has llegado?

El muchacho avanzó y el director le estrechó la mano.

—He aquí a un alumno nuevo. Es más alto y tiene más años que tú; por lo tanto, no lo molestes.

Dirigió una mirada amistosa a los dos niños, quienes le oían algo aterrados de su potente voz, y los dejó lanzando una carcajada.

—¿Cómo te llamas?

—Carey.

—¿A qué se dedica tu padre?

—Murió.

—¡Oh! Y tu madre, ¿lava?

—Murió después de mi padre.

Philip pensó que aquella respuesta confundiría al preguntón, pero Venning no estaba dispuesto a renunciar con tan poco esfuerzo a su curiosidad.

—Y bien, ¿lavaba? —insistió.

—Sí —respondió Philip indignado.

—¿Entonces era una lavandera?

—Nada de eso.

—¿Entonces no lavaba?

Se sentía muy satisfecho del éxito de su dialéctica. De pronto descubrió la cojera de Philip.

—¿Qué tienes en el pie?

Philip intentó instintivamente esconder su pie contrahecho tras su pie normal.

—Tengo un pie deforme.

—¿Desde cuándo lo tienes?

—Lo he tenido siempre.

—Déjame verlo.

—No.

—¿Cómo que no?

El niño rubricó esta frase dando un puntapié en la tibia de Philip. Éste, que no se lo esperaba, no tuvo tiempo de apartarse. El dolor fue tan agudo que le quitó la respiración. Pero su sorpresa fue todavía mayor que su dolor. No tuvo la presencia de espíritu suficiente para responder ron un puñetazo. Además, el compañero era más pequeño que él y en el *Diario de un niño* Philip había aprendido que es una bellaquería pegar a uno más pequeño. Mientras Philip se frotaba la dolorida pierna, apareció un tercer niño y su atormentador le dejó en paz. Poco después pudo darse cuenta de que hablaban de él y de que miraban su pie deforme. Experimentó una gran irritación y se sintió muy desgraciado.

Llegaron más niños; doce de una vez, y más tarde otros. Todos hablaron de sus vacaciones, explicando dónde habían estado y describiendo magníficos partidos de *criquet*. Vinieron también alumnos nuevos y Philip se unió a éstos. Mostrábase tímido y nervioso. Hubiera querido hacerse simpático, pero no encontraba nada que decir. Le preguntaron muchas cosas, pero él respondió a todo lacónicamente. Un niño le preguntó si jugaba al *criquet*.

—No, tengo un pie defectuoso.

El otro bajó los ojos y enrojeció. Philip notó que se sentía pesaroso por haberle dirigido una pregunta importuna. Demasiado tímido para dar excusas, el nuevo compañero miró a Philip lleno de confusión.

XI

A la mañana siguiente, cuando la campana despertó a Philip, éste miró estupefacto en torno suyo. De pronto una voz le recordó dónde se encontraba.

—¿Estás despierto, Singer?

Las divisiones entre una cama y otra eran de abeto barnizado, cerradas al pie de la cama por una cortina verde. En aquella época no se preocupaban mucho de airear las habitaciones y las ventanas estaban siempre cerradas, excepto un rato por la mañana, mientras se hacía la limpieza del dormitorio.

Philip, levantándose, se arrodilló para rezar la plegaria. La mañana era fría y el niño sentíase estremecido, pero la tía le había dicho que su plegaria resultaría más grata a Dios si la decía en camisa de noche, antes de vestirse. Esto no le causaba sorpresa, pues empezaba a darse cuenta de que a Dios le gustaba que sus adoradores sufrieran torturas físicas. A continuación se lavó. Había dos baños para cincuenta escolares; cada niño se bañaba una vez a la semana. El aseo cotidiano se llevaba a cabo en una pequeña jofaina colocada en un palanganero de hierro que había en cada departamento. Los alumnos chillaban alegremente mientras se vestían. Philip los escuchaba con suma atención. Luego sonó otra campana y los niños salieron al pasillo y se dirigieron a la sala de estudios, donde se colocaron en sus bancos, a ambos lados de la larga mesa. Mister Watson, seguido de su mujer y los criados, hizo su entrada y les mandó sentarse. El director leyó luego la plegaria con su voz tenante, que parecía amenazar directamente al niño. Philip escuchaba con ansiedad. Mister Watson leyó después un capítulo de la Biblia y los criados se retiraron. Más tarde el criado chato llevó dos grandes teteras y, en un segundo viaje, enormes rebanadas de pan untado con manteca.

Philip sentía poco apetito, y la densa capa de mantequilla, no fresca, le revolvía el estómago, pero notó que los demás alumnos se la quitaban del pan y los imitó. Algunos tenían mermelada y carne en conserva que habían llevado de su casa; otros comían huevos o jamón, que mister Watson se hacía pagar aparte, quedándole bastante ganancia. Cuando mister Watson preguntó a mister Carey si Philip había de recibir «extraordinarios», el reverendo respondió que no era bueno enviciar a los niños. El director adujo que le sobraba razón y que no había nada mejor que el pan con manteca para los niños que crecen. Pero algunos padres tenían la manía de mimar demasiado a sus hijos y deseaban que éstos recibieran «extraordinarios».

Philip notó que aquel trato especial iba unido a una mayor consideración hacia los niños que lo disfrutaban y decidió escribir a tía Louisa manifestándole su deseo de disfrutarlo a su vez.

Después del desayuno los pensionistas salieron al patio. Poco a poco fueron llegando los externos. Eran hijos de los pastores locales, de los oficiales de la

guarnición, de los industriales y hombres de negocios que vivían en la vieja ciudad de Tercanbury. Sonó la campana y los niños pasaron al aula. Ésta consistía en una espaciosa habitación, en la extremidad de la cual dos auxiliares estaban encargados de la segunda y tercera sección. En una pequeña habitación adyacente, mister Watson en persona se encargaba de la primera sección. Estas tres clases preparatorias, anexas al colegio principal, eran llamadas oficialmente secundario superior, secundaria media y secundaria preparatoria. Philip ingresó en esta última. El maestro, un hombre de rostro coloreado y simpática voz, se llamaba Rice. Sabía tratar a los niños, y en su compañía el tiempo pasaba rápidamente. Cuando dio la una menos cuarto y sonó la campana que anunciaba diez minutos de recreo, Philip se sorprendió porque estaba persuadido de que era más temprano.

Todos los escolares se precipitaron bulliciosamente en el patio. Los novatos fueron invitados a ponerse en medio mientras los demás se alineaban a lo largo del muro. Una vez colocados convenientemente, pusiéronse a jugar a una especie de «las cuatro esquinas». Los niños corrían de una pared a la otra cambiando de sitio, mientras los nuevos trataban de cogerlos. Cuando cogían a alguno, éste quedaba prisionero y, a su vez, intentaba coger a los que todavía estaban libres, Philip se fijó en un chiquillo que corría ante él e intentó agarrarle, pero su pie deforme le restaba agilidad. Los demás se dieron cuenta y, acercándose, atravesaban siempre por el sitio en que Philip se encontraba. Uno de ellos tuvo una idea luminosa: imitar su cojera. Los demás lo vieron y se echaron a reír. Todos imitaron al primero y empezaron a correr alrededor de Philip cojeando grotescamente, lanzando gritos agudos y riendo. El nuevo juego los excitó tanto que las risotadas llegaron a ser clamorosas. Un niño dio un empujón a Philip, que cayó pesadamente, hiriéndose en una rodilla. Cuando se puso en pie los otros se rieron todavía más. Otro le dio un empujón por la espalda y se hubiera caído nuevamente si un compañero no le hubiese sujetado. Se olvidaron del juego. Un muchacho intentó un nuevo modo de cojear que sus compañeros encontraron extraordinariamente cómico. Algunos de ellos se echaron al suelo para poderse reír a su gusto. Philip estaba asustado. No podía comprender por qué se burlaban de él. El corazón le latía atropelladamente, hasta privarle de respiración. Nunca había experimentado un terror semejante. Permaneció estúpidamente inmóvil mientras los demás se movían a su alrededor remedándole y escarneciéndole. Le gritaban que los cogiera, pero él no se movía. No quería que le vieran correr. Empleaba todas sus fuerzas en contener las lágrimas.

De pronto sonó la campana y todos entraron. La rodilla del niño sangraba; aparecía cubierto de polvo y tenía el pelo revuelto. Durante algunos minutos mister Rice intentó calmar a los escolares. La excitación que les había producido la extraña novedad aún los dominaba. Y Philip observó que uno o dos de ellos miraban furtivamente su pie. Lo escondió debajo del banco.

Después del almuerzo salieron para jugar un partido de fútbol, pero mister Watson detuvo a Philip.

—Creo que tú no puedes jugar, ¿verdad, Carey? —preguntó.

Philip se sintió enrojecer.

—No, señor director.

—Perfectamente. Pero ¿podrás ir hasta allá?

Philip no tenía idea de dónde se encontraba el campo de juego, mas respondió:

—Sí, señor director.

Los chiquillos salieron acompañados por mister Rice, el cual, al ver que Philip no se había cambiado de vestido, le preguntó por qué no jugaba.

—Mister Watson me ha dicho que podía dejar de hacerlo —respondió Philip.

—¿Por qué?

En su torno se habían agrupado los muchachos, que miraban con curiosidad. Philip, experimentando una profunda vergüenza, bajó los ojos sin responder. Otro respondió por él.

—Tiene un pie deforme, señor maestro.

—¡Ah…! Comprendo.

El maestro era muy joven; hacía sólo un año que había conseguido el título. Se sintió confuso de pronto. Su instinto le impulsaba a excusarse ante el niño, pero era demasiado tímido para hacerlo. Haciéndose fuerte, y en tono brusco, dijo:

—Bien, muchachos, ¿qué esperáis? ¡Caminad!

Algunos habían echado ya a andar y otros se reunieron en grupos de dos o tres.

—Harás mejor en venir conmigo. Carey —dijo mister Rice—. No conoces el camino, ¿verdad?

Philip adivinó la bondad del maestro y sintió que un sollozo le subía a la garganta.

—No puedo andar muy de prisa, señor maestro.

—Entonces yo andaré más despacio —dijo sonriendo mister Rice.

El corazón de Philip fue conquistado súbitamente por aquel jovenzuelo de rostro coloreado y vulgar que le había dicho una palabra amable. En el acto se sintió menos infeliz.

Pero por la noche, mientras se desnudaba, el pensionista llamado Singer salió de su departamento y se metió en el de Philip.

—A ver, enséñame tu pie.

—No quiero —respondió Philip, y rápidamente se metió en la cama.

—¡A mí no se me dice que no! Ven aquí. Mason.

El niño del departamento vecino estaba ya aguardando y en cuanto oyó su nombre apareció. Lanzáronse sobre Philip e intentaron levantar la ropa de la cama, pero el muchacho la sujetaba con fuerza.

—¿Por qué no me dejáis en paz?

Singer cogió un cepillo y con el dorso golpeó las manos de Philip cogidas al embozo. El niño empezó a dar alaridos.

—¿Por qué no nos enseñas tu pie y te dejas de historias?

—¡No quiero!

Desesperado, dio un puñetazo al muchacho que le atormentaba, pero se encontraba en situación desventajosa. Singer le cogió el brazo y empezó a torcérselo.

—¡No, no! —gritó Philip.

—Entonces obedece y saca el pie.

Philip sollozó mientras Singer le retorcía el brazo. El dolor era insoportable.

—¡Bien, te lo enseñaré!

Sacó fuera el pie. Singer, con sus manos todavía en las muñecas del niño, miró curioso la deformidad.

—¡Qué horror! —dijo Mason.

Entró otro muchacho y también miró el pie deforme.

—¡Puaf! —exclamó con repugnancia.

—Es curioso de veras —dijo Singer haciendo una mueca—. ¿Está duro?

Lo tocó con precaución, como si fuera algo que tuviera vida propia. De pronto oyeron los pesados pasos de mister Watson en la escalera. Cubrieron apresuradamente a Philip y huyeron como conejos. El director entró en el dormitorio. Empinándose sobre la punta de los pies miraba por encima del hierro que sostenía la cortina verde. Miró en dos o tres departamentos y vio que los niños permanecían tranquilos en sus lechos. Apagó la lámpara y se fue.

Singer llamó a Philip, pero éste no respondió. Mordía la almohada para que no le oyeran sollozar. No lloraba por el daño que le habían hecho en el brazo ni por la humillación sufrida cuando le habían mirado el pie, sino de rabia contra sí mismo por no haber sido capaz de soportar la tortura, mostrando el pie voluntariamente.

En aquel momento se dio cuenta de la miseria de su vida. A su imaginación le parecía que aquella infelicidad iba a durar eternamente. Sin un motivo especial recordó la fría madrugada en que Emma le había sacado de su lecho para llevarlo al de su madre. No había pensado hasta entonces en ello, pero en aquel momento creía sentir el calor de su mamá y el apretón de sus brazos. De súbito le pareció que todo lo sucedido no era más que un sueño: la muerte de su madre, la vida en el vicariato, y aquellos dos horribles días en el colegio. Al día siguiente, cuando se despertara, se encontraría de nuevo en su casa. Pensando en esto se le secaron las lágrimas. Era demasiado infeliz; aquello no podía ser más que una pesadilla. Su mamá vivía aún y dentro de poco vendría Emma a acostarse. Se adormeció.

Pero a la mañana siguiente le despertó el sonido de la campana y lo primero que vieron sus ojos fue la cortina verde que cerraba el departamento.

XII

Con el tiempo la deformidad de Philip dejó de interesar a sus compañeros. Era aceptada como los cabellos rubios de uno o la excesiva corpulencia de otro. Pero, mientras tanto, el niño se había vuelto extraordinariamente sensible. Evitaba correr siempre que podía, pues no ignoraba que su defecto se hacía más ostensible de ese modo, y había adoptado una manera especial de andar. Permanecía inmóvil todo el tiempo que le era posible, con el pie deforme escondido detrás del otro, para que no llamara la atención, y estaba siempre alerta ante cualquier alusión posible. Como no podía tomar parte en los juegos de los otros niños permanecía extraño a sus vidas y lo que hacían le interesaba sólo como espectador. A veces parecían creer que Philip no jugaba a la *estaca* por capricho y él no trataba de convencerlos de lo contrario. Le dejaban solo durante mucho tiempo. Por naturaleza hubiera sido hablador, pero poco a poco fue volviéndose silencioso. Empezó a sentir la diferencia que había entre él y los otros.

Singer, el mayor de los muchachos que dormían en el dormitorio, le había tomado antipatía, y Philip, más pequeño que él, se veía obligado a soportar sus malos tratos. Hacia la mitad del trimestre, en el colegio se extendió la costumbre de jugar a un juego que se hacía con plumillas. Jugaban de dos en dos, sobre una mesa o sobre un banco, con plumillas de acero. Era necesario empujar la plumilla con la uña hasta colocar la punta sobre la de su adversario, el cual maniobraba para impedirlo y trataba de colocar la punta de su pluma sobre el dorso de la de su contrario. Una vez obtenido este resultado se humedecía la yema del pulgar con el aliento y se apoyaba aquélla fuertemente sobre las dos plumas. Si se acertaba a levantar éstas sin que se cayeran, quedaban ambas propiedad del que lo había conseguido. A los pocos días viose a todos los muchachos dedicados a jugar a aquel juego, y los más hábiles acabaron por ganar gran cantidad de plumillas. Pero mister Watson, convencido de que aquello era una variante del juego de azar, lo prohibió y confiscó todas las plumas. Philip había llegado a ser muy hábil y con gran dolor tuvo que abandonar su ganancia. Pero tenía muchas ganas de jugar, y pocos días después, cuando se dirigía al campo de deportes, entró en una tienda de objetos de escritorio y compró un penique de plumillas «J». Guárdeselas en el bolsillo sin deshacer el paquetito y las tocaba, experimentando al hacerlo un indudable placer. Singer se le acercó. Aunque éste también había tenido que entregar todas las suyas conservaba en su poder una que se llamaba *Yumbo* y que era casi inconquistable. Singer sintió la irresistible tentación de ganarle las plumillas a Philip y aunque éste sabía que estaba en desventaja con sus plumillas pequeñas, su espíritu aventurero le empujó a tentar la suerte; por otra parte, sabía que Singer no le hubiera permitido que se negara a jugar. No jugaba desde hacía una semana, por lo que inició la partida presa de cierta

excitación. Perdió en seguida dos de sus plumillas y Singer se mostraba contento y satisfecho de su éxito; pero la tercera vez la casualidad hizo que *Yumbo se* colocase de través y Philip pudo poner una de sus pequeñas plumas sobre la pluma adversaria. Iba a triunfar, pero en aquel momento se presentó el director.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó.

Miró primero a Singer y luego a Philip, pero ninguno de los dos respondió.

—¿No sabéis que he prohibido este juego, idiotas?

El corazón de Philip empezó a latir con violencia. El niño sabía lo que le esperaba y sintió un miedo tremendo, mezclado con cierta alegría. No había sido castigado nunca. Seguramente iban a hacerle daño, pero sería algo de lo que más tarde podría enorgullecerse.

—Venid a mi despacho.

El director salió y los dos muchachos le siguieron. Singer dijo por lo bajo a Philip:

—¡Ya estamos!

El director hizo una seña a Singer.

—¡De rodillas!

Palidísimo, Philip vio cómo su compañero se retorcía a cada golpe. Al tercero le oyó gritar. Siguieron tres más.

—¡Basta! Levántate.

Singer se levantó. Tenía el rostro inundado de lágrimas. Mister Watson miró un instante a Philip.

—No te pegaré. Eres nuevo en el colegio. Además, no puedo pegar a un lisiado. Idos juntos y no lo hagáis más.

En la sala de estudio encontraron esperándolos a un grupo de alumnos que habían sido informados misteriosamente de lo acontecido, los cuales, agitados, rodearon a Singer y le acorralaron a preguntas. Singer estaba todavía encarnado y en su rostro se veían aún las señales de las lágrimas. Se volvió, señalando con la cabeza a Philip que iba tras él.

—Ése se libró porque es un lisiado —dijo con gran irritación.

Philip hizo un gesto y enrojeció. Vio que le miraban con desprecio.

—¿Cuántos te han dado? —pregunto un niño.

Singer no respondió. Los golpes le dolían todavía.

—No me hables más de jugar contigo —dijo encolerizado a Philip—. Es muy cómodo no arriesgar nada.

—No he sido yo el que te lo ha propuesto.

—¡Ah!, ¿no?

Con un movimiento rápido avanzó un pie para hacerle la zancadilla. Philip, que nunca se había sostenido muy seguro sobre sus piernas, cayó pesadamente.

—¡Lisiado! —le dijo una vez más Singer.

Durante aquel trimestre los pensionistas atormentaron a Philip, a pesar de que hacía todo lo posible para evitarlo; pero el local era tan pequeño que los encuentros menudeaban. Intentó mostrarse amable con Singer y hasta le regaló un cortaplumas. Singer lo aceptó, pero sin reconciliarse con Philip. Una vez, desesperado, Philip se lanzó sobre Singer dándole una gran cantidad de puñetazos y puntapiés, pero Singer era mucho más fuerte, así que después de una tortura más o menos larga, Philip se vio obligado a pedir perdón. Esto era el mayor tormento para el niño, el cual no podía sufrir la humillación de tener que ofrecer excusas. Cada palabra que se veía obligado a pronunciar le producía un dolor insoportable y lo peor era que aquello no llevaba trazas de acabar pronto. Singer tenía once años y no pasaría a la clase superior hasta que cumpliese trece. Philip se daba cuenta de que había de vivir dos años más en compañía de un atormentador del que no podía huir. Sólo era feliz durante las horas de estudio y cuando estaba en la cama. Y, a menudo, experimentaba todavía la extraña sensación de que su vida, con todos aquellos sufrimientos, no era más que un sueño y que a la mañana siguiente se despertaría en su camita de Londres.

XIII

Pasaron dos años; Philip estaba próximo a los doce. Era el segundo de la clase y llegaría a ser el primero cuando algunos de sus compañeros pasaran a la escuela superior. Poseía ya una discreta colección de premios: libros sin valor impresos en papel de pésima calidad y con vistosas tapas que llevaban el sello del colegio. Su situación de escolar aplicado le había liberado del tormento; no se sentía ya infeliz. Sus compañeros le perdonaban sus éxitos a causa de su deformidad.

—Después de todo —decían— para él es fácil ganar los premios; no puede hacer otra cosa que estudiar.

Ya no tenía miedo a mister Watson. Se había habituado a su vozarrón y cuando sentía sobre la espalda la pesada mano del director tenía la vaga impresión de que recibía una caricia. Estaba dotado de excelente memoria, lo cual, en la escuela, es más útil que la inteligencia, y sabía que mister Watson esperaba que conquistase, cuando dejara la escuela preparatoria, una plaza gratuita en el colegio.

Sin embargo, se había vuelto muy sensible. Un niño recién nacido apenas se da cuenta de que su propio cuerpo es más suyo de lo que lo son los objetos que le rodean; choca con sus propios pies sin saber que son más suyos que el babero que lleva en el cuello. Más tarde, cuando sufre, comprende lo que su cuerpo es para él. Experiencias de este género son necesarias para que el individuo adquiera la conciencia de sí mismo. Pero acaso porque para algunos el cuerpo no representa un organismo completo y aislado, no todos tienen la conciencia de su personalidad autónoma y completa. El sentimiento de la individualidad nace a menudo con la pubertad, pero no siempre se desarrolla en un grado tal que haga ver la diferencia existente entre un individuo y su próximo inmediato en relación consigo mismo. Y en este caso el tal tiene tan poca conciencia de sí como la abeja de la colmena. Y es el más afortunado porque tiene la mayor posibilidad de ser feliz. Comparte su actividad con los otros, y goza sus placeres en común. Tales individuos son los que vemos danzar en Hampstead Heath el lunes después de Pentecostés, los que hacen número en los campos de deportes o aplauden un cortejo real desde las ventanas de un círculo en Pall Mall. Y a causa de todo esto el hombre ha sido llamado «animal sociable».

Philip pasó desde la inocencia infantil a ser objeto de los sarcasmos que provocaba su pie deforme. Las circunstancias de su caso eran tan especiales que resultaba imposible aplicarle las reglas establecidas para las personas normales. El niño fue obligado a pensar; sus muchas lecturas le habían llenado la mente de ideas, para comprender las cuales daba rienda suelta a su fantasía. Pero algo se desarrollaba en su interior, tras de su dolorosa timidez; empezaba a darse cuenta de un modo vago de su propia personalidad. A veces tal hecho le procuraba una sorpresa: hacía algo sin saber por qué y cuando más tarde reflexionaba sobre ello se encontraba desorientado.

Entre Philip y un niño que se llamaba Luard se había establecido cierta amistad. Un día, mientras jugaban juntos en la sala de estudios, Luard manoseaba una pluma de ebonita perteneciente a Philip.

—Ten cuidado —le dijo éste—. Acabarás por romperla.

—No te preocupes.

Apenas había acabado de decir esto cuando la pluma se le cayó de las manos y se rompió. Luard miró desolado a Philip.

—¡Oh, cuánto lo siento!

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Philip.

—Y bien, ¿qué tienes? —le preguntó estupefacto Luard—. Te compraré otra igual.

—No es por la pluma —respondió Philip con voz temblorosa—. Es porque me la dio mi mamá poco antes de morirse.

—¡Oh, cómo lo siento, Carey!

—No importa; no es culpa tuya.

Philip cogió los dos trozos de la pluma y se los guardó. Trató de contener los sollozos. Sentíase más que desgraciado, aunque en realidad ignoraba la causa, pues bien recordaba que la pluma la había comprado durante sus últimas vacaciones en Blackstable por un chelín y dos peniques. No sabía por qué había inventado aquella historia sentimental, pero sentíase tan desgraciado como si fuese verdadera. La atmósfera devota del vicariato y el espíritu religioso del colegio habían influido mucho en su sensibilidad. Poco a poco se había insinuado en él la convicción de que el Tentador estaba siempre al acecho para hacerse con su alma inmortal. No era más sincero de lo que generalmente son los muchachos a su edad, pero no decía una mentira sin que sintiera remordimientos. El recuerdo del incidente que acabamos de contar lo turbó durante mucho tiempo, impulsándole a buscar a Luard para decirle que se trataba de una invención. Las humillaciones le hacían sufrir más que otra cosa, pero durante dos o tres días saboreó la dolorosa alegría de mortificarse por la mayor gloria de Dios. En realidad, se limitó a esto, tranquilizando su propia conciencia con el sistema, mucho más práctico, de confesar su arrepentimiento al Omnipotente. Sin embargo, no acertó a explicarse por qué la historia que contó a Luard le había conmovido de tal modo. Las lágrimas que inundaron su demacrado rostro eran lágrimas de veras. Por una extraña asociación de ideas le vino a las mientes la escena ocurrida cuando Emma le anunció la muerte de su madre, y él, mudo por el copioso llanto que le apretaba la garganta, había insistido en ir a despedirse de miss Walkins y de su hermana a fin de que éstas vieran su dolor y le compadeciesen.

XIV

Una oleada de devoción atravesó el colegio. No se oía ninguna palabra malsonante y la charla de los alumnos más jóvenes era reprimida con severidad; los mayores, como los señores de la. Edad Media, decidieron valerse de la fuerza de sus brazos para hacer que los más débiles se encaminaran por el sendero de la virtud.

Philip, cuyo cerebro se hallaba siempre ávido de novedades, se mostró muy devoto. Habiéndose enterado de la existencia de una Sociedad Bíblica, escribió a Londres pidiendo detalles. Los detalles llegaron en forma de una especie de contrato que era preciso llenar con el nombre, edad y dirección del colegio a que pertenecía el interesado, declarando éste a continuación que hacía promesa de leer todas las noches, durante un año, un fragmento de la Sagrada Escritura, y de la entrega de media corona para contribuir a los gastos y demostrar la seriedad del deseo del nuevo socio. Philip mandó la hoja firmada y el dinero y recibió en cambio un calendario de un penique, en el cual estaba indicado el fragmento que debía leer cada día, y una hoja de papel en la que aparecía impreso en un lado el Buen Pastor con el cordero, y en el otro, enmarcada artísticamente por una franja roja, una plegaria que era necesario recitar antes de dar principio a la lectura.

Cada noche se desnudaba el niño con gran rapidez a fin de cumplir su deber antes de que cerraran el gas. Leía atentamente, como siempre, y sin espíritu de crítica, relatos de crueldades, engaños, ingratitudes, deshonestidades y ruines astucias. Hechos que habrían despertado en él un gran horror al verlos en la vida de cada día, eran admitidos por él en la lectura, sin comentarios, porque habían sido ejecutados bajo la inspiración de Dios. El sistema de la Sociedad era alternar un libro del Viejo Testamento con uno del Nuevo. Una noche aparecieron bajo los ojos de Philip estas palabras de Jesucristo: *De cierto os digo que si tuviereis fe y no dudareis, no sólo haréis esto de la higuera, mas si a este monte dijereis: «Quítate y échate en el mar», será hecho. Y todo lo que pidiereis en oración, creyendo, lo recibiréis.*

No sintió ninguna particular emoción. Pero el domingo siguiente las eligió el canónigo como tema de su sermón. Aunque Philip hubiera querido escucharlas no le hubiera sido posible porque los alumnos de la King’s School estaban en el coro y como el pulpito se hallaba situado en un ángulo de la nave, el predicador daba casi por completo la espalda a los niños. La distancia era tan grande que hubiera sido necesaria una voz muy sonora y fuerte y una perfecta dicción para hacerse oír del coro. Y siguiendo una larga tradición, los canónigos de Tercanbury eran elegidos por su ciencia más que por las excelencias de su voz; pero las palabras del texto, quizá porque las había leído recientemente, sonaron con bastante claridad en los oídos de Philip, y de súbito le pareció que poseían un significado personal. Estuvo pensando en ellas casi durante todo el tiempo que duró el sermón, y por la noche, cuando se fue

a la cama, hojeó nuevamente el Evangelio hasta dar con aquella frase. Aunque creía de un modo implícito todo cuanto veía escrito en letras de molde, había ya notado que en la Biblia algunas cosas que parecen transparentes tienen un significado misterioso muy distinto. En el colegio no tenía a nadie a quien preguntárselo. Esto hizo que su curiosidad persistiese hasta las vacaciones de Navidad. Era después de la cena, una vez terminados los rezos. Mistress Carey contaba los huevos que Manan había llevado al comedor y escribía la fecha sobre cada uno. Philip, sentado junto a la mesa, fingía hojear distraídamente las páginas de la Biblia.

—Perdóneme, tío William. ¿Esta frase significa verdaderamente lo que dice?

Se la señaló con el dedo, como si en aquel momento la hubiese descubierto por casualidad.

Mister Carey le miró por encima de los lentes. Sostenía con sus manos, frente al fuego, el *Blackstable Times*, que estaba todavía húmedo de tinta. El vicario solía airearlo durante diez minutos antes de leerlo.

—¿Qué frase? —preguntó.

—Aquella que dice que la fe puede mover las montañas.

—Si está escrito en la Biblia será verdad, Philip —respondió dulcemente mistress Carey cogiendo el cestillo de la plata.

Philip miraba a su tío esperando que le respondiera.

—Es un artículo de fe —dijo éste finalmente.

—Entonces, si uno se cree firmemente capaz de transportar una montaña, ¿puede llegar a hacerlo?

—Con la gracia de Dios —afirmó el pastor.

—Ahora da las buenas noches a tu tío —dijo en aquel momento tía Louisa—. Supongo que no tendrás el propósito de transportar montañas esta noche.

Philip presentó la frente a su tío para el beso de costumbre y subió tras mistress Carey la escalera. Había conseguido la información deseada. Hacía mucho frío en su pequeño cuarto y el niño tiritaba mientras se ponía el camisón. Pero estaba convencido de que sus plegarias eran más gratas al Señor si eran dichas sufriendo al mismo tiempo algunas molestias físicas. El frío que sentía en sus manos y en sus pies era una ofrenda que hacía al Omnipotente. Aquella noche cayó de hinojos, escondió el rostro entre las manos y suplicó a Dios, con todo el fervor de que era capaz, que le curara el pie contrahecho. ¡Era bien poca cosa comparado con el hecho de mover una montaña! Sabía que Dios podía lograrlo si quería y su fe era completa. Al día siguiente por la mañana terminó sus oraciones con la misma petición y fijó una fecha para el milagro.

—Dios de bondad y de misericordia, si es Tu voluntad, cura mi pie la noche anterior a mi retorno al colegio.

Sentíase contento por haber encontrado una fórmula para su súplica, y la repitió

más tarde en el comedor, durante la breve pausa que el vicario hacía siempre antes de ponerse en pie, terminada la oración. La repitió una vez más por la noche mientras tiritaba de frío antes de meterse en el lecho. Creía. Y esperaba con ansiedad el fin de las vacaciones. Reía en su interior pensando en el estupor del tío cuando le viera descender, la escalera de cuatro en cuatro; después del desayuno se vería precisado a salir en compañía de tía Louisa a comprarse unos zapatos nuevos. En el colegio se quedarían todos con la boca abierta.

—¡Eh, Carey! ¿Qué le ha ocurrido a tu pie? —le preguntarían.

—¡Oh, está completamente curado! —respondería con indiferencia, como si fuera la cosa más natural del mundo.

Podría jugar al fútbol. Le latía el corazón aceleradamente al verse con la imaginación corriendo más que los otros. Al terminar el trimestre de Pascua se celebraban en el colegio competiciones deportivas; se veía participando en las carreras, saltando obstáculos. ¡Qué cosa tan maravillosa ser como los demás, no verse observado con curiosidad por los recién llegados y no tener que tomar increíbles precauciones cuando iba a bañarse durante el verano para esconder su pie hasta el momento de entrar en el agua!

Rogaba con toda la fuerza de su alma. Ninguna duda empañaba su espíritu. Tenía fe en las palabras de Dios. La noche anterior al día fijado para su retorno al colegio se fue a acostar tembloroso de excitación. Nevaba y tía Louisa se permitió el lujo, inusitado, de encender la estufa en su dormitorio. Pero en la habitacioncita de Philip hacía tanto frío que sus rígidos dedos se negaban a desabrochar el cuello. Daba diente con diente. Mas pensó que debía haber alguna cosa más de lo acostumbrado para atraer la atención de Dios, y quitó la alfombra colocada junto al lecho, para arrodillarse sobre el pavimento. A continuación le vino a las mientes que también la camisa era un lujo que podría desagradar al Señor; se la quitó y recitó la oración completamente desnudo. Se metió en el lecho y era tal el frío que tenía que tardó en dormirse. Al fin lo consiguió y cayó en un sueño tan profundo que Marian tuvo que sacudirle a la mañana siguiente cuando le llevó el agua templada. La criada le habló mientras separaba las cortinas; pero el niño no respondió. Recordaba que era la mañana del milagro y su corazón rebosaba de alegría y de gratitud. Su primer impulso fue pasar la mano por el pie, que debería haberse transformado, pero le pareció que si hacía esto era dudar de la bondad de Dios. Sabía que su pie estaba curado. Decidióse al cabo y pasó los dedos del pie derecho por el izquierdo. Luego se tocó con la mano.

Bajó la escalera cojeando mientras Marian entraba en el comedor para la oración; luego se sentaron ante el café con leche.

—¡Qué silencioso estás esta mañana! —observó con extrañeza tía Louisa.

—Piensa en el excelente desayuno que tendrás mañana en el colegio —repuso

riendo el vicario.

Cuando Philip contestó lo hizo del modo que más irritaba a su tío, esto es, diciendo una cosa que no tenía la menor relación con lo que se estaba debatiendo. El vicario afirmaba que aquello era una pésima costumbre.

—Suponiendo que alguien pidiera a Dios que le concediera una gracia, seguro de obtenerla, como, por ejemplo, la de mover una montaña, y lo hubiese pedido con fe completa y luego no hubiera obtenido la gracia, ¿qué querría decir eso?

—¡Qué niño más extraño! —exclamó tía Louisa—. Hace dos o tres semanas ya preguntó algo sobre lo de la montaña.

—Querría decir seguramente que la fe no era bastante profunda —respondió su tío.

Philip aceptó la explicación. Si Dios no le había curado era porque él no creía bastante, y no sabía qué hacer para tener una fe más ardiente. O quizá sería que no le había dado a Dios bastante tiempo. Lo había pedido tan sólo durante diecinueve días. Pasados dos días volvió a empezar las plegarias, fijando como fecha el día de Pascua. Era el día que se celebra la gloriosa resurrección del Hijo Divino y sin duda Dios, dada su felicidad, estaría dispuesto a ser misericordioso. Pero Philip, viendo que no conseguía su deseo, buscó otros medios. Formuló su deseo mirando a la luna en su primer cuarto o ante un caballo blanco, y pasó luego a contemplar el cielo, en espera de una estrella errante. Durante uno de sus días de vacaciones se mató un pollo en Blackstable y el niño rompió en compañía de tía Louisa el hueso de la fortuna, deseando la curación de su pie. Inconscientemente volvía los ojos hacia divinidades más antiguas que el Dios de Israel, pero no por eso dejaba de dirigir su plegaria al Omnipotente a cualquier hora del día, siempre que acudía a su pensamiento, repitiendo la frase con idénticas palabras, pues le parecía de la más alta importancia que su súplica fuera dicha siempre con los mismos términos. Mas empezó a dudar de que también esta vez su fe no fuera lo bastante viva. No podía soportar la duda que le asaltaba y de su propia experiencia hacía una regla.

—Creo que nunca ha tenido nadie la fe suficiente.

Era como lo que le decía su niñera a propósito de la sal, que se podía coger un pájaro cualquiera sólo poniéndole una pizca en la cola. Una vez el niño había llevado un paquete a los jardines en Kensington, pero no consiguió acercarse lo suficiente a ningún pájaro.

Antes de Pascua había renunciado a la lucha. Experimentaba un oscuro resentimiento hacia su tío, pues le parecía que se había burlado de él. El versículo de la Biblia era, evidentemente, de los que decían una cosa y significaba otra. Sí, su tío se había mofado.

XV

La King’s School de Tercanbury, el colegio donde ingresó a los trece años, se mostraba orgullosa de su antigüedad. Tenía su origen en una escuela abacial fundada con anterioridad a la «Conquista», en la que la enseñanza corría a cargo de monjes agustinos. Como muchas instituciones de su género, había sido reorganizada en la época de las destrucciones de los monasterios por los funcionarios de Enrique VIII. De ahí su nombre de Escuela del Rey. Desde entonces había dado a los hijos de la burguesía local y a los de los que ejercían profesiones liberales del Kent una instrucción suficiente para sus necesidades. Un grupo de literatos, entre los que destacaba un poeta algo inferior a Shakespeare y un prosista del cual la generación de Philip sufría aún la influencia, habían salido de allí y habían conquistado la fama. Además, un grupo de eminentes abogados y algún que otro militar famoso provenían de aquel colegio. Pero durante los siglos siguientes a su separación de la orden monástica había formado principalmente hombres de Iglesia, obispos, deanes, canónigos y, sobre todo, pastores rurales.

Entre los internos había niños cuyos padres, abuelos y bisabuelos habían sido educados en la misma aula, llegando a ser rectores de la diócesis de Tercanbury. Se entraba casi siempre en el colegio predestinado a consagrarse al servicio de Dios. Sin embargo, a veces se producían signos indicadores de un cambio, y algunos alumnos, repitiendo lo que habían oído en sus casas, decían que la Iglesia no era ya lo que había sido. No lo decían tanto por el dinero como por el hecho de que las personas que se dedicaban a ella no eran como las que antaño solían dedicarse. Dos o tres muchachos que conocían a curas hijos de tenderos habían preferido ir a las Colonias —las Colonias eran en aquel tiempo todavía la última esperanza de los que no encontraban nada que hacer en Inglaterra— en lugar de ser mandados por quienes no eran caballeros. En la King’s School, igual que en el vicariato de Blackstable, se consideraba tendero al que no era propietario, y se hacía una sutil distinción entre el hidalgo del campo y el propietario. Era tendero el que no seguía una de las cuatro profesiones a que se veía obligado a pertenecer un señor. Entre los alumnos externos —unos ciento cincuenta, que pertenecían a la burguesía local o a familias de militares —, los que eran hijos de personas dedicadas al comercio debían ser tenidos a distancia y se les hacía sentir la inferioridad de su condición. Los profesores no eran partidarios de las nuevas ideas que a veces leían en el *Times* o en el *Guardián y* esperaban firmemente que la King’s School permanecería fiel a sus viejas tradiciones. Las lenguas muertas se enseñaban con tal encarnizamiento que, más tarde, los alumnos no podían pensar en Virgilio o en Hornero, sin sentir rencor. En la escuela, durante la comida, se hablaba a veces entre los alumnos de las matemáticas y aunque algún espíritu audaz acertaba a sostener que el estudio de las mismas era

extremadamente importante, la mayoría opinaba que el estudio de los clásicos era una materia mucho más noble. En la escuela no se daba clase ni de alemán ni de química. En cuanto al francés, era enseñado por un profesor de la clase inferior, el cual conocía perfectamente la gramática, pero era incapaz de pedir un café en Boulogne si el camarero no conocía un poco de inglés; mas esto no parecía tener la menor importancia. La geografía se demostraba haciendo diseñar al alumno mapas y más mapas, cosa que los muchachos hacían de buena gana cuando se trataba de países montañosos; sin embargo, se perdía demasiado tiempo en los Andes y en los Apeninos. Los profesores, que procedían de Oxford o de Cambridge, pertenecían al clero y eran solteros. Si por casualidad deseaban casarse, podían hacerlo a condición de que aceptaran una de las pequeñísimas parroquias que estaban a disposición del Capítulo. Pero desde hacía muchos años, ninguno había sentido el deseo de cambiar el ambiente refinado de Tercanbury, ni su sociedad militar y eclesiástica, por la monotonía de la vida en un lugar apartado; sin embargo, casi todos eran hombres de mediana edad.

El director, por el contrario, tenía que ser casado y permanecía en su puesto hasta que llegaba a la edad de jubilarse. Cuando se retiraba era recompensado con una parroquia bastante mejor de la que podía esperar cualquier maestro, y, además, con una canonjía honoraria.

Esto había durado mucho tiempo. Pero un año antes de que Philip entrara en el colegio se produjo un importante cambio. Varios meses antes la sordera del doctor Fleming, director del colegio desde hacía veinticuatro años, se había agravado de tal forma que hizo difícil que continuase su obra para la mayor gloria de Dios; por este motivo, cuando una parroquia de los suburbios de la ciudad, dotada con seiscientas libras, quedó vacante, el Capítulo se la ofreció de forma que le fuera fácil comprender que le había llegado la hora de retirarse. Con una renta así podría perfectamente atender a su salud. Dos o tres curas que esperaban obtener aquella prebenda dijeron entonces a sus mujeres que era un verdadero escándalo dar aquella parroquia, que necesitaba de un hombre joven, fuerte y enérgico, a un viejo que no sabía nada en absoluto del trabajo parroquial y que, además, tenía lo suficiente para vivir con holgura. Pero las murmuraciones del clero perjudicado se quedaron sin llegar a oídos del Cabildo catedralicio. En cuanto a los feligreses, no tenían nada que decir, y nadie les pidió su opinión. Wesleyanos y anabaptistas tenían unos y otros su capilla.

Una vez retirado el doctor Fleming era necesario buscarle un sucesor, y hubiese sido contrario a las tradiciones del colegio no elegirlo entre los profesores. Todos suspiraban por la nómina de mister Watson, que era ya director de la escuela preparatoria; se le podía considerar ya como director del colegio porque los profesores le conocían desde hacía veinte años y nunca se había disgustado con ninguno. Pero el Cabildo les reservaba una sorpresa. Nombró para el cargo a un tal

Perkins. Nadie sabía quién era y su nombre no produjo buena impresión; y antes de que el estupor se hubiera disipado se supo que era hijo de Perkins, el negociante de tejidos y de géneros de punto. El doctor Fleming comunicó la noticia, antes de comer, en un tono que ponía en evidencia su consternación. Los que estaban sentados ya a la mesa acabaron de comer en silencio, sin hacer ningún comentario hasta que los criados hubieron dejado el comedor. Entonces se pusieron a hablar todos al mismo tiempo. El nombre de los presentes en aquella ocasión no tiene importancia, pero muchas generaciones los conocían con los sobrenombres de *Suspiro, Alquitrán, Rayo, Jeringa* y *Pat*.

Todos se acordaron de Tom Perkins. En primer lugar, no era un señor. Le recordaban perfectamente: un muchacho bajito, moreno, con largos cabellos negros, siempre revueltos y grandes ojos, negros también. Parecía un gitano. Había estudiado en el colegio como externo y había obtenido la mejor beca, por lo que su educación no le había costado un céntimo. Desde luego, había sido un alumno muy aventajado. Cada año conseguía diversos premios. Era el alumno modelo por excelencia y todos recordaban aún con amargura que una vez había intentado obtener una beca en un colegio más importante. En aquella ocasión el doctor Fleming había ido a visitar al padre —todos recordaban la razón social Perkins y Cooper, situada en St. Catherine Street—, para decirle que esperaba que Tom permanecería con ellos hasta el momento de ir a la Universidad. El colegio era un gran cliente de la tienda, así que mister Perkins se vio obligado a consentir. Tom Perkins continuó obteniendo triunfos. Era el mejor alumno que el doctor Fleming recordaba haber tenido en el colegio en lo que se refería a los estudios clásicos, y cuando dejó el colegio lo hizo llevándose la bolsa de estudio más importante que aquél podía ofrecerle. Obtuvo otra en el Magdalen, de Oxford, e hizo una carrera universitaria brillantísima. La revista de la escuela hablaba cada año de las distinciones de que era objeto, y el mismo doctor Fleming escribió algunas palabras de elogio cuando el antiguo alumno de la King’s School alcanzó el grado de doctor. Sus antiguos maestros acogieron con gran satisfacción la noticia de su éxito, pero por aquel entonces la razón social Perkins y Cooper había perdido toda su importancia. Cooper se había dado a la bebida y poco antes de que el joven se graduase de doctor su socio había tenido que llevar los libros a los tribunales. A su tiempo Tom Perkins tomó las órdenes sagradas y entró en la carrera para la cual estaba tan bien preparado. Había desempeñado una plaza de maestro auxiliar en Wellington y luego otra en Rugby.

Pero había una gran diferencia entre estar satisfecho por sus éxitos en otros colegios y tenerlo por superior. *Alquitrán* le había puesto a menudo deberes que llenar y *Jeringa* le había suministrado algunos bofetones. ¿Cómo podía haber cometido el Capítulo tal error? Nadie podía olvidar que Perkins era hijo de un comerciante que había quebrado y que el alcoholismo de Cooper aumentaba el

deshonor. Decíase que el decano había sostenido con firmeza su candidatura. Sin duda invitaría a comer a su protegido, pero la comida, tan agradable, ¿no dejaría de serlo teniendo a Tom Perkins por compañero de mesa? Y los nobles, los militares, ¿qué pensarían? No podían recibirlo como a uño de los suyos. Aquello era un daño de incalculable trascendencia para el colegio. Muchos padres se mostrarían descontentos. No sería nada de extraño que se llevasen a sus hijos del colegio. ¡Y, para colmo, la indignidad de tenerle que llamar mister Perkins! Los profesores pensaron un momento en presentar la dimisión en masa en señal de protesta, pero el temor de que la aceptaran acabó por contenerlos.

—No queda más remedio que aceptarlo —terminó por decir *Suspiro*, que desde hacía veinte años desempeñaba la clase quinta con una incompetencia sin par.

Al ver a Perkins estuvieron muy lejos de sentirse tranquilizados. Fleming le invitó a almorzar para presentarte. Perkins era en la actualidad un hombre de treinta y dos años, alto y enjuto, que conservaba el aspecto extravagante y desaliñado de sus primeros años. Llevaba sus mal cortados vestidos puestos a la buena de Dios. Tenía los cabellos largos y negros como siempre —no había aprendido a peinárselos—; le caían sobre la frente al menor movimiento y con un rápido gesto de su mano se los echaba hacia atrás. Lucía bigote negro y la barba le cubría casi los pómulos. Habló con los profesores de un modo desenvuelto, como si hiciera poco tiempo que los había dejado, y feliz, evidentemente, de volverlos a ver. Parecía no extrañar su nueva posición y tener por la cosa más natural del mundo oírse llamar mister Perkins.

Al despedirse, uno de los maestros, por decir algo, observó que era demasiado temprano para tomar el tren.

—Querría ir a dar un vistazo a la tienda —respondió Perkins alegremente.

Hubo un momento de confusión. Todos parecieron turbarse ante aquella falta de tacto, y, para que la situación resultase todavía peor, el doctor Fleming, que no había oído lo dicho, pidió explicaciones. Su mujer se vio obligada a gritarle al oído:

—Quiere ir a echar una ojeada a la antigua tienda de su padre.

De los presentes, Perkins fue el único que no se sintió humillado. Volvióse hacia la señora.

—A quién pertenece ahora, ¿lo sabe usted?

Mistress Fleming tardó en responder. Era muy seca de carácter.

—Pertenece todavía a un comerciante de tejidos —dijo algo más tarde con cierta amargura—. Se llama Grove. Nosotros no vamos ya a comprar allí.

—Quizá me deje visitar la casa.

—Probablemente lo hará si le dice usted quién es.

Después de la cena todos hablaron de lo que les preocupaba.

Suspiro inició la conversación preguntando:

—Y bien, ¿qué me dicen ustedes de nuestro jefe?

Todos pensaban en la conversación que se había sostenido durante la comida, aunque en realidad no había sido una conversación sino un monólogo. Perkins no había dejado de hablar ni un solo momento. Hablaba muy de prisa, de una manera torrencial, con una voz profunda y sonora y, de vez en cuando, sonreía brevemente y mostraba sus blancos dientes. Le habían seguido con dificultad, pues saltaba de un argumento a otro con una rapidez a la cual no siempre era fácil adaptarse. Habló de pedagogía, cosa muy natural, pero se extendía sobre las modernas teorías alemanas, de las que no habían oído hablar nunca los demás. Ni que decir tiene que éstos cogieron sus frases con indiferencia. Habló también de los clásicos. Había estado en Grecia, interesándose por la arqueología, y pasándose un invierno entero haciendo excavaciones, cosa que al decir de aquellos profesores era completamente inútil para quien debía enseñar a los niños los estudios necesarios para poderse examinar. Habló mucho de política, sorprendiéndoles enormemente que parangonase a lord Beaconsfiel con Alcibíades, y cuando ellos aludieron a Gladstone y al *Home Rule* comprendieron por sus respuestas que era liberal. Sintieron que el corazón se les oprimía. Perkins habló también de filosofía alemana y de novelas francesas. ¿Cómo era posible que fuera profundo en alguna cosa un hombre que hablaba de todo lo imaginable?

Rayo resumió la impresión general en unas conclusiones que estaban muy lejos de ser benévolas. *Rayo* estaba encargado del tercer curso superior. Demasiado alto para su endeble constitución, que hacía que le temblaran las piernas, tenía los párpados caídos y todos sus movimientos eran lánguidos y lentos. Producía una impresión de cansancio general y el paradójico apodo se adaptaba perfectamente a su persona.

—¡Es un entusiasta! —dijo.

El entusiasmo les parecía una cosa vulgar, indigna de una persona cabal. Obligada a pensar en el Ejército de Salvación, con sus tambores y sus trompetas. El entusiasmo significaba cambio. Se les ponía la piel de gallina ante la idea del peligro inminente que iban a correr sus viejos y queridos hábitos. Apenas se atrevían a pensar en el porvenir.

—Tiene más que nunca el aspecto de un gitano —murmuró uno de ellos tras una pausa.

—¿Quién sabe si estaban enterados ya antes de elegirle que se trataba de un radical? —observó otro con amargura.

Y la conversación languideció. Todos se sentían demasiado turbados para hablar.

Una semana después, *Alquitrán y Suspiro* se dirigían juntos al Cabildo para asistir a una sesión. *Alquitrán*, que pecaba de agorero y pesimista, dijo a su colega:

—Hemos asistido a muchas juntas, ¿no es verdad? ¿Quién puede garantizarnos que asistiremos aún a otra?

Suspiro parecía más melancólico que de ordinario.
—En cuanto se quede una parroquia vacante me retiro.

XVI

Un año después, todos los antiguos profesores se encontraban todavía en su puesto, pero en el colegio se habían efectuado muchos cambios, a pesar de la pasiva resistencia de aquéllos, resistencia escondida bajo el aparente deseo de someterse a las ideas del nuevo director, pero no por ello menos tenaz. El maestro de la clase elemental continuaba enseñando francés en la escuela preparatoria, mas para enseñar esta asignatura en la clase superior fue designado un profesor doctorado en Filosofía en la Universidad de Heidelberg y con tres años de práctica en un instituto francés; este profesor enseñaba también alemán a los alumnos que renunciaban a aprender griego. Además, llegó otro nuevo profesor que se encargó de dar clase de matemáticas con más método que se había estudiado hasta entonces. Ninguno de estos dos profesores pertenecía al clero. Se trataba de una medida verdaderamente revolucionaria y los recién llegados fueron acogidos con marcada frialdad por el antiguo grupo de profesores. La creación de un laboratorio fue otra de las novedades, y la institución de un curso militar preparatorio. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que el carácter de la escuela se hallaba completamente cambiado. ¡Y Dios sabe qué otros proyectos bullirían aún en la despeinada cabeza de Perkins! La escuela era pequeña; no podía albergar más de doscientos alumnos. Y resultaba difícil agrandarla, ya que estaba construida junto a la catedral. Todos los edificios adyacentes, a excepción de una casa en la que se alojaban algunos maestros, se hallaban ocupados por el clero de la catedral y no quedaba espacio para ulteriores construcciones. Pero mister Perkins se puso a estudiar un proyecto por medio del cual era posible obtener espacio suficiente para agrandar el colegio. Quería atraer alumnos londinenses convencido de que sería un bien para los muchachos de la ciudad establecer contacto con los de provincias y de que la mentalidad de éstos se desarrollaría más al tener trato con los niños londinenses.

—¡Pero eso va contra nuestra tradición! —exclamó *Suspiro* cuando Perkins le comunicó su idea—. Hasta ahora habíamos evitado el contacto corruptor de los niños de Londres.

—¡Qué tontería! —dijo Perkins.

Nadie, hasta entonces, había hecho nunca observar al profesor que decía tonterías, y *Suspiro* se puso a meditar una respuesta en la que pensaba incluir alguna velada alusión a los géneros de punto. Pero mister Perkins, con su acostumbrada vivacidad, le impidió que abriera la boca.

—Si al menos se casara usted… Pienso en la casa que hay junto al patio. Obtendría del Capítulo subirla hasta dos pisos y podríamos hacer dormitorios y aulas. Su mujer de usted nos ayudaría.

El pastor se quedó estupefacto. ¿Por qué había de casarse? Tenía cincuenta y siete

años y tal edad no es propia ya para casarse. No era tiempo de pensar en fundar una familia. No tenía ningún deseo de cargar con una mujer. Si tenía que optar entre casarse o irse a una parroquia minúscula y retirada, la elección no era dudosa: elegiría la parroquia. No deseaba otra cosa que paz y tranquilidad.

—No pienso casarme —respondió.

Perkins le miró con sus ojos negros y brillantes, en los que brillaba una luz maliciosa que no vio el pobre *Suspiro*.

—¡Qué lástima! ¿Y no podría usted casarse para hacerme un favor? La cosa reforzaría mucho mis argumentos para decidir al decano y al Capítulo a que reconstruyan su casa.

Pero la innovación más impopular de Perkins fue su sistema de sustituir de cuando en cuando a los profesores en todas las clases. Lo pedía como un favor, pero era un favor que nadie podía rehusarle. Además, como decía *Alquitrán*, llamado por otro nombre mister Turner, la situación, caso de negarle el favor, hubiera resultado poco digna para entrambos. Sin haber prevenido a nadie, tras las oraciones matinales, el director solía decir:

—¿Quiere usted encargarse de la sexta hoy a las once? Yo me quedaré en su lugar. ¿Conforme?

Los profesores no sabían si era costumbre hacer tal cosa en las otras escuelas, pero lo cierto era que no se había hecho nunca en Tercanbury. Los resultados fueron curiosos. Mister Turner, que fue la primera víctima, anunció a sus alumnos que la lección de latín de aquel día sería compartida por el director, y con el pretexto de que los muchachos podían tener alguna duda, el profesor se pasó el último cuarto de hora de lección traduciendo por sí mismo el fragmento de Tito Livio que tocaba aquel día, a fin de que los muchachos no hicieran mal papel. Más tarde, cuando regresó de nuevo a su clase y miró los puntos que Perkins había puesto a sus alumnos, quedó asombrado. Dos muchachos, que eran los primeros de la clase, habían respondido muy mal, según veía, y, en cambio, otros que nunca se habían distinguido consiguieron muchos puntos. Preguntó a Eldridge, el más inteligente, lo que había sucedido. El muchacho respondió malhumorado:

—Mister Perkins no nos ha mandado hacer ninguna versión. Lo único que nos ha preguntado es lo que sabíamos sobre el general Gordon.

Mister Turner le miró estupefacto. Evidentemente, los muchachos se daban cuenta de que el director había querido burlarse de ellos y el maestro no podía menos de compartir aquella opinión silenciosamente. No le era fácil comprender la relación que pudiera existir entre Tito Livio y el general Gordon. Más tarde arriesgó una prudente pregunta.

—Eldridge se ha quedado turulato ante su pregunta sobre el general Gordon —dijo al director fingiendo bromear.

—He visto que estaba estudiando la ley agraria de Cayo Graco y se me ha ocurrido preguntarles si sabían algo de la preocupación agrícola de Irlanda. Pero de Irlanda no saben otra cosa sino que allí está Dublín y un río que se llama Liffey. He aquí por qué les he preguntado si sabían algo del general Gordon.

Por lo visto, se producía el horrible hecho de que el director tenía la manía de la cultura general. En efecto, Perkins dudaba mucho de la utilidad de los exámenes sobre resúmenes estudiados para aquella ocasión y prefería el buen sentido y la apreciación de conjunto.

Las preocupaciones de *Suspiro* aumentaron al correr del tiempo; no podía apartar de su pensamiento que mister Perkins le había dicho que fijara la fecha de su matrimonio y tampoco la manera especial con que el director hablaba de la literatura clásica. *Suspiro* era sin duda un hombre docto y se dedicaba a una tarea absolutamente digna de la tradición; estaba escribiendo un tratado sobre los árboles de la literatura latina. Pero el director, al saberlo, habló de la cosa con desenvoltura, como si se tratara de un pasatiempo sin importancia, una cosa así como el juego del billar, al que dedicaba sus ratos de ocio. En cuanto a *Jeringa*, el encargado de la tercera, se hallaba cada día más irascible.

Cuando Philip volvió al colegio entró en la clase de este último. El reverendo B. B. Gordon era, dado su carácter impaciente e irritable, un hombre poco a propósito para ejercer de maestro. Como nunca tenía ante sí a nadie que le obligara a dominarse un poco, ya que en su clase los alumnos eran muy jóvenes, no frenaba jamás su propia violencia. Empezaba su clase con ira y la terminaba poseído de verdadero furor. De mediana estatura, corpulento, llevaba sus grises cabellos peinados en escobilla y lucía un hirsuto bigote. Poseía abultadas facciones y pequeños ojos azules. Su rostro se hallaba rojo siempre, pero durante los accesos de cólera tomaba un subido color de púrpura que tiraba a violáceo. Tenía el vicio de morderse las uñas hasta la misma carne, y cuando un escolar desaplicado hacía una traducción inexacta permanecía tras de su pupitre devorándose los dedos, temblando dé rabia. Se contaban historias, a todas luces exageradas, sobre su violencia; dos años antes se había producido en el colegio algún trastorno al saberse que el padre de un alumno llamado Walter quería denunciarle a la autoridad. A lo que parece, el profesor había golpeado al alumno en la cabeza con un libro, con tan mala fortuna que el oído del niño sufrió las consecuencias y el padre retiró al niño del colegio. La familia era de Tercanbury y en la ciudad aquel hecho despertó una gran indignación hasta el extremo de que el diario local trató de ella. Pero mister Walter no era más que un cervecero, así es que no fue tomado en consideración. Los demás alumnos, con tal de no parecérsele, tomaron el partido del profesor, no obstante aborrecerle, y para demostrar su desaprobación porque el asunto hubiese trascendido, hicieron la vida imposible al hermano menor de Walter, que continuó interno en el colegio después

del incidente. Pero mister Gordon había estado a punte de ser trasladado a una parroquia rural, y desde entonces no volvió a maltratar a ningún niño. El derecho de pegar a los niños en los dedos con la regla fue prohibido y *Jeringa* tuvo que contentarse, cuando quería demostrar su cólera, con dar con el puño en su pupitre. Todo lo más que hacía era coger al niño por los hombros y sacudirlo, o bien lo castigaba teniéndole en pie con un brazo extendido durante un tiempo que variaba entre diez minutos y media hora. En cuanto a sus palabras, había continuado tan violento como siempre.

Ningún maestro menos a propósito que él para un niño tímido como Philip. Éste entró en el colegio sintiendo menos terror que la primera vez. Era ya un adolescente y se daba cuenta instintivamente que en una clase más numerosa su deformidad pasaría casi inadvertida. Pero desde el primer instante mister Gordon hizo que sintiera un terror agudo, y el profesor, rápido en comprender cuándo un niño le temía, parecía sentir por él una antipatía especial. Philip había estudiado siempre con agrado, pero desde aquel momento empezó a mirar con verdadero horror las horas pasadas en clase. Antes que arriesgar una respuesta que podría ser equivocada, provocando con ello una tempestad de insultos del maestro, prefería permanecer estúpidamente silencioso, y cuando le llegaba el turno de ponerse en pie para traducir una frase latina se sentía enfermo y palidecía. Sus mejores momentos eran cuando la lección la daba mister Perkins. El muchacho estaba en condiciones de satisfacer la pasión del director por la cultura general, pues había leído muchos libros difíciles para su edad.

A menudo, cuando una pregunta daba vueltas a la clase, mister Perkins fijaba su mirada en Philip con una sonrisa en los labios que llenaba de alegría al joven, diciéndole:

—Adelante, Carey. Responda usted.

Los puntos que ganaba en aquellas ocasiones no hacían más que aumentar el despecho de mister Gordon. Un día que Philip había de hacer una traducción, el profesor le miró iracundo, mordiéndose el pulgar; estaba de un humor pésimo. Philip empezó a hablar con voz temblorosa.

—¿Qué modo de rezongar es ése? —gritó el profesor.

Philip notó que la garganta se le oprimía como si no pudiera hablar más.

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!

Cada vez la palabra era pronunciada con voz más iracunda. Fue como si el cerebro se le vaciara instantáneamente. El muchacho continuaba contemplando la página impresa sin verla. La respiración de mister Gordon se hizo jadeante.

—Si no lo sabe, dígalo francamente. ¿Oyó usted lo que se dijo a propósito de esto la última vez? ¿Por qué no habla? ¿No lo oyó? Hable, cretino, hable.

Se agarró a los brazos de su sillón para evitar el precipitarse sobre Philip. Se sabía que antes tenía por costumbre coger a los niños por la garganta hasta casi ahogarlos.

Estaba iracundo. Las venas de su frente se habían hinchado, su rostro se le había oscurecido, amenazante. Parecía estar enloquecido.

Philip sabía lo que le preguntaban a la perfección, pero en aquel momento no acertaba a recordar nada.

—No lo sé —balbució.

—¿Por qué no lo sabe? Tomaremos las palabras una a una y así veremos si no lo sabe.

Philip permaneció silencioso, pálido como un muerto, tembloroso, con la cabeza inclinada sobre el libro. La respiración del otro era casi un estertor.

—El director dice que es usted inteligente. No sé dónde ve su inteligencia. ¡Cultura general! —Lanzó una carcajada salvaje—. No sé por qué le hemos admitido en esta clase. ¡Cretino!

Le gustaba la palabra y la repitió siempre en tono más alto.

—¡Cretino! ¡Cretino! ¡Cretino! ¡Cretino!

Esto le tranquilizó algo. Vio que Philip enrojecía. Le mandó que fuera a buscar el Libro Negro. Philip dejó su *César* y salió sin pronunciar una palabra. El Libro Negro era un libro registro de color negro en el que se anotaban los nombres de los alumnos y todas las fechorías. Cuando un nombre aparecía en aquel libro escrito tres veces, el resultado era una paliza. Philip entró en la casa del director y llamó a la puerta de su despacho. Mister Perkins se hallaba sentado ante su mesa escritorio.

—¿Quiere darme el Libro Negro, señor director?

—Aquí está —respondió Perkins indicándoselo con un leve gesto—. ¿Qué ha hecho usted de malo?

—No lo sé.

Mister Perkins le lanzó una mirada, pero no dijo nada y continuó trabajando. Philip cogió el registro y salió. Pocos minutos después de acabada la lección lo trajo de nuevo.

—Veamos —dijo el director—. Veo que mister Gordon le acusa de haber cometido una «grave impertinencia». ¿Qué ha sucedido?

—No lo sé, señor director. Mister Gordon me ha llamado cretino y lisiado.

Mister Perkins volvió a mirarle, en tanto se preguntaba si aquella respuesta habría sido dicha con ironía. Pero se dio cuenta de que Philip era todavía demasiado inocente. El muchacho estaba pálido y en sus ojos se leía un desesperado terror. El director se puso en pie y dejó el registro en su sitio. Acto seguido cogió algunas fotografías.

—Un amigo mío me ha mandado estas vistas de Atenas —dijo con expresión indiferente—. Mire, esto es la Acrópolis.

Empezó a explicar a Philip lo que tenía ante los ojos. Al calor de sus palabras las fotografías parecían animarse. Le mostró el teatro de Dionisio y le explicó en qué

orden se sentaba el público, añadiendo que desde allí se dominaba perfectamente el azul Egeo. Inopinadamente dijo:

—Recuerdo que cuando yo asistía a su clase me llamaba cíngaro mercachifle.

Y antes de que Philip, que contemplaba absorto las fotografías, hubiera tenido tiempo de alcanzar el significado de aquella frase, mister Perkins le mostraba una vista de Salamina y con un dedo, cuya uña aparecía bordeada de negro, le indicaba los lugares donde se situaban las naves griegas y persas.

XVII

Los dos años siguientes transcurrieron para Philip en medio de una monotonía que no le desagradaba del todo. No era atormentado más que los otros niños, y su deformidad, aunque le impedía tomar, parte en muchos juegos, había llegado a no tener casi importancia. Le faltaba popularidad entre sus compañeros y vivía muy concentrado en sí mismo. Pasó dos trimestres con *Rayo* en la tercera superior. *Rayo*, con su aire cansado y sus pesados párpados, parecía siempre presa de un mortal aburrimiento. Cumplía su deber, pero con el espíritu ausente. Era bueno, amable y estúpido. Tenía una gran fe en la honradez de los niños y estaba persuadido de que para que se mostraran sinceros no había nada mejor que meterles en la cabeza la idea de que nadie los creía capaces de mentir. «Pide mucho y mucho te será dado», solía decir. La existencia era fácil en la tercera superior. Se sabía por anticipado qué trozo tocaría traducir y se pasaba de mano en mano una traducción correcta, gracias a lo cual se sabía todo lo que hacía falta. Durante el interrogatorio se podía tener abierta sobre las rodillas la gramática latina y a *Rayo* no le parecía extraño que un error estuviera repetido en una docena de deberes. No tenía mucha fe en los exámenes, habiendo notado que los niños no eran nunca tan hábiles como en clase; era un resultado desconcertante, pero no significativo. Cuando llegaba el momento sabían tan poco que se velan precisados a inventarse las cosas. Esto, probablemente, los ayudaría a desenvolverse en la vida, pero no los ayudaba a traducir del latín a primera vista.

Al curso siguiente Philip cayó en manos de *Alquitrán*. Se llamaba Turner y era el más vivaz de los viejos profesores. Se trataba de un hombre bajito, con una barriga enorme y una barbilla negra que se estaba volviendo blanca; su piel era morena. Vestido con la sotana eclesiástica, daba verdaderamente la idea de un barril de alquitrán. Tenía por costumbre imponer trabajos y deberes de quinientas líneas a los alumnos que habían titubeado en la construcción de alguna frase, pero en la mesa, junto a sus colegas, reía. Era el más mundano de los profesores: sus amigos de fuera del colegio le invitaban a menudo a comer y la sociedad que frecuentaba no era del todo eclesiástica. Los alumnos le tenían por un hombre burlón. Durante el verano abandonaba el traje eclesiástico y le habían visto en Suiza vestido coquetamente con un traje a grandes cuadros. Le gustaba el vino y la buena comida, y como los alumnos le vieron una vez en el Café Royal en compañía de una señora, una pariente seguramente, no dudaron ni un solo instante de que el profesor era capaz de celebrar orgías, tanto más cuanto que él, por su parte, demostraba una ilimitada creencia en la depravación humana.

Mister Turner esperaba que pasara por lo menos un trimestre antes de lograr que sus nuevos alumnos, que provenían de la tercera superior, se pusieran en forma. De

vez en cuando, por medio de alguna aguda alusión, daba a entender que se encontraba completamente enterado de lo que sucedía en la clase de su colega. Tomaba la cosa alegremente. Creía que los alumnos jóvenes eran capaces de ser sinceros sólo cuando estaban seguros de que una mentira sería descubierta. Según él, el sentido del honor de los chicos se limitaba a sus recíprocas relaciones, pero no a las que tenían con los profesores, si bien los chicos se mostraban menos insoportables cuando se daban cuenta de que no valía la pena. Estaba orgulloso de su clase y a los cincuenta y cinco años deseaba todavía que en los exámenes resultara mejor que todas las demás clases, exactamente igual que cuando era joven. Su cólera era la cólera del hombre gordo, pronto encendida, pero pronto apagada, y sus alumnos no tardaron en descubrir la bondad oculta bajo las invectivas que les dirigía. Carecía de paciencia con los tontos, pero se preocupaba lleno de buena voluntad por los alumnos que suponía inteligentes bajo su timidez, a los que invitaba a menudo a tomar el té. Los muchachos aceptaban complacidos, aunque luego dijeran que no les había dejado pasteles y bizcochos, pues todos se los comía el profesor. Por tradición, su extraordinaria corpulencia se atribuía a un apetito formidable, y el formidable apetito se atribuía a la solitaria.

Philip se hallaba mucho más a gusto que antes, pues como el local del colegio era reducido, sólo la clase superior tenía una sala de estudio un poco apartada. Hasta ahora, el muchacho había vivido en la gran sala donde los niños de la clase preparatoria hacían sus deberes en una promiscuidad que le causaba repugnancia. La compañía le fastidiaba y encontraba un gran placer en permanecer solo. Se aficionó a dar paseos solitarios por el campo. Un riachuelo bordeado de sauces corría a través de los campos verdes y el muchacho sentíase feliz, sin saber por qué, paseando por sus orillas. Cuando estaba cansado se echaba sobre la hierba y observaba los movimientos de los pececillos y el cabrilleo del agua. Otras veces paseaba alrededor del edificio del colegio, cosa que le causaba gran placer. En el prado central había sido colocada una red para tenis, pero la mayor parte del año el lugar se hallaba solitario y tranquilo. Alguna pareja de alumnos se paseaban del brazo, o bien un alumno estudioso caminaba lentamente, con la mirada en la lejanía, repitiendo la lección que debía aprender de memoria. En los grandes olmos había una colonia de cornejas que llenaban el aire con sus melancólicos gritos. A un lado se veía la catedral, con su gran torre mayor, y Philip, que no sabía apreciar todavía la belleza, la contemplaba con una agradable turbación que le era imposible analizar. Cuando vio su nueva sala de estudio —una habitación cuadrada que daba a un patio lateral y podían utilizar sólo cuatro niños— compró una fotografía de la catedral y la colocó en la pared, junto a su mesita. También comenzó a interesarse entonces por la vista que se dominaba desde la ventana de la clase cuarta. Veíanse prados cuidadosamente segados, limitados por árboles frondosos. Aquel paisaje le producía una extraña sensación que no sabía discernir si era de placer o de dolor. Eran los albores de la

emoción estética. Al mismo tiempo aparecieron ciertos cambios en el muchacho. Su voz cambiaba y Philip no siempre acertaba a dominarla, de suerte que algunas veces su garganta emitía sonidos roncos y extraños.

Por entonces comenzó a frecuentar las lecciones que el director daba en su propio despacho, después del té, con el fin de preparar a los muchachos para la confirmación. La devoción de Philip no resistió la prueba del tiempo y desde hacía mucho había abandonado la lectura nocturna de la Biblia. Pero bajo la influencia de mister Perkins, así como por su estado de inquietud física, volvieron los antiguos sentimientos, y el muchacho se reprochó amargamente su propia indiferencia. El fuego del infierno ardía ante los ojos de su mente. Si hubiera muerto durante aquel período en que se había mostrado tan descreído, se habría perdido para siempre. Creía implícitamente en la pena eterna, más aún que en la eterna felicidad, y se estremecía pensando en el período de indiferencia que había dejado transcurrir.

Desde el día en que mister Perkins le habló con bondad mientras él sufría bajo la injuria que más difícilmente podía soportar, Philip había concebido por el director una adoración de perro fiel. Se devanaba los sesos para hallar el modo de serle agradable y recordaba como un tesoro el más pequeño elogio que el director le dedicaba. Y cuando asistía a las pequeñas reuniones dadas en casa del director permanecía con la boca abierta y la cabeza un poco inclinada hacia delante para no perder ni una sola palabra, conservando los ojos fijos en la mirada brillante de mister Perkins. La modestia del ambiente hacía que los argumentos parecieran más elevados. Algunas veces el maestro, transportado por la emoción, cerraba el libro que tenía ante sí y, con la mano colocada sobre el corazón, como para frenar sus latidos, hablaba del misterio de la religión. Philip no comprendía muchas de las cosas que decía, pero intuía vagamente que bastaba con sentirlas. Al muchacho le parecía que el director, con sus despeinados cabellos negros y su rostro pálido, era como uno de los profetas de Israel que no dudaron en desafiar al rey; y cuando Philip pensaba en el Redentor, se lo figuraba con aquellos mismos ojos y con aquellas mismas delgadas mejillas.

Mister Perkins tomaba muy en serio esta parte de su trabajo, sin dar muestras de su brillante humorismo, por el que le acusaban de ligereza los demás profesores. Hasta en los días en que estaba más ocupado encontraba el tiempo necesario para recibir, aunque sólo fuera por un cuarto de hora o veinte minutos, a los alumnos que se preparaban para la confirmación. Quería dar a comprender a los muchachos que aquel paso era el primero serio y consciente que daban en la vida. Intentaba penetrar en lo más profundo de sus almas para instalar allí su propia ardiente devoción. Intuía en Philip, a pesar de la timidez de éste, la posibilidad de un ardor parecido al suyo. El temperamento del muchacho le parecía esencialmente religioso.

Un día interrumpió de súbito su propia disertación para preguntarle:

—¿Ha pensado usted alguna vez a qué se dedicará cuando sea mayor?

—Mi tío desea que me consagre a Dios.

—¿Y usted?

Philip enrojeció y miró a otra parte. Se avergonzaba de confesar que se sentía indigno.

—No conozco ninguna vida tan llena de felicidad como la nuestra —añadió Perkins—. Me gustaría poderle hacer sentir el maravilloso privilegio que nos está reservado. Puede servirse a Dios en todas las profesiones, pero nosotros nos hallamos más cerca de Él. No quiero ejercer influencia en usted, pero si se decide al fin, y le aconsejo que no pierda el tiempo, experimentará en seguida una alegría y un alivio que no le abandonarán ya nunca.

Philip no respondió, pero el director leyó en sus ojos que empezaba a penetrar en lo que quería darle a entender.

—Si continúa usted como ahora, pronto será el primero del colegio y tendrá usted posibilidad de obtener una beca cuando acabe aquí los estudios. ¿Posee usted algún dinero?

—Mi tío dice que tendré cien libras al año cuando sea mayor.

—Será usted rico. Yo no tenía nada.

El director titubeó un instante. Luego, haciendo rayas distraídamente con el lápiz en el papel secante que tenía ante sí, continuó:

—Me parece que el número de profesiones entre las de posible elección para usted será algo limitado. No puede usted elegir, naturalmente, entre las que precisan actividad física.

Philip enrojeció hasta la raíz del cabello, como siempre que alguien hacía alguna alusión a su pie contrahecho. Mister Perkins le miró gravemente.

—Temo que sea usted excesivamente sensible en lo que concierne a su defecto. ¿Nunca se le ha ocurrido dar gracias a Dios?

Philip alzó vivamente los ojos y apretó los labios. Recordó que durante mucho tiempo, fiándose en lo que le habían dicho, suplicó a Dios que le curara como curó al leproso y devolvió la vista al ciego.

—Mientras considere usted su defecto con espíritu de rebelión, se avergonzará usted. Pero si lo considera como una cruz que le ha sido dada porque sus hombros pueden soportarla, se transformará en motivo de alegría lo que ahora le sirve de aflicción.

El director notó entonces que la conversación hacía sufrir al muchacho y le despidió.

Pero Philip reflexionó profundamente sobre lo que el director le había dicho, y muy pronto, absorto en la idea de la próxima ceremonia, fue invadido por una ola mística. Le pareció como si su alma se liberase del légamo de la carne y que una

nueva vida comenzaba para él. Aspiró a la perfección con todo el fervor de su alma. Decidió dedicarse completamente al servicio de Dios y recibir órdenes. Cuando llegó el gran día, Philip, profundamente conmovido a causa de la preparación, del libro que había estudiado, y, sobre todo, a causa de la preponderante influencia del director no acertaba a dominar su emoción y su alegría. Un pensamiento le atormentaba: tenía que atravesar solo el coro y temía mostrar demasiado su defecto no sólo a los ojos de todo el colegio, sino también ante los forasteros venidos de la ciudad y de los padres de los alumnos que asistían a la confirmación de sus hijos. Sin embargo, se esforzó en aceptar serenamente la humillación, y cuando atravesó el coro cojeando, pequeño e insignificante bajo las altas bóvedas de la catedral, conscientemente ofreció su deformidad como holocausto al Dios que le amaba.

XVIII

Pero Philip no podía vivir mucho tiempo en el aire enrarecido de la sublimidad. Lo que le había sucedido cuando por primera vez sintió una crisis religiosa, volvió a sucederle. Sentía tanto la belleza de la fe, el deseo de sacrificio le ardía con tal fuerza en el corazón, que sus fuerzas resultaron inadecuadas a sus ambiciones. La violencia de su pasión le dejó sin fuerzas y su alma fue invadida por una extraña aridez. Comenzó a olvidarse de la presencia de Dios, la cual parecía circundarle antes; sus ejercicios religiosos, cumplidos siempre con exactitud, llegaron a ser para Philip una mera formalidad. Al principio se dirigía a veces amargos reproches a sí mismo y el temor del infierno le impelía a encontrar de nuevo la fe, pero esto fue desapareciendo y poco a poco sus pensamientos se vieron distraídos por otros intereses.

Philip tenía pocos amigos. El hábito de la lectura le aislaba. Y el aislamiento llegó a ser para él tan necesario que, después de algún rato pasado en compañía de alguien, se sentía cansado e inquieto.

El muchacho había adquirido muchos conocimientos y carecía de la habilidad de esconder el desprecio que sentía hacia la inferioridad de sus compañeros. Éstos lo motejaban de presuntuoso, y como no despuntaba más que en materias que les parecían sin importancia, le preguntaban irónicamente de qué se enorgullecía. En Philip se estaba desarrollando rápido el sentido del humor y pronto adquirió cierta habilidad para burlarse de la gente, y se divertía haciéndolo, sin llegar nunca a ofender a nadie. Luego, cuando sus víctimas le demostraban antipatía, sentíase resentido. Las humillaciones que sufrió durante los primeros tiempos de su estancia en el colegio habían hecho que se recluyera en sí mismo, y como nunca supo deshacerse completamente de tal sensación, permaneció siempre tímido y taciturno. Pero el caso era que, aunque hacía todo lo posible por ganarse las antipatías de sus compañeros, codiciaba con gusto su corazón la popularidad que tan fácilmente se granjeaban otros, y a pesar de que procuraba zaherir a éstos aún más que a los demás, los admiraba desde lejos y habría dado cualquier cosa por estar en su lugar. Bien es verdad que se hubiera cambiado con el muchacho más estúpido del colegio con tal de no cojear. Adquirió una extraña costumbre: imaginó que podía transformarse en uno de los compañeros que más le gustaban, que podía colocar a su propia alma en el cuerpo del otro, hablar con su voz y reír con su risa; hacer, en suma, todo lo que el otro hacía. Este sueño imaginativo era tan vivaz que a veces le parecía que ya no era él, y experimentaba minutos de fantástica felicidad.

Al iniciarse el trimestre que siguió a su confirmación, Philip pasó a otra sala de estudio. Uno de los compañeros que la compartían con él se llamaba Rose. Pertenecía a la misma clase de Philip y éste había sentido siempre por él gran admiración. Rose no era guapo. Tenía las manos muy grandes. Su maciza osamenta hacía pensar que

iba a ser muy alto, pero por entonces estaba mal proporcionado. Sus ojos, sin embargo, eran atrayentes y cuando reía —y reía siempre—, alegraba todo su rostro de un modo simpatiquísimo. No era muy inteligente ni muy tonto, mas hacía discretamente sus deberes y jugaba mejor aún. Tanto los profesores como los demás alumnos le querían, y él, a su vez, correspondía mostrando una agradable estimación por todo el mundo.

Recién llegado a la nueva sala, Philip no pudo menos de acogerse a sus nuevos compañeros, los cuales, acostumbrados a trabajar juntos desde hacía nueve meses, le acogieron con frialdad. Philip sentíase un intruso y se ponía nervioso, pero había aprendido a esconder sus sentimientos y los otros le hallaron tranquilo y discreto. Con Rose se mostró tímido y brusco, aunque, al igual que todos los demás, no resistiera a la fascinación involuntaria que aquél ejercía. Rose lo notó y, tal vez para probar su propio poder fascinador, o simplemente por bondad, fue el primero en introducir a Philip en su círculo. Un día le preguntó de improviso si quería ir con él al campo de deportes.

Philip enrojeció.

—No ando bastante de prisa para acompañarte.

—¡Tonterías! Ven conmigo.

Cuando iban a salir se les acercó otro muchacho para preguntar a Rose si quería ir con él.

—No puedo. Me he comprometido ya a ir con Carey.

—No te preocupes por mí —dijo Philip—. No importa.

—¡Tonterías!

Miró a Philip con sus ojos afectuosos y sonrió. Philip sintió en el corazón un extraño temblor.

Poco tiempo después la amistad había aumentado con la rapidez con que suele crecer en los muchachos y ambos llegaron a ser inseparables. Otros camaradas, asombrados por aquella intimidad, preguntaban a Rose qué era lo que encontraba en Philip.

—¡Oh, no lo sé! La verdad es que no es mal chico.

Los demás se habituaron a verlos cogidos del brazo en la capilla o paseando por el prado. Donde uno estaba se encontraba también el otro, y bien pronto, como reconociendo sus derechos, los que deseaban algo de Rose dejaban la comisión a Carey. Al principio, Philip se mostraba reservado. No quería abandonarse completamente a la alegría orgullosa que le llenaba el corazón, pero muy pronto su falta de fe en el destino cedió ante aquella exuberante felicidad. Rose le parecía la persona más extraordinaria que había conocido. Hasta los libros le parecían ahora insignificantes; era inútil leer cuando se hallaba ocupado en algo más importante. Los amigos de Rose solían ir de cuando en cuando a pasar una media hora en el cuarto de

éste cuando no tenían nada que hacer, o bien a tomar el té en su compañía. Rose era muy sociable y le gustaba la algazara. Philip, por su parte, no molestaba a nadie. Era feliz.

Durante los últimos días de escuela los dos amigos quedaron en encontrarse en la estación cuando volvieran, para tomar el té juntos antes de volver al colegio. Para ello se pusieron de acuerdo en las horas de los trenes. Philip partió para Blackstable con un peso en el corazón. Durante las vacaciones no hizo otra cosa que pensar en Rose, fantaseando sobre lo que harían cuando se volvieran a encontrar de nuevo para pasar juntos el siguiente año escolar. Se aburrió en el vicariato y el último día, cuando su tío le preguntó en tono de broma:

—Y qué, ¿estás contento de volver al colegio?

Philip contestó alegremente:

—Sí, estoy contento de volver.

Por miedo a no llegar a tiempo, partió en un tren anterior al que habían quedado: debería esperar una hora en el andén. Cuando llegó el tren de Faversham, donde sabía que su amigo tenía que haber hecho transbordo, el corazón le palpitaba. Pero Rose no bajó de aquel tren. Preguntó entonces a un mozo de estación a qué hora llegaba el tren siguiente y esperó este tren. Nueva desilusión. Sentía hambre y frío. Tomó por un atajo y se dirigió al colegio. Cuando llegó encontró a Rose en la sala de estudio, sentado ante la chimenea y dedicado a contar anécdotas a media docena de muchachos que se hallaban sentados a su alrededor, en las pocas sillas que había en el cuarto o en el suelo. Rose estrechó muy cordialmente la mano de Philip, el cual no dijo nada de lo de la estación, comprendiendo que el otro había olvidado completamente la cita.

—¿Por qué has venido tan tarde? —preguntó Rose—. Creíamos que ya no venías.

—Sin embargo, estaba en la estación a las cuatro y media —afirmó uno de los presentes—. Te he visto cuando he llegado.

Philip enrojeció. No quería que Rose supiera que había estado tanto tiempo esperándole.

—He tenido que atender a una amiga de casa —inventó rápidamente—. Me habían encargado que la acompañase en coche.

Pero la desilusión le dejó aplanado. Sentóse en silencio y respondió con monosílabos siempre que le preguntaban algo. Tenía intención de explicarse con Rose en cuanto los dejaran solos. Pero cuando esto sucedió, el amigo se vino derecho a él y sentóse en el brazo del sillón que Philip ocupaba.

—Estoy contento de estar todo este trimestre otra vez contigo en esta sala de estudio. Será divertido, ¿verdad?

Parecía tan sinceramente feliz de volver a ver a Philip que éste sintió que se desvanecía su mal humor. Los dos amigos se pusieron a hablar vivamente de las mil

cosas que les interesaban, como si hubieran estado separados sólo cinco minutos.

XIX

Philip, al principio, se había sentido tan feliz al poseer la amistad de Rose que no pensó en nada más. Tomaba las cosas como venían sin dejar que le corriera el pensamiento. Pero más tarde comenzó a sentir cierto disgusto cada vez que Rose se mostraba amable con los demás. Philip quería una amistad más exclusiva y pretendía como un derecho lo que antes aceptaba como un favor. Observaba lleno de celos las relaciones de Rose con los demás alumnos y, aunque sabía que no obraba razonablemente, no podía menos de dirigir a Rose alguna frase amarga. Si Rose pasaba una hora en la sala de estudio de algún compañero, Philip, cuando volvía, le esperaba con la cara larga. Durante todo un día permanecía enfadado y sufría tanto más cuanto que Rose no se daba por enterado, o fingía no darse. No era raro que Philip, en estas ocasiones, aunque convencido de su propia tontería, provocara un altercado cuya consecuencia era que los dos amigos no se hablaran en dos días. Pero Philip, incapaz de sostener la cólera mucho tiempo, acababa por pedir humildemente que le excusara, a pesar de estar persuadido de poseer la razón. Entonces, durante una semana, seguían más amigos que antes. Philip, sin embargo, notaba pronto que, a menudo, Rose aceptaba salir con él solo por la fuerza de la costumbre o bien por no hacerle rabiar. No hablaron con tanta animación como antes, y, a veces. Rose parecía aburrido.

Philip creyó intuir que su deformidad apartaba a su amigo.

Cuando finalizaba el trimestre, dos o tres alumnos cayeron enfermos de escarlatina y se habló de mandar a todos a sus casas para evitar una epidemia. Pero una vez aislados los enfermos, no se registró ningún caso más y se pensó que la epidemia había terminado. Philip fue uno de los atacados. Permaneció en la enfermería durante las vacaciones de Pascua y más tarde fue enviado al vicariato para que pasara allí la convalecencia. Su tío, aunque el doctor aseguraba que no había el menor peligro de contagio, recibió al muchacho con cierta frialdad: le parecía una ligereza del médico haber sugerido que el chico pasara la convalecencia junto al mar. Pero como no podía hacer otra cosa, se resignó.

Philip volvió al colegio a mitad del trimestre. Había olvidado las disputas sostenidas con Rose y sólo recordaba que el tal era su mejor amigo. Sabía que a veces se comportó no muy razonablemente y resolvió corregirse de entonces en adelante. Durante su enfermedad Rose le mandó infinidad de cartas y todas terminaban así: «Vuelve pronto.» Philip creía a pie juntillas que Rose esperaba su vuelta con gran impaciencia, la misma que él tenía por llegar.

Uno de los alumnos de la sexta había muerto y, como consecuencia de ello, se produjeron algunos cambios. Uno de ellos era que Rose no utilizaba ya su misma sala de estudio. La cosa resultó muy amarga para Philip. Pero en cuando pudo se precipitó

en la sala de su amigo, al que encontró estudiando ante el escritorio, en compañía de un muchacho que se llamaba Hunter. Cuando oyó abrir la puerta. Rose se volvió descortésmente.

—¿Quién diablos es? —gritó.

Pero cuando vio a Philip añadió:

—¡Ah! ¿Eres tú?

Philip, confuso, se quedó parado.

—He venido a ver cómo estás.

—Ya lo ves: estamos estudiando. Hunter tomó parte en la conversación:

—¿Cuándo has llegado?

—Hace cinco minutos.

Permanecieron mirándole como si los estorbara. Evidentemente deseaban qué se fuera lo más pronto posible. Philip se puso encarnado y se hizo cargo de la situación.

—Me voy. Puedes venir a verme cuando hayas acabado —dijo dirigiéndose a Rose.

—Muy bien.

Philip cerró la puerta y volvió cojeando a su estudio. Sentíase horriblemente ofendido. Lejos de demostrar alegría al verle. Rose le había tratado casi con aspereza, como si no fueran más que simples conocidos. Philip permaneció sin moverse de su sala de estudio, por si iba Rose, pero el amigo no apareció. A la mañana siguiente pudo verle de lejos: iba del brazo de Hunter. Los compañeros se encargaron de contarle lo que había sucedido. Tres meses resultan muy largos en la vida de un muchacho interno; mientras él se los había pasado en completa soledad, Rose permaneció en medio de muchos compañeros y Hunter se había hecho amigo suyo, quitándole el puesto a él. Philip pudo darse cuenta de que Rose le esquivaba; pero nuestro héroe no era de los que aceptan una situación sin aclararla. Esperó a que Rose estuviera un día solo en su sala de estudio y se acercó a la puerta.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Rose pareció confuso. Avergonzóse a continuación de haber experimentado tal sentimiento y sintió contra Philip una especie de irritación.

—Entra, si gustas.

—¡Qué amable! —dijo Philip irónico.

—¿Qué deseas?

—Quiero saber por qué estás tan antipático desde que he vuelto.

—No seas imbécil.

—No sé qué atractivo encuentras en Hunter.

—Eso es asunto mío.

Philip bajó los ojos. No acertaba a decir lo que tenía en el corazón. Temía humillarse.

Rose se puso en pie.

—He de ir al gimnasio.

Cuando le vio a punto de salir, Philip hizo un esfuerzo para conseguir una explicación.

—Vamos, Rose, no seas así.

—¡Vete a paseo!

Cerró de un portazo y dejó solo a Philip. Éste, temblando de ira, regresó a su cuarto para pensar en la afrenta que acababa de recibir. Odiaba a Rose, sentía deseos de herirle y pensaba en las palabras mordaces que podía haberle dirigido. Su amistad había terminado y nadie sabía de qué modo comentarían los compañeros la cosa. Su sensibilidad imaginó sonrisas y befas en los que ni por asomo pensaban en él. Le parecía estar oyendo sus conversaciones.

—Después de todo, la cosa no podía durar. No se comprende cómo ha podido soportar a Carey durante tanto tiempo, a ese individuo insignificante.

Para demostrar su indiferencia trabó amistad con un tal Sharp, al que siempre había odiado. Era un londinense de expresión sosa y pesada, cejijunto y provisto ya de un respetable bigote. Poseía unas manos blanduchas y era de un modo de ser demasiado dulce para su edad. Hablaba con un ligero acento plebeyo. Era uno de esos niños excesivamente perezosos para poder tomar parte en los juegos deportivos y presto siempre a eludir los que eran obligatorios. Sus cantaradas y los profesores le miraban con cierta antipatía y Philip, por reacción, buscó su amistad. Unos cuantos meses después se iría Sharp a Alemania para permanecer allí un año. Detestaba el colegio; parecíale una infamia que no le quedara más remedio que sufrir porque aún no estaba en edad de lanzarse al mundo. En su conversación —hablaba con voz dulce y baja— evocaba las noches de las calles de Londres. Philip le escuchaba fascinado y disgustado a la vez. Su viva imaginación hacía que viera a la multitud que salía de los teatros, el esplendor de los restaurantes nocturnos, el bar donde los hombres embriagados a medias se sentaban en los altos taburetes bromeando con los que les servían, y, bajo el resplandor de los faroles, el paso misterioso de grupos ambiguos que iban en busca de placeres. Sharp le prestó novelitas que leía en su departamento, experimentando una especie de maravilloso asombro.

Un día Rose intentó una reconciliación. Era un buen muchacho y no le gustaba tener enemigos.

—¿Por qué estás enfadado todavía conmigo, Carey? ¿No te parece que ya es hora de terminar con nuestro enfado?

—No sé lo que quieres decir.

—Entonces no comprendo por qué no nos podemos hablar.

—No me molestes.

—Como quieras.

Rose alzó los hombros y se alejó. Philip, como siempre que se emocionaba por algo, palideció. Su corazón latía con violencia. Al quedarse solo se sintió de pronto desesperado. Ignoraba por qué había contestado de aquel modo. Hubiera dado Dios sabe qué por poseer la amistad de Rose. Sufría por haberse peleado con él y por lo mal que le había respondido, pero en aquel momento no había sido dueño de sí mismo. Era como si un demonio se hubiese apoderado de él obligándole a decir cosas amargas en el momento en que hubiera querido abrazar a Rose y hacer las paces con él. El deseo de herirle había sido más fuerte. Había querido vengarse del dolor y de las humillaciones sufridas. Fue un arrebato de orgullo y, al mismo tiempo, una solemne tontería, pues no ignoraba que Rose no se afligiría mucho por él, mientras que él, Philip, sufría amargamente. Tuvo la intención de ir a buscar a Rose para decirle:

—Escúchame; me pesa haberme comportado de un modo tan estúpido contigo, pero te aseguro que no era dueño de mí mismo. Hagamos las paces.

Sabía, sin embargo, que nunca sería capaz de decir una cosa así. Temía que Rose se burlara de él. Philip se sentía irritado consigo mismo, y cuando Sharp apareció un poco más tarde buscó un pretexto para pelearse con él. Philip poseía un instinto de terrible crueldad para conocer el punto débil de las demás personas, y eso le permitía decir cosas ofensivas, pero aquella vez Sharp pronunció la última palabra.

—He oído hace poco a Rose que hablaba de ti con Mellor, el cual le preguntaba: «¿Por qué no le has pegado un puntapié? Sería un modo de enseñarle a vivir en el mundo.» Y Rose ha respondido: «No me gusta pegarle, siendo como es un tullido.»

Philip enrojeció. Le fue imposible replicar. Sentía un nudo en su garganta que parecía sofocarle.

XX

Philip fue promovido a la clase sexta, pero odiaba al colegio con todo su corazón, y como había abandonado sus ambiciones, ya no le importaba ser aplicado o no. Por la mañana se despertaba disgustado por la nueva jornada que tenía ante sí. No le gustaba que le reglamentasen el trabajo; las restricciones le irritaban, y no porque fueran irracionales, sino porque eran restricciones. Amaba la libertad. Le fastidiaba tener que repetir lo que sabía ya y tener que oír, a causa de algún camarada bastante duro de mollera, argumentos que había comprendido desde el primer instante.

Con mister Perkins se podía, a voluntad, trabajar o no. El director era al mismo tiempo apasionado y distraído. El aula de la sexta estaba situada en una parte de la vieja abadía que había sido restaurada y tenía una ventana gótica. Philip distraía su aburrimiento dibujando una y otra vez aquel arco; intentó también de memoria la gran torre de la catedral y la cancela que cerraba el recinto. Tenía bastante disposición para el dibujo. Durante su juventud tía Louisa había pintado a la acuarela y poseía algunos álbumes llenos de bocetos de iglesias, viejos puentes y casas de campo pintorescas. Durante su estancia en el vicariato, Philip había admirado a menudo aquellos diseños. Una vez, por Navidad, la tía regaló a Philip una caja de pinturas y el muchacho empezó a copiar los diseños de la tía. Lo copiaba mejor de lo que podía imaginarse, y muy pronto empezó a trabajar por su cuenta. Mistress Carey le daba ánimos; era un medio de tenerlo alejado de distracciones más peligrosas, y más tarde aquellos esbozos podrían servir para las fiestas de beneficencia. Dos o tres habían sido colocados en marcos y adornaban la habitación del niño.

Un día, después de la lección, mister Perkins lo detuvo al salir de la clase.

—He de hablarle. Carey.

Philip, enrojeciendo, le lanzó una rápida mirada, pero, como le conocía, no respondió en espera de que prosiguiese.

—Estoy descontento de usted desde hace algún tiempo. Se muestra usted perezoso y desatento. Parece como si el estudio no le interesara ya; y sus deberes los realiza usted lo peor que sabe.

—Lo siento, señor director.

—¿Eso es todo lo que tiene usted que decirme?

Philip miró al suelo malhumorado. ¿Cómo decir que se aburría mortalmente?

—Le advierto que en este trimestre se ha atrasado usted en lugar de adelantar. No puedo darle buena nota.

Philip pensó para sí lo que habría dicho el director si hubiera sabido la acogida que merecían sus notas. A la hora del desayuno mister Carey les dirigía una mirada indiferente y luego se las entregaba a Philip.

—He aquí tus notas. Estúdialas.

Y a continuación empezaba a hojear un catálogo de libros de ocasión. Philip leía las notas.

—¿Son buenas? —preguntaba tía Louisa.

—Las merecía mejores —respondía Philip sonriendo y entregándole las notas.

—Las veré más tarde, cuando tenga los lentes —replicaba la tía.

Pero después del desayuno Marian venía a decir algo a propósito del carnicero y las notas quedaban olvidadas.

Mister Perkins prosiguió:

—Me ha producido usted una desilusión y no acierto a comprenderlo. Me parece que puede hacer usted mucho, pero por lo que veo carece de voluntad. Teníamos intención de nombrarle primero de la clase en el próximo trimestre, pero por ahora no hay que pensar en ello.

Philip enrojeció; no le gustaba la idea de quedarse atrás. Apretó los labios.

—Y ahora otra cosa. ¿Ha pensado usted en su beca? Si no se aplica, no obtendrá ninguna.

Al joven le irritaba el sermón. Un arrebato de cólera contra el director y contra sí mismo se apoderó de él.

—No creo poder ir a Oxford.

—¿Por qué no? Creía que tenía usted intención de seguir la carrera eclesiástica.

—He cambiado de idea.

—¿Por qué?

Philip no respondió. Mister Perkins, curvado extrañamente hacia delante como siempre, postura que le hacía parecer una figura del Perugino, se acariciaba la barba con aire pensativo. Miró a Philip como si intentase comprenderle, pero de pronto le dijo con entonación brusca que podía marcharse.

Evidentemente no había quedado satisfecho. Una semana después, una noche que Philip fue a su despacho para llevar unos papeles, mister Perkins reanudó la conversación. Pero esta vez adoptó un método distinto. Habló a Philip no como un profesor a un alumno, sino como un ser humano a otro. No parecía importarle ahora gran cosa sus deberes mal hechos y la escasa probabilidad que el muchacho tenía en la actualidad de ganar una beca para ir a Oxford. Lo más importante era el cambio de propósitos en relación con el porvenir. Mister Perkins intentó reanimar la vocación religiosa del muchacho. Con tacto exquisito buceó en sus sentimientos, cosa que le fue tanto más fácil cuanto que él mismo estaba conmovido. El cambio de ideas de Philip le producía un sincero dolor, pues le parecía que el muchacho había renunciado a la felicidad. La voz del profesor era muy persuasiva, y Philip, que se conmovía fácilmente ante la emoción de los demás, se alteró bastante a pesar de su aspecto tranquilo —su rostro, ya fuera por naturaleza, ya por hábito de tantos años de colegio, no revelaba sus impresiones más que por un súbito enrojecimiento de sus mejillas—

y pareció profundamente impresionado por las palabras de mister Perkins, sintiendo grandes remordimientos por el dolor que su conducta causaba al director. Además, se sintió halagado al ver que a pesar de las muchas preocupaciones que le ocasionaba el colegio, mister Perkins se interesaba por él. Pero al mismo tiempo una voz interna, una voz que parecía ser de otra persona, repetía desesperadamente dentro de él dos palabras:

—¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero!

Tuvo la impresión de que no pisaba tierra firme. Se sintió impotente ante la debilidad que le invadía por momentos. Aquella debilidad era como el agua que penetra en una botella vacía colocada en un lebrillo lleno. Apretó los dientes repitiéndose a sí mismo aquellas dos palabras:

—¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero!

Finalmente, mister Perkins le colocó una mano sobre el hombro.

—No pretendo coaccionarle. Es usted el que debe decidir. Ruegue al Omnipotente que le aconseje y que le guíe.

Cuando Philip abandonó la casa del director caía una lluvia menuda. Atravesó el arco que conducía al recinto. El lugar estaba desierto y las cornejas guardaban silencio. Caminó lentamente. Tenía calor y le gustaba sentir la lluvia. Volvió a pensar en todo lo que le había dicho mister Perkins. Estaba tranquilo y no sufría la influencia de la personalidad del director. Sintióse contento consigo mismo por no haber cedido.

En la oscuridad distinguía vagamente la masa de la catedral, a la que ahora detestaba por el aburrimiento que le producían los largos oficios a los cuales se veía obligado a asistir. Los himnos le parecían interminables, viéndose obligado a permanecer en pie mientras se cantaba. El sermón llegaba a sus oídos como un confuso murmullo y el cuerpo, condenado a la inmovilidad cuando hubiera deseado moverse, adquiría una acentuada rigidez. Philip pensó en los dos oficios de los domingos que se celebraban en Blackstable. La iglesia era de una desnudez completa y resultaba fría; flotaba en ella un olor a brillantina mezclado al de ropa almidonada. Los sermones del tío alternaban con los del cura. Philip había aprendido, en el transcurso de los años, a conocer a mister Carey. El muchacho, que era puro y sincero, no podía concebir que un individuo predicara desde el púlpito cosas que como hombre no ponía en práctica. Esta duplicidad le exasperaba. Su tío era débil y egoísta, y no tenía otro deseo que evitarse fatigas y molestias.

Mister Perkins le había hablado de la belleza de una vida consagrada a Dios. Philip conocía perfectamente el género de vida que llevaba el clero en aquel rincón de Inglaterra oriental donde estaba su casa. El vicario de Whitestone, pequeña parroquia cercana a Blackstable, era soltero, y, con el fin de tener algo que hacer, se había hecho cargo de una fábrica. El diario local publicaba continuamente quejas contra él: obreros a los que no quería pagar el jornal y comerciantes que le acusaban

de quererlos arruinar. El vicario de Surle, pequeño pueblo situado a la orilla del mar, era visto todas las noches en la taberna que se encontraba a un tiro de piedra del vicariato, y el administrador de los bienes parroquiales había ido a pedir consejo a mister Carey. No había un alma con quien hablar en aquella localidad, a excepción de los pequeños agricultores y los pescadores; debían tenerse en cuenta las largas noches de invierno, cuando el viento silba por entre los árboles desnudos y no se ve otro paisaje que la monotonía de los campos arados, la pobreza y la falta de un trabajo continuo; se corría el riesgo de que cualquier particularidad nociva del carácter se desarrollara, pues nada había que pudiera frenarla. Philip sabía todo esto y su intolerancia juvenil no hallaba ninguna excusa para ello. Estremecióse ante la posibilidad de una vida semejante para él. Anhelaba conocer el mundo.

XXI

Mister Perkins no tardó en darse cuenta de que sus palabras no habían producido efecto alguno. Durante aquel trimestre no se interesó más por el muchacho y las notas fueron sencillamente desastrosas. Cuando éstas llegaron al vicariato y tía Louisa le preguntó cómo eran, el muchacho respondió alegremente:

—Un desastre.

—¿De veras? —preguntó extrañado el vicario—. Déjamelas ver.

—¿Crees, tío, que me sea útil permanecer todavía en Tercanbury? He pensado que lo mejor sería que me marchara por algún tiempo a Alemania.

—¿Quién te ha metido eso en la cabeza? —preguntó tía Louisa.

—¿No te parece una buena idea?

Sharp había dejado el colegio y escribió a Philip desde Hannover. Comenzaba de veras a ver la vida de cerca y esta idea producía en Philip una gran inquietud. La perspectiva de otro año de estudio le parecía insoportable.

—Pero de esta manera no podrás obtener la beca.

—No tengo ninguna probabilidad de obtenerla y, por otro lado, tampoco me entusiasma la idea de ir a Oxford.

—Pero, Philip, si quieres tomar las órdenes… —Tía Louisa parecía consternada.

—Hace tiempo que he renunciado a la idea. Mistress Carey le miró asustada. Luego, habituada a dominarse, llenó otra taza de té para su marido. Nadie dijo nada. Instantes después Philip vio que las lágrimas corrían por las mejillas de la anciana y sintió que se le encogía el corazón ante aquel dolor del cual se sabía responsable. Con su usado vestido de color negro, hecho por la modista que vivía en el extremo de la calle; con su rostro surcado de arrugas y sus ojos claros, en los que flotaba como una nube de extrañeza; con los cabellos grises, cuajados de ricitos como cuando era joven, tía Louisa resultaba ridícula, pero al mismo tiempo aparecía extrañamente conmovedora. Philip se arrepintió de su determinación por primera vez.

Más tarde, cuando el vicario fue a encerrarse en su despacho en compañía del cura, el muchacho pasó cariñosamente un brazo en torno al talle de su tía.

—Me siento desolado al verte tan trastornada, tía Louisa. Pero creo que no es cuerdo abrazar la vida religiosa sin tener una verdadera vocación, ¿no te parece?

—Estoy muy desilusionada, Philip —gimió la tía—. Era mi deseo más vivo. Tenía la esperanza de que llegaras a ser el cura de tu tío y cuando nos llegara nuestra hora, pues no podemos durar eternamente, ¿verdad?, tú hubieras podido ocupar su puesto.

Philip tembló asustado. Su corazón empezó a latir como el de un pichón caído en una trampa. La tía sollozaba dulcemente con la cabeza apoyada en los hombros del muchacho.

—Quisiera que me ayudases a convencer al tío para que me permitiese abandonar Tercanbury. Ya no puedo más.

Pero el vicario de Blackstable no aceptaba tan fácilmente el modificar sus proyectos. Se había convenido desde un principio que Philip permanecería en el colegio hasta los dieciocho años y que luego marcharía a Oxford. De todas formas, no era posible cambiar de planes inmediatamente, pues, como no había anunciado sus intenciones, el trimestre había sido pagado.

—Entonces, ¿quedamos en que me marcharé por Navidad? —preguntó Philip al terminar una larga y tempestuosa discusión.

—Escribiré a mister Perkins para saber lo que piensa sobre esto.

—¡Dios mío, cuánto desearía tener veinte años! ¡Es terrible depender de los demás!

—¡Philip, ésta no es manera de hablar a tu tío! —dijo dulcemente mistress Carey.

—Pero ¿no comprendéis que Perkins querrá que yo permanezca allí? Percibe un tanto por cada interno…

—¿Y por qué no quieres ir a Oxford?

—¿De qué me serviría desde el momento que no quiero ser cura?

—Entonces, ¿qué quieres ser? —preguntó mister Carey.

—No lo sé, no me he decidido todavía. Pero sea lo que fuere, conocer una lengua extranjera es siempre útil. Me servirá mucho más permanecer un año en Alemania que pudrirme en aquel agujero.

No quería confesar su convicción de que la vida en Oxford sería poco más o menos como la del colegio. Deseaba ser dueño de sí mismo. Por otra parte, sabía que en Oxford encontraría a antiguos condiscípulos y no quería ver a ninguno. Comprendía que su vida en el colegio había sido un fracaso completo y quería empezar de nuevo haciendo borrón y cuenta nueva.

Su deseo era marchar a Alemania con ciertas ideas que habían sido discutidas recientemente en Blackstable. Algunos amigos que se hospedaron en casa del médico habían llevado noticias del mundo exterior, y los bañistas que fueron en el mes de agosto llevaron un saco de ideas nuevas. El vicario se había dado cuenta de que eran personas que creían que había pasado el tiempo de la vieja educación y que las lenguas modernas tenían una importancia de que carecían cuando él era joven. Se daba cuenta de que le combatían: su hermano menor había sido enviado a Alemania después de ser calabaceado en los exámenes, creando un precedente; pero como murió de tifus no podía considerarse aquella experiencia como tranquilizadora. Después de innumerables conversaciones se decidió que Philip volviera a Tercanbury durante otro trimestre y que después marchara. Esta determinación satisfizo al muchacho pero pocos días después de su regreso al colegio el director habló con él.

—He recibido una carta de su tío. Según parece desea usted marcharse a

Alemania y su tío me pide mi opinión.

Philip al oír estas palabras quedó estupefacto y se sintió furioso contra su tío.

—Creía que la cosa estaba decidida.

—Todo lo contrario. He escrito para decirle que es un grave error que se marche usted del colegio.

Inmediatamente Philip escribió a su tío una carta violentísima, sin medir las palabras. Sentíase tan encolerizado que se durmió muy tarde y a la mañana siguiente se despertó temprano, empezando a pensar en cómo había sido tratado. Esperó con impaciencia la respuesta a su carta, la cual llegó dos o tres días después. Era una carta dulce y dolorida de tía Louisa. Ésta le decía que no debía haber escrito en aquel tono a su tío, quien se había enfadado mucho al leer su carta. El sobrino se había mostrado poco afectuoso y poco cristiano. Podía haber pensado que lo que se pretendía sólo era su bien, y que teniendo más años que él se poseía más claro juicio. Philip apretó los puños. Había oído mil veces aquella afirmación y no le parecía justa. Sus tíos no conocían la situación como él la conocía, y la vejez no tenía razón para atribuirse una experiencia más profunda de las cosas. La carta terminaba con la noticia de que mister Carey había anulado su autorización para que Philip abandonase el colegio. El muchacho tascó el freno en espera de la primera tarde libre. El martes y el jueves quedaba libre, mientras que el sábado tenía la obligación de participar en el servicio de tarde de la catedral. Cuando les llegó a los muchachos de la sexta la hora de salir, Philip se quedó.

—¿Puedo ir hoy a Blackstable, señor director?

—No —repuso brevemente mister Perkins.

—Querría ver a mi tío para un asunto muy importante.

—¿No ha oído usted que he dicho que no?

Philip no respondió. Salió. La humillación le producía una especie de dolor de estómago: humillación por haber tenido que rogar y humillación por haber recibido una negativa. Notó que en su corazón empezaba a odiar al director. Ardía de rabia, contra aquel despotismo que no razonaba sus más tiránicas decisiones. Demasiado irritado para comprender la importancia de lo que hacía, después de comer se dirigió a la estación por los atajos que tan bien conocía y llegó a tiempo de tomar el tren para Blackstable. En el vicariato encontró a los tíos en el comedor.

—¡Eh! ¿De dónde vienes? —preguntó el vicario, con notoria alarma.

Evidentemente el verle no le causaba ninguna alegría y parecía un tanto embarazado.

—He venido a hablarte de mi salida del colegio. Quiero saber por qué me prometiste una cosa cuando estaba aquí y por qué después hiciste otra.

Estaba un poco asustado de su propia audacia; pero había preparado la frase con anticipación e hizo todo lo posible por pronunciarla aunque el corazón le latiera

fuertemente.

—¿Has obtenido permiso para venir aquí?

—No; lo he pedido a Perkins y me lo ha negado. Si tú le escribes que he venido, me pondrás en un compromiso.

Mistress Carey continuaba haciendo su labor de punto con las manos temblorosas. No estaba acostumbrada a las escenas y aquélla la descomponía.

—Merecerías que le informara —dijo mister Carey.

—Si quieres jugarme una mala pasada, hazlo. Después de lo que has escrito a Perkins, te creo capaz de todo.

Era una estupidez hablar de aquel modo, pues ofrecía al vicario la ocasión que andaba buscando.

—No me quedaré aquí para soportar tus impertinencias —dijo con dignidad el vicario.

Se puso en pie y salió, metiéndose en su despacho, en el que se encerró con llave.

—¡Dios mío! ¡Si tuviera veintiún años! ¡Es terrible sentirse tan ligado a los demás!

Tía Louisa se echó a llorar en silencio.

—No debías haber hablado de ese modo a tu tío, Philip. Te ruego que vayas a pedirle perdón.

—¡Nada de eso! Es él el que abusa de su posición. El dinero que se gasta en el colegio es dinero tirado. Pero a él, claro está, no le importa; no es dinero suyo. Ha sido una crueldad ponerme bajo la tutela de personas que no me comprenden.

—¡Philip!

Al oír aquella voz Philip sintió que su cólera se evaporaba. Era una voz que le despedazaba el corazón. El muchacho no se daba cuenta de los desatinos que estaba diciendo.

—¿Cómo puedes ser tan malo, Philip? Sabes perfectamente que no queremos más que tu bien. No teníamos mucha experiencia porque no hemos tenido hijos. Por eso seguimos el consejo de mister Perkins —la voz de la anciana se rompió—. He intentado ser una madre para ti. Te he querido como si fueras mi hijo.

Era tan pequeña y frágil, resultaba tan conmovedora con aquel aspecto de vieja solterona, que Philip notó que se le hacía un nudo en la garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Soy muy malo! —dijo—. No quiero disgustarte.

Se arrodilló junto a ella y cogiéndola por los brazos besó sus mejillas húmedas y arrugadas. La infeliz mujer sollozaba amargamente y Philip tuvo por un momento la sensación de aquella vida malograda. Era la primera vez que su tía se dejaba llevar por una conmoción semejante.

—Sé que no he sido para ti lo que hubiera querido ser; pero es que nunca he

sabido lo que tenía que hacerse. Ha sido tan doloroso para mí no tener hijos como para ti no tener madre.

Philip olvidó su cólera y su fastidio y pensó sólo en consolarla con palabras entrecortadas y breves y con torpes caricias. En aquel momento sonó el reloj. Debía darse prisa si quería tomar el tren que le condujera a Tercanbury a la hora de pasar lista. Sentado en un rincón del tren se dio cuenta de que no habían quedado en nada. Era idiota haberse dejado desviar de sus proyectos por la severidad del vicario y las lágrimas de la tía. Pero el resultado de la conversación de los cónyuges, que Philip ignoró, fue una nueva carta al director que Perkins leyó alzándose de hombros con impaciencia y mostrándosela luego a Philip.

Apreciado mister Perkins: Perdóneme si de nuevo le molesto a propósito de mi pupilo, pero tanto su tía como yo estamos un poco preocupados con él. A lo que parece, tiene un gran deseo de dejar el colegio, y su tía lo cree desgraciado. Es muy difícil para nosotros tomar una decisión no siendo sus padres. Philip está persuadido de que no triunfará en los estudios y que, por lo tanto, seguir estudiando sería despilfarrar el dinero. Nos haría usted un gran favor si quisiera hablarle, y si continúa con la misma idea no tendremos otro remedio que dejarle marchar para Navidad, según mi primera intención. Cordialmente suyo,

WILLIAM AREY

Philip devolvió la carta. Su triunfo hizo que experimentara un estremecimiento de orgullo. Podía obtener lo que deseaba aunque fuera luchando contra la voluntad de los demás.

—Es inútil que yo pierda media hora escribiendo a su tío si él cambia de opinión en cuanto recibe una carta de usted —dijo el director irritado.

Philip no respondió, su rostro permaneció inmóvil, pero el brillo de sus ojos le traicionó. Mister Perkins lo notó y se echó a reír.

—Se ha apuntado usted un tanto, ¿eh?

Philip sonrió francamente. No podía ocultar la alegría que experimentaba.

—¿Es verdad que siente usted tanto deseo de marcharse?

—Sí, señor director.

—¿Es usted desgraciado aquí?

Philip enrojeció. Detestaba instintivamente cuantas tentativas se hicieran para penetrar sus sentimientos. Haciendo un esfuerzo, pudo contestar:

—Oh…, no lo sé.

Mister Perkins, alisándose la barba, le miró con aire pensativo. Parecía como si

sólo hablase por sí mismo.

—Sin duda, el colegio está hecho para el tipo medio. De cualquier forma que sea la clavija es necesario que entre en el agujero que le corresponde. No puede perderse tiempo con los que están encima del nivel medio —de pronto se volvió hacia Philip —. Voy a hacerle una proposición. Nos acercamos al fin del trimestre. Tres meses más no serán un desastre para usted y, si desea ir a Alemania, será mejor que vaya después de la Pascua que después de Navidad. Alemania es más agradable en primavera que en invierno. Si al fin del próximo trimestre continúa usted dispuesto a marcharse, no haré ninguna objeción. ¿Qué le parece?

—Se lo agradezco mucho.

Sentíase Philip tan feliz al no tener que estar en el colegio los tres meses últimos del curso, que aceptó sin oposición aquel trimestre de más. El colegio ya no le parecía una prisión en cuanto supo que al llegar la Pascua sería libre para siempre. Su corazón rebosaba de alegría. Aquella tarde, en la capilla, al ver a los alumnos reunirse clase por clase, cada uno en su sitio, rió satisfecho al pensar que pronto no los vería más. Los miró casi con simpatía. Sus ojos se detuvieron en Rose, que tomaba muy en serio su papel de primero de la clase, jactándose de ejercer sobre todo el colegio gran influencia. Aquella tarde le tocaba leer la oración y la leyó muy bien. Philip sonrió al pensar que Rose quedaría muy pronto separado para siempre de su vida. Pasados seis meses no le importaría nada que Rose fuera alto y bien proporcionado, el primero de la clase y el primero en el fútbol. Miró también a los profesores, vestidos de sotana. Gordon había muerto de apoplejía dos años antes. Los demás estaban todos presentes. Philip los tenía por seres mediocres, exceptuando tal vez a Turner, que llevaba en sí algo de virilidad, y recordaba la sujeción en que le había tenido. Dentro de seis meses ya no contarían para él. Sus elogios no podían tener ya ningún significado y las censuras no merecían otra acogida que un encogimiento de hombros.

Philip había aprendido a no exteriorizar sus emociones, pero la timidez le atormentaba todavía. Sin embargo, se sentía a menudo lleno de animación, y aunque se mostraba taciturno y reservado, le parecía oír dentro de sí un cántico de gloria. Era como si caminase con paso más ligero. Una infinita cantidad de ideas se alojaban en su cerebro e iban y venían tan rápidamente que le era imposible asirlas, pero aquel constante flujo y reflujo le divertía. Ahora que era feliz, sentíase nuevamente con ánimos para estudiar y durante la última semana del trimestre quiso recuperar todo lo que había perdido. Su cerebro trabajaba con facilidad y la actividad de su inteligencia le producía una sensación placentera. Obtuvo un resultado óptimo en los exámenes trimestrales. Mister Perkins le hizo una sola observación. Estaba hablando de un ensayo que Philip había escrito y, tras la crítica habitual, el director le dijo:

—Por lo visto ha decidido usted interrumpir por algún tiempo el obrar como un tonto, ¿no es cierto?

Le sonrió con sus brillantes dientes y Philip, con los ojos bajos, le respondió con una sonrisa embarazosa.

Los cinco o seis alumnos que estaban seguros de repartirse entre ellos los distintos premios que se concederían al terminar el verano habían dejado de considerar a Philip como un rival peligroso, pero ahora comenzaban a mirarle con cierta preocupación. Philip no dijo a nadie que se iba a marchar para Pascua y que, por lo tanto, no podía ser tenido como un rival, sino que los dejó desasosegados. Sabía que Rose esperaba ser el primero en francés, debido a que había pasado dos o tres períodos de vacaciones en Francia. Otro de sus camaradas contaba con llevarse el premio establecido por el decano para los ejercicios de composición. Philip se divirtió mucho al ver la consternación que producía en ellos el hecho de que los superase en tales materias. Norton, otro alumno, no podría ir a Oxford si no ganaba una de las becas a disposición del colegio y preguntó a Philip si iba a tomar parte en el concurso.

—¿Hay algo que lo impida? —preguntó Philip.

La idea de tener en las manos el porvenir de cualquiera de ellos le divertía. Había algo de romántico en el sentimiento de que teniendo al alcance de la mano todas aquellas recompensas las desdeñase. Por fin llegó el día de la marcha y Philip se acercó a mister Perkins.

—¡No vendrá usted a decirme que decididamente tiene intención de marcharse!

Ante la evidente sorpresa del director, Philip se amoscó.

—Quedamos en que no me haría usted ninguna objeción —respondió con firmeza.

—Creí que era un capricho y que lo mejor era seguirle a usted la corriente. Veo que es usted obstinado y terco. Pero ¿por qué quiere usted marcharse precisamente ahora? Queda solamente otro trimestre. Podría usted obtener con facilidad la beca Magdalen y, por lo menos, la mitad de los otros premios.

Philip le lanzó una sombría mirada. Sentíase burlado, pero tenía la promesa de Perkins, el cual no podía negarse ahora a cumplirla.

—Se divertiría usted en Oxford —prosiguió el director—. Lo que haya de hacer inmediatamente piénselo antes de hacerlo. Estoy seguro de que no se da usted cuenta de la vida que puede llevar en la Universidad una persona inteligente.

—Lo he dispuesto ya todo para ir a Alemania.

—¿Y no podría modificar usted su programa? —preguntó Perkins con su simpática sonrisa—. Me desagradaría mucho perderle. En el colegio los alumnos más bien tontos, pero estudiosos, adelantan más que los inteligentes y perezosos. Mas cuando el muchacho inteligente se aplica… ¡Oh!, entonces hace lo que ha hecho usted en este trimestre.

Philip enrojeció. No estaba habituado a los cumplimientos y nadie le había dicho

que era inteligente. El director le puso una mano sobre el hombro.

—Sepa usted que no es fácil meter las cosas en la mollera de los muchachos obtusos, pero cuando se tiene la fortuna de enseñar a un alumno que las coge al vuelo, casi antes de haberle hablado, le aseguro a usted que enseñar es la cosa más agradable del mundo.

Philip se sintió conmovido por tanta bondad. No había pensado nunca que a mister Perkins le pudiera importar mucho si él se iba o si permanecía en el colegio. Por un momento, titubeó. Hubiera sentido cierto placer en terminar gloriosamente en el colegio y luego marchar a Oxford. Era costumbre en el colegio hablar a los alumnos de los que salieron de allí aureolados de gloria e incluso leer en las clases las cartas que se iban recibiendo de éstos. Pero se avergonzó. Cambiando de idea, parecería imbécil y su tío se habría reído al ver el buen éxito obtenido por la añagaza del director. Existía una gran diferencia entre el dramático abandono de los premios que desdeñaba y la fácil y sencilla conquista de éstos. Sin embargo, habría bastado que el director insistiera un poco para que el amor propio de Philip se diera por vencido. Pero el rostro del muchacho no reveló la menor emoción, permaneciendo inmóvil y frío.

—Prefiero marcharme —dijo Philip.

Mister Perkins, que al igual que muchos hombres, trataba siempre de obtener lo que deseaba empleando su influencia personal, solía impacientarse cuando el efecto de su prestigio no se manifestaba inmediatamente. Por otra parte, tenía mucho que hacer y no podía perder el tiempo con un muchacho que le parecía estúpidamente testarudo.

—Muy bien. Prometí acceder si usted continuaba deseando tal cosa y mantengo mi promesa. ¿Cuándo se marcha usted a Alemania?

El corazón de Philip empezó a latir con violencia. Había ganado la batalla, pero no sabía si en realidad la tenía perdida.

—A principios de mayo, señor director.

—Perfectamente. Venga a visitarnos cuando regrese.

Le tendió la mano. Si hubiese añadido alguna cosa más, Philip habría cambiado de idea, pero para el director la cosa estaba ya decidida. El muchacho salió de la casa del director. Era libre, mas no experimentaba la notable alegría que había esperado. Caminó lentamente en torno al recinto del colegio, sintiéndose profundamente deprimido. Renegaba de su propia tontería. En aquel momento no deseaba ya partir, pero sabía que no poseería la fuerza necesaria para presentarse de nuevo a Perkins y decirle que deseaba quedarse. Era una humillación que no habría soportado nunca. Se preguntaba si había procedido con juicio. Sentíase descontento de él y de su situación y se preguntaba con tristeza si siempre que se toma una determinación se arrepiente uno después.

XXII

Miss Wilkinson, una antigua amiga de los tíos de Philip, vivía en Berlín. Hija de un pastor, rector de un pueblo situado en el Lincolnshire, en el que mister Carey había estado como cura, se había visto obligada, cuando murió su padre, a ganarse la vida desempeñando el cargo de institutriz en Francia y en Alemania. Miss Wilkinson se carteaba con mistress Carey, y en dos o tres ocasiones fue a pasar las vacaciones a Blackstable, abonando una pequeña cantidad, como siempre hacían los huéspedes de los Carey.

Cuando se convino que lo mejor era ceder al deseo de Philip, mister Carey escribió a su amiga para pedirle consejo y miss Wilkinson recomendó a Heidelberg como el mejor sitio para aprender el alemán y hasta habló de una pensión, la casa de la frau *Professor* Erlin. Philip pagaría treinta marcos a la semana, y el profesor de la escuela superior de la ciudad le daría lecciones de alemán.

Philip llegó a Heidelberg una mañana de mayo. Su equipaje fue colocado en una carretilla y el recién llegado siguió al mozo fuera de la estación. El cielo estaba azul y los árboles del paseo se hallaban cubiertos de hojas. La frescura del ambiente era sumamente agradable, lo cual, unido a la ansiedad que produce empezar una nueva vida entre desconocidos suscitaba en el joven una extraña sensación de alegría. Se hallaba algo sorprendido al ver que nadie fue a esperarle a la estación y sintió cierta angustia cuando el mozo le dejó solo ante el ancho portón de una gran casa blanca. Un muchacho mal vestido le introdujo en un salón atestado de muebles tapizados de terciopelo verde y con una mesa redonda en el centro. Sobre la mesa había un jarrón con un ramo de flores muy apretado y rodeado de un papel rizado, como si fuera el hueso de un jamón. Alrededor del ramo, a distancias regulares, algunos libros encuadernados en cuero. El ambiente olía a moho.

Frau *Professor* entró acompañada de olores culinarios. Bajita, gruesa, con los cabellos tirantes y el rostro rojo, los ojos redondos y relucientes, la alemana se mostró amable y cordial. Cogió las manos de Philip, pidiéndole noticias de miss Wilkinson, la cual, en dos ocasiones, había vivido en su casa. Hablaba en alemán, intercalando de cuando en cuando una palabra en inglés. Philip no acertó a hacerle comprender que no conocía a miss Wilkinson. A continuación entraron las dos hijas de frau Erlin. A Philip no le parecieron muy jóvenes, pero seguramente no pasaban de los veinticinco. Tecla, la mayor, era bajita como su madre y tenía igualmente su mismo aire astuto, pero con cara bonita y abundante cabello negro. Ana, la más joven, era alta y fea, pero poseía una sonrisa simpática y Philip la prefirió inmediatamente a la otra. Tras pocos minutos de conversación cortés, frau *Professor* acompañó a Philip a su habitación y le dejó solo. La habitación se encontraba en una torrecita y daba a los árboles de la Anlage. La cama estaba en una alcoba, por lo que, sentado en el

escritorio, no veía la cama y no le parecía estar en un dormitorio. Philip deshizo su equipaje y sacó sus libros. Por fin era dueño de sí mismo.

A la una le llamó a comer una campana. Encontró a todos los huéspedes de la casa reunidos en el salón. Philip fue presentado al profesor, un hombre de mediana edad, alto, con una gran cabeza rubia que empezaba a ser gris, y dulces ojos azules. Dicho profesor habló a Philip en un inglés correcto y más bien arcaico, pues había sido aprendido leyendo los clásicos y no en conversaciones. Al joven le pareció extraño oír palabras que había encontrado a menudo en los dramas de Shakespeare. Frau *Professor* Erlin decía que su casa era una familia y no una pensión, pero lo cierto era que se habría precisado de toda la sutileza de un metafísico para establecer con precisión dónde estaba la diferencia. Cuando se sentaron a comer en una habitación alargada y oscura, contigua al salón, Philip, que se mostraba muy tímido, comprobó que eran dieciséis personas. Frau *Professor* sentábase a la cabecera de la mesa y cortaba carne. El muchacho mal vestido se encargaba de servir la mesa, haciendo un gran ruido con los platos, y aunque era un muchacho ágil, ocurría a menudo que la primera persona servida terminaba de comer antes de que la última hubiera recibido su ración. Frau *Professor* quería que sólo se hablase en alemán, así que Philip se veía obligado a guardar silencio, si bien su timidez tampoco le hubiera permitido hablar mucho. Dedicóse mientras tanto a observar a las personas entre las cuales tendría que convivir. Junto a frau *Professor* sentábanse algunas señoras en las que no fijó su atención. Había, además, dos muchachas, las dos de cabello rubio, y una de ellas era de rostro agraciado. Fräulein Eduvigis y fräulein Cecilia. Esta última llevaba una larga trenza que le caía a lo largo de la espalda. Se sentaban juntas y hablaban entre sí, riéndose por lo bajo. De vez en cuando miraban a Philip y a continuación se decían alguna cosa la una a la otra. El joven enrojecía creyendo que se burlaban de él. Junto a ellas estaba sentado un chino —rostro amarillo y amplia sonrisa— que estudiaba economía política occidental en la Universidad. Hablaba tan rápidamente, con su peculiar acento, que a menudo las niñas no le entendían y estallaban en risas. El chino reía también sin enfadarse y sus ojos de almendra desaparecían casi por completo. Había también dos o tres americanos, estudiantes de teología, vestidos con traje negro, de tez amarillenta y árida. Philip notó el acento nasal en el pésimo alemán que hablaban y los miró con desconfianza; le habían enseñado que los americanos son unos bárbaros imposibles de civilizar.

Después de comer, algunos pasaron al salón, sentándose en las rígidas poltronas de terciopelo. Fräulein Ana preguntó a Philip si quería salir de paseo con ellas.

Philip aceptó. Formaron una comitiva: las dos hijas de frau *Professor*, las otras dos niñas, uno de los estudiantes americanos y Philip. Éste marchaba entre Ana y fräulein Eduvigis, ligeramente turbado. No había tenido ninguna relación con muchachas. En Blackstable sólo había las hijas de los agricultores y de los

comerciantes. Las conocía de nombre y de vista, pero era tímido y pensaba que ellas se reirían de su deformidad. Siempre había reconocido la diferencia que existía entre su propio rango y el de los agricultores. El medico tenía dos hijas, pero ambas eran mayores que Philip; se habían casado con ayudantes del padre cuando Philip todavía era un niño. En el colegio se habló de dos o tres muchachas, más agraciadas que modestas, conocidas de algunos de los pensionistas, los cuales habían vivido terribles intrigas amorosas con ellas, intrigas que probablemente no existían más que en la imaginación de los adolescentes. Pero Philip escondió siempre bajo un orgulloso desprecio el terror que la mujer le causaba. Su fantasía y su lectura le inspiraron el deseo de tomar una actitud byroniana y sentíase vacilar entre un morboso amor propio y el deseo de ser galante. Hubiera querido mostrarse brillante y divertido, pero su cerebro estaba vacío y no sabía qué decir. Frau Ana le dirigía de vez en cuando la palabra por pura cortesía, pero la otra hablaba poco, mirándole con los ojos brillantes, echándose a veces a reír, cosa que a Philip llenaba de confusión. Sin duda lo encontraban ridículo. Pasearon a lo largo del flanco de una colina, entre pinos, y el perfume de éstos produjo en Philip una deliciosa sensación. El día era cálido y el cielo aparecía sin una nube. Por último, subieron a una colina desde donde se dominaba el valle del Rhin, abierto ante sus ojos bajo el sol. Era una amplia extensión inundada de luz. A lo lejos se veían algunas ciudades y la cinta plateada del río que atravesaba el valle. Las amplias llanuras eran raras en aquel rincón del Kent que Philip conocía. Sólo el mar ofrecía un amplio horizonte. La inmensa llanura que el joven veía ante sí le produjo una sensación especial, indescriptible. De pronto experimentó un profundo alivio. Sin embargo, por primera vez experimentaba el sentimiento de la belleza, libre de toda otra emoción extraña. Se sentó en un banco con las dos niñas. Los demás habían seguido adelante, y mientras las muchachas hablaban rápidamente en alemán, Philip, indiferente a su proximidad, dejaba que sus ojos se inundasen de belleza.

—¡Dios mío! No cabe duda de que soy bastante feliz.

XXIII

Philip pensaba a veces en el colegio y se reía imaginando lo que estarían haciendo los pensionistas en aquel momento. En otras ocasiones soñaba que se encontraba aún en el colegio y cuando se despertaba sentíase profundamente feliz al verse en su pequeña habitación de la torrecilla. Desde la cama veía la masa de nubes que navegaba en el cielo azul. Se embriagaba de libertad. Podía irse a la cama cuando quería y levantarse cuando le venía en gana. Nadie le daba órdenes y no se veía obligado a decir mentiras.

Se acordó que el profesor Erlin le daría lecciones de latín y de alemán; un maestro de francés acudía todos los días para perfeccionarle en su lengua y frau *Professor* le recomendó para las matemáticas a un inglés que estudiaba filología en la Universidad. Este último llamábase Wharton, y Philip iba todas las mañanas a buscarle al último piso de su casa de aspecto mísero. La habitación estaba sucia y en desorden y despedía un olor agrio, producto de la mezcla de diversas hediondeces. Por lo general, cuando Philip llegaba, a las diez, el profesor estaba todavía en la cama. Mister Wharton saltaba del lecho, se cubría con una bata sucia y metía los pies en unas pantuflas de fieltro, y mientras daba la clase engullía su modesto desayuno. Era bajo de estatura, poseía el gran vientre de los bebedores de cerveza, un pequeño bigote y cabellos largos y despeinados. Vivía en Alemania desde hacía cinco años y se había convertido casi en un alemán. Hablaba con desprecio de Cambridge, donde se doctoró, y con verdadero horror de la vida que esperaba a Philip cuando, después de haberse doctorado en Heidelberg, regresara a Inglaterra para iniciar su carrera pedagógica. Adoraba la vida de la Universidad alemana por la feliz libertad que se disfrutaba en ella y por la alegre camaradería que reinaba. Era miembro de una *Burschenschaft*—asociación estudiantil—, y prometió a Philip hacer que tomase parte en una *Kneipe* —reunión de amigos para beber—. Era muy pobre y no ocultaba que las lecciones que daba a Philip representaban para él la posibilidad de comer carne en vez de pan y queso. A veces, después de una noche pasada bebiendo, se despertaba con tal dolor de cabeza que daba las lecciones con la mente confusa. Para tales ocasiones guardaba bajo la mesa una botella de cerveza; un buen vaso y una pipa le infundían valor para soportar el peso de la vida.

—Una pequeña cura de homeopatía —decía mientras vertía la cerveza con precaución para evitar la espuma y no tener que esperar demasiado.

Hablaba a Philip de la Universidad, de los duelos entablados entre jóvenes pertenecientes a asociaciones rivales, de los méritos de este o de aquel profesor. Philip aprendía de él más experiencia de la vida que matemáticas. A veces Wharton se apoyaba riendo en el respaldo de la butaca y decía:

—Hoy no hemos hecho nada; por lo tanto, no debe pagarme la lección.

—¡Oh!, no importa —respondía Philip.

Todo lo que decía el profesor era nuevo e interesante y le importaba más que las lecciones de trigonometría, que no querían entrarle en la cabeza. Era como una ventana abierta, a través de la cual podía echar un vistazo a la vida en tanto que el corazón le latía acelerado.

—No, guárdese usted su dinero —insistía Wharton.

—¿Y su comida? —decía sonriendo Philip, que conocía perfectamente la situación financiera del profesor.

Wharton le había rogado que le pagara sus lecciones —a razón de dos chelines cada una— semanalmente en lugar de por meses, para simplificar la contabilidad.

—¡Oh!, mi comida no importa. No será la primera vez que mi comida consista en una botella de cerveza, y mi cerebro nunca está tan lúcido como en esas ocasiones.

Metía su brazo debajo de la cama —las sábanas estaban amarillas de suciedad— y pescaba otra botella. Demasiado joven para saber apreciar las cosas buenas de la vida, Philip se negaba a compartirla con él y le dejaba beber solo.

—¿Cuánto tiempo piensa usted permanecer aquí? —le preguntó un día Wharton.

Ambos habían renunciado con alegría a la ficción de las lecciones de matemáticas.

—No lo sé; quizás un año. Mi familia quiere que después vaya a Oxford.

Wharton alzó los hombros con un gesto de desprecio. Esto era una nueva experiencia para Philip. Por lo visto había personas que no miraban con ojos reverentes aquel templo del saber.

—¿Qué va usted a hacer allí? Se volverá usted un estudiante presuntuoso. ¿Por qué no se matricula usted aquí? Un año no le servirá a usted de nada. Quédese usted cinco. En la vida existen dos cosas buenas: libertad de pensamiento y libertad de acción. En Francia podrá usted tener libertad de acción. Puede hacer lo que le parezca y nadie hará caso de usted, pero debe pensar como los demás. En cambio, en Alemania debe hacer lo que hacen los demás, pero puede pensar como guste. Las dos cosas son buenas; sin embargo, yo prefiero la libertad de pensamiento. En Inglaterra no se tiene ni una cosa ni otra. Vive uno prisionero de los convencionalismos. No se puede obrar libremente ni pensar como uno quiere. Y eso que se trata de una nación democrática. Creo que en América será todavía peor. —Y se apoyó hacia atrás, con precaución, ya que su silla tenía una pata rota y hubiera resultado chusco que aquel bello discurso acabase con la caída del orador sobre el pavimento.

Hizo una pausa y añadió:

—Debía volver a Inglaterra este año, pero si logro reunir lo bastante para vivir un poco mejor de lo que vivo, me quedaré aquí otros doce meses. Más tarde tendré que marcharme y habré de dejar todo esto —con un ademán señaló el sucio suelo, la cama deshecha, las prendas de vestir desparramadas por el piso, una hilera de botellas

vacías alineadas junto a la pared, montones de libros esparcidos por todas partes…—por cualquier Universidad provinciana, donde intentaré obtener una cátedra de filosofía. Jugaré al tenis y frecuentaré el té de las señoras de buenos pensamientos —se interrumpió para lanzar una cómica mirada a Philip, que iba bien vestido, llevaba un cuello limpio y los cabellos peinados—. Y, ¡oh Dios mío!, tendré que lavarme.

Philip enrojeció, viendo en aquellas palabras una especie de crítica a su aspecto correcto y pulido. Desde hacía algún tiempo se preocupaba de su elegancia y se había llevado de Inglaterra una bella colección de corbatas.

El verano llegó como un conquistador. Los días eran bellos, la turquesa del cielo resaltaba tan brillante que espoleaba los nervios como un aguijón. El verde de los árboles del Anlage era crudo y violento y las casas iluminadas por el sol mostraban un blanco tan deslumbrador que casi hacía daño a los ojos. A veces, al regresar de casa de Wharton, Philip se sentaba a la sombra, en un banco del Anlage, para disfrutar del aire fresco que corría y observar en la tierra los dibujos que formaba el sol al atravesar el follaje. Su alma se estremecía de alegría en aquellos momentos de ocio robados al trabajo. Otras veces paseaba por las calles de la vieja ciudad, miraba con admiración a los estudiantes de las asociaciones que, con las mejillas encarnadas y llenas de cicatrices, iban de ronda llevando sus gorros de colores vivos. Por la tarde Philip iba de excursión hasta la colina en compañía de las muchachas de la pensión o bien se iba al río a tomar el té en el jardín de cualquier cervecería. Por la noche se paseaba por Stadtgarten —jardín público—, escuchando la música de la banda.

Pronto estuvo Philip al corriente de los asuntos de los diversos habitantes de la casa. Fräulein Tecla, la hija mayor, estaba prometida con un inglés que había pasado doce meses en la casa para aprender el alemán. El matrimonio había de celebrarse a últimos de año, pero el novio escribía que su padre, un negociante de caucho que habitaba en Slough, no aprobaba la unión, y fräulein Tecla lloraba mucho. En ocasiones su madre y ella examinaban con ojos severos y expresión dura las cartas del enamorado. Tecla pintaba a la acuarela y en muchas ocasiones, en compañía de Philip y de otra muchacha, salía al campo a pintar. También la graciosa fräulein Eduvigis tenía penas amorosas. Era hija de un negociante de Berlín, y un brillante oficial de húsares —¡nada menos que un *von*!— se había enamorado de ella; pero los padres del oficial se oponían a que contrajera matrimonio con una burguesa. Y los de Eduvigis la habían mandado a Heidelberg para que olvidase aquel amor desgraciado. La muchacha afirmaba que nunca lo olvidaría y se carteaba con el joven, el cual hacía todo lo posible por obligar a los padres a que cambiasen de idea. La jovencita contó todo esto a Philip entre suspiros y rubores que la favorecían enormemente, mostrándole al mismo tiempo la fotografía del alegre oficial. Philip la prefería a la otra muchacha, y cuando iban de paseo buscaba siempre la manera de colocarse a su lado. Enrojecía intensamente cuando los demás le gastaban bromas por esa

preferencia que sentía.

La primera declaración de amor de su vida se la hizo a Eduvigis, pero fue de un modo casual. He aquí cómo sucedieron las cosas. Durante la noche, cuando no salían, las jóvenes cantaban romanzas en el salón de terciopelo verde. Fräulein Ana, siempre dispuesta a ser útil, las acompañaba. La romanza favorita de Eduvigis era una canción titulada: *Ich liebe dich* (Te amo).

Una noche, después de haber cantado, Eduvigis salió al balcón. Philip, a su lado, miraba las estrellas. Queriendo hacer alguna observación sobre la romanza, Philip empezó a decir:

—*Ich liebe dich…*

Sabía muy poco alemán y se detuvo para pensar la palabra que tenía que decir a continuación. La pausa fue brevísima, pero antes de que hubiera tenido tiempo de volver a hablar, fräulein Eduvigis se apresuró a decirle:

—*Ach, herr Carey. Sie müssen mir nicht «du» sagen*. (¡Ah!, mister Carey, no debe usted hablarme de tú.)

Philip notó que las mejillas se le ponían como un pimiento, ya que nunca había pensado en tomarse tal confianza. No sabía qué decir. Hubiera sido poco galante decir que no había sido su intención el declararse, sino mencionar el título de la romanza.

—*Entschuldigen Sie*. (Perdóneme.) —murmuró.

—¡Oh!, no vale la pena —susurró Eduvigis.

Sonrió dulcemente, le estrechó la mano y regresó al salón.

Al día siguiente, demasiado turbado para poderle dirigir la palabra, Philip hizo todo lo posible por evitarla. Cuando llegó la hora de salir pretextó que no podía ir por tener que estudiar. Pero fräulein Eduvigis encontró el momento de hablar a solas.

—¿Por qué se comporta usted de este modo? —le dijo en voz baja—. No estoy enfadada por lo que me dijo usted anoche. No es culpa suya si me ama. Pero aunque yo no sea en realidad la prometida de Hermann, nunca podré amar a otro y me considero como su esposa.

Philip enrojeció una vez más, pero dio con las palabras propias del enamorado rechazado.

—Deseo que sea usted muy feliz.

XXIV

El profesor Erlin daba clase diariamente a Philip. Hizo una lista de libros que el joven debía leer antes de enfrentarse con el *Faust*, que era la obra más difícil; y mientras tanto le obligó a que tradujera al alemán un drama de Shakespeare que Philip había estudiado en el colegio. Era el período en que Goethe estaba de moda en Alemania. No obstante su tibio patriotismo, Goethe había sido adoptado como poeta nacional y después de la guerra del setenta parecía ser una de las glorias más significativas de la unidad germánica. Los entusiastas parecían oír en la violencia de la «noche de Walpursi» el estrépito de la artillería en Gravelotte. Pero el signo de la grandeza de un escritor reside en el hecho de que diversas mentalidades puedan dar distintas explicaciones de su obra; y el profesor Erlin, que detestaba a los prusianos, sentía una admiración entusiástica por sus obras, las cuales le parecían olímpicas, serenas y el único refugio para un espíritu sano contra las exageraciones de la generación presente. Desde hacía algún tiempo se hablaba mucho en Heidelberg de cierto dramaturgo; el invierno anterior uno de sus dramas había sido representado en el teatro entre los aplausos de los admiradores y la desaprobación de las personas serias. Philip había oído grandes discusiones en la mesa. Cuando se hablaba de ello, el profesor Erlin perdía la calma y daba grandes puñetazos en la mesa, dominando, con su voz tonante de bajo profundo, a los que le llevaban la contraria. «Son tonterías —decía—; peor aún, son tonterías inmorales.» Había hecho esfuerzos por escuchar el drama hasta el final, pero no podía decir cuál había sido el efecto mayor que le había producido: si el de aburrimiento o el de disgusto. Si el teatro debía reducirse a aquello, más valdría que la policía cerrase sus puertas. No era melindroso y se reía como cualquier hijo de vecino con la espiritual inmoralidad de una farsa del Palais Royal; pero ésta era una suciedad bella y buena. Con ademán enfático se acarició las narices y emitió un silbido por entre los dientes; pero aquello otro era la ruina de la familia, el resquebrajamiento de la moral, la destrucción de Alemania.

—*Aber Adolf*! —exclamó frau *Professor* desde la extremidad de la mesa—. Cálmate.

El profesor dirigió el puño hacia ella. Era de la mejor pasta y no tomaba nunca una determinación sin consultar a su mujer.

—No, Ellen; te lo aseguro —aulló—. Preferiría ver a mis hijas muertas a mis pies antes de verlas escuchar las frases de ese desvergonzado individuo.

La comedia era *Casa de muñecas* y el autor se llamaba Enrique Ibsen. El profesor lo situaba en el mismo plano que a Ricardo Wagner, del cual, sin embargo, no hablaba con cólera, sino riendo alegremente. Wagner era un charlatán, aunque un charlatán afortunado. El sentido humorístico del profesor encontraba en las obras de Wagner muchos motivos de diversión.

—*Verrückter Kerl*! (¡Un extravagante!) —decía.

Había oído *Lohengrin*, y esto, según él, aún podía pasar. Era aburrido, pero nada más. ¡Mas *Sigfrido.*…! Cuando lo nombraba, el profesor Erlin se cogía la cabeza entre las manos y se reía a mandíbula batiente. ¡Ni una melodía en toda la obra! Se imaginaba a Ricardo Wagner sentado en un palco y riendo como un loco al ver que la gente lo tomaba en serio. La más grande tomadura de pelo del siglo. Se llevaba el vaso de cerveza a los labios, echaba hacia atrás la cabeza y lo vaciaba de un trago. Luego, secándose la boca con el dorso de la mano, decía:

—Os lo digo yo, jóvenes; antes de que se acabe el siglo, Wagner estará muerto y olvidado. ¡Wagner! ¡Daría toda su *Tetralogía* por una sola obra de Donizetti!

XXV

El más extravagante de los profesores de Philip era el que le enseñaba francés: monsieur Ducroz, ciudadano de Ginebra. Era un viejo alto, de mejillas descarnadas y pálidas, de cabello gris, largo y ralo. Llevaba un traje negro, usado, con los codos deformados y raídos; sus pantalones aparecían llenos de flecos. En cuanto a sus camisas, parecían no haber sido lavadas nunca. Philip no le había visto jamás un cuello blanco. De pocas palabras, daba sus lecciones concienzudamente, pero sin el menor entusiasmo, llegando a la hora en punto y marchándose en el minuto preciso. Era de carácter taciturno y lo que Philip supo de él lo supo por otros. Al parecer, aquel individuo había combatido al lado de Garibaldi y contra el Papa. Pero salió de Italia disgustado cuando supo que todos sus esfuerzos por la libertad —entendía por libertad la institución de la República— no habían tenido otro desenlace que un cambio de soberanos. Fue expulsado después de Ginebra por no se sabe qué delitos políticos. Philip le miraba sorprendido, porque le parecía muy distinto de la idea que tenía formada de los revolucionarios. Hablaba con voz queda y era extraordinariamente cortés. No se sentaba hasta que se le rogaba y cuando se encontraba a Philip en la calle se quitaba el sombrero con un gesto elegante. No reía nunca; ni siquiera sonreía. Una imaginación más despierta que la de Philip hubiera reconocido en él a un joven de bellas esperanzas, pues aquel individuo debía de haber entrado en la virilidad hacia el año 1848, cuando los soberanos, acordándose de sus hermanos de Francia, sentían en la nuca una especie de cosquilleo poco agradable. Seguramente la pasión por la libertad que se había apoderado de Europa, derrocando absolutismos y tiranías, no anidó en un corazón más ardiente que el suyo. No costaba mucho imaginarse a aquel individuo apasionado por la igualdad humana y por los derechos del hombre, discutiendo, disputando, combatiendo tras las barricadas de París, fugitivo entre la caballería austríaca en Milán, preso aquí, exiliado allá, rebosante de ilusiones y de esperanzas, embriagado por la mágica palabra «libertad», hasta que, oprimido por la enfermedad y las privaciones, viejo, sin conseguir ganarse la vida con las pocas lecciones que daba a estudiantes pobres, había llegado a aquella limpia ciudad colocada bajo la férula del soberano más absolutista que había en Europa. Su taciturnidad era probablemente un parapeto tras el cual se escondía un desprecio hacia la raza humana, que había renunciado a los grandes sueños que él acariciara en su juventud, dejándose ganar por la pereza y la comodidad; o quizás aquellos treinta años de revoluciones le habían hecho comprender que el hombre no estaba hecho para la libertad, y ahora pensaba que había desperdiciado su vida persiguiendo lo que no valía la pena de que fuera perseguido. Acaso se había cansado de todo y esperaba con indiferencia la muerte liberadora. Un día Philip, con el atrevimiento propio de los pocos años, le preguntó si era verdad que había estado con

Garibaldi. El viejo pareció no dar importancia a la pregunta, y respondió con su acostumbrada voz:

—*Oui, monsieur*.

—Dicen que intervino usted en lo de la Comuna.

—¿Sí? ¿Quiere que continuemos la lección?

Le entregó el libro abierto, y Philip, intimidado, empezó a traducir el párrafo que le indicaba.

Un día pareció que monsieur Ducroz estaba enfermo. Se había cansado al subir la larga escalera que conducía a la habitación de Philip y, una vez allí, dejóse caer en una silla, intentando rehacerse. Estaba más pálido que de costumbre y gotas de sudor le perlaban la frente.

—Me parece que no se encuentra usted bien —le dijo Philip.

—No es nada.

Pero Philip se dio cuenta de que sufría y después de la lección le preguntó si no preferiría suspenderlas hasta que estuviese mejor.

—No —respondió el viejo con su acostumbrado hilo de voz—; prefiero continuar mientras me sea posible.

Philip, que siempre se ponía nervioso cuando tenía que hablar de dinero, enrojeció.

—Pero para usted no…, no habrá ninguna diferencia —dijo—. Le pagaré las lecciones lo mismo. Si me lo permite le pagaré por anticipado las lecciones de la semana próxima.

Monsieur Ducroz cobraba dieciocho peniques por hora. Philip sacó de su bolsillo una moneda de diez marcos y la depositó tímidamente sobre la mesa. No se atrevía a ofrecérsela al viejo como si éste fuera un mendigo.

—En este caso creo que no volveré hasta que esté curado del todo.

Cogió la moneda y se marchó sin más palabras que el ceremonioso saludo que solía emplear al despedirse:

—*Bon jour, monsieur*.

Philip se sintió vagamente desilusionado. Creyendo que había tenido un gesto generoso, esperaba que monsieur Ducroz le colmase de palabras de gratitud. Se quedó *estupefacto* al ver que el viejo aceptaba su atención como si le fuera debida. Era tan joven que ignoraba que la gratitud era menor en los que recibían que en los que daban. Monsieur Ducroz reapareció cinco o seis días después. Andaba con paso más incierto que antes y estaba muy débil. Pero parecía haber vencido la crisis. No hablaba más que antes. Continuaba mostrándose misterioso, sucio y distante. No hizo ninguna alusión a su enfermedad hasta que la lección hubo terminado. Entonces, al tiempo que se marchaba, se detuvo en el umbral, cuando ya había abierto la puerta, y titubeó como si le costase trabajo hablar.

—Si no hubiera sido por el dinero que usted me dio me habría muerto de hambre; no tenía nada más.

Hizo su acostumbrado saludo, obsequioso y solemne como siempre, y salió. Philip sintió un pequeño nudo en la garganta. Creyó comprender la desesperada amargura de la lucha de aquel viejo, con quien la vida se mostraba tan dura, mientras para él resultaba tan agradable.

XXVI

Una mañana, cuando ya hacía tres meses que Philip estaba en Heidelberg, frau *Professor* le anunció la llegada de cierto inglés llamado Hayward, y la misma noche, durante la cena, Philip vio un rostro nuevo. Desde hacía varios días la familia vivía en un estado de sobreexcitación. En primer lugar, y como resultado de Dios sabe qué intrigas —humildes ruegos y veladas amenazas—, los padres del joven inglés a quien fräulein Tecla estaba prometida la habían invitado a que fuera a Inglaterra. La jovencita se marchó con su álbum de acuarelas, a fin de demostrar su habilidad, y con un paquete de cartas, para demostrar hasta qué punto la había comprometido el joven.

Una semana después fräulein Eduvigis anunció con radiante sonrisa que el teniente dueño de su corazón estaba a punto de llegar a Heidelberg en compañía de sus padres. Cansados de la insistencia del hijo e impresionados por la dote que el padre estaba dispuesto a entregar a la muchacha, los padres del joven habían consentido en ir a Heidelberg para conocer a ésta. La entrevista fue de resultados satisfactorios, y Eduvigis pudo saborear el placer de lucir a su enamorado por el Stadtgarten ante todos los pensionistas de frau *Professor*. Las silenciosas viejas que se sentaban junto a frau *Professor* aparecían animadísimas, y cuando fräulein Eduvigis anunció que se marcharía inmediatamente a su casa para comprometerse oficialmente, frau *Professor* dijo que había preparado una *Maibowle*. El profesor se preciaba de ser muy hábil en la preparación de aquella dulce y excitante bebida, y, después de la cena, el gran jarro de vino del Rhin mezclado con soda y perfumado con hierbas aromáticas y fresas del bosque fue colocado solemnemente sobre la mesa redonda que había en el centro del salón. Fräulein Ana gastó alguna broma a Philip sobre la partida de su amada, y el muchacho se sintió un poco embarazado y melancólico. Eduvigis cantó varias romanzas. Fräulein Ana tocó la *Marcha nupcial* y el profesor cantó *Die Wach am Rheim* (La guardia a orillas del Rhin), En medio de la alegría general Philip no prestó mucha atención al recién llegado. En la mesa se habían sentado uno frente al otro, pero Philip bromeaba con fräulein Eduvigis, y el extranjero, que no conocía el alemán, comía en silencio. Al ver que el nuevo huésped llevaba una corbata azul pálido, Philip sintió por él cierta antipatía. Era un joven de veintiséis años, muy alto, con el cabello rubio y ondulado, por el que pasaba la mano a menudo con ademán indolente. Sus grandes y clarísimos ojos azules tenían una expresión cansada. Iba perfectamente afeitado, y su boca, no obstante los delgados labios, estaba bien dibujada. Fräulein Ana, que se interesaba por las fisonomías, hizo notar más tarde a Philip la bella forma del cráneo del recién llegado y la debilidad de la parte inferior del rostro:

—La cabeza —observó— es la de un pensador, pero la mandíbula carece de carácter.

Fräulein Ana, con sus salientes pómulos y su gruesa nariz y condenada por anticipado a quedarse soltera, daba gran importancia al carácter. Mientras los demás hablaban de él, el recién llegado se mantenía un poco aparte, observando la bulliciosa reunión con aire ligeramente desdeñoso. Alto y ágil, poseía gestos graciosos aunque un tanto rebuscados. Weeks, uno de los estudiantes americanos, al verle solo se puso en pie y se dirigió hacia donde estaba el muchacho, con intención de hablarle. Existía un marcado contraste entre ambos: el americano, muy correcto y con algo de eclesiástico en sus maneras, y el inglés, con su traje en forma de saco, los miembros largos y los modales tardos e indolentes.

Philip no habló con él hasta el día siguiente. Se encontraron antes de la hora de comer en el balcón del salón. Fue Hayward quien le dirigió la palabra.

—Es usted inglés, ¿verdad?

—Sí.

—¿Se come aquí siempre tan mal como anoche?

—Poco más o menos lo mismo. Abominable, ¿no es cierto?

—¡Abominable!

La marcha de fräulein Tecla a Inglaterra imponía a la hermana mayor más trabajo en la casa y no le quedaba tiempo para dar largos paseos. Fräulein Cecilia, con su larga trenza de color rubio y su naricita respingona, sentía desde hacía algún tiempo preferencia por la soledad. Fräulein Eduvigis se había marchado, y Weeks, el americano que acostumbraba salir de paseo con ellos, realizaba una excursión por la parte meridional de Alemania. Philip tenía una particularidad. Bien fuera por timidez, bien por un atavismo cuyo origen se remontaba a los habitantes de las cavernas, experimentaba cierta antipatía hacia las personas que acababa de conocer. Sólo después de haberse habituado a ellas vencía aquella primera impresión. Esto hacía difícil establecer con él relaciones cordiales. Recibió, pues, la aproximación de Hayward con cierta hostilidad, y cuando el otro le preguntó si quería salir un día con él, aceptó tan sólo porque no le fue posible encontrar un pretexto para rehusar. Lo que sí dijo fue su acostumbrada frase de excusa, irritado al ver que la sangre le subía al rostro e intentando disimular su turbación con una carcajada.

—No puedo caminar muy de prisa.

—¡Por Dios! No es mi intención ganar una carrera pedestre. Me gusta andar despacio. ¿Recuerda usted el capítulo de *Mario el Epicúreo*, de Walter Pater, donde el autor dice que un paseo lento es el mejor incentivo para la conversación?

Philip sabía escuchar. Aunque a veces se le ocurrían cosas interesantes que decir, esto sucedía, por lo general, cuando la ocasión había pasado. Hayward era comunicativo, y una persona con más experiencia que Philip no hubiera dejado de notar que le gustaba escucharse a sí mismo. Su aire un poco desdeñoso impresionaba a Philip, el cual no podía menos de admirar con cierto espanto a un hombre que

despreciaba tantas cosas que para él habían sido siempre sagradas. El joven condenaba los ejercicios físicos y llamaba «coleccionistas de copas» a todos los que se dedicaban a los diversos deportes, y Philip advertía que el joven no hacía más que sustituir aquel ejercicio por el de la cultura.

Subieron al castillo y se sentaron en la altura que domina la ciudad, como acurrucada en el valle que se abre a lo largo del bello Neckar. El polvo del camino, pálido velo azul, fluctuaba en el cielo. Los agudos tejados y el campanario de la iglesia daban al paisaje un simpático aspecto medieval. La naturaleza de aquel paisaje despertaba en el corazón un sentimiento de fervor. Hayward hablaba de *Richard Feverel* y de *Madame Bovary*; de Verlaine, de Dante y de Matthew Arnold. En aquella época la traducción de la poesía de Omar Khayyam era conocida sólo por unos cuantos. Hayward recitó aquellos versos a Philip; le gustaba mucho decir versos, suyos y de los demás, y los recitaba con una monótona cantilena.

Al regresar a casa, la desconfianza que Hayward inspiraba a Philip se había trocado en entusiasta admiración.

Tomaron la costumbre de salir juntos de paseo todos los días, y Philip fue sabiendo poco a poco detalles de la vida del otro. Era hijo de un juez de provincias, el cual había muerto algunos años antes dejándole trescientas libras de renta. Sus exámenes en el colegio de Charterhouse habían resultado tan brillantes que, cuando llegó a Cambridge, el rector de Trinity Hall fue a su encuentro para expresarle la satisfacción que sentía al verle en aquella Universidad. Tenía ante sí una brillantísima carrera. Pertenecía al círculo más intelectual. Leía con entusiasmo a Browning y arrugaba la nariz al solo nombre de Tennyson; conocía con todos los detalles la forma en que Shelley había tratado a Henrietta; dedicábase a la historia del arte —de la pared de su habitación pendían infinidad de cuadros, reproducciones de Watts, Burne Jones y Botticelli— y escribía con cierta elegancia versos pesimistas. Sus amigos afirmaban que tenía mucho talento y él los escuchaba con agrado cuando le profetizaban un gran porvenir. Con el tiempo llegó a ser una autoridad en cosas de arte y de literatura. Lo pintoresco de la Iglesia católica romana atraía a su sensibilidad estética y sólo el miedo a la maldición de su padre, hombre sencillo y de ideas estrechas, y lector de Macaulay, le impedía pasarse al «otro lado». Cuando vieron que sólo obtenía un diploma de segundo grado, sus amigos mostráronse estupefactos. Pero Hayward se encogió de hombros y dio a entender con la mayor delicadeza que no había querido ofrecerse en espectáculo ante los examinadores. Por otra parte, un diploma superior era siempre un poco vulgar. Describía con gracioso humorismo a uno de los profesores, un tipo con un espectacular cuello de camisa, que le había hecho algunas preguntas sobre lógica. Era extraordinariamente aburrido y, de pronto, el alumno se dio cuenta de que el profesor llevaba botines con elásticos. Resultaba un hombre grotesco y ridículo, así que la mente del joven se alejó de él para fijarse en la

belleza gótica de la capilla de la King’s School. A pesar de esto había pasado en Cambridge días deliciosos. Había ofrecido comidas exquisitas y las conversaciones en su departamento se hicieron célebres. Citó a Philip el exquisito epigrama:

Me han dicho, Heráclito, me han dicho que habías muerto.

Todavía ahora, cuando contaba la pintoresca anécdota del examinador y su calzado, se reía con toda su alma.

Philip, un poco excitado, encontraba magnífico todo esto.

Hayward fue a Londres a prepararse para la carrera del foro. Alquiló un gracioso departamento en Clemen’s Inn, con friso de madera en las paredes, e intentó darle el aspecto que presentaba la habitación que ocupaba en Cambridge. Poseía vagas ambiciones políticas; soñaba con ser *whig* y se hizo socio de un círculo liberal y señoril a un tiempo. Tenía intención de hacerse abogado, dedicándose a la Cancillería, cosa que le parecía menos vulgar, y de procurarse más tarde un asiento en el Parlamento como representante de un simpático grupo, en cuanto fueran puestas en vigor las varias promesas que le habían hecho. Mientras tanto, iba mucho al teatro de la Opera y mantenía estrecha relación con cierto grupo de personas interesantes que admiraban lo que él admiraba. Además, se había hecho socio de un *dining-club* que tenía como lema: «El Todo, lo Bueno y lo Bello», y mantenía relaciones platónicas con una señora que contaba algunos años más que él y que vivía en Kensington Square; casi todos los días iba a tomar el té con ella, y a la luz de unas velas colocadas en candelabros con pantalla hablaba de George Meredith y de Walter Pater. Era notorio que en los exámenes de abogado casi todos los alumnos salían aprobados, por lo que Hayward no dio importancia a sus estudios. Pero, cuando le dieron calabazas, le pareció que le habían inferido una afrenta personal. Y como una desgracia nunca viene sola, la señora de Kensington Square le anunció que su esposo llegaba de la India con licencia; el tal señor era un hombre dignísimo pero de ideas algo estrechas, y no le agradarían mucho las frecuentes visitas de un joven.

Hayward pensó entonces que la vida no era tan bella como se había creído; su alma se rebeló ante la idea de afrontar nuevamente el cinismo de los examinadores y encontró que era muy elegante dar un puntapié a todo lo que tenía ante sí. Además, estaba lleno de deudas. Con trescientas libras al año no era fácil llevar una vida señoril en Londres. Su corazón anhelaba vivir en Venecia o en Florencia, descritas con mágico estilo por John Ruskin. No se adaptaba a la vulgar actividad del foro, habiendo descubierto que no bastaba con poner un rótulo con su nombre en la propia puerta para atraer a los clientes. En cuanto a la política moderna le parecía falta de nobleza. Se sentía poeta. Vendió sus enseres y se marchó a Italia. Había pasado un invierno en Florencia y otro en Roma. En la actualidad, y por segunda vez, pasaba el

verano en Alemania, deseoso de poder leer a Goethe en su idioma original.

Hayward poseía una preciosa cualidad. Su pasión por la literatura era sincera, y poseía el don de comunicarla con palabra fácil y ardiente. Penetraba en el espíritu de un escritor haciendo notar lo mejor que había en él y explicándolo de una manera comprensible. Philip había leído mucho, pero sin llegar a discernir la calidad de sus lecturas. Era, pues, un bien para él relacionarse con una persona que pudiera guiar sus gustos. Se abonó a la pequeña biblioteca de la ciudad y empezó a leer todos los bellos libros de que Hayward le hablaba. La lectura no era siempre para él un placer, pero perseveraba en ella. Sentía ansias de mejorar su cultura, ya que se daba cuenta de su ignorancia. Hacia últimos de agosto, cuando Weeks regresó de su excursión por el sur de Alemania, Philip estaba completamente bajo la influencia de Hayward. Éste no sentía el menor afecto por Weeks. Reíase de la chaqueta negra y de los pantalones de color del americano, y se burlaba de su mentalidad. Philip oía complacido las críticas que se le hacían a un hombre que siempre se había mostrado amable con él, mas cuando Weeks, a su vez, hizo observaciones poco agradables a propósito de Hayward, se irritó.

—Su nuevo amigo tiene aire de poeta —dijo Weeks con una leve y amarga sonrisa.

—Lo es.

—¿Se lo ha dicho él a usted? En América le llamaríamos un campeón de la holgazanería.

—Pero aquí no estamos en América —repuso fríamente Philip.

—¿Cuántos años tiene? ¿Veinticinco? ¿Y se pasa la vida en las pensiones escribiendo versos?

—Usted no le conoce —exclamó Philip con calor.

—¡Oh, sí! Le conozco perfectamente. He encontrado ciento cuarenta y siete como él.

Los ojos de Weeks brillaban de malicia, pero Philip, incapaz de comprender el humorismo americano, apretó los labios y adoptó una expresión fría. Weeks le parecía un hombre maduro, aunque en realidad tuviera poco más de treinta años. Alto y delgado, tenía la espalda curvada de los estudiosos, la cabeza grande y fea, cubierta de cabellos claros y ralos; el color terroso, la boca de labios delgados, la nariz larga y la protuberancia de los huesos frontales le daban un aspecto por demás chocante. Sus ademanes eran fríos, exactos y flemáticos, mas al mismo tiempo poseía una extraña vena de frivolidad que desconcertaba a las personas serias hacia las cuales le empujaba su instinto. Estudiaba teología en Heidelberg; sin embargo, los otros estudiantes de su nacionalidad le miraban con desconfianza: no les parecía lo suficientemente ortodoxo, lo cual los asustaba y desaprobaban su humorismo.

—¿Cómo ha podido usted conocer a ciento cuarenta y siete como él? —preguntó

Philip con la mayor naturalidad.

—¡Oh! Los he conocido en París, en el Barrio Latino, y en las pensiones de Berlín y Munich. Habitan en los pequeños albergues de Perusa y Asís. Se amontonan a docenas ante los cuadros de Botticelli en Florencia y se sientan en todos los bancos de la Capilla Sixtina en Roma. En Italia beben demasiado vino y en Alemania demasiada cerveza. Admiran siempre lo que hay que admirar, sea lo que fuere, y se proponen escribir, andando el tiempo, una cosa importante. ¿Concibe usted ciento cuarenta y siete grandes hombres? La tragedia está en que ninguna de estas ciento cuarenta y siete obras llegará a escribirse; pero, a pesar de ello, el mundo sigue adelante.

Weeks hablaba con gran seriedad, pero al final de aquel largo discurso sus ojos grises brillaron. Philip enrojeció comprendiendo que el americano se estaba burlando de él.

—Todo eso son tonterías —acabó diciendo descortésmente.

XXVII

Weeks ocupaba dos habitaciones en la parte de atrás de la casa de frau Erlin; una de ellas, amueblada como un saloncito, le permitía invitar a sus amigos.

Después de la cena, empujado por su punzante sentido del humor, que había sido la desesperación de sus compañeros de Universidad en el Estado de Massachusetts, invitaba a menudo a Philip y a Hayward a beber unos vasos en su compañía. Los acogía con estudiadas demostraciones de cortesía insistiendo en ofrecerles la única poltrona cómoda que había en la estancia.

A continuación, pese a que él no bebía, colocaba, con una precipitación cuya ironía captaba Philip inmediatamente, dos botellas de cerveza ante Hayward, y se apresuraba a ofrecerle una cerilla cuando en el calor de una discusión se apagaba la pipa del superhombre.

Al principio de aquella amistad, Hayward, que provenía de una Universidad famosa, adoptó un aire de condescendencia en sus relaciones con Weeks, el cual había obtenido el diploma en Harvard, y cuando la conversación los llevó a hablar de las tragedias griegas —tema en el que el inglés se atribuía una gran competencia— asumió el tono de la persona que va a dar una serie de detalles sobre la cuestión y no a cambiar ideas con su interlocutor. Weeks escuchó cortésmente, con sonrisa modesta; después hizo a su huésped un par de preguntas insidiosas, tan inocentes en apariencia que Hayward, no viendo el engaño, respondió condescendiente. Weeks hizo entonces una cortés objeción y más tarde rectificó; citó a continuación a un comentarista latino poco conocido y a infinidad de autoridades alemanas. Al cabo se vino a descubrir que era verdaderamente docto en la materia. Con una sonrisa que parecía pedir excusas, Weeks rebatió todo lo que Hayward había dicho, mostrándole con extremada habilidad la superficialidad de sus apreciaciones y burlándose de él con sutil ironía. Philip no pudo menos de reconocer que Hayward había quedado en ridículo además de no tener el buen sentido de callar. Irritado, con aire de indomable seguridad, intentó discutir e hizo observaciones equivocadas que Weeks rebatió amigablemente probándole que lo que decía era absurdo. Por fin el americano confesó que había enseñado griego en la Universidad de Harvard. Hayward lanzó una carcajada de desprecio.

—Hubiera debido imaginármelo. Naturalmente, usted lee el griego como profesor; yo lo leo como poeta.

—¿Y halla usted más poesía en sus lecturas cuando no comprende lo que lee?

Finalmente, la cerveza se acabó y Hayward, acalorado y rojo, salió de la habitación. Haciendo un gesto de cólera, dijo a Philip.

—¡Qué casta de pedantes! No poseen el sentido de la belleza. Sólo tienen la precisión y la virtud de las personas mezquinas. No han llegado a comprender el

espíritu de los griegos. Weeks es como aquel que fue a oír a Rubinstein y se lamentaba después de que hubiese desafinado un poco. ¡Una nota falsa! ¿Qué importaba si el pianista tocaba divinamente?

Philip, ignorando cuántas personas incompetentes se habían consolado con aquella nota falsa, pareció muy impresionado.

Hayward no era capaz de resistir a las ocasiones que Weeks le ofrecía para que reconquistase el terreno perdido antes. Y Weeks conseguía con facilidad enzarzarlo en una discusión. Aun dándose cuenta de que su cultura era insuficiente en comparación con la del americano, su terquedad británica y su herida vanidad —quizá fuera la misma cosa— no le permitían renunciar a la disputa. A veces parecía como si le gustara poner en evidencia su ignorancia, su presunción y su testarudez. Pero en cuanto Hayward hacía su afirmación falta de lógica, Weeks demostraba con parcas palabras la falsedad de su razonamiento. A continuación hacía una pequeña pausa para saborear su triunfo, cambiando acto seguido la conversación, como si la caridad cristiana le prohibiera ensañarse con el enemigo vencido. Algunas veces Hayward llegaba al extremo de mostrarse violento y sólo la sonriente cortesía del americano podía evitar que la discusión degenerase en disputa. En tales ocasiones, Hayward, al dejar la habitación de Weeks, murmuraba encolerizado:

—¡Maldito yanqui!

Discutían sobre toda clase de materias, pero casi siempre la conversación recaía sobre temas religiosos. El estudiante de teología sentía por ésta un interés profesional, y Hayward acogía de buena gana un tema en el que no había hechos positivos que pudieran desconcertarle.

Cuando se trata del sentimiento puede menospreciarse la lógica, cosa bastante cómoda si no se está muy fuerte en ella. Hayward hallaba dificultad para explicarle a Philip sus creencias, sin hacer uso de un torrente de palabras. Sin embargo, era notorio, y esto concordaba con las ideas de Philip, que había sido educado en la fe anglicana. Aunque había renunciado a su conversión al catolicismo, Hayward seguía mirando con simpatía la Iglesia de Roma. Podía decirse mucho en su defensa y comparaba sus suntuosas ceremonias con los sencillos oficios de la Iglesia anglicana. Dio a leer a Philip la *Apología* de Newman, la cual le pareció muy aburrida, aunque se la leyó íntegra.

—Léala por el estilo, no por el contenido —le había dicho Hayward.

Hablaba con entusiasmo de la música sacra y del influjo del incienso en el espíritu religioso; Weeks le escuchaba con su fría sonrisa de siempre.

Además, Hayward afirmaba que su alma había sufrido muchas incertidumbres. Durante un año se debatió en la oscuridad.

Pasando los dedos por sus cabellos rubios y ondulados dijo a los que le escuchaban que no le gustaría sufrir otra vez aquella angustia espiritual. Por fortuna,

había llegado ya a las tranquilas aguas del puerto.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿en qué cree usted? —le preguntó Philip, cuyo espíritu positivo no se contentaba con vagas declaraciones.

—Creo en el Todo, en lo Bueno y en lo Bello.

Estaba guapo de veras mientras hacía aquella profesión de fe con un amplio movimiento de los brazos y la magnífica actitud de su cabeza.

—¿De modo que define usted su religión según el módulo del censo? —dijo con acento suave Weeks.

—Detesto las definiciones rígidas; son feas y vulgares. Si lo prefiere, diré que creo en la Iglesia de Wellington y de Gladstone.

—Ésa es la Iglesia anglicana —observó Philip.

—¡Oh, sabio joven! —exclamó Hayward con una sonrisa que hizo enrojecer al joven, pues nuestro héroe creía que, habiendo expresado con palabras sencillas lo que el otro había dicho por medio de una perífrasis, se había hecho reo de vulgaridad.

—Pertenezco a la Iglesia de Inglaterra, pero me gustan el oro y las sedas con que se revisten los sacerdotes de Roma; su celibato, los confesonarios y el purgatorio. Y en la penumbra de una catedral italiana, misteriosa y con olor a incienso, creo con toda mi alma en el milagro de la misa. En una iglesia de Venecia vi entrar a la mujer de un pescador con los pies desnudos, dejar en el suelo el cesto de la pesca, caer de hinojos y rogar a la *Madona*. Comprendí que aquélla era la verdadera fe, y he rogado y he creído con la mujer del pescador. Pero creo también en Afrodita, en Apolo y en el gran Pan.

Poseía una voz musical y elegía las palabras que pronunciaba de forma que casi las rimaba. Hubiera continuado, pero Weeks sacó una segunda botella de cerveza.

—Permítame que le ofrezca un vaso.

Hayward se volvió hacia Philip con aquel gesto ligeramente condescendiente que tanto impresionaba al joven.

—¿Está usted satisfecho? —le preguntó.

Philip, un tanto desconcertado, asintió.

—Me desilusiona que no haya incluido usted un poco de budismo —dijo Weeks —. Yo, por mi parte, confieso que experimento cierta simpatía por Mahoma. Me disgusta que lo haya dejado usted a la intemperie.

Hayward se echó a reír. Aquella noche se sentía contento y el sonido de sus palabras le había gustado. Vació su vaso.

—Estaba seguro de que usted no me comprendería —replicó—. La inteligencia de los americanos sólo sabe situarse en una posición crítica, a la manera de Emerson y otros de su género. Pero, ¿qué es la crítica? La crítica sólo sirve para destruir. Todos pueden destruir, pero no todos pueden edificar. Usted es un pedante, querido amigo. Lo que importa es construir. Yo soy un constructor, y soy poeta.

Weeks le dirigió una mirada seria que al mismo tiempo parecía brillar de malicia.

—Creo, si me permite decírselo, que ha bebido usted un poquito.

—Eso no es nada —respondió alegremente Hayward—. Lo que he bebido no me impide continuar la discusión. Pero ya he volcado el saco de mi alma. Ahora le toca a usted decir cuál es su religión.

Weeks inclinó la cabeza hacia un lado, como un gorrión.

—Hace años que deseo saberlo. Creo que soy un unitario.

—Querrá usted decir un disidente —objetó Philip.

Philip no comprendió por qué sus dos amigos rompieron en una carcajada. Hayward ruidosamente y Weeks con risa forzada.

—Y en Inglaterra los disidentes no son señores; eso es, no son *gentlemen*, ¿no es así? —preguntó Weeks.

—Ya que me lo pregunta tan claramente, le responderé que no —respondió Philip.

Se picaba mucho cuando se reían de él y los dos volvieron a reír.

—¿Quiere usted explicarme qué es un *gentleman*?

—¡Oh, no lo sabe! Todo el mundo lo sabe.

—¿Y usted lo sabe?

Ninguna duda había atravesado la mente de Philip a este propósito; pero sabía que ésta era una afirmación que uno no puede hacer de sí mismo.

—Cuando un hombre dice que es un caballero, ¿puede usted demostrar que no lo es? —respondió.

—Y yo ¿lo soy?

La sinceridad de Philip hacía difícil la respuesta. Pero como era naturalmente cortés, acabó por decir:

—¡Oh, usted es diferente! Usted es americano.

—Entonces debemos admitir que sólo los ingleses son *gentlemen* —afirmó Weeks con seriedad.

Philip no le contradijo.

—¿No podría usted darme algún otro detalle? —insistió el otro.

Philip enrojeció y se dejó llevar por la cólera. Indiferente al ridículo, replicó:

—Los que desee —acordóse de su tío, el cual solía decir que eran necesarias tres generaciones para producir un *gentleman* y del proverbio: «No se teje brocado con fibras de ortiga»—. Ante todo, el *gentleman* es hijo de un caballero y ha frecuentado un colegio de señores. Luego ha estado en Oxford y en Cambridge.

Weeks le interrumpió:

—Edimburgo no bastaría, ¿verdad?

—Hablar inglés como un *gentleman*, vestir según las circunstancias y tener siempre la amabilidad de juzgar si el otro es un *gentleman* o no.

Mientras iba hablando, Philip se daba cuenta de la debilidad de su argumentación, pero no tenía otra de que echar mano. Lo que decía era para él el significado de aquella palabra, y cuantas personas conocía habían sido siempre de su mismo parecer.

—Por lo tanto, resulta evidente que yo no soy un *gentleman* —prosiguió Weeks —. Lo que no comprendo es por qué se ha sorprendido usted tanto ante mi afirmación de que soy un disidente.

—Verdaderamente, no sé lo que es un unitario —respondió Philip.

Weeks ladeó nuevamente la cabeza de aquella forma curiosa; parecía a punto de trinar.

—Un unitario rechaza muy seriamente todo lo que los otros creen y tiene una fe ardiente en todo lo indeterminado.

—No sé por qué razón trata usted de burlarse de mí. Deseo sinceramente aprender.

—Amigo mío, no quiero burlarme de usted. He llegado a esa definición después de varios años de trabajo espiritual y de un estudio angustioso y enervante.

Cuando Philip y Hayward se levantaron para marcharse, Weeks dio al joven un volumen en rústica.

—Creo que lee usted el francés correctamente y me parece que esto le interesará.

Philip le dio las gracias, cogió el libro y leyó el título. Era la *Vie de Jésus*, de Renan.

XXVIII

Ni Hayward ni Weeks imaginaron nunca que la conversación que les había servido para pasar la noche hubiera de ser causa de profundas reflexiones para Philip. El joven no había pensado nunca que la religión pudiera ser jamás materia de discusión. Para él la religión era la Iglesia anglicana y quien no creyere en su dogma era un terco que recibiría su castigo en este mundo o en el otro. Tenía, sin embargo, algunas dudas sobre los castigos reservados a los que no creían en la Iglesia anglicana. Era muy posible que un Juez misericordioso reservara las llamas del infierno a los paganos —mahometanos, budistas y otros— y perdonase a los disidentes y a los católicos romanos, aunque éstos pasarían por la humillación de tener que reconocer su error. Y era también posible que Él se mostrara piadoso con los que no habían tenido posibilidad de conocer la verdad, pero si habían tenido la posibilidad y no la habían aprovechado, el castigo sería terrible y merecido. No es que se lo hubieran dicho de una manera clara, pero se lo habían presentado como que sólo a los miembros de la Iglesia anglicana esperaba la felicidad eterna.

Una de las cosas que a Philip le habían hecho comprender como algo indiscutible era la maldad y la corrupción del incrédulo. Sin embargo, Weeks, aunque no profesara la misma fe suya, llevaba una vida de una completa pureza. Philip había conocido pocas manifestaciones de la bondad altruista y sentíase conmovido por las atenciones del americano. Una vez, durante un resfriado, Weeks le cuidó durante tres días como una madre. En él no había maldad ni vicio, sino sinceridad y ternura. Evidentemente, era posible ser, por tanto, virtuoso e incrédulo.

A Philip se le había hecho creer también que quien se adhería a otra confesión lo hacía sólo por testarudez o por interés: en lo íntimo de su conciencia sabían que aquella religión era falsa, pero trataban de engañar a los demás. Con el fin de hacer ejercicios de alemán, el joven había tomado la costumbre de asistir los domingos por la mañana al servicio luterano. Poco después de la llegada de Hayward empezó a ir a misa con él. Observó que mientras la iglesia protestante estaba casi vacía y los pocos presentes parecían distraídos, en la capilla de los jesuitas se agolpaba la gente y los fieles rogaban con fervor. No parecían ser unos hipócritas. Este contraste le sorprendió porque él sabía que los luteranos, cuya fe era la que más se acercaba a la Iglesia anglicana, se encontraban por este motivo más cerca de la verdad que los católicos. Muchos de los asistentes eran alemanes del Sur y Philip pensaba que podía haber nacido también en un país católico, o bien en Inglaterra, pero en el seno de una familia wesleyana anabaptista o metodista, en lugar de nacer en una perteneciente a la verdadera fe. Pensando en tal peligro se estremeció.

Se hallaba en cordiales relaciones con el chino que se sentaba a la mesa dos veces al día. Sung sonreía siempre y se mostraba afable y cortés. ¿Era posible que hubiera

de arder en el infierno sólo por ser chino? Pero si la salvación era posible cualquiera que fuese la fe del hombre, no había entonces ninguna ventaja especial en pertenecer a la Iglesia anglicana.

Más perplejo que nunca, Philip interrogó a Weeks, pero lo hizo con muchas precauciones, ya que temía siempre caer en el ridículo, y el ácido humorismo con el que Weeks hablaba de la Iglesia anglicana le desconcertaba. El americano no hizo otra cosa que aumentar su perplejidad. Dijo a Philip que aquellos alemanes que veía en la capilla jesuita estaban tan firmemente convencidos de la verdad de la Iglesia católica como él de la verdad de la anglicana, añadiendo que los mahometanos y los budistas se hallaban a su vez convencidos de la verdad de sus respectivas religiones. La seguridad de estar en posesión de la verdad no significaba nada desde el momento que todos creían estar en posesión de ella. Weeks no tenía la intención de quitar la fe al muchacho pero la religión era un tema de conversación que le apasionaba. Había dicho la verdad al afirmar que rechazaba casi todo lo que creían los otros. Una vez Philip le hizo una pregunta que había sido hecha a su tío en el vicariato al hablar de un libro moderadamente racionalista, del que se hablaba mucho en los periódicos en aquella época.

—Pero ¿por qué ha de tener usted razón y san Anselmo y san Agustín estar equivocados?

—¿Quiere usted decir que ellos eran hombres inteligentes y cultos en tanto que alimenta la idea de que yo no soy una cosa ni la otra?

—Sí —respondió Philip un poco desconcertado, ya que la pregunta formulada de aquel modo le parecía un tanto impertinente.

—San Agustín creía que la tierra era plana, que el sol daba vueltas a su alrededor.

—Y esto ¿qué prueba?

—Prueba que cada uno cree con su propia generación.

Philip preguntó a Weeks cuál era su opinión acerca de la religión de Hayward.

Weeks respondió:

—Los hombres siempre se han formado los dioses a su imagen. Hayward cree en lo pintoresco.

Hubo una breve pausa. A continuación dijo Philip:

—No veo por qué se ha de creer en Dios.

Apenas hubo dicho esta frase, se dio cuenta de que había dejado de creer. Respiró hondamente, como los que se disponen a sumergirse en agua fría. Miró desconcertado a Weeks y de súbito sintió miedo. Intentó reflexionar sobre todo lo que había dicho, pareciéndole que se trataba de toda su vida. Estaba persuadido de que una decisión sobre tal materia podía tener una gran influencia sobre su porvenir y que un error podía significar la maldición eterna. Cuanto más reflexionaba más dueño de sí mismo se sentía y durante toda la semana siguiente leyó con avidez libros más bien

escépticos, sólo con el fin de encontrar una confirmación de lo que sentía interiormente. El hecho era que había dejado de creer, no por una razón u otra sino porque no tenía temperamento religioso. La fe le había sido inculcada exteriormente. Era una cuestión de ambiente y de ejemplo. Otras circunstancias y nuevos ejemplos le habían dado la posibilidad de encontrarse a sí mismo. Abandonó la fe de su infancia como se abandona un vestido que ya no sirve. Al principio la vida le pareció extraña y solitaria, privada de la fe que, sin que se diera cuenta, había constituido su apoyo. Se sentía como un hombre que habiendo caminado siempre apoyado en un bastón, se ve de pronto obligado a no llevarlo. Le parecía que los días eran más fríos y las noches más solitarias. Pero a los pocos días se sintió más tranquilo. La vida le parecía más exaltada, y el bastón que había arrojado y el vestido que había dejado caer le parecieron pesos intolerables de los que se había liberado. Los ejercicios religiosos que se había visto obligado a practicar durante tantos años formaban parte de su religión. Recordó las oraciones y los versículos del Evangelio que había tenido que aprenderse de memoria. Recordó los largos servicios de la catedral durante los cuales su cuerpo parecía endurecerse mientras deseaba poderse mover. Recordó el paseo nocturno por el largo camino fangoso hasta llegar a la parroquia de Blackstable y el frío de la iglesia, donde se sentaba con los pies helados, las manos llenas de sabañones y la atmósfera oliendo a brillantina. ¡De qué forma se había aburrido! Su corazón dio un brinco al solo pensamiento de que se había liberado de todo esto.

No salía de su asombro al ver lo fácilmente que había dejado de creer. Y no sabiendo que éste era el resultado de un profundo trabajo de su subconsciente, atribuyó a su inteligencia la certeza que había logrado. Se sentía muy contento de sí mismo. Con su jovial falta de simpatía hacia toda forma de pensar distinta de la suya, en la actualidad despreciaba un poco a Weeks y a Hayward porque ambos se sentían contentos de la vaga emoción a la que daban el nombre de Dios y no se decidían a dar el paso que a él le parecía tan natural. Un día subió a una colina desde la cual se dominaba un panorama que, sin saber por qué, le producía una gran exaltación. Era otoño, pero los días se mostraban a menudo sin una nube y el cielo parecía brillar con un esplendor más luminoso que en el verano, como si la naturaleza hubiese querido hacer más bellos los últimos días de la estación triste. Miró la llanura inundada de sol que se extendía ante él. A lo lejos se distinguían los tejados de Mannheim y más lejos la mancha opaca de Worms. Aquí y allá un centelleo revelaba el curso del río. El gran cauce resplandecía de oro, Philip, con el corazón palpitante de alegría, se acordaba del tentador que se había acercado a Jesús en otra montaña para mostrarle los reinos de la tierra. Embriagado por aquella belleza, le parecía que tenía ante sí al mundo entero y sentíase impaciente por descender y gozarlo. Libre de temores degradantes, libre de prejuicios, podía seguir su camino sin que le persiguiera el intolerable miedo al infierno. De pronto se dio cuenta de que también se había deshecho del pesado

fardo de la responsabilidad, que hacía que pareciera tan importante cada gesto de su vida. Respiraba más libremente un aire más ligero. Era responsable sólo ante sí mismo. ¡Libre, dueño al fin de su destino! Por la fuerza de la costumbre, dio gracias a Dios por no creer en Él.

Ebrio de orgullo por su inteligencia y su intrepidez, el joven penetró decididamente en una nueva vida, pero la pérdida de la fe no trajo ningún cambio en su manera de ser. Había podido apartar de sí a los dogmas cristianos, mas nunca se le pasó por las mientes apartar a la ética cristiana. Aceptaba la virtud, contento de practicarla por sí misma, sin idea de recompensa ni de castigo. Había pocas ocasiones de mostrar su heroísmo en casa de frau *Professor*, pero él hacía esfuerzos por parecer más amable que antes, e intentaba ser agradable a las viejas y aburridas señoras que a veces hablaban con él. Evitaba con cuidado las imprecaciones y los adjetivos violentos propios de la lengua inglesa, que antes había cultivado como signo de virilidad. Habiendo terminado aquel asunto a su entera satisfacción, quiso no pensar más en él, pero es más fácil decir que hacer tales cosas. No podía evitar que algunas veces la duda viniera a turbarle. Era tan joven y tenía tan pocos amigos que la inmortalidad no le preocupaba y estaba dispuesto a renunciar a esa creencia con la mayor tranquilidad. Pero había una cosa que le turbaba. Se decía a sí mismo que era irrazonable, estaba dispuesto a reírse de su sentimentalismo, y, sin embargo, notaba que sus ojos se le llenaban de lágrimas al pensar que no vería más a su bella mamá, cuyo cariño se había hecho más preciado para él con el transcurso de los años. Algunas veces, como si viviera bajo la influencia de innumerables antepasados devotos, temerosos de Dios, era presa del terror de que todo fuera verdad y que allá arriba, tras aquel cielo azul, existiera un Dios justiciero que castigase a los ateos con el fuego eterno. En tales momentos, su razón no le prestaba la menor ayuda y se imaginaba la angustia de un tormento físico que duraría por los siglos de los siglos. Un abundante sudor inundaba su frente, y el miedo le producía un malestar indecible. Acababa por decirse desesperado:

—Después de todo no es culpa mía. No puedo forzarme a mí mismo para creer. Si hay un Dios y quiere castigarme porque sinceramente no creo en Él, nada puedo hacer para evitarlo.

XXIX

Llegó el invierno. Weeks salió para Berlín con el propósito de asistir a las lecciones de Paulssen, y Hayward empezó a pensar en trasladarse al mediodía de Europa. El teatro local abrió sus puertas, y Philip y Hayward iban dos o tres veces cada semana con el laudable propósito de perfeccionar su alemán. El joven prefería esto a los aburridos sermones. Vivían en pleno renacimiento del drama. Algunas obras de Ibsen figuraban en el repertorio; *El honor*, de Sudermann, era una novedad, y su representación en la tranquila ciudad universitaria provocó grandes discusiones. Unos la ponían en los cuernos de la luna y otros la atacaban con furibunda saña. Siguieron en el programa obras de otros dramaturgos escritas bajo la influencia moderna, y Philip asistió a la representación de una serie de dramas en los que la perfidia del género humano era puesta en evidencia. Philip no había asistido nunca al teatro antes de la época que nos ocupa, pues aunque algunas compañías de cuarto orden llegaban de vez en cuando a Blackstable, el vicario, fuera por su profesión, fuera porque el teatro le parecía una cosa vulgar, no iba nunca a verlas. La pasión del teatro se apoderó de Philip. Sentía un estremecimiento en cuanto entraba en la pequeña sala mal acondicionada y mal iluminada. No tardó en conocer las particularidades de toda la compañía, y leyendo el reparto podía decir por anticipado cuáles eran las características de los personajes. Pero esto no tenía para él la menor importancia. Aquélla era, según él, vida real, vida extraña, oscura y atormentada; y los hombres y las mujeres mostraban abiertamente el dolor que llevaban en el corazón. Un hermoso rostro escondía un alma perversa; los que parecían virtuosos se servían de la máscara de la virtud para esconder vicios secretos; los que parecían fuertes eran débiles; los honestos estaban corrompidos, y los castos eran libertinos. Parecía como si se encontrara en una habitación donde la noche anterior hubiese habido una orgía, y en el aire se notaba olor de cerveza, de humo y de humanidad. Nadie reía. Todo lo más, sonreían el hipócrita y el estúpido. Los personajes se expresaban con palabras crueles que parecían brotar de un corazón desgarrado por la vergüenza y la angustia.

Philip estaba fascinado por aquella sórdida intensidad. Le parecía estar viendo otra casa del mundo y sentía un imperioso deseo de conocerla. Después de la representación se metía en una taberna acompañado de Hayward a comer un emparedado y a beber un vaso de cerveza. A su alrededor había un grupo de estudiantes que charlaban y reían. A veces aparecía una familia formada por el padre, la madre, un par de hijos y la hija. Ésta decía a lo mejor una cosa graciosa y el padre, apoyándose en el respaldo de la silla, reía con toda su alma. Todo aquello era muy íntimo e inocente, pero Philip no captaba la agradable simplicidad de la escena, pues su pensamiento se hallaba todavía ocupado con el drama que acababa de ver.

—Se nota que es la vida misma, ¿no es verdad? —decía excitado—. ¡Ah, creo que no permaneceré aquí mucho tiempo! ¡Quiero volver a Londres para comenzar a vivir! Ya me he preparado bastante. Ahora quiero vivir la vida.

Algunas veces Hayward dejaba que Philip volviera a casa solo. Sin responder a las preguntas de su amigo, Hayward dejaba entrever a éste, con una risita alegre y un poco ligera, que se trataba de un amor romántico. En aquellas ocasiones citaba algún verso de Rossetti, y una vez enseñó a Philip un soneto en el que la pasión, el pesimismo y el sentimiento se unían para celebrar a una joven llamada Trude. Hayward circundaba sus pequeñas aventuras vulgares con un halo de poesía y sentíase comparable a Pericles y a Fidias porque hablaba del objeto de su atención con palabras «etéreas» en lugar de servirse de los términos crudos de que dispone la lengua inglesa. Philip, por curiosidad, atravesó un día la callejuela cercana al puente y flanqueada de casitas blancas con persianas verdes, en la cual había dicho Hayward que vivía fräulein Trude; pero las mujeres de rostro brutal y mejillas pintadas que salieron a sus puertas, llamando al joven, le llenaron de terror… Philip, horrorizado, pudo zafarse de las manos ávidas que intentaban aferrarle. Anhelaba conocerlo todo y sentíase en ridículo porque a su edad no había probado todavía lo que según todas las novelas era la cosa más importante de la vida, pero tenía la desgracia de ver las cosas tal como eran y la realidad que se le ofrecía difería bastante del ideal de sus sueños.

No sabía que un país árido y vasto debe ser recorrido muchas veces por un viajero para que éste pueda decir que lo conoce. Es una ilusión creer que la juventud sea feliz, una ilusión fomentada por los que la han perdido. Los jóvenes, por el contrario, suelen ser desgraciados, ya que están llenos de falaces ideales que les han instilado y que se hacen añicos cada vez que el joven toma contacto con la realidad. Le parece entonces ser víctima de una conspiración porque los libros que ha leído, ideales de selección, y las palabras que le dirigían sus padres, que miraban hacia el pasado a través del velo color de rosa del olvido, le habían preparado para una vida irreal. Hay que aprender entonces por uno mismo que todo lo que ha leído u oído narrar es mentira, mentira, mentira, y que se halla clavado en la cruz de la vida. Cosa extraña: todos los que han pasado por esta amarga desilusión son los primeros que contribuyen a que otros se engañen a su vez. La compañía de Hayward era la peor que Philip podía encontrar. Hayward no veía nada sino a través de la literatura y era peligroso porque se engañaba a sí mismo con sinceridad. Con toda honradez tomaba su sensualidad por emociones románticas, su volubilidad por temperamento artístico, su indolencia por calma filosófica. Su mente, vulgar en su esfuerzo hacia el refinamiento, lo veía todo más grande de lo que en realidad era. Mentía sin saberlo, y si se lo hacían observar elogiaba la belleza de la mentira. Era un idealista.

XXX

Philip se hallaba inquieto y descontento. Las alusiones poéticas de Hayward le turbaban y su alma aspiraba a un poco de romanticismo. Por lo menos, así es como el joven se explicaba a sí mismo su estado de ánimo.

En la casa de frau Erlin acaeció por entonces un incidente que aumentó las precauciones amorosas de Philip. En dos o tres ocasiones, paseando por la colina, se había encontrado con fräulein Cecilia y más tarde con el chino. Saludó a ambos con una inclinación de cabeza y no pensó más en ello. Pero un anochecer, al volver a casa después del crepúsculo, se adelantó a dos personas que caminaban juntísimas. En la oscuridad no pudo distinguirlas, pero le pareció reconocer a Sung y a Cecilia. Ambos hicieron un rápido movimiento para separarse, lo cual hizo pensar a Philip que iban del brazo. El joven quedó sorprendido y confuso. Nunca se había fijado mucho en Cecilia. Era una muchacha feúcha, con el rostro cuadrado y las facciones bastas. No tendría más de dieciséis años y todavía llevaba la trenza sobre la espalda. Aquella noche, durante la cena, la miró con curiosidad, y la muchacha, si bien durante algún tiempo se había mostrado taciturna, le dirigió la palabra:

—¿Dónde ha ido usted a pasear hoy, mister Carey?

—He ido hacia el Königsstuhi.

—Pues yo no he salido. Me dolía la cabeza.

El chino, sentado a su lado, se volvió hacia ella.

—Lo siento —dijo—. Espero que ahora esté usted mejor.

Cecilia, evidentemente intranquila, dirigió de nuevo la palabra a Philip.

—¿Ha encontrado usted a mucha gente?

Philip no pudo menos de enrojecer al responder con una mentira.

—Ni un alma.

Le pareció notar en los ojos de ella una expresión de alivio.

Muy pronto no le cupo la menor duda de que había algo entre el chino y la muchacha, pues otros huéspedes los vieron andar por rincones apartados. Las señoras ancianas que se sentaban en la extremidad de la mesa empezaron a decir que aquello era un escándalo. Frau *Professor* se mostraba muy fría. Había hecho todo lo posible para no enterarse de nada. El invierno se echaba encima y en aquella estación era menos fácil que en verano tener la casa llena de gente. Mister Sung era un cliente magnífico. Ocupaba dos habitaciones de la planta baja y se bebía una botella de Mosela en cada comida. Frau *Professor* se la facturaba a tres marcos, haciendo un discreto negocio. Ninguno de los otros huéspedes bebía vino, y algunos de ellos ni siquiera bebían cerveza. Tampoco deseaba perder a Cecilia, cuyos padres se encontraban por motivos comerciales en América del Sur y pagaban muy bien los cuidados maternales de frau *Professor;* si hubiera escrito algo de lo que sucedía al tío

de la muchacha que vivía en Berlín, de seguro que se la habría llevado con él. Frau *Professor* se contentó por lo tanto, con lanzar a ambos miradas severas cuando estaban en la mesa, y no osando mostrarse descortés con el chino, se desahogó tratando con descortesía a Cecilia. Pero las viejas no estaban contentas. Dos de ellas eran viudas y la tercera era una solterona holandesa de aspecto varonil. Las tres pagaban una cantidad modesta y daban mucho trabajo. Las tres celebraron una conferencia con frau *Professor* para decirle que era necesario tomar una determinación, pues de lo contrario la casa dejaría de ser respetable. Frau *Professor* intentó convencerlas con la obstinación, con la cólera y con sus lágrimas. Pero las tres viejas se mantuvieron en sus trece y ella, en un momento de indignación, prometió poner fin al escándalo.

Después de la comida llamó a Cecilia a su habitación y empezó a hablarle con gran seriedad. Mas su sorpresa fue mayúscula al ver que la muchacha adoptaba un aire descarado y que le respondía que estaba dispuesta a hacer lo que le pareciera y que si salía de paseo con el chino sólo a ella le importaba. Frau Erlin la amenazó con escribir a su tío.

—Entonces tío Heinrich me meterá en una pensión de Berlín y la cosa será mucho más agradable para mí. Mister Sung se irá también a Berlín.

Frau *Professor* empezó a llorar. Las lágrimas corrían por sus rojas y abultadas mejillas. Cecilia se le rió en su cara.

—Por lo tanto, tendrá usted tres habitaciones vacías durante todo el invierno —dijo.

Frau *Professor* cambió entonces de táctica. Apeló a los sentimientos de Cecilia, la cual era buena, sensible, tolerante. La trató, no como a una niña sino como a una mujer. Le dijo que no habría nada de malo en aquello si no se hubiera tratado de un chino con la piel amarilla, la nariz aplastada y los ojos de cochinillo. Era lamentable.

—*Bitte, bitte* (Haga el favor, haga el favor) —dijo Cecilia rebelándose—. No quiero oír nada contra él.

—¡Pero no es una cosa seria! —exclamó frau *Professor*.

—¡Le amo, le amo y le amo!

—*Got im Himmel*!

Frau *Professor* la miró horrorizada. Creía que se trataba del capricho inocente de una niña, pero la pasión que vibraba en la voz de Cecilia fue una revelación para ella.

La muchacha la miró un segundo con los ojos llameantes y luego, encogiéndose de hombros, salió de la estancia.

Frau Erlin no contó a nadie los detalles de aquella entrevista, y un par de días después cambió los sitios de la mesa. Rogó a Sung que se sentara junto a ella, y el chino, siempre muy cortés, aceptó en el acto. Cecilia tomó la cosa con indiferencia, pero como sabía que sus relaciones eran conocidas por todos, a partir de aquel

momento no hizo ningún misterio de sus paseos. Cada día después de comer salían juntos hacia la colina. Era evidente que no les importaba lo más mínimo cuanto se decía de ellos. La paciencia del profesor tuvo un límite al fin y rogó a su esposa que hablara con el chino. La dama cogió aparte a mister Sung y le reprochó su conducta. Estaba manchando la reputación de la muchacha, hacía daño a la casa y debía reconocer que no se portaba correctamente.

Por toda respuesta, el chino negó sonriente. No sabía de qué le hablaban, él no tenía que ver nada con fräulein Cecilia, no paseaba nunca con ella y en todo lo que la señora decía no había una palabra de verdad.

—¡Oh, mister Sung! ¿Cómo puede usted decir una cosa así? Ha sido usted visto muchas veces.

—No está usted en un error. No es verdad.

La miraba con aquella sonrisa estereotipada que dejaba ver sus dientes, pequeños y blancos. Permanecía completamente tranquilo. Lo negó todo con inverosímil desfachatez. Al cabo, frau *Professor* perdió la calma y le dijo que la muchacha había confesado que le amaba. El chino no dio su brazo a torcer y continuó sonriendo:

—¡Tonterías, tonterías! No es verdad.

No fue posible arrancarle una palabra más.

El tiempo era pésimo: nieve y hielo en una larga sucesión de días grises que hacían que los paseos resultasen poco agradables. Philip acababa una tarde de dar clase con el profesor de alemán y se hallaba en el salón hablando con frau Erlin cuando Ana entró precipitadamente.

—Mamá, ¿dónde está Cecilia?

—Debe de estar en su cuarto.

—No tiene la luz encendida.

Frau *Professor* dejó escapar una exclamación de estupor y miró asustada a su hija. Había adivinado *lo* que ésta pensaba.

—Llama a Emil —dijo con voz ronca.

Era el criado tonto que servía a la mesa y hacía la mayor parte de las faenas de la casa.

—Emil, ve a la habitación de mister Sung y entra sin llamar. Si encuentras a alguien di que has entrado para ver cómo está la estufa.

En el rostro flemático de Emil no se dibujó ninguna expresión de extrañeza. Salió lentamente. Frau *Professor* y Ana dejaron la puerta abierta y se dispusieron a escuchar. Cuando oyeron que Emil volvía a salir lo llamaron.

—¿Había alguien? —preguntó la señora.

—Sí. Mister Sung estaba en su habitación.

—¿Sólo?

Una sonrisa maliciosa apareció en los labios del muchacho.

—No; estaba también fräulein Cecilia.

—¡Qué horror! —exclamó la dueña de la casa.

Emil sonrió más abiertamente.

—Fräulein Cecilia va todas las tardes a la habitación de mister Sung y se pasa allí horas y horas.

Frau *Professor* se retorció las manos.

—¡Pero eso es abominable! ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No era de mi incumbencia —respondió Emil alzando lentamente los hombros.

—Te habrán pagado bien sin duda. ¡Anda, anda, márchate!

El criado salió andando torpemente.

—Es necesario echarla mamá —dijo Ana.

—¿Y quién pagará el alquiler? ¿Y la contribución? Eso de echarla se dice pronto. Pero si se marcha, ¿cómo pagaré tantas cuentas? —Se volvió a Philip con el rostro surcado de lágrimas—. ¡Ah, mister Carey! No dirá usted a nadie lo que ha sabido, ¿verdad? Si fräulein Förster —era la solterona holandesa— lo supiera se marcharía en seguida, y si se van todos no me quedará otro remedio que cerrar.

—Esté usted tranquila, no diré nada.

—Si fräulein Cecilia se queda no le dirigiré más la palabra —afirmó decididamente Ana.

Aquella noche, a la hora de la cena, fräulein Cecilia, más encarnada que de costumbre, y con una expresión de terquedad en el rostro, apareció puntualmente. Pero Sung, en cambio, no lo hizo, y Philip pensó que quería sustraerse a la prueba. Al fin, también apareció el chino sonriendo y excusándose por la tardanza. Insistió como de costumbre en ofrecer a frau *Professor* un vaso de Mosela, ofreciendo también uno a fräulein Förster. La atmósfera de la habitación estaba caldeadísima, ya que la estufa había permanecido encendida todo el día y las ventanas se abrían muy poco. A pesar de su torpeza, Emil acertaba a servir a todos bastante rápidamente. Las dos ancianas guardaban silencio con expresión desaprobatoria. Frau *Professor* no se había rehecho apenas de la crisis de lágrimas y su marido permanecía silencioso y un tanto deprimido. La conversación languidecía. A Philip le parecía que algo terrible se cernía sobre aquel grupo de personas con las que se reunía tan a menudo; todo parecía distinto de como era habitualmente bajo la luz de las dos lámparas que colgaban del techo. Sentíase el joven vagamente inquieto. Una vez que sus ojos se encontraron con los de Cecilia le pareció leer en ellos odio y desprecio. Respiró sofocado. Era como si la pasión culpable de la pareja turbara a todos los demás. Se sabía que el misterio de los vicios ocultos, como los perfumes que exhalaban los pebeteros del Celeste Imperio, adormecía a los comensales. Philip sentía el latido de la sangre en las sienes; no comprendía la extraña emoción que se había apoderado de él, pero sentíase atraído y disgustado al mismo tiempo.

Las cosas siguieron así durante bastantes días. La atmósfera se había vuelto malsana a causa de las pasiones violentas que todos percibían a su alrededor, y los nervios de cada uno estaban cada vez más tensos. Sólo Sung permanecía indiferente. Sonreía afable y cortés como siempre. Imposible decir si su actitud era el triunfo de una civilización o la expresión del desprecio de un oriental hacia el Occidente derrotado. Cecilia se mostraba insolente y cínica. Al fin, ni frau *Professor* pudo soportar más tiempo aquella situación. Un pánico repentino la conmovió cuando el profesor Erlin, con brutal franqueza, le hizo comprender los peligros de unas relaciones demasiado públicas; frau *Professor* vio su buen nombre y la reputación de su casa comprometida por un escándalo sobre el que no podría echarse tierra. Guiada por su interés, no había pensado en tal posibilidad; pero ahora, aterrorizada, hubiera querido poner a la muchacha de patitas en la calle, sin más dilación.

El buen sentido de Ana impidió tal cosa. La misma Ana sugirió la idea de escribir una carta habilidosa al tío de Berlín aconsejándole que se llevara a la muchacha. Una vez resignada a perder a dos de sus huéspedes, frau *Professor* no pudo resistir la satisfacción de dar libre curso a la cólera que había almacenado durante todo el tiempo. Por fin era dueña de decir a Cecilia todo lo que se le ocurriera.

—He escrito a su tío para que venga a buscarla. No puedo tenerla más tiempo en mi casa.

Sus redondos ojillos brillaron al notar la súbita palidez que invadió el rostro de la muchacha.

—Es usted una desvergonzada —continuó.

Otros insultos le subieron a la boca.

—¿Qué ha escrito usted a mi tío Heinrich? —preguntó la muchacha abandonando su gesto descarado.

—Él mismo se lo dirá. Espero una carta suya mañana.

Al día siguiente, para que la humillación de Cecilia fuera pública, frau *Professor* le dirigió la palabra durante la cena.

—He recibido una carta de su tío. Debe usted preparar su ropa esta noche y mañana la acompañaremos al primer tren. Su tío irá a buscarla a la estación central.

—Muy bien, señora.

Mister Sung sonrió a la dueña de la casa mirándola a los ojos y, a pesar de sus protestas, insistió en llenarle un vaso de vino. Frau *Professor* comió con buen apetito, pero se había creído demasiado pronto ser la vencedora. Antes de irse a la cama llamó al criado.

—Emil, si el baúl de fräulein Cecilia está ya listo es mejor que lo baje esta noche. El mozo de estación vendrá a buscarlo mañana por la mañana.

El criado salió, volviendo al cabo de un momento.

—Fräulein no está en su habitación ni tampoco está su maleta.

Con un grito, frau *Professor* se precipitó en el cuarto de la muchacha. El baúl estaba a punto, cerrado y atado; pero había desaparecido la maleta y el abrigo de Cecilia. El tocador estaba vacío. Jadeante, la dueña de la casa bajó la escalera para ir a la habitación del chino. Hacía veinte años que no se movía con tanta ligereza; y Emil le gritó que tuviera cuidado de no caerse. Frau *Professor* entró sin llamar. La estancia estaba vacía. El equipaje había desaparecido, y la puerta del jardín, todavía abierta, mostraba el camino que habían tomado los fugitivos. En un sobre, encima de la mesa, estaba el dinero de la pensión de un mes y una cantidad aproximada por los extraordinarios. Frau *Professor se* dejó caer pesadamente en el diván. No quedaba la menor duda: habían huido juntos. Emil permaneció indiferente, estólido.

XXXI

Después de haber anunciado durante un mes su marcha y haberla siempre aplazado por no tomarse el trabajo de hacer el equipaje y afrontar el tedio de un largo viaje, Hayward se decidió por último a partir poco antes de Navidad, acuciado por los preparativos de fiestas que veía hacer. No se sentía con fuerzas para soportar la alegría teutona. La sola idea le ponía piel de gallina, y, en su deseo de evitarlo, decidió irse la víspera de Navidad.

Philip no lo deploró. Su carácter rectilíneo hacía que le irritase la indecisión de Hayward. A pesar de que Hayward tenía mucha influencia sobre él, a Philip le costaba mucho trabajo reconocer en aquella inquietud de espíritu el síntoma de una gran sensibilidad. Sobre él parecía gravitar el recuerdo de las burlas con que Hayward acogía su carácter. Sostuvieron correspondencia. Hayward era un excelente corresponsal y, consciente de este don, escribía de buena gana. Su temperamento vibraba a cada sensación estética, y en sus cartas desde Roma acertó a transmitir un exquisito perfume italiano. La ciudad de los antiguos romanos le pareció un poco vulgar. Sólo la decadencia del Imperio poseía, según él, cierta elegancia. Pero la Roma de los Papas gozaba de toda su simpatía, y Hayward, con palabras exquisitamente elegidas, le describía todas las bellezas. Habló de la vieja música religiosa y de los montes Albanos, de la languidez del incienso y de la fascinación de las calles por la noche, cuando el piso aparecía reluciente después de la lluvia, y de la misteriosa luz de los faroles. Sin duda aquellas bellas cartas estaban hechas en serie para uso de diversos amigos, pero su autor, ignoraba el efecto turbador que ejercían sobre Philip, al cual su vida le parecía, a continuación de la lectura de una de ellas, terriblemente monótona. Con la primavera, Hayward se volvió ditirámbico y propuso a Philip que fuera a reunirse con él. En Heidelberg perdía el tiempo. Los alemanes eran groseros y su vida de una vulgaridad aplastante. ¿Cómo podía el alma encontrarse a sí misma en aquel paisaje? En Toscana la primavera cubría la tierra de flores, y Philip tenía diecinueve años. Si se decidía a reunirse con él visitarían juntos las pequeñas ciudades de Umbría. Las palabras caían pesadamente en el corazón de Philip. También Cecilia se había marchado a Italia con su amante. Pensando en ellos, Philip era presa de una agitación que no acertaba a comprender. Maldecía su suerte, pues no tenía dinero para viajar y sabía que su tío no le enviaría más que a razón de quince libras semanales, y nunca había administrado muy bien aquella pequeña renta. Después de pagar la pensión y las lecciones le quedaba poquísimo. Además, la compañía de Hayward le había salido más bien cara. El amigo le había propuesto a menudo realizar una excursión, asistir a una representación teatral o tomar una botella de vino cuando Philip tema casi gastada su asignación mensual. Y con la inconsciencia propia de sus años, Philip no había osado nunca confesar que no podía

permitirse ninguna prodigalidad.

Afortunadamente, las cartas de Hayward no eran muy frecuentes, y en los intervalos reanudaba Philip su vida de estudio. Se había matriculado en la Universidad y asistía a uno o dos cursos de lecciones. Kuno Fischer se hallaba por entonces en el pináculo de su gloria y durante el invierno dio una serie de brillantes conferencias sobre Schopenhauer. Aquellas conferencias fueron para Philip el primer contacto con la filosofía. El joven poseía un espíritu práctico que se resistía a moverse entre las abstracciones. Pero halló un encanto inesperado en las disquisiciones metafísicas. Escuchaba al conferenciante conteniendo la respiración, como cuando se observa a un equilibrista que está pasando la maroma sobre un abismo. Mas aquello le excitaba. El pesimismo de la argumentación atraía a su juventud; y creía que el mundo en el que iba a penetrar era un lugar de tinieblas y de color. Esto no disminuía en modo alguno su deseo de entrar en él, y cuando mistress Carey, escribiéndole en nombre de su tutor, empezó a hablarle de su retomo a Inglaterra asintió con entusiasmo. Era necesario que eligiera una carrera. Marchándose de Heidelberg a fines de julio podría discutir con sus tíos el mes de agosto y tendría tiempo de prepararse.

Una vez establecida la fecha de su marcha, mistress Carey escribió de nuevo, hablándole de miss Wilkinson, gracias a cuya intervención había podido hospedarse en casa de frau Erlin, y le informó que la dama pasaría algunas semanas con ellos en Blackstable. Saldría de Fushing tal día, y, si Philip hacía por encontrarse con ella, atravesarían el Canal juntos, haciéndose compañía también hasta Blackstable. La timidez de Philip le impulsó a escribir diciendo que había aplazado la salida un par de días. Se imaginaba a sí mismo buscando a miss Wilkinson, el embarazoso momento en que le preguntaría si era ella y el riesgo de equivocarse y de que le respondieran mal. Existía, además, la preocupación de si en el tren debía darle conversación o bien podría consagrarse a leer los libros que llevaba.

Al cabo salió de Heidelberg. Desde hacía tres meses pensaba sólo en el porvenir y, por lo tanto, dejo la ciudad sin gran disgusto. No supo nunca que había sido feliz en ella. Fräulein Ana le regaló un ejemplar del *Trompeter von Säckingen y* él correspondió con un volumen de William Morris. Dando pruebas de gran sabiduría, ninguno de los dos leyó nunca el libro que el uno había ofrecido al otro.

XXXII

Philip quedó sorprendido al ver de nuevo a su tío y a su tía. No se había dado cuenta antes de que eran dos viejos. El vicario lo recibió con su acostumbrada indiferencia, tan poco cortés. Estaba algo más gordo, algo más calvo y algo más amarillo. Philip se dio cuenta de que era un ser insignificante. Su rostro indicaba debilidad e indulgencia hacia sí mismo. Tía Louisa le abrazó y le besó. Lágrimas de alegría brotaban de sus ojos. El sobrino apareció conmovido y confuso. No sabía que la tía le quisiera tanto.

—¡Qué largo me ha parecido el tiempo durante tu ausencia, Philip! —dijo la anciana.

Le acariciaba las manos y le miraba sintiéndose feliz.

—Has crecido, estás hecho un hombre.

Un bigote naciente ornaba el labio superior de Philip. Se había comprado una navaja de afeitar y rasuraba con infinito cuidado su piel tersa.

—¡Hemos estado tan solos sin ti! —Y luego, con cierta timidez y voz temblorosa, indagó—: Estás contento de haber vuelto a tu casa, ¿no es cierto?

—Naturalmente.

Su tía era tan delgada que casi le pareció transparente. Los brazos que le echó al cuello no eran más fuertes que huesecillos de pollo. ¡Y tantas arrugas en aquel rostro marchito! Los ricillos grises, que llevaba todavía como cuando era joven, le daban un aire extrañamente melancólico. Su cuerpo disecado era como una hoja de otoño, que el primer golpe de viento un poco fuerte puede llevarse. Philip se dio cuenta de que aquellos dos seres que pertenecían a una generación pasada no esperaban ya nada de la vida y aguardaban pacientemente, casi estúpidamente, su última hora. Ante aquellas vidas a punto de terminar, el joven, en el vigor de su juventud, ávido de excitaciones y de aventuras, tuvo una sensación de espanto. Aquellos dos seres no habían hecho nunca nada y el día que desaparecieran sería como si nunca hubiesen vivido. Sintió una gran piedad hacia tía Louisa y, de súbito, nació en él un gran cariño hacia ella, como si quisiera corresponder al cariño que le demostraba.

En aquel momento, miss Wilkinson, que se había mantenido discretamente aparte para dar lugar a que los Carey saludasen al sobrino, entró en la estancia.

—He aquí a mis Wilkinson —dijo mistress Carey.

—El hijo pródigo ha vuelto —afirmó la joven tendiéndole la mano—. Le traigo una rosa para ponerla en su ojal.

Con alegre sonrisa colocó en la solapa de Philip la flor que acababa de cortar. El muchacho enrojeció, sorprendiéndose al mismo tiempo de aquello. Sabía que miss Wilkinson era hija del último rector de tío William. Philip conocía bien a las hijas de los eclesiásticos, las cuales solían llevar trajes mal cortados y zapatos gruesos. Por lo

general vestían de negro, porque cuando Philip era niño y vivía en Blackstable la labor de punto hecha en casa no había llegado todavía a aquella parte de Inglaterra, y a las damas del clero no les gustaban los colores. Iban peinadas siempre con el cabello tirante y olían a ropa blanca almidonada. Consideraban que la gracia femenina era un signo de impudicia, y jóvenes o viejas eran siempre iguales. Su agresividad religiosa y las estrechas relaciones que mantenían con la Iglesia hacía que adoptasen hacia el resto de la humanidad un aire ligeramente dictatorial.

Miss Wilkinson era bastante diferente. Llevaba un vestido de muselina blanca estampada de flores, zapatitos con tacón alto y medias transparentes. La inexperiencia de Philip hizo que le pareciera vestida de un modo maravilloso. No podía darse cuenta de que se trataba de un vestido de poco precio comprado hecho. Iba peinada con mucho cuidado y llevaba un hermoso rizo sobre la frente. Los cabellos eran negrísimos y brillantes y parecía que ninguno se pudiera escapar del sitio que le correspondía. Poseía unos grandes ojos de color negro y una nariz ligeramente aquilina. De perfil se parecía un poco a un ave de rapiña, pero de frente era pasadera. Sonreía mucho, pero su boca era grande. Al sonreír hacía todo lo posible por esconder los dientes, grandes y más bien amarillentos. Pero lo que más extrañó a Philip fue ver que se pintaba. Sus ideas en lo que a esto se refiere eran muy estrechas y creía que una señora no debía hacer uso de afeites. Y miss Wilkinson era, sin discusión, una dama porque era hija de un eclesiástico, y un eclesiástico es un *gentleman*.

De buenas a primeras Philip sintió una profunda antipatía hacia ella. La joven hablaba con leve acento francés y, como había nacido y crecido en Inglaterra, aquello no podía ser más que afectación. La sonrisa le parecía fingida y la alegría de sus maneras le irritó. Durante dos o tres días permaneció silencioso y hostil. Pero miss Wilkinson parecía no darse cuenta de ello. Mostrábase muy afable y al hablar se dirigía casi exclusivamente a Philip. Había algo de halagador en aquello de preguntarle constantemente su opinión sobre lo que fuera. Le hacía, además, reír, y Philip no sabía resistir a las personas que le divertían. Él también procuraba decir cosas ingeniosas y no dejaba de ser agradable tener una interlocutora comprensiva. Ni el vicario ni mistress Carey tenían el sentido del humor. Ninguno de los dos reían nunca de lo que él decía. Habituándose a miss Wilkinson y perdiendo poco a poco su timidez, Philip empezó a encontrar a la joven más simpática. El acento francés le pareció pintoresco, y en una reunión en el jardín, en casa del doctor, el atavío de miss Wilkinson fue el más gracioso de todos. Se trataba de un traje de seda azul con lunares blancos, y Philip se sintió satisfecho del efecto producido.

—Estoy seguro de que si lo sumamos todo tendrá usted en su haber muchas maldades, muchas —le dijo riendo.

—¡Mi sueño es que me tomen por una perdida!

Un día, mientras miss Wilkinson se encontraba en su habitación, Philip preguntó la edad de la joven a su tía.

—Querido, no debe preguntarse nunca la edad de una mujer; pero seguramente es demasiado vieja para casarse contigo.

El vicario sonrió.

—Seguramente no es ya una niña, Louisa. Era ya una muchacha hecha y derecha cuando estábamos en el Lincolnshire, y desde entonces han pasado veinte años. Recuerdo que llevaba la trenza colgando.

—Podría tener unos diez años —insinuó Philip.

—¡Oh!, no; más —afirmó la tía Louisa.

—Estaría cerca de la veintena —replicó él— vicario.

—No, William. Todo lo más tendría dieciséis o diecisiete.

—En resumen, que debe de haber superado en mucho la treintena —concluyó Philip.

En aquel momento miss Wilkinson bajaba la escalera tarareando una romanza de Benjamín Goddard. Llevaba puesto el sombrero porque iba a salir con Philip y tendió a éste la mano para que le abrochara el guante. El joven obedeció con cierta torpeza. Sentíase presa de cierta confusión, pero deseaba mostrarse galante. La conversación entre ellos resultaba fácil ahora y, mientras paseaban, hablaban de infinidad de cosas. Ella le hablaba de Berlín y Philip le contó cómo le había ido su estancia en Heidelberg. El joven notó que mientras hablaba, las cosas que le habían parecido faltas de interés adquirían de pronto una gran importancia. Los asuntos que preocupaban a los huéspedes de frau Erlin y las conversaciones entre Weeks y Hayward, que entonces le parecían tan insignificantes, cobraban relieve, aunque al mismo tiempo el joven pensaba si no era un absurdo pensar que aquello tuviera importancia. Las carcajadas de miss Wilkinson le halagaron.

—Me da usted mucho miedo. ¡Es usted tan sarcástico!

A continuación le preguntó, bromeando, si no había sostenido relaciones amorosas en Heidelberg. Philip respondió inmediatamente que no, pero su interlocutora no le creyó.

—¡Qué discreto es usted! A su edad eso es algo increíble.

Philip enrojeció y se echó a reír.

—Usted quiere saber demasiado —replicó.

—¡Ah!, ya me lo imaginaba —exclamó triunfalmente miss Wilkinson—. ¡Hay que ver lo encarnado que se ha puesto usted!

Felicísimo por ser tomado por un sujeto mentiroso, Philip cambió de conversación para hacer comprender a su interlocutora que deseaba ocultar Dios sabe qué romántica aventura. Sentíase encolerizado contra sí mismo por no haber tenido ninguna. Pero evidentemente le había faltado ocasión.

Miss Wilkinson, por su parte, estaba descontenta de la vida. Explicó largamente a Philip que un tío de su madre tenía que dejarle un patrimonio, pero que a última hora se casó con su criada y revocó el testamento. Por lo tanto, le tocaba ganarse la vida. Recordaba el lujo en que se crió y comparaba su vida en el Lincolnshire —carruaje y caballos— con la mísera dependencia de su estado actual. Philip se desconcertó cuando, hablando de esto con su tía Louisa, ésta le dijo que en su tiempo los Wilkinson no tenían más que un carricoche y un *pony*. Además, tía Louisa añadió que había oído hablar del tío rico, pero que ya estaba casado y tenía hijos antes de que naciera Emily, y que, por consiguiente, ésta no podía haber tenido nunca esperanzas de heredarle. Miss Wilkinson sentía odio por Berlín, donde se veía precisada a trabajar. Se lamentaba de la vulgaridad de la vida en Alemania comparándola con la vida brillante de París, donde pasó varios años. La joven no precisaba cuántos. Había sido institutriz en la casa de un pintor de moda, casado con una mujer riquísima, y allí conoció a muchos personajes célebres. Philip no pudo menos de admirarse al ver la calidad de los personajes citados. Frecuentaban la casa algunos actores pertenecientes a la Comedia Francesa, y Coquelin, durante una cena, sentado a su lado, le había dicho que no conoció nunca a una extranjera que hablase el francés tan bien como ella. Alfonso Daudet le había regalado un ejemplar de *Safo*, prometiéndole que se lo dedicaría, pero más tarde ella olvidó recordárselo. Ya le dejaría el libro a Philip. También Maupassant frecuentaba la casa. Al nombrar a este último, miss Wilkinson emitió una risita y miró a Philip con intención. Era un hombre muy extraño, pero ¡qué escritor! Philip había oído hablar de Maupassant a Hayward y sabía que el escritor pasaba por un donjuán.

—¿Le hizo a usted la corte? —preguntó.

Le costó pronunciar aquellas palabras, pero a pesar de ello llegó a pronunciarlas. Miss Wilkinson gustaba mucho al joven y su conversación le interesaba, pero no podía figurarse que nadie le hiciera la corte.

—¡Vaya una pregunta! —exclamó la joven—. El pobre Guy hacía la corte a todas las mujeres que veía. Era su vicio.

Suspiró y comenzó a recordar el pasado con ternura.

—Un hombre fascinador —murmuró.

Si Philip hubiera tenido algo más de experiencia habría podido hacerse una idea de cómo sucedieron las cosas. El ilustre escritor fue invitado a comer «en familia» y la institutriz entró en el comedor acompañando a las dos señoritas de la casa. Hubo la presentación de rigor.

—*Notre miss…*

—*Mademoiselle…*

Y así empezó la comida, durante la cual la institutriz permaneció en silencio mientras el ilustre escritor hablaba con los dueños de la casa. Pero las palabras de

miss Wilkinson sugirieron en Philip una idea mucho más romántica.

—Háble me usted de él —dijo excitado.

—No tengo nada que decir —contestó sinceramente, pero dejando intuir que con la escabrosa verdad habría para llenar tres volúmenes—. No debe ser usted demasiado curioso.

A continuación siguió hablando de París. Amaba los bulevares y el Bois. Cada calle tenía su gracia particular, y en los árboles de los Campos Elíseos había una distinción que no poseían los de ningún otro lugar. Se hallaban sentados en un poyo cerca de la carretera principal, y miss Wilkinson miraba con desdén los majestuosos olmos que se alzaban ante ellos. ¡Y el teatro! Las comedias eran brillantes y la manera de interpretarlas incomparable. Además, ella solía acompañar a menudo a madame Foyot, la madre de sus alumnas, a casa de su modista.

—¡Qué desgracia ser pobre! —exclamaba miss Wilkinson—. ¡Cuántas cosas bellas! Sólo en París se sabe vestir. ¡Y no poder comprar nada! ¡Pobre madame Foyot! No tenía línea. Cuántas veces me han dicho las modistas en voz baja: «¡Ah, mademoiselle! ¡Si la señora tuviese su figura…!»

Philip notó entonces que miss Wilkinson era discretamente ebúrnea, de lo que estaba orgullosa.

—En Inglaterra los hombres son verdaderamente estúpidos. Sólo miran el rostro. En Francia, pueblo de amantes, dan mucha más importancia a la belleza del cuerpo.

Philip no había pensado nunca en tal cosa, pero en aquel momento observó que las pantorrillas de miss Wilkinson eran torneadas y bien formadas. Y se apresuró a volver los ojos hacia otro lado.

—Tendría usted que ir a Francia. ¿Por qué no va usted un año a París? Aprendería usted bien el francés y podría… *déniaiser*.

—¿Y eso qué significa?

La joven se echó a reír con malicia.

—Búsquelo en el diccionario. Los ingleses no saben tratar con mujeres. Son tímidos. La timidez en un hombre es algo ridículo. No saben hacer la corte. No son ni siquiera capaces de llamar graciosa a una mujer sin parecer unos verdaderos idiotas.

Philip se sintió en ridículo. Evidentemente, miss Wilkinson esperaba de él otra cosa, y él, a su vez, hubiera querido de buena gana mostrarse galante e ingenioso, pero no se le ocurría nada, y cuando se le ocurría algo tenía miedo de quedar más en ridículo todavía diciéndolo.

—¡Cómo me gustó París! —exclamó miss Wilkinson—. Pero tuve que marcharme a Berlín. Permanecí en casa de los Foyot hasta que se casaron las hijas. Luego, no encontrando otra cosa, acepté una colocación en Berlín por mediación de cierta parienta de madame Foyot. Precisamente esta parienta tenía un piso en París, en la calle de Breda, en el *cinquième*. Pasé en tal piso una temporada. No era un

ambiente muy respetable. Seguramente habrá usted oído hablar de aquella calle. ¿No es verdad? *Ces dames*…

Philip asintió con la cabeza, aunque no sabía lo que la Wilkinson quería decir, si bien tenía una vaga sospecha de ello y no quería pasar por ignorante.

—Pero a mí no me importaba nada. *Je suis libre, n'est ce-pas*?

Le gustaba mucho hablar francés y verdaderamente lo hablaba muy bien.

—Una vez tuve una extraña aventura —añadió. Hizo una breve pausa y Philip insistió para que la narrase.

—Usted no me ha contado la suya de Heidelberg —objetó la joven.

—Las mías no son muy interesantes.

—¡Quién sabe lo que diría mistress Carey si supiera de lo que hablamos!

—No se imaginará usted que voy a contárselo.

—¿Palabra?

Después de haber recibido la promesa del joven de que guardaría silencio, ella le dijo que un estudiante de Bellas Artes que vivía en el piso de arriba… Pero de súbito ella se interrumpió.

—¿Por qué no se dedica usted al arte? ¡Pinta usted con tanta gracia!

—No lo hago lo bastante bien para consagrarme a la pintura.

—Toca a los otros el juzgar. *Je m'y connais y* creo que tiene usted muchísima aptitud.

—¡Figúrese qué diría tío William si yo le dijera de pronto que deseaba irme a París a estudiar pintura!

—Pero es usted el dueño de sí mismo, ¿no es verdad?

—Está usted buscando desviar la conversación. Le ruego que continúe su historia.

Miss Wilkinson, riéndose suavemente, continuó relatando lo que ya había empezado. El estudiante la había encontrado en varias ocasiones por la escalera, pero ella no reparó nunca en otra cosa sino en que tenía unos hermosos ojos y en que se quitaba muy cortésmente el sombrero cuando se encontraban. Un día la joven encontró una carta que habían echado por debajo de la puerta. El estudiante le decía en ella que la adoraba desde hacía meses y que la esperaba siempre por la escalera. ¡Una carta bellísima! Naturalmente, no respondió. Pero ¿qué mujer no se hubiera sentido halagada? Al día siguiente, otra carta, apasionada y conmovedora. Al encontrarle por la escalera, el joven no sabía adonde mirar, pero cada día le enviaba una carta. Por fin el joven le rogó un día que le recibiera. Añadió que iría a su piso por la noche, *vers neuf heures*. Ella no sabía qué hacer. Pensaba dejarle llamar y llamar, sin abrirle, y con los nervios en tensión esperaba oír la campanilla. Pero cuando menos se lo esperaba, se lo encontró ante ella. Había olvidado cerrar la puerta cuando entró.

—*C'etait fatalité* —acabó.

—¿Y qué sucedió luego?

—La historia acaba aquí —fue la respuesta, acompañada de una risita aguda.

Philip permaneció silencioso durante unos momentos. El corazón le latía atropelladamente y una extraña emoción se apoderaba de él. Veía la oscura escalera donde ocurrían los encuentros, admiraba las audaces cartas. —¡Oh, él no hubiera podido escribir nunca cartas así!— Y luego aquel allanamiento de morada, silencioso, casi misterioso… La cosa era extraordinariamente romántica.

—¿Cómo era?

—¡Oh, muy guapo! *Charmant garçon*.

—¿Se ve usted ahora con él?

El joven, al formular su última pregunta, experimentaba una ligera irritación.

—Se portó conmigo de un modo abominable. Los hombres son todos iguales. Sí, ninguno de ustedes tiene corazón.

—En esa cuestión yo no tengo nada que ver —rebatió Philip no sin cierto embarazo.

—Volvamos a casa —concluyó miss Wilkinson.

XXXIII

Philip no podía apartar de su mente la historia de miss Wilkinson. Aunque la joven dejó la historia a medio terminar, la conclusión era bastante clara. La aventura escandalizaba un poco al joven. Le parecía que la cosa, en una mujer casada, habría sido más pasadera. Había leído bastantes novelas francesas para saber que aquello en Francia era una cosa normal. Pero miss Wilkinson era inglesa, núbil, y por si esto fuera poco, hija de eclesiásticos. Luego pensó que el estudiante no había sido ni el primero ni el último de sus amantes, y sintió un sobresalto. Nunca consideró a miss Wilkinson desde aquel punto de vista y le parecía increíble que alguien pudiera amarla. En su ingenuidad, no dudaba de la veracidad de su historia, como jamás había dudado de lo que leía en los libros, y se irritaba al pensar que a él no le sucediera nunca ninguna cosa bonita. Era humillante el hecho de no tener nada que contar, aunque miss Wilkinson hubiera insistido en conocer sus aventuras de Heidelberg. Cierto que poseía un discreto poder inventivo, pero no estaba seguro de poderla persuadir de que era un vicioso. Según sus lecturas, las mujeres poseían gran intuición y aquélla podría haberse dado cuenta de que le estaba contando embustes. Se ponía rojo cuando pensaba que miss Wilkinson podía haberse reído a sus espaldas.

La joven tocaba el piano y cantaba con una voz algo cascada, pero las romanzas de Massenet, Goddard y Augusta Holmes eran nuevas para él. La pareja pasaba muchas horas junto al piano. Un día miss Wilkinson insistió en probar la voz de Philip; halló que poseía un bello timbre de barítono y se ofreció a darle lecciones. Al principio el joven se negó a ello a causa de su timidez, pero acabó por dejarse convencer y todas las mañanas, después del desayuno, dedicaban una hora a los ejercicios vocales. Miss Wilkinson sabía enseñar y, con sus dotes de firmeza y de método, debía de ser una institutriz insuperable. Aunque su acento francés no la abandonaba un instante, toda su dulzura desaparecía cuando daba lección. Su voz se volvía un poco autoritaria y, como si obrase por instinto, corregía las equivocaciones. Sabía perfectamente su obligación e impuso a Philip escalas y vocalizaciones.

Cuando terminaba la lección recobraba sin esfuerzo la sonrisa seductora y la voz suave. Pero Philip acertaba menos fácilmente a dejar de ser su alumno, y esta impresión resultaba tanto más desagradable para el joven cuanto que, desde la confidencia de la joven, se había acostumbrado a pensar en ella con bastante intensidad. La miraba muy de cerca y le gustaba más durante la tarde que durante la mañana. En las primeras horas del día le faltaba frescura y la piel del cuello aparecía un poco basta. ¡Si al menos la llevara tapada! Pero hacía mucho calor y ella llevaba siempre blusas escotadas. Además, a la joven le gustaba el color blanco, que por la mañana no le sentaba bien. Por la noche era mucho más atractiva. Se ponía un vestido de noche y un collar de granates. El adorno en el pecho y en las mangas le daba cierta

elegancia. Y su perfume —en Blackstable se usaba únicamente agua de colonia, y esto sólo los domingos o cuando alguno tenía dolor de cabeza— era exótico y excitante. Arreglada de esta guisa parecía realmente muy joven.

Philip sentía gran curiosidad por saber la edad de aquella mujer. Sumaba veinte y diecisiete, pero el total no le satisfacía. Más de una vez preguntó a tía Louisa por qué afirmaba que miss Wilkinson tenía treinta y siete años. No aparentaba más de treinta, y todos sabían que en el extranjero las mujeres envejecen más pronto. Miss Wilkinson había vivido tanto tiempo en el extranjero que podía ser considerada una extranjera. Philip no le calculaba más de veintiséis años.

—¡Oh!, tiene más —decía tía Louisa.

Philip no creía en la exactitud de las apreciaciones de los Carey. Todo lo que ellos recordaban con más precisión era que miss Wilkinson no se había recogido todavía el cabello cuando ellos estuvieron por última vez en el Lincolnshire. Hubiera podido tener perfectamente doce años entonces. Había pasado tanto tiempo y el vicario tenía tan poca memoria… Afirmaban que habían transcurrido más de diecisiete. Diecisiete y doce sumaban veintinueve. No era todavía vieja. Cleopatra tenía cuarenta y ocho cuando Antonio puso al mundo patas arriba por ella.

El verano era bello. Los días se sucedían cálidos y sin nubes, pero el calor era atemperado por la proximidad del mar, y la atmósfera producía una excitación agradable. De modo que uno se sentía reavivado, pero no oprimido por el sol de agosto. En el jardín había un pequeño estanque y en la superficie flotaban los nenúfares y los peces rojos, atraídos por el sol. Miss Wilkinson y Philip iban después de comer a echarse en la hierba, a la sombra de un gran rosal, tendiendo en el suelo una manta y varios cojines. Pasaban la hora de la siesta leyendo, charlando y fumando cigarrillos que el vicario no permitía que se fumasen dentro de la casa, pues decía que fumar era un hábito desagradable y que llegar a ser esclavo de una costumbre era una cosa horrible. Olvidaba que él era esclavo del té de la tarde.

Un día miss Wilkinson dio a Philip la *Vie de bohème*. La había encontrado por casualidad curioseando entre los libros del pastor. Formaba parte de un lote que el vicario había comprado, permaneciendo en las estanterías diez años sin que nadie lo hubiese hojeado nunca. Philip empezó a leer la absurda y chocante obra maestra de Murger, y no tardó en empezar a sentir su fascinación. Su amiga se conmovía de alegría ante aquel cuadro, en el que el hambre era tan alegre, la tristeza tan pintoresca, y un sórdido amor tan conmovedor y pintoresco. ¡Rodolfo y Mimí, Musette y Marcelo! Helos aquí, por las calles oscuras del Barrio Latino, pasando de una calle a la otra con sus pintorescos trajes Luis Felipe, con sus risas y con sus lágrimas, con su ruidosa felicidad y con sus inquietudes. ¿Quién puede resistir el encanto que emanaba de ellos? Sólo cuando se lee el libro con entera madurez de juicio se percibe que sus placeres son groseros y su espíritu vulgar y se descubre la

pobreza artística y humana de aquellas criaturas. Philip se sentía transportado.

—¿No le entran a usted deseos de ir a París en vez de marchar a Londres? —preguntó sonriendo ante su entusiasmo.

—Aunque ahora lo desease, sería demasiado tarde.

Durante las dos primeras semanas después de su regreso de Alemania, Philip había hablado mucho con su tío a propósito de su porvenir. Rechazaba definitivamente la idea de ir a Oxford. Además, no había ya ninguna posibilidad de obtener una beca y mister Carey estaba persuadido de que el gasto hubiese sido excesivo. El patrimonio del muchacho a la muerte de su madre consistía en dos mil libras. Aunque hubieran colocado el capital al cinco por ciento no le habría bastado para vivir. Por otra parte, actualmente el capital se había reducido algo. Hubiese sido absurdo gastar doscientas libras al año, el mínimo de una Universidad, y pasarse tres años en Oxford, sin que tal vez ocurriese al final el milagro de que ganase para vivir. Londres atraía al joven. Mistress Carey pensaba que para un *gentleman* sólo había cuatro profesiones posibles: el Ejército, la Marina, el foro y la Iglesia. Pensaba también en la medicina porque su cuñado era médico, pero no olvidaba que cuando ella era joven nadie consideraba *gentleman* a un doctor. Las dos primeras profesiones había que excluirlas a causa del defecto de Philip. En cuanto a prepararse para recibir las órdenes, Philip ya se había cuidado de decir que no le interesaban. No quedaba otro camino que el foro. El médico local había sugerido la ingeniería, diciendo que la profesión de ingeniero era admitida entre los *gentlemen*.

Pero mistress Carey se opuso.

—¿Por qué no hacerle médico como su padre?

—Es una profesión que detesto —replicó el joven.

A mistress Carey no le disgustaba aquella hostilidad. El foro quedaba también descartado al ver que Philip no iba a Oxford, y los Carey tenían la impresión de que sería necesario el título para ejercer aquella carrera. Por fin quedó decidido que el joven, para practicar, se colocaría en casa de un procurador. Escribieron al abogado de la familia, Albert Nixon, el cual, junto con el vicario de Blackstable, administraba el patrimonio del difunto Henry Carey, preguntándole si estaría dispuesto a admitir a Philip como pasante en su bufete. Dos días más tarde llegó la respuesta. El abogado no tenía sitio en su despacho, y, además, no aprobaba el proyecto. La profesión era ejercida por gran cantidad de personas y las que no disponían de un capital o de buenas relaciones tenían pocas probabilidades de triunfar, pero sugería que se hiciera tenedor de libros. Ni el vicario ni su mujer tenían la menor idea de lo que era esta profesión, de la que Philip tampoco había oído hablar. Pero otra carta del abogado explicó que el desarrollo de los negocios en la actualidad y el crecimiento de la sociedad habían conducido a la creación de cierto número de empresas de carácter administrativo y su personal examinaba los libros y ponía orden en los asuntos

financieros de los clientes. Algunos años antes había sido concedido un estatuto y la profesión iba de día en día ganando en respetabilidad e importancia. En la oficina que desde hacía treinta años trabajaba para Albert Nixon había vacante en la actualidad un puesto de meritorio; y la razón social estaba dispuesta a quedarse con Philip mediante la entrega de trescientas libras. La mitad de esta cifra le sería reembolsada en forma de estipendio durante cinco años de práctica. La perspectiva no era muy brillante que digamos, pero Philip comprendió que había que decidirse por algo, y el deseo de vivir en Londres le impulsó a aceptar. El vicario de Blackstable escribió a Albert Nixon preguntándole si se trataba de una profesión propia para un *gentleman*. El abogado respondió que desde que se estableció el estatuto, jóvenes procedentes de colegios y universidades emprendían aquella carrera. Por otra parte, si Philip no se encontraba a gusto y un año después quería marcharse, Herbert Carter —así se llamaba el director de la razón social— le devolvería la mitad del dinero. Convenido esto, decidióse que Philip empezaría su trabajo el 15 de setiembre.

—Tengo todavía un mes para mí —dijo Philip.

—Y después usted se marchará hacia la libertad y yo hacia la soledad —respondió miss Wilkinson.

Las vacaciones de la joven durarían seis semanas porque ella dejaría Blackstable un par de días antes que Philip.

—¡Quién sabe si no nos veremos nunca más! —dijo ella.

—¿Por qué no?

—¡Oh, no hable usted con tanta indiferencia! ¡No he conocido nunca a una persona menos sentimental!

Philip enrojeció. Temía que miss Wilkinson le tomara por tonto. Después de todo se trataba de una mujer joven, a veces verdaderamente guapa, y él tenía veinte años. Era ridículo hablarle sólo de arte y literatura. Debía hacerle un poco la corte. Habían hablado mucho de amor; primero con motivo del estudiante de la calle de Breda y luego con el del pintor, en el seno de cuya familia había vivido tanto tiempo en París. Éste le había rogado que posara para él y le había hecho luego propuestas tan ardientes que la habían obligado a buscar un pretexto para interrumpir las sesiones. Era evidente que la Wilkinson estaba habituada a este género de atenciones. Aquel día estaba muy guapa con su gran sombrero de paja. Hacía calor y gotitas de sudor le caían sobre el labio. Philip se acordaba de Cecilia y de mister Sung. Nunca había pensado en Cecilia desde el punto de vista amoroso. La muchacha era verdaderamente fea; pero ahora, visto a distancia, todo aquello le parecía muy romántico. Ahora él tenía la posibilidad de vivir una novela. Miss Wilkinson era casi francesa y esto daba más sabor a la aventura. El pensamiento de esta posibilidad le hacía temblar cuando se encontraba en el lecho o cuando estaba en el jardín leyendo. Pero cuando volvía a ver a miss Wilkinson todo le parecía menos pintoresco.

Por otra parte, después de lo que ella le había contado, lo probable era que no se sorprendiera si él le hacía la corte. Era natural que su reserva le pareciera extraña. Tal vez fuera una impresión suya, pero en alguna ocasión, en el curso de los últimos días, había creído leer en sus ojos una expresión de desprecio.

—Doy un penique por sus pensamientos —dijo ella una vez con insinuante sonrisa.

—No se los diré.

Estaba pensando que debía haberla besado. Seguramente ella lo estaba esperando. Pero Philip no hubiera sabido cómo hacerlo sin preliminares. Quizá le tomara por un loco y le diera una bofetada o bien fuera a quejarse a su tío. Conocía al vicario y era seguro que se apresuraría a contárselo todo al rector y a mister Graves, y él adquiriría fama de imbécil. Tía Louisa continuaba afirmando que miss Wilkinson tenía treinta y siete años. Philip se estremeció al pensar en el ridículo que le envolvería. Todo el mundo diría que había hecho el amor a una mujer que podría ser su madre…

—Dos peniques por sus pensamientos —dijo, sonriendo todavía, miss Wilkinson.

—Estoy pensando en usted —dijo con ardor el joven.

No era una respuesta comprometedora después de todo.

—¿Y qué pensaba usted?

—¡Ah!, quiere usted saber demasiado.

—¡Chiquillo!

¡He aquí de nuevo a la institutriz! También cuando desafinaba en las vocalizaciones le llamaba chiquillo. Philip se picó.

—Querría que no me tratase usted como un niño.

—¿Se ha enfadado usted?

—Mucho.

—Lo siento.

Le tendió la mano y él se la estrechó. Dos o tres veces había tenido Philip la impresión, cuando se despedían por la noche, de que la mujer le apretaba la mano. Pero entonces no había duda.

El joven no sabía qué decir. Se le presentaba por fin la posibilidad de una aventura y hubiera sido tonto no aprovecharla. Sin embargo, no se trataba de nada extraordinario y él esperaba para su primer amor alguna cosa más brillante. No experimentaba ninguna de las emociones descritas por los novelistas. No se sentía elevado sobre la tierra por las ondas de la pasión, ni tampoco miss Wilkinson era el ideal que a menudo se había figurado, con grandes ojos de color violeta y piel de alabastro. Había soñado con poder esconder el rostro en una gran masa de cabellos rubios y ondulados. No, no podía imaginarse hundiendo el rostro en los cabellos de miss Wilkinson, siempre un poco grasientos. No obstante, hubiera sido una bella satisfacción tener una amante. La idea de la conquista le llenaba de orgullo. Sentíase

obligado ante sí mismo a seducir a aquella mujer. Decidió besarla, no en aquel momento, sino por la noche. En la oscuridad la cosa sería más fácil y después del beso lo demás vendría por sí mismo. Se juró a sí mismo llevar a cabo su propósito.

Desarrolló su plan. Después de la cena sugirió un paseo por el jardín. Miss Wilkinson aceptó y la pareja empezó a dar vueltas. Philip estaba nerviosísimo. No sabía por qué, pero la conversación no se orientaba en la dirección requerida. Había decidido que la primera cosa que tenía que hacer era pasarle un brazo por el talle. Pero no podía cogerla así, tan de improviso, mientras ella hablaba de las regatas anunciadas para la próxima semana. La condujo hábilmente hacia la parte más oscura del jardín. Sin embargo, una vez allí, le faltó el valor. Sentáronse sobre una banqueta. Aquella vez la ocasión era propicia, pero miss Wilkinson dijo que parecían dos papanatas e insistió en cambiar de sitio. Dieron nuevamente la vuelta al jardín. Philip pensó que antes de acercarse de nuevo al banco se liaría la manta a la cabeza. Mas al pasar ante la casa vieron a mistress Carey en el umbral.

—Muchachos, ¿no haríais mejor metiéndoos en casa? No creo que el relente os siente bien.

—Tiene razón —dijo Philip a su compañera—. No quiero que coja usted un resfriado.

Lo dijo con un suspiro de alivio. Aquella noche no había nada que intentar. Pero más tarde, cuando se vio solo en su habitación, estaba furioso. Se había portado como un perfecto majadero. Sin duda, miss Wilkinson esperaba que él la besara; de otro modo no habría ido al jardín. Según ella sólo los franceses sabían tratar a la mujer. Philip había leído muchas novelas francesas. Si hubiera sido francés la habría besado en la nuca. Él no veía en ello nada atrayente. Posiblemente a los franceses les era muy fácil la cosa por razón de su lengua. Philip no podía menos de pensar que las frases apasionadas dichas en inglés resultaban ridículas. Se arrepintió de haber tenido la idea de atacar la virtud de miss Wilkinson. Los primeros quince días habían sido deliciosos, mientras que ahora se sentía muy triste. Sin embargo, estaba dispuesto a no renunciar. De otro modo hubiera dejado de sentir aquel aprecio que sentía por sí mismo. Tomó la resolución irrevocable de besarla sin falta al día siguiente por la noche.

Al otro día, al levantarse, vio que llovía. Su primer pensamiento fue que sería imposible ir al jardín. Estuvo de muy buen humor durante el desayuno. Miss Wilkinson mandó decir por medio de Marian que se quedaba en la cama porque tenía mucho dolor de cabeza. Sin embargo, apareció a la hora del té con un elegante vestido y el rostro muy pálido. Por la noche, miss Wilkinson estaba ya completamente restablecida y la cena fue muy alegre. Después de las oraciones dijo que se iba en seguida a la cama y besó a mistress Carey; luego se volvió hacia Philip.

—¡Dios mío! —dijo—. Iba a besarle a usted también.

—¿Y por qué no lo ha hecho?

Ella se echó a reír y le tendió la mano. La presión de sus dedos fue significativa.

Al día siguiente el cielo apareció sin una nube, y el jardín aparecía delicioso y fresco tras la lluvia. Philip bajo a la playa, se bañó y volvió a casa con gran apetito. Después de comer iba a celebrarse un partido de tenis en el vicariato y miss Wilkinson se puso su traje más llamativo. Indudablemente sabía llevar los vestidos y Philip no pudo menos de notar su elegancia al verla junto a la mujer del cura y la hija casada del doctor. En la cintura lucía dos rosas. Se había sentado sobre el césped abriendo una sombrilla cuyo rojo reflejo favorecía mucho su rostro. A Philip le gustaba el tenis. Jugaba muy bien y como corría con dificultad jugaba muy cerca de la red. A pesar de su pie deforme era ágil y no fallaba casi nunca. Con gran contento suyo ganó todos los partidos. A la hora del té se echó en la hierba, a los pies de miss Wilkinson, acalorado y sin respiración.

—El traje blanco le está muy bien —dijo la joven—. Está usted muy guapo.

Philip enrojeció de alegría.

—Puedo devolverle el cumplido sin faltar a la sinceridad. Es usted deliciosa.

La mujer sonrió y le lanzó una larga mirada.

Después de la cena Philip insistió para que saliera al jardín.

—¿No se ha movido usted bastante hoy?

—Será delicioso pasear esta noche por el jardín. El cielo está lleno de estrellas.

Se sentía muy bien dispuesto.

—¿Sabe usted que mistress Carey me ha reñido por causa de usted? —dijo miss Wilkinson mientras paseaba durante el crepúsculo—. Me ha dicho que no debo coquetear con usted.

—¿Ha coqueteado usted conmigo? Nunca me he dado cuenta.

—Lo ha dicho en broma.

—Ayer fue usted muy mala al no quererme besar.

—Si hubiera visto usted la cara de su tío cuando lo dije…

—¿Eso es lo que la detuvo?

—Prefiero besar a las personas sin testigos.

—Ahora no hay nadie.

Le pasó un brazo alrededor de la cintura y la besó en los labios. Miss Wilkinson dejó escapar una sonrisita y no se apartó. La cosa había llegado con toda naturalidad. Philip se sentía muy orgulloso. Había dicho que lo haría y lo había hecho. Era lo más fácil del mundo. ¿Por qué no se había decidido antes?

La besó de nuevo.

—¡Oh!, no debe usted hacerlo —dijo miss Wilkinson.

—¿Por qué?

—Porque me gusta.

Y se echó a reír.

XXXIV

Al día siguiente, durante la siesta, llevaron mantas, cojines y libros hasta la fuente, pero no leyeron. Miss Wilkinson se acomodó lo mejor posible y abrió su sombrilla roja. Philip no se mostraba ya tímido. Sin embargo, desde el principio miss Wilkinson se opuso a que la besara.

—Me porté mal ayer tarde. No he podido dormir pensando que había obrado mal.

—¡Qué tontería! Estoy seguro de que ha dormido usted como un leño.

—¿Qué diría su tía si lo supiera?

—No hay razón para que lo sepa.

Se inclinó sobre ella; el corazón le latía violentamente.

—¿Por qué desea usted besarme?

Philip sabía que debía responder «Porque la amo», pero no fue capaz de decirlo.

—¿No lo sabe usted? —dijo en su lugar.

Miss Wilkinson le miró con sus ojos sonrientes y le pasó la punta de los dedos por el rostro.

—¡Qué lisa es su piel! —murmuró.

—Tengo necesidad de afeitarme.

Le era muy difícil sostener una conversación romántica. El silencio era mucho más cómodo que las palabras. Las miradas podían expresar todo lo que uno deseara. Miss Wilkinson suspiró.

—¿Me ama usted un poquito?

—Muchísimo.

Philip intentó besarla una vez más y ella no hizo resistencia. El joven fingía ahora ser mucho más apasionado de lo que en realidad era, y le pareció que había salido muy airoso de su cometido.

—Empiezo a sentir un poco de miedo de usted —dijo miss Wilkinson.

—Esta noche saldrá usted al jardín después de la cena, ¿no es verdad? —le suplicó Philip.

—No, si no me promete permanecer tranquilo.

—Le prometo todo lo que usted quiera.

Empezaba a quemarse en la llama que simulaba en parte, y a la hora del té se mostró extraordinariamente alegre. Miss Wilkinson le miró inquieta.

—No debe usted mirar con esos ojos tan brillantes —le dijo después—. ¿Qué pensará su tío?

—Me importa un comino lo que piense.

Miss Wilkinson rió satisfecha. En cuanto terminó la cena el joven le dijo:

—¿Quiere venir a hacerme compañía mientras fumo un cigarrillo?

—Pero, ¿por qué no la dejas descansar? —preguntó la tía—. Debes recordar que

miss Wilkinson no es tan joven como tú.

—¡Oh!, saldré con mucho gusto, mistress Carey —replicó la forastera con algo de aspereza.

—*Post prandium lento pede ambulabis* —citó el vicario.

—Su tía es muy buena, pero a veces me ataca los nervios —dijo miss Wilkinson en cuanto cerraron la puerta. Philip tiró el cigarrillo que había acabado de encender y la abrazó, pero ella lo rechazó diciendo:

—Usted me prometió ser bueno.

—Pues no estoy dispuesto a cumplir mi promesa.

—Conforme, pero no tan cerca de la casa. Si alguien saliese…

Philip la condujo hacia el huerto, donde seguramente no había nadie a aquella hora. Esta vez no pensaría miss Wilkinson que eran dos papanatas. La besó con pasión. Una cosa le dejaba estupefacto. Por la mañana no le gustaba la joven, por la tarde le gustaba poco, pero durante la noche el simple contacto de su mano hacía que se estremeciera. Habló como nunca hubiera creído poder hablar. Seguramente no hubiera sido capaz de decir aquellas cosas a la luz del día y se escuchó a sí mismo con estupor y satisfacción.

—¡Qué bien habla usted de amor! —dijo la joven.

Esto mismo era lo que pensaba él.

—¡Oh, si pudiera decir todas las cosas que me arden en el corazón! —murmuró apasionadamente.

—¡Magnífico!

Era el juego más emocionante en el que había tomado parte, y lo más extraordinario era que sentía todo lo que decía. Estaba muy interesado y al mismo tiempo se sentía muy turbado ante el efecto que producía. Sólo gracias a un gran esfuerzo pudo ella proponer el retorno a la casa.

—Todavía no.

—Sí, es necesario. Tengo miedo.

Philip intuyó en el acto lo que debía hacer.

—Yo no puedo. Me quedaré aquí reflexionando. Me arde la cara. Tengo necesidad de aire. Buenas noches.

Le tendió la mano con la mayor seriedad y ella la cogió en silencio. A Philip le pareció oír un sollozo sofocado. ¡Qué estupendo! Cuando volvió a entrar en casa tras una prudencial espera, durante la cual se aburrió solo en el jardín, vio que miss Wilkinson se había ido ya a la cama.

A partir de entonces sus relaciones cambiaron. Durante los dos días siguientes Philip mostróse muy apasionado. Sentíase deliciosamente halagado al comprobar que miss Wilkinson se había enamorado de él. Se lo dijo en inglés y se lo repitió en francés. Luego le dirigió cumplidos. Nadie le había dicho hasta ahora a Philip que

tenía unos bellos ojos y una boca sensual. No se había interesado jamás por su aspecto, pero ahora se miraba en el espejo a menudo. Cuando la besaba sentíase feliz al notar el estremecimiento que la recorría. La besaba mucho para evitar el decir palabras que seguramente ella esperaba. Seguía considerando ridículas ciertas palabras de amor. Hubiera querido tener alguien ante quien vanagloriarse de su conquista y con quien discutir los detalles de su conducta. A veces algunas de las frases de ella le parecían enigmáticas y entonces se quedaba perplejo. Si por lo menos hubiera tenido a Hayward para pedirle aclaraciones y consejos… Ignoraba si debía precipitar los acontecimientos o bien dejar que se desenvolvieran por sí solos. No quedaban más que tres semanas.

—No puedo pensar —decía miss Wilkinson—. Siento que el corazón se me despedaza. Además, probablemente no nos volveremos a ver nunca más.

—Si me quisiera usted un poco no sería tan cruel.

—Pero, ¿por qué no quiere usted dejar las cosas tal como están? Los hombres son siempre lo mismo; nunca están contentos.

Ante su insistencia respondía:

—Pero, ¿no ve usted que no se puede? ¿Cómo sería posible aquí?

Philip le expuso una cantidad de proyectos que ella no quiso aceptar.

—No me atrevo. Sería terrible si su tía se enterara.

Un par de días después a Philip se le ocurrió una idea que le pareció más que acertada.

—¿Y si el domingo, por la tarde, tuviera usted dolor de cabeza y se quedara en casa? Tía Louisa podría ir a la iglesia.

Por lo general, mistress Carey no salía el domingo por la tarde, con objeto de que Marian pudiera ir a la iglesia, pero se pondría muy contenta si ella también pudiera ir.

Philip no había creído necesario informar a sus parientes del cambio de sus ideas religiosas sobrevenido en Alemania. Seguramente no lo habrían comprendido. Era más sencillo ir a la iglesia. Pero iba sólo por la mañana. Esto le parecía una graciosa concesión a los prejuicios de la sociedad. Y su negativa a ir por segunda vez la estimaba como una adecuada afirmación de su libertad de pensamiento. La propuesta fue escuchada por miss Wilkinson en silencio. Pero transcurridos unos instantes movió la cabeza para negar:

—No, no quiero.

El domingo, a la hora del té, Philip se vio, sin embargo, sorprendido con estas palabras:

—No creo poder ir a la iglesia esta tarde. Tengo una tremenda neuralgia.

Mistress Carey, muy preocupada, insistió en darle ciertos sellos que ella tomaba habitualmente. Miss Wilkinson le dio las gracias e inmediatamente después del té anunció que se iba a su cuarto a meterse en la cama.

—¿No tiene usted necesidad de nada? —preguntó con ansiedad mistress Carey.

—De nada. Gracias.

—Siendo así, yo iré a la iglesia. ¡Es tan raro que pueda ir por la tarde!

—Yo me quedo en casa —dijo Philip—. Si miss Wilkinson tiene necesidad de algo puede llamarme.

—Deja abierta la puerta del salón. Oirás mejor si miss Wilkinson llama.

—Bien.

De esta forma, después de las seis, Philip se quedó en casa solo con miss Wilkinson. La impaciencia le producía una especie de angustia. Maldecía su proyecto, pero ya era demasiado tarde. Era absolutamente necesario aprovechar aquella ocasión. De otro modo, ¿qué hubiera pensado de él miss Wilkinson? Fue al vestíbulo y aguzó el oído. No oyó nada. ¿Y si miss Wilkinson tuviera verdaderamente dolor de cabeza? Podía haberse olvidado de su proposición. El corazón le latía hasta hacerle daño. Subió la escalera lo más suavemente que le fue posible, estremeciéndose a cada crujido. Se acercó a la habitación de miss Wilkinson y escuchó. Luego puso la mano en el picaporte. Esperó. Le pareció que habían pasado más de cincuenta minutos antes de que acabara de decidirse. Su mano temblaba. Sentía deseos de echar a correr, de huir. Pero sabía que más tarde los remordimientos le atormentarían. Era como cuando uno sube al trampolín más alto de una piscina. Desde abajo parece una cosa de nada, pero cuando se llega arriba y se mira al agua uno siente que se le encoge el corazón. Y uno se lanza al agua sólo para evitar la vergüenza de tener que bajar la escalera humildemente. Philip hizo acopio de todo su valor. Alzó lentamente el picaporte y entró. Temblaba como una hoja.

Miss Wilkinson se encontraba ante el tocador y se volvió rápidamente al oír la puerta.

—¡Ah!, es usted. ¿Qué quiere?

Se había quitado la falda y el corpiño quedándose con una falda bajera corta, que llegaba sólo hasta la caña de las botas. La parte superior de la falda era de brillante tela negra, con un adorno color de rosa. Llevaba un cubrecorsé de muselina blanca con manga corta. A Philip le pareció grotesco. Al mirarla se le cayó el alma a los pies. Nunca le había parecido menos atrayente. Pero era ya demasiado tarde para retroceder.

XXXV

A la mañana siguiente se despertó temprano. Había padecido un sueño inquieto. Pero cuando se desperezó mirando los dibujos que hacía el sol al entrar a través de la ventana, lanzó un suspiro de satisfacción. Sentíase contento de sí mismo. Empezó a pensar en miss Wilkinson. La joven le había rogado que la llamara Emily, mas él no se decidía a hacerlo. Para él siempre sería «miss Wilkinson». Y como esto no le agradaba evitó usar cualquier nombre. De niño había oído hablar a menudo de una hermana de tía Louisa, viuda de un oficial de marina, que se llamaba tía Emily. No le gustaba llamar a miss Wilkinson con aquel nombre y, por otro lado, le parecía que ninguno otro le venía bien. Frunció las cejas. La volvía a ver ahora bajo su peor aspecto. No podía olvidar su desaliento cuando la vio con la falda y el cubrecorsé. Recordaba su piel ligeramente áspera y las profundas arrugas del cuello. Su triunfo había sido de corta duración. Ahora hacía la cuenta de sus años y le parecía que no podía tener menos de cuarenta. Esto hacía que su aventura fuera ridícula. Miss Wilkinson era vieja y fea. Su imaginación hacía que apareciera ante él arrugada, seca, con los vestidos demasiado vistosos para su posición y demasiado juveniles para su edad. Se estremeció. De súbito sintió el deseo de no verla nunca más; además, la idea de besarla le resultaba insoportable. ¿Era aquello amor?

Aplazó todo lo posible el momento de vestirse para retardar el momento de verla y al fin bajó al comedor con el corazón en un puño. Las oraciones habían terminado y todos estaban desayunándose.

—¡Perezoso! —dijo alegremente miss Wilkinson.

La miró recibiendo una sensación de alivio. Estaba sentada de espaldas a la ventana y parecía guapa de veras. ¿Cómo podían habérsele ocurrido aquellos estúpidos pensamientos? Sintióse satisfecho nuevamente.

Sorprendióse enormemente al comprobar el cambio que se había producido en ella, la cual, con voz vibrante de emoción, le dijo en cuanto se quedaron solos que le amaba. Un poco más tarde fueron al salón para dar lección de canto y, en cuanto se sentaron en la banqueta, durante una vocalización, la pianista alzó el brazo diciendo:

—*Embrasse-moi*.

Mientras él se inclinaba hacia ella, miss Wilkinson le echó los brazos al cuello. La posición era más bien incómoda y Philip se sofocó.

—*Ah, je taime, je t'aime, je t'aime* —exclamó con su pintoresco acento francés.

¿Quién sabe por qué no hablaba en inglés?

—¿No has pensado que el jardinero puede vemos a través de la ventana?

—*Ah, je me'n fiche du jardinier! Je m'en fiche, et je me contrefiche*.

Una verdadera situación de novela francesa. Este pensamiento irritó ligeramente a Philip sin saber por qué. Finalmente dijo:

—Bien, entonces me iré poco a poco hacia la playa y me bañaré.

—¡Oh! ¿No querrás dejarme esta mañana, precisamente esta *mañana*?

Philip no comprendía del todo por qué no podía ir a bañarse. De todas formas le preguntó sonriendo:

—¿Quieres que me quede?

—¡Oh, querido! Pero no, vete. Vete. Me gusta imaginarte mientras dominas las ondas y te sumerges en el vasto océano.

Philip cogió el sombrero y se fue tranquilamente.

«¡Cuántas estupideces dicen las mujeres!», pensó.

Pero se sentía contento, feliz y halagado. Mientras cojeaba a lo largo de la calle principal de Blackstable, miraba con cierta superioridad a las personas que encontraba al paso. Conocía a casi todas y cuando las saludaba pensaba: «¡Si supierais!» Tenía deseo de contar su aventura. Pensó escribir a Hayward e imaginó mentalmente la carta. Le hablaría del jardín, de las rosas, de la institutriz francesa, que era como una flor exótica perfumada y perversa. Porque él diría que era francesa. ¡Había estado tanto tiempo en Francia que casi lo era! En cuanto al resto, hubiera sido mezquino contarle la historia con precisión. Lo que sí le contaría era que la primera vez que la había visto ella llevaba un vestido de muselina y le puso una flor en el ojal. Haría de toda la historia un idilio delicado. El sol y el mar daban a la escena una nota mágica y apasionada y las estrellas añadían su poesía. El viejo jardín del vicariato era un escenario entonado y exquisito. En todo ello había algo que recordaba las novelas de Meredith. Sentíase tan feliz, al pensar en todo lo que iba a escribir, que empezó a imaginar de nuevo la carta en cuanto volvió a la caseta de baño, fresco y goteante. ¿Cómo describiría al objeto de su amor? Diría que tenía la más adorable naricita del mundo, grandes ojos negros y una masa de cabellos castaños en los que era delicioso hundir el rostro. Además, un cutis de marfil brillante y las mejillas como rosas. ¿Cuántos años le pondría? Dieciocho. Y se llamaría Musette. Su risa sería fresca como el murmullo de un arroyo y su voz dulce y suave, era la música más armoniosa que se podía oír.

—¿En qué piensas?

Philip se sobresaltó. Caminaba lentamente hacia su casa.

—Hace ya un cuarto de hora que intento llamar tu atención. ¡Qué preocupado estás!

Miss Wilkinson estaba ante él y se reía de su sorpresa.

—Decidí venir a tu encuentro.

—Has sido muy amable.

—¿Te he asustado?

—Un poco —admitió.

De todas formas escribió a Hayward. Una carta de ocho páginas.

Pasaron rápidamente dos semanas, y aunque cada noche, cuando bajaban al jardín después de la cena, miss Wilkinson hiciera notar que había transcurrido otro día, Philip se hallaba de muy buen humor y la observación no le ponía triste. Una noche miss Wilkinson dijo que sería muy agradable poder dejar la colocación que tenía en Berlín y encontrar otra en Londres. De esta forma podrían seguir viéndose. Philip respondió que, efectivamente, sería una cosa muy agradable, pero en realidad no se entusiasmó mucho por ello; pensaba divertirse mucho en Londres y no quería ligaduras. A continuación el joven habló de los proyectos que acariciaba y su interlocutora comprendió que estaba deseando irse.

—¡Si me amaras no hablarías así! —exclamó miss Wilkinson.

Philip, que no se esperaba esta salida, no supo qué responder.

—¡Qué tonta he sido! —se lamentó luego ella.

Philip notó que lloraba y se quedó sorprendido. Era muy sensible y no podía ver sufrir a nadie.

—¡Oh, perdóname! ¿Qué es lo que te he dicho? ¡No llores!

—¡Oh, no me abandones, Philip! No sabes lo que eres para mí. ¡He llevado una vida tan triste y tú me has hecho tan feliz!

Philip la besó sin hablar. En la voz de Emily había una angustia que le sobrecogió. Nunca había imaginado que ella tomara en serio la cosa.

—Estoy desolado. Ya sabes que te quiero mucho. Sería muy feliz si tú vinieras a Londres.

—De sobra sabes que no puedo. Es casi imposible encontrar trabajo en Londres, y, además, detesto la vida en Inglaterra.

Sin darse cuenta de que, conmovido por la desesperación que ella exteriorizaba, representaba una comedia, Philip insistió. Las lágrimas de su amante le halagaban. La besó con verdadero transporte.

Pero un par de días después miss Wilkinson le hizo otra escena que tuvo más importancia. En el vicariato se celebró una pequeña reunión y dos señoritas, hijas de un mayor retirado, recién establecido en Blackstable, asistieron para jugar al tenis. Eran muy guapas. Una tenía la edad de Philip y la otra un par de años menos.

Habituadas a la compañía de los jóvenes —contaban una gran cantidad de anécdotas a propósito de su estancia en la India con su padre y hablaron de Rudyard Kipling, cuyas obras estaban en aquella época en todas las manos—, pusiéronse las muchachas a charlar alegremente con Philip. Éste, feliz de aquella novedad —las señoritas de Blackstable trataban siempre con cierta seriedad al sobrino del vicario—, se mostró alegre y sociable. Un pequeño demonio le empujó a hacer la corte a las muchachas, y como era el único joven de la reunión, las dos muchachas le acogieron amablemente. Jugaban muy bien al tenis y Philip, queriendo jugar con ellas y no sabiendo cómo deshacerse de miss Wilkinson —ésta había aprendido a jugar cuando

llegó a Blackstable—, se las arregló para que ésta jugase contra la mujer del cura, teniendo al cura como compañero; cuando acabaran jugaría el joven con las recién llegadas. Se sentó junto a la mayor de las hermanas y le dijo en voz baja:

—Primero nos desembarazaremos de los chambones y luego jugaremos una agradable partida.

Probablemente miss Wilkinson hubo de oírle, toda vez que, soltando inmediatamente la raqueta, dijo que tenía dolor de cabeza y se metió en la casa. Era patente que se había ofendido. Philip se disgustó ante aquella publicidad. El cura y su mujer arreglaron su partida sin miss Wilkinson, pero mistress Carey llamó a su sobrino.

—Philip, has ofendido a Emily, que ha subido a su cuarto y está llorando.

—¿Por qué?

—No lo sé. Seguramente por algo a propósito de los chambones. Ve a buscarla y dile que no has querido ofenderla.

—Perfectamente.

Llamó a la puerta y, al no obtener respuesta, entró en el cuarto. Emily se hallaba llorando, tendida en la cama. La tocó en un hombro.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa?

—¡Déjame! ¡No quiero hablar más contigo!

—Pero ¿qué es lo que te he hecho? Estoy desolado de haberte ofendido. Ha sido involuntariamente. Anda, levántate.

—¡Oh, qué desgraciada soy! ¿Por qué eres tan cruel conmigo? Sabes que no me gusta ese juego estúpido. Me resigno a jugar sólo cuando lo hago contigo.

Se incorporó y fue hacia el tocador; pero, tras una rápida mirada en el espejo, se sentó con dejadez. Luego hizo una pelota con el pañuelo, tapándose los ojos.

—Te he dado cuanto una mujer le puede dar a un hombre. ¡Oh, qué tonta he sido! Y tú no estás ni agradecido siquiera. No tienes corazón. ¿Cómo puedes atormentarme haciendo la corte a esas dos muchachas tan vulgares? Sólo nos queda una semana de estar juntos. ¿No puedes ser para mí sola ni siquiera durante este corto tiempo?

Philip se acercó a ella de mal humor. La encontraba pueril y le había sentado muy mal que hubiera demostrado su enfado ante los extraños.

—Sabes de sobra que no me importan un pepino esas dos muchachas. ¿Por qué se te ha ocurrido que me gustan?

Miss Wilkinson apartó su pañuelo. Las lágrimas habían dejado rastro en su rostro pintado y sus cabellos se hallaban un poco descompuestos. En aquel momento el vestido blanco le sentaba muy mal. Miró a Philip ávidamente, con pasión.

—Porque tienen veinte años como tú —contestó con voz ronca—. Y yo soy vieja.

Philip enrojeció y miró a otro lado. La angustia que transparentaba la voz de la mujer le hacía daño. En aquel momento hubiera deseado no haber tenido la menor

relación con ella.

—No quiero hacerte desgraciada —dijo un poco embarazado.

—Es mejor que te vayas y sigas agasajando a las invitadas. Estarán preguntándose dónde te has metido.

—Perfectamente.

Sintióse feliz de poderla dejar.

La pareja celebró pronto una reconciliación, pero los días que siguieron resultaron muy aburridos para Philip. Hubiera querido hablar sólo del porvenir; pero al hablar del porvenir provocaba invariablemente las lágrimas de miss Wilkinson. Al principio aquel llanto le conmovió, y, sintiendo vergüenza de su insensibilidad, el joven reanudó sus protestas de eterno amor. Pero pronto sintióse irritado. Si hubiera sido una muchacha, ¡menos mal! ¡Pero una mujer de esa edad! Con todos aquellos llantos resultaba ridícula de veras. Le recordaba continuamente que había contraído con ella una deuda de gratitud que nunca podría pagar. El joven estaba dispuesto a admitir tales cosas para que estuviera contenta. Pero no acertaba a darse cuenta por qué tenía él que estar más agradecido a ella que ella a él. Aquello de tener que demostrarle continuamente su reconocimiento le aburría. Habituado a la soledad, sentía a menudo necesidad de ella. Pero esto a miss Wilkinson le parecía una infamia. Las hermanas O'Connor, hijas del mayor, le invitaron a un té, y Philip hubiera aceptado con alegría, pero miss Wilkinson dijo que sólo faltaban cinco días y que quería tenerlo para sí. Esto era halagador, pero al mismo tiempo resultaba aburrido por demás. Miss Wilkinson le hablaba de la extrema delicadeza de los franceses con sus amantes; hacía elogios de su cortesía, de su altruismo, de su trato; en suma, que miss Wilkinson tenía demasiadas pretensiones.

Philip escuchó la enumeración de las cualidades que debía poseer un perfecto amante y no pudo menos de sentirse satisfecho de que ella viviera en Berlín.

—Me escribirás, ¿verdad? Debes escribirme cada día. Quiero saber todo lo que haces, no debes esconderme nada.

—Tendré mucho que hacer —respondió Philip—, pero escribiré lo más a menudo que me sea posible.

Ella le echó los brazos al cuello y le abrazó con pasión. A veces aquellas demostraciones de afecto le producían cierto embarazo. La habría preferido más pasiva. Ver que era ella quien tomaba la iniciativa le enojaba y hería su idea del pudor femenino.

Finalmente llegó el día de la partida de miss Wilkinson. Ésta bajó a desayunarse pálida y abatida, llevando un traje de cuadritos blancos y negros: la auténtica institutriz. Philip callaba, no sabiendo qué decir que estuviera a tono con las circunstancias, y temiendo por otro lado que, si se mostraba desenvuelto, la mujer hiciera una escena delante de los tíos. Se habían dado el último adiós en el jardín y

Philip se sentía muy dichoso de no tener que permanecer solo con ella. Se quedó en el comedor después del desayuno, temeroso de que miss Wilkinson quisiera abrazarle por la escalera. No quería ser visto por Manan —mujer madura y con la lengua suelta — en una situación comprometedora. La criada no sentía simpatía por la forastera y la llamaba «vieja pécora». Tía Louisa no se sentía muy bien y no pudo ir a la estación. El vicario y Philip acompañaron a miss Wilkinson. Cuando ya el tren iba a salir, la viajera se inclinó para besar a mister Carey.

—Un beso también para usted, Philip —dijo.

Philip enrojeció. Subió al estribo y recibió un beso rápido. El tren se movió y miss Wilkinson se apresuró a sentarse en el ángulo de su departamento, llorando desesperadamente.

Al volver a casa, Philip se sintió extrañamente aliviado.

—¿Ha partido sana y salva? —preguntó tía Louisa.

—Sí —contestó el marido—, y estaba bastante emocionada. Ha querido besarnos a mí y a Philip.

—¡Oh, a su edad eso no es peligroso! —y subrayó lo de la edad—. Hay una carta para ti, Philip. Ha venido en el segundo correo.

Era de Hayward y decía:

Querido amigo: Respondo a vuelta de correo a su carta. Me he permitido leérsela a una buena amiga mía, una mujer —fascinadora cuya simpatía es verdaderamente preciosa para mí, amante de la literatura y del arte. Ambos hemos encontrado deliciosa su carta. Está escrita con el corazón y usted no ignora la exquisita ingenuidad que encierra cada palabra. Amando es usted un verdadero poeta. ¡Ah, querido amigo, eso es la cosa más bella! He sentido todo el esplendor de su reciente pasión, y su prosa resulta musical por la sinceridad de sus emociones. ¡Debe de ser usted muy feliz! Hubiera querido estar presente en forma invisible en el jardín encantado por el que paseaban cogidos de la mano como Dafnis y Cloe en medio de las flores. Me parece verle, querido Dafnis, con los ojos iluminados por el amor, tierno, apasionado, ardiente, mientras que entre sus brazos, Cloe, fresca, joven y guapa, juraba que no consentiría. . mientras consentía. ¡Rosas, violetas y madreselvas! ¡Cómo le envidio, amigo mío! ¡Es tan bello que su primer amor haya sido pura poesía! Conserve como oro en paño el recuerdo de esos momentos, porque los dioses inmortales le han concedido el mayor de los dones y será un dulce y triste recuerdo hasta el último día. Nunca más podrá usted gozar de un éxtasis igual. El primer amor es el mejor. Ella es bella y usted es joven. El mundo es de ustedes. He sentido que mi pulso latía más rápidamente cuando con adorable simplicidad me ha contado usted que ha

escondido el rostro entre sus adorables cabellos. Precisamente son de un exquisito tinte castaño que produce reflejos de oro. Querría verlos sentados bajo un frondoso árbol leyendo Romeo y Julieta. *Y también querría que se arrodillase usted y besara en mi nombre el suelo que el pie de ella ha hollado. Dígale que es el homenaje de un poeta a su radiante juventud y al amor de usted por ella.*

G. ETHERIDGE HAYWARD

—¡Cuánta estupidez! —exclamó Philip.

Cosa extraña: miss Wilkinson había intentado que leyeran juntos *Romeo y Julieta*, pero Philip se había negado. Metiéndose la carta en el bolsillo, Philip experimentó una sensación de amargura al pensar que la realidad era tan diferente del ideal.

XXXVI

Pocos días después Philip partió para Londres. El cura le había recomendado cierto departamento en Barnes, y Philip llegó a un acuerdo a base de quince chelines semanales. Llegó por la noche. La dueña, una viejecita encorvada, con el rostro lleno de arrugas, le había preparado un té abundante. El salón estaba casi enteramente ocupado por un aparador y una mesa cuadrada. Contra la pared había un diván de crin. Ante la chimenea una poltrona de lo mismo, con una funda de tela blanca en el respaldo, y sobre el asiento un cojín que escondía los muelles rotos.

Después de tomar el té deshizo el equipaje y colocó los libros en su sitio. A continuación se sentó e intentó leer; el silencio de la calle le producía una sensación de disgusto y la soledad le pesaba.

Al día siguiente se levantó temprano. Se puso el sombrero alto, recuerdo del colegio, pero le pareció muy usado y pensó comprarse otro mientras se dirigía a la oficina. Hecho esto, vio que todavía le quedaba tiempo y echó a andar lentamente por el Strand. La oficina de Herbert Carter y Compañía estaba en una callejuela que desembocaba en Chacery Lane, y tuvo que andar la calle dos o tres veces. Notó que le miraban mucho y una vez se quitó el sombrero para ver si se había dejado la etiqueta. Acercándose llamó a la puerta, pero nadie respondió. Miró el reloj: no eran aún las nueve y media. Seguramente era demasiado pronto. Se fue a dar una vuelta y volvió al cabo de diez minutos; un joven fornido provisto de una larga nariz, con el rostro abultado y un fuerte acento escocés, le abrió la puerta. Philip preguntó por mister Carter. No había llegado todavía.

—¿A qué hora viene?

—Entre las diez y las diez y media.

—Entonces le esperaré.

—¿Qué desea usted?

Philip estaba nervioso, pero intentó disimularlo adoptando un tono jocoso.

—Vengo con intención de trabajar aquí, si ustedes no se oponen.

—¡Ah!, ¿es usted el nuevo meritorio? Entre. Dentro de poco estará aquí mister Goodworthy.

Philip entró y se dio cuenta en seguida de que el joven —tenía la misma edad que Philip y se daba el título de empleado de oficina— le miraba el pie. Enrojeció y se sentó en seguida, escondiéndoselo detrás del otro. La habitación era más bien oscura y estaba sucia. La luz entraba por una pequeña ventana. Había tres hileras de pupitres provistos de altos bancos. Sobre la chimenea, un grabado manchado representaba un combate de boxeo. Entró un empleado y luego otro. Echaron una ojeada a Philip y preguntaron en voz baja al ordenanza —Philip supo que se llamaba Macdougal— quién era el recién llegado. Se oyó un timbre y Macdougal se puso en pie.

—Mister Goodworthy ha llegado. ¿Le digo que está usted aquí?

—Sí, haga el favor.

El ordenanza salió, y regresó después de un momento.

—¿Quiere hacer el favor de venir por aquí?

Philip le siguió a través de un corredor y fue introducido en una habitación modestamente arreglada en la que un hombre bajito y delgado permanecía en pie con la espalda apoyada en la chimenea. Estaba muy por debajo de la estatura media y su cabeza, demasiado grande para su cuerpo, le daba un aire grotesco. Sus facciones eran achatadas y sus ojos tenían un color claro y se le salían de las órbitas. Tenía el cabello ralo y rojizo y las patillas le crecían de un modo desigual. Debieron de ser muy espesas en otros tiempos. Su rostro era amarillento y flaco. Ofreció la mano a Philip y sonrió enseñando unos dientes horribles. Hablaba con aire protector y tímido al mismo tiempo, como si quisiera darse una importancia de la que no estaba muy convencido. Dijo a Philip que esperaba que el trabajo le fuera grato. Cierto que era necesario afrontar cosas desagradables, pero, cuando se habitúa uno, la profesión no deja de tener interés. Además, se gana bastante, y esto es lo que importa, ¿no es cierto?

Rió con aquella mezcla de superioridad y timidez que le caracterizaba.

—Mister Carter estará aquí dentro de poco. Los lunes por la mañana viene siempre un poco tarde. Le llamaré cuando llegue. Mientras tanto le daré algo que hacer. ¿Tiene usted algunas nociones de contabilidad?

—Temo que no.

—Me lo imaginaba. Se ve que en el colegio no les enseñan muchas cosas útiles para el comercio —reflexionó un momento—. Pero creo que encontraré algo para usted.

Entró en la habitación de al lado y volvió poco después con una gran caja de cartón. Contenía una gran cantidad de cartas en el mayor desorden. Dijo a Philip que las distribuyera por orden alfabético de acuerdo con el nombre del corresponsal.

—Le conduciré hasta la habitación de los meritorios. Hay allí un muchacho muy simpático, un tal Watson. Es hijo de Watson Crag y Thompson, ¿sabe usted?, los fabricantes de cerveza. Permanecerá un año con nosotros para ponerse al corriente de la contabilidad.

Mister Goodworthy le hizo atravesar de nuevo la sucia oficina donde se hallaban trabajando seis o siete empleados y le condujo a una estrecha habitación separada de otra más ancha por una gran mampara de cristales.

Watson, acomodado en una butaca, leía *The Sportman*. Era un joven alto y robusto, vestido con elegancia. Cuando oyó entrar a mister Goodworthy alzó los ojos. Dicho joven solía demostrar su superioridad llamando Goodworthy a secas al primer empleado. Éste, picado con tal familiaridad, le llamaba pomposamente «mister

Watson». Pero Watson, en lugar de darse cuenta de que le daban el tratamiento con retintín, lo acogía con toda naturalidad, como si fuera un homenaje debido a su privilegiada condición.

—He visto que han retirado a *Rigoletto* —dijo a Philip en cuanto se quedaron solos.

—¿De veras? —preguntó Philip, que no entendía una palabra de carreras de caballos.

Observó con respetuosa admiración el atavío de Watson. Su *tait* estaba cortado a la perfección y un alfiler de valor brillaba en medio de una enorme corbata. Sobre la chimenea se hallaba su sombrero alto, en forma de campana, reluciente a más no poder. Philip se dio cuenta de que él estaba muy mal vestido. Watson se puso a hablar de fútbol y dijo que era una lástima perder tanto tiempo en aquella oficina y no poder ir a cazar más que los sábados. En su casa de campo había muchos invitados y no podía ir a reunirse con ellos. ¡Maldita vida! Pero no la soportaría mucho tiempo. Permanecería en aquel maldito agujero sólo por un año. Transcurrido éste, entraría en el negocio de su casa e iría a cazar cuatro veces por semana.

—Usted ha de estar aquí cinco años, ¿no es verdad?

—Creo que sí —respondió Philip.

—Entonces tendremos tiempo de vernos. Carter trabaja por cuenta nuestra.

Philip permaneció algo desconcertado ante la condescendencia con que el joven le hablaba. En Blackstable se solía considerar a los fabricantes de cerveza con cierto desprecio y por lo tanto le era muy extraño comprobar que Watson era un personaje tan importante y mundano. Había estado en Winchester y en Oxford y hablaba frecuentemente de ello. Cuando se enteró de las particularidades de la educación de Philip acentuó su tono protector.

—Sin duda alguna, cuando uno no va a la Universidad, los colegios de ese género son los mejores, ¿no es verdad?

Philip le pidió detalles sobre los demás empleados de la oficina.

—¡Oh, yo no me trato con ellos! Carter no está mal. De vez en cuando le invitamos a comer. Los demás son un puñado de andrajosos.

A continuación Watson se aplicó a su trabajo, y Philip comenzó a clasificar las cartas. Poco después Goodworthy fue a decir que mister Carter había llegado y condujo a Philip hasta una espaciosa habitación situada junto a la suya, en la que se veía una enorme mesa escritorio, dos amplias butacas y una alfombra turca. En la pared, unos cuantos grabados con motivos de caza. Mister Carter se puso en pie para estrechar la mano a Philip. Parecía un militar con su bigote lleno de cosmético, sus cortísimos cabellos grises, su postura rígida y su concisa forma de hablar. Vivía en Enfield, le gustaban mucho los deportes y amaba el bien del país. Era oficial de la guardia nacional de Hartfordshire y presidente de un círculo conservador. Cuando se

enteró de que un magnate local había dicho refiriéndose a él: «No se parece en nada a un hombre de la City», pensó que no había vivido en vano. Habló a Philip con amable desenvoltura. Mister Goodworthy se encargaría de él. Watson era un simpático muchacho, un perfecto caballero, un deportista excelente. ¿Le gustaba cazar a Philip? ¿No? Lástima. La caza era el verdadero deporte del caballero. Él, por su parte, no tenía demasiadas ocasiones de cazar a caballo y dejaba tal deporte a su hijo. Su hijo estaba en Cambridge; le había mandado a Rubgy, un colegio muy bien frecuentado. Transcurridos un par de años, su hijo vendría a hacer práctica en la oficina. Philip encontraría en él un buen compañero, simpático y deportista nato. Esperaba que Philip tuviera éxito y tomara gusto a su trabajo. Debía acordarse siempre de las lecciones recibidas, pues la existencia de caballeros en la profesión daba tono a ésta. ¡Ah, bien, bien! Aquí está mister Goodworthy. Para todo lo que necesite, mister Goodworthy podrá ayudarle. ¿Cómo estamos de caligrafía? Bien. También para esto se las entenderá usted con Goodworthy.

Philip se sorprendió de aquel signo de distinción. En la Inglaterra oriental se distinguía quién era *gentleman* y quién no lo era. Pero el que lo era no se jactaba de serlo.

XXXVII

Al principio la novedad del trabajo interesó a Philip. Mister Carter le dictaba cartas, y, además, tenía que poner en limpio el estado de cuentas.

Mister Carter deseaba que en su oficina reinase la mayor distinción. No quería máquinas de escribir y no le gustaba la taquigrafía. El más joven de los empleados era taquígrafo, pero sólo mister Goodworthy se servía de él. De vez en cuando, acompañado de uno de los empleados más prácticos, Philip iba a verificar los libros de alguna razón social, con lo que se dio cuenta de qué clientes debían ser tratados con respeto y cuáles se encontraban en mala situación. En ocasiones le daban grandes columnas de cifras para que las sumara. Asistía al curso preparatorio para poder efectuar su primer examen. Mister Goodworthy solía repetirle que aquel trabajo parecía monótono al principio, pero que luego se le cogía el gusto. A las seis dejaba Philip la oficina y atravesaba el puente para volver a casa. Cenaba y pasaba la velada leyendo. La tarde de los sábados iba a la National Gallery. Hayward le había recomendado una guía que había sido hecha tomando como norma los escritos de Ruskin. Con el libro en la mano, el joven pasaba de una sala a la otra seguro de lo que hacía, leyendo con cuidado lo que el crítico había dicho de los cuadros y esforzándose en hallar las mismas cosas. Los domingos eran aburridos. No conocía a nadie en Londres. Nixon, el abogado de la familia, le invitó un domingo a ir a Hampstead, y Philip pasó un día feliz en una compañía muy animada. Comió y bebió abundantemente, dio un paseo por el campo y se marchó después de haber sido invitado a que volviera las veces que quisiera. Pero el temor morboso de ser importuno le indujo a esperar una invitación formal, que no llegó nunca, ya que los Nixon tenían muchos amigos y olvidaron a aquel joven silencioso. Philip tomó la costumbre de levantarse tarde el domingo y de irse a pasear por el trozo de río donde están los remolcadores. El río, en Barnes, discurre sucio y fangoso, sin el encarto de la parte que está por encima de las cisternas y sin la atracción romántica de los grupos de embarcaciones del puente de Londres. Por la tarde paseaba por los alrededores, terreno gris y sucio que no era campo ni ciudad, donde crecían indistintamente matorrales o retama. Todos los contornos eran desechos de la civilización. El sábado por la noche iba al teatro, y durante una hora o más hacía alegremente cola en la puerta del paraíso. No valía la pena de volver a Barnes durante el intervalo de tiempo que mediaba entre el cierre del museo y la comida en el ABC. Vagabundeaba por Bond Street y Burlington Arch y cuando se sentía cansado iba a sentarse en el parque o, si llovía, metíase en la biblioteca de Martin’s Lane. Miraba a los paseantes y los envidiaba porque tenían amigos. A veces su envidia se transformaba en odio porque ellos eran felices y él no. Nunca había imaginado que pudiera uno sentirse tan sólo en una gran ciudad. En ocasiones, durante las esperas ante la puerta de los teatros, un

vecino de cola intentaba entablar conversación con él, pero a Philip le dominaba la desconfianza propia de los provincianos y respondía de forma que la conversación quedara interrumpida lo más pronto posible. Después del teatro, obligado a guardar para sí sus impresiones, atravesaba con presteza el puente para volver a su casa. En sus dos habitaciones, en las que el fuego no había sido encendido por economía, sentía encogérsele el corazón. Estaba terriblemente triste. Empezó a odiar su alojamiento y las largas noches solitarias que pasaba en él. En todo momento la soledad pesaba tanto sobre su ánimo que no acertaba ni a leer. Presa de una amarga desesperación permanecía horas y horas contemplando el fuego.

Llevaba tres meses en Londres y, exceptuando el domingo pasado en Hampstead, no había hablado más que con sus compañeros de trabajo. Una noche Watson le invitó a cenar en el restaurante y luego fueron a un *music-hall*, pero Philip se sintió intimidado y a disgusto. Su compañero no hizo más que hablar de cosas que no le interesaban. Mas, no obstante considerarle como un filisteo, Philip no podía menos de admirarle. Le irritaba la indiferencia que Watson sentía hacia su cultura y, llevado de su manía de ponerse siempre en el mismo nivel que los demás, comenzó a despreciar la instrucción que siempre le había parecido imprescindible. Por primera vez en su vida experimentó la humillación de la pobreza. Su tío le mandaba catorce chelines al mes y él tenía que vestirse y arreglárselo todo con tal cantidad. El traje de etiqueta le costó cinco guineas. Por nada del mundo habría confesado a Watson que lo compró en la Strand; para Watson sólo existía un sastre en Londres.

—Me figuro que usted no baila —le dijo un día Watson mirando su pie deforme.

—No.

—Lástima. Me habían pedido que llevara un joven que bailara —a una fiesta. Hubiera podido presentarle a algunas lindas muchachas.

Durante un par de veces, asustado al pensar que había de regresar a Barnes, se quedó en la ciudad las primeras horas de la noche y anduvo errante por el West End en busca de casas donde hubiera alguna reunión. Se mezclaba a los grupos de gente modesta que, tras la fila de lacayos, esperaban la llegada de los invitados, mientras escuchaban la música que se oía a través de las ventanas. A veces, a pesar del frío, una pareja salía a un balcón a respirar un poco de aire fresco. Philip se imaginaba que eran dos enamorados y se alejaba cojeando y con el corazón encogido. Nunca se encontraría él en el lugar de aquel hombre. Ninguna mujer podría mirarle sin disgusto a causa de su deformidad.

Pensó en miss Wilkinson. Pero pensó en ella sin sentir satisfacción. Antes de separarse acordaron que ella le escribiría a la lista de correos de Charing Cross hasta que Philip le mandara su dirección. Cuando se acercó a la ventanilla le entregaron tres cartas escritas en francés sobre papel azul y con tinta violeta. ¿Por qué no escribía en inglés como una mujer razonable? Las expresiones apasionadas de su

amiga, expresiones que le recordaban las novelas francesas, le dejaron frío. La mujer le echaba en cara su silencio. El joven le respondió excusándose y alegando que estaba ocupadísimo. Se le presentó una dificultad al encabezar la carta: no se decidía a usar ningún apelativo tierno y además no le gustaba llamarla Emily. Por fin se decidió a empezar la carta poniendo: «Querida.» Aquella palabra, al no ir seguida de ningún nombre, le producía un efecto extraño, pero le pareció suficiente. ¡Su primera carta de amor! Se daba perfecta cuenta de que faltaba en ella calor y vivacidad; pensaba que habría debido escribir frases ardientes, afirmar a miss Wilkinson que pensaba en ella todo el día, que anhelaba besar sus bellas manos y que el recuerdo de su roja boca le hacía temblar, pero una especie de pudor se lo impedía. En lugar de eso le habló de su alojamiento y de su oficina. La respuesta llegó a vuelta de correo. Era una carta irritada, desesperada, llena de reproches. ¿Cómo podía mostrarse tan frío? ¿No se daba cuenta de lo indiferentes que resultaban sus cartas? Le había dado todo lo más que una mujer pueda dar y ésa era la recompensa. ¿Se había cansado ya de ella? Y como Philip no respondió en seguida a esta carta, miss Wilkinson empezó a mandarle cartas y más cartas. No podía soportar su frialdad, esperaba con ansiedad continuamente una carta que nunca llegaba, se pasaba las noches llorando y se conocía tanto lo que sufría que todos le preguntaban la causa. Si no la amaba, ¿por qué no se lo decía? Aseguraba que no podría vivir sin él y que no le quedaba otro recurso que morirse. Le acusaba de indiferencia, de egoísmo y de ingratitud. Todo esto en francés, para que hiciera más efecto. Philip lo sabía, pero no por eso dejaba de estar preocupado. No quería hacerla desgraciada. Después de algún tiempo miss Wilkinson escribió que no podía soportar más tiempo la separación y que había encontrado la manera de poder ir a Londres para Navidad. Philip respondió que la cosa hubiera sido muy agradable para él, pero que había pedido ya permiso para pasar las fiestas en el campo, con unos amigos, y no sabía cómo desligarse del compromiso. La mujer replicó a esto que no intentaba imponerse a él, ya que era evidente que no quería verla más; se encontraba profundamente herida. Nunca habría creído que él respondiera de aquel modo a su bondad. En suma, era una carta conmovedora y Philip creyó encontrar rastros de lágrimas en ella. El joven respondió impulsivamente a ella diciendo que estaba desolado y suplicándole que fuera a verle; pero, en el fondo, Philip deseaba que su amiga no pudiera ir a Londres. Desde entonces, cada vez que veía una carta suya, se le caía el alma a los pies y retardaba el momento de abrirla, pues ya sabía que contenía quejas, reproches y frases sentimentales, las cuales le producían una sensación de perfidia, y por lo tanto le parecía que él no tenía nada que reprocharse. Una de las veces en que retardó mucho la respuesta, llegó una carta de miss Wilkinson en la que ésta se quejaba de estar enferma, sola y de ser desgraciada.

—¡Dios mío, cuánto daría por no haberla conocido!

Philip admiraba a Watson porque éste se las arreglaba muy bien para deshacerse de tal género de compromisos. Había sostenido relaciones con una actriz que actuaba en provincias, y sus confidencias llenaban a Philip de envidioso estupor. Cuando se cansó de ella contó a Philip su rompimiento con todo género de detalles.

—He pensado que era inútil alargar las cosas y le he dicho sencillamente que me ha cansado de ella.

—¿Y no ha hecho ninguna escena?

—La eterna historia. Pero yo le he dicho que conmigo era completamente inútil.

—¿Ha llorado?

—Empezó a llorar, pero yo no puedo soportar a las mujeres que lloran, y le he hecho comprender que la plantaba.

El sentido del humorismo se había hecho más agudo en Philip con el transcurso del tiempo.

—¿Y la ha plantado usted? —preguntó sonriendo.

—¡Me parece que no había otra cosa que hacer!

A todo esto se acercaban las vacaciones de Navidad. Mistress Carey estuvo enferma durante todo el mes de noviembre y el médico aconsejó al vicario que la llevara por un par de semanas a Cornualles para que se repusiese. El resultado de esto fue que Philip no tuvo dónde ir y se tuvo que quedar en Londres durante las fiestas de Navidad. El joven se hallaba convencido, bajo la influencia de Hayward, de que las fiestas de Navidad era una costumbre bárbara y vulgar. Por lo tanto, decidió dejar transcurrir la jornada como si fuera exactamente igual a todas las demás. Pero la alegría que había a su alrededor le causó tristeza. La dueña de la casa, junto con su marido, iban a pasar el día en compañía de su hija casada. Para evitar el fastidio, Philip decidió comer fuera. Hacia el mediodía se fue al centro y en un restaurante comió una ración de pavo y un pedazo de budín navideño. Luego, no teniendo nada que hacer, se marchó a la Abadía de Westminster para asistir al servicio de la tarde. Las calles estaban casi vacías y las pocas personas que encontraba parecían preocupadas. Dichas personas no callejeaban, sino que caminaban evidentemente hacia una meta; poquísimas iban solas. A Philip le parecía que todas eran felices, y él, por contraste, se sintió más desamparado de lo que había estado nunca. Tenía intención de pasar más tiempo por las calles, pero la vista de los grupos alegres que charlaban, bromeaban y reían le ponían melancólico, y se volvió a su casa. En Westminster Bridge Road compró un poco de jamón y dos pasteles, que comió en su solitaria habitación. Luego pasó la velada con ayuda de un libro, en un estado de insoportable depresión.

De vuelta a la oficina tuvo que soportar el relato de Watson sobre aquellas breves vacaciones. En su casa hubo muchachas invitadas, y después de la comida quitaron todos los muebles del salón y organizaron un baile.

—Figúrese que me fui a acostar a las tres; no sé cómo be podido venir hoy. No quiera saber cuánto bebí. Hoy me siento la garganta como si fuera de madera.

Philip preguntó desesperadamente:

—Pero ¿qué es lo que se hace para conocer a alguien en Londres?

Watson le miró sorprendido, mostrando a la vez cierto divertido desprecio.

—¡Oh!, no lo sé; se conoce a la gente porque sí. Si uno va a un baile conoce a más gente de la que quiere.

Philip odiaba a Watson en aquel momento; sin embargo, hubiera dado cualquier cosa por encontrarse en su lugar y, como cuando estaba en el colegio, intentó meterse en la piel de otro e imaginó lo que hubiera sido su vida si hubiese sido Watson.

XXXVIII

A últimos de año había mucho que hacer. Philip fue muchas veces a las compañías que inspeccionaba con otro empleado llamado Thompson; éste pasaba el día de manera monótona, enumerando los artículos de venta que el otro revisaba. A veces le entregaba largas columnas de cifras para que las sumara. No había tenido nunca gran disposición para la aritmética y sumaba muy lentamente. Thompson se irritaba al ver sus errores. Era un hombre alto y delgado, cuarentón, de cabellos negros, bigote crespo, mejillas hundidas y dos arrugas profundas a los lados de la nariz. Sentía antipatía por Philip porque éste era meritorio de oficina. Debido a las trescientas libras que había tenido que depositar y a la posibilidad de mantenerse durante cinco años, aquel muchacho podía hacer una carrera, mientras que él, no obstante su experiencia y su actividad, no seria nunca más que un empleado que ganaba treinta y cinco chelines a la semana. Era un hombre de carácter agrio, cargado de familia; el desprecio hacia él, que creía advertir en Philip, le irritaba, y él, a su vez, despreciaba la educación superior del joven, pareciéndole ridícula su pronunciación, no perdonándole su acento dialectal. Al principio se limitaba a mostrarse descortés y antipático, pero cuando descubrió la falta de disposición de Philip para la contabilidad, se divirtió humillándole. Sus pullas eran punzantes y groseras, pero herían a Philip, el cual, para defenderse, adoptaba un tono de superioridad que estaba muy lejos de sentir.

—¿Se ha bañado usted esta mañana? —preguntaba Thompson cuando Philip llegaba con retraso. (El joven no acertaba nunca a ser tan puntual como el primer día.)

—Sí. ¿Y usted?

—No, yo no soy un señor; yo no soy más que un simple empleado. Me baño solamente los sábados por la noche.

—Seguramente se debe a eso el que los lunes se muestre usted más descortés que de ordinario.

—¿Será usted tan amable que acceda a hacer hoy algunas facilísimas sumas? Temo pedir demasiado a un *gentleman* que sabe latín y griego.

—Sus sarcasmos no son muy afortunados.

Pero Philip no podía negarse a sí mismo que los demás empleados, mal pagados y vulgares, resultaban más útiles que él. Dos o tres veces mister Goodworthy acabó por impacientarse.

Philip escuchaba con gesto de persona incomodada. No le gustaba que le hicieran observaciones, y se sentía humillado cuando después de haberle dado cuentas para copiar, mister Goodworthy quedaba descontento y mandaba a otro que las rehiciera. Al principio el trabajo le parecía soportable por su novedad, pero después le resultaba

completamente aburrido. En ocasiones, en vez de hacer un trabajo, perdía el tiempo haciendo dibujos en el papel de cartas de la oficina. Eran apuntes de Watson en todas las posturas; y su compañero de trabajo los admiraba. En cierta ocasión se los llevó a su casa y al día siguiente le comunicó los elogios que había hecho de su obra toda su familia.

—Me gustaría saber por qué no se ha hecho usted pintor. Claro que no es una profesión lucrativa.

Esperó algunos días a que mister Carter fuera a comer con los Watson para enseñarle los diseños. Al día siguiente mister Carter llamó a Philip. El joven no le veía casi nunca y su presencia le infundía cierto respeto.

—Oiga, jovencito. A mí no me importa nada lo que haga usted fuera de la oficina. Pero creo que sus diseños están hechos aquí, pues he visto que utiliza usted nuestros impresos. Por otra parte, Goodworthy se lamenta de su poca actividad. No hará usted nada bueno como empleado si no pone un poco más de atención en su trabajo. Es una profesión magnífica a la que se han dedicado muchos jóvenes de valía, pero para la cual es necesario… —buscó algo expresivo para acabar la frase y como no encontraba nada a propósito terminó modestamente—, es necesario que uno se interese en el trabajo.

Philip, seguramente, se hubiera puesto a trabajar con ardor a no ser por el acuerdo que le permitía, en cuanto el trabajo no le gustara, renunciar transcurrido un año, retirando la mitad de su dinero. Se sentía capaz de hacer algo mejor que sumar cifras, y era para él una humillación realizar —tan mal un trabajo que despreciaba. Las escenas vulgares que le hacía Thompson le atacaban los nervios; En marzo Watson terminó su año de prácticas y Philip, a pesar de la poca simpatía que sentía por él, le vio marchar con cierto disgusto. La envidia que sentían los otros empleados de los dos que pertenecían a una clase superior establecía entre ellos una especie de lazo. Al pensar que tendría que pasar todavía cuatro años entre aquella gente, sentíase Philip próximo a la desesperación. Había confiado encontrar en Londres cosas magníficas y no había encontrado nada. En la actualidad detestaba la ciudad. No conocía a nadie y no sabía cómo debía proceder para llegar a conocer a alguien. Estaba cansado de su soledad. Empezó a pensar que no podía soportarlo más. Durante la noche, cuando se encontraba en el lecho, pensaba en la alegría de no ver nunca más la sucia oficina con sus odiosos empleados y de abandonar para siempre su melancólico alojamiento.

En la primavera tuvo una gran desilusión. Hayward había anunciado su intención de presentarse en Londres para la *season* y Philip gustaba por anticipado el placer de volver a verle. En los últimos tiempos había leído y reflexionado tanto que su cerebro rebosaba de ideas que deseaba discutir, pero no conocía a nadie que se interesara por las cosas abstractas. La idea de poder hablar, por fin, cuanto quisiera, le excitaba en grado sumo, por lo que se quedó desolado cuando Hayward le escribió diciendo que

aquélla era la primavera más bella que se había visto en Italia y que no se decidía a abandonar la península italiana. ¿Por qué no iba en su busca Philip? ¿Por qué malgastaba su juventud en una oficina cuando el mundo era tan bello? La carta proseguía:

> *No comprendo cómo puede usted soportarlo. El recuerdo de Fleet Street y de Lincoln's Inn me produce una sensación de disgusto. En el mundo hay sólo dos cosas que hacen que la vida sea digna de ser vivida: el amor y el arte. No acierto a imaginarle sentado en una oficina e inclinado sobre un libro mayor. ¿Lleva usted un sombrero alto, un paraguas y una cartera negra? Según mi parecer, la vida debe ser considerada como una aventura. Es necesario arder en una llama viva, correr riesgos, exponerse a los peligros. ¿Por qué no va usted a París para estudiar pintura? Siempre he creído que tiene usted talento.*

Esta sugestión coincidió con la idea que de un modo vago ocupaba la mente de Philip desde hacía algún tiempo. Al principio la idea le había producido cierto miedo, pero no pudo alejarla de sí, y pensando continuamente en ella llegó a la conclusión de que no había otro camino para huir de la miseria de su condición actual.

Todos afirmaban que tenía disposición. En Heidelberg habían admirado sus acuarelas; miss Wilkinson le había dicho muchas veces que eran deliciosas. Incluso personas extrañas como Watson habían elogiado sus bocetos.

La *Vie de bohème* había producido en él una profunda impresión. Se había llevado la obra a Londres y cuando estaba muy abatido le bastaba leer cualquier página para sentirse transportado a las buhardillas donde Rodolfo y sus amigas amaban, bailaban y cantaban. Empezó a pensar en París como anteriormente había pensado en Londres, pero sin el temor de una segunda desilusión; anhelaba la belleza, el amor, el romanticismo y sabía que París podía ofrecerle todo esto. La pintura le apasionaba: ¿por qué no podía convertirse en un buen pintor? Escribió a miss Wilkinson para preguntarle cuánto creía que pudiera costar la vida en París. Miss Wilkinson aprobó con entusiasmo su proyecto y le dijo que podría arreglárselas muy bien con ochenta libras al año, y que era un verdadero delito marchitarse desempeñando un oficio. «¿Quién quería ser empleado teniendo la posibilidad de convertirse en un artista?», le decía dramáticamente. Y le suplicó que creyera en sí mismo; esto era lo más importante. Pero Philip era prudente por naturaleza. A Hayward le era fácil hablar de aventuras porque tenía aseguradas trescientas libras al año, pero todo el patrimonio de Philip ascendía a mil ochocientas libras. Titubeó.

Pero un día mister Goodworthy le preguntó inopinadamente si le gustaría ir a París. La casa llevaba la contabilidad de un hotel del Faubourg Saint-Honoré,

propiedad de una sociedad inglesa; dos veces al año se presentaba allí en compañía de un empleado. El que solía acompañarle estaba enfermo y la urgencia de ciertos trabajos impedía que se ausentara ningún otro. Goodworthy había pensado en Philip porque era el menos indispensable. Además, su situación de meritorio le daba cierto derecho a aquel trabajo, que era considerado como un placer. Philip recibió con gran alegría la proposición.

—Tendremos que trabajar todo el día —dijo Goodworthy—, pero durante la noche seremos libres… y París es París —sonrió intencionadamente—. En el hotel nos tratan muy bien y nos dan de comer gratis. De esta forma, a expensas de los demás, me gusta mucho ir a París.

Cuando llegaron a Calais y Philip vio el grupo de mozos gesticulantes que había ante el muelle sintió latir su corazón con fuerza.

—Esto es lo que yo anhelaba —se dijo para sí.

Era todo ojos mientras el tren atravesaba la campiña. Le parecieron encantadoras las arenosas dunas, cuyo color tuvo por el más bello que había visto hasta entonces, y también se lo parecieron los canales y las largas hileras de álamos. Cuando salieron de la estación del Norte y avanzaron calle adelante, en una carroza desvencijada, le pareció respirar un aire tan embriagador que tuvo que dominarse para no gritar. Fueron recibidos en la puerta del hotel por el director, un hombre grueso y simpático que mascullaba discretamente el inglés. Mister Goodworthy era un viejo amigo y fue acogido con efusión. Comieron en el departamento particular del director, con él y su esposa, y a Philip le pareció que nunca había comido nada tan exquisito como aquel *beefsteak aux pommes*, ni bebido un néctar mejor que el *vin ordinaire* que sirvieron.

Para mister Goodworthy, respetable padre de familia de excelentes principios, la capital de Francia era un paraíso de alegre obscenidad. Preguntó al director qué era lo más picante que podía verse. Aquellas excursiones a París le gustaban mucho, pues, según afirmaba, impedían que se enmoheciera. Por la noche, después de la cena, conducía a Philip al Moulin-Rouge o al Folies-Bergères. Sus ojillos brillaban y todo su rostro se distendía bajo los efectos de una sonrisa sensual cuando asistía a un espectáculo alegre. Frecuentaba todos los locales especialmente reservados a los extranjeros, aunque al mismo tiempo afirmaba que nada bueno podía esperarse de una nación que permitía tal suciedad. Daba con el codo a Philip cuando en el palco escénico aparecía una mujer casi desnuda y le indicaba qué cortesanas eran las más provocativas entre las que se divertían en el *promenoir*. El París que enseñaba a Philip era el París más vulgar, pero el joven lo veía con los entusiasmados y ansiosos ojos de la ilusión. Cada mañana, temprano, Philip salía del hotel, se iba a los Campos Elíseos o se detenía en la plaza de la Concordia. Era el mes de junio y París aparecía como plateado bajo el aire lleno de perfumes. Philip sentía su corazón rebosante de simpatía por todo. Aquí al menos —pensaba— la novela está en la atmósfera.

Permanecieron allí toda la semana, regresando el domingo. Y cuando Philip llegó por la noche a su melancólico alojamiento londinense su decisión estaba tomada: iría a París para estudiar pintura. Mas para que no le acusaran de ligereza terminaría antes el año de práctica. Tendría las vacaciones en la segunda quincena de agosto, y antes de marcharse se proponía comunicar a Herbert Carter su intención de no volver. Pero aunque se esforzaba en ir cada día a la oficina no lograba interesarse en el trabajo. Pensaba constantemente en el porvenir. Pasada la primera quincena de junio no había mucho que hacer, y él salía de la oficina bastante a menudo, con el pretexto de seguir las conferencias para su examen. Pasaba aquellas horas en la National Gallery. Leyó una gran cantidad de libros sobre París y sobre pintura. Devoró las obras de Ruskin y la vida de los pintores escrita por Vasari. Le gustaba la historia de Correggio y se complacía en imaginar que se encontraba delante de una obra maestra y que exclamaba: «También yo soy pintor.»

En la actualidad ya no titubeaba más, convencido de que albergaba en sí a un gran artista en potencia.

—Después de todo se trata de probar. En la vida es necesario correr el riesgo.

Al cabo llegó la segunda quincena de agosto. Mister Carter pasaba aquel mes en Escocia y mister Goodworthy dirigía la oficina. Éste se había mostrado muy cordial con Philip después de su viaje a París y ahora que se sabía tan próximo a la libertad, el joven estaba dispuesto a considerar con cierta tolerancia a aquel hombre grotesco.

—¿Parte usted para las vacaciones mañana, Carey? —le preguntó por la tarde su superior.

Durante todo el día Philip se había repetido para sí mismo que era la última vez que se veía en el interior de aquella oficina.

—Sí; he llegado ya al final de mi año de práctica.

—Temo que no haya adelantado usted gran cosa. Mister Carter está muy descontento de usted.

—No tanto como yo lo estoy de él —repuso alegremente Philip.

—No debe hablar de ese modo. Carey.

—No pienso volver. Convinimos con mister Carter que si la contabilidad no me gustaba me restituiría la mitad del dinero entregado por mí, y que después de un año de permanencia podría marcharme.

—No debe usted tomar una decisión demasiado precipitada.

—Durante diez meses he odiado todo esto. He detestado mi trabajo, he detestado la oficina y detesto Londres. Preferiría más bien dedicarme a barrendero que permanecer aquí.

—A decir verdad, no le creo a usted muy a propósito para dedicarse a la contabilidad.

—¡Hasta la vista! —y Philip le tendió la mano—. He de darle las gracias por su

bondad. Siento haber causado algunos trastornos. A los pocos días de estar aquí ya me di cuenta de que no tendría buen éxito.

—Conforme; si está usted completamente decidido, que le vaya bien. No sé a qué se va usted a dedicar, pero si por casualidad se encontrara usted aquí, vénganos a saludar.

Philip lanzó una pequeña carcajada.

—Le parecerá a usted descortés, pero deseo con toda mi alma no volver a ver nunca más a ninguno de ustedes.

XXXIX

El vicario de Blackstable no quiso ni siquiera discutir el proyecto de Philip. Según él, cuando se empezaba una cosa, había que continuarla. Como todos los débiles, sostenía que no convenía cambiar de ideas.

—Elegiste espontáneamente estudiar contabilidad.

—Lo elegí porque no veía otro medio para ir a la ciudad. Pero ahora odio Londres y nada me hará volver.

Mister y mistress Carey se hallaban francamente escandalizados ante la idea de que Philip quisiera ser artista. No debía olvidar —le decían— el hecho de que su padre y su madre habían sido personas decentes y que la pintura no es una profesión seria, sino algo que no conviene, vergonzoso e inmoral. Y luego… ¡París!

—Aunque pongas el grito en el cielo no pienso permitirte que te vayas a vivir a París —declaró con firmeza el vicario.

Era una sentina de iniquidades. La mujer perdida y la prostituta de Babilonia ostentaban allí su ignominia. Las ciudades castigadas por Dios no estaban menos pervertidas que aquélla.

—Has estado educado como *gentleman* y como cristiano, y traicionaría la confianza que en mí depositaron tus difuntos padres si te permitiera exponerte a tales tentaciones.

—En cuanto a esto no te preocupes; no soy ya cristiano y empiezo también a tener mis dudas sobre si soy *gentleman* o no.

La discusión se hizo violenta. Era necesario todavía que transcurriera un año antes de que Philip entrase en posesión de su pequeño capital, y durante ese período mister Carey le pasaría una pensión, pero esto sólo en el caso de que el sobrino permaneciera en la oficina. Philip, por su parte, argüía que ya que estaba claro que no quería ser oficinista, debía por lo menos abandonar la carrera cuando aún era posible recuperar la mitad del dinero entregado. Pero el vicario no se avino a razones y el joven, perdiendo la paciencia, dijo algunas insolencias capaces de irritar a cualquiera.

—No tienes derecho a malgastar mi dinero —gritó al fin—. Después de todo es dinero mío, ¿no es cierto? Ya no soy niño. No puedes impedirme que vaya a París, si eso es lo que he decidido. Venderé mis ropas, mis libros y las joyas de mi madre.

Tía Louisa escuchaba en silencio, angustiada y desolada. Veía que Philip estaba fuera de sí y comprendía que todo lo que ella pudiera decirle no haría sino aumentar su cólera. Finalmente, el vicario, afirmando que no quería prolongar la discusión, abandonó con digno porte la estancia. Durante tres días Philip y él no cambiaron ni una palabra. El joven escribió a Hayward pidiéndole informes sobre París, y decidió marchar en cuanto recibiera la propuesta. Mistress Carey continuaba reflexionando sobre todo ello. Comprendía que Philip la incluía en el odio que experimentaba hacia

su marido, y este pensamiento la torturaba. No quería más que su bien. Al cabo decidió hablarle y escuchó las desilusiones que recibió de Londres, oyendo de paso sus ardientes proyectos para el porvenir.

—Puede suceder que no triunfe, pero, al menos, déjame probar. No haré nada peor de lo que he hecho en aquella horrible oficina. Y siento en mí la seguridad de que puedo desenvolverme. Sé que dentro de mí existe la vocación.

Mistress Carey no estaba tan segura como su marido de que fuera justo contrariar una vocación tan fuerte. Había leído biografías de grandes pintores cuyos padres se habían opuesto a sus deseos de estudiar, viéndose más tarde lo mal que habían procedido. Después de todo no se ha dicho nunca que un pintor no pueda llevar una vida tan virtuosa como un empleado.

—¡Me produce tanta pena que vayas a París! —dijo con acento triste—. Si estudiaras en Londres no me asustaría tanto.

—Si he de estudiar pintura debo estudiar bien y sólo en París puedo aprender en serio.

Después de su oración, mistress Carey escribió al abogado Nixon diciéndole que Philip estaba descontento de su trabajo, pidiéndole al mismo tiempo que le dijera qué pensaba de su cambio de rumbo. La respuesta fue la siguiente:

Querida señora:

He visto a mister Carter y me disgusta tenerle que decir que Philip no ha dado el resultado que esperábamos. Si de veras le inspira tanta repugnancia este trabajo, lo mejor es que aproveche la posibilidad que hoy le ofrece su contrato. Naturalmente, estoy muy desilusionado. Ya sabe usted que puede conducirse un caballo al abrevadero, pero no puede obligársele a que beba.

Acepte usted mis saludos más respetuosos.

ALBERT NIXON

La carta fue mostrada al vicario, pero sirvió únicamente para que se acrecentase su terquedad. Hubiera admitido que Philip eligiese otra profesión, incluso sugirió la ejercitada por el padre del muchacho, la medicina; sin embargo, nada del mundo podría convencerle para que le pasara una mensualidad que le permitiera vivir en París.

—Eso no es más que un pretexto para la indulgencia que tiene consigo mismo, y para su sensualidad.

—Me gusta oírle criticar la indulgencia hacia uno mismo —replicó Philip, hostil.

Al fin llegó la respuesta de Hayward, el cual aconsejaba una fonda donde Philip

encontraría una habitación por treinta francos al mes, e incluía una carta de recomendación para la *massière* de una escuela de pintura. Philip leyó la carta a su tía, y le dijo que iba a intentar marcharse el primero de setiembre.

—Pero no tienes dinero —objetó la tía.

—Hoy iré a Tercanbury para vender las joyas.

Había heredado de su padre un reloj de oro con su cadena, dos o tres anillos, botonaduras y dos alfileres de corbata. Uno de éstos consistía en una perla y debía de tener cierto valor.

—Pero el valor de un objeto es muy distinto del importe que puede obtenerse de él —objetó tía Louisa.

Philip sonrió, pues aquélla era una de las frases dichas por su tía frecuentemente.

—Ya lo sé, pero creo que, en el peor de los casos, conseguiré sacar un centenar de libras, que me permitirá vivir hasta que cumpla los veintiún años…

Mistress Carey no respondió, pero subió a su habitación, se puso un sombrero negro y se encaminó al banco. Una hora después estaba de regreso. Se acercó a Philip, que estaba leyendo en el salón, y le entregó un sobre.

—¿Qué es esto? —preguntó el joven.

—Un regalito para ti —respondió la tía sonriendo tímidamente.

Philip abrió el sobre y se encontró con once billetes de cinco libras y un saquito de papel lleno de monedas de oro.

—No podía permitir que vendieras las joyas de tu padre. Es dinero que yo tenía en el banco. Son casi cien libras.

Philip enrojeció, notando al mismo tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—No, tía; no puedo aceptar. Eres muy buena, pero no puedo aceptar.

Cuando se casó, mistress Carey poseía trescientas libras, y aquel dinero, conservado cuidadosamente, le había servido siempre para cubrir gastos imprevistos, para realizar cualquier caridad urgente o para los regalos navideños de su marido o de Philip. En él transcurso de los años la suma había disminuido mucho, pero continuaba facilitando al vicario motivos para sus chanzas. Hablaba de su mujer como de una mujer rica, aludiendo alegremente a sus *bienes*..

—Te ruego, Philip, que lo aceptes. Me disgusta que lo que tenía haya quedado reducido a tan poco. Harás que me sienta feliz si lo aceptas.

—Pero puede que tengas necesidad de ello alguna vez.

—No, no creo. Lo guardaba para el caso de que tu tío se muriera antes que yo. Mi idea era tener algún dinero para cubrir las necesidades inmediatas, pero ahora no espero vivir mucho tiempo.

—¡No digas esas cosas, querida tía! Tú has de vivir siempre. Yo no podría vivir sin ti.

—¡Oh!, no me disgusta irme —se le quebró la voz y se cubrió los ojos con la

mano, pero después de un instante se los secó, sonriendo valerosamente—. Antes rogaba a Dios que no permitiese que muriera, para no dejar a tu tío solo. No quería que sufriera, mas ahora ya sé que para él el dolor será menos que para mí. Él tiene mucho más apego a la vida. Yo nunca he sido la mujer a propósito para él, y creo que si yo desapareciera se volvería a casar. Por eso prefiero irme primero. ¿Crees que sea egoísmo por parte mía? Te aseguro que no podría soportar verle morir.

Philip besó el pequeño y arrugado rostro de su tía. El espectáculo de aquel amor le producía una extraña sensación de vergüenza. Parecía imposible que ella quisiera tanto a un hombre tan egoísta e indiferente. Y el joven se dio cuenta, de un modo vago, que ella, en el fondo de su corazón, tenía plena conciencia de aquella indiferencia y egoísmo, y que, no obstante, quería a su marido con humildad.

—¿Tomarás este dinero? —preguntó a Philip acariciándole la mano dulcemente —. Sé que puedes rechazarlo. Pero me sentiría tan feliz si lo tomaras… Siempre he deseado hacer alguna cosa por ti. Ya ves, no he tenido hijos y te he querido a ti como si hubieras sido mío. Cuando eras pequeño, aun sabiendo que hacía mal, casi deseaba que estuvieras enfermo para poderte cuidar noche y día. Pero sólo estuviste enfermo una vez y fue en el colegio, ¡Deseo tanto poderte ayudar! Ésta es la única ocasión. Y seguramente cuando seas un gran artista te acordarás de mí y pensarás que yo te facilité tus principios.

—Eres muy buena, tía, y te estoy reconocidísimo.

Una sonrisa apareció en aquellos ojos cansados, una sonrisa de auténtica y pura felicidad.

—¡Oh, qué contenta estoy!

XL

Pocos días después mistress Carey le acompañó a la estación. De pie, ante la ventanilla, intentaba retener las la grimas, mientras Philip, agitado e impaciente, hubiera querido marcharse ya.

—Dame otro beso —dijo la tía.

El joven se inclinó fuera de la ventanilla y la besó. El tren se puso en marcha y la mujer permaneció en el andén de la estación agitando el pañuelo hasta que perdió de vista el convoy. Le pesaba el corazón, y los escasos centenares de metros que la separaban del vicariato le parecieron eternos. Era natural que el muchacho tuviera prisa por marchar; era joven y el porvenir le sonreía; pero ella… Tuvo que apretar los dientes para no romper a llorar. Murmuró interiormente una plegaria dirigida a Dios para que protegiese a su sobrino, le guardara de las tentaciones y le concediera los dones de la fortuna y de la felicidad.

Philip, por el contrario, dejó de pensar en ella apenas instalado en el departamento. Sólo pensó en el porvenir. Había escrito a madame Otter, la *massière* para la cual Hayward le había mandado la carta de presentación, y tenía en el bolsillo una invitación para tomar el té con ella al día siguiente. Llegado a París hizo cargar el equipaje en un coche de punto que avanzó lentamente por las animadas calles. Atravesó el puente y echó por las callejuelas del Barrio Latino. Philip había alquilado una habitación en el Hôtel des Deux Écoles situado en una calle perpendicular al bulevar de Montparnasse. Era cómodo porque se encontraba próximo al estudio Amitrano, que pensaba frecuentar. Un mozo subió sus baúles hasta el quinto piso, y Philip fue introducido en una habitación que despedía un vaho de alcoba cerrada, ocupada en su mayor parte por una gran cama de madera, con un dosel de reps de color rojo. En las ventanas había pesadas cortinas de igual tela. La cómoda servía al mismo tiempo de lavabo. Además, había un macizo armario de un estilo que recordaba al buen rey Luis Felipe. La descolorida tapicería era de color gris oscuro y en ella se dibujaba todavía vagamente una guirnalda de hojas negruzcas. La estancia le pareció a Philip original y agradable.

A pesar de que era tarde, fue demasiado intensa la agitación que le dominaba para que pudiese dormir. Salió y recorrió el bulevar, magníficamente iluminado. Lo recorrió hasta llegar a la estación y la plaza rebosante de gente, iluminada por arcos voltaicos, rumorosa por el paso de los tranvías de color amarillo; todo le produjo tal sensación de alegría que terminó riéndose fuertemente. Aquí y allá no había más que cafés. Empujado por la sed y por el deseo de contemplar a la multitud de cerca, Philip tomó asiento junto a un velador, en el café de Versalles. Todos los otros veladores estaban ocupados, pues la noche era bella, y Philip miró con curiosidad a las tranquilas familias y a los grupos de hombres fornidos y barbudos, cubiertos con

extraños sombreros y que discutían gesticulando. Cerca de él había dos individuos que le parecieron artistas, acompañados por mujeres que Philip supuso que serian sus mujeres legales. Detrás de él dos americanos discutían de arte con vivacidad. El alma de Philip no podía contener la excitación. Estuvo hasta tarde, cansado, pero sintiéndose demasiado feliz para moverse. Cuando por fin se fue a dormir, permaneció mucho tiempo despierto escuchando los rumores del París nocturno.

Al día siguiente, a la hora del té, se dirigió hacia el Lion de Belfort, y en una calle nueva cerca del bulevar Raspail encontró a mistress Otter. Era una mujer insignificante, próxima a la treintena, de aspecto provinciano y con aire de gran dama. Le presentó a su madre. En el curso de la conversación, Philip supo que mistress Otter estudiaba en París desde hacía tres años y que estaba separada de su marido. En el salón tenían un par de retratos hechos por ella, los cuales parecieron maravillosos a la inexperiencia de Philip.

—¡Quién sabe si yo llegaré a pintar alguna vez así! —suspiró él.

—¡Oh!, sin duda —replicó mistress Otter no sin cierta satisfacción—. Claro que no puede pretenderse saberlo todo el primer día.

Mostróse muy amable. Le dio la dirección de una tienda donde podía comprar una carpeta, papel de dibujo y carboncillos.

—Yo voy a Amitrano hacia las nueve. Si va usted también, haré lo posible por buscarle un buen sitio.

Le preguntó qué pensaba hacer y Philip creyó que no debía mostrarse todavía incierto sobre sus propias intenciones.

—Primero de todo quiero aprender a dibujar.

—Estoy contenta de oírle hablar así. Por lo general, todos quieren hacerlo todo rápidamente. Yo no he tocado las pinturas al óleo hasta después de dos años de estudio, y he aquí el resultado.

Echó una ojeada al retrato de su madre, un cuadro de factura artificiosa, suspendido sobre el piano.

—Y si yo fuese usted tendría mucho cuidado con la gente que conociera. No haga amistad con los extranjeros.

Philip le dio las gracias por el consejo, que le pareció un poco raro. No comprendía por qué debía mostrarse huraño.

—Nosotros vivimos como si estuviéramos en Inglaterra —afirmó la vieja mistress Otter, que hasta aquel momento apenas había despegado los labios—. Cuando vinimos trajimos todos nuestros muebles.

Philip miró a su alrededor. La habitación aparecía llena de muebles macizos y en la ventana había cortinas de encaje blanco iguales a las que tía Louisa colocaba en verano en la ventana del vicariato. El piano y la chimenea estaban cubiertos con tapetes de seda *liberty*. Mistress Otter le siguió en su mirada.

—Por la noche, cuando cerramos los postigos, nos sentimos como si estuviéramos en Inglaterra.

—Y comemos como si estuviéramos allí. Desayuno sustancioso y comida a mitad de la jornada.

Después de la visita, Philip fue a comprarse lo necesario para dibujar, y a la mañana siguiente, alrededor de las nueve, queriendo sentirse seguro de sí mismo, apareció en la escuela. Mistress Otter había llegado ya y le salió al encuentro con una sonrisa cordial. Philip temía la acogida reservada a un *nouveau*, pues había leído las burlas a que estaban expuestos los recién llegados en ciertos estudios, pero mistress Otter le había tranquilizado.

—¡Oh!, entre nosotros no hay nada de eso. La mitad de los alumnos son señores y dan tono al ambiente.

El estudio era grande y de una desnudez completa. De las paredes grises pendían bocetos y dibujos que habían sido premiados. En una silla se sentaba la modelo, cubierta con un vestido a medio abrochar. Una docena aproximadamente de hombres y mujeres permanecían a su alrededor, algunos hablando y otros todavía ocupados en dibujar. Era el primer descanso para la modelo.

—Es mejor que no intente nada difícil al principio —le aconsejó mistress Otter—. Coloque aquí su caballete. Desde aquí se ve la posición más fácil de reproducir.

Philip colocó el caballete donde se le había indicado y la *massière* le presentó a una muchacha que estaba sentada muy cerca.

—Mister Carey, miss Price. Mister Carey es un principiante. Querrá ayudarle un poco, ¿no es verdad? —a continuación volviéndose a la modelo—. Colóquese.

La modelo dejó el periódico que estaba leyendo y con gesto indiferente se quitó el vestido y subió al estrado. Permaneció en pie, con una pierna un poco avanzada y las manos cruzadas detrás de la cabeza.

—Es una postura idiota —dijo miss Price—. No comprendo por qué la han elegido.

Cuando Philip entró le habían mirado con curiosidad, y la modelo le dirigió una mirada indiferente. Pero ahora ninguno se fijaba en él. Teniendo delante de él una hoja de papel nueva y magnífica, Philip miró con embarazo a la modelo. No sabía cómo empezar. Nunca había visto una mujer desnuda. Ésta no era joven y tenía los senos flojos. Sus cabellos eran de un color claro parecido al de la estopa, que le caían en greñas sobre la frente, y en el rostro tenía grandes manchas. Philip echó una hojeada al dibujo de miss Price. La joven, que trabajaba en él desde hacía varios días, no encontraba al parecer la cosa demasiado fácil. Se veía que el papel estaba gastado por la goma y aquella figura le pareció a Philip retorcida.

—Creo que yo podría hacer otro tanto —se dijo para sus adentros.

Empezó la cabeza con la idea de descender poco a poco; pero, sin saber por qué,

le fue infinitamente más difícil dibujar del natural que sin modelo. Desconcertado, miró a miss Price. Ésta trabajaba con ardor. Tenía las cejas fruncidas y una expresión ansiosa en el rostro. En el estudio hacía calor y su frente aparecía salpicada de gotas de sudor. Era una muchacha de veintiséis años, con una gran masa de cabellos de oro oscuro; hermosos cabellos, pero peinados sin cuidado, estirados hacia atrás y anudados en un moño hecho precipitadamente. Su rostro era alargado, de facciones achatadas y ojos pequeños; la piel opaca, descolorida, casi enferma. Parecía como si no se lavase y se hubiera dicho que dormía vestida. Era seria y silenciosa. Al comenzar el otro descanso dio un paso hacia atrás para contemplar su obra.

—No sé por qué me resulta tan difícil —dijo—; pero debo terminarlo —se volvió hacia Philip—. Usted, ¿cómo se las arregla?

—No me las arreglo de ninguna manera —respondió el joven con sonrisa desolada.

La joven miró lo que Philip estaba haciendo.

—De esta manera no irá usted a ninguna parte. Debe usted tomar las medidas y calcularlo exactamente en su hoja.

Le explicó rápidamente lo que debía hacer. Philip se sentía impresionado por su seriedad, pero no la encontraba nada atrayente. Le fue grata por el consejo que le había dado y se puso a trabajar. Mientras tanto, habían llegado otros alumnos, sobre todo hombres, pues las mujeres llegaban siempre las primeras. Dada la estación —era todavía muy pronto—, el estudio estaba bastante concurrido. Poco después entró un joven de cabellos negros y ralos, una nariz enorme y un rostro largo que hacía que se pareciera a un caballo. Se sentó junto a Philip y saludó a miss Price.

—Viene usted con mucho retraso —dijo ésta—. ¿Se ha levantado usted ahora?

—El día es tan bello que me he quedado en la cama para pensar en el esplendor del sol.

Philip sonrió, pero miss Price tomó la frase en serio.

—¡Qué idea! ¿No hubiera sido mejor levantarse y salir a verlo?

—El camino del humorismo es largo y difícil —replicó gravemente el joven.

Parecía que no tenía un gran deseo de trabajar. Miró su tela. Estaba pintando al óleo y había hecho el día anterior el esquema de la modelo que estaba posando. Se volvió hacia Philip.

—¿Ha llegado usted de Inglaterra?

—Sí.

—¿Cómo ha descubierto usted Amitrano?

—Es la única escuela de la que he oído hablar.

—Supongo que no ha venido usted con la idea de aprender ninguna cosa útil.

—Es la única escuela de París —prosiguió miss Price—. La única donde se toma el arte en serio.

—¿Es que el arte debe ser tomado en serio? —replicó el joven; y como miss Price se limitara a encogerse de hombros, añadió—: A fin de cuentas, todas las escuelas son malas. Naturalmente que su espíritu es completamente académico. Ésta es menos nefasta que las otras porque sus enseñanzas son más incompetentes y, por lo tanto, no se aprende nada.

—Pero entonces, ¿por qué viene usted? —le interrumpió Philip.

—Veo el camino mejor, pero no lo sigo. Miss Price, que es culta, recordará seguramente la frase latina.

—Prefiero que me deje usted fuera de su conversación, mister Clutton —dijo con acento seco miss Price.

—El único medio para aprender a pintar —prosiguió el otro, imperturbable— es alquilar un estudio, buscarse una modelo y arreglárselas solo.

—Me parece una cosa muy sencilla —replicó Philip.

—Sin embargo, hace falta dinero.

Se puso a pintar. Philip le observaba con el rabillo del ojo. Era alto y muy delgado. Los huesos, enormes, parecían salírsele del cuerpo. Sus codos eran tan agudos que se hubiera dicho que estaban hechos a propósito para romper las mangas de su usada americana. Los bajos de sus pantalones estaban deshilachados y llevaba los zapatos remendados. Miss Price se levantó acercándose al caballete de Philip.

—Si mister Clutton quiere estarse callado un momento le ayudaré un poquito.

—Miss Price me tiene antipatía porque no me falta ingenio —dijo Clutton mirando pensativamente su tela—, y me detesta, además, porque soy genial.

Hablaba de un modo solemne, y su nariz, colosal y deforme, hacía que todas cuantas palabras pronunciaba tuvieran un marcado matiz cómico. Philip no pudo menos de echarse a reír, pero miss Price enrojeció indignada.

—Es usted el único que habla de su genio.

—Pero tenga también en cuenta que sólo me interesa mi propia opinión.

Miss Price empezó a criticar lo que Philip había hecho. Hablaba de un modo voluble de anatomía y de construcción, de planos y de líneas, y de muchas otras cosas que Philip no comprendía. Hacía tiempo que frecuentaba el estudio y conocía los puntos principales sobre los que insistían los maestros. Pero aunque sabía indicar los errores del trabajo de Philip era incapaz de decirle cómo modificarlos.

—Es usted muy amable tomándose tanto trabajo por mí —dijo Philip.

—¡Oh, no vale la pena! —respondió ella enrojeciendo—. Hicieron conmigo otro tanto cuando llegué y yo lo haría por cualquiera.

—Miss Price quiere hacerle comprender que le concede los beneficios de su competencia por un sentido del deber y no por la satisfacción que pueda desprenderse de su persona —observó Clutton.

La joven le lanzó una furibunda mirada y siguió trabajando en su dibujo. El reloj

dio las doce y la modelo se retiró del estrado lanzando un grito de alegría. Miss Price recogió su ropa.

—Algunos van a comer a Gravier —dijo a Philip mirando de reojo a Clutton—; yo siempre voy a casa.

—Si quiere le acompañaré a Gravier —propuso Clutton.

Philip le dio las gracias y se preparó para salir. Mientras se dirigía a la puerta, mistress Otter le preguntó cómo se las había arreglado.

—¿Le ha ayudado Fanny Price? —preguntó—. Le he colocado junto a ella porque sé que si quiere puede hacerlo. Es una muchacha antipática y combativa, y no sabe dibujar, pero conoce todos los trucos del oficio, y puede ser útil a un recién llegado si quiere tomarse un poco de trabajo.

Por el camino le dijo Clutton:

—Ha producido usted efecto en Fanny Price. Debe tener usted cuidado.

Philip se echó a reír. No había conocido a una persona a la que quisiera producir menos efecto. Entraron en el pequeño restaurante económico donde comían algunos estudiantes, y Clutton se sentó a una mesa en la que ya había tres o cuatro jóvenes. Por un franco le sirvieron un huevo, un plato de carne, queso y un cuartillo de vino. El café se pagaba aparte. *La* mesa estaba colocada en la acera y los tranvías amarillos pasaban arriba y abajo a lo largo de los bulevares, con un incesante sonar de campanillas.

—A propósito, ¿cómo se llama usted? —preguntó Clutton.

—Carey.

—Permítanme presentarles a un viejo y fiel amigo: Carey —dijo Clutton con seriedad—. Mister Flanagan, mister Lawson.

Éstos sonrieron y continuaron su conversación. Hablaban de mil cosas a la vez. Ninguno prestaba la menor atención a lo que decían los otros. Hablaban del lugar donde habían estado durante el verano, de los estudios que frecuentaban, de las diversas escuelas. Mencionaron nombres desconocidos para Philip: Monet, Manet, Renoir, Pissaro, Degas. Philip aguzó el oído, y, aunque se sentía un poco desconcertado, notaba que su corazón le latía jubiloso. El tiempo corría. Al cabo Clutton se puso en pie y le dijo:

—Si quiere usted volver aquí esta noche, probablemente me encontrará. Verá que es uno de los sitios mejores del barrio para conseguir la dispepsia a poco precio.

XLI

Philip descendió al bulevar Montparnasse. Lo que veía no lo comparaba del todo con el París que había visto en primavera durante su breve estancia en el Hotel St. George —pensaba en la actualidad con espanto en aquel período de su existencia—, pero en cambio le recordaba, en cierto modo, su concepción de una ciudad de provincia. Un aire especial, una indolencia como difuminada en el ambiente, y los largos espacios de las calles, inundados de sol, invitaban a soñar. La vivida blancura de las calles, las hileras de árboles, la misma atmósfera, eran por demás agradables, y Philip se sentía ya como si estuviera en su casa. Callejeó mirando a la gente. Parecía que incluso las personas más vulgares tuvieran cierta elegancia; los obreros con fajas encarnadas y los pantalones holgados, y los soldaditos con el atildado uniforme… Llegó a la avenida del Observatorio y lanzó un suspiro de alegría ante la imponente y, sin embargo, graciosa perspectiva. Después llegó hasta los jardines del Luxemburgo; había niños que jugaban, nodrizas adornadas con largas cintas, que marchaban de dos en dos; hombres indiferentes que pasaban apresuradamente con una cartera bajo el brazo, jóvenes extrañamente vestidos. La escena era delicada y convencional; la naturaleza desordenada habría parecido bárbara. Philip estaba encantado. El hallarse en aquel lugar, del cual había leído tantas descripciones, le excitaba. Para él era un suelo clásico y lo contemplaba con el respeto y la alegría que un viejo profesor podría experimentar al encontrarse por vez primera delante de la risueña llanura de Esparta.

Mientras paseaba vio por casualidad a miss Price sentada en un banco. Dudó, pues en aquel momento deseaba estar solo, y las maneras bruscas de aquella mujer le parecían fuera de lugar en medio de la felicidad que sentía palpitar en torno suyo; pero habiendo adivinado su carácter quisquilloso pensó —desde el momento que ella le había visto— que sería cortés acercándose a saludarla.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó ella.

—Admiro. ¿Usted no?

—¡Oh!, yo vengo todos los días de cuatro a cinco. Creo que el trabajo continuo, sin una interrupción, no es provechoso.

—¿Puedo sentarme un momento?

—¡Como guste!

—No es usted una persona que infunda muchos ánimos —dijo riendo Philip.

—No soy capaz de decir cosas amables.

Philip, un poco desconcertado, guardó silencio y encendió un cigarrillo.

—¿Le ha dicho alguna cosa Clutton de mi trabajo? —le preguntó ella de pronto.

—No, me parece que no.

—No tiene el menor talento, ¿sabe usted? Se cree un genio, pero está equivocado. El genio supone una capacidad infinita de trabajo. Lo único que hace falta es trabajar.

Si uno se empeña en llegar, llega.

Hablaba con una apasionada decisión que impresionaba. Lucía un sombrero de paja negra a la marinera, una blusa blanca, no muy limpia, y una falda de color castaño. No llevaba guantes y sus manos estaban reclamando agua y jabón. Era tan poco atrayente que Philip lamentó haber empezado a hablar. No acertaba a comprender si la mujer deseaba que permaneciese allí o bien que se fuera.

—Haré todo lo que pueda por usted —le dijo ella de improviso, sin que esto tuviera la menor relación con lo que se había dicho antes—. Sé que los principios son difíciles.

—Le aseguro que se lo agradeceré mucho —dijo Philip, el cual, después de una pausa, añadió—: ¿Quiere usted venir a tomar el té conmigo en cualquier parte?

Ella le miró y enrojeció. Cuando sucedía esto su piel se cubría de manchas, tomando el aspecto de una crema de fresas echada a perder.

—No, gracias. ¿Por qué cree usted que deseo tomar el té? He acabado de comer hace poco.

—Pero… Era para pasar el tiempo.

—Si le parece a usted largo, no crea que debe preocuparse por mí. Puedo permanecer muy bien sola.

En aquel momento pasaron dos hombres vestidos de terciopelo castaño, con anchísimos pantalones y boina.

—¿Son estudiantes de Bellas Artes? —preguntó Philip—. Parecen arrancados de la *Vie de bohème*.

—Son americanos —respondió miss Price con desprecio—. Los franceses de treinta años no van ya vestidos de esa forma. Pero los americanos del Far West se apresuran a comprarse esos trajes y a hacerse fotografiar en cuanto llegan a Paris. A lo más que llegan en materia de arte es a esto. Pero se divierten. Es gente que tiene dinero.

Lo pintoresco de aquellos trajes gustó a Philip. Le parecía que denotaban un espíritu romántico. Miss Price le preguntó la hora que era.

—He de volver al estudio —dijo—. ¿No viene usted a la lección de la tarde?

Philip ignoraba la existencia de esa lección. Su compañera le explicó entonces que de cinco a seis todas las tardes iba un modelo, y todos podían ir a dibujar lo que quisieran pagando cincuenta céntimos. El modelo lo cambiaban cada día y era un ejercicio excelente.

—No creo que esté usted en condiciones de hacer esto; es mejor que espere un poco.

—¿Por qué no intentarlo? No tengo nada que hacer.

Se pusieron en pie y se encaminaron hacia el estudio. Philip no acertaba a comprender si miss Price deseaba su compañía o si hubiera preferido ir sola. Philip se

encontraba en una situación embarazosa por demás; la joven no hablaba y a sus preguntas respondía de mala gana.

En la puerta del estudio había un hombre con una gran bandeja donde todos los que entraban depositaban el medio franco. El estudio estaba más lleno que por la mañana y no había preponderancia de ingleses y americanos. También las mujeres estaban en minoría. Philip halló aquella reunión parecida a lo que esperaba encontrar. Hacía mucho calor, y muy pronto el aire se enrareció. El modelo era un viejo con una gran barba gris, y Philip intentó poner en práctica lo poco que había aprendido por la mañana, pero el resultado fue desastroso. Comprendió entonces que estaba muy lejos de saber dibujar como había creído. Lanzó una mirada de envidia a los esbozos de sus vecinos y se preguntó si alguna vez sería capaz de manejar el carboncillo con aquella maestría. La hora pasó rápidamente. No queriendo dar trabajo a miss Price se había sentado un poco lejos de ella. Al final, cuando ya se marchaba, miss Price le preguntó de pronto cómo se las había arreglado.

—No muy bien —repuso Philip sonriendo.

—Si se hubiese usted dignado sentarse junto a mí le habría podido dar algún consejo. Pero, naturalmente, se ha creído con suficientes arrestos.

—No, no ha sido por eso. Temía molestarla.

—Si me molestara usted, se lo diría sin cumplidos.

Philip creyó percibir, bajo aquel tono descortés, el ofrecimiento de una ayuda, y le dijo:

—Perfectamente, mañana le impondré mi vecindad.

—No me importa.

Philip salió, preguntándose qué haría hasta la hora de la cena. Estaba impaciente por hacer algo característico. *Absinthe*! Desde luego, era la cosa más indicada. Entonces se dirigió hacia la estación, sentóse a la puerta de un café y pidió la bebida, experimentando al bebería disgusto y satisfacción a un tiempo. El sabor era nauseabundo; pero, en cambio, el efecto moral que producía resultaba extraordinario. Ahora sentíase *studente* en el más amplio sentido de la palabra. Y como bebía con el estómago vacío el efecto que hizo sobre su espíritu fue divertido. Contemplaba la multitud y le parecía que todos los hombres eran sus hermanos. Sentíase feliz. Cuando llegó a Gravier, la mesa de Clutton estaba llena. Pero éste, al ver a Philip, que entraba cojeando, le llamó y entre todos le hicieron sitio. La cena era frugal. Una sopa, un plato de carne frita, queso y medio litro de vino. Pero Philip no se fijó en lo que comía. Observaba a los invitados sentados en su mesa. Se hallaba presente Flanagan, un joven americano de nariz chata, rostro alegre y boca sonriente. Llevaba una chaqueta de corte excéntrico, zapatos azules y una boina fantástica.

En aquella época el impresionismo reinaba en el Barrio Latino, pero su victoria sobre la vieja escuela era todavía reciente: Carolus-Duran, Bouguereau y otros se

alineaban contra Manet, Monet y Degas. Estimar a estos últimos era prueba de gusto. El pintor americano Whistler ejercía gran influencia sobre los ingleses y sobre sus compatriotas, y los entendidos hacían colección de estampas japonesas. Los viejos maestros eran puestos a prueba por los nuevos ideales. La admiración que desde siglos se había tenido por Rafael era objeto de burla para los jóvenes. Hubieran dado con gusto toda la obra de Sanzio por la cabeza de Felipe IV, de Velázquez, que se halla en la National Gallery. Philip se encontró en medio de una ardiente discusión artística. Lawson, al que había conocido al mediodía, se sentaba al lado de él. Aquel joven delgado, de cabellos rojos y rostro lleno de pecas, poseía unos vivacísimos ojos de color verde. Mientras Philip estaba sentado le miró, declarando de pronto:

—Rafael era tolerable nada más que cuando pintaba los cuadros de los otros. En los del Perugino o del Pinturicchio, era delicioso; pero cuando pintaba los de Rafael… —encogió los hombros— era Rafael.

El tono agresivo sorprendió a Philip, pero una brusca interrupción de Flanagan le dispensó de responder.

—¡Al diablo el arte! ¡Pillemos una buena borrachera!

—Tú ya la pillaste ayer por la noche, Flanagan —observó Lawson.

—No tendrá comparación con la que quiero coger esta noche —repuso Flanagan —. ¡No faltaría más que estando en París pensáramos sólo en arte! —hablaba con marcado acento americano—. ¡Dios mío, qué bella es la vida! —se encogió y dio un puñetazo sobre la mesa—. ¡Al diablo el arte os he dicho!

—No solamente lo has dicho, Flanagan, sino que lo repites con aburrida insistencia —dijo con entonación severa Clutton.

En la mesa había otro americano vestido como los bellos jóvenes que Philip había visto aquella tarde en el Luxemburgo. Poseía un atrayente, delgado y ascético rostro y ojos negros. Llevaba el teatral traje con la desenvoltura de un *boucanier*. Sus espesos cabellos negros le caían continuamente sobre los ojos, y su gesto más frecuente era el de echar la cabeza hacia atrás dramáticamente para apartar algún largo mechón. Empezó a hablar de la *Olympia* de Manet, que a la sazón estaba expuesta en el Luxemburgo.

—He permanecido hoy una hora delante de ella y os aseguro que no es un cuadro bello.

Lawson dejó el tenedor y el cuchillo. Sus verdes ojos despedían llamas y la cólera le hacía jadear, pero exteriormente consiguió aparecer muy tranquilo.

—Es muy interesante escuchar la opinión de un salvaje inculto. ¿Quieres explicar por qué no es un bello cuadro?

Antes de que el americano pudiera responder, otro intervino violentamente.

—¿Afirma usted que ha contemplado el color de aquella cara y sostiene que no es bueno?

—No digo eso; el seno derecho me parece que está muy bien logrado.

Empezó a describir detalladamente la belleza del cuadro, pero en aquella mesa del Gravier todos los que hablaban largo rato hablaban para sí mismos. Nadie los escuchaba. El americano le interrumpió irritado:

—¿No querrá decir que, según usted, la cabeza es buena?

Pálido de ira, Lawson empezó a defender la cabeza. Pero Clutton, que había escuchado sin decir nada, con una expresión de desprecio, se decidió a intervenir.

—Dejad la cabeza. No tiene ninguna importancia en el conjunto del cuadro.

—Bien, dejemos la cabeza —exclamó Lawson—. Cógela y vete al diablo.

—Y de las líneas negras, ¿qué me dice? —gritó el americano triunfante, echando hacia atrás un mechón de cabellos que casi rozaba con el plato—. En la naturaleza no creo que se vea una línea negra en torno a los objetos.

—¡Dios, envía tus llamas para que aniquilen al blasfemo! —exclamó Lawson—. ¿Qué tiene que ver la naturaleza? Nadie sabe lo que es y lo que no es. El mundo entero ve la naturaleza a través de los ojos del artista. Durante siglos y siglos ha visto a los caballos saltar un obstáculo con las cuatro patas tendidas. Pues bien, estaban tendidas. Ha visto las sombras negras hasta que Monet descubrió que eran rojas. Pues bien, señor mío, eran rojas. Si circundamos los objetos con una línea negra, el mundo la verá y será una línea negra; si pintamos la hierba roja y las vacas azul turquí el mundo verá roja la hierba y azul turquí las vacas, y así sucesivamente.

—¡Al diablo el arte! —murmuró Flanagan—. Quiero emborracharme.

Lawson no le prestó atención.

—Escuchad esto. Cuando la *Olympia* fue presentada en el Salón, Zola, en medio de la batahola armada por los filisteos, los silbidos del público y la desaprobación de los académicos, declaró: «Estoy seguro de que un día el cuadro de Manet lo veremos en el Louvre junto a la *Odalisca* de Ingres, y no será la *Odalisca* la que salga ganando en la comparación.» Nos acercamos a ese momento. Dentro de diez años la *Olympia* estará en el Louvre.

—¡Jamás! —gritó el americano empleando sus dos manos en un esfuerzo definitivo para domar sus rebeldes cabellos—. Dentro de diez años ese cuadro será olvidado. Es sólo cuestión del momento. Ningún cuadro puede vivir si no tiene lo que a éste le falta por completo.

—¿Y qué es lo que le falta?

—El gran arte no puede existir sin un elemento moral.

—¡Ya estamos! —gritó Lawson furibundo—. Me lo esperaba. ¡Tiene necesidad de la moral! —juntó las manos y las elevó hacia el cielo, como si fuera a hacer una súplica—. ¡Oh, Cristóbal Colón! ¡Oh, Cristóbal Colón! ¿Qué es lo que hiciste descubriendo América?

—Ruskin dice… —pero antes de que pudiera añadir ninguna palabra más,

Clutton, con notorio disgusto, golpeó violentamente sobre la mesa con el mango del cuchillo.

—Señores —dijo con acento severo mientras su enorme rostro se arrugaba por efecto de la cólera que sentía—, ha sido pronunciado un nombre que creía no oiría nunca entre personas decentes. Podéis hablar de Bouguereau si queréis. Su nombre es de una repugnancia tal que hace que sea divertido. ¡Pero no ensuciemos nuestros castos labios con los nombres de John Ruskin, de G. F. Watts o de E. B. Jones!

—A propósito, ¿quién era Ruskin? —preguntó Flanagan.

—Uno de los grandes hombres Victorianos. Un maestro del estilo inglés.

—El estilo de Ruskin… construido a base de fragmentos y manchotes —dijo Lawson—. Por lo demás, ¡abajo los grandes Victorianos! Cuando abro los periódicos y leo: «Muerte de un gran Victoriano», doy gracias a Dios porque hay uno menos. El único talento que ha tenido es el de la longevidad y ningún artista debería vivir más de cuarenta años; a esa edad ha hecho ya su mejor obra y luego no hace más que repetirse. ¿No creéis que ha sido un gran bien para el mundo que Keats, Shelley, Bonnington y Byron murieran jóvenes? ¡Qué genio hubiera sido Swinburne si se hubiera muerto el día en que fue publicada la primera serie de sus *Poems and Ballads*!

La idea gustó porque ninguno de los que estaban sentados alrededor de la mesa tenía más de veinticuatro años. Por una vez se mostraron unánimes. La discutieron. Alguien propuso que se hiciera una gran hoguera con las obras de los cuarenta académicos para arrojar a ella a los grandes Victorianos el día de su cuadragésimo aniversario. La propuesta fue aceptada por aclamación, Carlyle y Ruskin, Tennyson, Browning, G. F. Watts, E. B. Jones, Dickens, Thackeray, todos irían a parar al fuego. Así como Gladstone, John Bright y Cobden. Cuando le llegó el tumo a George Arnold y Emerson fueron abandonados alegremente. Por fin llegó el tumo a Walter Pater.

—Walter Pater, no —murmuró Philip.

Lawson le miró un momento con sus ojos verdes; luego asintió.

—Tiene usted razón. Walter Pater es la única justificación de *Monna Lisa*. ¿Conoce usted Cronshaw? Ha conocido a Pater.

—¿Quién es Cronshaw? —preguntó Philip.

—Un poeta. Vive aquí. Vámonos al Lilas.

La Closerie des Lilas era un café adonde iban a menudo por las noches después de cenar. Allí se encontraba indefectiblemente Cronshaw, desde las nueve de la noche hasta las dos de la madrugada. Pero Flanagan se había cansado de conversaciones intelectuales, y ante la proposición de Lawson se volvió hacia Philip.

—No, no; vamos a un sitio donde haya muchachas. Véngase conmigo a la Gaité Montparnasse. Cogeremos una buena borrachera.

—Prefiero ir a ver a Cronshaw que emborracharme —contestó riendo Philip.

XLII

Todos se pusieron en movimiento. Flanagan y otros dos o tres se fueron al *music-hall*, mientras Philip se dirigía lentamente, con Clutton y Lawson, a la Closerie des Lilas.

—Debía ir usted a la Gaité Montparnasse —le dijo Lawson—. Es una de las cosas más graciosas de París. Uno de estos días la pintaré.

Influido por Hayward, Philip miraba con desprecio el café cantante, pero había llegado a París precisamente en la época en que se descubrían posibilidades artísticas en aquellos sitios. Los efectos de luces, las masas de color granate y oro viejo, las pesadas sombras y las líneas decorativas ofrecían nuevos temas. El cincuenta por ciento de los estudios del Barrio Latino contenían bocetos hechos en algunos teatros de variedades. Siguiendo el ejemplo de los pintores, también los literatos se empeñaban en hallar un valor artístico en aquellos ambientes. Actores con la nariz roja habían sido ensalzados hasta las nubes, por sus interpretaciones características. Se descubrió que gruesos cantantes, que habían vivido oscuramente durante veinte años, poseían una comicidad inimitable. Algunos experimentaban un placer estético ante los perros amaestrados, mientras otros agotaban su vocabulario para exaltar la distinción de los prestidigitadores y de los ciclistas acrobáticos. También el público había llegado a ser objeto de un simpático interés. Al lado de Hayward, Philip había desdeñado a la humanidad en masa, adoptando el aire del que se envuelve en la soledad y observa con disgusto los gestos del vulgo. Pero Clutton y Lawson hablaban de la multitud con entusiasmo. Describían el gentío que recorría las distintas ferias de París, y el mar de rostros entrevistados bajo el resplandor del acetileno, y el resonar de las trompetas, las estridencias de los pitos y el trueno de las voces. Todo lo que decían resultaba nuevo y extraño para Philip. Hablaron de Cronshaw.

—¿No ha leído usted nunca nada de él?

—No.

—Sus obras han sido publicadas en *The Yellow Book*. Le miraban —como a menudo miran los pintores a los escritos— con desprecio porque no era de los suyos; con tolerancia, porque también él practicaba un arte, y con respeto porque se servía de una forma estética que no conocían a fondo.

—Es un tipo extraordinario. Al principio experimentará usted tal vez un poco de desilusión. Para probar sus luces mejores es necesario haber bebido.

Cuando llegaron al café, Lawson dijo a Philip que era necesario entrar dentro. Apenas si corría una ligerísima brisa otoñal, pero Cronshaw sentía un morboso terror hacia las corrientes de aire y hasta en los días más calurosos se sentaba en el interior.

—Conoce todo lo que vale la pena de conocer —explicó Lawson—. Ha conocido a Pater y a Oscar Wilde, y conoce también a Mallarmé y a su grupo.

El objeto de su búsqueda estaba sentado en el ángulo más resguardado del café. Tenía puesto el abrigo con el cuello levantado. Y el sombrero se lo había encasquetado de forma que le preservase de las corrientes de aire fresco. Era un hombre grueso sin llegar a la obesidad, de cara redonda, bigote pequeño, ojos minúsculos, y más bien estúpidos. Se hubiera dicho que era un guisante haciendo equilibrios sobre un huevo. Estaba jugando al dominó con un francés, y saludó a los recién llegados con una tranquila sonrisa. No habló, pero, como si quisiera hacer sitio, empujó hacia un lado al pequeño montón de platitos que indicaban el número de vasos que había ya ingerido. Dedicó un saludo a Philip cuando le fue presentado y continuó jugando. Philip no tenía gran conocimiento de la lengua francesa. París, desde hacía algunos años, hablaba un francés abominable.

Al cabo, Cronshaw se reclinó en la silla con una sonrisa de triunfo.

—*Je vous ai battu* —dijo con acento infame; llamó al camarero—: *Garçon! —y* se volvió hacia Philip—. ¿Acaba usted de llegar de Inglaterra? ¿Ha visto usted jugar mucho al *criquet*?

Philip se quedó un poco desconcertado ante aquella pregunta que no esperaba.

—Cronshaw conoce el promedio de todos los grandes jugadores de *criquet* de estos últimos veinte años —dijo Lawson sonriendo.

El francés le dejó para ir a sentarse a una mesa en la que había varios amigos, y Cronshaw, con la lenta manera de hablar que era una de sus características, empezó a discutir los méritos relativos del Kent y del Lancashire. Les habló del último partido al que había asistido, describiendo todas sus fases.

—Es lo único que me falta en París —prosiguió vaciando el *bock* que el camarero le había llevado—. Aquí no se juega al *criquet*.

Philip estaba desilusionado, y Lawson, que había querido enseñar una de las celebridades del barrio, empezaba a impacientarse, Cronshaw tardaba mucho tiempo aquella noche en ponerse a tono, a pesar de que el número de platitos colocados junto a él indicaban los laudables esfuerzos que había hecho para conseguir embriagarse. Clutton, divertido, observaba la escena. Le parecía que en aquel detallado conocimiento del *criquet* había su punta de afectación. Cronshaw se divertía irritando a sus interlocutores, hablándoles de cosas que evidentemente los aburría.

Clutton le hizo, de pronto, una pregunta:

—¿Hace tiempo que no ve usted a Mallarmé?

Cronshaw le dirigió una lenta mirada, como si diera vueltas en su mente a la pregunta, y antes de contestar golpeó en la mesa de mármol con uno de los platillos.

—Tráigame mi botella de whisky —gritó; luego se volvió de nuevo hacia Philip —. Tengo aquí una botella de mi propiedad. No quiero pagar cincuenta céntimos por cada vasito del tamaño de un dedal.

El camarero llevó la botella y Cronshaw la miró a contraluz.

—Han bebido. Camarero, ¿quién se sirve de mi whisky?

—*Mais personne*, monsieur Cronshaw.

—Hice una señal ayer en la botella. Mire.

—Hizo usted una señal, pero luego continuó bebiendo. De esta forma es inútil hacer señales.

El camarero era un tipo alegre y conocía muchísimo a Cronshaw. Éste le miró.

—Si me da usted palabra de honor como señor y como caballero de que nadie sino yo ha bebido de mi whisky, aceptaré su declaración.

Esta respuesta traducida literalmente a su pésimo francés resultaba tan cómica, que la cajera no pudo menos de echarse a reír.

—*Il est impayable* —murmuró.

Cronshaw, al oírla, le dirigió una tímida mirada —era una gruesa matrona de edad madura— y le envió con la mayor solemnidad un beso. La mujer se encogió de hombros.

—No tenga usted miedo, señora —dijo tristemente el escritor—; he pasado ya la edad en que las mujeres de cuarenta y cinco años y su gratitud podían tentarme.

Se sirvió un poco de whisky y agua y bebió lentamente. Secóse luego la boca con el dorso de la mano.

—Ha hablado muy bien.

Lawson y Clutton sabían que esto era una respuesta a la pregunta sobre Mallarmé. A menudo, Cronshaw iba a las reuniones de los martes por la tarde, día en que el poeta y los literatos se juntaban, y discurrían con fina oratoria sobre cualquier argumento que viniera a cuento. Evidentemente Cronshaw había estado allí hacía poco.

—Ha hablado muy bien y me ha gastado bromas. Ha dicho que el arte es la cosa importante del mundo.

—Y si no lo es, ¿por qué estamos aquí? —preguntó Philip.

—Ignoro completamente por qué está usted aquí. No es asunto mío. Pero el arte es un lujo. Los hombres conceden gran importancia a su conservación y a la propagación de la especie. Y sólo cuando estos instintos están ya satisfechos se interesan los hombres por lo que producen los escritores, los pintores y los poetas.

Se interrumpió para beber. Llevaba veinte años sin haber resuelto el siguiente problema: ¿Le gustaba el alcohol porque le hacía hablar o le gustaba hablar porque le producía sed?

Finalmente añadió:

—Ayer escribí un poema.

Sin que nadie se lo pidiera empezó a recitarlo muy lentamente, marcando el ritmo con el índice. Seguramente se trataba de un poema bellísimo, pero en aquel momento entró una joven. Sus labios escarlata y el color de las mejillas no se debían

ciertamente a la vulgaridad de la naturaleza. Sus cejas estaban pintadas y los párpados habían sido sombreados con un audaz azul que se prolongaba formando triángulo hasta la extremidad del ojo. Resultaba fantástico y divertido. Los cabellos, negros, le cubrían las orejas a la manera puesta de moda por Cléo de Merode. Los ojos de Philip se clavaron en ella, y Cronshaw, cuando acabó la lectura de sus versos, le sonrió indulgente.

—No ha escuchado usted —le dijo.

—¡Oh, sí!

—No se lo reprocho a usted porque me ha proporcionado una demostración dé lo que he dicho antes: ¿qué es el arte ante el amor? Respeto y aplaudo su indiferencia ante la bella poesía cuando puede contemplar la fascinación meretricia de esa joven.

La mujer pasó junto a la mesa, y Cronshaw la cogió de un brazo.

—Siéntate a mi lado, querida niña, y representaremos la divina comedia del amor.

—*Fichez-moi la paix* —repuso ella soltándose y pasando de largo.

—El arte —continuó el poeta haciendo un ademán— es simplemente un refugio creado por los avispados lo bastante abastecidos de comida y de mujeres, con el fin de huir del tedio de la existencia.

Llenó de nuevo su vaso y empezó a hablar con gran lentitud de arte. Hablaba con rotunda elocuencia, eligiendo con el mayor cuidado las palabras. Mezclaba la sabiduría y el absurdo de una forma sorprendente, tomando con la mayor gravedad el pelo a los que le escuchaban y dándoles a continuación los mejores consejos. Habló de arte, de literatura y de la vida. Unas veces se mostraba devoto y otras obsceno, unas veces alegre y otras triste. Bastante borracho ya empezó a recitar poesías suyas y de Milton, suyas y de Shelley, suyas y de Kit Marlowe.

Finalmente, Lawson, cansado, se levantó.

—Yo también me voy —dijo Philip.

Clutton, el más silencioso de todos, se quedó escuchando con irónica sonrisa las divagaciones de Cronshaw. Lawson acompañó a Philip a su alojamiento y una vez allí le dio las buenas noches. Pero una vez acostado, el joven no logró dormirse. Todas aquellas nuevas ideas que habían sido lanzadas al descuido delante de él revoloteaban en su cerebro. Se hallaba extraordinariamente excitado. Sentía dentro de sí una gran fuerza. Nunca había sentido tanta confianza en sí mismo.

—Sé que seré un gran artista —dijo para sí—. Lo siento.

Otra idea le produjo un estremecimiento, pero no osó traducirla en palabras ni a sí mismo.

—¡Diablo! Creo que soy un genio.

En realidad estaba borracho. Pero como había bebido sólo un vaso de cerveza, aquella embriaguez provendría de un veneno bastante más peligroso que el alcohol.

XLIII

Los maestros pasaban la mañana de los martes y los viernes en Amitrano para criticar los trabajos de los estudiantes. El martes le tocaba el turno a Michel Rollin, un anciano de barba blanca y rostro rojo, el cual había ejecutado para el Gobierno cierto número de obras decorativas, objeto de mofa para sus estudiantes. Había sido alumno de Ingres y era refractario a los progresos del arte, además de sentir una gran irritación contra aquel *tas de farceurs* que respondían a los nombres de Manet, Degas y Sisley. Pero era un magnífico profesor, experto, amable y alentador. Por el contrario, Foinet, que acudía los viernes, era completamente distinto. Pequeño, encogido, con dientes horribles y el color bilioso, la barba gris descuidada y los ojos diabólicos, poseía una voz áspera y hablaba en tono sarcástico.

Algún cuadro suyo había sido adquirido por el Museo de Luxemburgo, y cuando tenía veinticinco años pareció que iba a hacer una carrera brillantísima, pero su talento era debido a la juventud más que a la personalidad, y llevaba veinte años que no hacía más que repetir el paisaje que le había proporcionado su precoz éxito. Cuando alguien le reprochaba aquella monotonía contestaba:

—Corot ha pintado una sola cosa. ¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo?

Envidioso de los éxitos de los demás, sentía un odio particular hacia los impresionistas, pues atribuía su propio fracaso a la moda extravagante que había empujado al público, *sale bête*, hacia la obra de aquéllos. Al genial desdén de Michel Rollin, que los llamaba impostores, Foinet añadía insultos, de los cuales los más moderados eran *crapule* y *canaille*. Se divertía hablando de su vida privada y, con humorismo irónico, con detalles obscenos, atacaba la legitimidad de su nacimiento y la pureza de sus relaciones conyugales. No ocultaba su desprecio por los estudiantes cuyos trabajos examinaba. Era detestado y temido. A veces las mujeres lloraban a consecuencia de sus brutales sarcasmos, y aquellas lágrimas le hacían reír. No obstante las protestas de los que sufrían por su modo de ser; continuaba en el estudio porque indudablemente era uno de los mejores profesores de París. A veces, el viejo modelo que en la actualidad dirigía la escuela le hacía alguna observación, pero ésta se convertía muy pronto, ante la colérica insolencia del pintor, en excusa humildísima.

Foinet fue el primero con quien Philip tuvo contacto. El maestro estaba ya en el estudio cuando el joven llegó, y pasaba de un caballete a otro acompañado de mistress Otter, la *massière*, la cual traducía sus observaciones para los que no entendían el francés. Fanny Price trabajaba febrilmente. Estaba pálida de emoción y, de vez en cuando, interrumpía su trabajo para secarse en la blusa la palma de la mano, que le transpiraba de angustia. De pronto se volvió hacia Philip con un gesto de ansiedad, que intentó disimular arrugando la frente.

—¿Qué le parece? —preguntó señalando su dibujo.

Philip se puso de pie para mirarlo. Quedó sorprendido. Evidentemente, aquella mujer no poseía la visión exacta de las cosas; su dibujo estaba torcido.

—Me contentaría con tener solamente la mitad de la habilidad que posee usted.

—No es posible. ¿Es usted un recién llegado y ya querría hacer lo que hago yo? ¿Sabe usted que trabajo desde hace dos años?

Fanny Price producía asombro a Philip. La presunción de la joven era prodigiosa. Philip se había dado cuenta de que todos sus compañeros le tenían antipatía, cosa que no tenía nada de extraño habida cuenta que ella hacía todo lo posible para decir cosas desagradables.

—Me he quejado de Foinet a mistress Otter —prosiguió—. Hace dos semanas que no mira mi dibujo. Permanece más de media hora contemplando el trabajo de mistress Otter porque ella es la *massière*. Después de todo, pago tanto como los demás, y creo que mi dinero vale tanto como el suyo. No sé por qué no me atiende como a los demás.

Cogió de nuevo el carboncillo, pero después de un momento lo dejó lanzando un gemido.

—No puedo seguir, estoy terriblemente nerviosa.

Miró a Foinet, el cual venía hacia ellos en compañía de mistress Otter. Ésta, bonachona, mediocre, contenta de sí, se daba aires de importancia. Foinet se colocó ante el caballete de una inglesita mal vestida que se llamaba Ruth Chalice. Poseía unos bellos ojos negros, lánguidos y apasionados, y un rostro delgado, ascético y al mismo tiempo sensual. Su piel era del color del viejo marfil, que estaba de moda en aquella época debido a la influencia de Burne-Jones. Foinet parecía estar de buen humor. No le dijo gran cosa, pero con unos cuantos trazos de carboncillo, rápidos y decididos, corrigió los errores. Cuando el maestro se volvió a poner de pie, mistress Chalice estaba radiante. Foinet se acercó entonces a Clutton. Philip, a su vez, comenzó a ponerse nervioso, pero mistress Otter le había prometido que le facilitaría las cosas. El profesor permaneció durante un momento ante el diseño de Clutton, mordiéndose el pulgar sin decir una palabra. Luego, con aire distraído, escupió en la tela el trocito de piel que se había arrancado con los dientes.

—Esta línea está bien —dijo por fin indicando con el dedo lo que le gustaba—. Empieza usted a aprender a dibujar.

Clutton no respondió, pero miró al profesor con su acostumbrado aire de indiferencia por la opinión de los demás.

—Empiezo a creer que posee usted una brizna de talento.

Mistress Otter, que no sentía simpatía por Clutton, se apretó los labios. A ella le parecía que en el trabajo de Clutton no había nada de extraordinario. Foinet tomó asiento y entró en detalles técnicos. Mistress Otter empezó a sentirse cansada de estar

en pie. Clutton no hablaba, pero asentía con el gesto, y el profesor notó con satisfacción que el joven escuchaba todo lo que le estaba diciendo y que lo comprendía. Generalmente, los otros también le escuchaban, pero no le comprendían. A continuación Foinet se levantó y se acercó a Philip.

—Viene sólo desde hace dos días —se apresuró a explicar mistress Otter—. Es un principiante. No ha estudiado nunca.

—*Ça se voit* —contestó el maestro.

Y pasó adelante. Mistress Otter le murmuró al oído:

—Ésta es la señorita de que le he hablado.

Foinet la miró como si fuera un animal repugnante y su voz adoptó un tono áspero.

—Al parecer, cree usted que no me intereso bastante por usted y se ha quejado a la *massière*. Bien, muéstreme ahora el trabajo que desea que examine.

Fanny Price enrojeció. Bajo su piel enfermiza la sangre tomaba un extraño tinte violáceo. Sin responder, mostró el dibujo en el que trabajaba desde principios de semana. Foinet tomó asiento.

—Bien, ¿qué quiere usted que le diga? ¿Que es bueno? ¡No lo es! ¿Que está bien dibujado? ¡No lo está! ¿Que tiene mérito? ¡No lo tiene! ¿Quiere usted que le indique los errores? Todo el dibujo es un puro error. ¿Desea usted saber qué es lo que debe hacer? Romperlo y tirarlo. ¿Está usted ya satisfecha?

Miss Price palideció intensamente. Estaba sumamente irritada porque el maestro había dicho todas aquellas cosas delante de mistress Otter. Aunque hacía tiempo que estaba en Francia y sabía el francés, lo hablaba muy raras veces.

—No tiene usted derecho para tratarme así —masculló en inglés—. Mi dinero vale tanto como el de los otros. Le pago para que me enseñe. Ésta no es forma de enseñarme.

—¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho? —preguntó Foinet.

Mistress Otter, titubeante, no tradujo las frases, pero miss Price repitió en un francés bastante desastroso:

—*Je vous paye pour m'apprendre*.

Con los ojos centelleantes de cólera, el maestro alzó la voz agitando el puño.

—*Mais, nom de Dieu*! ¡No puedo enseñarle! ¡Es más fácil dar lección a un camello! —Volvióse hacia mistress Otter—. ¿Cree usted que estudia para distraerse o bien cree de buena fe que podrá ganar dinero con la pintura?

—Pienso ganarme la vida como artista —contestó miss Price.

—Entonces tengo el deber de decirle que está usted perdiendo el tiempo. El hecho de que no tenga usted talento no importaría nada; de algún tiempo a esta parte el talento no importa gran cosa. Pero es que no tiene usted la más pequeña aptitud. ¿Cuánto tiempo hace que viene usted aquí? Un niño de cinco años dibujaría mejor

que usted. Le aconsejo solamente una cosa: renuncie a más tentativas inútiles. Podrá usted ganarse más fácilmente la vida como criada que como pintora. Mire.

Cogió un carboncillo que se rompió apenas lo apoyó en el papel; blasfemó, y, con el trozo que le había quedado en la mano, trazó algunas líneas firmes. Dibujaba rápidamente mientras hablaba, esputando airadamente las palabras.

—Mire. Estos brazos no tienen la misma largura. La rodilla es grotesca. Y se lo he dicho, un niño de cinco años… ¿No ve usted que no se sostiene sobre las piernas? ¡Y este pie!

A cada palabra el carboncillo trazaba una línea, y un momento después el trabajo al que Fanny Price había dedicado tanto tiempo estaba irreconocible; la confusión de líneas y de sombras era completa. Finalmente dejó el carboncillo y se puso en pie.

—Hará usted bien, mademoiselle, si intenta ser modista —consultó el reloj—. Son las doce. *A la semaine prochaine, messieurs*.

Miss Price empezó a coger lentamente su ropa. Philip se quedó el último para decirle alguna cosa consoladora. Pero no acertó a decirle otras palabras que éstas:

—Estoy disgustadísimo. ¡Qué animal de hombre!

La joven se volvió hacia él violentamente.

—¿Se ha quedado usted para decirme esto? Cuando tenga necesidad de su simpatía ya se la pediré. Le ruego que me deje pasar.

Salió por delante de Philip, y éste, encogiéndose de hombros, marchó cojeando hacia el Gravier.

—Le está bien empleado —dijo Lawson cuando Philip le contó lo ocurrido—. Tiene un carácter infernal.

Lawson era muy sensible a las críticas y, para evitarlas, hacía todo lo posible para no encontrarse en el estudio los días que iba Foinet.

—No me interesa la opinión de los demás sobre lo que hago. Ya sé yo si lo que hago es bueno o malo.

—Querrá usted decir que no le interesa la *mala* opinión de los otros —observó secamente Clutton.

A primera hora de la tarde Philip pensó en ir al Luxemburgo para ver los cuadros. Al atravesar el jardín encontró a Fanny Price, que se encontraba sentada en el banco de costumbre. Picado por la forma descortés con que ella había acogido su tentativa de decirle una cosa amable, fingió no verla. Pero Fanny se levantó y se dirigió hacia él.

—¿Me huye? —le dijo.

—De ningún modo. Pero creí que no quería usted ser molestada.

—¿Adónde va?

—Quiero ver el Manet, del cual he oído hablar.

—¿Quiere que vaya con usted? Conozco bastante bien el Luxemburgo. Podré

enseñarle dos o tres cosas interesantes.

Philip comprendió que, incapaz de presentarle excusas, miss Price le hacía aquel ofrecimiento para reparar su descortesía.

—Es usted muy amable. Con mucho gusto.

—Si prefiere ir solo, dígalo.

—Nada de eso.

Recorrieron la galería. La colección Caillebotte había sido expuesta recientemente, y por vez primera los aprendices de pintor podían examinar cómodamente las obras de los impresionistas. Hasta entonces éstas sólo eran visibles en casa de Durand-Ruel en la rue Laffite (y el comerciante —a diferencia de sus colegas ingleses, los cuales adoptaban ante los pintores un aire de superioridad— estaba siempre dispuesto a enseñar al más mísero aprendiz de pintor lo que deseaba ver), o en su domicilio particular, donde los martes no era difícil que le recibieran a uno, pudiendo admirar cuadros de fama mundial.

Miss Price condujo directamente a Philip ante la *Olympia* de Manet. El joven la miró en silencio y asombrado.

—¿Le gusta? —preguntó miss Price.

—No lo sé.

—Le aseguro que es el mejor cuadro del museo, exceptuando el *Retrato de mi madre*, de Whistler.

Le dejó cierto tiempo para que contemplase la obra maestra y luego le condujo ante un cuadro que representaba una estación ferroviaria.

—Éste es un Manet. *La Gare St.-Lazare*.

—Pero las vías no son paralelas —observó Philip.

—¿Qué importa? —dijo miss Price con acento altanero.

Philip experimentó una sensación de vergüenza. Fanny Price había aprendido la manera de hablar de los artistas e impresionaba al joven con la amplitud de sus conocimientos. Le fue explicando los cuadros con arrogancia, pero no sin competencia, y le demostró lo que los pintores habían intentado hacer y lo que él debía intentar a su vez. Hablaba haciendo muchos gestos con el pulgar, y Philip, para quien era nuevo todo lo que ella decía, la escuchaba con profundo interés, aunque al mismo tiempo muy sorprendido. Hasta la fecha había adorado a Watts y a Burne-Jones. Los bellos colores del primero y el dibujo afectado del segundo habían satisfecho las exigencias de su sensibilidad estética. El vago idealismo, el asomo de ideas filosóficas que existían en los títulos de los cuadros de ambos concordaban perfectamente con la función del arte tal como él la entendía a través de sus lecturas de Ruskin. Pero aquí era algo distinto. Ningún reclamo moral; la contemplación de estas obras no inspiraba a nadie el deseo de una vida más elevada y más pura.

Se sentía más que desconcertado. Por fin dijo:

—No puedo más. No creo poder observar más con provecho. Bajemos a sentamos en el jardín.

—Sí, es mejor no tragar demasiado arte de una vez.

Cuando estuvieron fuera, Philip le dio las gracias calurosamente por la molestia que se había tomado.

—¡Oh, no vale la pena! —respondió miss Price un tanto descortés—: Lo hago porque me divierte. Si quiere iremos mañana al Louvre y luego le conduciré al Durand-Ruel.

—Es usted muy amable conmigo.

—Por lo menos no cree usted, como los otros, que sea la peste.

—No —repuso sonriendo Philip.

—Creen que van a lograr que no vaya más al estudio, pero no se saldrán con la suya. Iré todo el tiempo que sea necesario. La historia de esta mañana es obra de Lucy Otter. Me ha odiado siempre. Ha creído que después de esto no iría más. Se sentiría muy satisfecha si no volviera. Tiene miedo de que yo sepa demasiadas cosas de ella.

La joven le contó una historia larga y complicada de la que resultaba que mistress Otter, aquella mujercita de aspecto tan decente, vivía rodeada de intrigas escabrosas. A continuación habló de Ruth Chalice, la muchacha que Foinet había elegido por la mañana.

—Ha tenido que ver con todos los que frecuentaban el estudio. Es una verdadera prostituta callejera, y, además, es sucia hasta el insulto. Hace un mes que no se baña; lo sé de cierto.

Philip escuchaba con cierto disgusto. Había oído hablar algo sobre miss Chalice, pero era ridículo suponer que mistress Otter, que vivía con su madre, no fuera de una virtud rígida. La mujer que caminaba a su lado poseía una lengua viperina que le causaba horror.

—No me importa nada lo que dicen. Continuaré. Sé que tengo talento. Lo siento. Me mataría antes que renunciar. ¡Oh!, no seré el primer caso en que se han reído de uno en la escuela y luego ha resultado que era el único genio del grupo. El arte es lo único que interesa, y deseo dedicarle toda mi vida. Se trata sólo de perseverar y de trabajar.

Atribuyó motivos vergonzosos a todos los que no la estimaban lo suficiente. Detestaba a Clutton y dijo que carecía de talento; brillante y superficial, no sabría, sin embargo, acabar una figura en todos los días de su vida. ¡Y Lawson! Un pequeño animal con sus cabellos rojos y sus pecas. Tiene tanto miedo a Foinet que ni siquiera quiere que vea sus obras.

—Al menos yo sé afrontarlo, ¿no es cierto? Y no me importa nada lo que diga Foinet. Sé que soy una verdadera artista.

Cuando llegaron a la calle donde ella vivía, Philip la dejó lanzando un suspiro de alivio.

XLIV

Sin embargo, cuando miss Price se ofreció a acompañarle el domingo siguiente al Louvre, Philip aceptó. La joven le enseñó la *Gioconda*, y Philip la contempló experimentando una ligera desilusión. Pero como había leído, hasta aprendérselas de memoria, las cincuenta frases con las que Walter Pater había añadido belleza al cuadro más célebre del mundo, se las repitió a miss Price.

—Todo es literatura —respondió la joven con cierto desprecio.

Le mostró las obras de Rembrandt, diciendo a propósito de este pintor algunas cosas justas. Se detuvo ante *Los discípulos de Emaús*.

—Cuando llegue usted a sentir la belleza de esto —declaró—, podrá decir que ha empezado a comprender la pintura.

Le llevó ante la *Odalisque* y la *Source* de Ingres. Era un guía autoritario. No permitía a Philip que contemplase las cosas que deseaba, sino que intentaba obligarle a que admirase aquello que ella admiraba. Estudiaba la pintura con desesperada seriedad, y cuando Philip, al pasar ante una ventana que se abría sobre las Tullerías, alegres y llenas de sol como un paisaje de Rafael, exclamó: «¡Dios mío, qué bello es! Detengámonos un momento», la mujer respondió con indiferencia:

—Sí, no es malo. Pero nosotros no hemos venido aquí más que para ver los cuadros.

La atmósfera otoñal, alegre y viva, embriagaba a Philip, y cuando hacia el mediodía atravesaron el gran patio del Louvre, sintió deseos de gritar: «¡Al diablo el arte!»

—¡Oiga! ¿Y si nos fuéramos a comer cualquier cosa en uno de los pequeños restaurantes del Boul-Mich?

Miss Price le lanzó una mirada escrutadora.

—Mi almuerzo me espera en casa —respondió.

—Se lo comerá usted mañana. Permítame que la invite.

—No veo por qué.

—Tengo mucho gusto en ello —dijo sonriendo Philip.

Atravesaron el puente y en la esquina del bulevar Saint-Michel vieron un restaurante.

—Entremos aquí.

—No, esto parece demasiado caro —repitió miss Price mientras continuaba andando con paso firme.

Philip se vio obligado a seguirla. Pocos pasos más allá hallaron un restaurante más pequeño, donde había ya unas diez personas comiendo sentadas en mesitas colocadas en la acera, bajo un toldo. En el escaparate podía leerse en gruesas letras blancas: *Déjeuner, 1’25, vin compris*.

—No encontraremos nada más económico y me parece que tiene buen aspecto.

Sentáronse en una mesa vacía y esperaron la *omelette* que era el primer plato. Philip contemplaba divertido a los que pasaban. Estaba cansado, pero era feliz.

—Mire aquel hombre que lleva blusa. ¡Qué tipo más perfecto!

El joven miró a miss Price y con gran sorpresa suya vio que tenía los ojos fijos en el plato, sin cuidarse del espectáculo que ofrecía la calle; dos grandes lágrimas le corrían por las mejillas.

—¿Qué diablos le ocurre? —preguntó Philip.

—Si me dice usted algo, me levanto y me voy.

El joven se desconcertó completamente. Pero, por suerte, en aquel momento llegó la *omelette*. Philip la partió por la mitad y empezaron a comer. El joven parecía quererse mostrar amable. Pero el almuerzo no resultó lo que se dice un éxito. El modo de comer de miss Price le quitó el apetito a Philip, que era muy melindroso. La joven comía haciendo mucho ruido, ávidamente, como un animal que estuviera en un corral, y después de acabar cada plato rebañaba con el pan, como si no quisiera dejar ni la más pequeña gota de salsa. Sirvieron luego queso de Camembert, y Philip sintió náuseas al ver que miss Price devoraba también la corteza. Si la joven hubiera estado a punto de morir de hambre, no habría devorado con tal ansia.

Verdaderamente, miss Price era un tipo extraño. Se la dejaba un día llena de cordialidad y no se sabía si al día siguiente iba a estar irritada y a ser descortés. Pero Philip aprendió mucho de ella, ya que miss Price, aunque no sabía dibujar, conocía todo lo que se podía enseñar y sus consejos resultaban muy útiles. También mistress Otter ayudó a Philip, así como miss Chalice que algunas veces le dirigió observaciones acertadas. Por otra parte, Philip aprendió también algo de las observaciones de Lawson y del ejemplo de Clutton. Pero Fanny Price se enfadaba cuando el joven pedía consejo a alguien que no fuera ella y luego al volver a solicitar su ayuda después de haber hablado con los demás, se la negaba con brutal descortesía. Sus compañeros Lawson, Clutton y Flanagan le gastaban bromas a propósito de esto.

—Vaya con cuidado —le decían—. Está enamorada de usted.

—¡Qué tontería! —decía riendo Philip.

La idea de que miss Price pudiera estar enamorada de él le parecía absurda. Al pensar en su realidad, en sus cabellos mal peinados, en sus manos sucias, en el vestido color castaño, manchado y deshilachado, que llevaba siempre, se estremecía. Claro que sufriría gran escasez de dinero, como todos los demás, pero por lo menos hubiera podido lavarse mejor y, con ayuda de un hilo y una aguja, arreglar un poco su vestido, dejándolo algo más decoroso.

Philip empezó a clasificar sus impresiones sobre las personas con las cuales estaba en contacto. Desde luego, no era tan ingenuo como en la época en que vivía en

Heidelberg, época que le parecía extremadamente lejana. En la actualidad experimentaba un gran interés por la humanidad y sentíase impulsado hacia el análisis y la crítica. Sin embargo, le era tan difícil conocer a Clutton, después de tres meses de intimidad cotidiana, como el primer día que le vio. Sus condiscípulos creían por lo general que era capaz de grandes cosas, y él corroboraba esta opinión, pero ni él ni los otros hubieran podido decir qué cosas hubiera hecho. Estuvo en varios estudios antes de frecuentar el de Amitrano: había estado en el de Julián, en el de Bellas Artes y en el de MacPherson, y permanecía más tiempo en el de Amitrano porque allí se hallaba más tranquilo. No le gustaba enseñar sus dibujos, y, contrariamente a los demás estudiantes de arte, no buscaba ni daba consejos. Se decía que en el pequeño estudio de la rue Campagne Première, que le servía también de dormitorio, tenía cuadros lo suficientemente bellos para hacerle famoso si hubiera consentido en exponerlos. No podía permitirse el lujo de pagar una modelo, pero se dedicaba a pintar naturalezas muertas, y Lawson hablaba constantemente de una bandeja de manzanas que, según sus afirmaciones, era una obra maestra. Era de gusto difícil, y teniendo un ideal que no lograba apresar, se mostraba insatisfecho del conjunto de sus obras; a veces le gustaba una parte de ella, el antebrazo o la pierna de una figura, un vaso o una taza de una naturaleza muerta. Entonces recortaba el trozo elegido y lo conservaba, destruyendo el resto de la tela. Por lo tanto, cuando alguno le pedía que le mostrara sus obras podía responderle que no tenía ni un solo cuadro que enseñar. En Bretaña había conocido a un pintor del cual nadie había oído hablar nunca, un tipo extraño que había sido agente de Bolsa. Clutton había sufrido la influencia de aquel individuo. Se alejaba de los impresionistas y buscaba penosamente una manera personal no sólo de pintar, sino de ver. Philip notaba en él algo extrañamente original. En el Gravier, donde comía, el Versalles o la Closerie des Lilas, donde pasaba la velada, Clutton se mostraba más bien taciturno. Permanecía sentado tranquilamente con una expresión irónica en su mortecino rostro. Sólo hablaba cuando comprendía que había la posibilidad de mostrarse ingenioso. Le gustaba agredir y se divertía cuando había alguien en quien poder ejercitar su espíritu sarcástico. De pintura sólo hablaba con dos o tres personas que le parecían dignas de ser sus interlocutores. Philip se preguntaba si verdaderamente había algo en él. Su silencio, la expresión extraña y el punzante humorismo producían la sensación de que se trataba de una personalidad. Pero todo esto podía no ser más que una máscara que cubriera lo más vacío.

Por el contrario, Philip llegó también a establecer una completa intimidad con Lawson. Éste era de un eclecticismo que le hacía simpático. Leía más que 4 mayor parte de sus condiscípulos, y, aunque sus ingresos eran modestos, compraba libros con el mejor deseo y no se mostraba remiso en prestarlos. De este modo Philip conoció a Flaubert y a Balzac, a Verlaine, a Heredia y a Villiers de L’Isle-Adam. Iban

juntos a los teatros de comedia y algunas veces al paraíso de la ópera Cómica. Vivía cerca del Odeón, y Philip compartió muy pronto la pasión de su amigo por las tragedias del siglo XIV y los sonoros alejandrinos. En la rue Taitbout estaban situados los Concerts Rouges, donde por sesenta y cinco céntimos podían escuchar música excelente y beber una bebida más que potable. Las sillas eran incómodas, la sala estaba atestada, el aire resultaba irrespirable debido al humo del tabaco malo, pero su juvenil entusiasmo los hacía indiferentes a tales molestias. A veces se acercaban al Bal Bullier. En tales ocasiones Flanagan se unía a ellos. El carácter excitable y la bulliciosa juventud de éste les hacía reír. Era un gran bailarín y a los diez minutos se había puesto a bailar con cualquier encargada de una tienda, con la que había hecho súbita amistad. El deseo de todos era tener una amante. La querida formaba parte de los accesorios de un estudiante de Bellas Artes en París y daba prestigio ante sus compañeros. Era algo de lo que uno podía vanagloriarse. Pero la dificultad estaba en que todos tenían apenas lo justo para vivir, y aunque se diga que la mujer francesa es tan hábil que tener una en casa cuesta tanto como vivir solo, lo cierto es que no era fácil encontrar una joven dispuesta a confirmar tal punto de vista. Se contentaba, pues, con envidiar y desear a las mujeres protegidas por los pintores que tenían ya un nombre y una posición. Era extraordinaria la dificultad que ofrecía esta cuestión en París. Lawson conocía a una muchacha y quedaba citado con ella. Durante veinticuatro horas se sentía invadido por una ola de lirismo y describía a cuantos hablaba la fascinación que emanaba de la joven conquistada. En tales casos, Lawson llegaba tarde a Gravier, de mal humor y exclamaba poco más o menos:

—¡Que se vaya al diablo! ¡Me han plantado una vez más! No sé lo que no les gusta de mí. ¿Será mi manera imperfecta de hablar el francés? ¿O serán mis cabellos rojos? ¡Pasa de la raya llevar en París un año y no haber logrado conquistar a ninguna!

—No conoces el modo de hacerlo —le espetaba Flanagan.

El americano poseía una larga y envidiable lista de triunfos, y aunque no creían todo lo que contaba, sus compañeros habían de rendirse a la evidencia; no todo era mentira. Pero él no buscaba una unión permanente. Tenía que permanecer dos años en París, pues había convenido con su familia que iría a París a estudiar pintura en lugar de ir a la Universidad. Pero cuando acabase tal período volvería a Seattle para cuidarse de la hacienda paterna. Decidido a divertirse todo lo que pudiera durante aquellos meses, buscaba amores variados en lugar de buscarlos duraderos.

—No sé qué haces para atraparlas —decía Lawson furibundo.

—No es nada difícil atraparlas, muchacho —respondía Flanagan—. No hace falta otra cosa que ir al bulto. Lo difícil es librarse luego, de ellas. Para esto me hace falta mucho tiento.

Philip estaba demasiado ocupado con su trabajo, con los libros, con las comedias

y con las conversaciones de sus amigos para sentir deseo de una amistad femenina. Pensaba que ya tendría tiempo para dedicarse a ello cuando dominara mejor la lengua francesa.

Hacía más de un año que no veía a miss Wilkinson y durante su primera semana de estancia en París había estado demasiado ocupado para poder responder a una carta de ella recibida en Blackstable. Cuando llegó otra, creyendo que estaría llena de reproches, la dejó aparte con la idea de abrirla luego, pero se olvidó de ello y la encontró un mes más tarde en el fondo de un cajón, cuando buscaba un par de calcetines sin agujeros. Miró consternado la carta cerrada; temía que miss Wilkinson hubiera sufrido mucho y se sentía culpable de veras. Aunque probablemente ella ya había superado lo peor. Pensó que las mujeres son a veces excesivas en sus expresiones. Empleadas por ellas, éstas tenían menor significado que cuando las empleaban los hombres. Nada podría en la actualidad inducirle a volverla a ver. No valía la pena de escribir después de un silencio largo. Decidió, pues, no leer la carta.

«Supongo que no escribirá más —dijo para sí—. Debe de sospechar que la cosa ha terminado. ¡A fin de cuentas puede ser mi madre!»

Durante un par de horas experimentó algunos remordimientos. Su resolución era, indudablemente, justa, pero no podía, sin embargo, dejar de experimentar un sentimiento de descontento por todo aquel asunto. Miss Wilkinson, en efecto, no escribió más ni, como había temido, se presentó en París para ponerle en ridículo ante sus amigos, y poco después la olvidó.

Mientras tanto renegaba abiertamente de los viejos ídolos. El estupor con que en los primeros tiempos había contemplado las obras de los impresionistas se había transformado en admiración. Actualmente hablaba con el mismo énfasis que los demás de Manet, Monet y Degas. Compró una fotografía de un boceto de Ingres de la *Odalisque* y otro de la *Ohym*. Pendían de la pared encima de su lavabo, de modo que podía contemplar su belleza mientras se afeitaba. En la actualidad estaba convencido de que antes de Monet nadie había pintado paisajes y experimentaba una verdadera emoción ante *Los discípulos de Emaús*, o ante el cuadro de la *Mujer con la nariz picada de pulgas* de Velázquez. Verdaderamente no era éste el nombre del cuadro, pero en Gravier lo habían bautizado así para exaltar la belleza de la pintura, no obstante la apariencia más bien repulsiva de la modelo. Al igual que Ruskin, Burne-Jones y Watts, había abandonado el sombrero duro y la corbata azul con lunares blancos que llevaba puestos al llegar a París. Ahora salía a la calle con un sombrero blando de anchas alas, una corbata negra flotante y una capa de corte romántico. Se paseaba por el bulevar Montparnasse como si lo hubiera estado recorriendo desde que nació, y había aprendido, con una perseverancia digna de mejor causa, a beber ajenjo sin sentir asco alguno. Se dejaba crecer el cabello, y sólo porque la naturaleza es poco generosa con los deseos de la inmortalidad de la juventud no se dejó también la

barba.

XLV

Philip no tardó en darse cuenta de que todos sus amigos sufrían la influencia de Cronshaw. Lawson tomaba de él sus paradojas, y hasta Clutton, tan dispuesto siempre a aparecer original, se expresaba en los términos que insensiblemente había ido asimilando del otro. Eran suyas las ideas que se desarrollaban alrededor de la mesa, y era suya la autoridad en que fundamentaban sus juicios. Buscando una compensación del respeto que inconscientemente sentían por él, los jóvenes artistas se reían de su debilidad y de sus vicios.

—Ese pobre viejo no hará nunca nada que valga la pena —decían—. Es un caso desesperado.

Sin embargo, se sentían orgullosos de ser los únicos en apreciar su genio.

El poeta no iba nunca a Gravier. Desde hacía cuatro años vivía en pésimas condiciones, con una mujer que Lawson había visto sólo una vez, en un minúsculo alojamiento situado en el sexto piso de una de las casas más desconchadas del Quai des Grands Augustins. Lawson describió con vivacidad la suciedad y el desorden que reinaban allí.

—Se respira un hedor capaz de dejarle a uno sin respiración.

—No hables de eso mientras comamos, Lawson —protestó uno de los comensales.

Pero el joven no resistió el placer de dar pintorescos detalles sobre diversos olores. Con divertido realismo hizo el retrato de la mujer que había abierto la puerta: muy joven, morena, pequeña y gorda, y con un moño de cabellos negros que parecía siempre a punto de deshacerse. Carecía de busto y llevaba una blusa llena de manchas. Con las mejillas rojas, la boca grande y sensual, los ojos brillantes e impúdicos, recordaba a *La Bohèmienne* de Franz Hals que hay en el Louvre. Era de una marcada vulgaridad, que divertía y al mismo tiempo producía horror. Un niño sucio y raquítico jugaba en el suelo. Era notorio que aquella ramera traicionaba a Cronshaw con todos los jóvenes del barrio, y los ingenuos muchachos que absorbían alrededor de la mesa del café la sabiduría del poeta no acertaban a explicar cómo su penetrante inteligencia y su pasión por la belleza hubiera podido unirse a tal criatura. Pero parecía que Cronshaw era muy pobre. Ganaba escasamente para vivir, haciendo la crítica de las exposiciones de pintura para un par de periódicos de Londres, y algunas traducciones. Había sido corresponsal de un periódico inglés en París, pero le habían despedido por embriaguez. Sin embargo, de vez en cuando mandaba artículos sobre las ventas del Hotel Drouot o sobre algún espectáculo de café cantante. Tenía ya a París metido en la sangre. A pesar de las privaciones, miserias y escaseces de su existencia no hubiera aceptado nunca vivir en otro lugar. Permanecía en París todo el año, incluso en verano, cuando todos sus conocidos se iban, y sentíase

completamente en su casa mientras se supiese a un kilómetro del bulevar de St. Michel. Lo raro era que no llegó a aprender a hablar en francés aceptablemente y que sus trajes, comprados en la Belle Jardinière, conservaban una apariencia inequívocamente inglesa.

Aquel hombre hubiera gozado de grandes éxitos un siglo y medio antes, cuando el arte de conversar era un pasaporte que bastaba para ser acogido en la buena sociedad y la embriaguez no estaba considerada como una cosa vulgar.

—Yo hubiera tenido que vivir en el setecientos —decía—. Mis versos se habrían publicado a expensas de una suscripción y hubieran sido dedicados a un noble. Lo que a mí me falta es un mecenas. Me gustaría componer estrofas rimadas al perrito de una condesa. Mi alma aspira a los amores de una camarera y a las conversaciones de los obispos.

Citaba al romántico Rolla:

Je suis venu trop tard dans un monde trop vieux.

Le gustaba ver caras nuevas y miró con simpatía a Philip, el cual realizaba discretamente la difícil tarea de hablar lo suficiente para animar la conversación, pero no llegaba a impedir el monólogo. Philip se hallaba fascinado. No se le ocurría pensar en lo poco que había de nuevo en lo que decía Cronshaw. Aquel hombre, conversando, poseía un extraño poder. Estaba dotado de una voz bella y potente y presentaba las cosas de un modo que resultaban irresistibles para los jóvenes. Todo lo que decía suscitaba en los otros alguna idea, y a menudo, volviendo a casa, Lawson y Philip se acompañaban uno al otro unas cuantas veces, discutiendo algún problema que una frase pronunciada al azar por Cronshaw había sugerido. Para Philip, que tenía la manía juvenil de querer que todo tuviera un resultado práctico, era desconcertante que la poesía de Cronshaw no obtuviese mayor éxito. Sus producciones líricas no habían sido publicadas nunca en un solo volumen, sino uña a una en publicaciones periódicas. Después de haberse hecho mucho de rogar, Cronshaw llevó al café un montón de páginas de *The Yellow Book, The Saturday Review* y otras revistas, en cada una de las cuales había una poesía suya. Philip se mostró extraordinariamente sorprendido de encontrar en casi todas ellas reminiscencias de Henley y de Swinburne: era necesaria la espléndida manera de recitarlas de su autor para hacer que sus obras fueran personales. Philip no pudo menos de expresar su desilusión a Lawson, el cual, ni corto ni perezoso, repitió sus palabras, en cuando halló ocasión, al propio Cronshaw. La primera vez que Philip, después de esto, volvió a la Closerie des Lilas, el poeta le dijo, acompañando sus palabras con una dulce sonrisa:

—He sabido que no tiene usted un gran concepto de mis versos.

Philip se quedó de una sola pieza.

—Sólo puedo decir —respondió— que he experimentado un gran placer leyéndolos.

—No trate de halagar mi amor propio —replicó Cronshaw haciendo un gesto con su mano gordezuela—. Nunca he dado importancia a mi obra de poeta. La vida se ha hecho para ser vivida y no para servir de argumento a los escritores. Mi intención es aprovecharme de todas las experiencias que la vida ofrece y de gozar de las emociones que presenta. Considero mis versos como un gracioso pasatiempo que no absorbe la vida, sino que añade placer a ella. En cuanto a la posteridad… ¡Al diablo la posteridad!

Philip no pudo menos de sonreír, ya que saltaba a la vista que aquel maestro del arte de vivir no había hecho de su vida más que un fracaso. Cronshaw le miró pensativo y llenó su vaso. Luego mandó al camarero que le comprara un paquete de cigarrillos.

—Le divierte a usted oírme hablar así porque sabe que soy pobre, que vivo en un zaquizamí en compañía de una ramera que me engaña con los aprendices de peluquero y con los camareros de café, que traduzco obras de tercer orden para los lectores ingleses y que escribo artículos hablando de cuadros despreciables que no merecen ni que se diga nada malo de ellos. Pero, dígame, por favor: ¿cuál es el sentido de la vida?

—Es una pregunta bastante difícil. ¿No podría contestarse usted mismo?

—No, porque mi respuesta no tendría ningún valor. Es necesario descubrir por sí mismo el significado de la vida. Dígame: ¿para qué cree usted estar en el mundo?

Philip, que nunca se había preguntado aquello, reflexionó un momento antes de responder.

—No lo sé. Creo que para cumplir mi deber y hacer el mejor uso posible de mis facultades evitando hacer daño a los demás.

—En una palabra: hacer a los otros lo que quieras para ti.

—Eso es.

—Eso es el cristianismo.

—No, el cristianismo no tiene nada que hacer en esto —replicó Philip con vivacidad—. Esto es la moral abstracta.

—La moral abstracta no existe.

—En ese caso supongamos que usted, cuando se marche después de beber, olvida aquí su portamonedas y yo me lo encuentro. ¿Por qué cree usted que se lo restituiría? No sería ciertamente por tener miedo a la policía.

—Por miedo al infierno se odia el pecado y por la esperanza de ir al paraíso se practica la virtud.

—Pero yo no creo en el uno ni en el otro.

—Puede ser. Tampoco Kant creía en ellos cuando inventó el imperativo categórico. Usted ha rechazado una fe, pero ha conservado la moral sobre la que esa fe estaba fundada. Desde todos los puntos de vista continúa usted siendo cristiano, y si en el cielo hay un Dios, sin duda alguna recibirá usted su recompensa. No puede concebirse que el Omnipotente sea tan insensato como lo pintan las diversas iglesias. Si usted observa sus leyes, es seguro que no le importará un bledo que crea usted en Él o deje de creer.

—Pero si yo olvidase mi portamonedas, también usted me lo restituiría con toda seguridad.

—Pero no por motivos de moral abstracta, sino simplemente por temor a la policía.

—Hay mil probabilidades contra una de que la policía no lo llegaría a descubrir.

—Mis antepasados han vivido tanto tiempo civilizados que el miedo a la policía vive innato dentro de mí. *La fille de mon concierge* no vacilaría un momento. Me argüirá usted que pertenece a la clase criminal. Nada de eso. Sencillamente: ignora los prejuicios vulgares.

—Pero esto es abolir todas las nociones de honor, virtud, bondad y honestidad.

—¿Ha cometido usted alguna vez un pecado?

—No lo sé, pero creo que sí.

—Habla usted como un cura disidente. Yo no he pecado jamás.

Con su abrigo raído, su cuello alzado, su sombrero metido hasta las orejas y sus ojillos brillantes, Cronshaw aparecía extraordinariamente cómico. Pero Philip tomaba las cosas demasiado en serio para pensar en reír.

—¿No se arrepiente usted de nada de lo que ha hecho?

—¿Cómo puedo arrepentirme si todo lo que he hecho era completamente inevitable? —exclamó Cronshaw.

—Pero eso es fatalismo.

—La ilusión del libre albedrío está tan bien arraigada en nosotros que yo la acepto. Obro como si fuera completamente libre. Pero una vez consumada una acción me doy cuenta de que todas las fuerzas del universo han conspirado para ello y que nada del mundo hubiera podido impedirla. Era inevitable. Por lo tanto, si es buena, no tiene ningún mérito, y si es mala, nadie me puede acusar.

—La cabeza me da vueltas —dijo Philip.

—¿Un poco de whisky? —Y Cronshaw le entregó la botella—. No hay nada mejor para aclarar las ideas. Si continúa usted bebiendo cerveza se va a volver idiota.

Philip negó con la cabeza y Cronshaw continuó:

—No es usted un muchacho despreciable, pero no quiere usted beber. La sobriedad estropea las conversaciones. Pero cuando yo hablo de lo que está bien y de lo que está mal… —reanudaba ahora el hilo del discurso— claro está que hablo de

modo convencional. No atribuyo ningún significado a estas palabras. Me niego a establecer una jerarquía de las acciones humanas y a declarar que unas son dignas y las otras indignas. Los términos «vicio» y «virtud» no tienen ningún significado para mí. No confiero elogios ni acuso a nadie; sólo acepto.

—Pero en el mundo hay también otras personas —objetó Philip.

—Hablo por mí. Me doy cuenta de que existen los otros solamente cuando limitan mi actividad. En torno a todos nosotros gira el mundo, y cada uno se cree el centro del universo. Lo que yo no soy capaz de hacer: he aquí lo único que limita mis posibilidades. Vivimos en sociedad porque somos gregarios y la sociedad está unida por la fuerza de las armas —he aquí la policía— y por la fuerza de la opinión pública —he aquí la chismografía del barrio—. Por una parte tiene usted a la sociedad y por la otra al individuo; cada uno es un organismo que lucha por su propia observación. Potencia contra potencia. Yo estoy solo, obligado a aceptar a la sociedad aunque no es que cumpla tal obligación de mala gana, ya que soy débil, y la sociedad, a cambio de los impuestos que pago, me protege contra el más fuerte. Eso sí, me someto a sus leyes sólo porque debo hacerlo, pero no reconozco a la justicia. No conozco a la justicia; conozco solamente el poder. En cuanto he pagado mis impuestos para que la policía me proteja y he hecho mi servicio militar, si es que vivo en un país en que existe servicio militar obligatorio, en el ejército que defiende mi casa y mi país contra cualquier invasión, estoy en paz con la sociedad. La sociedad ha promulgado leyes para mi propia defensa y si yo las contravengo me mete en la cárcel o me mata. Tiene poder para ello, aunque no tenga derecho. Si contravengo las leyes he de aceptar el castigo establecido, pero sin considerarlo como castigo ni estar persuadido de haber hecho nada malo. La sociedad trata de atraerme con el anzuelo de los honores, las riquezas, y la buena opinión de los otros me es completamente indiferente, desprecio los honores y puedo prescindir de los beneficios de la riqueza.

—Pero si todos pensaran como usted se acabaría el mundo.

—No me importa nada. Me importo sólo yo. Me aprovecho de lo que la mayoría del género humano hace, que marcha siempre en pos de la recompensa, cosa que directa o indirectamente me sirve y me conviene.

—Es una manera muy egoísta de considerar las cosas.

—¿Cree usted que los hombres obren por otro motivo que por su egoísmo?

—Sí.

—De ningún modo. Por el contrario, comprenderá usted que la primera condición para hacer el mundo soportable es reconocer el inevitable egoísmo de la humanidad. Usted aboga en favor del altruismo de los otros. Y es absurdo pedir que ellos sacrifiquen su deseo al de usted. ¿Por qué iban a hacerlo? Cuando se convenza usted dé eso, pedirá menos a sus semejantes. No los desdeñará usted y les mirará con un espíritu más caritativo. Los hombres buscan en la vida una sola cosa: su placer.

—¡No, no y no!

Cronshaw se sonrió maliciosamente.

—Se rebela usted porque uso una palabra a la que el cristianismo de ustedes atribuye un significado peyorativo. En la escala de valores de ustedes el placer se encuentra en el último escalón y se complacen en hablar de deberes, de caridad y de franqueza. Para ustedes, cuando se habla de placeres, no existen más que los de los sentidos. Los desgraciados esclavos creadores de la moral de ustedes despreciaban una satisfacción que les estaba prohibida dados los medios modestos que poseían. Sin embargo, el placer se esconde detrás de vuestra virtud. Si el hombre encuentra un placer dando limosnas, se dirá que es caritativo. Si le gusta trabajar para la sociedad, se dirá que se dedica al bien público. Pero es para proporcionarse un placer por lo que dan ustedes dos *sous* a un pobre, de la misma forma que para placer mío me bebo un vaso de whisky. Sólo que yo no solicito la admiración de nadie.

—¿No ha conocido usted a nadie que hiciera cosas que no le gustaban?

—No. La manera de preguntar de usted es errónea. Usted intenta decir que hay personas que aceptan una pena inmediata en lugar de un placer inmediato. La objeción es absurda, así como su modo de exponerla. Si un hombre obra de esta forma es con la esperanza de un mayor placer en el porvenir. Se sorprende usted porque cree que el placer es solamente sensual. ¡Muchacho! El hombre que muere por su país, muere porque esto le gusta, como otro come pepinillos a hurtadillas porque le gustan. Si los hombres pudieran preferir el dolor al placer, haría tiempo que la raza humana se habría acabado. —Cronshaw sonrió y dijo—: He aquí al Oriente fastuoso que le trae una respuesta.

Indicó a dos personas que en aquel momento entraban trayendo de la calle un soplo de aire frío. Eran orientales que se dedicaban a la venta ambulante de tapices y alfombras, y cada uno de ellos llevaba cierta cantidad en el brazo. Era domingo por la noche y el café estaba lleno. Los dos vendedores avanzaban entre las mesas, y en aquella atmósfera, densa, cargada de humo y de olores de humanidad, parecían traer un aire de misterio. Llevaban trajes claros, muy usados, y abrigos ligeros que mostraban la trama. Pero su cabeza aparecía cubierta con un turbante. Estaban pálidos por el frío. Uno era de mediana edad, con el rostro encuadrado por una barba negra. El otro, de unos dieciocho años, estaba picado de viruelas y sólo tenía un ojo. Pasaron ante Cronshaw y Philip.

—Alá es grande y Mahoma es su profeta —dijo Cronshaw con la mayor seriedad.

El viejo avanzó con una sonrisa servil y, después de haber lanzado una mirada oblicua a la puerta, con gesto rápido y furtivo mostró un dibujo pornográfico.

—¿Eres Mazr-el-Din, mercader de Alejandría, o traes tus mercancías desde Bagdad? Y ese joven tuerto, dime, ¿es acaso uno de los tres *calendar* cuya historia narró Sherezada a su señor?

La sonrisa del vendedor, que no había comprendido nada, se hizo más insinuante, y con gesto de conjurado le enseñó una cajita de sándalo.

—Mostradnos los tejidos inigualables de los telares orientales —dijo Cronshaw —, porque quiero extraer de ellos una moral para adornar un relato.

El oriental desplegó un tapete amarillo y rojo, vulgar y grotesco.

—Treinta y cinco francos.

—Querido tío, este trapo no ha conocido los telares de Samarcanda y estos colores no han sido fabricados en las tintorerías de Bujara.

—Veinticinco francos —dijo sonriendo obsequiosamente el mercader.

—A lo mejor es Tulle el lugar donde ha sido fabricada esta tela, o puede que en Birmingham, donde yo he nacido.

—Quince francos.

—Más vale que te vayas, amigo. Si no lo haces, los asnos salvajes van a ultrajar la tumba de tu abuela materna.

Imperturbable, pero dejando de sonreír, el oriental se marchó con su mercancía a otra mesa. Cronshaw se volvió de nuevo a Philip.

—¿Ha estado alguna vez en el museo de Cluny? Hay allí tapices persas que ostentan los colores más exquisitos y un dibujo cuya maravillosa complicación resulta deliciosa y sorprendente. En esos tapices encontrará usted el misterio de la belleza sensual de Oriente, las rosas de Hafiz y la copa de Ornar. Pero a poco que se fije verá usted muchas más cosas. Me había usted preguntado cuál es el significado de la vida. Vaya a ver esos tapices cualquier día de éstos y encontrará usted en ellos la respuesta.

—Se muestra usted misterioso.

—Estoy borracho.

XLVI

Philip descubrió que la vida en París era más costosa de lo que había previsto. En febrero, se había gastado la mayor parte del dinero que consiguió en Inglaterra. Era demasiado orgulloso para acudir a su tutor, y tampoco quería revelar su situación a su tía Louisa, pues era seguro que la pobre mujer habría hecho Dios sabe qué para mandarle alguna cosa de su bolsillo. Se trataba de resistir otros tres meses; al llegar a la mayoría de edad entraría en posesión de su pequeño patrimonio. Mientras tanto podía ir pasando con la venta de las pocas joyas heredadas de su madre.

Por entonces Lawson le propuso alquilar entre los dos un pequeño estudio que estaba libre en las proximidades del bulevar Raspail. Costaba muy poco y tenía, además, una habitación que podía servir de dormitorio. Puesto que Philip continuaba yendo por la mañana a la escuela, Lawson podía disponer durante aquellas horas del estudio. Después de haber pasado de una escuela a otra, Lawson se había persuadido de que habría trabajado mejor solo, y propuso tomar un modelo tres o cuatro días a la semana. En el primer momento Philip dudó ante el gasto que aquello suponía, pero hizo un presupuesto y resultó (tenía tal deseo de poseer un estudio que los cálculos fueron hechos muy minuciosamente) que no hubiera podido conseguirlo de haber continuado pagando el alojamiento que en la actualidad tenía. Pese a que el alquiler y los servicios de la portera costaban más bien caros, economizaba en el *petit déjeuner* que se preparaba con toda parsimonia. Un año o dos antes Philip se hubiera negado a compartir una habitación con otro a causa de su pie deformado. Pero su morbosa sensibilidad había ido disminuyendo: en París parecía que nadie reparaba en ello, y, sin olvidar su desgracia, Philip estaba lejos de creer que los demás se fijasen en ella continuamente.

Se instalaron y compraron dos camas, un lavabo, algunas sillas, y por primera vez experimentaron el orgullo de encontrarse en su propia casa. Era tal la excitación que los dominaba que la primera noche que se acostaron en «su casa» permanecieron de charla completamente desvelados hasta las tres de la madrugada, y al día siguiente se divirtieron tanto encendiendo el fuego, haciendo el café y tomándoselo en pijama, que cuando Philip llegó a Amitrano eran casi las once. Sentíase de excelente buen humor y, acercándose alegremente a Fanny Price, le dijo con tono amistoso:

—¿Cómo le va?

—Y a usted ¿qué le importa? —respondió Fanny.

Philip no pudo menos de reírse.

—No me rechace. Sólo deseo ser amable con usted.

—No sé qué hacer de su amabilidad.

—¿Cree usted que vale la pena pelearse también conmigo? —preguntó Philip con dulzura—. ¡Son ya tan pocas las personas con las que está usted en buenas

relaciones!

—Eso es cuenta mía, ¿no es verdad?

—Sin duda.

Philip se puso a trabajar preguntándose vagamente por qué se comportaba siempre con tanta aspereza Fanny Price. Llegó a la conclusión de que también a él le era antipática. Igual que a los demás. Sus condiscípulos se mostraban amables con ella sólo por temor al veneno de aquella lengua, ya que, tanto en la cara como por detrás, solía decirles cosas abominables. Philip, que estaba contento, no quería que ni siquiera miss Price experimentara hacia él sentimientos malévolos. Usó del mismo artificio que ya en otras ocasiones le valió para vencer su mal humor:

—Quería que viniera a echar una mirada a mi dibujo. Estoy un poco perplejo y no sé cómo arreglármelas.

—Mil gracias, pero tengo algo mejor que hacer.

Philip la miró sorprendido, pues la única cosa en la que podía contarse con la cortesía de Fanny era en los dibujos. La joven prosiguió en voz baja, vibrante de cólera:

—Ahora que Lawson se ha ido cree que puede volver nuevamente a mí. Muchas gracias. Busque otro que le ayude. Yo no soy plato de segunda mesa.

Lawson poseía el instinto pedagógico. Cuando encontraba algún «truco» era feliz participándoselo a los demás, y, como experimentaba un placer al enseñar, lo hacía con provecho. Philip había tomado la costumbre de sentarse a su lado, sin pensar que Fanny Price, devorada por los celos, le veía con creciente cólera pedir consejos a los otros.

—Se apresuró usted a dirigirse a mí cuando no conocía a nadie —continuó diciendo amargamente la joven—, y en cuanto ha hecho amistad con otros me ha dejado usted como si se tratara de un guante viejo. No me importa lo más mínimo, pero no me dejaré tomar el pelo por segunda vez.

En lo que decía había un asomo de verdad que irritó a Philip. En tono seco respondió lo primero que se le ocurrió.

—¡Váyase usted al diablo! Le pedía consejo sólo porque veía que le gustaba darlo.

La joven se estremeció, lanzándole una rápida mirada de angustia. A continuación dos lágrimas resbalaron por sus mejillas. Su aspecto era sucio y grotesco, Philip, ignorando el significado de aquella nueva actitud, volvió al trabajo. Turbado y lleno de remordimientos, no quiso, sin embargo, excusarse, temiendo que ella aprovechase la ocasión para tratarle mal. Durante dos o tres semanas Fanny no le dirigió la palabra, y Philip tras superar el leve disgusto que le produjo el no poder contar con los consejos de la muchacha, acabó por experimentar una sensación de alivio al verse libre de una amistad tan pesada. Siempre se había sentido un poco desconcertado ante

el aire autoritario que miss Price asumía con él. Verdaderamente era una extraña criatura. Llegaba a las ocho en punto al estudio y en cuanto el modelo se colocaba empezaba a trabajar. Dibujaba constantemente, sin hablar con nadie, luchando hora tras hora contra las dificultades que no acertaba a superar, hasta que daban las doce. Su trabajo no adelantaba nada. No había en él ni el más lejano rasgo de lo que llegaban a hacer los principiantes tras unos meses de trabajo. La joven llevaba siempre el mismo horrible vestido de color castaño, con barro del último día de lluvia y el roto que Philip había notado el primer día y que aún estaba por remendar.

Pero una mañana Fanny se le acercó y con el rostro encendido le preguntó si podría hablarle después de la sesión.

—Desde luego —repuso sonriendo Philip—. La esperaré a mediodía.

Cuando acabó la sesión se acercó a ella.

—¿Quiere usted andar un poco conmigo? —preguntó miss Price mirando turbada a otro lado.

—Con mucho gusto.

Caminaron un trecho en silencio.

—¿Se acuerda usted de lo que me dijo el otro día? —preguntó de pronto la mujer.

—¡Oh, por Dios, no disputemos! No vale la pena.

Fanny Price empezó a respirar más rápidamente.

—No tengo ningún deseo de pelearme con usted. Usted es el único amigo que he tenido en París. Creía que sentiría usted un poco de simpatía por mí. Tenía la esperanza de que entre nosotros hubiera algo. Me sentía atraída hacia usted… Comprenda lo que quiero decir, por su pie.

Philip enrojeció e instintivamente intentó andar sin cojear. Le desagradaba que se hicieran alusiones a su deformidad. Comprendía lo que Fanny quería decir. Fea y poco agraciada, le parecía que la deformidad de su condiscípulo establecía entre ellos cierto lazo. Philip sintió que la cólera se apoderaba de él, pero hizo esfuerzos para dominarla.

—Dijo usted que me pedía consejo porque con ello me producía un placer. ¿Cree usted que mi dibujo no vale nada?

—Sólo he visto lo que usted está haciendo en Amitrano. Es difícil juzgar por una sola cosa.

—¿Quiere usted ver mis obras? No se las he enseñado a nadie. Me gustaría que las viera.

—Es usted muy amable. Las veré con gusto.

—Vivo aquí cerca —añadió la joven como si se excusara—. Tardaremos en llegar sólo diez minutos.

—Muy bien.

Atravesaron el bulevar y entraron en una calle lateral y luego en otra más

estrecha, en la que había míseros tenduchos, hasta que se pararon. Subieron una escalera interminable y entraron en un zaquizamí de techo inclinado, cuyas ventanas daban a un patio. La habitación estaba cerrada y dentro de ella se respiraba un olor nauseabundo. A pesar del frío no había nada que demostrase que alguna vez se encendía fuego. La cama estaba deshecha. El mobiliario consistía en una silla, un aparador que también servía de lavabo y un modestísimo caballete. Sobre la chimenea, entre un montón de tubos de pintura y pinceles, había una taza, un plato sucio y una tetera.

—Si se coloca usted en esta parte, lo pondré sobre la silla. Desde aquí lo verá usted mejor.

Le enseñó una veintena de telas aproximadamente de sesenta centímetros por cuarenta. Las colocaba sobre la silla una después de la otra, observando la mirada de Philip. Éste no hizo el menor signo ante ninguna.

—Le gustan, ¿verdad? —le dijo con acento de ansiedad al poco rato.

—Prefiero verlas primero todas. Luego hablaré.

Trataba de concentrar sus ideas, pues estaba como horrorizado. Ignoraba lo que podía decir. No sólo estaba todo mal dibujado y los colores eran empleados como lo hubiera hecho un aficionado, sino que estaban hechos con un completo desconocimiento de los valores, y la perspectiva era francamente grotesca. Parecía la obra de un chiquillo de cinco años, pero un niño hubiera intentado al menos copiar lo que veía, mientras que aquello era la obra de una mente vulgar llena de reminiscencias. Philip recordó que aquella mujer le había hablado con entusiasmo de Monet y de los impresionistas. Pero en las obras que tenía delante no había más que las peores tradiciones de la Royal Academy.

—¡Se acabó! —dijo finalmente—. Todo está aquí.

Philip no era más puro que cualquier otro, pero decir una mentira tan enorme le resultaba difícil. Enrojeció extraordinariamente al responder:

—Me parecen excelentes.

El rostro enfermizo de la muchacha se coloreó ligeramente y una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—No debe usted decir eso si no lo piensa.

—Pero si he dicho lo que pienso.

—¿Ninguna crítica? Seguramente habrá alguna tela que le guste menos que las otras.

Philip miró a su alrededor, turbado y al mismo tiempo con desaliento. Vio un paisaje, el típico «rincón pintoresco» de los aficionados, con el viejo puente, la cabaña cubierta de plantas trepadoras, el río que se pierde entre el ramaje.

—Desde luego, no pretendo entender —dijo—, pero no estoy seguro de si los valores en ese cuadro son exactos.

Fanny Price enrojeció y volvió rápidamente el cuadro contra la pared.

—No sé por qué ha elegido éste para ejercitar su crítica. Es la mejor pintura que he hecho. Estoy segura de que los valores son exactos. Esto es una cosa que no se puede aprender. Se tiene el sentido de los valores o no se tiene.

—En conjunto sus telas me parecen excelentes —repitió Philip.

La joven le contempló con aire satisfecho.

—Creo que no hay ninguna de la que deba avergonzarme.

Philip miró el reloj.

—Se hace ya tarde, ¿sabe? ¿Me permite que la invite a comer?

—Tengo ya la comida preparada aquí.

Philip no vio rastro de ella, pero pensó que seguramente la *concierge* se la llevaría más tarde. Aquel vaho le producía dolor dé cabeza.

XLVII

Marzo fue un mes muy agitado para los que pensaban acudir al Salón. Clutton, naturalmente, no tenía nada preparado y mostró un gran desprecio hacia las dos cabezas enviadas por Lawson. Era, evidentemente, la obra de un estudiante; honrados retratos del modelo, pero poseían cierto carácter. Clutton, que tendía a la perfección, no era indulgente con los esfuerzos en los que se traslucían los titubeos, y, alzando los hombros, le dijo a Lawson que era una impertinencia exponer cosas que no debieran haber salido nunca del estudio. Su desprecio no disminuyó cuando las dos cabezas fueron aceptadas. También Flanagan probó suerte, pero su cuadro fue rechazado. Mistress Otter envió un impecable *Portrait de ma mère,* vulgar y sin errores, que fue colocado en excelente sitio.

Hayward, a quien Philip no había vuelto a ver desde su partida de Heidelberg, llegó a París para pasar algunos días, a tiempo para asistir a la pequeña fiesta que Philip y Lawson celebraban en su estudio en honor de este último. Philip se había hecho muchas ilusiones al pensar que iba a volver a ver a su amigo, pero se sintió un poco desilusionado. Hayward había cambiado algo. Sus cabellos se habían vuelto más ralos y, como los de todos los rubios, aparecían ahora incoloros y un tanto lacios. También sus ojos azules se habían aclarado. Su mente, en cambio, parecía como si se hubiese oscurecido, y la cultura que había impresionado a Philip cuando tenía dieciocho años suscitaba un poco de desprecio en el Philip de veintiuno. Éste miraba con desdén las opiniones que en un tiempo había tenido sobre el arte, sobre la vida y sobre la literatura, y escuchaba con impaciencia a los que las conservaban. Sin darse cuenta deseaba hacer ostentación de sus nuevas ideas ante Hayward, pero cuando fueron juntos a los museos, le soltó de pronto todas las opiniones revolucionarias que había adoptado recientemente. Le condujo ante la *Olympia* de Manet y le dijo en tono declamatorio:

—Daría todos los viejos maestros, exceptuando a Velázquez, Rembrandt y Vermeer, por este cuadro sin par.

—¿Quién es Vermeer? —preguntó Hayward.

—¿Cómo? ¿No conoce usted a Vermeer? No está usted civilizado, amigo mío. No puede usted vivir un minuto más sin conocerle. Es el único de los viejos maestros que pintaba como los modernos.

Arrastró a Hayward fuera del Luxemburgo y lo condujo rápidamente al Louvre.

—Pero ¿no hay otros cuadros aquí? —preguntó Hayward, que era un turista concienzudo.

—Ninguno que valga la pena de ser visto. El resto puede usted venir solo con su Baedeker a verlos.

Llegaron al Louvre, Philip le hizo atravesar la gran galería.

—Quisiera ver la *Gioconda* —objetó Hayward.

—¡Literatura! —exclamó Philip.

Finalmente, en una de las salas pequeñas, Philip se detuvo ante *La encajera* de Vermeer van Deltf.

—Éste es el mejor cuadro del Louvre. Un verdadero Manet.

Con un expresivo y elocuente ademán, Philip subrayaba las particularidades de aquella obra exquisita. Empleaba la jerga de los pintores, exagerando los efectos.

—No sé lo que encuentra usted de extraordinario —dijo Hayward.

—Evidentemente se trata de pintura pura —repuso Philip—. Comprendo que el profano no repare en su belleza.

—¿Quién?

—El profano.

Como muchas personas aficionadas al arte, Hayward estaba muy lejos de creer que tuviera razón. Dogmático con los tímidos, era de una gran modestia con los que se mostraban seguros de sí mismos. Impresionado por la seriedad de Philip, no discutió la implícita jactancia del pintor, seguro de que éste era el único juez competente en materia de arte.

Un par de días después se celebró la fiesta de Lawson y Philip. Excepcionalmente aceptó el ir a comer con ellos, y miss Chalice ofreció encargarse de la cena. Pero amiga de su sexo declinó la propuesta de invitar a otras mujeres. Clutton, Flanagan, Potter y otros dos completaban la reunión. El moblaje era escaso, así que el tabladillo de los modelos fue utilizado como mesa. Los invitados podían sentarse sobre baúles y maletas, o, si lo preferían, en el suelo. El festín consistía en un *pot-au-feu* cocinado por miss Chalice, en una pierna de carnero asada, comprada en la salchichería, caliente y muy sabrosa —miss Chalice había cocinado las patatas y el estudio olía a zanahorias fritas, que era su especialidad—, seguidas de *poires flambées* al coñac, que Cronshaw había accedido a preparar. La comida debía terminar con un enorme *fromage de Brie*, que estaba junto a la ventana y añadía su agudo perfume a los otros de que estaba lleno el estudio. Cronshaw se Sentó en el sitio de honor, sobre una maleta de tela, con las piernas cruzadas a la turca y dirigiendo una radiante sonrisa a la juventud que le rodeaba. Por la fuerza de la costumbre, aunque el pequeño estudio estuviera calentado por la estufa, no se quitó el sombrero ni el abrigo, permaneciendo con el cuello levantado. Miró con satisfacción las cuatro botellas de chianti que había ante él, dos a cada lado de una botella de whisky, y dijo que le parecía estar viendo a una delicada y rubia circasiana guardada por cuatro corpulentos eunucos. Hayward, para no desentonar de los otros, se había puesto un traje de lana a cuadros y una corbata también a cuadros. Resultaba grotescamente inglés. Los otros se mostraban estudiadamente corteses con él, y durante la sopa hablaron del tiempo y de la situación política. Hubo una pausa mientras se esperaba la pierna de carnero; miss

Chalice encendió un cigarrillo.

—¡Rampunzel, Rampunzel, desátame el cabello! —dijo de pronto.

Con elegancia se desató un lazo y las crenchas le cayeron sobre los hombros. Agitó la cabeza.

—Me siento mejor cuando tengo el cabello suelto.

Con sus grandes ojos oscuros, el rostro afilado y ascético, la piel clara y la frente ancha, parecía arrancada de un cuadro de Burne-Jones. Tenía unas bellas y delicadas manos pese a los dedos manchados de nicotina. Vestida de verde y lila llevaba con ella la atmósfera romántica de High Street, en Kensington. Poseía un aire de estética decadente y viciosa, pero en realidad era una excelente criatura, buena y generosa, y su actitud no era sino superficial.

Llamaron a la puerta y todos lanzaron un grito de alegría. Miss Chalice se levantó y fue a abrir. Recibió la pierna y la mantuvo en alto como si fuera la cabeza del Bautista en bandeja de plata. Luego, con el cigarrillo todavía en los labios, avanzó con paso hierático.

—¡Salve, hija de Herodías! —gritó Cronshaw.

El carnero fue devorado con verdadero gusto, y todos observaron con placer el buen apetito de la muchacha. Clutton y Potter estaban a su lado, y todos sabían que para ninguno de los dos había sido demasiado severa. Miss Chalice se cansaba de casi todos sus amantes después de un mes y medio, pero sabía cómo tratarlos a continuación, no guardando ningún rencor hacia ellos porque después de haberlos amado no le siguieran gustando. Los trataba cordialmente, pero sin familiaridad. Mientras tanto, miraba a Lawson con ojos melancólicos. Las *poires flambées* tuvieron un gran éxito, debido en parte al coñac, y en parte a que miss Chalice sostuvo que era necesario comerlas con queso.

—No sé si es algo exquisito o si es algo a propósito para vomitar —dijo después de probar la mezcla.

El café y el coñac estuvieron lo bastante a punto para conjurar esta eventualidad, y todos se colocaron lo más cómodamente posible para fumar. Ruth Chalice, que en todas sus actitudes ponía algo artístico, se acurrucó junto a Cronshaw y apoyó sobre el hombro del poeta su graciosa cabecita. Miraba en el oscuro abismo del tiempo con ojos pensativos, lanzando de vez en cuando una larga mirada a Lawson y suspirando profundamente.

Cuando llegó el verano todos aquellos jóvenes se vieron atacados de deseos de marcharse. El cielo azul los empujaba hacia el Norte y la agradable brisa que murmuraba entre las hojas de los plátanos de los bulevares les hacía desear el campo. Todos proyectaban salir de París mientras discutían la medida de las telas que iban a llevar, se proveían de cartones para los esbozos y confrontaban los méritos de varios lugares de Bretaña. Flanagan y Potter se marcharon a Concarneau; mistress Otter y su

madre, siguiendo su instinto natural, que las guiaba hacia las cosas más vulgares, fueron a Pont-Aven; Philip y Lawson se decidieron por el campo de Fontainebleau, y miss Chalice les consiguió un excelente alojamiento en Moret, donde había muchos rincones dignos de ser reproducidos. Por otra parte, el lugar estaba muy cerca de París y ni Philip ni Lawson estaban en disposición de gastar en tren. Ruth Chalice iba a pasar las vacaciones en el mismo sitio y Lawson pensaba hacerle un retrato al aire libre. Por aquel tiempo el Salón estaba lleno de retratos hechos en jardines, bajo la luz del sol, con la figura rodeada de centelleos y manchada con los verdes reflejos del follaje iluminado.

Los dos amigos preguntaron a Clutton si quería unirse a ellos, pero éste prefería pasar el verano completamente solo. Por entonces había descubierto a Cézanne y estaba impaciente por marcharse a Provenza. Pensaba en los cielos pesados, cuyo azul ardiente parecía próximo a fundirse en algo así como gotas de sudor; en las anchas calles, blancas y polvorientas, en los pálidos tejados requemados por el sol, en los olivos amarillos por el calor excesivo.

El día anterior a la fecha fijada para la marcha, después de la sesión matutina, Philip, mientras se quitaba su bata, se dirigió cordial y alegremente a Fanny:

—Me voy mañana por la mañana.

—¿Adónde? —preguntó rápidamente la joven—. ¿Deja usted París? —su rostro parecía entristecido.

—Estaré fuera todo el verano. ¿Usted no se marcha?

—No; me quedo en París. Creía que se quedaría también usted. Me figuraba…

Se interrumpió y alzó los hombros.

—Pero aquí hará un calor horroroso. ¿No estará usted molesta?

—¿Qué le importa a usted si estaré molesta o no? ¿Adónde se va usted?

—A Moret.

—Allí va también Chalice. ¿No va usted con ella por casualidad?

—No, voy con Lawson. Pero también irá ella. Sin embargo, no vamos juntos.

La joven emitió un sonido gutural y en su rostro apareció un sombrío rubor.

—¡Qué asco! ¡Y yo que me había creído que usted era un muchacho decente! Era usted una excepción aquí. Ha tenido que ver con todos: con Clutton, con Potter, con Flanagan, hasta con el viejo Foinet. Por eso se interesa él tanto por ella. Y ahora dos a la vez, usted y Lawson. Me produce náuseas.

—¡Qué tontería! Es una muchacha excelente. Se está con ella como con un compañero.

—¡Oh, cállese! No me diga más. ¡No me hable!

—Pero ¿qué le importa a usted? No debe preocuparle que yo pase las vacaciones en un sitio o en otro.

—¡Esperaba con tanta ansiedad esta temporada! —suspiró la muchacha casi

hablando consigo misma—. No creía que tuviera usted dinero para salir fuera, y aquí no habría quedado ningún otro; hubiéramos trabajado juntos y habríamos visto tantas cosas bellas como hay —sus pensamientos volvieron a Ruth Chalice—. ¡Esa asquerosa ramera! No es digna de que se le dirija la palabra.

Philip la observaba con el corazón en un puño. No era fatuo y no creía que ninguna muchacha pudiera enamorarse de él, consciente de su deformidad, torpe y tímido con las mujeres. No acertaba a explicarse de otro modo aquella explosión. Con un sucio traje de color castaño, con los cabellos que le caían sobre el rostro, desaseada y desordenada, Fanny Price permanecía en pie ante él: lágrimas de cólera le resbalaban por las mejillas. Era repugnante. Philip dirigió una mirada a la puerta esperando que alguien viniera a poner fin a aquella escena.

—Estoy desolado —dijo al fin.

—Es usted como todos los hombres. Toma usted solo lo que puede tomar sin dar las gracias siquiera. Le he enseñado cuanto usted sabe. Nadie se preocupó de usted. ¿Le ha mirado nunca Foinet? Y le digo una cosa: podrá usted trabajar aquí mil años, pero no hará nunca nada. No posee usted el menor talento, la más pequeña originalidad. No soy yo sola quien lo dice, lo dicen todos. No será usted nunca un artista.

—Tampoco esto le importa a usted lo más mínimo —repuso Philip poniéndose colorado.

—¡Oh!, cree usted que yo hablo así porque estoy enfadada, ¿verdad? Bien, pregúnteselo a Clutton, a Lawson, a Chalice. Jamás, jamás, jamás. No tiene usted nada dentro de sí.

Philip se encogió de hombros y salió. Y la mujer le gritó una vez más:

—¡Jamás, jamás, jamás!

Moret, en aquella época, era una pequeña ciudad a la antigua, situada en el límite del bosque de Fontainebleau, con una sola calle; Écu d’Or era una posada que conservaba aún algo en *ancien régime*. La habitación de miss Chalice tenía una terracita que daba sobre el río —el Loing—, con una bella vista sobre el viejo puente y la puerta fortificada. Por la noche, después de cenar, los tres se reunían en aquella terracita para tomar café y discutir de arte. Un poco más allá un estrecho canal, flanqueado de álamos, iba a morir en el río. Después del trabajo de la jornada, Philip, Lawson y miss Chalice iban a menudo a pasear río abajo. Pasaban el día pintando. Como muchos de su generación, el terror que les inspiraba lo pintoresco les producía una especie de obsesión, y volvían la espalda a las bellezas de la ciudad para buscar asuntos que carecían de la gracia que despreciaban. Sisley y Monet habían pintado aquel canal con sus álamos, y ellos querían intentar la reproducción de aquel típico rincón de Francia, pero, asustados ante su belleza convencional, decidieron evitarla.

Miss Chalice, dotada de una habilidad que impresionaba a Lawson a pesar de su desprecio por el arte femenino, empezó un cuadro en el que quiso evitar la vulgaridad dejando fuera la cima de los árboles; Lawson tuvo la brillante idea de colocar en primer término un cartel anunciador del Chocolat Menier, expresando así su desprecio hacia los asuntos que se encuentran en los estuches de confitería.

Philip empezaba por entonces a pintar al óleo. Sintió un estremecimiento de emoción la primera vez que se sirvió de este agradable sistema. Salía por la mañana con Lawson, llevando su caja de colores, y se sentaba a su lado poniéndose a pintar una pequeña tabla. Le producía tanta satisfacción que no se limitaba a hacer sólo una copia. Veía con los ojos de su compañero. Lawson pintaba en tonos oscuros y los dos veían el verde esmeralda de la hierba como si fuese una tela de terciopelo oscuro, mientras el esplendor del cielo era, bajo sus pinceles, casi violeta. Julio fue una bella sucesión de días en extremo calurosos. Aquel clima hacía que una intensa languidez se apoderase de Philip, el cual no tenía ánimos para trabajar. Pasábase la mañana a la orilla del canal, bajo la sombra de los álamos. Leía unas pocas líneas y luego estaba media hora soñando. A veces alquilaba una bicicleta desvencijada y avanzando por la polvorienta carretera llegaba hasta la floresta, tendiéndose en cualquier claro. Le parecía que entre los árboles erraban, alegres y ligeras, las damas de Watteau con sus caballeros, murmurando frases espirituales y frívolas a pesar de sentir el peso de un miedo sin nombre.

Estaban solos en la posada, a excepción de una gruesa francesa de mediana edad, una figura rabelesiana de sonora risa, la cual se pasaba la jornada junto al río, intentando coger peces inapresables. A veces, Philip bajaba a charlar con ella. De esta forma se enteró de que la mujer había pertenecido a una profesión cuyo miembro más notorio para nuestra generación ha sido «mistress Warren»[1]; como había sabido ahorrar, vivía ahora como una tranquila *bourgeoise*. Contó a Philip anécdotas picantes.

—Debe usted ir a Sevilla —le decía hablando un pésimo inglés—. Allí hay las mujeres más bellas del mundo.

Le miraba e inclinaba la cabeza; su triple barbilla y su vientre voluminoso se estremecían bajo los efectos de una risa contenida.

La temperatura había llegado a ser tan insoportable que durante la noche no se podía dormir. Parecía que el calor se mascase bajo los árboles, como algo tangible. Buena parte de la noche permanecían en la terraza de Ruth Chalice, demasiado cansados para poder hablar, pero gozando voluptuosamente de aquella calma. Escuchaban el murmullo del río. El reloj de la iglesia daba la una, las dos y a veces las tres antes de que se decidieran a marcharse a la cama. De súbito Philip se dio cuenta de que Lawson y Ruth eran amantes. Lo adivinó en el modo como la muchacha miraba al pintor y por los aires de dueño que él se tomaba. Una especie de

efluvio los circundaba. La revelación le produjo una gran impresión. Había considerado a miss Chalice como un buen compañero con el que hablaba de buena gana, pero nunca creyó posible que pudiera tenerse con ella una relación más íntima. Un domingo se fueron al bosque llevando con ellos la merienda. Cuando llegaron a un claro de apariencia bastante selvática miss Chalice quiso quitarse las medias y los zapatos. Habría sido una cosa bonita si no hubiese tenido los pies tan grandes y un grueso callo en el dedo de en medio. Esto la hizo aparecer un tanto ridícula a los ojos de Philip. Pero al mismo tiempo la veía desde un punto de vista distinto. En sus grandes ojos y en su piel de tono oliváceo había un no sé qué de dulce y femenino, y se llamaba tonto a sí mismo por no haberse dado cuenta antes de que era atrayente. Creía percibir en la muchacha un ligero desprecio hacia él porque no había tenido la habilidad de aprovechar la ocasión, y en Lawson un asomo de superioridad. Envidiaba a su compañero y sentía celos, no de él, sino de su amor. Hubiera querido estar en su puesto y sentir con su corazón. Se sentía turbado, temeroso de que el amor pasara ante él sin detenerse. Deseaba verse entre las redes de una pasión. Anhelaba sentirse transportado y zarandeado por un arrebato de pasión irresistible. Miss Chalice y Lawson le parecieron ahora muy diferentes de antes y su compañía hacía que se sintiera inquieto. Estaba descontento de sí. La vida no le daba lo que esperaba; experimentaba la desagradable sensación de estar perdiendo el tiempo.

La voluminosa francesa no tardó en adivinar las relaciones de la pareja y habló a Philip con gran desenfado.

—¿Y usted? —le preguntó con la sonrisa tolerante del que está acostumbrado a los vicios del prójimo—. ¿No tiene usted una *petite amie*?

—No —contestó Philip enrojeciendo.

—¿Por qué no? *C'est de votre âge*.

Philip encogió los hombros. Llevaba en la mano un volumen de Verlaine y se alejó. Intentó leer, pero su turbación era demasiado grande. Pensó en los amores fortuitos conocidos por él gracias a Flanagan, en las visitas fugaces a cierta casa donde había un salón con divanes cubiertos de terciopelo, en la gracia mercenaria de las mujeres que usaban afeites. Se estremeció, y, echándose sobre la hierba, se estiró como un animal recién despierto, y el murmullo del agua, los álamos que temblaban suavemente bajo la presión de la leve brisa, el cielo azul, le parecieron casi insoportables. Estaba enamorado del amor. En su excitación sintió sobre su boca unos labios ardientes y alrededor de su cuello la caricia de unas manos suaves. Se imaginó a sí mismo entre los brazos de Ruth Chalice y pensó en los ojos negros de la muchacha y en su magnífica piel. Había sido tonto no aprovechando tan maravillosa aventura. Si Lawson había triunfado, ¿por qué no podía triunfar él? Todo eso se lo decía a sí mismo cuando no la veía, cuando yacía en el lecho despierto o soñaba a la orilla del canal. Pero ante ella sus sentimientos cambiaban. No sentía el menor deseo

de cogerla entre sus brazos ni podía pensar en la eventualidad de besarla. Era algo muy extraño. Lejos de ella, la creía bella, recordando sólo sus magníficos ojos y la suavidad de su piel opaca. Pero cuando se encontraba junto a ella veía sólo que carecía de pecho, que tenía los dientes cariados y, además, le era imposible olvidar sus callos. No conseguía comprenderse a sí mismo. ¿Estaría condenado a amar siempre a distancia y sin alegría por su afán de exagerar los defectos físicos?

No se disgustó cuando el cambio de tiempo que anunciaba el fin del verano los hizo regresar a París.

XLVIII

Cuando volvió a Amitrano, Philip no encontró allí a Fanny Price. La muchacha había restituido la llave de su armario a mistress Otter, la cual, a la pregunta de Philip, respondió que probablemente Fanny había regresado a Inglaterra. Philip experimentó una sensación de alivio. El mal carácter de aquella muchacha había acabado por fastidiarle de veras. Por otra parte, ella insistía en darle consejos, ofendiéndose cuando él no los seguía, sin darse cuenta de que ya no era el muchacho ignorante de los primeros tiempos. No tardó en olvidarla. Ahora pintaba al óleo y rebosaba de entusiasmo. Tenía esperanzas de hacer algo importante para enviarlo al año siguiente al Salón. Lawson estaba haciendo un retrato a miss Chalice. Un temperamento indolente, unido a una pasión por las posturas un tanto picarescas, hacían de ella una modelo excelente. Todos los jóvenes que habían sufrido su fascinación le hicieron su retrato, siempre y cuando sus conocimientos técnicos estuvieran a la altura de las circunstancias. Como la vocación artística de la muchacha consistía sobre todo en vivir la vida de los artistas, no le importaba su propio trabajo. Le gustaba el calor del estudio, la oportunidad de fumar innumerables cigarrillos, y hablaba con su voz baja y agradable del amor por el arte y del arte por el amor. No hacía muchos distingos entre ambas cosas.

Lawson pintaba infatigablemente, trabajando algunos días hasta casi no poderse tener en pie. A continuación rompía todo lo que había hecho. Era capaz de acabar con la paciencia de cualquiera menos con la de miss Chalice.

—La única cosa que he de hacer es coger una tela nueva y empezar desde el principio —dijo un día—. Ahora sé exactamente lo que quiero y no necesitaré mucho tiempo.

Philip se hallaba presente, y miss Chalice le preguntó:

—¿Por qué no hace usted también mi retrato? Aprenderá usted mucho observando lo que hace Lawson.

Lo de llamar a sus amantes por el apellido era una de las «delicadezas» de miss Chalice.

—Con mucho gusto, si a Lawson no le disgusta.

—En absoluto —replicó Lawson.

Era la primera vez que Philip intentaba hacer un retrato y empezó su trabajo con indudable precipitación y también con cierto orgullo. Sentado junto a Lawson pintaba como veía pintar a éste, aprovechándose del ejemplo y de los consejos que el amigo y miss Chalice le daban. Finalmente, Lawson, cuando hubo terminado su obra, invitó a Clutton para que la analizase y diera su parecer. Clutton acababa de llegar a París. Desde Provenza se había marchado a España, yendo a Madrid atraído por Velázquez; y luego visitó Toledo. Había pasado tres meses en España y regresaba ahora con un

nuevo nombre que exponer a los jóvenes. Tenía cosas maravillosas que decir sobre un pintor maravilloso llamado el Greco, que debía ser estudiado, según afirmaba, sólo en Toledo.

—Lo conozco —repuso Lawson—. Era un viejo maestro que tenía la especialidad de pintar tan mal como los modernos.

Más taciturno que nunca, Clutton no respondió y miró a Lawson con aire irónico.

—¿Nos enseñarás lo que has traído de España?

—No he dado ni una pincelada; tenía demasiado que hacer.

—¿Qué tenías que hacer?

—He reflexionado. Creo que he terminado de admirar a los impresionistas. Me parece que dentro de algunos años serán considerados nulos y superficiales. Haré un auto de fe con lo que he aprendido y volveré a empezar. Al volver he destruido todo lo que había pintado. En mi estudio no hay otra cosa que un caballete, los colores y alguna tela en blanco.

—¿Y qué harás?

—No lo sé todavía. Tengo una vaga idea de lo que deseo.

Hablaba lentamente, de un modo extraño, como si tendiera la oreja para oír una cosa apenas perceptible. Parecía como si hubiera en él una fuerza misteriosa que él mismo no comprendía, pero que luchaba entre tinieblas buscando una salida. Lawson temía la critica, y previendo que no le gustaría ahora su obra fingía despreciar la opinión de Clutton, pero Philip sabía que nada le hubiera producido placer mayor que un elogio de su compañero. Clutton miró durante un rato el retrato en silencio, y luego echó una mirada a la tela que Philip tenía colocada en un caballete.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—¡Oh, yo también he empezado a hacer un retrato!

—El mono laborioso —murmuró Clutton.

Se volvió de nuevo hacia la tela de Lawson. Philip enrojeció, pero no dijo nada.

—Bien, ¿qué piensas? —preguntó Lawson.

—El modelo es magnífico, y observo que el dibujo es excelente.

—Y los valores, ¿te parecen exactos?

—Exactísimos.

Lawson sonrió dichoso. Se esponjó como un perro recién bañado.

—Estoy contento de que te guste.

—No he dicho eso. No concedo a tales méritos la menor importancia.

La expresión de Lawson cambió; miró a Clutton estupefacto, no comprendiendo de momento lo que quería decir. Clutton no poseía el talento de saberse expresar. Lo que decía resultaba confuso y verboso, pero Philip conocía el origen de aquellas divagaciones. Clutton, que no poseía el hábito de leer, había oído aquellas ideas de Cronshaw y, pese a que le habían producido escasa impresión, sedimentaron en el

fondo de su memoria. En los últimos tiempos, emergiendo de su subconsciente, habían adquirido el carácter de una revelación; un buen pintor debía tener ante su vista dos objetivos principales: el hombre y la expresión del alma. Los impresionistas estaban absorbidos por otros problemas; habían pintado de un modo admirable al hombre sin preocuparse de su alma más de lo que se habían preocupado los retratistas del siglo XVIII.

—Pero buscando eso se cae en la literatura— objetó Lawson—. Haz que pinte un hombre como lo pinta Manet y verás que el alma puede irse a freír espárragos.

—Sí, si puedes superar a Manet en su mismo juego. Pero el caso es que no llegarás ni a aproximarte. No puedes nutrirte con los principios de ayer en un terreno ya estéril. Es necesario ir más adelante. Contemplando las obras del Greco he comprendido que puede obtenerse de los retratos mucho más de lo que habíamos creído hasta ahora.

—Entonces lo mismo da volver a Ruskin —exclamó Lawson.

—No, verás; Ruskin buscaba la moral, y yo me río de eso. La enseñanza no entra en esto, ni siquiera la ética. Sólo se trata de pasiones y de emociones. Los más grandes artistas, Rembrandt y el Greco, han pintado al hombre interpretando su alma. Sólo los de segundo orden se han limitado a pintar al hombre. El lirio del valle sería delicioso aunque no tuviera perfume, pero lo es más por su buen olor. Este cuadro —indicó el retrato de Lawson— está muy bien dibujado, pero es convencional. Sería necesario que de su expresión pudiera deducirse que la modelo es una innoble ramera. Ser correcto está bien, pero el Greco pintaba personajes de dos metros y medio de alto porque deseaba expresar algo que no podía de otro modo.

—¡Al diablo con el Greco! —exclamó Lawson—. ¿Por qué diantre hablar tanto de un artista del cual no tenemos posibilidad de ver ninguno de sus cuadros?

Clutton alzó los hombros, se fumó un cigarrillo en silencio y se marchó. Philip y Lawson se miraron.

—Tiene razón en lo que dice —observó Philip.

Lawson miró su cuadro con mal humor.

—¿Cómo diablo se puede reproducir un estado de ánimo si no se pinta exactamente lo que se ve?

En aquella época Philip contrajo una nueva amistad. Los lunes por la mañana los modelos se reunían en la escuela para que hicieran la elección de la semana. Un día fue elegido un jovenzuelo que evidentemente no era modelo profesional. Su aspecto atrajo la atención de Philip: bien plantado, con las piernas largas, las manos pequeñas y la cabeza proyectada hacia delante con expresión de reto; desprovisto de grasa, sus músculos resaltaban como si fueran de acero. Llevaba el cabello cortísimo y se podía apreciar la bella forma de la cabeza. Una pequeña barba le enmarcaba el rostro, y tenía grandes ojos negros y cejas pobladas. Permanecía posando horas y horas sin

cansarse. Su aire delataba una mezcla de pudor y de decisión. La fantasía romántica de Philip veía una infinidad de cosas en aquel aspecto enérgico, y cuando el modelo se vestía le parecía un rey cubierto de andrajos. Permanecía siempre silencioso. Un par de días más tarde mistress Otter le dijo a Philip que el modelo era español y que no había posado nunca.

—¿Ha observado usted el estado de su ropa? Está muy decente y pulida.

Sucedió que Potter, uno de los americanos, había de trasladarse a Italia para pasar dos meses, y ofreció su estudio a Philip. El joven se sintió feliz. Empezaba a hartarse de los consejos terminantes de Lawson, y deseaba estar solo. A fines de semana se acercó al español y, con la excusa de que su dibujo no estaba terminado, le rogó que le sirviera de modelo a él solo.

—No hago de modelo —respondió el español—. La semana próxima tengo otro quehacer.

—Venga a comer conmigo —dijo Philip— y hablaremos. —Y al ver que el otro dudaba, añadió con una sonrisa—: ¡No le hará daño comer conmigo!

El español accedió encogiéndose de hombros. Fueron a una lechería. El español mascullaba un francés rápido, difícil de seguir. Philip consiguió, sin embargo, comprenderlo. Supo que se trataba de un escritor que había ido a París para escribir novelas. Había recurrido a todos los expedientes posibles para poder vivir: lecciones, traducciones, especialmente comerciales, y por último se había visto obligado a sacar partido de su figura. Los modelos estaban bien pagados y lo que había ganado en una semana le bastaba para vivir quince días. Explicó a Philip, que le escuchaba asombrado, que podía vivir con dos francos al día. Pero mostrar su cuerpo por dinero era una cosa que le avergonzaba. Sólo el hambre podía justificar tal degradación. Philip le dijo que no quería que le sirviera su cuerpo de modelo, sino su cabeza. Quería hacer un retrato para presentarlo en el próximo Salón.

—Pero ¿por qué precisamente un retrato mío? —preguntó el español.

Philip respondió que su tipo le interesaba y que creía poder hacer un retrato.

—No tendré tiempo. Me reprocho todos los minutos que robo a mi trabajo literario.

—Pero será sólo después de comer. Por la mañana trabajo en la escuela. Después de todo, mejor es posar para mí que traducir documentos legales o comerciales.

Corrían por el Barrio Latino leyendas relacionadas con la época en que estudiantes de diversos países vivían unidos íntimamente. Pero desde hacía mucho tiempo esto no ocurría ya y las diversas naciones estaban separadas como en una ciudad oriental. En Julián o en Bellas Artes un estudiante francés que se ligara con extranjeros era mal visto por sus compañeros, y era difícil para un inglés conocer algo más que superficialmente a cualquier parisiense. Aunque hubieran pasado cinco años en París, muchos estudiantes conocían sólo el francés necesario para hacerse entender

en la taberna, y vivían tan a la inglesa como si hubiesen habitado en South Kensington.

Apasionado por el romanticismo, Philip se sintió feliz ante la ocasión que le ponía en contacto con un español; e hizo uso de todo su talento persuasivo para vencer la repugnancia que aquel hombre sentía.

—¿Sabe usted lo que haremos? —dijo el español—. Posaré para usted, pero no por dinero. Lo haré por mi propio gusto.

Philip protestó, mas el otro se mostró inflexible. Al cabo se pusieron de acuerdo, conviniendo en empezar el lunes siguiente a la una. El español dio a Philip una tarjeta en la que estaba estampado su nombre: Miguel Ajuria.

Miguel asistió a las sesiones regularmente, y aunque se negaba a aceptar un salario, de vez en cuando pedía prestados a Philip cincuenta francos. Para Philip la cosa le resultaba más cara que si pagara las sesiones, pero aquello le producía al español la satisfactoria sensación de que no se ganaba la vida de un modo denigrante. Su nacionalidad hacía que Philip le considerase un personaje romántico y le interrogase sobre Sevilla y Granada, sobre Velázquez y Calderón.

Poco a poco, con la exuberante retórica propia de su raza, fue revelando sus ambiciones. Estaba escribiendo una novela que esperaba que le hiciese célebre. Se encontraba bajo la influencia de Zola y había situado la acción en París. Contó a Philip el argumento. A Philip le pareció estúpido y grosero. Su ingenua obscenidad —*C'est la vie, mon cher, c'est la vie*, exclamaba el autor— servía sólo para intensificar el convencionalismo de la acción. Miguel escribía desde hacía dos años en medio de increíbles privaciones, negándose todos los placeres que le habían empujado a París, luchando con el hambre por amor al arte, decidido a acabar su obra a pesar de todo. Era un esfuerzo verdaderamente heroico.

—Pero ¿por qué no escribe usted alguna cosa sobre España? —preguntó asombrado Philip—. Seria mucho más interesante.

—París es el único lugar que puede interesarme; París es la vida.

Un día llevó consigo una parte del manuscrito y leyó algunos fragmentos traduciéndolos a su pésimo francés, el cual comprendía Philip a duras penas. Era algo desolador. Philip, desconcertado, miraba su cuadro. El cerebro que había tras aquella vasta frente era vulgar, y aquellos ojos apasionados y llameantes sólo veían la superficie de la vida. Philip estaba descontento de su retrato, y después de cada sesión borraba casi siempre lo que había hecho. ¿Cómo era posible definir las intenciones de su alma cuando la gente parecía formada de contradicciones? Miguel le era simpático, y el hecho de que su magnífico esfuerzo fuera inútil le desolaba; aquel hombre tenía todo lo que hacía falta para ser buen escritor, menos talento. Philip observaba su propio trabajo. ¿Valía algo o era tiempo perdido? Estaba claro que la voluntad de llegar no bastaba, y la fe en sí mismo no significaba nada. Volvió a

pensar en Fanny Price. Aquella joven tenía una fe enorme en su propio talento y una fuerza de voluntad extraordinaria.

—Si creyera no poder triunfar algún día en alguna cosa grande preferiría renunciar —decía a Philip—. No vale la pena ser un artista mediocre.

Una mañana, al salir, el portero le llamó para entregarle una carta. Sólo le escribía tía Louisa, y algunas veces Hayward; aquella caligrafía le era desconocida. Decía:

> *Le ruego que venga en cuanto reciba esta carta. No puedo más. Venga usted mismo, haga el favor. No puedo soportar la idea de que cualquier otro me toque. Deseo hablar con usted.* —F. PRICE—. *No como desde hace tres días.*

Philip sintió un gran sobresalto. Con gran prisa se dirigió hacia la casa donde habitaba la joven, asombrado de que todavía estuviera en París. No la veía desde hacía varios meses y estaba seguro de que había vuelto a Inglaterra. Cuando llegó preguntó al *concierge* si estaba en casa.

—Sí, hace ya dos días que no la veo salir.

Philip subió la escalera corriendo y llamó a la puerta. No obtuvo ninguna respuesta. La llamó. La puerta estaba cerrada con llave, y mirando por el agujero vio que la llave estaba en la cerradura.

—¡Oh, Dios mío, con tal de que no haya hecho una locura! —exclamó en voz alta.

Volvió a bajar rápidamente y dijo al *concierge* que era seguro que la joven estaba en su cuarto. Había recibido una carta de ella y temía lo peor. Sugirió la idea de echar la puerta abajo. El *concierge*, que al principio había escuchado de mala gana, se asustó. No podía asumir la responsabilidad de echar la puerta abajo. Era necesario ir a buscar al *comissaire de police*. Fueron juntos a la comisaría y llamaron a un herrero. Philip supo que miss Price no había pagado el último trimestre de alquiler y a principio de año no había dado al *concierge* la propina que la costumbre hacía que se considerase como un derecho el recibirla.

Los cuatro subieron la escalera y llamaron de nuevo. Ninguna respuesta. El herrero se puso a trabajar y al cabo pudieron entrar en la habitación. La desgraciada mujer yacía en su cama, inmóvil; el cuerpo estaba frío.

XLIX

La historia que Philip consiguió reconstruir casi en su integridad era espantosa. Una de las lamentaciones de las otras estudiantes contra Fanny Price era que ésta rehusaba compartir siempre sus alegres comidas en el restaurante; la razón era obvia: su horrenda pobreza. El joven recordó la comida que habían efectuado juntos a poco de haber llegado él a París y la avidez de la muchacha, que tanto le había disgustado. Comprendía ahora que si Fanny comía con aquella voracidad se debía a que estaba hambrienta. El *concierge* le hizo saber en qué consistía su alimentación. El lechero le traía todos los días un litro de leche, la mitad del cuál era consumido a mediodía, al volver de la escuela, junto con la mitad de un panecillo que Fanny compraba al regresar a su casa. El resto servía para la noche. Así todos los días. ¡Cómo debía de haber sufrido! Jamás había confesado que era más pobre que los otros, pero estaba claro que su dinero se había terminado y que al final no le había sido posible seguir yendo al estudio. La habitación estaba casi desnuda y no había otros trajes que el vestido de color castaño que siempre había llevado. Philip buscó entre sus cosas la dirección de cualquier amiga a quien comunicar su muerte. Encontró una hoja de papel en la que su nombre estaba escrito una veintena de veces. Esto le produjo una extraña impresión. Por lo visto era verdad que le amaba. Pero si le había amado, ¿por qué no le permitió ayudarla? Él lo hubiera hecho de buena gana. Experimentó un vivo remordimiento por no haber sabido comprender que ella alimentaba sentimientos especiales hacia él, y ahora cierta frase de su carta le parecía profundamente patética: «No puedo soportar la idea de que cualquier otro me toque.» Había muerto de hambre. Finalmente Philip encontró una carta que terminaba:

«Tu afectísimo hermano Albert.» Tenía la fecha de dos o tres semanas antes. Procedía de Surbiton —estaba la dirección— y había sido escrita para negar un préstamo de cinco libras. El remitente tenía que pensar en su mujer y en sus hijos. No le parecía justo prestarle el dinero y aconsejaba a Fanny que regresara a Londres para buscar trabajo. Philip envió un telegrama a Albert Price y poco después recibió esta respuesta:

> *Profundamente afligido. Difícil para mí dejar mis asuntos. Ruego notifique si mi presencia es indispensable.*
>
> PRICE

Philip contestó afirmativamente y al día siguiente, por la mañana, un extranjero se le presentó.

—Soy Price —dijo cuando Philip le abrió.

Era un tipo vulgar, vestido de negro, con una cinta de crespón alrededor del sombrero. Tenía algo de las maneras desmañadas de Fanny. Llevaba el bigote recortado y hablaba con acento dialectal. Philip le invitó a entrar, le relató las particularidades del drama y le dijo lo que había hecho. Mientras tanto, Price lanzaba a su alrededor miradas oblicuas.

—No es necesario que la vea, ¿verdad? —preguntó—. Mis nervios no están muy bien.

Empezó a hablar a borbotones. Era comerciante de caucho y tenía mujer y tres hijos. Fanny trabajaba como institutriz, y él no acertaba a comprender cómo no había continuado en su trabajo en lugar de venir a París.

—Mi esposa y yo le habíamos dicho miles de veces que París no es la ciudad a propósito para una muchacha, sin contar que con el arte no se medra.

Era evidente que no había estado en buenas relaciones con su hermana y que aún le guardaba rencor por haberse suicidado, como si con ello le hubiese ocasionado algún perjuicio. Le molestaba que hubiese vivido en la mayor miseria, pues le parecía que esto era un baldón para la familia. Hubiera querido que el motivo del suicidio fuera algo más respetable.

—¿No tendría relaciones amorosas? Ya sabe usted lo que quiero decir. En París… Puede haberse visto obligada a tomar esta resolución extrema para evitar el deshonor.

Philip notó que se ponía colorado y maldijo su propia debilidad. Los pequeños y penetrantes ojos de Price parecía como si le mirasen con cierto recelo.

—Me parece que su hermana era completamente virtuosa. Se ha matado por hambre.

—Esto es duro para nuestra familia, mister Carey. No hubiera tenido ella más que escribirme. Yo no hubiese dejado a mi hermana que viviese en esas condiciones.

Philip había encontrado la dirección del hermano leyendo la carta en la que éste le negaba su préstamo; pero se encogió de hombros. Era inútil andarse ahora con recriminaciones. Aquel hombrecillo le era odioso y no veía la hora de quitárselo de encima. También Albert Price deseaba marcharse lo más pronto posible a Londres. Entraron en la miserable habitación donde la pobre Fanny había vivido. Price miró los muebles y las telas.

—Yo no entiendo mucho de arte, pero supongo que estos cuadros valdrán alguna cosa, ¿verdad?

—No valen nada en absoluto.

—Los muebles no valen ni diez chelines.

Albert no sabía ni una palabra de francés y Philip hubo de encargarse de todo. Tuvo que seguirse un largo proceso antes de poder dar sepultura a aquel pobre cuerpo. Hubieron de obtenerse documentos en un lugar, hacerlos firmar en otro y ver

a una gran cantidad de funcionarios. Durante tres días, Philip estuvo ocupado desde la mañana hasta la noche. Al cabo, junto con Albert Price, acompañó al cadáver hasta el cementerio de Montparnasse.

—Deseo hacer una cosa decente —había dicho Price—. Pero me parece inútil tirar el dinero.

La breve ceremonia fue de una tristeza infinita en el frío de la madrugada. Media docena de personas que habían frecuentado el estudio con Fanny Price fueron al entierro. Mistress Otter, porque era *massière* y creía que era su deber; Ruth Chalice, porque era una buena muchacha, y, además, Lawson, Clutton y Flanagan. Ninguno de ellos había sentido simpatía por la chica mientras estaba viva. Al contemplar el cementerio lleno de monumentos, algunos sencillos y pobres, otros vulgares, feos y presuntuosos, Philip se estremeció. Cuando salieron, Albert Price le invitó a comer. A Philip le pareció más odioso que nunca y estaba cansado: había dormido mal, soñando constantemente con Fanny Price, vestida con su único traje. Pero no supo dar con una excusa que le librara de aquel hombre.

—Lléveme a un sitio donde se coma bien. Todo esto me ha trastornado los nervios.

—Lavenue es lo mejor por aquí —repuso Philip.

Price se dejó caer en el diván de terciopelo con un suspiro de alivio. Pidió una comida sustanciosa y vino.

—¡Estoy contento de que todo haya terminado!

Dirigió a Philip alguna pregunta insidiosa. Era evidente su curiosidad por conocer algunas cosas sobre la vida de los artistas en París. Se la imaginaba como una sucesión de orgías que su fantasía le representaba rebosante de obscenidades, y preguntaba detalles sobre tales depravaciones. Guiñando un ojo y con risa sofocada hizo comprender a Philip que estaba al corriente de todo lo que el joven no quería confesar. Era un hombre corrido y sabía cómo andaba el mundo. Preguntó a Philip si había estado alguna vez en las *boîtes* de Montmartre, célebres desde el Temple Bar al Royal Exchange. Le hubiera gustado también poder decir que había estado en el Moulin Rouge. La comida fue espléndida y el vino excelente. Cuando hacía la digestión, Albert Price se volvía siempre más expansivo.

—Tomaremos unas copitas de coñac —dijo cuando el camarero llevó el café—. ¡No se repara en gastos!

Se frotó las manos.

—Estoy casi tentado a pasar aquí la noche y marcharme mañana. ¿Y si pasáramos la velada juntos?

—Si espera que yo le lleve a dar una vuelta por Montmartre está usted muy equivocado —exclamó Philip.

—Ya. Sería inconveniente.

Esta respuesta fue pronunciada con tal seriedad que Philip la encontró divertida.

—Y por otra parte sería desastroso para sus nervios —afirmó gravemente.

Albert Price acabó diciendo que le convenía marcharse a Londres en el tren de las cuatro y se despidió de Philip.

—Hasta la vista, buen amigo. Haré por volver a París uno de estos días y entonces nos divertiremos de lo lindo.

Demasiado agitado para trabajar aquella tarde, Philip se encaramó a un ómnibus y atravesó el Sena para ver cómo estaban de cuadros nuevos en casa de Durand-Ruel. Luego deambuló por el bulevar. Era un día frío y ventoso y los transeúntes avanzaban muy de prisa arrebujados en sus abrigos, con la cabeza entre los hombros y el rostro enrojecido por el frío. La tierra del cementerio de Montmartre debía de estar extremadamente fría entre aquellas blancas piedras sepulcrales. Philip se sintió solo en el mundo, poseído por una extraña nostalgia. Experimentó la necesidad de hablar con alguien. A aquella hora, Cronshaw estaba trabajando. Clutton no acogía nunca de buena gana a los visitantes. Lawson estaba haciendo otro retrato a Ruth Chalice y no quería que le molestasen. Pensó en ir a ver a Flanagan. Lo encontró pintando, pero dispuesto a dejar los pinceles y ponerse a charlar. El estudio era cómodo y disfrutaba de excelente temperatura, ya que el americano era el que disponía de más dinero entre todos los compañeros. Mientras Flanagan preparaba el té, Philip miró las dos cabezas que el dueño de la casa esperaba enviar al Salón.

—Es necesario tener la cara muy dura para enviar alguna cosa —dijo Flanagan—. Pero de todas formas quiero arriesgarme. ¿Te parece muy malo?

—Menos malo de lo que creía.

En realidad demostraba una habilidad sorprendente. Las dificultades habían sido evitadas con indudable astucia y los colores habían sido distribuidos de una manera nueva, extraña e incluso atrayente. Sin cultura y sin técnica, Flanagan pintaba con la fácil pincelada de un pintor que poseyera una larga práctica artística.

—Si estuviera prohibido mirar un cuadro más de treinta segundos, serias un gran maestro —dijo sonriendo Philip. Aquellos jóvenes no tenían costumbre de adularse.

—Pero en América no tenemos tiempo de permanecer más de tres segundos delante de un cuadro —contestó, sonriendo el otro.

Flanagan, aunque era el tipo más sin seso del mundo, estaba dotado de una sensibilidad sorprendente y simpatiquísima. Cuando un compañero estaba enfermo se situaba junto a él como enfermero. Su alegría era mejor que cualquier medicina. Como muchos de sus compatriotas no sentía el horror hacia el sentimentalismo que sienten los ingleses, que les impide toda manifestación patética. No pareciéndole absurdo mostrar los propios sentimientos, demostraba poseer una simpatía exuberante que a menudo resultaba preciosa a sus amigos, singularmente cuando les dominaba un estado de ánimo melancólico. Vio que Philip se sentía deprimido y quiso alegrarle.

Exageró los americanismos que hacían reír a los ingleses e inició una conversación vivaz, rebosante de fantasía y de ingenio. Fueron a cenar juntos y luego se dirigieron a la Gaite Montparnasse, que era el local favorito de Flanagan. Al final de la velada éste dio pruebas de un humor extravagante. Había bebido bastante, pero su embriaguez más era debida a su propia exuberancia que al alcohol. Propuso ir al Bal Bullier, y Philip, demasiado agitado para irse a la cama, aceptó de buena gana. Sentáronse en una mesita sobre la plataforma lateral, un poco elevada sobre el nivel de la sala, de modo que podían ver a las parejas que bailaban. Bebieron un vaso de cerveza. De pronto Flanagan descubrió a un amigo. Dando un grito salvaje saltó a la balaustrada, cayendo en medio de los bailarines. Philip permaneció observando el gentío. Bullier no era desde luego un lugar elegante. No obstante ser jueves, estaba llenísimo. Había muchos estudiantes de las distintas facultades y una cantidad de empleados y dependientes de tiendas que llevaban sus trajes de diario comprados hechos o bien *taits* de pretensiones. Tenían el sombrero puesto, ya que, habiendo entrado con él en la sala, no habían encontrado sitio donde dejarlo. Entre las mujeres algunas parecían criadas y otras paseantes dé acera, mal maquilladas, pero la mayor parte eran modistillas y dependientas vestidas pobremente, con vestidos que intentaban imitar cuanto podían a los de los elegantes almacenes de la otra orilla. Las profesionales buscaban parecerse a la cancionista o a la bailarina que estaba de moda en aquel momento y llevaban una gran cantidad de negro debajo de los ojos y un rojo inverosímil en las mejillas. La sala aparecía iluminada por enormes lámparas blancas colocadas muy bajas, que acentuaban las sombras sobre los rostros, endureciendo las facciones y haciendo aparecer los colores más crudos. Apoyado en la balaustrada, Philip miraba hacia abajo sin oír la música. Las parejas bailaban sin descanso, dando vueltas lentamente alrededor de la sala, hablando poco y dedicando toda su atención a la danza. Los rostros relucían de sudor. A Philip le pareció que todos habían olvidado la máscara que esconde por lo general la verdadera personalidad, y ahora los veía como eran realmente. En aquellos momentos de abandono todos tenían una extraña expresión animal. Unos parecían lobos, otros zorros y otros poseían el rostro largo y estúpido de la oveja. La piel de todos era fláccida a causa de la vida malsana y de la pobreza. Sus facciones estaban marchitas y sus ojos esquivos poseían una expresión astuta. Para todos la vida era una sucesión de intereses mezquinos y pensamientos bajos. La atmósfera, pesada, despedía un acre olor a humanidad. Pero bailaban sin tregua, como si fueran arrastrados por una extraña fuerza interior, por una invencible obsesión de gozar del placer. Todos intentaban evadirse desesperadamente, zafarse de un mundo de horrores. El deseo de gozar, que según Cronshaw era el único móvil de toda acción humana, los impelía ciegamente. Y la misma vehemencia del deseo parecía como si restase a éste toda posibilidad de placer. Se hubiera dicho que los arrastraba un fuerte viento, sin saber adonde y sin saber por qué. Parecían bailar

como si las tinieblas eternas estuvieran bajo sus pies. El silencio con que lo hacían producía un vago terror; era como si la vida los aterrorizase quitándoles la facultad de hablar, de modo que el grito del corazón quedase estrangulado en la garganta. Sus ojos permanecían fijos y tristes, y no obstante la lujuria bestial que brillaba entre ellos, a pesar de la vulgaridad y de la crueldad, a pesar de la estupidez, peor que otra cosa cualquiera, la angustia de los ojos fijos hacía que aquella multitud pareciera terriblemente patética. A Philip le producía disgusto aquella gente, y, sin embargo, el corazón le dolía a causa de la piedad infinita que le inspiraban. Fue a buscar su abrigo al guardarropa y salió al frío punzante de la noche.

L

Philip no conseguía olvidar el triste acontecimiento. Lo que más le turbaba era la inutilidad de los esfuerzos de Fanny. Nadie había trabajado más intensamente que ella ni con mayor sinceridad. Había creído con entusiasmo en sí misma, pero era evidente que la confianza en uno no bastaba. Todos poseían una gran confianza, incluso Miguel Ajuria, y Philip se sentía impresionado por el contraste entre la heroica resistencia del español y la mediocridad de sus resultados. Lo desgraciado que había sido en el colegio hizo que en Philip se desarrollase la facultad analítica. Y esta manía, tan sutil como el hábito de los estupefacientes, se había adueñado de él hasta conseguir darle una especial agudeza para el análisis de los propios sentimientos. Se daba perfecta cuenta de que el arte lo conmovía de modo distinto a los otros. Un cuadro bello producía a Lawson un escalofrío inmediato; su comprensión era instintiva. Hasta Flanagan sentía alguna cosa, mientras en Philip el sentimiento se supeditaba al pensamiento. Para él la comprensión consistía en un proceso intelectual. Y se decía que si tuviera temperamento artístico —la frase no le gustaba, pero no conseguía dar con otra— habría sentido la belleza de un modo emotivo e irracional. Empezó a preguntarse si en él no habría más que una habilidad manual completamente superficial, que le permitía copiar los objetos con exactitud. Esto no era nada. Había aprendido ya a despreciar la destreza técnica. Lo que importaba era *sentir* como artista. Lawson pintaba de cierta manera porque aquélla era su naturaleza, y a pesar de las imitaciones de un estudiante sensible a todas las influencias, su personalidad se iba afirmando. Philip examinó el retrato hecho por él de Ruth Chalice. Ahora que habían transcurrido tres meses se daba cuenta de que era una copia servil de Lawson. Percibió su esterilidad. Pintaba con el cerebro cuando debería hacerlo con el corazón.

Le quedaba ya muy poco dinero, apenas mil seiscientas libras. Así que se imponía la más severa economía. Pasarían diez años por lo menos antes de que ganara algo. La historia de la pintura estaba llena de artistas que nunca habían ganado un céntimo. Era necesario resignarse a vivir en la mayor pobreza. Valdría la pena de hacerlo si supiera que alguna vez había de producir algo inmortal; pero temía, sobre todo, no pasar de ser un pintor mediocre. ¿Valía la pena de renunciar a cambio de esto a la juventud, a la alegría de vivir, a la posibilidad de existir? Conocía bastante la vida de los pintores extranjeros en París para que no le pareciera provinciana y limitada. Algunos habían perseguido durante veinte años una notoriedad que nunca consiguieron alcanzar, terminando sus días en medio de la mayor sordidez, alcoholizados.

El suicidio de Fanny había despertado el mundo de los recuerdos, y Philip oyó contar historias espantosas de gente que se había hundido de aquel modo en la

desesperación. Recordó el consejo desdeñoso que el profesor dio a la pobre Fanny. Hubiera sido un bien para ella seguirlo y renunciar a las tentativas desesperadas.

Philip terminó el retrato de Miguel Ajuria y decidió mandarlo al Salón. Flanagan mandaba dos telas, y Philip estaba convencido de que la suya no era peor. Se había encariñado tanto con aquel retrato que no podía menos de hallarle algún mérito. Desde luego, cuando lo miraba le parecía siempre que había algo que no estaba bien. Pero no acertaba a comprender qué era. Cuando se encontraba lejos de él hacía acopios de valor y no se sentía descontento. Lo envió al Salón y fue rechazado. Al pronto no se afligió, pues había hecho todo lo posible para convencerse de que tenía pocas esperanzas de que fuera aceptado. Pero pocos días después Flanagan vino a anunciarle a él y a Lawson que una de sus telas había sido aceptada. Palidísimo, Philip le felicitó. Flanagan estaba demasiado embargado por la alegría para que se diera cuenta de la amargura que Philip no consiguió disimular. Pero Lawson no tardó en notar el tono y miró a Philip con curiosidad. Sabía desde hacía dos días que también su cuadro había sido aceptado, y el gesto de Philip le causaba ligero disgusto. Se quedó asombrado de la pregunta que Philip le dirigió en cuanto el americano se marchó.

—Si estuvieras en mi lugar, ¿lo mandarías todo a paseo?

—¿Qué quieres decir?

—Me pregunto si vale la pena de llegar a ser un pintor mediocre. En las demás profesiones —medicina o comercio— la mediocridad no hace mucho al caso. Se gana para vivir y se sale adelante. Pero en el arte no ocurre así.

Lawson estimaba a Philip. Dándose cuenta de que estaba disgustado de veras por su fracaso, intentó consolarle. Todo el mundo sabía que el Salón había rechazado cuadros que luego se hicieron célebres. Además, era la primera vez que Philip mandaba alguna cosa y no era de extrañar que le hubieran rechazado su obra. Por otra parte se explicaba claramente el éxito de Flanagan. Su obra era vistosa y superficial; se trataba del género de pinturas a propósito para gustar a un jurado convencional. Philip se impacientó. Le resultaba humillante que Lawson creyera que se disgustaba en serio por aquella tontería y no se diera cuenta de que su abatimiento era debido a la falta de fe en su talento.

Desde hacía algún tiempo Clutton se había retirado del grupo que comía en Gravier y vivía completamente solo. Flanagan decía que estaba enamorado, pero el continente austero de Clutton no parecía corroborar la hipótesis y Philip creyó que probablemente había sentido necesidad de separarse de sus amigos para ver más claro en sus nuevas ideas. Pero aquella noche, después que los otros salieron del restaurante para marcharse al teatro, dejando solo a Philip, Clutton apareció y pidió de cenar. Ambos amigos se pusieron a hablar y Philip, dándose cuenta de que el otro se encontraba más comunicativo y menos irónico que de ordinario, decidió

aprovecharse de ello.

—Querría que vinieras a ver mi cuadro. Me gustaría saber qué te parece.

—No pienso complacerte.

—¿Por qué? —preguntó Philip enrojeciendo.

Se trataba de un favor que todos los componentes del grupo se pedían mutuamente y ninguno se negaba a hacerlo. Clutton hizo un movimiento de hombros.

—La gente pide que le hagan la crítica del cuadro, pero en realidad lo que desea es sólo elogios. Por otra parte, ¿para qué sirve la crítica? ¿Qué importa que tu cuadro sea bueno o malo?

—A mí me importa.

—No. La única razón por la que uno pinta es porque no puede hacer otra cosa. Es una ficción como otra cualquiera. Uno pinta para sí mismo, de otro modo se mataría. Reflexiona un poco. Se pasa Dios sabe cuánto tiempo y se suda sangre para colocar algo que vale la pena en el lienzo, ¿y cuál es el resultado? El cuadro es rechazado diez veces, nueve. Pero si lo aceptan, el público lo mira al pasar durante diez segundos. Si el pintor tiene suerte, cualquier estúpido ignorante compra la tela para colgarla en la pared de su casa sin que se le ocurra volver a mirarla. La crítica no tiene nada que hacer con el artista. La crítica juzga objetivamente, pero el artista no se preocupa nada del punto de vista objetivo.

Y Clutton colocó sus manos sobre los ojos para concentrar mejor su pensamiento.

—En el artista la visión se traduce en una sensación personal que siente la necesidad de expresar y, sin que sepa explicar el porqué, su sentimiento lo puede expresar sólo por medio del dibujo y del color. Lo mismo le pasa al músico. Lee un par de versos y cierta combinación de notas se presenta en su espíritu; aunque en realidad él no sabe por qué, aquellas frases hacen nacer en él esas notas. Te diré otra razón que prueba que la crítica carece de significado: un gran pintor obliga al mundo a ver la naturaleza como él la ve; en la siguiente generación otro artista la ve de manera diferente, pero el público continuará juzgando según la obra de su predecesor. Así el grupo de la Escuela de Barbizón enseñó a nuestros padres a ver los árboles de cierta manera y cuando Monet llegó y empezó a pintarlos de otra manera, el público dijo: «Pero los árboles no son así.» Y a ninguno se le ocurrió pensar que los árboles son exactamente como un pintor desea verlos. Pintamos de dentro a fuera; si imponemos nuestra visión al mundo nos llaman «grandes pintores»; si no la imponemos, nos ignoran completamente. Pero existimos lo mismo en un caso que en otro. No damos importancia a la grandeza o a la pequeñez. Lo que ocurre a nuestra obra, después de hecha, no nos interesa; ya pusimos en ella todo lo que pudimos cuando la creábamos.

Siguió una pausa, durante la cual Clutton devoró vorazmente todo lo que le habían puesto delante. Philip le observaba fumando un cigarro barato. La dureza de

aquella cabeza, que parecía esculpida en piedra refractaria al buril de los escultores; la pelambrera oscura, la gran nariz y la potente mandíbula producían la impresión de un hombre fuerte; sin embargo, Philip se preguntaba si aquella máscara no escondía quizás una extraña debilidad. El hecho de que se negara a mostrar sus obras podía ser mera vanidad o bien que no podía soportar que las criticaran y no quería correr el riesgo de que no se las admitieran en el Salón. Quería ser recibido allí como un maestro, sin que nada le obligase a disimular la opinión que tenía de sí mismo. Durante los dieciocho meses que hacía que Philip le conocía, Clutton se había mostrado cada vez más áspero y amargo, y aunque se negaba a competir con sus condiscípulos, se indignaba con sus fáciles éxitos. Lawson le impacientaba. Desde hacía algún tiempo las relaciones entre ellos no eran tan íntimas como cuando Philip había empezado la amistad con ellos.

—Lawson tiene razón —continuó diciendo con marcado desprecio Clutton—. Volverá a Inglaterra, llegará a ser un pintor de retratos a la moda, ganará diez mil libras al año, y antes de que tenga cuarenta años será miembro de la Royal Academy. ¡Especialidad en retratos a mano para la nobleza y la burguesía!

También Philip miraba el porvenir y veía a Clutton transcurridos veinte años: amargado, solitario y desconocido. Siempre viviendo en París porque no podía renunciar a él. Dominando un pequeño cenáculo con su lengua punzante. En guerra contra sí mismo y contra el mundo. Produciendo muy poco en su siempre creciente aspiración hacia una perfección que nunca podría alcanzar, y por fin, naufragando en la embriaguez. Desde hacía algún tiempo Philip era perseguido por la idea de que tenemos una sola vida y que ésta no debe ser desperdiciada. Mas para no desperdiciarla no bastan el dinero y la celebridad, aunque en la actualidad no supiera lo que hacía falta: seguramente variedad de experiencias y desenvolvimiento de las propias facultades. Sea lo que fuese, era evidente que la vida a que Clutton estaba destinado era difícil. Su única justificación era poder pintar obras de arte inmortales. Recordó la chocante metáfora de Cronshaw referente al tapiz persa. Había pensado varias veces en ello, pero Cronshaw, con su humorismo faunesco, se había negado a explicársela, repitiendo que la cosa no tenía ningún significado si no se descubría por sí mismo. La incertidumbre de Philip sobre su carrera artística no era otra cosa que su deseo de triunfar en la vida.

Pero Clutton continuó:

—¿Te acuerdas de lo que te conté sobre uno que conocí en Bretaña? Le volví a ver aquí el otro día. Se ha marchado a Tahití. Había roto toda relación con el mundo: *brasseur d'affaires*, con mujer e hijos, ganaba una porrada de dinero, pero lo mandó todo a paseo para dedicarse del todo a la pintura.

—¿Y su familia? —preguntó Philip.

—Los dejó plantados a todos. Los ha dejado morir de hambre.

—¡Pues me parece un verdadero canalla!

—Querido amigo, el que quiere conducirse como una persona decente debe renunciar a ser artista. Son dos cosas que no se avienen. Hay desgraciados que pintan cuadritos para mantener a su vieja madre; pues bien, son buenos hijos, pero esto no los exime de ser malos pintores. Son sólo comerciantes. Un artista dejaría que su madre fuese al asilo de ancianos. Conozco un escritor que me ha dicho que su mujer murió de parto. La amaba y estaba transido de dolor, pero sentado en su cabecera y mirándola, se sorprendió anotando mentalmente el aspecto que ofrecía la moribunda, lo que decía y sus propios sentimientos. No es muy propio de un *gentleman*, ¿no es verdad?

—Pero ese amigo tuyo, ¿es buen pintor?

—Todavía no. Por ahora cultiva el género de Pissaro; no se ha encontrado todavía a sí mismo, pero posee el sentido del color y de la decoración. Por otra parte, la cuestión no es ésa. Se trata de temperamento, y éste no le falta. Se ha comportado como un canalla con su mujer y con sus hijos, y se comporta como un canalla con todos los que le han ayudado. A veces la bondad de sus amigos le ha salvado de morir de hambre. Pues bien, él ha correspondido de la peor manera, pero es un gran artista.

Philip reflexionó sobre aquel hombre dispuesto a sacrificarlo todo, comodidad, dinero, casa, amor, deber, sólo por: desarrollar en la tela las emociones que el mundo le producía. Era una cosa magnífica, pero él no tenía valor para ello.

Al pensar en Cronshaw recordó que hacía una semana que no le veía, así que al dejar a Clutton se dirigió al café donde estaba seguro de encontrarle. Durante los primeros meses de su estancia en París, Philip había aceptado como si se tratase del Evangelio todas las frases de Cronshaw, pero ahora su sentido práctico se rebelaba contra todas aquellas estériles teorías. Las pocas poesías de Cronshaw que conocía no le parecían un resultado proporcionado a la sordidez de su vida. Philip no acertaba a librarse de sus instintos burgueses, que tenían la fuerza de su atavismo en él, y la penuria y el trabajo de perros que Cronshaw había de soportar para poder vivir, la monotonía de aquella existencia que transcurría entre su sucia casa y la visita al café, chocaba con su sentido de las conveniencias.

Cronshaw era bastante hábil para no darse cuenta de que el joven desaprobaba sus palabras, y agravaba su filisteísmo con una ironía a veces humorística y a veces aguda.

—Es usted un comerciante —decía a Philip—. Quiere usted invertir su vida en títulos del Estado de modo que le dé seguro su famoso tres por ciento. Por el contrario, yo soy un despilfarrador que me estoy comiendo mi capital. Gastaré mi último penique con el último latido de mi corazón.

La metáfora irritaba a Philip porque daba al que hablaba un aire romántico y tendía un velo sobre la situación cuya ventaja sentía Philip instintivamente, aunque

sin darse cuenta de ello.

Pero aquella noche, en su indecisión, Philip deseaba hablarle de sí mismo. Afortunadamente era ya tarde y del montón de platillos que había sobre la mesa de Cronshaw podía deducirse que el poeta se encontraba ya en el estado de espíritu necesario para considerar las cosas con indiferencia.

—Quería pedirle un consejo —dijo inesperadamente Philip.

—Que naturalmente no seguirá usted. Philip se encogió de hombros impaciente.

—No creo poder llegar a ser una gran cosa como pintor, y me parece inútil convertirme en un artista mediocre. Estoy pensando en dejarlo todo.

—¿Y por qué no?

Philip titubeó un tanto.

—Esta vida me gusta.

El rostro plácido y rotundo de Cronshaw cambió de pronto. Los ángulos de su boca se relajaron y sus ojos se hundieron. Pareció como si de pronto se hubiera vuelto viejo y encorvado.

—¿Esta vida? —gritó girando la vista por la sala del café, con la voz algo temblorosa—. Si puede usted librarse, hágalo, ya que aún está a tiempo.

Philip le lanzó una mirada de estupor, pero la emoción de los otros le intimidaba siempre, por lo que bajó los ojos. Sabía que en aquel momento asistía a la tragedia de no tener éxito. Siguió su silencio. Cronshaw, probablemente, consideraba su propia existencia y recordaba su juventud con sus brillantes esperanzas y las desilusiones que habían apagado todo el esplendor, la mísera monotonía del placer y el porvenir oscuro. La mirada de Philip se fijó en el montón de platillos, y notó que los ojos de Cronshaw se habían clavado en el mismo sitio.

LI

Pasaron dos meses.

Reflexionando sobre todas estas cosas. Philip se iba convenciendo de que en los pintores, escritores y músicos había una fuerza que los empujaba a abastecerse en su trabajo de un modo tan completo que era inevitable que subordinasen la vida al arte. Sucumbiendo a una influencia de la cual se daban cuenta, se convertían en el cebo del instinto que los poseía, y la vida se deslizaba entre sus dedos sin que fuera vivida. Pero, según él creía, la vida debía ser vivida y no pintada; y deseaba realizar todas las experiencias y extraer de cada minuto la emoción que pudiera ofrecer. Se decidió a dar el paso, dispuesto a aceptar el resultado, y resolvió llevarlo a cabo cuanto antes. Al día siguiente correspondía a Foinet visitar la escuela. Philip pensó preguntarle, ni corto ni perezoso, si creía que valía la pena que continuase estudiando pintura. No había olvidado el consejo brutal dado a Fanny Price. Fue exacto. Philip no conseguía olvidar a Fanny. Sin ella, faltaba algo en el estudio; de vez en cuando el gesto de una estudiante o la entonación de una voz se la recordaban, causándole una extraña desazón. La presencia de Fanny, ahora que estaba muerta, era más real que antes. Soñaba a menudo con ella, despertándose más tarde con un grito de terror… ¡Cuántos sufrimientos había soportado!

Philip sabía que cuando Foinet acudía al estudio se iba luego a almorzar a un pequeño restaurante de la rue d'Odessa, y se dio prisa en comer para poder ir a esperar ante el local la salida del maestro. Paseó arriba y abajo por la calle llena de gente hasta que vio a Foinet, que venía hacia él con la cabeza baja. Venciendo su timidez le abordó.

—*Pardon*, monsieur. Quería hablarle un momento.

Foinet le dirigió una rápida mirada. Le reconoció, pero no le sonrió al saludarle.

—Hable.

—Trabajo hace cerca de dos años bajo su dirección. Deseo pedirle que me diga francamente si cree que puede ser provechoso para mí el continuar.

Su voz temblaba un poco. Foinet continuaba caminando sin levantar los ojos. Observando su rostro Philip no consiguió discernir ninguna expresión.

—No le comprendo.

—Soy muy pobre. Si no tengo talento sería mejor que hiciera otra cosa cualquiera.

—Pero ¿usted no sabe si tiene talento?

—Todos mis condiscípulos están convencidos de que lo tienen; pero yo sé perfectamente que algunos de ellos se engañan.

El gesto amargo de la boca de Foinet se distendió en una sonrisa. Luego preguntó:

—¿Vive usted aquí cerca?

Philip le dijo dónde estaba su estudio. Foinet dio media vuelta.

—Vamos. Me mostrará usted su trabajo.

—¿Ahora? —preguntó Philip.

—¿Por qué no?

Philip no tuvo nada que objetar. Continuó andando silenciosamente junto al maestro. Sentíase achicado. Nunca había creído que a Foinet se le ocurriera ver inmediatamente sus obras. Pensaba que le daría tiempo para prepararse o que quizá le pediría que se las llevase a su casa. Temblaba de ansiedad. En el fondo de su corazón dormía la esperanza de que Foinet, tras haber mirado sus cuadros, dibujara una sonrisa —cosa que ocurría muy pocas veces— y le estrechara la mano diciendo: *«Pas mal*. Prosiga, hijito. Tiene usted talento; sí, verdadero talento.» El corazón de Philip latía con ardor bajo este pensamiento. ¡Qué alivio, qué alegría! Continuaría trabajando lleno de valor. ¿Qué importaban las privaciones, la fatiga, las desilusiones, si estaba destinado a llegar a la meta? Había trabajado mucho. Hubiera sido una verdadera crueldad si tanto trabajo resultara inútil. En aquel momento recordó con un estremecimiento que Fanny Price había dicho lo mismo. Llegaron a su casa. Philip estaba angustiado. Sintió deseos de rogar a Foinet que se marchara. No quería conocer la verdad. Cuando entraron en el portal, la *concierge* le entregó una carta en cuyo sobre reconoció la letra de su tío. Foinet le siguió por la escalera. Ambos guardaban silencio. Philip no hallaba nada a propósito que decir, y aquel silencio le ponía nervioso. El profesor tomó asiento. Sin pronunciar una palabra, Philip le puso ante los ojos el cuadro que el Salón había rechazado. Foinet hizo un gesto sin hablar. A continuación, Philip le mostró los dos retratos de Ruth Chalice, dos o tres paisajes que pintó en Moret y cierto número de bosquejos.

—Helo aquí todo —dijo con una risita nerviosa.

—¿Es malo su estado financiero? —preguntó finalmente Foinet.

—Malísimo —contestó Philip sintiendo que el corazón se le encogía—. No tengo suficiente para vivir.

—No hay nada tan degradante como la preocupación continua por los medios de subsistencia. Siento desprecio por los que desdeñan el dinero. Son hipócritas o estúpidos. El dinero es como un sexto sentido sin el cual no se puede hacer buen uso de los otros cinco. Sin una renta adecuada, la mitad de las posibilidades que uno tiene en la vida son letra muerta. Lo único que hay que tener presente es no gastar más de un franco cuando se ha ganado un franco. Oirá usted decir a alguien que la pobreza es la mejor espuela de un artista. Los que hablan así no han sentido nunca el hierro en la carne; ignoran lo que es y cómo envilece. Expone a infinitas humillaciones, corta las alas, devora a las almas como un cáncer. No es que se necesite la riqueza, pero sí lo que basta para salvaguardar la propia dignidad, para ser generoso, puro e independiente. Compadezco con toda el alma al artista, pintor o escritor que depende

eternamente de su propio arte para vivir.

Philip guardó tranquilamente las telas.

—Si no estoy equivocado, eso quiere decir que no tiene usted mucha fe en mis posibilidades.

Foinet se encogió ligeramente de hombros.

—Posee usted cierta agilidad. No veo la razón de por qué no puede usted llegar a ser, con mucha perseverancia, un pintor cuidadoso y no despreciable. Hay centenares que pintan como usted y centenares que pintan peor que usted. Pero no he visto ingenio original en nada de lo que usted me ha presentado. He visto sólo inteligencia y trabajo. No será usted más que un pintor mediocre.

Philip se esforzó en responder con calma.

—Le estoy muy agradecido por el trabajo que se ha tomado. Nunca podré agradecérselo bastante.

Monsieur Foinet se dispuso a marcharse, pero junto a la puerta colocó una mano sobre el hombro de Philip.

—Si quiere usted mi consejo haga usted acopio de valor y tiente la fortuna de otra forma. Le parecerá a usted muy duro, pero deje que le diga esto: daría todo lo que tengo en el mundo porque alguien me hubiera dado, cuando tenía la edad de usted, el consejo que yo le doy ahora. Aunque es probable que no lo hubiera seguido.

Philip le miró con sorpresa. El maestro trataba de sonreír, pero sus ojos permanecían graves y tristes.

—Es cruel descubrir uno su mediocridad cuando es demasiado tarde. La cosa no pone de buen humor ni mucho menos.

Diciendo estas palabras, se echó a reír y salió de la habitación.

Philip miró maquinalmente la carta de su tío. La vista de su letra le llenó de ansiedad porque por lo general era su tía quien le escribía. Desde hacía tres meses estaba enferma, y Philip le había ofrecido ir a Inglaterra para verla, pero la buena mujer se había negado para no perjudicar los estudios de su sobrino. Esperaba que éste iría al vicariato a pasar una semana durante el mes de agosto. Si se empeoraba —había añadido la tía— ya le avisarían, pues no quería morirse sin volverle a ver. El hecho de que le escribiera su tío quería decir que la enferma estaba demasiado débil para coger la pluma. Abrió la carta y leyó:

Querido Philip:

Tengo el dolor de comunicarte que tu querida tía ha dejado este mundo en las primeras horas de esta mañana. Ha muerto de repente pero sin sufrir. Se agravó súbitamente y no tuvimos tiempo de llamarte. Se hallaba preparada para el fin y ha entrado en el reposo eterno con una fe completa en una feliz resurrección y completamente resignada a la divina voluntad de Nuestro

Señor Jesucristo. Tu tía habría deseado que estuvieras presente en el entierro. Espero, pues, que vendrás lo más pronto posible. Sobre mis hombros ha caído, naturalmente, mucho trabajo y me encuentro terriblemente trastornado. Confío en que querrás hacer lo que puedas para ayudarme.

Tu afectísimo tío,

WILLIAM CAREY

LII

Philip llegó a Blackstable al día siguiente. Después de la muerte de su madre no había perdido a ningún otro pariente próximo; la desaparición de su tía le llenó de aflicción y al mismo tiempo de un extraño terror: por primera vez en su vida experimentaba la sensación de que había de morir. Se preguntaba cuál habría sido la vida de su tío sin la presencia de aquella mujer que durante cuarenta años le rodeó de amor y de cuidados. Se figuraba que iba a encontrarlo traspasado por un dolor sin esperanza. Temía el primer encuentro porque sabía que a él no se le ocurriría ni una palabra de consuelo. Preparó entre sí cierto número de frases adecuadas a las circunstancias.

Entró en el vicariato por la puerta lateral y llegó al comedor. El tío estaba leyendo el diario.

—El tren ha llegado con retraso —dijo el vicario alzando los ojos.

Philip, que iba preparado para una gran emoción, permaneció desconcertado ante aquel recibimiento. Abatido, pero con toda tranquilidad, el tío mostró el periódico a Philip.

—El *Blackstable Times* publica un hermoso artículo hablando de ella.

Philip lo leyó maquinalmente.

—¿Quieres venir a verla?

Philip asintió y ambos salieron juntos. Tía Louisa yacía en un gran lecho, cubierta de flores.

—¿Quieres decir una oración? —preguntó el vicario.

Se arrodilló, y Philip, para no desairarlo, siguió su ejemplo. Miraba el pequeño rostro arrugado y pensaba en una sola cosa: ¡Una vida desperdiciada! Transcurrido un minuto, mister Carey tosió y se puso en pie. Luego indicó una corona que se veía en el fondo del lecho.

—Es del propietario del castillo —dijo en voz tan baja como si estuviera en la iglesia; se comprendía, sin embargo, que, debido a su condición de eclesiástico, la circunstancia resultaba normal para él—. Creo que el té estará ya preparado.

Bajaron de nuevo al comedor. Las persianas bajas daban a la habitación un aspecto lúgubre. Sentóse el vicario en la cabecera de la mesa, en el sitio que ocupaba generalmente su mujer, y sirvió ceremoniosamente el té. Philip pensó que ninguno de los dos hubiera debido comer, pero cuando vio que su tío continuaba teniendo el apetito de siempre, dio libre curso al suyo. Al principio no pronunciaron ni una palabra. Philip se sirvió un gran trozo de pastel y se lo comió con una expresión de tristeza que le parecía de acuerdo con las circunstancias.

—Las cosas han cambiado mucho desde que yo era cura —dijo el vicario—. Cuando yo era joven se acostumbraba dar a los que acompañaban el entierro un par

de guantes negros y un gran trozo de seda negra para el sombrero. De aquella seda la pobre tía Louisa se hacía sus vestidos. Solía decir que doce entierros le proporcionaban un vestido negro.

A continuación habló a Philip de todos los que habían enviado coronas. Eran ya veinticuatro las que habían llegado. Cuando murió mistress Rawlingson, la mujer del vicario de Ferge, reuniéronse treinta y dos; pero probablemente llegarían algunas más al día siguiente. El cortejo saldría a las once del vicariato. Había la probabilidad de superar a mistress Rawlingson.

—Oficiaré yo mismo. Prometí a tía Louisa que no permitiría a ningún otro que dijera el oficio fúnebre por ella.

Philip dirigió a su tío una mirada de desaprobación cuando le vio coger otro trozo de pastel. Le parecía una glotonería fuera de lugar en aquellos momentos.

—Marian hace pasteles excelentes, no cabe duda. Seguramente ninguna otra sabrá hacerlos como ella.

—¿Se marcha? —preguntó Philip.

Philip recordaba haber visto siempre en el vicariato a Marian, quien jamás olvidaba su cumpleaños, enviándole una fruslería absurda, pero conmovedora.

—Sí, no sería conveniente tener en casa a una muchacha soltera.

—¡Dios mío, pero si debe tener más de cuarenta años!

—Eso creo. Pero se ha vuelto más bien fastidiosa, quiere hacer de ama, y yo he aprovechado ese pretexto para despedirla.

Philip sacó un cigarrillo, pero su tío le detuvo.

—Esperarás hasta después del entierro, Philip —dijo el tío con dulce tono.

—Perfectamente.

—No sería respetuoso fumar en casa cuando todavía está en ella la pobre tía Louisa.

Joshua Graves, administrador de los bienes parroquiales y director del banco, fue a cenar al vicariato después del entierro. Las persianas habían sido abiertas, y Philip experimentó a pesar suyo una extraña impresión de alivio. La presencia del cadáver en la casa producía una sensación de disgusto. La pobre mujer que había sido tan buena y amable para él parecía ejercer, mientras permanecía rígida y fría sobre su lecho, una funesta influencia sobre los supervivientes. Esta idea horrorizaba a Philip.

El joven se encontró durante algunos minutos en el comedor solo con el administrador de los bienes parroquiales.

—Espero que podrás quedarte algún tiempo con tu tío —le dijo Graves—. Sería conveniente no dejarle solo ahora.

—No tengo ningún proyecto —repuso Philip—. Si desea que me quede con él, lo haré muy gustoso.

Para distraer al afligido viudo, el administrador habló durante el almuerzo de un incendio reciente que había destruido en parte la capilla wesleyana.

—He oído decir que no estaban asegurados —sugirió con una sonrisa.

—No importa. Encontrarán todo el dinero que sea necesario para reconstruirla. Esa gente de la capilla está siempre dispuesta a dar dinero.

—He visto que Holden ha mandado una corona.

Holden era el ministro disidente. Por amor a Cristo, muerto por entrambos, mister Carey le saludaba siempre cuando le encontraba, pero nunca le dirigía la palabra.

—Una verdadera birria —observó el vicario—. Hemos recibido cuarenta coronas. La de usted era magnífica. A Philip y a mí nos ha gustado mucho.

—¡Oh, no sé por qué! —protestó el administrador.

Había observado con satisfacción que la suya era, con mucho, la más grande de todas. Resaltaba muy bien. Empezaron a hablar del cortejo. Durante el entierro habían estado cerradas las tiendas, y el administrador sacó del bolsillo el aviso que había sido colocado: «A causa de la muerte de mistress Carey, esta tienda estará cerrada hasta la una.»

—Ha sido idea mía.

—Muy amable —dijo el vicario—. La pobre Louisa lo hubiera agradecido mucho.

Philip comía en silencio. Marian había considerado el día como si fuera domingo, preparando un pollo asado y un pastel de frambuesa.

—Supongo que no habrá pensado usted todavía en la lápida —dijo el administrador.

—He pensado en una sencilla cruz de piedra. Louisa era contraria a toda ostentación.

—También a mí me parece que una cruz es lo mejor. Y como inscripción me gusta ésta: «Con Cristo; ¿con quién mejor?»

El vicario apretó los labios. ¡*Bismarck* tenía la manía de meterse en todo! Aquel epitafio no le gustaba. No era lo bastante lisonjero para él.

—No me gusta mucho. Prefiero «El Señor me la dio y el Señor me la quitó.»

—¿De veras? Me parece un poco frío.

El vicario respondió con cierta aspereza, y mister Graves replicó en un tono que al viudo le pareció excesivamente autoritario. Era demasiado quererle imponer el epitafio para la tumba de su mujer. Hubo una pausa y luego la conversación siguió sobre asuntos de la parroquia. Philip salió al jardín a fumar. Sentado en un banco, de pronto se echó a reír de un modo histérico.

Algunos días después su tío expresó la esperanza de ver» le pasar una semana en Blackstable.

—Con mucho gusto —repuso Philip.

—Supongo que te volverás a París en setiembre.

Philip no respondió. Había reflexionado mucho sobre lo que Foinet le dijo. Pero estaba todavía tan indeciso que prefería no hablar del porvenir. La renuncia al arte, consecuencia de su convicción de que no le sería posible sobresalir, era ciertamente una cosa bella. Pero, por desgracia, sólo le parecería así a él. A los otros les parecería el reconocimiento de la derrota y él no estaba dispuesto a confesarla. Era obstinado, y la sospecha de no haber encontrado el camino que le convenía le empujaba a forzar las circunstancias y a proseguir en la misma dirección. No podía soportar la idea de que sus amigos se rieran de él. Esto le había impedido en París abandonar definitivamente la pintura, pero aquí el ambiente distinto le permitía ver las cosas de otra manera. Como muchos otros, descubrió que el hecho de atravesar el Canal de la Mancha hace encontrar singularmente insulsas ciertas cosas que antes parecían importantes. Aquella existencia que le fascinaba tanto que no podía apartarse de ella, le parecía ahora absurda en extremo. Experimentaba disgusto al recordar el café, el restaurante donde servían comidas mal condimentadas, toda aquella vida al margen de la verdadera vida. Ya no le importaba nada la opinión de sus amigos. Cronshaw con su retórica, mistress Otter con sus escrúpulos, Ruth Chalice con su afectación, Lawson y Clutton con sus discusiones… Experimentaba una violenta antipatía hacia todos. Escribió a Lawson rogándole que le enviara su ropa. Ésta llegó una semana después, así como todas las demás cosas. Pudo examinar de nuevo sus cuadros sin turbarse lo más mínimo. Su tío tenía muchos deseos de ver sus obras. Después de haber desaprobado con tanto ahínco el deseo de ser pintor que Philip había sentido, ahora aceptaba las cosas lleno de ecuanimidad. La vida de los estudiantes le interesaba, e interrogaba continuamente a Philip acerca de tal cosa. En el fondo estaba un poco orgulloso de tener un sobrino pintor y cuando tenía visitas trataba de hablar de ello. Miró con curiosidad los dibujos que Philip hizo en la escuela. El joven le mostró también el retrato de Miguel Ajuria.

—¿Por qué lo pintaste? —preguntó mister Carey.

—Tenía necesidad de un modelo y su cabeza me interesaba —contestó Philip.

—Ya que no tienes nada que hacer aquí, ¿por qué no te entretienes pintando mi retrato?

—Te cansarías de posar tantas sesiones.

—No, creo que me gustará.

—Entonces lo intentaremos.

La vanidad del tío divertía a Philip. Se moría de ganas de que le retrataran. No quería perder la ocasión de obtener algo gratuitamente. Durante tres o cuatro días, el tío hizo continuas alusiones; echaba en cara a Philip su indolencia preguntándole cuándo empezaría a trabajar y contando a todos que su sobrino iba a empezar su

retrato. Finalmente, el primer día que llovió después de haber hablado de lo del retrato, dijo a Philip en cuanto terminaron el desayuno:

—¿Y si empezáramos el retrato esta mañana?

Philip dejó el libro que estaba leyendo y se apoyó en el respaldo de la silla.

—He renunciado a la pintura.

—¿Por qué? —preguntó el tío, estupefacto.

—No veo la ventaja de llegar a ser un pintor de segundo orden y estoy convencido de que no puedo llegar a ser otra cosa.

—Me dejas atónito. Antes de marcharte a París estabas seguro de ser un genio.

—Me engañaba.

—Pensaba que una vez elegida una profesión tendrías el orgullo de continuar en ella. Me parece que lo que te falta es perseverancia.

Philip se sintió contrariado; ni siquiera su tío comprendía el heroísmo de su decisión.

—Piedra movediza nunca moho la cobija —dijo el vicario.

Philip detestaba aquel proverbio, el cual le parecía completamente vacío de significado. Su tío lo había repetido infinidad de veces durante las discusiones que precedieron al abandono de la oficina de Londres. Evidentemente el tutor recordaba aquella circunstancia.

—No eres ya un niño y debes pensar en situarte. Primero quisiste llegar a ser buen oficinista, luego te cansaste y quisiste estudiar pintura. Ahora cambias otra vez de idea. Esto no es otra cosa que…

Titubeó un instante para pensar bien los defectos que iba a enumerar. Philip terminó la frase.

—Indecisión, incompetencia, falta de previsión y de determinación.

El vicario alzó los ojos, para ver si su sobrino se burlaba de él. El rostro del joven permanecía serio, pero en sus ojos había una chispa burlona que irritó al tío. Realmente aquel muchacho empezaba a exagerar. Merecía una lección.

—Tus asuntos financieros no me atañen. Eres dueño de ti mismo. Pero harás bien en recordar que tu dinero no durará eternamente y que con un pie deforme no te será fácil ganarte la vida.

Philip había notado desde hacía tiempo que cuando alguien se enfadaba con él de lo primero que le hablaba era de su pie deforme. Casi ninguno resistía la tentación. Pero se había acostumbrado a no dejar traslucir que la alusión le ofendía; incluso acertaba a dominar el rubor que fue uno de los tormentos de su adolescencia.

—Como has dicho muy acertadamente, mis asuntos no te atañen en lo más mínimo y soy libre.

—De todos modos me harás la justicia de reconocer que yo tenía razón cuando me oponía a tu manía artística.

—No sé qué decirte. Creo que se saca más provecho de los errores cometidos espontáneamente que de las cosas razonables hechas por consejo de los demás. He adquirido experiencia, he recibido mi lección y ahora estoy dispuesto a ponerme a trabajar.

—¿En qué?

Philip no estaba preparado para esta pregunta, ya que había pensado en una docena de profesiones sin tomar ninguna decisión.

—Lo mejor para ti será seguir la profesión de tu padre y hacerte médico.

—¡Es extraño! Pienso lo mismo.

Entre las demás profesiones destacaba la medicina porque se trataba de una ocupación que parecía dejar cierta libertad personal, ya que la experiencia adquirida de lo que era una oficina le vedaba intentar una segunda experiencia por el estilo. La respuesta que dio al vicario se le había ocurrido casi involuntariamente, deseoso de pronunciar la última palabra. Pero la idea de tomar una decisión accidental le divertía y resolvió de golpe y porrazo ingresar durante el próximo año en el hospital que su padre dirigió.

—Entonces tus dos años en París deben ser considerados como un tiempo perdido, ¿no es así?

—¡Quién sabe! He pasado dos años muy agradables y he aprendido un par de cosas útiles.

—¿Qué cosas?

Philip reflexionó un instante. Sentía un leve deseo de irritar a su tío.

—He aprendido a mirarme las manos, cosa que no había hecho nunca. Además, en lugar de mirar las casas y los árboles simplemente, he aprendido que las sombras no son negras, sino coloradas.

—Sin duda te crees muy astuto. Pero tu volubilidad me parece absolutamente estúpida.

LIII

Mister Carey se retiró a su despacho llevándose el periódico. Philip fue a sentarse en el sillón del tío, el único cómodo de la casa, y miró a través de la ventana la lluvia que caía. A pesar del mal tiempo, el campo que se extendía hasta perderse de vista ofrecía un aspecto que invitaba al sosiego. En aquel paisaje había un encanto que Philip no recordaba haber sentido nunca antes. Los dos años pasados en Francia sirvieron para abrirle los ojos y poder apreciar la belleza de su país.

Sonriendo pensó en las observaciones que su tío le había formulado. ¡Qué suerte era poseer un carácter voluble! Se empezaba a dar cuenta de la pérdida que significó para él la muerte de su padre y de su madre. Tal cosa era algo que impedía ver la vida como la veían los demás. El amor de los padres para con sus hijos es el único completamente desinteresado. Él había crecido lo mejor que pudo entre extraños, encontrando en muy pocas ocasiones paciencia y tolerancia. El joven estaba orgulloso del dominio que adquirió sobre sí mismo: lo había conquistado bajo las burlas de sus compañeros. Ahora le hubieran llamado cínico e insensible. Había llegado a mostrar un continente tranquilo y a menudo impasible, de suerte que ahora no había peligro de que revelara sus sentimientos a nadie. Le decían que no tenía corazón, pero él sabía muy bien que era juguete de sus escondidas emociones. Un gesto de bondad le conmovía tanto que a veces no osaba hablar por temor a que la voz le traicionase. Recordaba la amargura de su vida en el colegio, las humillaciones que hubo de soportar, las burlas de que había sido objeto, el temor morboso que el ridículo le inspiraba; recordaba el aislamiento que experimentó cuando, encontrándose frente al mundo, las desilusiones le hicieron medir la distancia que existe entre lo que su imaginación le prometía y lo que hallaba en la realidad.

—¡Caramba, si no fuera voluble me suicidaría! —se dijo alegremente.

Reflexionó sobre la respuesta qué había dado a su tío a propósito de lo que aprendió en París. Desde luego, aprendió mucho más de lo que dijo. Una conversación sostenida con Cronshaw le había quedado impresa, y una frase, bastante vulgar, hizo trabajar su mente.

—Querido amigo —había dicho Cronshaw—, la moral abstracta no existe.

Cuando dejó de creer, Philip se sintió aliviado de un gran peso; al deshacerse de la responsabilidad que gravaba todas sus acciones, al pensar que cada una de éstas pesaba sobre la futura felicidad de su alma inmortal, experimentó una fuerte sensación de libertad. Pero ahora sabía que la libertad es una ilusión. Abandonó la religión en la que había sido educado pero conservó intacta la moral que es parte integrante de ella. Por lo tanto decidió no dejarse influir más. Vicio y virtud, leyes establecidas del bien y del mal, fueron apartadas por el joven, pensando encontrar en sí mismo la adecuada ley de vida. Por otra parte; no sabía si las leyes eran necesarias.

Precisamente ésta era una de las cosas que deseaba descubrir. Muchos principios le parecían intangibles gracias a que se los habían inculcado desde la niñez. Leyó muchos libros, pero tal cosa no le servía de nada, pues muchos libros fueron hechos según la moral cristiana, y aunque algunos escritores sostuvieran que no creían, la verdad era que no se quedaban satisfechos hasta que no construían un sistema de ética completamente de acuerdo con la del Sermón de la Montaña. No valía la pena de leerse un grueso volumen para llegar a la conclusión de que es necesario proceder como todos los demás. Philip deseaba descubrir él solo una manera de actuar, sintiéndose capaz de huir de la influencia del ambiente. Pero al mismo tiempo había de seguir viviendo y mientras encontraba nuevas leyes que rigieran su conducta, era necesario imponerse una regla provisional.

—Sigue tus inclinaciones, pero poniendo atención en el policía que hay en la calle.

Estaba convencido de que lo mejor que había conquistado en París era su libertad de espíritu. Leyó de vez en cuando algunos libros de filosofía y estaba encantado con la posibilidad de poder entregarse a la lectura durante unos meses. Empezó a leer al azar. Se enfrentaba con cada sistema presa de una ligera excitación, esperando encontrar una guía que le permitiera regular su conducta. Sentíase algo así como un viajero en país extraño, y, mientras avanzaba por el desconocido terreno, sentía que la empresa le fascinaba. Leía con la misma emoción que otros cuando leen novelas, y notaba que el corazón le latía apresuradamente al reconocer, expresadas en nobles frases, sus más oscuras aspiraciones. Poseía un espíritu positivo y se movía con dificultad por las regiones de lo abstracto, pero aun cuando no pudiera comprender el razonamiento, experimentaba un singular placer siguiendo en lo posible los laberínticos pensamientos entretejidos sobre el límite de lo incomprensible. En algunos grandes filósofos no hallaba nada parejo a él, pero en otros reconocía un espíritu familiar. Era como un explorador que, en el África Central, llegara inopinadamente a una vasta altiplanicie llena de árboles y de prados y le produjera la ilusión de un parque inglés. Deleitábase con el robusto buen sentido de Thomas Hobbes; Spinoza le llenaba de respeto, pensando que jamás se había hallado en contacto con un espíritu más noble, inaccesible y austero; precisamente Spinoza le recordaba una estatua de Rodin, *L'Age d'Airain*, que admiraba con pasión. Después estaba Hume; el escepticismo de este delicioso filósofo hacía vibrar en Philip la cuerda de la simpatía, y, gozando el estilo lúcido que parecía exponer los pensamientos más complicados por medio de palabras sencillas y musicales, una sonrisa de placer erraba por sus labios. Pero en ninguno encontraba lo que quería. Le parecía que existían tres cosas que debían ser definidas: la relación del individuo con el lugar en que vive; la relación con los hombres en cuyo medio vive, y, finalmente, la relación consigo mismo. Estableció cuidadosamente un programa de estudios.

La ventaja de vivir en el extranjero en contacto con las maneras y costumbres de los demás pueblos permite observar desde fuera las propias costumbres y ver que no son tan esenciales como las creen los habitantes del país. Lo que a uno le parece evidente, para el extranjero es absurdo. El año pasado en Alemania y la larga estancia en París habían preparado a Philip para realizar los estudios que ahora llevaba a cabo. Nada era bueno y nada era malo. Sencillamente, las cosas se adaptaban a un fin. *El origen de las especies* le dio una explicación de muchas preguntas que le turbaban. Nacido una generación después de la publicación de este gran libro, Philip pudo aceptar frívolamente muchas de las cosas que habían horrorizado a los contemporáneos del autor. La regla moral que sugería concordaba con sus aspiraciones. Por una parte, la sociedad, con sus leyes de crecimiento y conservación; por la otra, el individuo. La sociedad declara virtuosas las acciones que sirven para su conservación y pecaminosas las que no sirven para ello. El bien y el mal no son otra cosa que esto, y el pecado es un prejuicio del que el hombre libre debe desembarazarse. En su lucha contra el individuo, la sociedad dispone de tres armas: la ley, la opinión pública y la conciencia. Las dos primeras pueden combatirse con un poco de habilidad, pero la conciencia es el traidor que existe en cada corazón por cuenta de la sociedad, empujando al individuo a sacrificarse por la prosperidad del propio enemigo. El Estado y el individuo consciente son evidentemente irreconciliables. El uno se sirve del individuo para cumplir sus propios fines; el otro, seguro sólo de su propia fuerza, intenta servirse del Estado pagando en dinero o en servicios ciertas ventajas, pero sin sentir el más ligero asomo de gratitud. El hombre libre no puede hacer nada malo. Su fuerza constituye la única medida de su moral. Reconoce las leyes del Estado y puede infringirlas sin sentirse culpable, y en caso de castigo lo acepta sin rencor: la sociedad posee la fuerza.

Pero si para el individuo no existen ni el bien ni el mal, la conciencia no sirve para nada. Dando un grito de triunfo Philip la arrojó de su alma, pero no por ello había dado un paso más hacia la comprensión de la vida. ¿Para qué había sido hecho el mundo y con él los hombres? Esto continuaba siendo inexplicable. Recordó la parábola de Cronshaw sobre el tapiz persa. El poeta la proponía como una solución al enigma y declaraba misteriosamente que no había una respuesta si uno no la descubría por sí mismo.

—¿Qué diablos había querido decir? —se preguntaba Philip sonriendo.

Y así, el último día de setiembre, deseoso de poner en práctica todas aquellas nuevas teorías, Philip, llevando consigo mil seiscientas libras y su pie deforme, partió para Londres a fin de iniciar por tercera vez una nueva vida.

LIV

El examen realizado por Philip para entrar como meritorio en la oficina era suficiente ahora para ingresar en una Facultad de medicina. El joven eligió la de San Lucas, donde había estudiado también su padre, y antes de que terminase el verano había ido a Londres para hablar con el secretario. Éste le dio una lista de habitaciones amuebladas, y Philip eligió una en una casa tétrica, pero que tenía la ventaja de estar a dos pasos del hospital.

—Procúrese como sea algún miembro humano para sus estudios de anatomía práctica —le aconsejó el secretario—. La costumbre es empezar por una pierna; parece más fácil.

El primer curso, el de anatomía, empezaba a las once, y hacia las diez y media Philip atravesó la calle cojeando y entró en el hospital. Sentíase un poco nervioso. Cerca de la puerta había colocados una gran cantidad de anuncios: conferencias, partidos de fútbol y otras cosas por el estilo, que Philip miró con indiferencia. Jóvenes de ambos sexos entraban charlando, miraban en las casillas del correo y a continuación descendían al sótano donde se encontraba la sala de lectura. Philip vio algunos jóvenes que miraban tímidamente a su alrededor, comprendiendo que, como él, se encontraban allí por vez primera. Después de haber leído todos los anuncios, vio una puerta, observando que conducía a una especie de museo. Como faltaban todavía veinte minutos para la hora de clase, entró. Era una colección de modelos patológicos. Un muchacho de dieciocho años se le acercó preguntándole:

—¿Es usted del primer año?

—Sí —repuso Philip.

—¿Sabe usted dónde está el aula? Están a punto de dar las once.

—Vamos a buscarla.

Recorrieron un largo corredor oscuro con las paredes pintadas en dos tonalidades de rojo. Algunos jóvenes les indicaron el camino. Llegaron a una puerta en la que se leía: «Anfiteatro anatómico.» Había ya mucha gente. Un subalterno entró, dejó sobre la mesa central un vaso de agua y a continuación un hueso pelviano y dos tibias, la izquierda y la derecha. Entraron más estudiantes y tomaron asiento. Una gran mayoría eran más jóvenes que Philip, muchachos de dieciocho o diecinueve años, de piel aterciopelada. Pero había también algunos de más edad. Observó la presencia de un individuo de unos treinta años, alto, de barba roja, y la de otro de pequeña estatura, moreno, que podría tener dos años menos que el anterior, y, por último descubrió a un tipo con anteojos y barba gris.

Entró el profesor Cameron, un hombre guapo, con los cabellos blancos y las facciones regulares. Pasó lista, y a continuación pronunció un pequeño discurso. Poseía una voz agradable y parecía elegir con el mayor cuidado las palabras de que se

servía. Sugirió un par de libros para que los alumnos los adquiriesen y les aconsejó que se proveyeran de un esqueleto: era esencial para el estudio de la cirugía, un conocimiento que ayudaba a apreciar el arte. Philip aplicó el oído. Más tarde supo que el profesor Cameron daba conferencias también a los estudiantes de la Royal Academy. Había vivido algunos años en el Japón enseñando en la Universidad de Tokio y se enorgullecía de saber apreciar la belleza.

—Tienen ustedes que aprender muchas cosas aburridas —terminó diciendo con una sonrisa de indulgencia—, que olvidarán inmediatamente después del examen final. Pero en anatomía es mejor haber aprendido y olvidar que no haber aprendido nada.

Cogió uno de los huesos que había encima de la mesa y empezó a describirlo. Hablaba con claridad y elegancia.

Cuando acabó la lección, el muchacho que había dirigido la palabra a Philip en el museo anatómico, y luego se había sentado a su lado, le propuso que fueran a la sala de anatomía. Recorrieron nuevamente el corredor y un ordenanza les indicó la dirección. Apenas entraron, Philip comprendió de qué provenía el olor que había percibido en el corredor. Encendió la pipa. El ordenanza dejó escapar una breve sonrisa.

—Se habituará usted en seguida al olor. Yo no lo noto ya.

Preguntó a Philip su nombre y consultó una lista colocada en la tablilla.

—Tiene usted una pierna. Número cuatro.

Philip vio otro número junto al suyo.

—¿Qué significa? —preguntó.

—Hay pocos cadáveres de momento. Hemos tenido que señalar dos estudiantes para cada miembro.

La sala anatómica era una amplia estancia; la parte superior estaba pintada de color salmón y la inferior de color ladrillo oscuro. A intervalos regulares, a lo largo de la pared de la estancia, formando ángulo recto con ella, había mesas de metal acanalado. En cada una yacía un cuerpo. La mayoría eran hombres: la piel, oscurecida por el desinfectante en el que habían sido conservados, producía la impresión de ser cuero. Todos estaban extraordinariamente delgados. Philip fue conducido por el ordenanza hasta una de las mesas donde un joven le estaba aguardando.

—¿Se llama usted Carey? —le preguntó éste.

—Sí.

—Bien, tenemos esta pierna en la que debemos trabajar juntos. Menos mal que es de un hombre, ¿no es verdad?

—¿Por qué?

—Por lo general —dijo el ordenanza— se prefiere a los hombres. Las mujeres

tienen casi siempre demasiada grasa.

Philip miró el cuerpo. Los brazos y las piernas estaban tan descarnados que no tenían forma y las costillas se acusaban estirando la piel. Pertenecía a un hombre de unos cuarenta y cinco años, de barba rala de color gris y escasos e incoloros cabellos en el cráneo. Sus ojos estaban cerrados y la mandíbula pendía relajada. Era imposible imaginar que aquello pudiera haber sido un ser humano. En toda la fila de cadáveres había algo de terrible, de espectral…

—¿Le parece que empecemos a las dos? —dijo el compañero de Philip.

—Muy bien; seré puntual —repuso el joven.

El día anterior había comprado el estuche con los instrumentos quirúrgicos y ahora le asignaron un pequeño armario que se cerraba con llave. Dirigió una mirada al joven que le había acompañado a la sala anatómica y vio que estaba palidísimo.

—¿No se siente usted bien? —le preguntó Philip.

—No había visto nunca un muerto.

Avanzaron por el corredor hasta llegar a la puerta de salida. Philip pensó en Fanny Price, la primera persona muerta que había visto en su vida, y recordó la impresión recibida. Había una enorme diferencia entre el vivo y el muerto. Parecía imposible que hubieran pertenecido a la misma— especie. Resultaba extraño pensar que poco antes todos aquellos seres hablaban, se movían, comían y reían. Había algo horrible en los cadáveres. Se hubiera creído que ejercían una nefasta influencia sobre los vivos.

—¿Y si fuéramos a comer alguna cosa? —propuso Philip.

Bajaron de nuevo al sótano, donde una habitación poco iluminada estaba habilitada como un restaurante. Los estudiantes encontraban allí las mismas comidas que en cualquier restaurante barato. Mientras comían —Philip tomó una taza de chocolate y un *brioche*— supo Philip que su compañero se llamaba Dunsford. Era un muchacho de rostro infantil, bellos ojos azules y cabellos oscuros y ondulados, ancho de espaldas y lento de palabras y de movimientos. Acababa de llegar de Klipton.

—¿Tienes intención de dedicarte a la medicina?

—Sí, y espero acabar la carrera lo más pronto posible.

—También yo, pero pienso dedicarme a la cirugía.

La mayor parte de los estudiantes se limitaban a acabar la carrera de medicina o de cirugía, pero los más estudiosos juntaban a ésta los estudios suplementarios que merecían un diploma especial de la Universidad de Londres. Cuando Philip ingresó en la Escuela de San Lucas hacía poco que el reglamento había sido modificado y la carrera duraba cinco años en lugar de cuatro, como sucedía antes del 1892. Dunsford estaba al corriente de todo y explicó a Philip cómo se hallaban las cosas. El primer examen consistía en biología, anatomía y química, pero se podía sufrir en diversos períodos. La mayor parte de los estudiantes sufrían el examen de biología tres meses

después de la inscripción. Era una materia que habían añadido a las otras recientemente, pero los conocimientos que se requerían eran muy limitados.

Philip llegó a la sala anatómica con un pequeño retraso a causa de que se había olvidado antes de comprar las medias mangas que todos llevaban para protegerse las de la camisa. Algunos estudiantes estaban ya atareados. El compañero de Philip había empezado a la hora en punto y se hallaba seccionando los nervios cutáneos. Otros dos estudiantes trabajaban en la otra pierna y otros en los brazos.

—¿Te disgusta que haya empezado sin esperarte?

—De ninguna manera —contestó Philip.

Abrió el libro por una página que representaba un diagrama de la parte que iba a seccionar y observó lo que era necesario buscar.

—Eres bastante hábil —indicó a su compañero.

—He hecho ya disecciones a animales en un curso preparatorio.

Los estudiantes, mientras trabajaban, no paraban de hablar, unas veces acerca de lo que estaban haciendo y otras de los próximos partidos de fútbol, de los profesores y de las lecciones. Philip tenía más años que los otros, que eran todos casi unos colegiales. Pero la cultura no tiene a veces nada que ver con los años, y Newson, el activo joven que trabajaba con él, sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Contento de poder mostrar su competencia, dio muchas explicaciones a Philip, y Philip, no obstante su secreta reserva de sabiduría, escuchó complacido. A continuación cogió el escalpelo y las pinzas y empezó a trabajar mientras el otro le miraba.

—Es extraordinario lo delgado que está —dijo Newson—. No habría comido desde hacía un mes.

—¡Quién sabe de lo que ha muerto! —murmuró Philip.

—¡Quién sabe! Quizás una antigua enfermedad… Aunque lo más seguro es que se haya muerto de hambre… Ten cuidado, no cortes la arteria.

—Es fácil decir «no cortes la arteria» —observó uno de los estudiantes que trabajaba en la otra pierna—. Este viejo idiota tiene una arteria fuera de sitio.

—Las arterias están siempre fuera de sitio —replicó Newson—. La normal es la que no se encuentra nunca. Por eso la llamamos normal.

—No continúes, de lo contrario me cortaré.

—Si te cortas —se apresuró a explicar Newson— lávate en seguida con un desinfectante. Es una cosa a la cual debe prestarse mucha atención. El año pasado hubo uno que no hizo caso de un simple rasguño y le vino una septicemia.

—¿Curó?

—No; murió al cabo de una semana. Entérate en la sala de autopsias.

A la hora del té, Philip tenía la espalda dolorida, y después del ligero almuerzo que había hecho sentía la necesidad de reponer sus fuerzas. Sus manos conservaban

aquel olor especial que había percibido por la mañana en el corredor. Le pareció encontrarlo también en las tostadas.

—¡Oh, ya te acostumbrarás! —dijo Newson—. Cuando uno se acostumbra, si no se huele el bueno y viejo olor de la sala de anatomía, se siente como extraviado.

—Esto no me quitará el apetito —dijo Philip haciéndose servir tras de las tostadas un buen trozo de pastel.

LV

La idea que Philip tenía sobre la vida de los estudiantes de medicina, al igual que la mayoría de la gente, estaba basada en las descripciones hechas por Carlos Dickens hacia la mitad del siglo XIX. Pero muy pronto se dio cuenta el joven de que Bob Sawyer, si es que había existido alguna vez, no se parecía en nada a los estudiantes reales de ahora.

En la profesión de medicina entran muchas personas y, naturalmente, algunas son perezosas y descuidadas. Creen que la vida les va a ser fácil y pasan un par de años, al cabo de los cuales se quedan sin dinero; debido a esto, o porque los padres se niegan irritados a seguirlos manteniendo, los estudiantes abandonan el hospital. Otros encuentran los exámenes demasiado difíciles: un suspenso después de otro los pone nerviosos y, víctimas del pánico, olvidan ante los jueces cuanto sabían.

Se arrastraban por la escuela varios años, siendo objeto de alegre diversión para los más jóvenes. Algunos conseguían aprobar con grandes fatigas el examen de farmacia o llegaban a ser practicantes, posición precaria, en la cual estaban a merced del titular. Se debatían entre la pobreza y la embriaguez, y sólo Dios sabía cómo terminaban. Pero generalmente los estudiantes de medicina eran jóvenes burgueses estudiosos, a los cuales una discreta asignación les permitía vivir decentemente, de acuerdo con sus costumbres. Muchos de ellos, hijos de médicos, poseían cierta aptitud para la profesión. Su carrera estaba trazada por anticipado. En cuanto adquirían el título, hacían porque los nombrasen ayudantes de hospital y después de un tiempo de práctica, y tal vez un viaje a Extremo Oriente como médico de a bordo, se asociaban con su padre y pasaban el resto de su vida dedicados a atender a una clientela formada por campesinos. Algunos, poquísimos, estaban destinados a realizar una carrera excepcionalmente brillante; ganarían premios y la beca ofrecida cada año al más estudioso; ingresarían como médicos del hospital, llegarían a ser directores, tendrían un gabinete de consulta en Harley Street, y, especializándose en una rama u otra de la medicina, llegarían a ser ricos y eminentes.

La profesión de médico es la única que puede emprenderse a cualquier edad con la posibilidad de ganar para vivir. Entre los condiscípulos de Philip había tres o cuatro que no eran muy jóvenes. Uno había pertenecido a la Marina y se decía que le habían echado por embriaguez. De unos treinta años, tenía un rostro encarnado y era brusco de modales y de voz estentórea. Otro, casado y con dos hijos, había perdido su dinero a causa de un administrador un tanto indelicado. Era de aspecto deprimido, como si todo le pesara, y trabajaba silenciosamente dando a entender que encontraba difícil a su edad ejercitar la memoria. Era lento en comprender, y su esfuerzo y su aplicación producían pena.

Philip se instaló metódicamente en su pequeño alojamiento. Puso en orden sus

libros y adornó las paredes con sus escasos cuadros. En el piso principal, encima del suyo, vivía un estudiante de quinto curso, un tal Griffiths, pero Philip se veía muy poco con él, bien fuera porque estaba muy ocupado en las carreras, bien porque provenía de Oxford. Los estudiantes que habían estado en colegios universitarios formaban grupo aparte, como si quisieran hacer sentir a los menos afortunados su superioridad. Griffiths era un joven alto, provisto de una gran cabellera leonada y ondulada, ojos azules, piel blanca y boca de labios muy rojos. Era uno de esos tipos que tienen la fortuna de gustar a todos por su vivacidad y por su constante alegría. Aporreaba el piano y cantaba con bastante gracia las cancioncillas cómicas. Por la noche, mientras leía en su habitación solitaria, Philip oía arriba la charla y las carcajadas de los amigos de Griffiths.

Philip se acordaba de las bellas veladas de París, cuando sentado en el estudio en compañía de Lawson, Flanagan y Clutton, discutían de arte y de moral, de los amores presentes y de la celebridad futura; y en tales momentos notaba que se le encogía el corazón. Era fácil tener un gesto heroico, pero era difícil soportar las consecuencias. Lo peor de todo era que su trabajo le parecía aburrido. Había perdido la costumbre de ser interrogado por el profesor. Durante las lecciones, su espíritu bogaba por otras esferas. La anatomía era una ciencia árida de la que podía aprenderse de memoria una cantidad enorme de datos. Seccionar le aburría, ya que no acertaba a ver la necesidad de atomizar nervios y arterias cuando con menos fatiga podían verse en el diagrama de un libro o en el museo de anatomía.

Había contraído amistades superficiales, pero no tenía amigos íntimos porque le parecía que no tenía nada especial que decirles a sus compañeros. Cuando intentaba interesarse por ellos, se daba cuenta de que los otros le encontraban un aire protector. No era de los que abruman con sus confidencias sin tener en cuenta si aburren a los que escuchan. Un compañero se enteró de que había estudiado pintura en París y quiso discutir de arte con él. Pero Philip, al ver que sus ideas eran convencionales, se aburrió de la charla y respondió con monosílabos. Deseoso de ser bien visto, el neoestudiante no acertaba, sin embargo, a ser el primero en iniciar la aproximación. El temor de ser rechazado le impedía mostrarse afable y escondía su timidez, siempre indecisa, bajo una fría taciturnidad. Era la misma experiencia que había pasado en el colegio, pero en la actualidad, la libertad de la vida estudiantil le permitía vivir solo.

No le costó ningún esfuerzo llegar a ser amigo de Dunsford, el muchachote de rostro rojo que había conocido al principio del curso. Dunsford, a su vez, se pegó a Philip porque era la primera persona con la que tropezó en San Lucas. Como no tenían amigos en Londres habían tomado la costumbre de ir juntos cada sábado a la platea de un café cantante, o bien al paraíso de un teatro. Dunsford era más bien estúpido, pero tenía buen carácter y no se ofendía nunca. No decía jamás nada imprevisto, y cuando Philip se reía de él se limitaba a sonreír. Era su sonrisa muy

dulce. Aunque se divirtiera burlándose de él, Philip le quería de veras; su candor y su carácter le divertían.

A menudo iban a tomar el té en un local de Parliament Street, pues Dunsford admiraba a una de las camareras. A Philip le parecía muy poco atrayente: era alta y delgada, con caderas estrechas y un pecho de niña.

—Ninguno la miraría en París —decía Philip con desdén.

—Tiene una cara extraordinaria.

—¿Qué importancia tiene el rostro?

La joven tenía las facciones pequeñas y regulares, los ojos azules y aquella frente baja y ancha que los pintores de la época victoriana, lord Leighton, Alma Tadema, y algunos centenares más habían hecho aceptar al público de la época como el tipo de la belleza griega. Poseía una enorme mata de pelo, que se peinaba de un modo rebuscado. Sobre la frente lucía una cinta a lo Alejandro. Estaba muy anémica; tenía los labios pálidos, la delicada piel de un tinte verdoso, sin sombra de rosa ni siquiera en las mejillas; los dientes blanquísimos. Hacía todo lo posible para no estropear sus manos pequeñas y blancas y cumplía su deber con sequedad.

Dunsford, muy tímido con las mujeres, nunca se había atrevido a entablar conversación con ella e insistía para que Philip le ayudara.

—Dame un empujón —decía— y ya me las arreglaré yo después.

Para complacerle, Philip hizo una o dos observaciones, pero la joven contestó con monosílabos. Los había juzgado. Eran muy jóvenes, seguramente estudiantes. Dunsford observó que un individuo de cabellos rojizos y bigote áspero —seguramente un alemán— absorbía la atención de la muchacha. Sólo llamándola dos o tres veces se lograba que acudiera a recibir el encargo. Con los clientes que no conocía era de una frialdad insolente. Cuando hablaba con un amigo se mostraba completamente indiferente a las llamadas de los que tenían prisa. Sabía tratar a los clientes con un grado lo bastante impertinente para irritarlos, pero sin dar pretexto para que se quejasen a la dirección.

Un día, Dunsford dijo a Philip que la chica se llamaba Mildred. Había oído que una de sus compañeras la llamaba así.

—¡Qué nombre más feo! —dijo Philip.

—¿Por qué? A mí me gusta.

—Me parece demasiado presuntuoso.

Aquel día, por casualidad, el alemán no estaba, y cuando la joven llevó el té, Philip observó:

—Hoy no ha venido su amigo.

—¡No sé lo que quiere decir! —fue la glacial respuesta.

—Aludo al noble caballero de los bigotes rojos. Seguramente la ha plantado por otra, ¿no?

—Algunas personas harían bien no ocupándose más que en sus cosas.

Los dejó, y como durante algunos minutos no tuvo a nadie a quien servir, se sentó y empezó a leer un periódico que un cliente había dejado.

—Has sido un tonto ofendiéndola —dijo Dunsford.

—Me importa un bledo la apariencia de gran señora de esa estúpida —repuso Philip.

Pero se sentía molesto. Le irritaba el hecho de que siempre, cuando intentaba ser galante con una mujer, ésta se ofendiese. Cuando la muchacha fue a cobrar, intentó reanudar la conversación:

—¿No quiere usted decirnos nada más? —dijo sonriendo.

—Yo estoy aquí para recibir órdenes y servir a los clientes. No tengo nada que decirle a usted y deseo que usted no me diga nada a mí.

Dejó la cuenta sobre la mesa y se alejó. Philip enrojeció de cólera.

—Te ha cantado las cuarenta, ¿eh? —dijo Dunsford cuando salieron.

—¡Estúpida y mal educada! No volveremos más.

La influencia de Philip sobre Dunsford era lo bastante grande para inducirlo a que tomase el té en otro sitio, y pronto Dunsford encontró otra muchacha a quien hacer la corte. Pero la impertinencia de la camarera continuaba agradándole por dentro a Philip. Si le hubiese sido indiferente le habría tratado con educación, pero era obvio que le era antipático, y Philip se sentía herido en su orgullo. Deseaba tomarse el desquite. Al mismo tiempo se irritaba consigo mismo por albergar aquel sentimiento mezquino. Mas tres o cuatro días de firmeza, durante los cuales no se acercó a aquel local, no le bastaron para superarlo, llegando a la conclusión de que hubiese sido mejor verla. De este modo no habría pensado más en ella. Una tarde, con el pretexto de una cita, pues se avergonzaba de su propia debilidad, dejó a Dunsford y se dirigió al local donde había jurado no entrar más. En cuanto puso el pie en el interior de la tienda vio a la muchacha y se sentó a una de sus mesas. Esperaba que ella aludiese a su ausencia de una semana. Cuando se acercó para atenderle, la muchacha no le dijo nada. Sin embargo, Philip le había oído decir otras veces a los clientes:

—Se vende usted muy caro.

Ni siquiera hizo un gesto que indicara que le reconocía.

Para saber si le había olvidado por completo le preguntó cuando le trajo el té:

—¿Ha visto usted a mi amigo hoy?

—No, hace algunos días que no viene.

Philip hubiera querido proseguir la conversación, pero le dominaba un extraño nerviosismo y no supo qué decir. La camarera se alejó en el acto y ya no tuvo ocasión de decirle nada hasta el momento de pagar.

—Qué tiempo tan terrible, ¿verdad? —dijo entonces. Era mortificante tener que recurrir a una frase semejante. No comprendía por qué se mostraba embarazado de

aquel modo ante aquella mujer.

—Para mí es lo mismo. ¡He de estar encerrada aquí todo el día!

La insolencia del tono irritó a Philip. Sintió deseos de decirle alguna frase sarcástica, pero se contuvo.

«Si al menos me hubiera dicho alguna cosa verdaderamente impertinente —se dijo para sí irritado— habría podido ir a quejarme y hacer que la echaran. Lo tendría merecido.»

LVI

No podía apartarla de su pensamiento. Se reía con rabia de su propia locura. Era absurdo preocuparse de lo que le había dicho una camarera anémica, pero se sentía humillado. Nadie conocía su humillación excepto Dunsford, que seguramente la había olvidado. Sin embargo, Philip comprendía que no viviría en paz consigo mismo hasta que no la hubiese cancelado. Reflexionaba sobre lo que tenía que hacer. Decidió ir a tomar el té cada día. Era evidente que había producido en ella una impresión desagradable, mas pensaba que lograría hacérsela olvidar no diciendo nunca nada que pudiera ofenderla.

Pero todo aquello no produjo ningún efecto. Cuando entraba decía buenas tardes y ella respondía con las mismas palabras. Pero una vez que él se calló, para ver si ella le saludaba primero, la muchacha no dijo nada. Masculló entre dientes una expresión poco parlamentaria y le pidió el té con rostro impasible. Decidió no decir una palabra y salir del local sin saludarla, resuelto a no volver más. Pero al día siguiente, a la hora del té, empezó a sentirse inquieto. Intentó pensar en otra cosa, mas no acertaba a dominar sus pensamientos. Finalmente, desesperado, se dijo:

—Después de todo no hay razón para que no vaya si quiero ir.

Había luchado largo tiempo consigo mismo, y de ahí que cuando entró en el local fueran casi las siete.

—Creía que no vendría usted hoy —dijo la muchacha mientras él se sentaba.

El corazón del joven latió con fuerza mientras se daba cuenta de que enrojecía.

—He tenido que hacer y no he podido venir antes.

—Ocupado en cortar en pedacitos a alguien, ¿verdad?

—No, no ha sido nada tan terrible.

—Es usted estudiante, ¿no es así?

—Sí.

Aquello pareció bastar a la curiosidad de la muchacha, que se alejó, y, como a aquella hora no había nadie en sus mesas, se abismó en la lectura de una novelita. Esto ocurría antes de la época de la edición de libros buenos a poco precio, y había una gran cantidad de literatura de tercer orden, escrita por pobres diablos, para uso y consumo de los iletrados. Philip era feliz. La muchacha le había dirigido la primera palabra y muy pronto llegaría el momento de poderle decir lo que pensaba de ella. Le hubiera proporcionado una gran alegría poderle expresar la inmensidad de su desprecio. La miró. El perfil era verdaderamente bello. Resultaba extraño el hecho de que las muchachas inglesas de aquella clase poseyeran a veces una perfección de facciones que quitaba la respiración. No obstante, aquélla era fría como el mármol, y el tinte verdoso de su piel producía una impresión de poca salud. Todas las camareras vestían de la misma manera: un sencillo vestido negro con delantal, cofia y puños

blancos. Sobre un folleto que llevaba en el bolsillo Philip esbozó el perfil de la muchacha encorvado sobre el libro —ella pronunciaba en voz baja las palabras mientras leía— y lo dejó sobre la mesa cuando se marchó. Fue una buena idea, porque al día siguiente, cuando le vio llegar, ella le sonrió.

—No me imaginaba que supiera usted dibujar.

—He estudiado pintura en París durante dos años.

—Enseñé su dibujo ayer por la noche a la directora y le ha gustado mucho. Era mi retrato, ¿verdad?

—Sí.

Mientras la muchacha se marchaba en busca del té, una de sus compañeras se acercó a Philip.

—He visto el retrato que ha hecho usted a miss Rogers. El parecido estaba conseguido del todo.

Era la primera vez que oía el apellido de la muchacha, y se sirvió de él para llamarla cuando fue a pagar.

—¿Cómo sabe usted mi nombre? —preguntó la muchacha acercándose.

—Lo ha dicho su amiga de usted a propósito de aquel dibujo.

—Ella quisiera que también hiciese su retrato, pero no se lo haga. Si empieza, todas querrían tener uno y no acabará nunca. —A continuación, con extraña inconsciencia, sin hacer ninguna pausa, preguntó—: ¿Dónde está aquel joven que venía con usted? ¿Se ha marchado?

—Es raro que se acuerde usted de él.

—Era un muchacho muy guapo.

Philip experimentó una extraña sensación que no se supo explicar, pero le pareció que sentía envidia de los cabellos ondulados, del color fresco y de la bella sonrisa de Dunsford.

—¡Oh, está enamorado! —afirmó con una sonrisa.

Cuando volvía hacia su casa cojeando, Philip se repitió a sí mismo todas las frases de aquella conversación. Sus relaciones eran ya absolutamente cordiales. A la primera ocasión le propondría hacer un retrato suyo más cuidado, seguro de que acogería la idea con alegría. Por otra parte, sus facciones eran bellas, el perfil interesante y aquel matiz clorótico poseía un extraño encanto. Pensó un segundo en la sopa de guisantes, pero apartando esta idea de su mente con desagrado, recordó los pétalos de un capullo de rosa amarilla, deshojado antes de abrirse. Ahora ya no sentía cólera contra ella.

—No es mala muchacha —murmuró.

Se había comportado como un necio al ofenderse. La muchacha habló de aquel modo por descortesía. Él debía haberse esforzado en producir desde el principio una impresión menos desagradable. Sentíase halagado del éxito de su dibujo. Ahora que conocía su talento la muchacha le consideraría con mayor interés. Al día siguiente

estuvo inquieto durante toda la mañana. Sintió deseos de ir a desayunarse a la sala de té pero pensó que habría mucha gente y que Mildred no podría hablar con él. Logró librarse de Dunsford y a las cuatro y media, tras de haber mirado el reloj diez veces, entró puntualmente en el local. Mildred daba la espalda a la puerta. Se hallaba sentada en una mesa en compañía del alemán que dos semanas antes acudía a diario y luego había desaparecido. La muchacha se reía contestando a una frase del cliente. A Philip le pareció que aquella carcajada era vulgar y se estremeció. Llamó a la camarera pero inútilmente. La volvió a llamar luego con idéntico resultado. Finalmente, impacientado, golpeó la mesa con el bastón. La muchacha se acercó enfadada.

—¿Qué tal? —le preguntó Philip.

—Parece que tiene usted mucha prisa.

Le miraba de arriba abajo con la expresión insolente que Philip conocía tan bien.

—Pero, ¿qué diantre le pasa a usted?

—Si hace usted el favor de decirme lo que desea iré a buscarlo. No puedo quedarme a hablar con usted hasta la noche.

—Té y tostadas con manteca —respondió Philip.

Estaba furioso. Se abismó en la lectura del periódico y, sin alzar los ojos cuando el té fue depositado sobre la mesita, añadió en tono glacial:

—Hágame la cuenta en seguida. Así no tendré que molestarla de nuevo.

La muchacha escribió en una hoja de papel, la dejó sobre la mesa, y se marchó otra vez al lado del alemán. Segundos después había reemprendido la animada conversación con el extranjero. Éste era un hombre de mediana estatura y cabeza redonda, el rostro amarillento y grandes bigotes crespos. Llevaba un *tait* con pantalones grises y una maciza cadena de reloj. A Philip le pareció que las otras muchachas le miraban a él y a la pareja, cambiando miradas significativas. Seguramente se reían de él. Philip notó que le ardía la sangre. En aquel momento detestaba a Mildred con toda su alma. Haría bien no poniendo los pies en aquel local. Pero la idea de que se burlaran de él le resultaba insoportable. Empezó a pensar en el modo de mostrar mejor su desprecio. Al día siguiente sentóse en otra mesa y pidió el té a otra compañera de Mildred. Ésta pareció no darse cuenta y permaneció todo el tiempo hablando con su amigo. Philip eligió para salir el momento en que tenía la posibilidad de encontrarse con ella, y la miró como si no la conociera. Repitió esto durante tres o cuatro días, imaginando que llegaría el momento en que la muchacha diría alguna cosa. Seguramente le preguntaría por qué no ocupaba ya una mesa de las suyas y Philip tenía preparada una respuesta en la que dejaría traslucir toda su antipatía. Reconocía que era absurdo dar tanta importancia a todo aquello, pero no podía menos de hacerlo. Una vez más le sucedió lo peor que podía sucederle. El alemán desapareció de nuevo inopinadamente, y Philip continuó sentándose en otro

sitio, sin que la muchacha se fijara en él, hasta que comprendió que lo que él hacia le era completamente indiferente a la joven. Hubiera podido continuar hasta el día del Juicio sin producir ningún efecto.

—Pero esto no ha acabado todavía —se dijo entre sí.

Al día siguiente sentóse en la mesa de antes. La camarera se acercó y le saludó como si nada hubiese pasado. Philip permaneció impasible, pero no pudo impedir que su corazón latiese con furia. En aquella época las operetas estaban muy de moda y Philip estaba convencido de que Mildred se sentiría muy dichosa pudiendo ir al teatro.

—¡Oiga! —le dijo inopinadamente—. ¿Vendría usted a cenar conmigo una noche para ir después a oír *La bella de Nueva York*? Tomaría dos butacas.

Añadió la última frase con el fin de tentarla. No ocurría a menudo que una camarera fuera a otro sitio que al paraíso. Si alguien la acompañaba no tomaba otros asientos que los de la galería. El rostro pálido de Mildred no mudó la expresión.

—¿Por qué no? —fue la respuesta.

—Entonces, ¿cuándo?

—El jueves salgo más pronto.

Se pusieron de acuerdo. Mildred vivía con una tía en Herne Hill. El espectáculo empezaba a las ocho, por lo que tenían que cenar a las seis. La muchacha propuso encontrarse en la sala de espera de segunda clase de la estación Victoria. No mostró ninguna alegría y aceptó la invitación como si concediese un favor. Philip experimentó una vaga irritación.

LVII

Philip llegó a la estación Victoria casi con media hora de anticipación. La joven no llegaba. Empezó a sentirse inquieto y salió al andén para acechar la llegada de los trenes suburbanos. La hora de la cita había pasado y a Mildred no se la veía por parte alguna. Se impacientó. Inspeccionó la otra sala de espera. De pronto el corazón le dio un brinco.

—¿Está usted aquí? Creí que no había venido.

—Tiene gracia. ¡Después de haberme hecho esperar tanto tiempo! Ya me volvía a casa.

—Pero me había dicho usted que la esperase en la sala segunda.

—Yo no he dicho nunca una cosa parecida. ¿Por qué me iba a meter en la sala de segunda si puedo estar en la de primera?

Aun estando seguro de no haber cometido ningún error, Philip no replicó. Tomaron un carruaje.

—¿Dónde vamos a comer? —preguntó la joven.

—Había pensado que fuéramos al Adelphi. ¿Le conviene?

—Me da lo mismo.

Hablaba sin gracia. Enfadada por haber tenido que esperar, respondía con monosílabos. Llevaba un largo abrigo de tela oscuro y lucía una toquilla de ganchillo en la cabeza. Cuando llegaron al restaurante tomaron asiento. La muchacha miró satisfecha a su alrededor. Las pequeñas pantallas color de rosa que velaban la llama de las velas que estaban sobre la mesa, el oro de la decoración y los espejos daban a la sala un aspecto suntuoso.

—No había venido nunca aquí.

Sonrió a Philip mientras se quitaba el abrigo. El joven notó entonces que su acompañante llevaba un vestido azul celeste con el escote cuadrado y que iba peinada más cuidadosamente que nunca. Philip pidió champaña. Cuando lo sirvieron, los ojos de la muchacha brillaron de alegría.

—¡Sabe usted hacer bien las cosas! —exclamó.

—¿Porque he pedido vino espumoso? —preguntó Philip negligentemente, como si nunca hubiera bebido otra clase de vino.

—Cuando me invitó a ir al teatro me quedé asombrada.

La conversación era difícil porque Mildred no tenía en verdad mucho que decir. Philip, sospechando que no la divertía, se puso nervioso. La muchacha escuchaba distraídamente sus palabras y miraba a los ocupantes de las otras mesas sin hacer caso de él lo más mínimo, ni siquiera por cortesía.

El joven arriesgó un par de chanzas, que fueron tomadas en serio. El único signo de vivacidad que acertó a obtener de la joven fue cuando se le ocurrió hablar de la

sala de té y de sus compañeras. Mildred dijo entonces que no podía sufrir a la directora, contando a continuación todos sus defectos con gran lujo de detalles.

—Se da unos aires… A veces me vienen deseos de echarle en cara una cosa que no se imagina ni por asomo que yo pueda saber de ella.

—¿Qué es ello?

—Figúrese que supe por casualidad que a menudo va a pasar el fin de semana en Eastbourne en compañía de un hombre. Una compañera mía tiene una hermana casada que va con su marido y la ha visto. Estaban en la misma pensión y la directora llevaba un anillo matrimonial. Pero nosotras sabemos de cierto que no está casada.

Philip le llenó el vaso con la esperanza de que el vino espumoso la pusiera más amable. Deseaba que aquella pequeña fiesta resultara agradable para los dos. Notó que Mildred sostenía el cuchillo como si fuera un mango de pluma y que bebía encaracolando el meñique. Intentó lanzar algunos argumentos de conversación, pero sin lograr animarla. Recordó entonces, sumamente irritado, que la había visto hablar y reír alegremente con el alemán. Terminaron de cenar y fueron al teatro. Philip, joven culto, consideraba la opereta con cierto desdén; la letra le parecía vulgar y las melodías más vulgares aún. Tenía la impresión de que aquel género era bastante mejor en Francia. Pero Mildred se divertía y reía a más no poder mirando jubilosamente a Philip y aplaudiendo con verdadero entusiasmo.

—Es la séptima vez que oigo esto —dijo la joven después de terminar el primer acto— y tendré que venir otras siete veces.

Se interesaba mucho por sus vecinos de butaca e hizo notar a Philip las que iban maquilladas y las que llevaban cabellos postizos.

—Son horribles estas mujeres del West End. No sé cómo pueden salir a la calle así —se tocó el cabello—. Es todo mío, ¿sabe usted?

No encontraba ninguna persona que mereciera su aprobación; de todo el mundo hablaba con aspereza. Esto fastidiaba a Philip. Estaba seguro de que al día siguiente contaría a sus compañeras que él la había llevado al teatro y que la había aburrido soberanamente. En suma, Mildred no le era simpática. Y a pesar de ello, sin saber por qué, deseaba estar con ella.

Por la calle le preguntó:

—¿Se ha divertido usted?

—Bastante.

—Entonces, ¿saldrá usted cualquier otra noche conmigo?

—¿Por qué no?

Aquel género de respuesta le irritaba y la frialdad que demostraba la joven le exasperó.

—En suma, que no le gusta a usted mucho salir.

—¡Oh, si no me acompañara usted, saldría con algún otro! No faltan nunca

hombres dispuestos a llevarme al teatro.

Philip permaneció en silencio. Al llegar a la estación se paró junto a la taquilla.

—Tengo abono —dijo la muchacha.

—Puesto que es tan tarde, pensaba acompañarla a su casa, si no la molesta.

—¡Oh, por mí es indiferente! Si tiene usted gusto en ello…

Philip tomó los billetes de primera clase: uno de ida para ella y otro de ida y vuelta para él.

—Bien, hay que reconocer que no es usted avaro —observó Mildred mientras el joven abría la portezuela del departamento.

Entraron otros viajeros, así que no fue posible hablar mucho. Philip no habría podido decir si hallaba alivio o disgusto en tal cosa. Llegaron a Herne Hill y el joven la acompañó hasta el ángulo de la calle donde vivía la tía de Mildred.

—Nos despediremos aquí —dijo la muchacha tendiéndole la mano—. Es mejor que no venga usted hasta la puerta. Conozco a mis vecinos y no me gusta que chismorreen.

Se alejó rápidamente; en la oscuridad se veía su toquilla blanca. El joven pensaba que Mildred se volvería, pero Mildred entró en su casa sin volver la cabeza una sola vez. Minutos después Philip se acercó a la casa para observarla. Se trataba de una casita de ladrillos igual a todas las de la calle. Permaneció contemplándola algunos minutos hasta que vio apagarse la luz que se había encendido en el piso superior. Entonces volvió lentamente hacia la estación. La velada no le había satisfecho. Sentíase irritado, inquieto e infeliz.

Una vez en la cama le pareció verla sentada en el ángulo del vagón, con la toquilla blanca en la cabeza. ¿Cómo pasaría las horas hasta el momento de volverla a ver? Medio dormido, pensaba en su menudo rostro de facciones delicadas y en la palidez verdosa de su piel. Anhelaba verla junto a sí, mirarla, tocarla; deseaba… La idea se presentó en su mente, pero no se concretó. De improviso se vio completamente despierto… Sí, deseaba besar aquella boca pálida y de labios entreabiertos. Finalmente la verdad apareció ante él con toda claridad: estaba enamorado de ella. Era algo que le parecía increíble.

Había pensado a menudo en el día en que se enamoraría. Se había figurado la escena infinidad de veces. Entraba en un salón de baile y sus ojos tropezaban con un grupo de hombres y mujeres que hablaban. De pronto se volvía una de las mujeres, se encontraban sus ojos con los de él y la misma impresión quitaba por un momento la respiración a ambos. Permanecía inmóvil, contemplándola. Era alta, morena y bella, con los ojos oscuros como la noche. Estaba vestida de blanco y entre los cabellos negros centelleaba un adorno de brillantes. Se miraban fijamente, olvidándose de todos los que les rodeaban. Ambos sentían que la formalidad de una presentación hubiera estado fuera de lugar…

LVIII

Al día siguiente se despertó temprano y su primer pensamiento fue para Mildred. Le vino a las mientes que debería ir a su encuentro en la estación Victoria y acompañarla hasta la sala de té. Se afeitó rápidamente y tomó el ómnibus para ir a la estación. Llegó a las ocho menos veinte y empezó a acechar la llegada de los trenes. Descendía de ellos una gran cantidad de gente: empleados y dependientes que se apresuraban a ganar la puerta de salida. A veces iban de dos en dos, pero lo más frecuente era que salieran de uno en uno. La mayoría estaban pálidos y eran feos en aquella hora matutina. Tenían un aire ausente. Los más jóvenes caminaban con ligereza, como si el cemento del andén fuese una mullida alfombra; pero los otros caminaban maquinalmente. El rostro de algunos revelaba ansiedad y tenían la frente fruncida.

Finalmente, Philip vio a Mildred y fue a su encuentro.

—Buenos días —dijo—. Se me ha ocurrido venir a preguntarle cómo le había sentado la velada de ayer.

La joven llevaba un viejo abrigo de color castaño y una gorra a la marinera. Era evidente que no le había producido ningún placer al verle.

—¡Oh!, estoy perfectamente. No tengo mucho tiempo que perder.

—¿Me permite usted acompañarla, por Victoria Street?

—No me sobra tiempo y es necesario que vaya de prisa —respondió al joven mirándole el pie.

El joven enrojeció.

—Le pido perdón. No quiero hacer que se retrase.

Mildred continuó calle adelante y Philip, con el corazón encogido, volvió a su casa para desayunarse. La detestaba. Sabía que era una locura hacer caso de aquella tonta. Seguramente ella no había sentido nunca ni una sombra de afecto por él, y quizás habría contemplado su pie con disgusto. Decidió no ir aquel día a tomar el té. Pero llegado el momento fue como de costumbre, sintiéndose furibundo contra sí mismo. La muchacha le acogió con una sonrisa.

—Me habrá usted encontrado un poco brusca esta mañana. Pero no esperaba verle. Ha sido una sorpresa.

—¡Oh, no importa!

Al joven le pareció que un gran peso se le quitaba del corazón, experimentando infinita gratitud hacia ella por aquella frase amable.

—¿Por qué no se sienta? —le preguntó—. En este momento no la llama nadie.

—Si, lo desea…

El joven la miró, pero no supo qué decir. Buscaba en su cerebro ansiosamente una frase que la enterneciese. Hubiese querido explicarle lo que sentía por ella. Mas ahora

que estaba enamorado en serio no sabía hablar de amor.

—¿Dónde está su amigo, el de los bellos bigotes? Hace algún tiempo que no le veo.

—Ha regresado a Birmingham. Tiene sus asuntos allá. Viene a Londres de vez en cuando.

—¿Está enamorado de usted?

—Pregúnteselo a él —dijo riendo la joven—. No sé por qué le interesa a usted saber si lo está o no lo está.

Una respuesta amarga se le ocurrió a Philip, pero había aprendido a dominarse.

—Y yo no sé por qué me habla así —fue toda la observación que se permitió hacerle.

La joven le miró con su acostumbrada indiferencia.

—Me parece que no le intereso mucho —prosiguió Philip.

—¿Por qué me iba usted a interesar?

—Tiene razón.

Alargó la mano para coger el periódico.

—¡Qué enojadizo es usted! —dijo Mildred viendo el ademán—. Se ofende en seguida.

Philip sonrió y la miró con aire suplicante.

—¿Quiere usted hacerme un favor? —le preguntó.

—Depende de lo que sea.

—Déjeme que la acompañe esta noche a la estación.

—¿Por qué no?

Después del té Philip volvió a casa, pero a las ocho en punto, hora en que se cerraba el salón de té, ya se encontraba esperando en la puerta.

—Es usted todo un tipo —dijo la joven reuniéndose con Philip—. ¿Me creerá si le digo que no le comprendo?

—Y, sin embargo, no me parece una cosa tan difícil —fue la respuesta, un poco amarga, del joven.

—¿Ninguna de las chicas ha visto que usted me esperaba?

—No lo sé ni me importa.

—Le tomarán el pelo, ¿sabe usted? Dicen que siente usted una gran pasión por mí.

—No me importa nada que lo digan.

—¡Vamos, vamos! ¡Qué hombre más irritable!

En la estación Philip tomó un billete y declaró que la acompañaba hasta su casa.

—Me parece que no tiene usted nada que hacer —observó la muchacha.

—Puedo emplear el tiempo como me plazca, ¿verdad?

Parecía estar siempre en plan de riña. En realidad, Philip no podía perdonarse el

hecho de amarla. La joven parecía como si constantemente buscara la ocasión de humillarle, y el resentimiento de él aumentaba cada vez. Pero aquella noche Mildred estaba de buen humor y más bien habladora. Le contó que sus padres habían muerto y le hizo comprender que no tenía necesidad de ganarse la vida, sino que trabajaba por diversión.

—Mi tía no está contenta con que yo trabaje como camarera. Podría tener todo lo que quisiera en mi casa. No crea que trabajo por necesidad.

Philip sabía perfectamente que no decía la verdad. La clase burguesa a que Mildred pertenecía miraba con cierto prejuicio a los que tenían que ganarse la vida.

—Mi familia está muy bien emparentada —añadió.

Una leve sonrisa apareció en los labios de Philip y la joven se dio cuenta de ello.

—¿Por qué se ríe? —dijo vivamente—. ¿No cree usted que le digo la verdad?

Mildred le dirigió una mirada recelosa, pero por un instante no pudo resistir a la tentación de impresionarle con el relato de sus esplendores de otro tiempo.

—Mi padre poseía coche y teníamos tres personas de servicio: cocinera, camarera y un criado. Cultivábamos rosas magníficas. La gente se paraba delante de la cancela para preguntar de quién era aquella casa con unas rosas tan bellas. Verdaderamente no es muy agradable para mí el contacto con las camareras del local, y, a veces, pienso seriamente en dejarlo todo. No es el trabajo lo que me fastidia, sino el ambiente.

Estaban sentados el uno enfrente del otro en el tren, y Philip, escuchando con simpatía su charla, sentíase feliz. La ingenuidad de la joven le divertía y le conmovía también un poco. Un levísimo tinte rosa había brotado en sus mejillas. El joven pensó que sería una cosa maravillosa darle un beso en la punta de la barbilla.

—En cuanto usted entró en el café me di cuenta de que usted era un *gentleman* en toda la extensión de la palabra. ¿Su padre de usted tenía carrera?

—Era médico.

—Los hombres de carrera se conocen en seguida. Tienen algo diferente de los demás. No sé qué es, pero yo me doy cuenta en el acto.

Salieron de la estación.

—¡Oiga! Querría llevarla a usted a otro teatro.

—¿Por qué no?

—¿Podría usted decir, además, que le agradaría?

—¿Por qué?

—Bien, no importa. Fijemos un día. ¿Le conviene a usted el sábado por la noche?

—Sí, me parece muy bien.

Acordaron la cita mientras llegaban a la esquina de la calle. La joven le tendió la mano y Philip la retuvo.

—Siento un gran deseo de llamarla Mildred.

—Hágalo, no me importa nada.

—Y usted me llamará Philip, ¿verdad?

—Sí; le llamaré así, si me acuerdo. Me parece más natural llamarle mister Carey.

Philip la atrajo hacia sí ligeramente, pero la muchacha se echó hacia atrás.

—¿Qué hace?

—¿No quiere usted darme un beso? —susurró Philip.

—¡Impertinente!

Retiró vivamente la mano y apresuradamente se dirigió hacia su casa.

Philip compró las localidades para el sábado por la noche. No era uno de los días que Mildred podía salir más pronto y, por lo tanto, no tenía tiempo de ir a su casa para cambiarse de ropa, pero pensaba llevarse un vestido por la mañana y ponérselo al salir de la tienda. Si la directora estaba de buen humor, la dejaría salir a las siete. Philip debía ir a esperarla a las siete y cuarto. Esperaba aquel momento con angustia e impaciencia, pensando que en el coche, desde el teatro a la estación, Mildred le permitiría seguramente besarla. El carruaje ofrecía la posibilidad de pasar el brazo en torno a la cintura de la muchacha, mucho mejor que el taxímetro de hoy, y la alegría compensaba con creces lo que iba a costarle la velada.

Pero cuando en las primeras horas del sábado fue a tomar el té para quedar seguro a la hora de la cita, vio salir al individuo que se había hecho súbdito británico adaptando su nombre, pues vivía en Inglaterra desde hacía algunos años. Philip le había oído hablar y, aunque emplease el inglés correctamente y con naturalidad, poseía un levísimo acento extranjero. Sabía que hacía la corte a Mildred y que estaba terriblemente celoso, pero se consolaba pensando en la frialdad que, por otra parte, era el primero en sufrir. Creyéndola incapaz de una pasión, pensaba que su rival no podía ser más afortunado que él. Sin embargo, sintió que el corazón se le encogía al pensar en que la aparición de Miller podía tal vez impedir la velada, cuyo placer había saboreado de antemano. Entró pálido de angustia. Mildred fue a preguntar lo que deseaba y luego le llevó el té y la cuenta.

—Estoy desolada —le dijo con expresión de verdadero desconsuelo—, pero esta noche no puedo salir.

—¿Por qué?

—No ponga usted esa cara tan seria —dijo riendo la muchacha—. No es culpa mía. Mi tía se sintió mal anoche y hoy es el día que le toca salir a nuestra criada. Estoy, pues, obligada a quedarme en casa. No puedo dejarla sola, ¿no le parece?

—¡Qué lástima! Eso quiere decir que en vez de lo que teníamos proyectado la acompañaré a usted a su casa.

—Pero usted ha tomado ya las localidades y es lástima perderlas.

Philip las sacó del bolsillo y las rompió en pedacitos.

—¿Por qué hace usted eso?

—No se imagine usted que yo puedo ir solo a oír una opereta estúpida. Había tomado las localidades por usted.

—Tampoco puede usted acompañarme a casa, si ésta es su idea.

—¿Ha combinado usted alguna otra cosa?

—No sé lo que quiere usted decir. No es culpa mía si mi tía está sola.

Emborronó rápidamente su cuenta y se alejó. Philip conocía demasiado poco a las mujeres, pues de otro modo habría sabido que es necesario aceptar todas sus mentiras, aun las más claras. Decidió apostarse cerca de la sala para ver si Mildred salía sola. A las siete se situó en la acera opuesta. Miró en torno, pero no vio a Miller. Al cabo de diez minutos vio salir a la joven con el abrigo y la bufanda que llevaba la noche que salió con él. Por lo tanto no se marchaba a su casa. Mildred le descubrió antes de que él hubiera tenido tiempo de esconderse; tuvo un ligero sobresalto y se dirigió hacia él.

—¿Qué hace aquí?

—Estoy tomando el aire.

—¡Me está usted espiando, estúpido! ¡Y yo que le creía un hombre!

—¿Y cree que un hombre iba a interesarse de verdad por usted?

Un demonio interno le impulsaba a decir cosas ofensivas, a empeorar la situación. Deseaba herirla como ella le hería a él.

—Tengo derecho a cambiar de idea si se me ocurre. No estoy obligada a salir con usted. Le digo que voy a casa, y no quiero que se me siga ni que se me espíe.

—¿Ha visto a Miller hoy?

—Eso no le atañe a usted. Y por lo demás no le he visto. También esta vez se equivoca.

—Pero yo le he visto salir. Salía cuando yo entraba.

—Y aunque así fuese, ¿es que no puedo salir con él si se me ocurre? No sé qué puede oponer usted a ello.

—Pero me parece que se hace esperar, ¿no?

—Prefiero esperarle a él mejor que usted me espere a mí. Dé la vuelta y váyase a su casa. Abandone el campo y en adelante preocúpese sólo de sus cosas.

De pronto el humor de Philip pasó de la cólera a la desesperación, y con voz temblorosa dijo:

—No sea usted mala conmigo, Mildred. Usted sabe que la quiero mucho. Creo que la amo con todo el corazón. ¿No puede usted cambiar de idea? ¡Era tan feliz ante la perspectiva de esta velada! Ya ve usted que no ha venido todavía. Evidentemente se está burlando de usted. ¿Por qué no viene a cenar conmigo? Tomaré otras localidades e iremos adonde usted quiera.

—Le he dicho que no. Es inútil insistir. Lo he decidido, y cuando yo decido una cosa no cambio.

Philip la miró durante un momento. Sentía su corazón lacerado por la angustia. La gente pasaba con andar rápido junto a ellos. Carruajes y ómnibus se arrastraban produciendo un gran estrépito. Vio que los ojos de Mildred estaban fijos en el gentío. Evidentemente temía que Miller se le escapara.

—No puedo seguir así —gimió Philip—. Es demasiado degradante. Si me voy ahora será para siempre. Si no viene usted conmigo esta noche no me verá nunca.

—¡Figúrese qué disgusto! Todo lo más que puedo decir es tanto mejor.

—Entonces, adiós.

Hizo un ademán de despedida y se alejó lentamente, cojeando, con la esperanza de que le llamara. Al llegar al primer farol se detuvo y volvió la cabeza para mirar. Esperaba que le haría una seña. Estaba dispuesto a olvidarlo todo, dispuesto a cualquier humillación, pero la joven se había vuelto a mirar a otro sitio y seguramente no pensaba ya en él. Philip comprendió que estaba contenta de haberse librado de su presencia.

LIX

Philip pasó una velada tristísima. Había dicho a la patrona de la casa que cenaría fuera, por lo que no tenía nada preparado. Viose obligado a ir a Gatti. Después de cenar regresó a su casa, pero en la habitación de encima, Griffiths y sus amigos estaban de jolgorio y el ruido hacia aún más insoportable su desolación. Se refugió en un café, pero era sábado y no había sitio para sentarse. Tras de media hora de aburrimiento se sintió cansado y volvió a su casa. Intentó leer, pero no acertaba a fijar su atención y, sin embargo, era necesario estudiar. El examen de biología se verificaría un par de semanas después, y, aunque la asignatura era fácil, Philip estaba convencido de que no sabía nada. En los últimos tiempos había faltado mucho a las clases. Se trataba, sin embargo, sólo de un examen oral y seguramente en quince días podría saber bastante para cubrir el expediente. Tenía fe en su propia inteligencia. Rechazó el libro y se absorbió desesperadamente en el pensamiento que le ocupaba sin tregua.

Se reprochó con amargura su actuación de aquella noche. ¿Por qué la había puesto en la alternativa de cenar con él o no verse nunca más? La negativa era segura. Hubiera debido evitar herirla en su amor propio. Había quemado sus naves. Le hubiese sido más fácil soportar aquel dolor si hubiera sabido que Mildred también sufría. Pero la conocía muy bien y sabía que le era completamente indiferente. Debía haber fingido, si no hubiera sido tonto, que creía en su historia; debía haber escondido su desilusión y mostrarse dueño de su cólera. No sabía por qué la amaba. Había leído las idealizaciones que se dan en el amor, pero él la veía exactamente como era, ni divertida ni inteligente, dotada de una mente vulgar y de una astucia y tendencia al engaño más vulgar aún. No había en ella ninguna generosidad, ninguna dulzura. Una burla de mal género hecha a una persona que fuera de buena fe provocaba su admiración. Se quedaba satisfecha cuando podía «dársela» a alguien. Recordando la seudofinura con que comía la joven, Philip sintió un estremecimiento. Mildred no soportaba los términos groseros y tenía la pasión de los eufemismos en la medida que consentía su limitado vocabulario. Encontraba muchas palabras inconvenientes. No hablaba nunca de los pantalones, sino de «la parte inferior del traje». Le parecía indecente sonarse y cuando se veía obligada a hacerlo, pedía infinidad de excusas. Estaba muy anémica y sufría dispepsia. Philip encontraba desagradable su pecho liso, sus caderas demasiado estrechas y detestaba la vulgaridad de su peinado. Se odiaba y se despreciaba a sí mismo porque la amaba.

Sentíase perdido. Experimentaba la misma sensación que a veces sufría en el colegio bajo las garras de un muchacho mayor que él. Había luchado todo lo que sus fuerzas le permitían y al final le quedaban los miembros atacados por la parálisis. Parecía muerto. Ahora le atacaba la misma debilidad. Amaba a aquella joven como

no había amado nunca. No le importaban nada sus defectos; mejor dicho, carecían para él del menor significado.

Pero sucedía a veces que, por la calle, se encontraba con alguna muchacha que se parecía a Mildred; entonces el corazón parecía parársele y no podía menos de apresurar el paso lleno de ansiedad; pero se trataba siempre de una desconocida. Los estudiantes volvieron por fin de sus vacaciones y Philip fue a tomar el té, en compañía de Dunsford, a un ABC. Sentíase tan infeliz que le era imposible hablar. Le vino al pensamiento que quizá Mildred había cambiado de establecimiento y que por lo tanto se la podía encontrar cuando menos lo esperaba. Esta idea lo llenó de sobresalto, temiendo de paso que Dunsford se diera cuenta de su extraño humor. No encontraba una frase a propósito que decir y fingió escuchar atentamente la charla de su amigo. Pero la conversación le irritaba hasta tal punto que tuvo que hacer grandes esfuerzos para no pedir a su compañero que se callara por amor de Dios.

Llegó el día del examen. Philip se acercó a la mesa con la mayor confianza en el resultado. Respondió a tres o cuatro preguntas. Luego le fueron mostrados diversos órganos, pero había asistido a poquísimas lecciones y, en cuanto fue interrogado sobre lo que no podía aprender en el libro, no supo qué decir. Hizo todo lo posible por esconder su ignorancia y los examinadores no insistieron. Pasaron diez minutos y el joven salió de allí seguro de que le aprobarían. Pero al día siguiente, cuando se acercó a ver los resultados junto a la puerta, no encontró su número entre los aprobados. Estupefacto, releyó la lista tres veces. Dunsford se hallaba a su lado.

—¡Cuánto siento que te hayan calabaceado!

No se había dado cuenta de la verdad hasta entonces. Philip se volvió y en el rostro radiante de su compañero leyó que éste había sido aprobado.

—¡Oh, no importa! —exclamó—. Me alegro de tu buen éxito. Yo repetiré en julio.

Quería aparentar indiferencia y paseando luego en compañía de su compañero a lo largo del Embankment intentó hablar de cosas indiferentes. Dunsford, en su cordialidad, quería hablar sobre lo que había producido las calabazas, pero Philip se obstinó en hablar de otra cosa. Se hallaba extraordinariamente mortificado, y el hecho de que Dunsford, considerado por él como un muchacho bueno pero estúpido, hubiera sido aprobado, hacía que su fracaso le resultara insoportable. Se había mostrado siempre orgulloso de su inteligencia y ahora comenzaba a dudar de ella. Durante los tres meses de estudio que llevaban, los estudiantes se habían dividido ya en grupos. Se distinguieron los brillantes, los inteligentes, los estudiosos y por fin los que nada valían. Las calabazas de Philip no sorprendieron a nadie más que a él. Era la hora del té y el joven sabía que muchos de ellos se encontrarían en el sótano, pero los que habían triunfado se mostrarían muy contentos y los calabaceados como él le harían patente su solidaridad. Hubiera deseado, por instinto, no acercarse al hospital

en una semana, volviendo cuando ya hubiera estado la cosa completamente olvidada. Pero se impuso a sí mismo bajar al salón de té sólo para infligirse un sufrimiento. Olvidó momentáneamente su famosa máxima que aconsejaba seguir sus propias inclinaciones mientras lo que se haga no llame la atención del policía situado en la esquina de la calle. Era como si una extraña morbosidad de su naturaleza le hiciera encontrar cierto placer en atormentarse.

Pero más tarde, una vez soportada la prueba, volviendo a su alojamiento mientras escuchaba aún el rumor de las conversaciones de sus compañeros, se sintió terriblemente solo. Se vio a sí mismo absurdo y estúpido. Tenía necesidad de consuelo, y la tentación de ver a Mildred se hizo irresistible. Pensó amargamente que existía poca posibilidad de ser consolado por ella, pero quería verla, aunque no hablaran. A fin de cuentas se trataba de una camarera y estaba obligada a servirle. Inútil negarlo: Mildred era la única persona en el mundo que le interesaba. Cierto que era humillante volver al salón de té como si nada hubiera pasado, pero ahora no tenía ya mucho amor propio. Sin confesárselo había esperado cada día que la muchacha le escribiera. De sobra sabía Mildred que una carlita dirigida al hospital le hubiera llegado en seguida, pero no le había escrito; era evidente que no le importaba nada. El joven continuaba repitiéndose entre sí:

—Debo verla. Debo verla.

El deseo era tan poderoso que le pareció que tardaría demasiado yendo a pie y tomó un coche, a pesar de que era bastante económico y sabía prescindir de cosas como éstas cuando no eran absolutamente necesarias.

Permaneció un par de minutos ante la puerta del salón de té. Se le ocurrió que quizá se había marchado ya Mildred de allí y, asustado, entró furioso en el local. La vio en el acto; Philip tomó asiento y la camarera se le acercó sin hacerse llamar.

—Haga el favor de traerme un té y un *brioche* —pidió.

Hablaba con dificultad. Por un momento tuvo miedo de no poder retener las lágrimas.

—Creí que se había usted muerto —dijo sonriendo la joven.

¡Sonreía! Por lo visto olvidó completamente la escena que Philip se había repetido a sí mismo centenares de veces.

—Pensé que de haber tenido deseos de verme me hubiera usted escrito —respondió Philip.

—Tengo mucho que hacer y no me queda tiempo de escribir cartas.

Decididamente le era imposible decir una frase amable. Philip maldijo al destino, que le encadenaba a tal mujer. Mildred fue a buscar el té.

—¿Quiere que me siente un momento? —le preguntó cuando volvió.

—Sí.

—¿Dónde ha estado usted durante todo este tiempo?

—En Londres.

—Creía que se había marchado fuera a pasar las vacaciones. Entonces, ¿por qué no ha venido usted a verme?

Philip la miraba con extraviados y apasionados ojos.

—¿No se acuerda usted? Le dije que no vendría más.

—Entonces, ¿qué ha venido usted a hacer hoy?

Parecía dispuesta a hacerle tragar la última gota de la copa de la humillación. Pero él la conocía bastante para saber que hablaba por hablar. Le hería profundamente sin darse cuenta siquiera. No respondió.

—Fue un feo juego aquello de espiarme. Siempre había creído que usted era un *gentleman* en toda la extensión de la palabra.

—No sea mala conmigo, Mildred; no puedo soportarlo.

—Es usted un tipo cómico. No logro comprenderle.

—Sin embargo, es muy sencillo. Soy tan idiota que la quiero con toda mi alma, y eso que usted no siente el menor afecto hacia mí.

—Si fuera usted un *gentleman* hubiera venido al día siguiente a pedirme perdón.

No tenía piedad. Philip miró su cuello y pensó que le hubiera gustado hundir en él el cuchillo que había sobre la mesa. Conocía lo bastante la anatomía para estar seguro de encontrar la carótida. Al mismo tiempo hubiese querido cubrir de besos aquel rostro pálido y delgado.

—¡Si al menos consiguiera hacerle comprender lo enamorado que estoy de usted!

—Todavía no me ha pedido perdón.

Philip se puso palidísimo. La joven no creía haber faltado en nada y quería verle humillado. Philip era orgulloso y durante un momento experimentó el deseo de mandarla al infierno, pero se contuvo. La pasión le envilecía y le hacía despreciable. Estaba dispuesto a todo para no perder a Mildred.

Hubo de hacer un gran esfuerzo para pronunciar aquellas palabras.

—Me disgusté mucho, Mildred, y le ruego que me perdone.

—Ahora que ha dicho usted esto le confieso que también a mí me disgustó no salir con usted aquella noche. Creía que Miller era un caballero, pero me engañé. Lo he mandado a paseo.

—¿No querría usted salir esta noche, Mildred? Iríamos a cenar fuera.

—No puedo. Mi tía me espera.

—Le ponemos un telegrama[2]. Dígale que la entretienen aquí. No se enterará de nada. Venga, se lo suplico. Hace mucho tiempo que no la veo y tengo necesidad de hablarle.

La muchacha se miró el vestido.

—No importa que vaya usted así. Iremos a un restaurante modesto. Y luego, al *music-hall*. Se lo ruego; ¡diga que sí! Me dará usted tanta alegría…

Mildred titubeó un momento. Philip la miraba suplicante.
—Bien, ¿por qué no? Hace tanto tiempo que no salgo…
Philip contuvo con dificultad su deseo de cogerle la mano y cubrírsela de besos.

LX

Fueron a cenar a Soho. Philip temblaba de alegría. El local no era uno de los más frecuentados entre los restaurantes económicos, donde las personas respetables y adineradas entran creyendo que van a vivir unas horas de bohemia, gastando poco al mismo tiempo. Era un local humilde que regentaban un buen hombre de Ruán y su mujer. Philip lo había descubierto por casualidad. Fue atraído por el escaparate, en el que generalmente estaba expuesto un hermoso filete crudo entre dos platos de legumbres. Servía un camarero francés, el cual tenía la ilusión de aprender inglés en un local donde sólo se reunían extranjeros. Los clientes habituales eran algunas damas de dudosa virtud, un par de parejas, que tenían reservadas sus servilletas, y ciertos tipos extraños que entraban para ingerir apresuradamente una comida modesta.

Mildred y Philip pudieron sentarse solos en una mesa. Philip mandó al camarero que fuera a buscar una botella de borgoña a la taberna más cercana. Les sirvieron un *potage aux herbes*, un *bistec aux pommes* y una *omelette au kirsch*. Aquella cena en aquel lugar tenía verdaderamente algo de romántico. Al principio Mildred se mostró un poco reservada: «No tengo mucha fe en estos locales extranjeros. No se sabe lo que ponen en sus complicadas comidas.» Pero poco a poco acabó por encontrarse muy a gusto.

—Me gusta este sitio, Philip. En él pueden ponerse los codos sobre la mesa, ¿no es verdad?

Entró un tipo alto con una melena gris y una barba rala y crespa. Llevaba un abrigo deshilachado y un sombrero de alas anchas. Hizo un breve ademán de saludo a Philip por haberle encontrado ya otras veces.

—Parece un anarquista —dijo Mildred.

—En realidad lo es. Uno de los más peligrosos de Europa. Ha estado en todas las prisiones del continente y ha asesinado a más personas que cualquier condenado a muerte. Va siempre de paseo con una bomba en el bolsillo, y esto hace que la conversación con él sea más bien difícil, pues cuando no se está de acuerdo con él la deja con ostentación encima de la mesa.

Mildred contempló al individuo con sorpresa y horror, y a continuación lanzó una mirada sospechosa a Philip. Viendo que los ojos de éste sonreían, frunció el entrecejo.

—Me está usted tomando el pelo.

Philip se reía de buena gana. Era feliz. Pero a Mildred no le gustaba que se burlaran de ella.

—No me hace gracia que cuenten mentiras.

—No se enfade.

Le cogió una mano y se la estrechó dulcemente.

—Es usted deliciosa y quisiera besar la tierra que pisa.

La palidez verdosa de aquel rostro le embriagaba y sus labios pálidos y delgados tenían para él una extraña fascinación. La anemia era causa de que su respiración fuera más bien apresurada. La muchacha tenía casi siempre la boca entreabierta y a Philip le parecía que esto hacía que su boca fuera más seductora.

—Le gusto un poquito, ¿no es verdad? —preguntó a Mildred.

—Si no fuera así no estaría aquí con usted, ¿no le parece? Es usted un *gentleman* en toda la extensión de la palabra. Eso es.

Habían acabado de cenar y estaban tomando el café. Philip, renunciando a la economía, se fumaba un cigarro de tres peniques.

—No puede usted imaginarse qué alegría experimento al estar sentado frente a usted y poderla contemplar. ¡Lo he deseado tanto! Me sentía francamente mal ante la necesidad de verla.

Mildred sonrió y enrojeció ligeramente. Aquella noche, la dispepsia, que de costumbre la atormentaba después de comer, no la fastidiaba demasiado. Se sentía bastante bien dispuesta hacia Philip, y la insólita ternura que había en sus ojos llenaba de alegría al joven. Éste pensaba instintivamente que era una locura caer en manos de aquella mujer. Lo único que hubiera podido salvarle habría sido tratarla con indiferencia y no dejarle comprender la indómita pasión que le quemaba el pecho. Mildred iba a aprovecharse de su debilidad, pero Philip era incapaz de ser prudente en aquel momento. Le contó todas las angustias que había sufrido durante aquellos días, las luchas consigo mismo, sus tentativas de vencer aquella pasión, la esperanza de llegar a triunfar y por fin el hecho de haber descubierto que era más esclavo que nunca. En el fondo no había deseado nunca libertarse de aquel amor. La amaba tanto que no le importaba sufrir. Desnudó su corazón ante ella, haciendo ostentación, con una especie de orgullo, de aquella debilidad.

Nada le hubiera producido más placer que seguir hablando en aquel modesto local, pero sabía que Mildred quería divertirse. Estaba inquieta y no había duda de que deseaba marcharse a cualquier otro sitio. Philip no se atrevió a correr el riesgo de aburrirla.

—¿Qué diría usted si fuéramos al *music-hall*? —le preguntó.

Una idea cruzó por su pensamiento: si la muchacha le quería un poco diría que prefería permanecer donde estaban.

—En este momento estaba pensando que si nos tenemos que marchar es ya la hora.

—Pues vamos.

Philip esperó con impaciencia el final de la representación. Había decidido su línea de conducta y, una vez en el carruaje, le pasó el brazo como por casualidad

alrededor del talle. Pero lo retiró rápidamente con un pequeño grito: se había pinchado.

La muchacha se echó a reír.

—¿Ve usted lo que sucede cuando se pone un brazo donde no debe ponerse?

—Tendré más cuidado la próxima vez.

La abrazó de nuevo. Mildred no opuso resistencia.

—¡Qué bien está uno así! —suspiró Philip, feliz.

—Desde el momento que está usted contento…

Recorrieron St. James Street y penetraron en el parque. Philip la besó. Un extraño temor le dominaba y tuvo que hacer acopio de todo su valor. Sin hablar, la joven le ofreció los labios. Aquel beso no pareció agradarla ni desagradarla.

—¡Si supiera usted cuánto lo he deseado! —murmuró Philip.

Intentó besarla de nuevo, pero ella volvió la cabeza a otro lado.

—Basta con una vez.

Con la esperanza de poderla besar nuevamente, Philip la acompañó hasta Herne Hill. En la esquina de la casa donde vivía le preguntó:

—¿No quiere darme otro beso?

La joven le dirigió una mirada de indiferencia y luego miró en torno suyo para ver si no había nadie en la calle.

—¿Por qué no?

Philip la cogió entre sus brazos y la besó apasionadamente, pero ella le apartó.

—¡Tenga usted cuidado con mi sombrero, loco! ¡Un poco de moderación, diablo!

LXI

A partir de entonces empezó a verla todos los días. Iba a la sala de té incluso a comer; pero Mildred protestó. Dijo que murmuraban ya, por lo que debía contentarse con el té. Pero la esperaba cada noche para acompañarla a la estación y un par de veces a la semana cenaban juntos. Le hizo pequeños obsequios: una pulsera de oro, guantes, pañuelos y cosas por el estilo. Gastaba más de lo que sus medios le permitían, pero no podía evitarlo. Sólo cuando le regalaba alguna cosa, la muchacha demostraba algún afecto. Sabía el precio de todo y su gratitud estaba en exacta proporción con el valor del regalo. Pero esto no importaba a Philip. Era demasiado feliz cuando Mildred consentía en besarle para reflexionar en los medios gracias a los cuales obtenía esta concesión.

El joven sabía que Mildred se aburría los domingos en su casa y se ofreció a ir a buscarla a Herne Hill para acompañarla a misa.

—Es necesario ir una vez a la semana a la iglesia. Produce buen efecto, ¿verdad?

A continuación la joven se dirigía a su casa para comer y Philip se metía en un restaurante de la vecindad para tomar un bocado. Por la tarde daban un paseo hasta Brockwell Park. No tenían mucho que decirse, y Philip, espantado ante la idea de enojarla —esto era tan fácil—, se estrujaba el cerebro buscando algún tema de conversación. Este paseo no divertía al uno ni al otro, mas para no separarse de ella Philip hacía todo lo posible por prolongarlo, hasta que la muchacha se cansaba y se ponía de mal humor. Él sabía perfectamente que Mildred no le quería. Sin embargo, trataba de suscitar un amor que sabía imposible. Se trataba de una mujer fría. Aunque no tenía ningún derecho sobre ella, no podía menos de mostrarse exigente. Ahora que su intimidad había aumentado le era más difícil aproximarse. A veces se mostraba irritado y dejaba escapar palabras amargas. Se peleaban a menudo. Ella alzaba el gallo y él acababa por someterse y envilecerse. Se sentía irritado contra sí mismo por su falta de dignidad. Se ponía terriblemente celoso cuando la veía hablar con un cliente, y en esos momentos perdía todo dominio sobre sí mismo. La injuriaba, dejaba el local, y luego pasaba una noche sin dormir, revolcándose en la cama, atormentado por los remordimientos y por la cólera. Al día siguiente iba a pedirle perdón.

—No te enfades conmigo. Te quiero tanto que no puedo dominarme.

—Un día u otro irás demasiado lejos —respondía la joven.

A Philip le hubiera gustado ir a casa de Mildred para establecer una mayor intimidad que le diera una ventaja sobre los conocidos de las horas de trabajo. Pero ella no se lo permitió.

—Mi tía lo encontraría extraño.

Sin duda, ella no quería que conociese a esa mujer. Había hablado de ella como viuda de un hombre de carrera —era su fórmula para indicar que se trataba de

personas distinguidas— y debía saber perfectamente que la buena mujer no era muy a propósito para desempeñar tal papel. Philip suponía que en realidad se trataba de la viuda de un pequeño comerciante. Conocía el *snobismo* de Mildred, pero no supo hacerle comprender hasta qué punto la vulgaridad de su tía le hubiese dejado indiferente. Su pelea más viva la tuvieron una noche durante la cena, cuando ella le dijo que un señor la había invitado a ir al teatro. Philip palideció y adoptó una expresión rígida.

—Espero que no irás.

—¿Por qué no? Es un tipo muy decente y educado.

—Yo te acompañaré adonde quieras ir.

—No es lo mismo. No puedo ir siempre de paseo contigo. Por otra parte, me ha dicho que fije yo misma el día. Así que iré una de las noches que no salga contigo. De esta forma no perderás nada.

—Si tuvieras el más pequeño sentido de las conveniencias, una sombra de gratitud, no se te ocurriría ir.

—¿Gratitud? Si lo dices a propósito de tus regalos puedo restituírtelos. No sé qué hacer con ellos.

La voz de Mildred era estridente, como sucedía algunas veces.

—¿Crees que es divertido ir contigo siempre? Oír preguntarse continuamente: ¿me quieres?, ¿me quieres? A la larga produce náuseas.

Philip sabía que era una locura continuar preguntándole esto. Pero no podía hacer otra cosa. «Sí, sí, te quiero mucho», era la respuesta.

—Sólo que yo te amo de verdad.

—No es mi género. No soy amiga de muchas palabras.

—¡Si supieses qué feliz me haría una sola palabra!

—Bien, yo digo siempre que es necesario tomarme como soy. Quien no me quiera así puede irse a freír espárragos. Pero a veces la respuesta era más sencilla.

—¡Oh, basta! ¡Déjame en paz!

Entonces Philip se enfadaba y no hablaba más. La odiaba.

Esta vez le repuso:

—Si es así, no sé por qué consentiste en salir conmigo.

—¡Oh!, yo no tenía muchas ganas. Fuiste tú el que me obligaste a salir.

Profundamente herido en su orgullo, el joven dijo con violencia:

—Te parece cómodo que yo te lleve a comer y al teatro cuando no tienes nada mejor, pero cuando aparece otro me das de lado. ¡Muchas gracias! Estoy cansado de ser el comodín de los demás.

—¿Ah, sí? Yo no permito a nadie que me hable de este modo, y te haré ver muy pronto lo que me importa tu cena.

Se levantó, se puso la chaqueta y se precipitó fuera del restaurante. Philip se

quedó sentado, decidido a no moverse, pero pocos minutos después subía a un coche para seguirla. Estaba seguro de que había tomado el ómnibus para ir a la estación Victoria; así que llegarían juntos. La vio en la acera de la estación, pero no quiso dejarse ver, deseando pasar inadvertido en el tren. No quería hablarle hasta que no estuvieran en Herne Hill, donde ella no podría huirle. Cuando Mildred estuvo en la calle principal, iluminada y llena de gente, se acercó a ella.

—¡Mildred!

La muchacha continuó andando sin mirarle y sin responderle. Philip repitió el nombre de ella. Entonces la muchacha se volvió y le miró.

—¿Qué es lo que quieres? Ya te vi en Victoria. ¿Por qué no me dejas un poco tranquila?

—Estoy desolado, ¿no quieres hacer las paces?

—No. Estoy cansada de tu carácter y de tus celos. No te quiero, no te he querido nunca y no te querré jamás.

Continuó caminando rápidamente.

—No tienes un poco de indulgencia para mí —continuó el joven—. Es fácil ser amable o alegre con los indiferentes, pero es imposible cuando se quiere como yo te quiero a ti. Ten piedad, Mildred. No importa que no me quieras; no es culpa tuya. Te pido sólo que me dejes que yo te quiera.

La muchacha continuó caminando sin hablar, y Philip vio con angustia que faltaba ya poco para llegar a la esquina de la calle donde ella vivía. Se envileció hasta el extremo de decir frases incoherentes de amor y de arrepentimiento.

—Si me perdonas esta vez te prometo que no tendrás que lamentarte más en el porvenir. Podrás salir con quien quieras. Seré muy feliz si vienes conmigo cuando no tengas nada mejor.

La joven se detuvo de nuevo, pues habían llegado a la esquina donde se separaban siempre.

—Ahora vete. No quiero que vengas hasta mi puerta.

—No me iré hasta que no me hayas perdonado.

—Estoy cansada de toda esta historia.

Philip sintió, como por instinto, que podría decirle una cosa que habría de conmoverla. Se sintió casi enfermo al decir estas palabras:

—Tú no sabes lo triste que es ser cojo. Es natural que yo no te guste. Verdaderamente no puedo pretenderlo.

—No quería decir eso, Philip —exclamó la joven con un imprevisto acento de piedad—. Sabes que no es eso.

Philip continuaba representando su papel y su voz era baja y ronca.

—¡Oh, lo comprendo perfectamente!

Mildred le cogió la mano y le miró con ojos llenos de lágrimas.

—Te aseguro que no me ha importado nunca, ni siquiera pensé en ello más que los dos o tres primeros días.

Philip guardaba un silencio sombrío y trágico. Quería parecer como si la emoción le ahogara.

—Sabes que te quiero bien, Philip. Sólo que a veces eres fastidioso. Hagamos las paces. Hagamos las paces, vamos.

Le presentó los labios, que él besó con un suspiro de alivio.

—¿Vuelves a ser feliz?

—¡Locamente!

Mildred le dio las buenas noches y se alejó hacia su casa. Al día siguiente él le llevó un relojito con un imperdible para colocárselo sobre el vestido. Era una cosa que Mildred deseaba muchísimo.

Pero tres o cuatro días después, mientras le servía el té, Mildred le dijo:

—¿Te acuerdas de aquello que me prometiste la otra noche? Mantendrás aquella promesa, ¿no es verdad?

—Sí.

Philip sabía lo que ella iba a decir y estaba preparado para la frase siguiente:

—Esta noche salgo con aquel individuo que tú sabes.

—Perfectamente. Espero que te divertirás.

—¿No te disgusta?

El joven había aprendido a dominarse.

—No me gusta —dijo sonriendo—, pero no quiero hacerme demasiado pesado.

Muy excitada ante la idea de aquella salida, Mildred habló largo y tendido de ella. Philip se preguntaba si lo hacía para atormentarle o porque era inconsciente. Como de costumbre, le perdonaba su crueldad a causa de su estupidez. No era bastante inteligente para comprender cuándo le ofendía.

«No es agradable estar enamorado de una muchacha que no tiene fantasía ni espíritu», pensaba escuchándola. Pero estas lagunas la justificaban. De otro modo no hubiera podido perdonarla nunca.

—Ha tomado dos localidades para el Tivoli —prosiguió Mildred—. Me ha dicho que eligiera y yo he elegido esto. Cenamos en el Café Royal. Dice que es el sitio más caro de Londres.

«Es un *gentleman* en toda la extensión de la palabra», pensó Philip. Pero apretó los dientes para no hablar. Fue al Tivoli y vio en la segunda fila de butacas a Mildred con su acompañante, un jovenzuelo con los cabellos lisos y brillantes y el aspecto afectado del viajante de comercio. Mildred llevaba un gran sombrero negro con plumas de avestruz que le sentaba muy bien. Escuchaba a su acompañante con la tranquila sonrisa que Philip conocía de sobra. No tenía ninguna vivacidad de expresión. Para hacerla reír eran necesarias bromas groseras. Pero Philip notó que

estaba interesada y se divertía, y pensó con amargura que aquel joven bien parecido y jovial se adaptaba perfectamente a ella. El temperamento linfático de Mildred hacía que apreciase a las personas bulliciosas. A Philip le gustaba la discusión, pero no sabía charlar. Admiraba la facilidad para bromear que poseían algunos de sus amigos.

Lawson, por ejemplo, y la sensación de aquella inferioridad suya le convertía en un hombre tímido y torpe. Lo que a él le interesaba aburría a Mildred. Según ella, los hombres debían hablar de carreras y de partidos de fútbol, cosas de las que él no comprendía nada. Ignoraba asimismo las bromas que podían alegrarla.

Desde entonces empezó a leer con asiduidad *The Sporting Times*.

LXII

Philip no se abandonaba voluntariamente a la pasión que le consumía. Sabía que toda cosa humana es transitoria y que, por lo tanto, ésta estaba destinada a cesar un día u otro. Y esperaba ansiosamente ese día. El amor residía en su corazón como un odioso parásito que se nutría con sangre de su vida y absorbía su existencia tan intensamente que le impedía hallar placer en otra cosa cualquiera. Durante una temporada se había deleitado con el encanto de St. James Park y solía ir a contemplar las ramas de un árbol recortadas contra el cielo como en las estampas japonesas. Con sus orillas y escaleras, el Támesis le ofrecía un continuo y mágico espectáculo, y el cielo mudable de Londres había llenado su alma de agradables quimeras. Pero ahora la belleza no significaba nada para él. Cuando no estaba al lado de Mildred se sentía aburrido e inquieto. A veces esperaba distraerse contemplando cuadros, pero atravesaba las salas de la National Gallery como un paseante indiferente, y ningún cuadro le producía emoción. ¡Quién sabe si hubiese apreciado todavía las cosas que tanto le habían gustado! Adoró la lectura, pero ahora los libros no le decían nada, y pasaba las horas de libertad en el saloncito del club del hospital hojeando innumerables periódicos. El amor era un tormento y su yugo un peso insoportable. Philip anhelaba la libertad.

A veces se despertaba por la mañana sin sentir nada y su alma se alegraba porque le parecía que ya estaba libre: no amaba. Pero, poco a poco, mientras se despabilaba, el corazón empezaba a dolerle. No estaba todavía curado. A pesar de su loco deseo despreciaba a Mildred y pensaba que la mayor tortura del mundo era amar y despreciar al mismo tiempo.

Analizando sus sentimientos, según tenía por costumbre, y discutiendo continuamente consigo mismo, Philip llegó a la conclusión de que sólo convirtiendo a Mildred en su amante podría curarse de aquella desagradable pasión. Lo que le hacía sufrir era un deseo sensual; el día que lo hubiese satisfecho se libraría de aquellas intolerables cadenas.

Sabía que Mildred no se sentía atraída hacia él físicamente. Cuando la besaba ardientemente notaba cómo se apartaba de él con inevitable —disgusto. Carecía de sensualidad. A veces había intentado despertar sus celos hablándole de aventuras tenidas en París, pero éstas no le habían interesado lo más mínimo. Un par de veces se había sentado en otras mesas, afectando bromear con las otras camareras, pero Mildred se había mostrado indiferente, y tal indiferencia no era fingida.

—¿No te has disgustado hoy al verme sentado en otra mesa? —le preguntó una noche mientras la acompañaba a su casa—. Las tuyas estaban todas ocupadas.

No era verdad, pero ella no lo contradijo. Aunque su deserción no le hubiera hecho ningún efecto, a Philip le habría sido grato que, por lo menos, hubiese fingido

lo contrario. Un reproche hubiera sido como un bálsamo para su alma.

—Me parece una estupidez sentarse todos los días en las mismas mesas. Es necesario dar también trabajo a las otras.

Cuanto más pensaba en ello, más se persuadía Philip de que el único medio de liberarse era la posesión total. Era como un caballero de la antigüedad, encantado por algún filtro mágico, que buscaba la posición que pudiese restituirle su forma primitiva. Philip tenía una sola esperanza. Mildred deseaba ir a París. Para ella, como para la mayoría de los ingleses. París era el centro de la alegría y de la moda. Había oído hablar de los Magasins du Louvre, donde se pueden adquirir los últimos modelos por la mitad del dinero que se paga en Londres. Una amiga suya había pasado la luna de miel en París y de día no había hecho otra cosa que ir de tiendas y las noches se las había pasado en el Moulin Rouge y en otros lugares parecidos; nunca se había acostado antes de las seis de la mañana. Poco le importaba a Philip el hecho de satisfacer aquel deseo si así conseguía saciar el ansia de ella que le atormentaba. Para aplacar su frenesí cualquier medio le parecía bueno. Había tenido incluso la idea loca y melodramática de emborracharla. Intentó hacerla beber licores, pero a Mildred no le agradaba el alcohol. Le gustaba que él pidiese champaña, porque era una cosa señoril, mas nunca había bebido más de media copa. La encantaba dejar intacta una copa llena hasta el borde.

—Es una cosa que hace comprender a los camareros con quién están tratando.

Philip aprovechó una ocasión en que la joven parecía más cordial que de ordinario. Al final de marzo tenía que examinarse de anatomía. Una semana después era Pascua y Mildred tenía tres días de vacaciones.

—¿Por qué no nos vamos a París? —sugirió el joven—. Pasaríamos unas vacaciones divertidísimas.

—¿Cómo es posible? Te costaría una suma enorme.

Philip ya había pensado en ello. La cosa le saldría por unas veinticinco libras. Una suma bastante crecida. Pero estaba dispuesto a gastar por ella hasta el último penique.

—¿Qué importa? Di que vendrás, querida.

—Y además, ¿te parece bien que yo vaya con un hombre que no es mi marido? No debes hacerme proposiciones semejantes.

—Pero ¿qué importa?

Philip le habló de las bellezas de la rue de la Paix y del esplendor del Folies Bergère. Describió el Louvre y el Bon Marché; le habló de los cabarets du Néant, de la Abbaye y de los diversos lugares frecuentados por los forasteros. Elogió la parte de París que despreciaba e insistió con el fin de convencerla.

—Dices que me quieres —repuso la joven—. Pero si me amaras de veras tendrías deseos de casarte conmigo. Nunca me lo has dicho.

—Sabes de sobra que no puedo. Estoy en el primer año de estudio y no ganaré nada antes de que pasen seis años.

—¡Oh, si no te hago ningún reproche! Precisamente no me casaría contigo aunque me lo pidieras de rodillas.

Más de una vez había pensado Philip en el matrimonio; pero era un paso ante el cual retrocedía. Cuando vivía en París se persuadió de que el matrimonio era una institución ridícula. Además, estaba seguro de que una cadena definitiva sería su ruina. Por otra parte, su instinto burgués hacía que le pareciese horrible el matrimonio con una camarera. Una mujer vulgar le habría impedido tener clientela como debía. El dinero que le quedaba era poco; apenas suficiente para llegar al examen final. Imposible mantener una mujer, aun en el caso de que no tuviesen hijos. Acordóse de Cronshaw, unido a una mujerzuela de ínfima clase, y se estremeció. Estaba seguro de lo que llegaría a ser Mildred con sus maneras afectadas y su escasa inteligencia. Casarse con ella era absurdo. Pero todo esto lo decía su razón, mientras que el sentimiento le decía que debía conseguir aquella mujer fuese como fuese, incluso aunque tuviera que llegar al matrimonio. ¡Al diablo el porvenir! Hubiera sido un desastre. Cuando una idea le obsesionaba no podía pensar en otra cosa, y conseguía dar con una multitud de razones para justificar su deseo. Rechazó todas las objeciones. Cada día que pasaba sentíase más atado a ella y el amor insatisfecho le volvía irritable y nervioso.

—¡Juro que si me caso con ella le haré pagar todo este sufrimiento! —se dijo hablando consigo mismo.

Al final no pudo soportar más tiempo aquella angustia. Una noche, después de haber cenado en el pequeño restaurante de Soho, adonde iban a menudo, se aventuró.

—Dime una cosa: ¿hablabas en serio el otro día cuando dijiste que no te casarías conmigo si te lo pidiera?

—Claro, ¿por qué?

—Porque no puedo vivir sin ti. Tengo necesidad de tenerte siempre conmigo. He intentado curarme, pero no he podido y no podré nunca. Deseo que seas mi mujer.

Mildred había leído demasiadas novelas para no saber cómo debía aceptar la oferta.

—Estoy muy contenta. Tu propuesta me halaga enormemente.

—¡Oh, no digas tonterías! ¿Te casarías conmigo?

—¿Crees que seríamos felices?

—No, pero ¿qué importa?

La frase le salió casi contra su voluntad. Mildred pareció sorprenderse.

—Eres cómico, ¿sabes? ¿Por qué quieres casarte ahora? El otro día dijiste que eras demasiado pobre.

—Creo que me quedan cerca de mil cuatrocientas libras. Viviendo con economía,

dos personas pueden gastar como una sola. Lo que tengo nos bastará hasta que haya logrado mi título y haya practicado en el hospital. Después entraré en él como ayudante.

—Esto significa que durante seis años no ganarás nada y tendremos que vivir hasta entonces con unas cuatro libras a la semana, ¿no estoy en lo cierto?

—Poco más de tres. He de pagar, además, la matrícula.

—Y como ayudante, ¿cuánto ganarás?

—Tres libras a la semana.

—¿Y tendrás que estudiar tanto tiempo y gastar un pequeño capital para llegar a ganar tres libras a la semana? Me parece que eso no es una gran ventaja.

Philip calló un instante.

—Entonces no quieres —dijo con voz ronca—. ¿Mi gran amor no significa nada para ti?

—Es necesario que una piense en sí misma, querido. No digo nada en contra del matrimonio, pero no me seduce mucho la idea de casarme para estar como estoy ahora. ¿A santo de qué?

—Si me quisieras bien no hablarías así.

—Seguramente.

Philip calló de nuevo y bebió un vaso de vino para deshacer el nudo que sentía en la garganta.

—Mira aquella muchacha que sale ahora —continuó Mildred—. Ha comprado el abrigo que lleva en el Bon Marché, en Brixton. Lo vi en el escaparate la última vez que pasé por allí.

Philip sonrió amargamente.

—¿De qué te ríes? Es verdad. Recuerdo que dije a mi tía que no comprarla nunca un objeto que hubiese estado expuesto en un escaparate, pues todos saben lo que uno ha pagado por él.

—No acierto a comprenderte. Me haces tremendamente infeliz y te pones luego a hablar de tonterías que no tienen ninguna relación con lo que estamos hablando.

—Eres descortés conmigo —repuso, irritada, la muchacha—. Es natural que me fijara en ese abrigo, pues le había dicho a mi tía…

—¡Me importa un bledo lo que le dijiste a tu tía!

—¿Por qué me hablas de este modo tan vulgar? Sabes que no me gusta.

Philip sonrió un poco, pero sus ojos despedían llamas. Permaneció un momento en silencio, mirándola sombríamente. La odiaba, la despreciaba y la amaba.

—Si yo tuviera una onza de buen sentido no te vería nunca más —dijo finalmente —. ¡Si supieras cómo me desprecio por quererte!

—No eres muy amable.

—En fin —dijo riendo Philip—, vamos al Pavillon.

—Eres extraño. Te echas a reír cuando menos se lo espera una. Pero si te hago desgraciado, ¿por qué quieres llevarme al Pavillon? Puedo también irme a casa.

—Porque soy menos desgraciado contigo que lejos de ti.

—Me gustaría saber lo que verdaderamente piensas de mí.

Esta vez Philip se rió abiertamente.

—Querida, si lo supieras no me dirigirías más la palabra.

LXIII

Philip fue calabaceado en el examen de anatomía de finales de marzo. Él y Dunsford habían estudiado juntos sobre el esqueleto perteneciente a Philip; los dos jóvenes se habían dirigido recíprocamente una infinidad de preguntas hasta saberse de memoria todas las articulaciones y la razón de ser de cada coyuntura y surco de la estructura humana. Pero en el aula del examen fue presa del mayor pánico y por un irrazonable temor a equivocarse fue incapaz de responder. Seguro de no ser aprobado, ni siquiera se tomó la molestia de ir al día siguiente a ver la tablilla. Este segundo fracaso le situó definitivamente entre los ignorantes y perezosos del curso.

Philip no experimentó un gran disgusto. Tenía otras cosas en que pensar. Se decía entre sí que Mildred debía de tener sentidos, como todo el mundo. Había que procurar despertar esos sentidos. El joven tenía sus teorías sobre la mujer y estaba convencido de que para todas llega un momento en que ceden. Era cuestión de esperar la ocasión, conservar la sangre fría, frenarse, aprovechar el cansancio físico, que abre el corazón a la ternura, y, por fin, ser para ella el refugio contra todos los aburrimientos cotidianos. Le habló de sus amigos de París y de las bellas mujeres con las que sostenían relaciones. La vida que le describía estaba llena de alegría y fascinación y completamente desprovista de vulgaridad. Mezclando a sus recuerdos las aventuras de Rodolfo, Mimí y Musette, volcaba en el oído de Mildred historias que hablaban de una pintoresca pobreza llena de canciones y de carcajadas y de amores fuera de la ley, completamente románticos por obra y gracia de la belleza y de la juventud. No atacaba nunca de frente los prejuicios de la joven, pero trataba de hacerle comprender que estaban pasados de moda. No se dejaba ya turbar por sus desatenciones ni se irritaba ante su impaciencia. Estaba seguro de haberla enojado. Hizo un esfuerzo para mostrarse afable y divertido. Ya no se le vio un gesto de cólera, ni se le oyó un lamento ni un reproche. Cuando Mildred faltaba a una cita, al día siguiente se presentaba Philip sonriendo y, al oír sus excusas, él respondía que no le importaba. No dejaba nunca que viese sus sufrimientos. Había comprendido que su desesperación le cansaba y hacía lo imposible por esconder los sentimientos importunos. Evidentemente, su conducta era heroica.

Sin hacer alusión a aquel cambio, ya que no se daba cuenta de él, Mildred sufría, sin embargo, su influencia. Se mostraba más confidencial, le contaba sus pequeños disgustos —siempre tenía algún motivo de queja contra la encargada de la sala de té, contra su tía o contra alguna de las compañeras—, se había vuelto habladora, y, si bien no decía más que vulgaridades, Philip no se cansaba de oírla.

—Me gustas cuando no me hablas de amor —le dijo una vez Mildred.

—No deja de ser lisonjero para mí —repuso Philip.

Mildred no se daba cuenta de que le hería profundamente ni del esfuerzo que a él

le costaba responderle con despreocupación.

—¡Oh!, puedes besarme de vez en cuando. No me molesta y a ti te gusta.

A veces llegaba incluso a pedirle que la llevara a comer, y esta petición hecha por ella le transportaba al quinto cielo.

—No lo haría con ningún otro —decía la muchacha casi excusándose—. Pero contigo sé que puedo hacerlo.

—No podrías proporcionarme placer más grande.

Una noche, hacia últimos de abril, le pidió que la llevara a cenar.

—Perfectamente. Y luego, ¿Adónde quieres ir?

—¡Oh, a ningún sitio! Permaneceremos charlando. ¿No te disgusta?

—Todo lo contrario.

Sin duda empezaba a quererle. Tres meses antes la idea de una velada pasada charlando la habría fastidiado. Era una bella noche y la primavera hacía que Philip se mostrase más alegre. Estaba habituado a contentarse con poco.

—Tendremos un magnífico verano —le dijo mientras se dirigían a Soho en autobús, ya que ella misma había sugerido la idea de economizar el coche—. Podremos ir a pasar todos los domingos a orillas del Támesis. Llevaremos la merienda en un cestito.

Mildred sonrió ligeramente y Philip se sintió con valor suficiente para cogerle una mano.

—Creo de veras que empiezas a quererme un poco —dijo sonriendo.

—¡Qué tonto eres! Ya sabes que me gustas. De otro modo no estaría aquí. ¿No te parece?

Eran antiguos clientes del pequeño restaurante del Soho y la patrona los acogió con una pequeña sonrisa.

—Deja que yo elija la cena esta noche —dijo Mildred.

Philip, encontrándola más encantadora que nunca, le dio la lista, y la muchacha eligió sus platos preferidos. En realidad no había gran variedad. Ellos ya habían comido muchas veces todo lo que el restaurante podía ofrecerles. Philip se mostraba alegre. La miraba a los ojos y se extasiaba contemplando todas las perfecciones de sus pálidas mejillas. Al final ella encendió un cigarrillo. Fumaban muy raras veces.

—No me gustan las mujeres que fuman —decía.

Titubeó un instante y luego añadió:

—¿No te ha sorprendido cuando te he pedido que me trajeras a cenar?

—Me he sentido feliz.

—He de decirte una cosa.

Philip le lanzó una rápida mirada y sintió que se le encogía el corazón. Pero había aprendido a dominarse.

—Adelante —dijo sonriendo.

—No te enfadarás, ¿verdad? Me voy a casar.

—¿De veras?

No encontró otra frase. Había considerado a menudo esta eventualidad pensando lo que haría y lo que diría. Había previsto con angustia su desesperación, pensando en la cólera que se apoderaría de él. Pero seguramente agotó por anticipado aquellas emociones, de suerte que al llegar el momento se sintió únicamente privado de fuerza. De la misma manera, después de una enfermedad grave, la vitalidad se halla tan disminuida que uno se siente indiferente a todo y sólo se desea permanecer tranquilo.

—Comprende, el tiempo pasa. Tengo veinticuatro años y es necesario que me coloque.

Philip permaneció silencioso. Miró a la *patronne*, sentada en la caja, y luego sus ojos se fijaron un momento en la pluma rosa que una cliente llevaba en el sombrero. Mildred se irritó.

—Podrías felicitarme.

—Sí, sí, claro. Sólo que dudo que sea verdad. Lo he soñado tantas veces… Encuentro cómico haber mostrado tanta alegría cuando me has pedido que te condujera aquí. ¿Y con quién te casas?

—Con Miller —respondió la muchacha enrojeciendo.

—¿Miller? —dijo Philip estupefacto—. Pero si hace meses que no os veis.

—Vino a comer la semana pasada y me ha pedido que me case con él. Está ganando mucho dinero. Siete libras por semana y con esperanzas de aumento.

Philip guardaba silencio. Recordó que Miller había gustado siempre a la muchacha. La divertía, y ella sufría inconscientemente la fascinación exótica de lo extranjero.

—Era inevitable —dijo al cabo el joven—. Tenías que entregarte al mejor postor. ¿Cuándo es la boda?

—El sábado próximo. Tengo ya la licencia matrimonial.

—¿Tan pronto?

—Sí; haremos sólo la ceremonia civil. Emil lo prefiere así.

Philip se sentía cansadísimo. Deseaba dejarla e irse directamente a la cama. Pidió la cuenta.

—Te dejaré en un coche que te llevará hasta la estación Victoria. Creo que no tendrás que esperar mucho a que haya tren.

—¿No vienes conmigo?

—Prefiero no ir, si es que esto no te disgusta.

—Como quieras —contestó Mildred altiva—. Entonces ¿te veré mañana a la hora del té?

—No; creo que será mejor cortar por lo sano. No veo por qué razón has de

continuar haciéndome desgraciado. El coche está pagado.

Hizo un ademán, a manera de saludo, intentando sonreír; luego se encaramó en un ómnibus y regresó a casa. Encendió la pipa antes de irse a la cama, pero le costaba tener los ojos abiertos. No sufría. Cayó en un sueño profundo apenas hubo puesto la cabeza sobre la almohada.

LXIV

Pero hacia las tres de la mañana se despertó sin poderse volver a dormir. Empezó a pensar en Mildred. Intentó borrarla de su pensamiento, pero no lo consiguió. Continuaba repitiéndose la misma cosa. Era inevitable que se casara. La vida era difícil para una muchacha obligada a trabajar, y desde el momento que encontraba un hombre que le ofrecía un hogar no podía decirse que hiciera mal si aceptaba. Philip reconocía que desde el punto de vista de Mildred casarse con él hubiera sido una locura. Sólo el amor podía hacer soportable tal pobreza y ella no le amaba. No era culpa suya. Era un hecho que no quedaba más remedio que aceptar. Philip intentó razonar. Se dijo que en la profundidad de su corazón se escondía el orgullo mortificado. La pasión había empezado con una herida del amor propio. He aquí el origen de su desventura. Se despreciaba a sí mismo no menos de lo que la despreciaba a ella. Intentó hacer proyectos para el porvenir, siempre los mismos, interrumpidos por el recuerdo de un beso en la pálida mejilla de Mildred, de su voz, de su acento arrastrado. Tendría que trabajar mucho durante el verano para prepararse para el examen de química y para repetir las dos asignaturas en que le habían suspendido. Tenía abandonados a todos sus amigos del hospital, pero ahora necesitaba compañía. Por fortuna, Hayward le había escrito quince días antes anunciándole que pasaba por Londres e invitándole a cenar. Philip, para no verse acaparado, rechazó la invitación, pero ahora Hayward iba a volver para la *season* y Philip se prometió escribirle.

Al fin el reloj dio las ocho.

Se levantó pálido y cansado, pero después del baño y del desayuno se reconcilió un tanto con el mundo. Su sufrimiento se había aplacado. No tenía ganas de andar ni de asistir a las lecciones y, en su lugar, fue a unos grandes almacenes para adquirir el regalo de boda de Mildred. Después de muchos titubeos se decidió por un juego de tocador. Valía veinte libras, mucho más de lo que él podía permitirse, pero era vistoso y vulgar. Mildred sabía su precio exacto, y Philip experimentó una melancólica satisfacción eligiendo un regalo que le gustaría y en el cual encontraba la medida del desprecio que le inspiraba.

Veía acercarse con inquietud la fecha del matrimonio. Sentía una angustia intolerable. Así que cuando recibió aquella mañana una carta de Hayward diciéndole que llegaba aquel día experimentó una sensación de alivio. Llegaría bastante pronto e iría a buscar a Philip para que éste le ayudase a encontrar alojamiento. Ansioso de distraerse, Philip consultó el horario, y habiendo encontrado el tren en el que Hayward podía llegar, fue a esperarle a la estación. Los dos amigos volvieron a verse con entusiasmo. Hayward propuso antes de todo ir a pasar una hora en la National Gallery. Llevaba mucho tiempo sin ver cuadros y sentía la necesidad de ello para

estar en armonía con la vida. Desde hacía varios meses Philip no había tenido ocasión de hablar de arte ni de literatura. Después de su estancia en París, Hayward se había sumido en la lectura de los poetas franceses modernos, y como aquel momento había abundancia de ellos, deseaba hablar a Philip sobre algunos genios recientemente descubiertos. Recorrieron la Gallery, deteniéndose ante varios de sus cuadros preferidos. De un argumento pasaban a otro, discutiendo animadamente. El sol brillaba y el aire era cálido.

—Vamos a sentarnos en el parque —propuso Hayward—. Nos cuidaremos del alojamiento después del almuerzo.

La primavera era agradable en medio del verde. Era uno de aquellos días en que se siente la alegría de vivir. El follaje de los árboles se dibujaba exquisitamente en el pálido azul, en el cual vagaba la masa gris del cuartel de los guardias de a caballo. La elegante armonía del paisaje tenía la fascinación de un cuadro del siglo XVIII. No hacía pensar en Watteau, cuyos paisajes, demasiado idílicos, recordaban solamente los bosques vistos en sueños, sino al más prosaico Juan Bautista Pater. Sentía Philip algún bienestar. Comprendía ahora lo que había leído tantas veces: el arte —pues era el modo como él consideraba a la naturaleza— puede liberar el alma del sufrimiento.

Fueron a almorzar a un restaurante italiano y pidieron una botella de chianti. Mientras comían hablaron de mil cosas, de las personas que habían conocido en Heidelberg, de los amigos de Philip en París, de libros, de cuadros, de moral, de la vida. De pronto, Philip oyó dar las tres. A aquella hora Mildred ya estaría casada. Sintió un golpe en el corazón y durante un minuto o dos no comprendió lo que le estaba diciendo Hayward; pero se llenó de chianti el vaso. No estaba habituado al alcohol, y se le subió en seguida a la cabeza. Por lo menos durante aquel momento no pensó en nada. Su viva inteligencia había permanecido inactiva durante tantos meses que la conversación bastaba para embriagarle. Sentíase feliz al tener a alguien con quien hablar, alguien a quien le interesaban las mismas cosas que le interesaban a él.

—Oye, no perdamos este bello día yendo a buscar un alojamiento. Esta noche dormirás en mi casa. Ya buscarás uno mañana o el lunes.

—Perfectamente. Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Me acuerdo de mi llegada a París —contaba Philip sonriendo—. Clutton, me parece, hizo un largo discurso para explicar que son los pintores y los poetas los que creen en la belleza. Considerados en sí mismos, no hay una gran diferencia entre el campanario de Giotto y la chimenea de una fábrica. Las obras maestras nacen de las emociones que despiertan a las generaciones sucesivas; por eso las cosas antiguas son más bellas que las modernas. La *Oda a una urna griega es* más bella hoy que cuando fue escrita, pues durante cientos de años la han leído enamorados y corazones afligidos que han encontrado consuelo en ella.

Philip dejó que Hayward descubriera que era el paisaje que se extendía ante sus

ojos lo que le había sugerido aquellas impresiones. Una imprevista reacción contra la vida de sus últimos tiempos le empujaba ahora a expresarse con afectación. El delicado iris del aire de Londres daba una dulzura de pastel a la piedra de los edificios, y a los almacenes y las escaleras la gracia severa de una estampa japonesa. Continuaron río abajo. El espléndido canal, símbolo de un gran imperio, se alargaba lleno de barcos de toda clase. Philip pensó en los pintores y poetas que habían hecho tan bellas todas aquellas cosas y sentía el corazón rebosante de gratitud. Alcanzaron la cuenca de Londres. ¿Puede describirse la majestuosidad? La imaginación vuelve a ver los personajes que todavía pueblan aquella vasta extensión: el doctor Johnson con Boswell a su lado, y el viejo Pepys que sale a bordo de un acorazado; el fasto de la historia de Inglaterra; la novela, la gran aventura… Philip se volvió hacia Hayward con los ojos brillantes.

—¡Amado y viejo Dickens! —murmuró sonriéndose un poco de su emoción.

—¿No te desagrada haber dejado la pintura? —preguntó Hayward.

—No.

—Supongo que te gustará la medicina.

—No; la detesto, pero no tenía otra cosa que hacer. El trabajo de los dos primeros años es odioso, y, desgraciadamente, no tengo temperamento científico.

—Sin embargo, no puedes continuar cambiando de profesión.

—No; proseguiré atado a ésta para siempre. Creo que me gustará más cuando trabaje en los cursos del hospital. Me parece que los seres humanos me interesan más que todo el mundo. A lo que parece, la única profesión en la que se conserva la libertad es ésta. Los pensamientos van con uno dentro del cerebro, y con una cajita de instrumentos quirúrgicos y algunas medicinas se gana uno la vida en cualquier parte.

—¿Entonces no tienes intención de formarte una clientela?

—Durante algún tiempo, no. Después de cumplido mi servicio en el hospital haré que me nombren médico de a bordo. Deseo ir a Oriente —el archipiélago malayo, Siam, la China— y en seguida me saldrá por allí algo que hacer. No sé, una epidemia de cólera en la India, o cualquier otra cosa por el estilo. Quiero viajar, ver el mundo. El único medio de conseguir tal cosa quien no tenga medios es la profesión de la medicina.

Llegaron a Greenwich. El noble edificio de Iñigo Jones se alzaba en la otra parte del río.

—Debe de ser aquél el lugar donde el pobre Jack se zambullía en el agua fangosa para recoger el dinero que le tiraban —dijo Philip.

Pasearon por el parque, destrozado a causa de los pequeños harapientos que corrían y jugaban. Aquí y allá, viejos pescadores tomaban el sol.

Había creído uno estar viviendo cien años atrás.

—Es lástima que perdieras aquellos dos años en París —dijo Hayward.

—¿Que perdí dos años? Mira el movimiento de aquel niño, mira la sombra que los árboles dibujan en el suelo, mira el cielo… Nunca habría notado todo esto si no hubiese estado en París.

A Hayward le pareció que Philip ahogaba un sollozo y se volvió para mirarle asombrado.

—¿Qué tienes?

—Nada; me disgusta ser tan exageradamente sensible. Pero desde hace seis meses no sabía lo que era la belleza.

—Eras un hombre muy positivo antes. Es interesante oírte hablar ahora de esta manera.

—No tengo ni la más remota intención de parecer interesante —dijo riendo Philip —. Vamos a tomar un té sustancioso.

LXV

La visita de Hayward hizo mucho bien a Philip. A medida que pasaban los días su pensamiento iba alejándose de Mildred. Miraba su pasado con disgusto. No sabía cómo había podido soportar la ignominia de tal amor, y cuando pensaba en Mildred era con una profunda cólera y no menos odio por la humillación sufrida. Ahora la veía con todos sus defectos, aumentados hasta el punto de que el recuerdo de su intimidad le estremecía.

—Esto demuestra lo débil que soy —decía entre sí.

La aventura era como un error grosero cometido durante una recepción: el único remedio era olvidar. A esto se agregaba el horror por la degradación sufrida. Era como una serpiente que mudase la piel; la vista de los viejos despojos le producía náuseas. Y sentía un íntimo alborozo al verse nuevamente dueño de sí. Se arrepentía de haber malgastado tanta alegría cuando vivía sumido en esa locura que se llama amor; tenía ya suficiente, y si el amor era así, no quería saber más de él. Contó a Hayward parte de lo que había sufrido.

—¿No era Sófocles —preguntó— quien pedía que le librasen de la fiera salvaje que le devoraba las fibras del corazón?

Verdaderamente le parecía haber renacido. Respiraba como no había respirado nunca, y gozaba de todas las cosas con una alegría infantil. Llamaba a su período de locura «seis meses de trabajos forzados». Hacía pocos días que Hayward se encontraba en Londres cuando Philip recibió, reexpedida desde Blackstable, una invitación para el barnizado de una exposición privada de cuadros. Philip llevó con él a Hayward y al mirar el catálogo vio que había un cuadro de Lawson.

—Será él el que habrá enviado la invitación —dijo Philip—. Vamos a buscarle; seguramente estará delante de su cuadro.

Éste, un perfil de Ruth Chalice, estaba colocado en un ángulo, y, efectivamente, Lawson no estaba muy lejos. En medio de la gente elegante, con un sombrero de alas anchas y sus trajes claros y holgados parecía un poco asustado. Saludó a Philip con entusiasmo, y con su acostumbrada volubilidad le contó que había llegado para establecerse en Londres, que Ruth Chalice era una mujer trivial, que había alquilado un estudio, que París ya no era un retrato… y que lo que tenía que hacer era ir a cenar con él para charlar. Philip le recordó lo que ya había advertido Hayward, y se divirtió mucho viendo a Lawson impresionado por el traje elegante y las maneras de su amigo. Durante la cena, Lawson continuó facilitando noticias. Flanagan se había vuelto a América, Clutton había desaparecido. Convencido de que no había posibilidad de llegar mientras permaneciera en contacto con el arte y con los artistas, se había alejado. Para facilitar la cosa rompió con todos sus amigos, diciéndoles a todos verdades desagradables y acabando por declarar que iba a establecerse en

Gerona, pequeña ciudad española que le había gustado cuando se dirigía en tren a Barcelona. En la actualidad vivía allí, solo.

—¡Quién sabe si alguna vez acertará a hacer algo bueno de veras! —dijo Philip.

Le interesaba el lado humano de aquella lucha denodada por expresar algo que no estaba claro ni para el mismo Clutton. En su desesperación, éste había acabado por volverse morbosamente amigo de peleas y de discusiones. Philip se daba cuenta vagamente de que estaba en el mismo caso, pero para él era la dirección que debía imprimir a su vida lo que le dejaba perplejo. Pero no tuvo tiempo de continuar pensando en ello, pues Lawson se puso a contarle lo que había sucedido con Ruth Chalice. La muchacha le había dejado por un joven estudiante recién llegado de Inglaterra y se estaba comportando de un modo escandaloso. A decir verdad, alguien debería intervenir para salvar á aquel joven, pues de lo contrario Ruth acabaría por arruinarle. Philip se dio cuenta de que lo que más lamentaba Lawson era que el rompimiento con la joven se efectuó antes de que estuviese terminado un retrato en que ella le servía de modelo.

—¡Las mujeres no están dotadas del sentido del arte! ¡Y aún pretenden que sí! —y acabó filosóficamente—. En realidad me sirvió ya de modelo para cuatro cuadros, y no estoy muy seguro de que este último pudiese ser el mejor.

Philip no pudo menos de envidiar la desenvoltura con que el pintor hablaba de sus asuntos amorosos. Había pasado dieciocho meses muy agradablemente, tuvo una modelo espléndida que le salió gratis y acabó separándose de ella sin mucho sufrimiento.

—¿Y Cronshaw?

—¡Oh, está acabado! —exclamó Lawson con la alegre insensibilidad de los jóvenes—. No vivirá ni seis meses. El invierno pasado tuvo una pulmonía. Ha estado seis semanas en el hospital inglés y al salir le dijeron que si quería curarse del todo había de renunciar a la bebida.

—¡Pobre diablo! —dijo sonriendo Philip.

—Durante algún tiempo pudo contenerse. Continuaba yendo a Lilas, pues no podía dejar de hacerlo, pero bebía solamente leche caliente *avec de la fleur d'oranger* y se ponía extraordinariamente pesado.

—Esto último ya cuidaríais vosotros de hacérselo notar.

—¡Oh, ya lo sabía él! Poco tiempo después se dio de nuevo al whisky diciendo que era demasiado viejo para empezar una página nueva. Es mejor ser feliz durante dos meses y luego morir que aburrirse mortalmente durante cinco años. Además, creo que está en las últimas. No ha ganado nada mientras estuvo enfermo y la mujer que vive con él se las ha hecho pasar negras.

—Recuerdo que le admiré extraordinariamente la primera vez que le vi —dijo Philip—. Me pareció algo fuera de lo común. En suma, es lamentable que la vulgar

virtud burguesa acabe siempre por tener razón.

—No valía nada. Tarde o temprano tenía que terminar así.

A Philip le sorprendió el hecho de que Lawson no viera nunca el lado piadoso de las cosas. Cierto que se trataba de causa y efecto, pero en aquella implacable concatenación estaba toda la tragedia de una existencia.

—¡Ah, me olvidaba! —continuó Lawson—. Después de tu partida mandó un regalo para ti. Como creía que tú ibas a volver no me cuidé de enviártelo; además, no valía la pena. Llegará a Londres junto con mi ropa. Puedes venir cualquier día a buscarlo a mi estudio.

—No me has dicho de qué se trata.

—¡Oh, es un trozo de viejo tapiz! No creo que valga nada. Un día le pregunté por qué te hacía tal regalo y me contestó que lo vio en una tienda de la rue de Rennes y lo había comprado por quince francos; parece que se trata de un tapiz persa. Dice que tú le preguntaste el significado de la vida y que aquello era la respuesta. Pero cuando me lo dijo estaba completamente embriagado.

Philip se echó a reír.

—Sí, ya lo sé. Intentará confiarme el secreto. Era una de sus manías. Decía que tengo que encontrar la respuesta yo solo, pues de lo contrario no tendría ningún valor.

LXVI

Philip, aunque estudiaba intensamente, no se fatigaba. Tenía mucho que hacer, ya que en junio iba a sufrir tres exámenes, pero la vida le parecía agradable. Había encontrado una nueva amistad. Buscando una modelo, Lawson encontró a una muchacha que trabajaba como comparsa en un teatro y, a fin de convencerla mejor para que posara, la invitó a comer un domingo. La muchacha se presentó acompañada de una amiga, y Philip, invitado a hacer el cuarto, recibió el encargo de atender a ésta. Encontró la ocupación agradable, pues la amiga hablaba por los codos y su conversación era divertida. Ella misma fue la que propuso a Philip que fuese a buscarla. Vivía en Vincent Square y estaba siempre en casa para el té. Philip fue a su casa, y, complacido de la buena acogida que le dispensaron, volvió. Mistress Nesbit no tenía más de veinticinco años; pequeña, de rostro feo pero simpática, ojos vivaces, los pómulos abultados y la boca saliente, recordaba, por el excesivo contraste de sus colores, un retrato de la escuela moderna francesa: piel blanquísima, mejillas muy encarnadas, cejas pobladas y cabellos de ala de cuervo. El efecto era extraño, pero agradable. Separada del marido, ganaba para vivir ella y su hijita escribiendo novelitas baratas; un par de editores se habían especializado en el género y el trabajo no le faltaba. La pagaban mal, quince libras por una historia de treinta mil palabras.

—Después de todo, a los lectores les cuesta sólo dos peniques —decía—, y a ellos les gusta encontrar siempre el mismo tema. No hago otra cosa que cambiar el nombre. Cuando estoy cansada pienso en la lavandera, en el alquiler de la casa, en los trajes para la niña y sigo adelante.

Además de aquello trabajaba como comparsa en diversos teatros, y con esto ganaba, en los períodos de trabajo, de dieciséis chelines a una guinea por semana. Al final de la jornada se encontraba tan cansada que dormía como un leño. Su espíritu le permitía reír en los momentos de mayor dificultad. A veces le ocurría encontrarse sin un céntimo. Entonces sus escasos utensilios tomaban el camino del Monte de Piedad de la Wauxhall Bridge Road, y comía pan y manteca hasta que el horizonte se despejaba. Pero nunca perdía la alegría.

Philip se interesó por aquella existencia modesta y ella le hizo reír con la fantástica narración de sus luchas. Le preguntó por qué no escribía alguna cosa más literaria, pero mistress Nesbit sabía perfectamente que no tenía talento. El abominable engendro que escribía a tanto el millar de palabras estaba en realidad bien pagado, puesto que era lo mejor que podía producir. No tenía ninguna esperanza para el porvenir si no era la de continuar con su vida modesta. Carecía de parientes y sus amigos eran tan pobres como ella.

—No pienso en el futuro —decía—. Cuando tengo bastante para pagar tres semanas de alquiler y una o dos libras para comer, no pienso en otra cosa. La vida no

valdría la pena de ser vivida si tuviera que preocuparme del porvenir como del presente. Cuando todo va mal acaba por suceder cualquier cosa.

Muy pronto Philip tomó la costumbre de ir a tomar el té a su casa, pero para que esta visita no fuese gravosa le llevaba siempre bizcochos, una libra de mantequilla o un paquete de té. Empezaron a llamarse por sus nombres. La simpatía femenina era una cosa nueva para el joven, y el tener una persona que escuchara de buena gana sus desahogos le producía una verdadera alegría. Las horas pasaban velozmente y Philip no ocultaba su admiración por aquella deliciosa compañera. No podía menos de parangonarla con Mildred y ver el contraste entre la obstinada estupidez de ésta, incapaz de interesarse en aquello que no conocía, y la rápida inteligencia de esta otra. Se le encogía el corazón al recordar que había corrido el riesgo de encontrarse ligado para toda la vida con una mujer como Mildred. Una noche contó a Nora toda la historia de sus amores. No era ciertamente una aventura para enorgullecer a nadie, pero era muy agradable para él que le escucharan y al mismo tiempo le comprendieran.

—Menos mal que se ha desligado usted —dijo al cabo la mujer.

A veces tenía un extraño modo de inclinar la cabeza parecido al de un cachorro de Aberdeen. Estaba sentada en un sillón con el respaldo recto y cosía porque era incapaz de permanecer ociosa. Philip permanecía acurrucado a sus pies, sentado en un cojín.

—No puedo decir todo lo feliz que me hace el que se haya acabado todo —suspiró el joven.

—¡Pobre amigo! Debe de haber pasado usted días muy tristes —murmuró Nora, y para demostrarle su simpatía le puso una mano en el hombro; Philip la cogió y la besó, pero ella la retiró inmediatamente.

—¿Por qué ha hecho usted eso? —preguntó enrojeciendo.

—¿Le disgusta?

Ella le miró un momento con ojos sonrientes.

—No —respondió.

Philip se irguió de rodillas y la miró. Nora le miraba a su vez y su boca temblaba.

—¿Y bien? —preguntó.

—Es usted una mujer encantadora. Estoy muy contento por su bondad. Me gusta usted mucho.

—No sea usted loco.

Philip la cogió por los codos y la atrajo hacia sí. La joven no resistió. Se inclinó un poquito y él besó sus labios rojos.

—¿Por qué ha hecho usted eso? —replicó Nora.

—Porque es agradable.

Ella no respondió, pero una expresión más dulce apareció en sus ojos. Le acarició

el cabello.

—Es estúpido conducirse de este modo. ¡Éramos tan buenos amigos! Hubiera sido tan bello dejar las cosas como estaban…

—Si verdaderamente quiere usted apelar a la mejor parte que hay en mí, haría bien no acariciándome la mejilla como lo está haciendo.

Nora rió un poquito, pero continuó:

—Hago mal, ¿no es verdad?

Sorprendido y un poco divertido Philip la miró y vio que sus ojos languidecían con una expresión que le encantó. De pronto se le encogió el corazón y sintió un nudo en la garganta.

—¡Nora! ¿Me querría usted por casualidad? —le preguntó incrédulo.

—¿Cómo puede un muchacho tan inteligente hacer una pregunta tan tonta?

—¡Oh, querida! Nunca me habría atrevido a esperarlo.

La abrazó y la besó; riendo, enrojeciendo y llorando. Nora se abandonó a su abrazo.

Philip la soltó y, apoyándose sobre los talones, la miró con curiosidad.

—Me parece imposible.

—¿Por qué?

—¡Estoy tan asombrado!

—¿Está usted contento?

—¡Soy feliz! Y estoy orgulloso y reconocido.

Le cubrió las manos de besos. Fue el principio de una felicidad que a los dos les pareció sólida y duradera. En Nora había un instinto maternal que hallaba satisfacción en su amor por Philip. La joven tenía necesidad de acariciar a alguien, de consolarle, de colmarle de atenciones, y su temperamento doméstico encontraba placer preocupándose de su salud y de su ropa. Su deformidad, que hacia tan sensible a Philip, le inspiraba compasión. Y esta compasión se traslucía en ternura.

Joven, fuerte y sana, le parecía natural dar su amor. Poseía un espíritu alegre y le gustaba Philip porque se reía de todo lo que ella encontraba divertido. Cuando se lo dijo, Philip respondió alegremente:

—Tonterías. Te gusto porque estoy callado y no te contradigo nunca.

En realidad Philip no la amaba. Sentía afecto por ella y se divertía y se interesaba por su conversación. Nora hacía que recobrase la fe en sí mismo, y ponía un bálsamo sobre las heridas del amor propio. Aquel amor le halagaba. Admiraba aquel valor, aquel optimismo, aquella fe constante en el destino. Le gustaba su pequeña filosofía práctica e ingenua.

—Creo en Dios y me parece que no le debe importar mucho lo que hagamos mientras una cumpla sus propios deberes y ayude en lo que pueda a los otros. Y creo que, en general, las personas son buenas. Compadezco a las que no lo son.

—Y de la otra vida, ¿qué piensas?

—¡Oh!, no sé nada, pero espero que sea lo mejor posible. De todos modos no habrá alquiler que pagar ni novelitas que escribir.

Poseía el don femenino de la adulación delicada. Estaba convencida de que Philip había necesitado un gran valor al abandonar París consciente de que no llegaría nunca a ser un gran artista, y le hacía objeto de una admiración entusiasta que le encantaba. Philip se había preguntado a menudo si su gusto indicaba valor o falta de propósito; era feliz ahora al ser considerado un héroe. Nora se arriesgó incluso a tocar un asunto que sus amigos evitaban instintivamente.

—Es una tontería que te preocupes tanto por ese pie —vio cómo Philip enrojecía vivamente—. La gente no se fija. Lo nota la primera vez que te ven y luego lo olvidan.

El joven no respondió.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No.

Le pasó un brazo alrededor del cuello.

—Hablo sólo porque te quiero bien y no quiero que eso te haga infeliz.

—Puedes decirme todo lo que quieras —replicó Philip sonriendo—. Quisiera poder demostrarte todo lo agradecido que te estoy.

La influencia de Nora se manifestaba también de otro modo. La joven no quería que Philip fuese quisquilloso y se echaba a reír cuando perdía la calma. Incluso hizo que se mostrase más cortés.

—Haces de mí lo que quieres —le dijo.

—¿Te disgusta?

—No; estoy contento de hacer lo que te gusta.

Philip tenía el buen sentido de comprender su felicidad. Le parecía que Nora le decía todo aquello para darle una mujer sin quitarle la libertad. Era la amiga más simpática que había tenido, dotada de una comprensión que jamás encontró en un hombre. La parte sensual no era la más importante en sus relaciones: las completaba sin ser esencial. La satisfacción de los sentidos hacía que Philip se mostrase más tranquilo y sereno, completamente dueño de sí. A veces recordaba el invierno durante el cual había vivido obsesionado por una pasión horrenda, y experimentaba una gran repugnancia al pensar en Mildred y disgusto hacia sí mismo. Los exámenes se aproximaban y Nora se interesaba por ellos. Su impaciencia le lisonjeaba y le conmovía. La joven le hizo prometer que iría a decirle cuanto antes el resultado del examen. Esta vez le aprobaron sin dificultad en las tres asignaturas, y cuando fue a llevarle la noticia, ella rompió a llorar.

—¡Qué contenta estoy! Me preocupaba tanto…

—Tontita —repuso Philip, pero tenía un nudo en la garganta.

—Y ahora ¿qué harás?

—Puedo tomarme una temporada de vacaciones, convencido de que he cumplido mi deber. Hasta octubre no he de volver a estudiar…

—Supongo que irás a Blackstable, a casa de tu tío.

—Te equivocas. Me quedaré en Londres para divertirme a tu lado.

—Preferiría que te fueras.

—¿Por qué? ¿Te has cansado de mí?

La joven se echó a reír y le puso la mano sobre los hombros.

—Porque has trabajado mucho y estás cansado. Necesitas un poco de aire y de reposo. Te lo ruego, vete.

Philip guardó silencio durante un momento; le dirigió una mirada de afecto.

—No creería a ninguna otra, pero sé que tú sólo piensas en mi bien. Me gustaría saber lo que encuentras en mí.

—¿Entonces me darás un certificado de buena conducta para un mes de libertad? —dijo ella riendo alegremente.

—Sí; diré que eres buena y afectuosa, que no eres fastidiosa ni exigente, que eres fácil de contentar.

—En suma, un montón de tonterías. Yo, a mi vez, te diré una cosa; soy una de las pocas personas que he sacado partido de la experiencia.

LXVII

Philip esperaba con impaciencia el retorno a Londres. Durante los dos meses que pasó en Blackstable, Nora le escribió largas cartas con su caligrafía grande y franca, contándole alegremente los pequeños acontecimientos de la jornada: las luchas domésticas de su patrona (argumento que proporcionaba inagotables motivos de risa), las cómicas aventuras de sus ensayos (se preparaba para tomar parte en un importante espectáculo teatral) y sus bufos altercados con su editor. Philip leía mucho, nadaba, jugaba al tenis y practicaba la navegación a vela en una canoa. A principios de octubre volvió a Londres para empezar de nuevo el trabajo. Estaba impaciente por llegar a los exámenes del segundo año, con el fin de terminar la parte árida de los estudios. Transcurridos éstos, el estudiante se ponía en contacto con los enfermos y practicaba lo que había aprendido en los libros.

Philip veía a Nora cada día. Lawson había pasado el verano en Poole, donde hizo muchos bocetos del puerto y de la playa. Le habían encargado tres retratos y se proponía permanecer en Londres hasta que llegase la época de la niebla. También Hayward estaba en Londres. Estaba decidido a pasar el invierno en el extranjero, pero aplazaba su partida de semana en semana, incapaz de decidirse. Desde hacía dos o tres años había empezado a engordar —habían pasado cinco años desde que conociera a Philip en Heidelberg— y a perder el cabello. Aquella calvicie le producía un gran disgusto y se dejaba crecer el pelo de atrás para cubrirse la cabeza. Se consolaba pensando que su cabeza tenía ahora un aspecto más noble. Sus ojos azules se habían descolorido. Sus párpados eran pesados y la boca, que había perdido ya las líneas rectas de la juventud, era pálida y débil. Hablaba todavía vagamente de lo que haría en el porvenir, pero con menos convicción, persuadido de que sus amigos ya no creían en él. Después de dos o tres vasos de whisky no necesitaba un gran esfuerzo para expresarse en tono elegíaco.

—Soy un, fracasado —murmuraba—. No me he adaptado a la brutalidad de la lucha por la vida. Todo lo que puedo hacer es permanecer aparte y dejar que la gente vulgar se afane por encontrar el camino del placer.

Quería dar la impresión de que fracasar en la vida es cosa más delicada y exquisita que triunfar en ella. Insinuaba que su indiferencia era debida a sus disgustos por todo lo que era bajo y trivial. Hablaba admirablemente de Platón.

—Creía que Platón era ya un asunto acabado —dijo Philip impaciente.

—¿De veras?

Hayward enarcó las cejas. No estaba dispuesto a continuar hablando sobre aquel argumento. Hacía algún tiempo que había descubierto la dignidad del silencio.

—No veo la necesidad de leer y releer siempre lo mismo —continuó Philip—. Eso no es otra cosa que una forma laboriosa de la pereza.

—Entonces te crees tan inteligente como para comprender a la primera lectura al escritor más profundo, ¿no es así?

—No tengo ninguna necesidad de comprenderlo. No soy un crítico. No me intereso en sus obras por él, sino por mí.

—Siendo así, ¿por qué lees?

—En parte por placer y en parte por costumbre. Echo de menos la lectura como puedo echar de menos el fumar. Además, leo también para conocerme a mí mismo. Cuando leo un libro me parece leerlo sólo con los ojos, pero a lo mejor comprendo perfectamente un fragmento aunque solamente se trata de una simple frase que tiene un significado *para mí, y* que llega a ser parte de mí mismo. He sacado entonces del libro todo lo que puedo sacar de él; la obra no puede darme más, aunque la leyera diez veces. A mí me parece que somos como capullos cerrados; la mayor parte de lo que leemos no produce efecto sobre nosotros, pero de repente aparece una frase que posee un particular significado y hace que un pétalo se abra. Y uno a uno, tras el primero, se abren todos los pétalos y la flor aparece granada.

No se hallaba muy satisfecho de esta metáfora, pero no sabía explicar de otra manera lo que de manera imprecisa sentía.

—Se te antoja hacer esto, ser aquello —y Hayward se encogió de hombros—. Es una cosa vulgar.

Philip conocía ahora perfectamente a Hayward. Este era débil y vanidoso, tan vanidoso que hacía falta mucho cuidado para no herirle; confundía la pereza con el idealismo hasta el punto de no poder separar ambas cosas. Un día, en el estudio de Lawson, conoció a un periodista y se interesó en su conversación. Una semana después el redactor jefe del periódico le dirigió unas líneas proponiéndole que escribiese algún artículo de crítica. Durante cuarenta y ocho horas Hayward padeció la angustia de la indecisión. Había hablado durante tanto tiempo de una ocupación de éste género que no se sentía con el valor necesario para rechazarla; pero la idea de tener que hacer cualquier cosa le llenaba de pánico.

Finalmente declinó la oferta y respiró libremente.

—Me hubiera impedido trabajar —dijo a Philip confidencialmente.

—¿En qué? —preguntó el otro con acento brutal.

—En el desenvolvimiento de mi vida interior.

Siguió diciendo bellas palabras sobre Amiel, el profesor de Ginebra cuyo brillante ingenio prometía una gran obra que nunca fue terminada. Después de su muerte, el motivo de que las cosas hubiesen ocurrido así y su justificación fueron reveladas, al mismo tiempo, en un maravilloso y minucioso Diario encontrado entre sus papeles.

Hayward sonreía enigmáticamente.

Pero hablaba siempre de literatura con un gusto exquisito y elegante juicio. Su interés constante por las ideas hacía de él un agradable compañero. En realidad las

ideas no producían sobre él ningún efecto, pero las manejaba como hubiese hecho con bellas porcelanas, observando con placer la forma y los colores, apreciándolas mentalmente. Luego las colocaba de nuevo en un estante y no pensaba más en ellas.

Hayward hizo un gran descubrimiento. Una noche, después de una larga preparación, condujo a Philip y a Lawson a una taberna de Beack Street, notable no sólo por sí misma y por su historia —recuerdo glorioso del siglo XVIII, el cual excitaba las imaginaciones románticas—, sino también por su tabaco, que era el mejor de Londres y, sobre todo, por su *punch*. Hayward los siguió a través de un salón largo y ancho, más bien oscuro, decorado con cuadros que representaban desnudos femeninos. Eran grandes alegorías de la escuela Haydon. Pero el humo, el gas y la atmósfera de Londres les había dado una pátina que los hacía parecer telas de antiguos maestros. Las tapicerías oscuras, el oro macizo y opaco de las cornucopias, las mesas de caoba daban a la sala un aspecto suntuoso. Los divanes de cuero a lo largo de las paredes eran muelles y profundos. Enfrente de la puerta, colocado encima de una mesa, había un cráneo de morueco que contenía el famoso tabaco. Pidieron *punch*, lo bebieron. Era un ponche caliente al ron, indescriptible. El vocabulario modesto, los sencillos epítetos de esta narración son inadecuados para elogiarlo; los términos pomposos, las frases exóticas, apenas serían suficientes. Calentaba la sangre y aclaraba las ideas, llenaba el alma de bienestar, preparaba la mente para poder expresar cosas ingeniosas y apreciar el espíritu de los demás. Contenía la imprecisión de la música y la exactitud de las matemáticas. Una sola de sus cualidades podía parangonarse con cualquier otra. Poseía el calor de un corazón generoso, pero su gusto, su perfume, su color aterciopelado, no pueden ser expresados con palabras. Charles Lamb, con su tacto infinito, podría haber pintado cuadros exquisitos de la vida de su época; Lord Byron, en una estrofa de *Don Juan*, mirando hacia lo imposible, podría haber llegado a lo sublime; Oscar Wilde, amontonando joyas orientales sobre brocados bizantinos, podría haber creado una belleza turbadora… Visiones de las orgías de Heliogábalo y sutiles armonías de Debussy mezcladas con el acre perfume de armarios cerrados en cuyo interior se conservaban vestidos, collares, casacas de generaciones olvidadas; con un olor desvaído de lirios del bosque, de queso Cheddar…

La taberna donde se expendía aquel precioso brebaje la había descubierto Hayward por medio de cierto Macalister que había sido compañero suyo en Cambridge. Era un agente de cambio con ribetes de filósofo. Solía ir a la taberna un día a la semana, y muy pronto Philip, Lawson y Hayward tomaron la costumbre de encontrarse con él todos los martes por la noche. La evolución de la moda hacía que fuera un lugar poco frecuentado y esto era una gran ventaja para los que gustaban de la conversación. Macalister era un individuo pequeño y gordo, provisto de un gran rostro carnoso y la voz aflautada. Estudiaba a Kant y juzgaba todas las cosas desde el

punto de vista de la razón pura. Le gustaba exponer sus doctrinas, que Philip escuchaba con vivo interés. Desde hacía mucho tiempo el joven había llegado a la conclusión de que nada le divertía tanto como la metafísica, pero no estaba seguro de su eficacia en las vicisitudes de la vida. El pequeño sistema que se había formado para su uso como resultado de sus meditaciones en Blackstable no le había sido de gran utilidad durante el tiempo que estuvo enamorado de Mildred. No podía asegurar que la razón ayudase mucho en los cambios de la vida. La vida, según le parecía a él, se vivía sola. Recordaba la violencia de la pasión que le había poseído y su imposibilidad de obrar, como si hubiera estado sujeto con una cuerda. Los libros le ofrecían sabias teorías, pero él sólo podía juzgar por su propia experiencia —no sabía si era distinto de otros—; era incapaz de calcular el pro y el contra de cada acción, las ventajas de llevarla a cabo y los males que podrían derivarse de su omisión: todo su ser era arrastrado por una corriente irresistible. Ésta no tenía nada que ver con la razón, la cual se limitaba a indicarle los medios de realizar los deseos de su alma.

Macalister le recordó el imperativo categórico.

—Obre de modo que cada acción que lleve a cabo pueda convertirse en regla universal para todos los hombres.

—Me parece una estupidez.

—Obra usted muy a la ligera tratando de ese modo un principio establecido por Manuel Kant.

—¿Por qué? Reverenciar lo que dicen los otros es una cualidad destructiva. Hay demasiado respeto en el mundo. Kant pensaba ciertas cosas, no porque fuera verdad, sino porque era Kant.

—Entonces, ¿qué objeción hace usted al imperativo categórico?

Hablaba como si estuviera en juego el destino del Imperio.

—Eso sugiere que puede elegirse el propio destino con un poco de voluntad. Y que la razón es la guía más segura.

—¿Por qué el dictamen de la razón ha de ser mejor que el de la pasión? Son distintos; eso es todo.

—Entonces usted es el esclavo satisfecho de su pasión.

—Soy esclavo porque no puedo menos de serlo —repuso riendo Philip—, pero sin que ello me alegre.

Mientras hablaba pensaba en la pasión que le había empujado hacia Mildred. ¡Cuánto le había irritado y de qué modo había sentido su degradación!

«¡Gracias a Dios, en la actualidad me he libertado de ella!», pensó.

Pero no estaba completamente seguro. Durante la influencia de la pasión había conocido un vigor especial y su cerebro había trabajado con insólita actividad. Se sentía más vivo, más excitado. Su alma experimentó un ardor que hacía que la vida actual le pareciera un poco opaca. Sus sufrimientos de entonces encontraron una

compensación en aquel prodigioso flujo de vitalidad. Pero sus imprudentes palabras le habían enzarzado en una discusión sobre el libre albedrío, y Macalister, dotado de una memoria prodigiosa, opuso argumento tras argumento. Poseía un espíritu enamorado de la dialéctica y obligó a Philip a contradecirse. Le colocó entre la espada y la pared de modo que sólo pudiera salvarse a cambio de sacrificar su teoría después de escaparse de la trampa de la lógica y haber estado sometido a numerosos aforismos. Concluyó por decir:

—No puedo decir nada de los demás; sólo puedo hablar de mí. La ilusión del libre albedrío está demasiado grabada en mi para que pueda librarme de ella, pero de todos modos creo que es una ilusión. Éste es, sin embargo, uno de los motivos más poderosos de mi acción. Antes de obrar me doy cuenta de que puedo elegir, y eso influye sobre mi decisión. Pero cuando la cosa está hecha me convenzo de que era de todo punto inevitable.

—¿Y qué deduce usted de ello? —preguntó Hayward.

—Sólo la vanidad de lamentarse. Inútil lamentarse por la leche vertida, ya que toda la fuerza del universo se había coligado para hacer que se me cayera de la mano la vasija.

LXVIII

Una mañana, en el momento de levantarse, Philip notó que la cabeza le daba vueltas. Se volvió a la cama, temiendo estar enfermo. Le dolía todo el cuerpo, que era recorrido por frecuentes estremecimientos. Cuando la patrona de la casa le llevó el desayuno, la llamó a través de la puerta abierta y le pidió una taza de té y una tostada. Pocos minutos después oyó llamar a la puerta y vio entrar a Griffiths. Vivían en la misma casa desde hacía más de un año, pero no habían hecho otra cosa que saludarse con un gesto cuando se encontraban.

—He oído que no estaba usted bien —dijo Griffiths— y he venido a ver qué es lo que tiene.

Philip, enrojeciendo sin saber por qué, quiso quitar importancia a la cosa. Dentro de una hora o dos todo habría pasado.

—Es mejor que veamos la temperatura —repuso Griffiths.

—No es necesario.

—Déjeme usted.

Philip se puso el termómetro en la boca. Sentado cerca del lecho, Griffiths habló mientras esperaba; después tomó el termómetro y se lo guardó.

—Querido amigo, debe quedarse usted en cama. Más tarde le traeré al viejo Deacon.

—¡Tonterías! No tengo nada. No se moleste por mí.

—No es molestia. Tiene usted un poco de temperatura y debe permanecer en la cama. Estamos de acuerdo, ¿no?

En su porte había una fascinación particular. Una mezcla de bondad y de gravedad muy atrayente.

—Tiene usted unas maneras muy persuasivas con los enfermos —dijo Philip cerrando los ojos.

Griffiths le arregló la almohada y el cobertor y le tranquilizó. Fue al saloncito a buscar un sifón; no lo encontró y se dirigió a su cuarto en busca de uno. Luego bajó las persianas.

—Ahora intente dormir. Le traeré al jefe después de la visita.

A Philip le pareció que pasaban muchas horas antes de que volviera a llamar nadie. Notaba su cabeza próxima a estallarle. Le dolían los miembros y tenía ganas de llorar. Finalmente oyó llamar a la puerta. Griffiths entró, sano, fuerte y alegre.

—He aquí al doctor Deacon.

El doctor, hombre ya anciano, a quien Philip conocía de vista, se acercó al lecho. Pocas preguntas, un breve examen y el diagnóstico.

—¿Qué le parece? —preguntó a Philip sonriendo.

—¿Gripe?

—Exacto.

El médico miró a su alrededor. La habitación era una de las habituales y melancólicas habitaciones amuebladas.

—¿No prefiere usted ir al hospital? Podrá usted tener una habitación de pago y estará mejor atendido que en casa.

—Preferiría quedarme donde estoy —respondió Philip.

No tenía ganas de que le molestaran y su timidez temía los cambios. No le gustaba tener alrededor enfermeras y ver la dulzarrona limpieza de un hospital.

—Me encargaré de él, doctor —dijo Griffiths.

—¡Ah!, entonces está bien.

Escribió una receta, dio algunas instrucciones y se marchó.

—Ahora tiene usted que hacer lo que yo le diga —recomendó Griffiths—. Seré su enfermero de día y de noche.

—Es usted muy bueno, pero no me ocurre nada.

Griffiths puso su mano en la frente de Philip, una mano grande y fresca, cuyo contacto le fue agradable.

—Me llevo esta receta a la farmacia para hacerla preparar y luego volveré.

Poco después trajo la medicina y dio a Philip la dosis prescrita. A continuación fue a su cuarto en busca de sus libros.

—Si no le disgusta estudiaré en su salón hoy —dijo cuando volvió a bajar—. Dejaré la puerta abierta y, si tuviera necesidad de alguna cosa, me llama.

Hacia la noche, despertándose de un sueño agitado, Philip oyó voces en su saloncito.

Un amigo había venido a buscar a Griffiths y oyó a este último que decía:

—A propósito, esta noche no vengáis.

Algunos minutos después entró otro, el cual expresó a Griffiths su sorpresa por encontrarle allí. Griffiths dio explicaciones:

—Asisto a un estudiante de segundo año que vive aquí. Pobre diablo, tiene la gripe. Esta noche no hay partida.

Cuando Griffiths se quedó solo, Philip le llamó:

—Oiga, ¿es por causa mía por lo que renuncia a su reunión de esta noche?

—No, no; he de prepararme para el examen de cirugía.

—No se preocupe por mí. No tendré necesidad de nada.

—Esté tranquilo.

Philip empeoró. Durante la noche tuvo un poco de delirio, pero hacia el amanecer despertó de su inquieto sueño. Vio a Griffiths levantarse de su sillón, arrodillarse e ir metiendo carbones en la estufa sin servirse de la paleta. Estaba en pijama y batín.

—¿Qué está usted haciendo? —preguntó Philip.

—¿Le he despertado? Estaba intentando encender fuego sin hacer ruido.

—¿Por qué no está usted en la cama? ¿Qué hora es?

—Cerca de las cinco. He preferido quedarme aquí esta noche. He traído un sillón porque he pensado que si me hubiera echado me habría dormido como un lirón y no le habría oído si me hubiera llamado.

—Es usted demasiado bueno. ¿Y si le contagio la gripe?

—En ese caso, le tocará a usted cuidarme a mí —le contestó Griffiths, riendo.

Al amanecer Griffiths levantó la persiana. Estaba pálido y cansado por la noche pasada sin dormir, pero rebosaba vivacidad y alegría.

—Ahora le lavaré —dijo alegremente a Philip.

—Me puedo lavar solo —repuso Philip un poco avergonzado.

—¡Qué tontería! Si estuviera en el hospital le lavaría la enfermera y creo que yo puedo hacerlo tan bien como ella.

Demasiado débil y quebrantado para resistir, Philip permitió a Griffiths que le lavara las manos y el rostro, los pies, el pecho y la espalda. Griffiths lo hacía con afectuosa ternura mientras continuaba charlando cordialmente. Luego le cambió la sábana de la misma forma que se hace en los hospitales, mulló la almohada y puso en orden el embozo.

—Querría que me viera sor Genoveva. Se quedaría con la boca abierta. Deacon vendrá temprano a visitarle.

—No sé por qué es usted tan bueno conmigo.

—Hago práctica. Es divertido tener un enfermo.

Griffiths le dio el desayuno y fue a su habitación para vestirse y tomar alguna cosa. Poco antes de las diez volvió llevando un racimo de uvas y unas cuantas flores.

—No sé cómo darle las gracias —dijo Philip.

Permaneció cinco días en la cama. Nora y Griffiths se turnaban para cuidarle. El estudiante, aun teniendo la misma edad que Philip, había adoptado con él un tono entre juguetón y maternal. Griffiths era afectuoso, sabía dar ánimos y estaba dotado además de una vitalidad que parecía comunicarse a todos los que trataba. Philip, que no estaba habituado a que una madre o una hermana le mimaran, se conmovió profundamente ante la ternura que le mostraba aquel robusto joven. El estado del enfermo fue mejorando y pronto pudo acomodarse en un sillón para escuchar los alegres relatos de las aventuras amorosas de Griffiths. Frívolo, capaz de sostener tres o cuatro aventuras al mismo tiempo, el nuevo amigo de Philip se veía obligado algunas veces a recurrir a los más cómicos expedientes para salir del paso. Poseía la habilidad de ver bajo un aspecto novelesco todo lo que le sucedía. Estaba abrumado de deudas y todos sus objetos de valor se hallaban empeñados, pero no por ello dejaba de mostrarse alegre, bromista, generoso. De naturaleza aventurera, le gustaban las personas equívocas y tenía una infinidad de amigos —hombres y mujeres— que frecuentaban los lugares londinenses de ínfimo orden. Mujeres del arroyo le trataban

familiarmente y le confiaban sus penas, sus enredos, sus golpes afortunados; jugadores de profesión, que respetaban sus jugadas, le invitaban a comer y le prestaban a veces algún billete de cinco libras. Era suspendido en todos los exámenes; pero tomaba las cosas alegremente y aceptaba con tanta seriedad las amonestaciones de la familia, que su padre, médico de Leeds, no se atrevía a enfadarse con él.

—Soy un negado para el estudio —solía decir con acento contrito—, y no tengo ganas de trabajar.

La vida era demasiado bella. Pero no había duda de que cuando hubiese gozado de la exuberancia de su juventud y hubiera conseguido el título se convertiría en un magnífico médico. Curaría a los clientes con la simpatía que emanaba de él.

Philip le adoraba como adoraba en la escuela a los muchachos de su tipo. Su enfermedad los había convertido en amigos. Y aunque Griffiths le hiciera perder tiempo con su charla, Philip se sentía feliz al verle sentado en su saloncito fumando innumerables cigarrillos. A veces le llevaba a la taberna de Regent Street. A Hayward le parecía estúpido, pero Lawson cayó bajo el influjo de su fascinación y experimentó el deseo de pintar aquel rostro de ojos azules, piel blanca y cabellos rizados. A menudo los tres amigos discutían temas de los cuales Griffiths no comprendía nada en absoluto. Permanecía entonces escuchándolos con una sonrisa de buen humor en su bello rostro, experimentando la sensación de que su presencia contribuía a la alegría de la reunión. Cuando supo que Macalister era agente de cambio, trató de obtener indicaciones para jugar a la Bolsa, y Macalister, con su grave sonrisa, le explicó que hubiera podido ganar una fortuna comprando ciertos títulos en determinado momento. Philip sentía que la boca se le hacía agua. Entre unas cosas y otras estaba gastando más de lo que había previsto y le hubiera parecido muy cómodo ganar un poco de dinero con un método tan fácil.

Y a sus insistentes preguntas el agente de cambio le dijo:

—La primera ocasión que oiga hablar de una oportunidad realmente buena os lo haré saber. A veces se presentan las ocasiones. Se trata sólo de saber esperar.

Philip no pudo menos de pensar que hubiera sido muy bonito ganar cincuenta libras para poderle ofrecer a Nora el abrigo de pieles que tanto deseaba para el invierno, Miraba en los escaparates de Regent Street y elegía todo lo que quería comprar. Nora lo merecía todo. Hacía que su vida fuera muy feliz.

LXIX

Un día, al volver del hospital para cambiarse de traje antes de ir a casa de Nora a tomar el té, vio que se abría la puerta de las habitaciones de la patrona en el momento que iba él a meter la llave en la cerradura de las suyas.

—Hay una señora que le espera.

—¿Que me espera a mí?

Se quedó estupefacto. No podría ser otra que Nora y no comprendía el motivo de aquella visita.

—No debiera haberla dejado entrar. Pero ha venido tres veces, y parecía tan disgustada por no encontrarle que le he dicho que esperase.

Philip apartó bruscamente a la mujer y se precipitó en el salón. Se trastornó. ¡Era Mildred! Estaba sentada, pero se levantó rápidamente al verle entrar. No dio ningún paso ni habló. Philip quedó tan sorprendido que no supo qué decir.

—¿Qué diablos quieres? —le preguntó finalmente.

La mujer no respondió y se echó a llorar. Con los brazos colgantes, parecía una camarera que buscase trabajo. Su aspecto era de una extraordinaria humildad. Philip fue invadido por sentimientos contradictorios. Experimentó un súbito deseo de volver la espalda y huir.

—Creí no verte nunca más.

—Quisiera haberme muerto —gimió Mildred.

Philip no le dijo que se sentara. Pensaba sólo en reponerse de la emoción. Sentía que las rodillas le temblaban.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Me ha plantado…

Philip se estremeció. Comprendía que seguía amándola tan apasionadamente como antes. No había dejado nunca de amarla. La veía ahora ante sí humilde y despreciada. Experimentó el deseo de estrecharla entre sus brazos y cubrir de besos su rostro bañado en lágrimas. ¡Qué larga había sido la separación! ¿Cómo había podido soportarla?

—Siéntate. Te daré alguna cosa de beber.

Colocó la silla ante la chimenea y la hizo sentar. Le preparó un whisky con soda, que ella se bebió sollozando. Le miraba con grandes ojos tristes rodeados de profundas ojeras. Estaba más delgada y más pálida que antes.

—¡Ojalá me hubiera casado contigo cuando me lo propusiste! —suspiró Mildred.

Philip notó que la garganta se le oprimía. Fue incapaz de conservar el continente que le hubiese gustado mantener y colocó una mano en el hombro de la joven.

—Siento mucho verte tan abatida.

La joven apoyó la cabeza contra su pecho y rompió en sollozos histéricos. El

sombrero le molestaba y se lo quitó. Philip no hubiera creído nunca que hubiese podido llorar de aquel modo. La besó y la volvió a besar. Aquello pareció calmarla un tanto.

—Has sido bueno conmigo, Philip. Sabía que podía acudir a ti.

—Dime qué ha sucedido.

—¡Oh, no puedo, no puedo! —exclamó apartándose.

El joven cayó de rodillas a su lado y apoyó la mejilla contra la de Mildred.

—¿No sabes que no hay nada que tú no puedas decirme? No puedo reprocharte nada.

A trompicones lo contó todo. Mientras tanto, sollozaba de tal modo que sus palabras resultaban incomprensibles.

—El lunes pasado se fue a Birmingham, prometiéndome que regresaría el jueves. Pero no lo vi ni siquiera el viernes, y el viernes le escribí para preguntar qué había sucedido. No obtuve respuesta. Volví a escribir, diciéndole que si no me respondía a vuelta de correo iría a Birmingham, y esta mañana he recibido una carta de su abogado en la cual me dice que no tengo ningún derecho sobre Emil y que si continúo molestándole se pondrá bajo la protección de la ley.

—¡Pero es absurdo! —exclamó Philip—. No puede tratar de esa manera a la propia esposa. ¿Os habéis llegado a pelear?

—Sí, el domingo. Me dijo que estaba de mí hasta la coronilla, pero me lo había dicho ya otras veces y siempre había vuelto. No creía que fuera en serio. Se ha asustado porque le dije que esperaba un niño. Se lo oculté todo lo que pude, pero al final tuve que decírselo. Afirmó que era culpa mía y que debía haberlo evitado. Si hubieras oído cómo me insultó… He necesitado muy poco tiempo para descubrir que no era un *gentleman*. Me ha plantado, dejándome sin un céntimo, y yo no tenía dinero para pagar. La dueña de la casa me ha tratado como si fuera una ladrona.

—Pero ¿no ibais a tomar un piso?

—Así lo había dicho, pero, en su lugar, tomó habitaciones amuebladas en Highbury. Me decía que era una despilfarradora y, en realidad, no me daba nada para despilfarrar.

Mildred tenía una manera especial de pasar de una cosa importante a una cosa fútil. Philip estaba desconcertado. Toda la historia le parecía incomprensible.

—¿Cómo se puede ser tan sinvergüenza?

—No lo conoces. No volvería con él aunque viniera a pedírmelo de rodillas. He sido una estúpida. No ganaba tanto como decía. ¡Cuántas fábulas me llegó a contar!

Philip reflexionó algunos minutos. Estaba tan profundamente conmovido con lo que oía que no pensaba en sí mismo.

—¿Quieres que vaya a Birmingham? Podría verle e intentar ajustarle las cuentas.

—¡Oh, no es posible! No volverá; le conozco.

—Pero debe darte para vivir. No puede negarse a ello. No entiendo de estas cosas, pero me parece que tiene el deber de hacerlo. Debes consultar a un abogado.

—¿Sin dinero?

—Pagaré yo. Escribiré dos palabras a mi abogado, el albacea de mi padre. ¿Quieres que vayamos ahora? Seguramente estará todavía en su despacho.

—No, dame la carta para él. Iré sola.

Estaba un poco más tranquila. Philip se sentó y escribió dos líneas. Luego se acordó de que Mildred no tenía dinero. El día anterior había cobrado una cantidad y pudo darle cinco libras.

—Eres muy bueno conmigo, Philip.

—Soy feliz al poder serte útil.

—¿Me quieres todavía?

—Más que nunca.

La muchacha le presentó los labios, que él besó. Nunca había visto en ella aquel abandono. ¡Valía la pena de haber sufrido tantas angustias!

Mildred salió y él se dio cuenta, de pronto, de que habían estado juntos dos horas. Sentíase extraordinariamente feliz.

—¡Pobre criatura! —murmuró con el corazón rebosante del amor más fuerte que nunca había experimentado.

El recuerdo de Nora no le pasó por la imaginación hasta que a las ocho recibió un telegrama. Antes de abrirlo comprendió que era suyo.

«¿Qué sucede? Nora.»

No supo qué hacer ni qué responder. Hubiera podido ir a buscarla al teatro donde trabajaba como comparsa y acompañarla a su casa como había hecho alguna vez. Pero toda su alma se rebeló ante la idea de verla aquella noche. Pensó escribir, pero se sintió incapaz de empezar con el acostumbrado «Queridísima Nora». Decidióse a telegrafiar. «Desolado ante un acontecimiento imprevisto que me impide ir. Philip.»

La volvió a ver con los ojos de la imaginación ante sí. En aquel momento el rostro nada bello, con los pómulos salientes y el colorido demasiado vivo, le pareció decididamente feo, y su piel, un poco basta, fue causa de que él se estremeciera. Sabía que el telegrama iría seguido de una acción por parte de la joven, pero mientras tanto, ganaba tiempo. Al día siguiente telegrafió de nuevo:

«Disgustadísimo. Imposible ir. Philip.»

Mildred había prometido presentarse hacia las cuatro y él no se había atrevido a decirle que a aquella hora no le convenía. A fin de cuentas le importaba más ella que la otra. La esperó con impaciencia. Desde la ventana la vio entrar y fue a abrirle.

—Y bien, ¿has visto a Nixon?

—Sí, y no puede hacer nada. No puedo hacer otra cosa que esperar las cosas y callar.

—Pero es imposible —exclamó Philip.

La joven se sentó dando muestras de estar cansada.

—¿Te ha dicho el motivo?

Mildred le enseñó una carta cerrada.

—No se la he llevado. Ayer no pude decírtelo todo. No tuve valor para ello. Emil no se casó conmigo. No podía. Estaba ya casado y tenía tres hijos.

Philip notó que se le encogía el corazón: celos y angustia. Aquello era superior a sus fuerzas.

—Por eso no he podido volver con mi tía. No tengo otra persona que tú.

—Pero ¿por qué te fuiste con él? —preguntó con voz sorda a la que intentó dar firmeza.

—No lo sé. No sabía que estuviera casado y cuando me lo confesó le puse de vuelta y media. Estuve algunos meses sin verlo y cuando volvió y me pidió que me fuese con él no tuve el valor necesario para negarme a seguirle.

—¿Le amabas?

—No lo sé. Todo lo que decía me hacía reír. Además, había algo en él… Había prometido darme siete libras todas las semanas, pues ganaba quince. Pero todo era pura fábula. Y luego… estaba harta de trabajar y de mi tía, que me trataba como a una sirvienta y quería que me hiciese la cama. Por eso cuando me pidió que me fuera con él fui incapaz de negarme.

Philip se apartó. Estaba sentado ante la mesa, con la cabeza entre las manos. Sentíase profundamente humillado.

—¿No sientes cólera contra mí? —le preguntó ella con acento de profunda humildad.

—No —repuso Philip mirando a otra parte—. Pero sufro mucho.

—¿Por qué?

—Ya sabes lo que te quería. He hecho todo lo posible porque tú me tomaras afecto. Te creía incapaz de amar. Y es horrible saber que has sido capaz de sacrificarlo todo por ese sinvergüenza. Quisiera saber qué es lo que encontraste en él.

—Estoy desolada, Philip. Te juro que después me arrepentí amargamente.

Philip volvió a ver a Emil Miller con su rostro lánguido y marchito, con sus ojos azules y huidizos, y la vulgar elegancia de sus trajes. Solía llevar chalecos rojos de punto. Suspiró.

Mildred se puso en pie y se le acercó, poniéndole un brazo alrededor del cuello.

—No olvidaré nunca que me ofreciste casarte conmigo, Philip.

El joven le cogió la mano y levantó los ojos para mirarle a la cara. Mildred se inclinó y le besó.

—Philip, si me deseas todavía, haré por ti cualquier cosa. Sé que eres un *gentleman* en toda la extensión de la palabra.

El corazón de Philip cesó durante un momento de latir. Aquellas palabras le producían una especie de náuseas.

—Eres muy buena, pero no podría.

—¿No me amas ya?

—Sí, te amo de todo corazón.

—Entonces, ¿por qué no gozamos un poco ahora? Ya no tiene importancia… Philip se desligó de ella.

—No me comprendes. Desde que te conocí te amé de un modo que no puedo explicar. Pero ahora… ¡Ese hombre! Desgraciadamente tengo mucha imaginación. Sólo el pensarlo me disgusta.

—Eres cómico.

Philip le cogió nuevamente la mano y sonrió.

—No debes creerme ingrato. No podré nunca agradecértelo lo bastante. Pero es más fuerte que yo, ¿lo comprendes?

—Eres un buen amigo, Philip.

Continuaron charlando, y muy pronto volvieron a la familiaridad de los antiguos tiempos. Philip le propuso ir a cenar juntos y acabar la velada en un *music-hall*. Tuvo que convencerla, porque a ella le parecía que dada su situación no era del caso irse a divertir. Al final Philip le pidió que aceptara sólo por complacerle. Y desde el momento que podía considerarse como un acto de altruismo, la joven aceptó. Aquel modo de actuar encantaba a Philip. Mildred le rogó la condujera al pequeño restaurante de Soho, y él se sintió muy reconocido. Aquello significaba que Mildred conservaba un buen recuerdo de aquel lugar. Durante la cena Mildred se mostró más alegre de lo que había estado al principio. El vino de Borgoña le producía cierta vivacidad, y después de un par de vasos se olvidó de conservar su aire triste. Philip creyó prudente hablarle del porvenir.

—Sospecho que no tienes un céntimo, ¿no es verdad? —le preguntó en cierto momento.

—Sólo lo que tú me diste ayer y he tenido que dar tres libras por el alquiler de la habitación.

—Bien; ahora empezaré dándote veinte libras. Iré al abogado y le rogaré que escriba a Miller. Estoy seguro de que conseguiremos sacarle alguna cosa. Si pudiéramos hacer que te diera por lo menos un centenar de libras te bastaría para salir adelante hasta el nacimiento del niño.

—No aceptaré nada absolutamente de ese hombre. Prefiero morirme de hambre.

—Pero es monstruoso que ese individuo te deje así en leí atolladero.

—¡Tengo que salvar mi orgullo!

La situación se le presentaba a Philip más bien complicada. Tenía necesidad de vivir con la mayor economía para que su dinero le bastara al menos hasta acabar la

carrera, y luego tendría que estar un año sin ganar nada como ayudante de medicina y cirugía en un hospital. Pero Mildred le había hablado tanto de la avaricia de Emil que temía que él pareciera poco generoso.

—No aceptaría ni un penique de él. Prefiero pedir limosna. Había pensado ya en buscar trabajo, pero ¿cómo hacerlo dado mi estado? Es necesario pensar en la salud, ¿no es verdad?

—No te preocupes por ahora —dijo Philip—. Pensaré yo en todo mientras no estés en condiciones de trabajar de nuevo.

—Sabía que podía confiar en ti. Ya le dije a Emil que no se creyera que me dejaba en medio del arroyo y que tú eres un *gentleman* en toda la extensión de la palabra.

Poco a poco Philip fue sabiendo cómo había sobrevenido la separación. La mujer de Emil había descubierto las relaciones que éste tenía en Londres, presentándose en la razón social donde su marido prestaba sus servicios. Una vez allí le amenazó con el divorcio, y el principal dijo que en este caso se quedaría sin trabajo. Es necesario añadir que Emil adoraba a sus hijos. Así, que al tener que elegir entre la mujer y la amante, no dudó. Jamás tuvo intención de tener hijos con Mildred a fin de evitar complicaciones, y cuando ella, no pudiendo ocultar por más tiempo que estaba embarazada, le informó de ello, sintió un miedo horrible. Buscó un pretexto y la abandonó.

—¿Cuándo has de tener el niño?

—A principios de marzo.

—Entonces faltan tres meses.

Fue necesario discutir lo que habría de hacerse. Mildred declaró que no quería permanecer en su alojamiento de Highbury, y Philip pensó que sería más cómodo tenerla cerca de él. Prometió buscarle alguna cosa al día siguiente. Mildred sugirió la Wauxhall Bridge Road. Lo dejaría alquilado también para después.

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh, Dios mío! No podré estar allí más que un par de meses o poco más. Luego tendré que ir a una clínica. Conozco una muy buena donde van sólo personas decentes. Se pagan sólo cuatro guineas a la semana, todo comprendido. Naturalmente, el médico se paga aparte, pero no queda otro remedio. Ha estado allí una amiga mía. La directora es una verdadera señora. Podré decirle que mi marido es un oficial que está en la India y que yo he venido a dar a luz a Londres precisamente por motivos de salud.

A Philip le parecía extraordinario oírla hablar de este modo. Sus facciones delicadas y su pálido rostro tenían una apariencia fría y casi virginal. Al pensar en las mezquindades que albergaba experimentaba una extraña turbación y su corazón aceleraba los latidos.

LXX

Philip esperaba encontrar al volver a casa una carta de Nora, pero no había ninguna. A la mañana siguiente tampoco recibió nada. Este silencio le irritó y le inquietó. Durante el mes de junio se habían visto a diario cuando él estaba en Londres. Debía, pues, de parecerle extraño que el joven permaneciera dos días sin dejarse ver y sin explicar su ausencia. Se preguntó si por desgracia no le habría visto junto con Mildred. La idea de continuar sus relaciones le disgustaba de veras.

Encontró dos habitaciones para Mildred en un segundo piso de la Wauxhall Bridge Road. Oíase mucho ruido desde ellas, pero Philip sabía que a ella no le disgustaba sentir el estrépito de los carruajes bajo las ventanas.

—No me gustan esas calles donde no se ve pasar un alma —decía la joven—. ¡Yo tengo necesidad de vida!

Se impuso, sin embargo, la obligación de ir a Vincent Square. Tocó la campanilla con cierta aprensión. Sabía que se estaba comportando de un modo abominable con Nora, y temía los reproches. Seguramente lo mejor sería decirle que Mildred había vuelto y que su amor por ella era más violento que nunca. Le disgustaba mucho, pero no tenía nada que ofrecer a Nora. Pensó en su pena, pues sabía que le amaba. Esto le había halagado al principio y en él había nacido un sentimiento de vivo reconocimiento. Pero ahora le pesaba. Sin embargo, Nora no merecía el dolor que él iba a causarle. Se preguntó cómo le recibiría, y subiendo la escalera hizo todas las hipótesis posibles. Llamó a la puerta. Consciente de su palidez, intentó esconder el nerviosismo que le dominaba.

Nora estaba escribiendo con ardoroso entusiasmo. Pero al oírle entrar se puso en pie.

—He reconocido tus pasos. ¿Dónde has estado estos dos días, feúcho?

Se le acercó alegre y le abrazó, feliz de volverle a ver. El joven la besó y luego, para disimular, dijo que se moría de ganas de tomar una taza de té. Nora activó el fuego para hacer hervir el agua.

—He estado ocupadísimo —le dijo apurado.

Ella empezó a charlar brillantemente como siempre, tibiándole de un nuevo encargo que le habían hecho. Se trataba de un editor para el que no había trabajado nunca; le pagaría quince guineas por una novela breve.

—Es un dinero que cae del cielo. ¿Sabes lo que haremos? Una pequeña excursión. Iremos a pasar un día a Oxford. ¿Quieres? Tengo muchas ganas de visitar el Colegio.

Philip la miró buscando en sus ojos una sombra de reproche. Pero, como siempre, rebosaban de lealtad y alegría. Sintió que se le encogía el corazón. Imposible decirle la brutal verdad. Ella preparó pan tostado y luego lo cortó a pedacitos, haciéndole

comer como a un niño.

—¿Está saciado el animalito? —le preguntó luego.

Philip asintió sonriendo. A continuación Nora le encendió un cigarrillo.

—Dime alguna cosa amable —murmuró.

—¿Qué es lo que he de decir?

—Con un pequeño esfuerzo de imaginación podrías decirme que me quieres.

—Eso ya lo sabes.

No tuvo el valor de hablar. Por lo menos la dejaría tranquila aquel día. Luego… le escribiría. La cosa sería más fácil. El recuerdo de Mildred no le dejaba un instante, lo mismo que una forma incorpórea, pero más tangible que una sombra. Y aquel recuerdo distraía continuamente su atención.

—Estás muy silencioso hoy —observó Nora.

La locuacidad de la mujer era un continuo argumento de burla entre ellos, así que Philip repuso:

—No me dejas nunca ocasión de decir palabra y he perdido la costumbre de hablar.

—Pero no me escuchas y eso indica mala educación.

Philip enrojeció un tanto. ¿Quizá sospechara Nora alguna cosa? Apartó sus ojos, embarazado.

Escuchándola mientras hablaba, Philip pensaba que Nora valía diez veces más que Mildred. Le divertía mucho más, tenía una conversación atrayente, era más inteligente y de mejor carácter. Era una buena, honesta y valerosa mujercita. Y Mildred —pensó con amargura— no merecía ninguno de aquellos adjetivos. Si hubiese poseído un asomo de buen sentido habría decidido permanecer al lado de Nora. Ésta le había hecho mucho más feliz que podría hacerle Mildred. Nora le quería y Mildred le era agradable solamente por la ayuda que le prestaba. Pero siempre es más importante amar que ser amado, y toda su alma tendía hacia la otra. Prefería estar diez minutos con aquélla que toda una tarde con ésta, y un beso de aquellos labios fríos lo estimaba mucho más que todo lo que Nora pudiera darle.

«Es más fuerte que yo —pensó—. La tengo metida en la sangre.»

No importaba que no tuviese corazón, que fuera viciosa y vulgar, insípida y codiciosa: la amaba. Y prefería el sufrimiento con ella que la felicidad con la otra. Cuando se despidió, Nora le preguntó con tono despreocupado:

—Hasta mañana, ¿no?

—Sí.

Sabía que no podía ir, pues había de ayudar a Mildred en el traslado, pero no tuvo el valor necesario para decirlo. Mandaría un telegrama.

Mildred vio por la mañana el alojamiento, que fue de su gusto. Después del almuerzo Philip fue con ella a Highbury. Llenaron un baúl con vestidos y otro con un

sinfín de cachivaches: cojines, pantallas, molduras y fotografías con los cuales Mildred había intentado dar a su habitación amueblada un barniz personal. Había, además, dos o tres cajas de cartón. Pero todo pudo ser colocado sobre el techo de un coche cerrado. Mientras recorrían Victoria Street, Philip se hundió en el fondo del coche, para el caso de un posible encuentro con Nora. No había tenido aún tiempo de telegrafiarle y no podía hacerlo desde la oficina de telégrafos de Wauxhall Bridge Road, pues ella se habría preguntado qué había ido a hacer tan cerca de su casa. Y desde el momento que se encontraba por allí no era lógico dejar de dirigirse al piso donde habitaba, situado a dos pasos. Pensó que hubiera sido mejor dedicarle media hora, pero tener que cumplir esta necesidad le irritó. Sentíase enojado contra Nora porque por culpa suya se veía obligado a recurrir a subterfugios vulgares y degradantes. Pero era feliz pudiendo estar al lado de Mildred. Se divirtió ayudándola a deshacer el equipaje y experimentó una deliciosa sensación de superioridad al instalarla en el departamento buscado y pagado por él. No quería que se cansara. Era una dicha hacer alguna cosa para ella. Por otra parte, Mildred no tenía ningún deseo de afanarse cuando otro trabajaba para ella. Philip sacó los trajes del baúl y los colgó. Luego, como la joven no tenía el propósito de salir de nuevo, le quitó el calzado y le puso las zapatillas.

Sentíase feliz al poder servirla.

—Me echas a perder —dijo Mildred pasándole afectuosamente una mano por los cabellos mientras él, arrodillado, le desabrochaba las botas.

Philip le cogió las manos y se las besó.

—Es maravilloso tenerte aquí.

Puso en sitios adecuados los cojines y las fotografías. Mildred tenía algunos cacharros de cerámica verde.

—Iré a comprarte flores.

Miró a su alrededor, satisfecho de su trabajo.

—Ya que no salgo puedo ponerme la bata —dijo Mildred—. ¿Quieres hacerme el favor de desabrocharme el vestido por detrás?

Se volvió con indiferencia, como si se hubiese encontrado ante una mujer, pero Philip se sintió lleno de gratitud por la sensación de intimidad que aquellas palabras le daban. Con torpes dedos desabrochó el vestido de Mildred.

—Cuando entré por primera vez en el salón de té estaba muy lejos de imaginarme que un día haría esto —dijo Philip con risa forzada.

—Es necesario que alguien lo haga.

Pasó a la alcoba y volvió en seguida, vistiendo una vulgar bata azul, con muchas puntillas de poco precio. A continuación Philip la hizo sentar en un sillón y le preparó el té.

—No puedo quedarme a tomarlo contigo. Tengo que acudir a una cita estúpida.

Pero estaré aquí dentro de media hora.

No sabía qué hubiese respondido si la joven le hubiera interrogado, pero ella no mostró ninguna curiosidad. Al alquilar la habitación Philip había pedido comida para dos y se proponía volver a pasar la velada con ella. Tenía tal prisa en volver que se decidió a recorrer en tranvía la Wauxhall Bridge Road. Creyó mejor anunciar a Nora que no podría permanecer a su lado más que algunos minutos.

—Apenas dispongo del tiempo necesario para preguntarte cómo estás —le dijo al entrar—. Tengo un quehacer terrible.

La joven se disgustó.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

Philip notó que enrojecía mientras inventaba el pretexto de una operación a la que debía asistir. El tener que mentir le exasperaba y sentía la irritación de que no era creído, cosa que todavía aumentó más su irritación.

—Paciencia —dijo la joven—. Mañana te tendré todo el día para mí.

Philip la miró confuso. Al día siguiente era domingo y había pensado pasarlo con Mildred. No podía dejarla sola en una casa extraña.

—Me disgusta muchísimo, pero mañana tengo trabajo.

Sabía que esto provocaría la escena que quería evitar a toda costa. A Nora se le cubrieron las mejillas de un vivo rubor.

—Pero he invitado a almorzar a los Gordon —éstos eran una pareja de actores que trabajaban en provincias e iban a Londres los domingos—. Te lo dije hace una semana.

—Me disgusta. Lo había olvidado —titubeó—. Temo, sin embargo, no poder venir. ¿No podrías invitar a otro?

—¿Qué tienes que hacer mañana?

—No me gustan los interrogatorios.

—¿No quieres decírmelo?

—No tengo el menor inconveniente, pero es una cosa bastante molesta tenerte que dar cuenta de todos mis pasos.

De pronto, Nora cambió de tono. Dominó con un esfuerzo su cólera y yendo hacia él le cogió las manos.

—No me dejes mañana, Philip. Estaba tan ilusionada por poder pasar el día contigo… Los Gordon querían verte y lo pasaríamos muy bien con ellos.

—Vendría de buena gana si pudiera.

—Me parece que no soy muy exigente, ¿verdad? No te pido a menudo que hagas cosas que no te gustan. ¿No puedes plantar a esos fastidiosos con quienes estás citado, al menos por una vez?

—Lo siento mucho, pero no sabría el modo de hacerlo —repitió Philip obstinado.

—Dime de qué se trata —insistió Nora con acento cariñoso.

Philip había tenido tiempo de inventar algo.

—Han venido las dos hermanas de Griffiths y hemos de salir con ellas de excursión.

—¿Eso es todo? —dijo la joven alegremente—. A Griffiths no le será difícil encontrar otro amigo.

La mentira no podía haber sido más estúpida. Philip se arrepintió de no haber encontrado nada mejor.

—¿No te digo que no puedo? Lo he prometido y quiero cumplir mi promesa.

—Pero también me lo habías prometido a mí, y me parece que la promesa hecha a mí es la que debías mantener en primer lugar.

—Te agradeceré que no insistas.

—No vienes porque no quieres venir —afirmó Nora—. No sé qué tienes desde hace algunos días, pero estás muy cambiado.

El joven miró el reloj.

—Debo irme.

—Entonces, ¿no vienes mañana?

—No.

—En este caso no te molestes en venir más.

Esta vez Nora había perdido el dominio sobre sí.

—Como quieras —respondió Philip.

—No quiero retenerte.

Philip se encogió de hombros y salió. Se había quitado un peso de encima. Hubieran podido ir peor las cosas. Todo había salido sin lágrimas. Mientras caminaba se alegró de que hubiera resultado tan bien. En Victoria Street compró flores para Mildred. La cena fue agradable. Philip había hecho que subieran una cantidad de caviar, al que Mildred era muy aficionada, y la dueña de la casa preparó chuletas con verdura y un plato de dulce. Philip había pedido borgoña, el vino preferido de Mildred. Con las cortinas echadas, el fuego encendido y una de las pantallas de Mildred sobre la lámpara, la estancia parecía íntima y confortable.

—Parece como si estuviésemos en nuestra propia casa —dijo sonriendo Philip.

Cuando acabaron, el joven arrastró dos sillones junto a la chimenea. Empezó a fumar, satisfecho del mundo. Era feliz y sentíase generoso.

—¿Qué quieres hacer mañana? —preguntó.

—Pienso ir a Tulse Hill. ¿Te acuerdas de la directora de mi establecimiento? Se ha casado y me ha invitado a pasar un día con ella. Naturalmente, cree que también yo estoy casada.

Philip sintió que se le encogía el corazón.

—Pero yo he rechazado una invitación para poder pasar la jornada contigo.

Si Mildred le hubiera querido, le habría respondido que en este caso se quedaría

con él. Philip sabía perfectamente que Nora no habría dudado.

—Has hecho mal —dijo Mildred—. Yo me comprometí hace más de tres semanas.

—Pero, ¿cómo vas a presentarte sola?

—Diré que Emil ha tenido que marcharse. El marido de ella tiene comercio de guantería. Es un hombre superior.

Philip permaneció en silencio, turbado con pensamientos amargos. Mildred le miró de reojo.

—¿No querrás darme ese pequeño placer, Philip? Será la última vez que salga antes de encerrarme Dios sabe cuánto tiempo. Además, lo he prometido.

Philip le cogió la mano y sonrió.

—No, querida; quiero que te diviertas todo lo que puedas.

Sobre el diván, colocado allí al azar, había un pequeño libro con las cubiertas azules. Philip lo cogió distraídamente. Era una novelita barata. El autor, Courtenay Paget, el seudónimo de Nora.

—Me gusta este escritor —dijo Mildred—. Leo todas sus novelas.

Philip recordó una frase que había oído a Nora:

«Soy muy popular entre las fregonas. Me encuentran muy distinguida.»

LXXI

Para corresponder a las confidencias de Griffiths, Philip le había contado sus complicaciones amorosas, y el domingo por la mañana, cuando después de haberse desayunado, se encontraban sentados en bata junto a la chimenea, narró la escena del día anterior. Griffiths se congratuló con él por haber salido tan bien parado del asunto.

—Es muy fácil iniciar una aventura con una mujer —observó sentencioso—. Pero poder salir de ella no es cosa fácil.

Sentíase Philip verdaderamente satisfecho de su habilidad. Se había quitado un peso de encima. Pensó que Mildred se estaba divirtiendo en Tulse Hill y se alegró al saber que era feliz. Pero el lunes por la mañana recibió una carta de Nora.

Querido: Siento haberme mostrado tan descortés contigo el sábado. Perdóname y ven a tomar el té conmigo. Te amo. Tu Nora.

Aquello le angustió. ¿Qué hacer? Fue a enseñarle la carta a Griffiths.

—Es mejor no responder —aconsejó el amigo.

—No puedo. Me haría daño sólo pensar que la pobre está aguardando inútilmente. Conozco la tortura de la espera y no quiero que nadie la sufra.

—Querido, no se pueden romper unas relaciones sin que uno de los dos sufra. Para consolarte piensa que son sufrimientos que no duran mucho.

Philip pensaba que Nora no merecía eso. Además, ¿qué sabía Griffiths de la sensibilidad de la joven? Recordó su dolor cuando Mildred le dijo que se casaba. No, no podía hacer sufrir a otro como había sufrido él.

—Si no quieres hacerla sufrir vuelve a ella —dijo Griffiths.

—¡Imposible!

Se puso en pie y empezó a andar nerviosamente por la habitación. La insistencia de Nora le irritaba. Hubiera debido comprender que ya no la amaba. Dicen que las mujeres intuyen estas cosas.

—Ayúdame, te lo ruego —dijo a Griffiths.

—No te preocupes tanto. Si supieras qué pronto supera la gente esta clase de dolor… Probablemente no está tan enamorada de ti como tú crees. Somos propensos a exagerar las pasiones que inspiramos en los otros.

Hizo una pausa y miró a Philip con ufanía.

—No has de hacer más que una cosa. Escríbele diciendo que habéis acabado. Díselo con palabras claras, de modo que no haya ningún equívoco. Le hará daño, pero esta brutalidad será menos dolorosa que una tentativa de atenuar el golpe.

Philip se sentó y empezó a escribir:

Querida Nora: Lamento tener que causarte un dolor. Pero creo que será mejor que las cosas queden como las hablamos dejado el sábado. ¿A qué conducirla continuar una situación cuando ha dejado de ser divertida? Me dijiste que me fuera y me fui, y no intento volver. Adiós, Philip Carey.

Enseñó la carta a Griffiths pidiéndole su opinión. El joven la leyó y miró a Philip guiñando un ojo.

—Creo que será suficiente.

Philip fue a echarla al correo. Pasó una mañana llena de preocupaciones, imaginando los sentimientos de Nora al recibir la carta, pero al mismo tiempo sentíase aliviado. Se resigna uno muy pronto al dolor de otro cuando este dolor no se ve. Ahora podía amar con toda el alma a Mildred. Sintió que su corazón le latía más fuerte al pensar que la vería por la tarde, después del hospital.

Volvió a su casa para cambiarse, pero apenas había metido la llave en la cerradura oyó tras él una voz.

—¿Puedo entrar? Hace media hora que te espero.

Era Nora. Philip notó que se ponía colorado hasta la raíz del pelo. La joven hablaba alegremente. En su voz no había rastro de resentimiento y nada indicaba que entre ellos hubiese habido un rompimiento. Su embarazo no es para ser descrito. No obstante su inquietud, intentó sonreír.

Abrió la puerta y Nora le precedió al entrar en el saloncito. Philip estaba nervioso y para disimular le ofreció un cigarrillo y encendió otro para él. Nora le miró sonriendo.

—¿Por qué me has escrito esa carta tan estúpida? ¡Malo! Si lo hubiese tomado en serio en menudo estado me encontraría ahora.

—Pues era en serio —dijo Philip gravemente.

—No seas tonto. Yo me enfadé el otro día y luego te he escrito dándote explicaciones. No te han bastado y aquí me tienes dispuesta a repetírtelas de palabras. A fin de cuentas puedes hacer lo que quieras y no tengo ningún derecho sobre ti. No quiero imponerte lo que no te gusta.

Se puso en pie y se dirigió hacia él impulsivamente, con la mano tendida.

—Hagamos las paces, Philip. Me disgusta mucho haberte ofendido.

El joven no pudo impedir que le cogiera la mano, pero su mirada se apartó de los ojos de ella.

—Tengo miedo de que sea demasiado tarde.

Nora se dejó caer en el suelo y le abrazó las rodillas.

—No hagas el tonto, Philip. Sé que soy demasiado impulsiva y comprendo que te irrité. Pero es estúpido proseguir enfadado. ¿A qué conduce hacerse uno infeliz? Ha sido tan agradable nuestra amistad… —le acarició lentamente la mano—. Te quiero

mucho, Philip.

Éste se puso en pie, deshaciéndose del abrazo de la mujer, y se fue al otro extremo de la habitación.

—Me disgusta, pero no puedo hacer nada. Todo ha terminado.

—¿Quieres decir que ya no me amas?

—Tengo miedo de que sea precisamente así.

—Entonces es que buscabas un pretexto para acabar y has aprovechado esta ocasión.

Philip no respondió. La joven le miró y la mirada de aquellos ojos le pareció intolerable. Se había quedado sentada en el suelo donde él la había dejado, apoyada en el sillón. Empezó a llorar silenciosamente sin esconder el rostro, y gruesas lágrimas le corrían por las mejillas, pero no emitía ningún sollozo. La escena resultaba terriblemente penosa. Philip miró a otro lado.

—¡Si supieras cuánto siento producirte este dolor! No es culpa mía si no te amo.

Nora no respondió. Permanecía quieta y las lágrimas continuaban corriendo por sus mejillas. Hubiera sido mejor que le hubiese abrumado a reproches. Philip esperaba una explosión de cólera. Comprendía que un altercado con un cambio de palabras crueles hubiera podido, en cierto modo, justificar su conducta. Los minutos pasaban y nada se resolvía. Finalmente, aquel llanto silencioso le asustó; fue a buscar un vaso de agua y se acercó a ella.

—Bebe un poco. Te hará bien.

Nora acercó maquinalmente los labios al vaso y bebió dos o tres sorbos. Luego, agotada, le pidió un pañuelo y se limpió los ojos.

—Sabía que no me querías como te quiero —dijo.

—Temo que las cosas ocurran siempre así. Uno ama y el otro se deja querer.

Pensó en Mildred y al momento sintió en el corazón un acerbo dolor.

Nora permaneció mucho rato sin responder.

—He sido siempre tan desgraciada y mi vida era tan triste… —dijo finalmente.

No le hablaba a él, sino a sí misma. Philip no la había oído nunca lamentarse de sus relaciones con su marido ni de su pobreza, y siempre había admirado su valor.

—Luego viniste tú y fuiste muy bueno conmigo… Admiraba tu inteligencia y me parecía bello tener una persona de quien fiarme… Te amaba. Nunca pensé que pudiera acabarse y sin ninguna culpa por mi parte.

Volvió a llorar de nuevo; pero ahora, más dueña de sí, volvió el rostro e intentó dominarse.

—Dame un poco de agua.

Se secó los ojos.

—Me disgusta haberte parecido ridícula, pero no estaba preparada.

—¡Pobre Nora! Estoy muy agradecido de lo que has hecho por mí.

—¡Oh, siempre lo mismo! —suspiró la joven—. Si se quiere que un hombre se comporte bien es necesario tratarle mal. Cuando se los trata bien, te hacen sufrir.

Se levantó dispuesta a marcharse. Miró largo rato a Philip, fijamente. Luego suspiró:

—Es inexplicable. ¿Qué significa todo esto?

Philip tomó una rápida determinación.

—Prefiero decirte la verdad. No quiero que formes de mí una opinión demasiado mala. Debes saber que no puedo hablar de otra forma. Mildred ha vuelto.

El color reapareció en las mejillas de Nora.

—¿Por qué no me lo dijiste en seguida? Creo que merecía tu franqueza.

—No tuve el valor necesario para ello.

Nora se miró en el espejo y se arregló el sombrero. Philip bajó a la puerta y alquiló un coche que pasaba; cuando Nora bajó se sorprendió al ver la palidez de la joven. Había en sus movimientos una pesadez tal que parecía que hubiese envejecido de pronto. No tuvo el valor de dejar que se marchase sola.

—Si no te disgusta te acompañaré.

Nora no respondió y él subió al coche. Atravesaron en silencio el puente y las calles miserables. Grupos de niños jugaban en las aceras lanzando agudos gritos. Cuando llegaron ante la puerta, Nora no bajó inmediatamente. Parecía como si las piernas no la sostuvieran.

—Espero que me perdonarás, Nora.

Nora volvió los ojos hacia él. Estaban nuevamente llenos de lágrimas, pero se esforzó en sonreír.

—¡Pobre muchacho! ¡Cómo te preocupas por mí! No pienses más; no te reprocho nada. Intentaré superar este momento.

Para demostrarle que no le guardaba rencor le pasó ligera y rápidamente la mano por el rostro. El ademán apenas si fue esbozado. Luego se apeó y entró en su casa.

Philip pagó el coche y se fue a pie a casa de Mildred. Sentía un peso en el corazón. Estaba descontento de sí. Pero ¿por qué? ¿Cómo obrar de otro modo? Al pasar ante una frutería se acordó de que a Mildred le gustaba la uva. Se sentía contento de poder demostrarle su amor recordando todos sus gustos.

LXXII

Durante tres meses, Philip fue a ver todos los días a Mildred. Llevaba sus libros y, después de haber tomado el té, se ponía a estudiar mientras ella, acurrucada en el diván, leía novelas. Philip levantaba a veces la cabeza para mirarla. Una sonrisa de felicidad se dibujaba en sus labios. Mildred sentía sobre sí la mirada del joven.

—No pierdas el tiempo mirándome, bobo; estudia.

—¡Tirana! —respondía alegremente Philip.

Dejaba el libro cuando la patrona entraba para poner la mesa y charlaba alegremente con Mildred. La patrona era una mujer del pueblo, de mediana edad; disfrutaba de un carácter divertido y tenía la respuesta pronta; le hizo una narración detallada, pero fantástica, de su vida. Dotada de un gran corazón, la mujeruca se había conmovido hasta el tuétano y hacía todo lo posible porque la estancia de Mildred en su casa fuera de lo más agradable. Mildred creyó que lo más conveniente era hacer pasar a Philip por su hermano. Cenaban juntos y Philip era feliz encargando a la patrona algún manjar que tentase el apetito caprichoso de la joven. Experimentaba una gran alegría sentándose frente a ella y apretándole de vez en cuando la mano. Después de la cena, sentábase Mildred en un sillón cerca del fuego y Philip se acomodaba en el suelo apoyándose en las rodillas de la joven mientras fumaba. A menudo permanecían en silencio y Philip se daba cuenta de que Mildred se había quedado adormecida. Entonces, sin moverse por miedo a despertarla, permanecía con los ojos fijos en los tizones, gozando de su felicidad.

—¿Has echado un buen sueño? —le preguntaba después sonriendo.

—No me he dormido del todo —era la respuesta invariable—. Sólo he cerrado los ojos.

Negábase a admitir que había dormido. Su temperamento flemático le permitía soportar bastante bien el embarazo. Se cuidaba mucho y aceptaba los consejos de todo el mundo. Cuando el tiempo era bueno, salía por la mañana a dar un paseo higiénico. Si la temperatura lo permitía, iba a sentarse a St. James Park, pero el resto del día permanecía sentada tranquilamente en el diván leyendo una novela tras otra o charlando con la patrona. Los chismes le interesaban y a continuación repetía a Philip, con abundantes detalles, la historia de los inquilinos de la planta baja o de los vecinos de la casa. A veces se asustaba y confiaba a Philip su miedo en relación con el próximo parto. Temía morir y le contaba el nacimiento de los hijos de la patrona de la casa y de la señora de la planta baja (Mildred no la conocía: «Sé mantenerme donde debo y no hago amistad con la primera que se presenta»); prolongaba los detalles de lo que refería con una mezcla de horrores y placeres. Pero, en conjunto, esperaba con tranquilidad el acontecimiento.

—A fin de cuentas no soy la primera mujer que ha tenido un hijo, ¿no es cierto? Y

el doctor dice que todo marcha bien. ¡Si estuviera mal ya seria otra cosa!

Mistress Owen, la directora de la clínica, le había recomendado un doctor, y se hacía visitar por él una vez por semana. Su retribución, una vez terminado todo, sería de quince guineas.

—Naturalmente, podía haber acudido a uno que costase menos, pero mistress Owen me lo ha recomendado y me pareció inútil arriesgar la salud a cambio de una pequeña economía.

—Si esto te hace estar contenta y segura, el gasto no tiene ninguna importancia.

Aceptaba todo cuanto Philip hacía por ella como si fuese la cosa más natural del mundo. A Philip, por su parte, le gustaba gastarse su dinero por ella. Cada billete de cinco libras que le daba le proporcionaba una sensación de felicidad y de orgullo. Y le daba bastantes, porque Mildred lo era todo menos una mujer ahorrativa.

—No sé cómo se me va el dinero —solía decir—. Parece que se me derrite en la mano.

—No importa —respondía Philip—. Me satisface hacer algo por ti.

No era muy hábil con la aguja y por eso no se cuidó de la canastilla del niño, y dijo a Philip que después de todo se gastaba menos comprándolo todo hecho. Philip había cedido recientemente una de las hipotecas en que estaba empleado su dinero, y en la actualidad, con quinientas libras en el Banco, que esperaban ser empleadas de otro modo, sentíase un gran señor. Hablaba a menudo del porvenir. Philip habría querido que Mildred tuviera con ella al niño, pero ella se opuso: tenía que ganarse la vida y le sería más fácil sin las trabas de un rorro. Pensaba ponerse a trabajar en uno de los salones de té de la sociedad donde había trabajado antes, y el niño podría ser entregado a una nodriza del campo.

—Encontraré a una que lo tenga por siete chelines y medio a la semana. Será mucho mejor para el niño y para mí.

A Philip le parecía una falta de sentimiento. Pero al intentar razonar, la joven fingió creer que él quería ahorrarse aquel gasto.

—No te preocupes. No serás tú quien lo tenga que pagar.

—Sabes perfectamente que no me importa nada el dinero.

En el fondo de su corazón Mildred deseaba que el niño no viviera. Hizo sólo una lejana alusión a tal posibilidad, pero Philip comprendió que éste era su verdadero pensamiento. En el primer instante se indignó; pero más tarde, al reflexionar, se vio obligado a reconocer que habría sido la mejor solución.

—¡Se dice muy pronto! —observaba Mildred lamentándose—. Pero ya es bastante difícil para una mujer sola ganarse la vida. ¡Figúrate cuando se tiene un niño!

—Afortunadamente estoy yo —respondía Philip cogiéndole la mano.

—Has sido muy bueno conmigo, Philip.

—¡Qué tontería!

—No puedes decir, sin embargo, que no te he ofrecido todo lo que podía en cambio.

—Pero yo nunca he deseado que me lo pagaras. Si he hecho alguna cosa por ti lo he hecho porque te quiero. Tú no estás obligada a nada hacia mí y no quiero nada de ti si no es dado por amor.

Le producía cierto horror que Mildred pudiera entregarle fríamente su cuerpo como una recompensa por sus servicios.

—Pero yo lo deseo, Philip. Has sido tan bueno conmigo…

—Muy bien, pero no perderemos nada esperando. Cuando estés completamente restablecida haremos nuestra pequeña luna de miel.

—¡Granuja! —dijo sonriendo la joven.

Mildred calculaba que daría a luz en la primera semana de marzo. En cuanto pudiera moverse iría durante quince días a la orilla del mar para reponerse. Así podría Philip preparar sin interrupción su examen y cuando llegaran las vacaciones de Pascua irían juntos a París.

Philip no se cansaba de hablar de sus proyectos. En aquella época París era delicioso. Iría a un pequeño albergue del Barrio Latino que él conocía y comerían en los restaurantes más típicos. Y luego asistirían a los teatros y a otras diversiones. Sus amigos le divertían. Le había hablado ya de Cronshaw; Lawson estaba también en París, donde pensaba residir un par de meses. Irían al baile Bullier y emprenderían bellas excursiones: Versalles, Chartres, Fontainebleau…

—Te va a costar un ojo de la cara —observó Mildred.

—¡Al diablo las preocupaciones económicas! Piensa cuánto tiempo hacía que pensaba en un viaje así. ¿Sabes lo que significa esto para mí? No he amado nunca a otra mujer que a ti. Y jamás amaré a otra.

Mildred observaba su entusiasmo con ojos sonrientes. Al joven le pareció leer en ellos una ternura que agradeció con toda su alma. La joven le trataba ahora más dulcemente que antes, sin el aire de superioridad que tanto le irritaba. Se había habituado de tal forma a la presencia de Philip que no se tomaba ni siquiera la pena de peinarse con cuidado; se hacía un moño de cualquier forma y había renunciado a la hilera de ricitos. Pero aquella sencillez le sentaba perfectamente. Su rostro era tan pequeño que los ojos parecían más grandes y las ojeras que los circundaban, así como la palidez de las mejillas, los hacía extremadamente profundos. Poseía una expresión melancólica un tanto patética. A Philip le parecía que había en ella algo virginal. Hubiera querido continuar viviendo siempre así. No había sido nunca tan feliz.

Por la noche dejaba a la joven hacia las diez porque a Mildred le gustaba acostarse temprano; Philip trabajaba entonces un par de horas para compensar el tiempo perdido. Antes de irse, Philip le cepillaba el cabello. Había establecido una

especie de rito en los besos que le daba al desearle las buenas noches. Primero la besaba en las palmas de las manos (¡qué dedos más delgados y qué uñas tan bien arregladas! Pasaba mucho tiempo arreglándoselas). Luego le besaba los párpados, primero el derecho y luego el izquierdo. Y por fin la besaba en los labios. Volvía a casa con el corazón rebosante de amor. Deseaba ardientemente que se presentara la ocasión de poder sacrificarse por ella.

Llegó por fin el momento de marchar a la clínica. Philip tenía permiso para ir a visitarla sólo por las tardes. Mildred cambió aquí la historia que acostumbraba contar y explicó que era la esposa de un oficial que se había marchado a la India a reunirse con su regimiento. Philip fue presentado como su cuñado.

—Debemos tener mucho cuidado con lo que decimos —le recomendó Mildred—, porque hay ya otra señora cuyo marido está en la India como empleado civil.

—No te preocupes —contestó Philip—. Estoy convencido que su marido y el tuyo se fueron a la India en el mismo barco.

—¿En qué barco? —preguntó inocentemente Mildred.

—*En el buque fantasma*.

Con toda felicidad Mildred dio a luz una niña. Cuando dejaron a Philip ver a la joven la encontró muy débil, pero contenta de que todo hubiera acabado. Le mostró a la pequeña. Ella también la miraba con curiosidad.

—Graciosa, ¿verdad? No puedo creer que sea mía.

La recién nacida estaba roja y arrugada. Philip sonrió sin saber qué decir, azorado por la presencia de la directora del establecimiento. El joven comprendió, por el gesto de aquella mujer, que estaba convencida de que él era el padre.

—¿Qué nombre vas a ponerle?

—Dudo entre Magdalena y Cecilia.

La directora los dejó breves instantes y Philip se apresuró a besar a Mildred en los labios.

—Estoy contento de que todo haya terminado felizmente, tesoro.

Mildred le rodeó el cuello con los delgados brazos.

—Te has portado inmejorablemente, Philip.

—Ahora te siento mía por fin. ¡Te he esperado tanto!

LXXIII

Tres semanas después Mildred y la niña salieron para Brighton. Philip fue a despedirlas. Mildred se había restablecido rápidamente y parecía que estaba mejor que antes. Se dirigió a una pensión familiar donde ya había estado un par de veces a pasar el fin de semana en compañía de Miller; escribió explicando que su marido estaba en Alemania por cuestión de negocios y que por ello llegaba sola con la niña. Todas estas invenciones la divertían; le gustaba sobre todo estudiar bien los detalles. Añadió que en Brighton encontraría probablemente una nodriza para la niña. Esta prisa en quedar libre impresionó a Philip, pero Mildred le hizo comprender que era mejor que la niña no se habituase a ella. Philip esperaba que después de tres semanas se despertaría el instinto maternal en ella y creía que entonces la podría convencer para que se quedara con la pequeña, pero no pasó nada de esto. Mildred no era mala con la niña; hacía por ella todo lo que había que hacer, incluso encontraba una diversión en cuidarla, hablando mucho de ella; podía considerarla parte de sí misma. Encontraba en ella un parecido a su padre. Se preguntaba continuamente qué es lo que haría cuando la niña fuera mayor, y se irritaba contra sí misma por haber sido tan estúpida como para haberla traído a este mundo.

—Si hubiera sabido antes todo lo que ahora sé…

Se reía del cariño que Philip sentía por la pequeña y no ocultaba la extrañeza que le producía.

—No te sentirías más afectuoso si fueras el padre. El propio Emil no la querría tanto.

Philip se acordaba de todas las historias que cuentan a propósito de nodrizas que tratan mal a los niños abandonados por unos padres egoístas y crueles.

—Pero… ¡no seas imbécil! —contestaba Mildred—. Esto sucede cuando se entrega una suma de una vez. Pero cuando se paga un tanto a la semana tienen interés en que el niño esté bien cuidado.

Philip insistió entonces en dejar a la niña en una casa donde no hubiera niños y donde se comprometiesen además a no tomar otros.

—Sobre todo no discutas el precio. Prefiero pagar media guinea a la semana más bien que correr el riesgo de que la pequeña sea maltratada o le den poco que comer.

—Verdaderamente eres gracioso —dijo riendo Mildred.

En la debilidad de aquel pequeño ser feo y llorón había algo que enternecía a Philip. Su nacimiento fue esperado con vergüenza y angustia. Nadie lo deseó. Y ahora aquella criatura dependía de un extraño, por azar, y de él había de recibir la leche que mamara y los vestidos que cubrirían su desnudez.

Cuando el tren estaba a punto de ponerse en marcha, Philip besó a Mildred. Había deseado besar también a la niña, pero temió que la joven se burlara de él.

—Me escribirás, ¿no es verdad? Esperaré tu vuelta con tanta impaciencia…

—Cuida de salir bien en tu examen.

Philip había estudiado mucho y durante aquellos últimos diez días se puso a hacerlo como nunca. Quería triunfar, en primer lugar para resarcirse pronto del tiempo y del dinero gastados —desde hacía cuatro meses el dinero le desaparecía a una velocidad vertiginosa—, y en segundo lugar porque aquel examen señalaba el fin de los estudios fastidiosos. Después había de empezar el estudio de la medicina, de la cirugía y de la obstetricia; todo, desde luego, más interesante que la anatomía y la fisiología. Además, no quería confesar a Mildred ningún fracaso. Aunque se trataba de un examen bastante difícil, en el que los estudiantes caían generalmente la primera vez que lo sufrían, la joven habría tenido mala opinión de él y era humillante su manera de decir las cosas.

Mildred le mandó una tarjeta anunciándole que había llegado felizmente. Philip le escribía todos los días una larga carta. Cuando se trataba de explicarse de viva voz se mostraba más bien tímido, pero escribiendo se atrevía a manifestarle todo lo que le hubiera parecido ridículo decirle de palabra. En aquellas cartas volcaba su corazón. Nunca había sido capaz de hacerle comprender la profundidad de la adoración que le inspiraban todos sus actos y todos sus pensamientos. Le habló del porvenir, de sus esperanzas y de su gratitud. No sabía por qué le llenaban de embriaguez los pensamientos de ella; sólo sabía que cuando estaba a su lado era feliz y que lejos de ella todo le parecía frío y gris. Esperó con febril ansiedad la respuesta. Sabía que Mildred escribía con dificultad y se sintió completamente feliz al recibir, cuando ya había mandado él cuatro cartas, una cuartilla emborronada por Mildred y en la cual le hablaba de la pensión, del tiempo que hacía, de la niña, y le contaba a continuación un paseo en compañía de una señora que había conocido y que por lo visto quedó prendada de la pequeña. El sábado siguiente pensaba ir al teatro. Brighton se estaba llenando de gente. Aquella carta tan estúpida conmovió a Philip. El estilo lleno de pretensiones le producía un extraño deseo de reír y de tomar en sus brazos a Mildred para besarla.

Se presentó lleno de confianza al examen. No sentía ninguna preocupación. Salió bien del examen escrito, y aunque el ejercicio oral le ponía siempre nervioso, acertó también en éste a responder a todas las preguntas. Cuando supo el resultado envió a Mildred un telegrama triunfante.

Al volver a casa halló una carta de Mildred en la que decía que prefería quedarse una semana más en Brighton. Había encontrado una mujer dispuesta a tener a la niña por siete chelines a la semana, pero ella quería tomar nuevos informes. Además, el aire del mar le producía mucho bien y algunos días más de permanencia allí no podían menos de beneficiarla enormemente. La joven añadía que le disgustaba pedirle nada, pero que tenía necesidad de comprarse un sombrero; su nueva amiga era

muy elegante y no era posible ir con ella llevando siempre el mismo. Philip experimentó por un momento la más amarga desilusión, desapareciendo como por encanto la alegría que poco antes había sentido por el favorable resultado del examen.

«Si me quisiera nada más que la cuarta parte de lo que yo la amo no querría permanecer lejos de mí ni un día más de lo necesario.»

Pero intentó apartar de sí los pensamientos egoístas; sin duda la salud de Mildred era lo más importante. Por otra parte, ahora que ya no tenía nada que hacer, podría reunirse con ella, pasar él también aquella semana en Brighton. El corazón le empezó a saltar ante tal pensamiento. Sería divertido presentarse de improviso ante ella diciéndole que había tomado una habitación en el mismo hospedaje. Consultó el horario. Pero no se atrevió a poner en práctica su proyecto. No estaba seguro de que su presencia fuese a causar placer a Mildred. Ella había hecho amistades en Brighton y le gustaba la alegría ruidosa. Él, en cambio, prefería la tranquilidad. El temor de importunarla le atormentaba. No osaba correr el riesgo. Por otra parte, Mildred sabía muy bien que él no tenía nada que hacer durante aquella semana; si hubiera deseado que se reuniese con ella se lo habría escrito. Dudó antes de afrontar la angustia que se habría apoderado de él si, al escribir a la joven si quería que él marchara también a Brighton, ella hubiera contestado con una negativa.

Le escribió al día siguiente mandándole un billete de cinco libras. Al final de su carta insinuó que si a ella le causaba placer verle en Brighton, él estaba dispuesto a presentarse allí al final de la semana, pero que de ningún modo pensaba hacerle cambiar los proyectos que tuviera para esos días. Esperó la respuesta con impaciencia. Mildred respondió que si antes le hubiera dicho lo de presentarse en Brighton, ella habría arreglado las cosas de otra manera, pero que ahora había ya prometido ir el sábado a un espectáculo. Por otra parte, la presencia de Philip podría ser motivo de malas interpretaciones en la pensión. ¿Por qué no iba el domingo por la mañana para pasar el día con ella? Comerían en el Metropol y luego irían a ver a la señora —una bellísima persona por todos los conceptos— que se iba a encargar de la niña.

El domingo amaneció espléndido. Philip dio gracias al cielo por ello. En las inmediaciones de Brighton el sol invadió el departamento del tren. Mildred le esperaba en la estación.

—¡Qué buena has sido viniendo a mi encuentro! —exclamó apoderándose de sus manos.

—Lo esperabas, ¿no?

—Lo esperaba. ¡Qué bien estás!

—Sí, este aire me ha sentado verdaderamente bien y creo que sería prudente permanecer aquí el mayor tiempo posible. Además, en la pensión hay una gente simpática de veras. Tenía necesidad de distracción después de haber estado tantos

meses sin ver a nadie. ¡En ciertos momentos resultaba triste de verdad!

Iba muy elegante con el sombrero nuevo, de paja negra y adornado con flores baratas. Alrededor del cuello llevaba una gran boa de plumas de cisne imitadas. Estaba todavía muy delgada y, como siempre, andaba un poco encorvada. Pero sus ojos no parecían ya tan enormes. Y si bien continuaba tan pálida su piel, ya no tenía el aspecto terroso de los últimos tiempos. Caminaban hacia el Sur. Recordando que hacía varios meses que no salía con ella, Philip se dio cuenta de que cojeaba, y empezó a andar rígidamente, esperando esconder el defecto.

—¿Estás contenta de verme? —le dijo con el corazón rebosante de amor.

—Si supieras. No deberías preguntarlo.

—A propósito, Griffiths te manda sus saludos cariñosos.

—¡Qué descaro!

Le había hablado a menudo de Griffiths contándole sus amoríos y divirtiéndola con la descripción de aventuras que Griffiths le había contado en secreto. Mildred escuchaba a veces fingiendo cierta repugnancia, pero también con curiosidad, y Philip, en su admiración, exageró los atractivos y la fascinación del amigo.

—Estoy seguro de que te gustará como me gusta a mí. Es simpático y divertido; y, además, un inmejorable muchacho.

Le habló también de la forma como le había cuidado Griffiths cuando apenas se conocían.

—No se puede menos de quererle.

—A mí no me gustan los hombres guapos. Tienen demasiadas pretensiones.

—Desea conocerte. Le he hablado mucho de ti.

—¿Qué le has dicho?

Philip no podía hablar de su amor por Mildred con otra persona que con Griffiths, y poco a poco le había contado toda la historia. Le había descrito a la muchacha más de cincuenta veces con todos los detalles, y Griffiths conocía con toda exactitud la forma de sus manos huesudas y la palidez de su rostro, y bromeaba con Philip cuando éste se entusiasmaba por aquellos labios delgados y sin color.

—¡Caramba! Estoy muy contento de no tomar las cosas tan en serio como tú —decía—. La vida sería demasiado trágica.

Philip sonreía. Griffiths ignoraba la felicidad de un amor que se torna tan indispensable como el alimento que se toma y el aire que se respira. El amigo sabía que Philip había pensado sostener a la muchacha hasta el momento de dar a luz, y que ahora iba a marcharse con ella.

—Mereces de veras un premio —observó—. Te debe de haber costado una suma bastante crecida. Menos mal que puedes permitírtelo.

—No puedo, pero no me importa.

Como era demasiado pronto para ir a almorzar, Philip y Mildred se sentaron en un banco cerca del mar para gozar del sol y contemplar a los paseantes. Los dependientes de las tiendas de Brighton se paseaban en grupos de dos o tres haciendo girar sus bastoncillos, y las vendedoras también formaban grupos alegres. Se distinguía a las personas que iban a Londres a pasar la jornada. El aire vivo disipaba su cansancio. Algunos hebreos: mujeres gruesas con vestidos de raso ajustados, cargadas de joyas, y hombres de pequeña estatura, gruesos y gesticulantes. Había individuos de mediana edad llegados para pasar el fin de semana en el hotel más importante; después de un desayuno demasiado copioso paseaban para adquirir un poco de apetito antes de volverse a sentar a la mesa. Algún actor conocido fingía no darse cuenta de que él era el punto de mira de todos los paseantes. El sol espejeaba en el mar tranquilo y liso.

Después del almuerzo fueron a Hove para ver a la que iba a hacerse cargo de la niña. La mujer habitaba en una calle secundaria, en una casa que era una salita pequeña pero limpia. Era una mujer de edad, con el cabello gris y el rostro rojo y carnoso. Bajo su cofia de encaje descubría un aire maternal y Philip pensó que debía de ser buena.

—¿No será un trabajo excesivo para usted tener cuidado de una pequeña?

La señora Harding les explicó que su marido era un cura mucho más viejo que ella, al cual le resultaba difícil encontrar empleo porque los vicarios prefieren por lo general que sus ayudantes sean jóvenes. Ganaba algo de vez en cuando sustituyendo interinamente a algunos curas en caso de enfermedad o de vacaciones, y una institución benéfica le pasaba una pequeña pensión. Pero su vida era solitaria y la niñita sería para ellos una distracción. Los pocos chelines semanales ayudarían al sostenimiento de la pequeña casa. Prometió que a la niña no le faltaría nada y que estaría atendida con esmero.

—Es verdaderamente una señora, ¿no es verdad? —preguntó Mildred cuando salieron.

Volvieron a tomar el té en el Metropol. A Mildred le gustaba con locura la gente y la música. Cansado de hablar, Philip la miraba mientras ella examinaba con ojos implacables los vestidos de todas las mujeres que entraban. Poseía un olfato especial para calcular el precio de cada cosa, y de vez en cuando se inclinaba hacia él para murmurarle el resultado de sus observaciones.

—¿Ves aquella *agrette*? Vale lo menos siete guineas. —O bien—: Mira aquel armiño; es conejo, ¿sabes? —reía triunfalmente—. Lo conozco a una milla de distancia.

Philip sonreía feliz. Estaba contento de verla tan serena, y la ingenuidad de su conversación le conmovía y le divertía. La orquesta tocaba una música sentimental.

Después de la cena fueron a pie a la estación; Philip la cogió del brazo. Le habló

de su viaje a Francia. Mildred debía regresar a Londres a fin de semana, pero le dijo que no podría partir antes del otro sábado. El joven había alquilado ya una habitación en París y esperaba con impaciencia el momento de adquirir los billetes.

—No te importa viajar en segunda, ¿verdad? No debemos hacer gastos inútiles. Lo importante es podernos divertir cuando estemos allí.

Le había hablado centenares de veces del Barrio Latino. Recorrerían las viejas calles tan simpáticas, se sentarían a la sombra deliciosa del jardín del Luxemburgo. Si hacía buen tiempo podrían ir hasta Fontainebleau. Los árboles habían empezado a echar hojas. El color verde del bosque en primavera era la cosa más bella que él conocía: armoniosa como una canción, dolorosa como el amor. Mildred escuchaba en silencio y Philip se volvió hacia ella tratando de mirarle profundamente a los ojos.

—Lo deseas también tú, ¿no es cierto?

—Sin duda.

—¡Si supieras con cuánta ansiedad espero! No sé cómo podré pasar estos días. Siempre tengo miedo de que ocurra alguna cosa que nos impida ir. A veces me siento impaciente ante la idea de no poder decirte cuánto te amo. Y finalmente, finalmente…

Se interrumpió. Habían llegado a la estación, pero se habían retrasado y Philip apenas tuvo tiempo para despedirse. Le dio un beso rápido y echó a correr hacia la ventanilla. Mildred continuaba donde la había dejado. Philip, cuando corría, resultaba extrañamente grotesco.

LXXIV

El sábado siguiente Mildred regresó a Londres y aquella noche Philip la tuvo para sí. Cenaron y bebieron champaña y después fueron al teatro. Era la primera vez que Mildred salía por la noche desde hacía algún tiempo y se divirtió muchísimo. En el coche que los conducía a Pimlico, donde Philip había alquilado una habitación, Mildred se estrechó contra él.

—Se diría que estás de veras contenta de verme —observó el joven.

Mildred no respondió, pero le estrechó la mano. Tales demostraciones de afecto eran tan raras que Philip se sintió encantado.

—He invitado a Griffiths a cenar mañana —le dijo.

—¡Oh, me alegro! Tengo deseos de conocerle.

No sabía adonde llevarla el domingo por la noche y temía que permaneciendo todo el día con él se aburriese. Griffiths era divertido. Los ayudaría a pasar la velada y Philip quería tanto a los dos que deseaba que se conocieran y simpatizaran. Al dejar a Mildred le dijo:

—¡Faltan sólo seis días!

Habían elegido para cenar aquella noche el restaurante «Romano». La cocina era excelente y se hacía buen papel gastando relativamente poco. Philip y Mildred llegaron primero. Griffiths se hizo esperar.

—No es nunca puntual —afirmó Philip—. Probablemente está perdiendo el tiempo con alguna de sus muchas novias.

Al fin llegó. Era un hombre guapo de veras. Alto y ágil, con aire de conquistador; los cabellos rizados, los ojos azules y los labios rojos.

Philip vio que Mildred le miraba con ojos de aprobación y experimentó una satisfacción algo rara. Griffiths saludó con una sonrisa.

—He oído hablar mucho de usted —dijo a Mildred estrechándole la mano.

—No tanto como yo de usted.

—Ni tan mal —añadió Philip.

—¿Ha dicho cosas terribles de mí? —preguntó riendo Griffiths.

Mildred se dio cuenta de sus dientes blancos y regulares y de su bella sonrisa. Philip asintió.

—Debéis consideraros viejos amigos —dijo Philip—. ¡He hablado tanto del uno y de la otra!

Griffiths gozaba de excelente humor. Había efectuado el último examen de la carrera y había sido nombrado ayudante de cirugía de un hospital del barrio norte de Londres. Debía empezar sus servicios a principios de mayo y, mientras tanto, se iría a pasar las vacaciones a su casa. Aquélla era su última semana en la ciudad y pensaba aprovecharla para divertirse todo lo que pudiera.

Empezó a contar alegres historias que Philip admiraba porque se creía incapaz de imitarle. Su conversación era superficial, pero brillante. Emanaba de él una vitalidad comunicativa, casi sensible como el calor del cuerpo. Philip no había visto nunca a Mildred tan animada y fue feliz al observar que se divertía y al oírla reír fuerte. Parecía como si se hubiese olvidado de su reserva y del deseo de distinción que había formado en ella como una segunda naturaleza.

Al poco rato Griffiths observó:

—¿Sabe que me será muy difícil llamarla mistress Miller? Philip la llama siempre Mildred cuando habla de usted.

—Sospecho que no te sacará los ojos si haces otro tanto —dijo riendo Philip.

—Entonces será necesario que ella me llame Harry.

Philip los oía charlar y se sentía feliz al verlos de tan buen humor. Mientras tanto Griffiths le dirigía bromas afectuosas por su seriedad.

—Creo que tu amigo te quiere mucho —dijo Mildred sonriendo.

—No es mal muchacho —replicó Griffiths mientras tomaba la mano de Philip y la estrechaba alegremente.

El evidente afecto que Griffiths sentía por él aumentaba su poder de fascinación. Poco habituado a beber, el vino no tardó en excitar a Griffiths, que se volvió tan parlanchín, que Philip, aunque divertido, tuvo que rogarle que se calmara. El nuevo médico poseía el don de hacer aparecer novelescas y graciosas todas sus aventuras, en las que representaba siempre una parte cómica y galante. Mildred, con los ojos brillantes de admiración, le incitaba a continuar, y las anécdotas se sucedían sin cesar. Se quedó asombrada cuando los camareros empezaron a apagar las luces.

—¡Qué de prisa se ha pasado la velada! Creí que serían las nueve y media.

Se levantaron para salir y al despedirse Griffiths, ella le dijo:

—Mañana voy a tomar el té con Philip. Si puede, déjese usted ver.

—Con mucho gusto.

Mientras regresaban a Pimlico, Mildred no habló de otra cosa que de Griffiths. ¡Qué buena figura, qué traje tan bueno, qué bella voz, qué alegría…!

—Estoy contento de que te guste. ¿Te acuerdas de que te fastidiaba un poco que te hablara de él?

—Y, además, me gusta porque te quiere. Verdaderamente es un amigo simpático.

Le ofreció el rostro para que la besara. Era una cosa que no sucedía a menudo.

—Me he divertido mucho esta noche, Philip. Te doy las gracias de todo corazón.

—No seas tonta —respondió Philip tan conmovido por aquel acontecimiento que sintió que sus ojos se le humedecían.

Mildred abrió la puerta y antes de entrar se volvió de nuevo a Philip.

—Di a Harry que estoy locamente enamorada de él.

—Perfectamente —repuso riendo Philip— Buenas noches.

Al día siguiente, mientras tomaban el té, Griffiths se presentó y se dejó caer perezosamente en un sillón. Los lentos movimientos de sus miembros poseían cierta languidez sensual. Philip permaneció en silencio mientras ellos charlaban, pero se divertía oyéndolos; quería tanto a los dos que le parecía natural que se admiraran mutuamente. No le importaba lo más mínimo que Griffiths absorbiera la atención de Mildred, pues más tarde la tendría él solo para sí durante la cena. Era como un marido enamorado que, absolutamente seguro del afecto de su mujer, se divirtiera viéndola bromear inocentemente. A las siete y media miró el reloj y dijo:

—Es hora de que nos vayamos a cenar, Mildred.

Hubo una breve pausa. Griffiths parecía reflexionar.

—Bien, me voy —dijo por fin—. No sabía que era tan tarde.

—¿Tiene usted algo que hacer esta noche? —le preguntó Mildred.

—No.

Otro silencio. Philip sintióse ligeramente irritado.

—Voy a lavarme —dijo—. Y tú —preguntó luego a Mildred— ¿no vienes a lavarte las manos?

La joven no respondió.

—¿Por qué no viene usted a cenar con nosotros? —dijo más tarde dirigiéndose a Griffiths.

Éste miró a Philip, que le observaba con aire sombrío.

—Ayer ya cené con ustedes. No quisiera ser indiscreto.

—¡Qué idea! Dile tú que venga, Philip. No nos estorba, ¿verdad?

—Que venga si tiene gusto en ello.

—Entonces, perfectamente —replicó Griffiths—. Salgo un momento a arreglarme un poco.

En cuanto salió, Philip se volvió hacia Mildred lleno de cólera.

—¿Por qué diablos le has dicho que viniera con nosotros?

—No he podido menos de hacerlo. Hubiera sido descortés no decírselo sabiendo que no tenía nada que hacer esta noche.

—¡Vaya una estupidez! ¿Y por qué le has preguntado si tenía algo que hacer?

Los pálidos labios de Mildred se fruncieron un tanto.

—Alguna vez tengo necesidad de divertirme un poco. Estoy cansada de permanecer siempre sola contigo.

Oyeron que Griffiths bajaba la escalera rápidamente y Philip fue a lavarse. Cenaron en un restaurante italiano situado no lejos de la pensión. Philip permanecía callado, pero bien pronto se dio cuenta de que su actitud le hacía parecer inferior a Griffiths, así que se esforzó en disimular su contrariedad. Bebió bastante para ver si ahogaba en vino el dolor que le oprimía el corazón, y, a su vez, intentó charlar alegremente. Mildred, como si sintiera remordimientos por lo que antes había dicho,

se mostraba con él amable y afectuosa y Philip empezó a pensar muy pronto que había sido un bobo al sentir celos. Después de cenar tomaron un coche para que los llevara a un *music-hall*. Mildred, sentada entre los dos hombres, le dio espontáneamente la mano. La cólera de Philip se desvaneció como por encanto. Pero de pronto, sin saber por qué» tuvo la certidumbre de que Griffiths estrechaba la otra mano de Mildred. El dolor volvió a él inmediatamente. Era un verdadero tormento físico. Philip se preguntaba aterrorizado lo que se habría tenido que preguntar antes, esto es, si Griffiths y Mildred se amaban. Le parecía que tenía ante los ojos una niebla hecha de rencor, de sospechas, de cólera y de desesperación, pero continuó hablando y riendo como si nada.

Un extraño deseo de aumentar su propia ternura se posesionó de él en el teatro; púsose en pie y dijo que iba a beber cualquier cosa. Mildred y Griffiths no se habían quedado solos nunca y él deseaba ofrecerles tal oportunidad.

—Voy también yo —dijo Griffiths—. Tengo sed.

—¡Tonterías! Tú quédate aquí a hacer compañía a Mildred.

No sabía por qué había dicho esto. Echaba a uno en los brazos del otro para hacer su sufrimiento más insoportable aún. En lugar de ir al bar se asomó a una barandilla desde donde los podía observar sin ser visto. Ellos no miraban el espectáculo y se sonreían mirándose el uno al otro. Griffiths hablaba mucho, como de costumbre, y parecía que Mildred estaba pendiente de sus labios. Philip sintió un fuerte dolor de cabeza. Permaneció inmóvil. Sabía que si volvía a su localidad los fastidiaría; ¡se divertían mientras él sufría, sufría! Pasaba el tiempo y Philip, ante la idea de reunirse de nuevo con ellos, experimentaba un extraordinario embarazo. Estaba seguro de que no habían pensado en él ni un instante y reflexionó amargamente sobre el hecho de que había sido él precisamente quien pagó la cena y el teatro. Estaba haciendo lo que se dice el ridículo.

Sintió que le subía al rostro una llama de vergüenza.

¡Qué felices parecían! Instintivamente hubiera querido marcharse y dejarlos solos, pero no tenía ni sombrero ni abrigo, y para recuperarlos habría tenido que molestarse dando muchas explicaciones. Volvió a su localidad. Vio que una sombra de contrariedad oscureció los ojos de Mildred, y le dio un vuelco el corazón.

—Has estado por ahí mucho tiempo —observó Griffiths sonriendo cordialmente.

—He encontrado a unos amigos y nos hemos puesto a hablar. He tardado bastante en poderme librar de ellos. Pero mientras tanto pensaba que jimios os encontrabais perfectamente.

—Yo me he divertido muchísimo —contestó Griffiths—. No sé si Mildred se ha divertido.

La joven lanzó una carcajada de satisfacción, cuya vulgaridad causó horror a Philip, Éste propuso marcharse.

—Vamos —dijo Griffiths—. Os acompañaré a los dos.

Philip sospechó que era Mildred la que había sugerido esto para no quedarse sola con él.

En el coche, Philip no cogió la mano de la joven, mano que ella tampoco le ofreció; pero estaba seguro de que Griffiths y ella sí estaban cogidos de la mano. ¡Quién sabe lo que habrían combinado para verse a escondidas! Maldijo su idea de dejarlos solos; no había hecho otra cosa que facilitarles la ocasión.

—No despidamos el coche —dijo Philip cuando llegaron a casa de Mildred—. Estoy demasiado cansado para ir a pie.

Durante el trayecto, Griffiths charló alegremente, indiferente en apariencia a los monosílabos de Philip. Éste acentuaba más y más su descontento. Finalmente su silencio llegó a ser demasiado significativo y Griffiths, nervioso, dejó de hablar. Philip quería decir algo sobre el caso, pero su timidez se lo impedía; sin embargo, el tiempo pasaba y no debía desperdiciar la ocasión. Era mejor saber toda la verdad. Hizo un esfuerzo para hablar.

—¿Estás enamorado de Mildred? —preguntó de pronto.

—¿Yo? —y Griffiths se echó a reír—. Por eso has estado toda la noche tan raro, ¿verdad? Te aseguro que no, querido amigo.

Intentó deslizar la mano bajo el brazo de Philip, pero éste se lo impidió. Sabía que Griffiths mentía. Habría querido que le asegurara que había estrechado la mano de la joven cuando ésta iba también en el coche. De repente se sintió decaído y sin fuerzas.

—Para ti, Harry, la cosa no tiene importancia; ¡tienes tantas mujeres! No me la quites. Es toda mi vida. ¡He sido tan desgraciado!

Su voz enronqueció y no pudo evitar un sollozo. Experimentaba una insoportable sensación de vergüenza.

—Sabes muy bien, amigo mío, que por nada del mundo querría producirte ningún dolor. Te quiero demasiado. Sólo me he divertido. Si hubiera imaginado que ibas a tomar así la cosa habría tenido más cuidado.

—¿De veras?

—Esa muchacha no me importa lo más mínimo. Palabra de honor.

Philip lanzó un suspiro de alivio. El coche se había parado ante la puerta del hospedaje.

LXXV

Al día siguiente Philip se hallaba de excelente humor. Deseoso de no fastidiar a Mildred imponiéndole demasiado su compañía, decidió no verla hasta la hora de la cena. Cuando fue a buscarla la encontró arreglada y bromeó con ella a propósito de tan insólita puntualidad. La joven vestía un traje nuevo que él le había regalado. La felicitó por su elegancia.

—Es necesario que me ajusten un poco la falda porque no me está bien —contestó ella.

—Debes dar prisa a la modista si quieres llevarlo a París.

—¡Oh, lo tendré a tiempo!

—Faltan todavía tres días. Tomaremos el tren de las once, ¿verdad?

—Como quieras.

Durante casi un mes la tendría para él solo. La miró con ávida adoración. Se sentía incluso capaz de reírse de su propia pasión.

—Me gustaría saber qué es lo que encuentro en ti.

—¡Qué galante eres!

Mildred estaba tan delgada que casi se adivinaba su esqueleto. Tenía el seno tan liso como el de un muchacho. Su boca, de labios finos y delgados, era cualquier cosa menos bella, y aquella piel de color verdoso…

—Te daré unas cuantas píldoras Blaud mientras estemos fuera —dijo Philip—. Volverás a casa gruesa y colorada.

—No me gusta engordar.

No hablaron para nada de Griffiths, pero mientras cenaban Philip quiso bromear, creyéndose seguro de sí y de su poder sobre ella.

—Me parece que anoche coqueteaste de lo lindo con Griffiths.

—¿No te he dicho que estoy enamorada de él? —replicó riendo Mildred.

—Menos mal que él, por su parte, no ha perdido la cabeza.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo he preguntado.

La joven dudó un momento mirando a Philip; una luz extraña apareció en sus ojos.

—¿Quieres leer la carta que he recibido esta mañana?

Le entregó un sobre en el que Philip reconoció la letra clara y petulante de Griffiths. La carta constaba de ocho páginas; era una carta agradable y sincera, de hombre habituado a hacer la corte a las mujeres. Decía a Mildred que la amaba apasionadamente, que se había enamorado de ella en el primer momento. Había luchado contra aquel amor conociendo como conocía el afecto de Philip por ella, pero no le era posible hacer otra cosa. Se avergonzaba de ello, ya que Philip era un amigo

muy querido, pero la pasión le dominaba. Le dedicaba algunos cumplimientos deliciosos y, en fin, le daba las gracias por haber consentido en comer con él y hablaba de la impaciencia que sentía por verla. Philip observó que la carta estaba fechada la noche antes. Su amigo debía de haberla escrito después de dejarle a él, bajando a la calle para echarla al buzón.

Philip la leyó con el corazón dolorido, pero consiguió esconder su sorpresa. Se la devolvió a Mildred sonriendo con calma.

—¿Te divertiste durante la cena?

—Bastante.

Philip notó que le temblaban las manos y las escondió bajo la mesa.

—No debes tomar a Griffiths demasiado en serio. Le gusta mariposear en todas partes.

Mildred miró de nuevo la carta.

—No puedo hacer nada —dijo tratando de dar a su voz un tono de indiferencia—. No sé qué me ha sucedido.

—Me parece una cosa divertida, ¿no te parece a ti lo mismo?

La joven le lanzó una rápida mirada.

—Debo reconocer que lo tomas con cierta calma —repuso.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que me arranque los cabellos?

—Estaba segura de que te enfadarías.

—Lo extraño es que no me haya enfadado. Debía habérmelo imaginado. He sido un idiota haciendo que le conocieras. Sé perfectamente que Harry vale mucho más que yo. Es mucho más brillante, guapo, divertido, y sabe hablarte de cosas que te interesan.

—No sé qué es lo que quieres decir. Si no soy inteligente no es culpa mía. Pero no soy tan estúpida como crees. Esto puedo asegurártelo. Tú eres muy poco superior, mi joven amigo.

—¿Quieres pelearte conmigo? —le preguntó Philip con dulzura.

—No, pero no comprendo por qué me has de tratar como si fuera una nulidad.

—Perdóname, no quería ofenderte. Sólo quiero aclarar la situación. He visto que te sientes atraída por él, y eso me parece natural. Lo único que me hiere es que él te haya alentado. Sabía cuánto te quiero, y no deja de estar mal hecho escribirte una carta semejante cinco minutos después de haberme dicho que le tenías completamente sin cuidado.

—Si crees que vas a lograr que me guste menos diciendo cosas malas de él, te equivocas.

Philip permaneció en silencio durante un instante. No sabía qué palabras emplear para hacerle comprender su punto de vista. Hubiera querido hablarle fríamente, pero estaba tan trastornado que se dio cuenta de que sus pensamientos se confundían.

—No vale la pena de que lo sacrifiques todo por un capricho, que sabes que no ha de durar. Griffiths no quiere nunca más de diez días. Tú eres bastante fría. Este género de relaciones no son precisamente tu fuerte.

—Eres tú el que lo cree así.

El tono iracundo adoptado por Mildred hacía que a Philip le fuera más difícil continuar.

—Si estás enamorada de él no es culpa mía. Yo intentaré soportar esta prueba lo mejor que pueda. Nos entendemos bastante bien tú y yo y me parece que no me he portado mal contigo, ¿no es verdad? Sé que no me amas, pero me tienes cierto afecto. En París olvidarás a Griffiths. Intenta no pensar en él y verás cómo le olvidas. Creo, después de todo, que merezco que tú hagas algo por mí.

Ella no respondió. Continuaron comiendo. Cuando el silencio se hizo demasiado pesado, Philip empezó a hablar de cosas indiferentes, fingiendo no darse cuenta de que Mildred no le escuchaba. Por último ella le interrumpió de pronto en mitad de una frase.

—Philip, creo que no podré salir el sábado. El doctor me lo aconseja.

Philip sabía que no era verdad, pero le preguntó:

—Entonces, ¿cuándo podremos irnos?

Mildred le miró y vio que estaba pálido y rígido. Dirigió a otra parte la mirada. En aquel momento le daba un poco de miedo.

—Es mejor decírtelo de una vez. No iré contigo.

—Suponía que llegaríamos a esto, pero ahora es demasiado tarde. He tomado dos billetes y lo he arreglado todo.

—Dijiste que no me llevarías si no lo deseaba y yo no tengo ningún deseo de ir.

—He cambiado de idea. Estoy cansado de sufrir tus caprichos. Tienes que acompañarme.

—Te quiero mucho, Philip, pero como amigo. La idea de tener contigo otras relaciones me resulta insoportable. No te quiero de ese modo. No podría.

—Pero hace una semana no pensabas así.

—Entonces era diferente.

—¿Por qué no habías conocido todavía a Griffiths?

—Has dicho también tú que no es culpa mía si estoy enamorada de él.

Mildred mantenía los ojos fijos en el plato, con una expresión de terquedad. Philip estaba pálido de ira. Hubiera querido deshacerle el rostro a fuerza de puñetazos e intentó imaginársela con un bello cardenal debajo de un ojo. En una mesa cercana dos muchachos de dieciocho años lanzaban de vez en cuando una mirada a Mildred. Seguramente le envidiaban a él porque cenaba con una mujercita elegante y hubieran querido estar en su lugar.

Fue Mildred la que rompió el silencio.

—¿A qué conduciría el marcharnos juntos? Yo pensaría constantemente en él. No sería divertido para ti.

—Eso es asunto mío.

Mildred reflexionó sobre lo que quería decir aquella respuesta y enrojeció.

—Pero eso es abominable.

—¿Y pues?

—Te creía un *gentleman* en toda la extensión de la palabra.

—Estabas en un error.

Esta respuesta le pareció divertida y se echó a reír.

—¡Por el amor de Dios, no te rías! —exclamó Mildred—. No puedo marchar contigo. Me disgusta. Sé que no me he conducido bien contigo, pero ciertas cosas no pueden hacerse a la fuerza.

—¿Has olvidado que cuando estabas en el atolladero he hecho todo lo que había que hacer por ti? He gastado manteniéndote hasta el nacimiento de la niña; he pagado al médico y todo lo demás; he pagado tu estancia en Brighton y estoy pagando todavía por la niña. Pago tus vestidos. Todo lo que llevas encima está pagado por mí.

—Si fueras un *gentleman* no me echarías en cara lo que has hecho por mí.

—¡Oh, por caridad, cállate! ¿Crees que puede importarme ser un *gentleman*? Si lo fuera no perdería el tiempo con una mujer vulgar como tú. No me importa nada que me ames o no. Estoy cansado de que te burles de mí, y tú vendrás conmigo a París el sábado que viene, o de lo contrario sufrirás las consecuencias de tu negativa.

Mildred estaba roja de cólera, y cuando respondió lo hizo con voz ronca y la expresión de su rostro en aquel momento era vulgar; en aquel instante se olvidaba completamente de hablar con la pronunciación afectada y seudo-distinguida que procuraba usar siempre.

—No te he amado nunca, nunca; pero tú te has empeñado en imponerte a mí. Tus besos me han disgustado siempre, y ahora preferiría morirme de hambre antes de que me tocases.

Philip intentó ingerir la comida que tenía ante sí, pero su garganta se resistió. Se bebió un vaso de vino y encendió un cigarrillo. Todos los miembros le temblaban. No habló. Esperó que la joven diera señales de quererse marchar, pero Mildred estaba sentada en silencio y con los ojos fijos en el mantel. Si hubieran estado solos, Philip la habría abrazado y besado con pasión; con la imaginación veía el largo cuello blanco inclinado hacia atrás mientras él apretaba sus labios contra los de ella. Permanecieron una hora en silencio. Finalmente, Philip tuvo la impresión de que el camarero los miraba con curiosidad. Pidió la cuenta.

—¿Nos vamos? —preguntó con calma.

La joven no respondió, pero cogió los guantes y el bolso y se puso el abrigo.

—¿Cuándo vas a volver a ver a Griffiths?

—Mañana —fue la indiferente respuesta.

—Será mejor que tú hables de todo esto con él.

Mildred abrió maquinalmente el bolso y sacó una hoja de papel.

—He aquí la cuenta de este vestido —dijo titubeando.

—¿Y qué?

—He prometido que lo pagaría mañana.

—¿De veras?

—¿Es que piensas negarte a pagarlo después de haber dicho que podía encargarlo?

—Sí.

—Entonces pediré el dinero a Harry —declaró la joven enrojeciendo.

—Le satisfaría ayudarte. Pero en este momento me debe siete libras y la semana pasada empeñó su microscopio porque no tenía un céntimo.

—No creas que me das miedo. Sé ganarme la vida.

—Es lo mejor que puedes hacer. No pienso darte ni un céntimo más.

Mildred pensó en la semana de pensión que debía y en el dinero que había de enviar para la niña; el sábado siguiente tenía que pagar ambas cosas. Pero no dijo ni una palabra. Salieron del local. Ya en la calle, Philip le preguntó:

—¿Busco un coche para ti? Yo me iré andando.

—No tengo dinero. Hoy he tenido que pagar una cuenta.

—No te irá mal andar un poco. Si mañana tuvieras necesidad de verme, acuérdate que estaré en mi casa a la hora del té.

Se quitó el sombrero y se alejó. Pasado un momento volvió la cabeza y vio que Mildred permanecía donde la había dejado, mirando con aire desconsolado a los que pasaban. El joven retrocedió, y, riendo, le puso en la mano una moneda.

—Ahí tienes dos chelines para que vuelvas a tu casa.

Antes de que Mildred hubiera podido abrir la boca, Philip desapareció.

LXXVI

La tarde del día siguiente, Philip, sentado en su habitación, se preguntaba si iría Mildred. Había dormido mal. Toda la mañana se la pasó en la Asociación de Estudiantes leyendo los periódicos. En aquella época se habían marchado casi todos sus compañeros, pero encontró a dos que estaban todavía en Londres y pudo cambiar con ellos algunas frases y jugar una partida de ajedrez. Gracias a todo esto pudo distraerse durante aquellas horas interminables. Después del almuerzo se encontraba tan cansado y tenía tanto dolor de cabeza que volvió a su casa y se echó en la cama. Intentó leer un periódico. No tenía ninguna noticia de Griffiths. Su amigo no estaba en su casa la noche anterior, cuando Philip regresó; éste oyó a Griffiths subir más tarde, pero aquella noche Griffiths no se acercó a ver si Philip dormía como solía hacer casi siempre. Por la mañana Griffiths salió a primera hora. Era evidente que trataba de no dejarse ver. De pronto oyó que llamaban suavemente a la puerta. Apresuróse a abrir. Mildred, inmóvil, se hallaba en el umbral.

—Entra —dijo Philip.

Mildred penetró en la habitación y el joven cerró la puerta.

Ella tomó asiento. Parecía costarle trabajo empezar.

—Gracias por los dos chelines de anoche —dijo por fin.

—No hay de qué.

La joven le dedicó una ligera sonrisa. A Philip le pareció la mirada de la joven como la tímida mirada de un perrito que ha sido castigado por haber cometido una travesura y que se esfuerza en recuperar la gracia del amo.

—He almorzado con Harry.

—¿De veras?

—Y si todavía tienes intención de llevarme contigo el sábado, iré.

Un temblor de triunfo recorrió el cuerpo de Philip, pero la sensación duró sólo un segundo, siendo seguida de una sospecha.

—¿A causa del dinero? —preguntó.

—En parte —respondió Mildred con sencillez—. Harry no puede hacer nada. Debe cinco semanas a la patrona de su casa y siete libras a ti. Su sastre le persigue. Estaría dispuesto a empeñar cualquier cosa, pero lo ha empeñado ya todo. Yo, por mi parte, he convencido a la modista para que se espere algunos días y el sábado he de pagar mi pensión. No puedo encontrar trabajo a las primeras de cambio. Es necesario esperar siempre un poco hasta que haya un puesto libre.

Dijo todo esto en un tono lastimero, como si hablase de la injusticia de un destino inexorable. Philip no respondió. Sabía perfectamente cuanto aquello significaba.

—¿Has dicho «en parte»? —preguntó al cabo.

—Sí. Harry dice que te has portado muy bien tanto con él como conmigo.

Conmigo has hecho lo que ningún otro hombre hubiera hecho, y ha añadido que es necesario ser leal contigo. Ha dicho también lo que ya me habías dicho tú, que él es voluble y que yo sería una loca si te perdiera por su causa, añadiendo que lo de él no durará y lo tuyo sí.

—Pero ¿tú «deseas» venir conmigo?

—A mí me es indiferente.

Con los labios contraídos por una expresión de sufrimiento la miró. Había, pues, triunfado y la tenía sometida. En sus labios se dibujó una sonrisa de ironía ante la propia humillación. Mildred le dirigió una rápida mirada, pero no habló.

—Había saboreado tanto por anticipado la alegría de este viaje… —murmuró el joven—; creía, después de tantos dolores, tener derecho a un poco de felicidad.

No terminó la frase. De repente Mildred rompió en lágrimas. Estaba sentada en el sillón donde había estado Nora y lloraba como había hecho ella, apoyando el rostro en el respaldo, el cual aparecía un poco reluciente de las cabezas que se habían apoyado en él.

«No soy afortunado con las mujeres», pensó Philip.

El cuerpo delgado de Mildred era sacudido por los sollozos. Philip no había visto llorar nunca a una mujer de modo tan desesperado. Era un espectáculo que le despedazaba el corazón.

—¿Eres muy desgraciada? —le preguntó finalmente.

—Quisiera haber muerto cuando nació la pequeña.

Tenía el sombrero torcido y Philip se lo quitó. Le colocó la cabeza más cómodamente, se sentó en la mesa escritorio y la miró.

—¿Verdad que es terrible el amor? ¿Cómo es posible que haya alguien que desee estar enamorado?

La violencia de los sollozos disminuyó y Mildred se abandonaba en la poltrona con la cabeza inclinada hacia atrás y los brazos colgando. Tenía el aspecto grotesco de uno de esos maniquíes de que se sirven los pintores para pintar los trajes.

—No sabía que le quisieras tanto —dijo Philip.

Comprendía el amor de Griffiths porque se ponía en su lugar; veía con sus ojos, tocaba con sus manos, conseguía meterse en su cuerpo, besar a Mildred con su boca, sonreírle con sus ojos azules, pero la turbación de ella le asombraba. No la había creído nunca capaz de amar. Y aquello era amor, no había duda. Le pareció que algo se despedazaba en su corazón y de pronto se sintió extraordinariamente desanimado.

—No quiero hacerte desgraciada. No quiero que vengas conmigo si no lo deseas. Te daré igualmente dinero.

Mildred inclinó la cabeza.

—He dicho que iré.

—Pero ¿por qué si estás enferma de amor por él?

—Ésa es precisamente la palabra exacta: estoy enferma. Sé, como lo sabe él, que no durará; pero, por el momento…

Se interrumpió y cerró los ojos como si se fuera a desvanecer. Una extraña idea se le ocurrió a Philip. Sin reflexionar la soltó.

—¿Por qué no te vas con él?

—¿Y cómo? Sabes muy bien que no tenemos dinero.

—Os lo daré yo.

—¿Tú?

Se irguió y le miró. Sus ojos empezaron a brillar y sus mejillas a recuperar los colores.

—Seguramente lo mejor será satisfacer este capricho tuyo; luego volverás a mí.

Después de haber hecho aquella proposición se sintió morir, pero mezclada a aquella angustia experimentaba una sensación extraña y sutil. Mildred le miró con ojos extraviados.

—Pero ¿cómo será posible con tu dinero? Harry no querrá oír hablar de ello.

—¡Oh, sí! Aceptará si tú le convences.

La objeción de Mildred le empujaba a insistir, porque en el fondo del corazón deseaba una negativa violenta y definitiva.

—Os daré cinco libras para que podáis estar fuera desde el sábado hasta el lunes. Luego él se marchará a casa de su familia hasta el momento de empezar su servicio en el hospital.

—Pero, Philip, ¿de veras harás eso? —exclamó Mildred juntando las manos—. Si nos das para que nos vayamos… te querré tanto después que haré todo lo que tú quieras. Podrás pedirme cualquier cosa. ¿Nos darás de veras ese dinero?

—Sí.

Mildred aparecía ahora completamente cambiada. Empezó a reír. Philip se dio cuenta de que estaba transfigurada por una alegría loca. Fue a arrodillarse ante Philip, cogiéndole las manos.

—Eres un tesoro, Philip. El mejor muchacho que he conocido nunca. Pero, después, ¿no estarás enfadado conmigo?

Philip negó sonriendo, pero con el corazón encogido.

—¿Puedo ir a decírselo en seguida a Harry? ¿Puedo añadirle que no te disgusta? No consentirá si tú no le aseguras que no te importa nada. ¡Oh, no sabes cuánto le amo! Luego haré todo lo que tú quieras. El lunes saldré contigo para París o donde te parezca —se levantó y se puso el sombrero.

—¿Adónde vas?

—A preguntarle si quiere llevarme fuera estos dos días.

—¿Ya?

—¿Prefieres acaso que me quede aquí? Si quieres me quedo.

Se sentó, pero Philip dejó escapar una breve risa.

—No me importa. Mejor es que te vayas en seguida. Una advertencia solamente. No deseo ver ahora a Griffiths. Su vista me haría demasiado daño. Dile que no estoy enfadado, pero que le ruego que no me siga los pasos.

—Perfectamente —se alzó de un salto y se puso los guantes—. Te contaré lo que me diga.

—¿Puedes cenar conmigo esta noche?

—Muy bien.

Le ofreció el rostro para que le diera un beso y cuando él acercó sus labios a los de ella le echó los brazos al cuello.

—Eres un ángel, Philip.

Un par de horas después le envió un billetito diciéndole que tenía dolor de cabeza y que no podía cenar con él. Philip se lo esperaba. Estaba seguro de que iría a cenar con Griffiths. Sentíase horriblemente celoso, si bien impotente ante la pasión que había atado a los dos como si un dios los hubiese visitado. Parecía natural que se amaran. Philip reconocía la superioridad de Griffiths y pensaba que en lugar de Mildred hubiese hecho como ella. Lo que le dolía más era la traición del joven. Siendo tan buenos amigos, y conociendo su amor por Mildred, Griffiths debía haber respetado aquel amor.

No volvió a ver a la joven hasta el martes. Mientras tanto experimentó un morboso deseo de verla. Pero cuando la vio se dio cuenta de que él había sido desalojado por completo del pensamiento de Mildred, ahora ocupado del todo por Griffiths; sintió que la odiaba. Entonces comprendió por qué se amaban. Griffiths era estúpido, muy estúpido. Philip lo sabía hacía mucho tiempo, pero nunca había querido confesárselo. Estúpido y sin aliento. Su encanto personal escondía un profundo egoísmo. Por satisfacer su apetito era capaz de sacrificar a cualquiera. Y ¡qué innoble era aquella vida suya de un local a otro, de un amor a otro! No leía nunca un libro como recreo, y era ciego para todo lo que no fuese frívolo y vulgar. Nunca un pensamiento delicado. La palabra que más frecuentemente brotaba de sus labios era *chic*. Éste era su mejor elogio para un hombre o para una mujer. No era nada de extraño que le gustase Mildred. Estaban hechos el uno para el otro.

Philip habló con Mildred de cosas que no les interesaban a ninguno de los dos. Philip estaba seguro de que ella hubiese querido hablar de Griffiths, pero no le dio ocasión de hacerlo. No hizo la menor alusión a lo de haber rehusado cenar con él dos noches antes. Quería darle la impresión de que de improviso sentía una gran indiferencia, y demostró una habilidad especial para decirle cosas que sabía que habían de herirla, pero lo hizo con una delicada crueldad para que no tuviera motivo de sentirse ofendida. Al cabo la joven se puso en pie.

—Es necesario que me vaya.

—Me parece bien; debes de tener mucho quehacer.

Mildred le tendió la mano. Philip la tomó, despidióse, y abrió la puerta. No ignoraba lo que la joven quería decirle y también sabía que su aire frío e irónico la intimidaba. A veces su timidez le daba un aspecto tan glacial que sin querer asustaba a la gente. Dándose cuenta, asumía aquella expresión voluntariamente cuando lo consideraba oportuno.

—¿No has olvidado tu promesa? —dijo al fin Mildred mientras Philip sostenía la puerta abierta por ella.

—¿A propósito de qué?

—A propósito del dinero.

—¿Cuánto necesitas?

El tono frío que empleaba el joven hacía que sus palabras resultaran particularmente ofensivas. Mildred enrojeció. ¡Cómo lo odiaría en aquel momento! ¡Y cómo tenía él que esforzarse para no cogerla por la garganta! Philip deseaba hacerla sufrir.

—Tengo que pagar la pensión mañana. Y no necesito nada más. Harry no quiere irse, así que no tenemos necesidad de dinero para nuestra excursión.

El corazón de Philip se puso a latir violentamente. Él dejó la puerta, que se cerró dando un portazo.

—¿Y por qué no quiere?

—Dice que es imposible con tu dinero.

Un demonio pareció apoderarse de Philip, el demonio secreto que siempre le obligaba a atormentarse. Deseaba con toda su alma no ver que Mildred y Griffiths se marchasen juntos y, a pesar de ello, se le ocurrió hacer todo lo posible para persuadir a su amigo por conducto de la joven.

—No veo por qué desde el momento que yo consiento.

—Es lo que me ha dicho.

—Si tuviera ganas de veras no dudaría.

—¡Oh, lo desea muchísimo! Si tuviera el dinero nos iríamos en seguida.

—Si siente tantos escrúpulos te daré el dinero a ti.

—Le he dicho que si quiere podemos aceptar el dinero a título de préstamo, para devolvértelo en cuanto sea posible.

—Es una verdadera novedad para ti tenerte que arrodillar delante de un hombre para que te lleve de excursión, ¿no es cierto?

—Bastante —respondió Mildred con una risita impúdica.

Philip sintió que un ligero estremecimiento le recorría la espina dorsal.

—Entonces ¿qué vais a hacer?

—Nada. Él regresa a su casa a la fuerza.

Aquello era para Philip la salvación. Cuando Griffiths no estuviera ya allí él

recobraría a Mildred. No conociendo a nadie en Londres la joven se vería obligada a aceptar su compañía y, una vez sola con él, Philip conseguiría muy pronto hacerle olvidar aquel capricho. Para ello hubiese bastado no decir más. Pero experimentaba un malsano deseo de hacer desaparecer los escrúpulos de la pareja, de ver hasta qué punto se iban a portar mal con él. Si insistía un poco más, cederían. La idea de su ignominia hacía que sintiera una alegría feroz. Aun sintiéndose lacerado a cada palabra, experimentaba ante aquella tortura un terrible placer.

—Piensa que es un placer que gozaréis ahora o nunca.

—Es lo que yo le he dicho.

En su voz había un acento de pasión que hirió a Philip. Nervioso, se mordía las uñas.

—¿Adónde habéis pensado ir?

—A Oxford. Es allí donde realizó sus estudios y quiere que visite el colegio.

Philip recordó que una vez Griffiths le había hablado del fastidio que le producía sólo pensar en ello.

—Y me parece que el tiempo se presenta magnífico. El clima allí debe de ser muy agradable.

—He hecho todo lo posible por convencerle.

—¿Por qué no haces otra tentativa?

—¿Le digo que tú deseas que vayamos?

—Eso me parece un poco exagerado.

Durante un par de minutos ella le miró. Philip intentó mirarla a su vez cordialmente. La odiaba, la despreciaba, la amaba con toda su alma.

—¿Sabes lo que voy a hacer? Voy a ver si sigue mostrándose tan inflexible. Si dice que sí, mañana vengo a buscar el dinero. ¿A qué hora estarás en casa?

—Regresaré después del almuerzo y te esperaré.

—Muy bien.

—Ahora voy a darte el dinero para el vestido y para tu habitación.

Acercóse a la mesa de escribir y sacó todo el dinero que poseía. Para el traje se necesitaban seis guineas. Luego había que pagar la habitación, la comida y la pensión de la niña. Le dio ocho libras y diez chelines.

—Mil gracias —dijo la joven, marchándose.

LXXVII

Después de haber almorzado en los sótanos del hospital, Philip regresó a su casa. Como cada sábado la dueña estaba limpiando la escalera.

—¿Está en casa mister Griffiths? —le preguntó Philip.

—No. Se ha ido esta mañana poco después de haber salido usted.

—Pero ¿no vuelve?

—Creo que no. Se ha llevado su equipaje.

Perplejo, Philip cogió un libro y se puso a leer. Era el *Viaje a la Meca* de Burton, que había sacado de la biblioteca de Westminster. Leyó la primera página, pero no comprendió nada, pues tenía la mente en otra parte. Estaba con el oído alerta por si oía el ruido de la campanilla.

No se atrevía a pensar que Griffiths se hubiera ido al Cumberland a reunirse con su familia, sin preocuparse de Mildred. Seguramente ésta vendría dentro de poco a buscar el dinero. Apretó los dientes e intentó concentrar su atención en la lectura. Hubiera querido no haber hecho nunca aquella terrible proposición, pero ahora que ya la había hecho no tenía fuerza suficiente para volverse atrás. Existía en él una morbosa obstinación que le obligaba a hacer lo que había decidido de antemano. Se dio cuenta de que las tres páginas leídas no le habían producido la menor impresión. Volvió a empezar, pero se sorprendió leyendo veinte veces el mismo fragmento, que se entretejía con sus ideas hasta constituir una obsesionante pesadilla. Hubiese podido salir y permanecer fuera hasta medianoche. A aquella hora no había ya trenes e imaginaba a los dos amantes yendo varias veces a su casa para preguntar si él había vuelto ya. La idea de la desilusión que iban a llevarse le causó cierta alegría. Continuaba repitiéndoselo maquinalmente. Pero no, no podía hacer aquello; sería mejor dejarlos que fueran a buscar el dinero. De esta forma podría saber toda la profundidad a que puede descender la abyección humana. No podía continuar leyendo. No veía las palabras. Se apoyó en la silla, con los ojos cerrados, y esperó anonadado por el dolor.

La patrona entró.

—¿Quiere usted recibir a mistress Miller?

—Hágala pasar.

Hizo acopio de fuerzas para recibirla sin dejar traslucir sus sentimientos. Su deseo hubiera sido ponerse de rodillas, cogerle las manos y pedirle que no fuera, pero de sobra sabía que no la habría conmovido y que luego hubiera ido a contárselo a Griffiths. Sintió vergüenza.

—¿Se hace, pues, ese viajecito? —preguntó alegremente.

—Estamos a punto. Harry me espera fuera. Le he dicho que no querías verle. Pero a él le gustaría entrar un momento para saludarte.

—No, no quiero.

Se dio cuenta de que a la joven no le importaba lo más mínimo que él recibiera o no a Griffiths; Philip sintió deseos de que Mildred se marchara cuanto antes.

—Toma, aquí tienes las cinco libras. Ahora es mejor que te vayas.

Mildred tomó el cheque dándole las gracias. Luego se volvió para irse.

—¿Cuándo volveréis?

—El lunes. Harry tiene que ir a casa de su familia.

Philip sintió que lo que iba a decir era humillante a más no poder, pero el deseo y los celos fueron más fuertes que él.

—Te veré cuando vuelvas, ¿verdad?

Sin querer, habló con acento suplicante.

—Sí. Ya te mandaré noticias.

Le estrechó la mano. Philip, a través de la cortina la vio subir a un coche que estaba ante la puerta y que inmediatamente se puso en marcha. El joven se arrojó en la cama y escondió el rostro entre las manos. Sintió que las lágrimas acudían a sus ojos y se irritó. Apretó los puños y se puso rígido para no llorar, pero no pudo evitarlo y largos sollozos de dolor le sacudieron.

Al fin, extenuado y avergonzado, se puso en pie y se lavó el rostro. Bebió un whisky con poquísima soda, que le sentó muy bien. Descubrió los billetes para París, que estaban encima de la chimenea, y en un impulso de ira los arrojó al fuego. Sabía que hubiera podido devolverlos y hacer que le restituyeran el dinero, pero experimentó cierto alivio destruyéndolos. A continuación salió para buscar alguna compañía; sería raro no encontrar quien le diese un poco de conversación. Pero el Círculo estaba vacío. Sabía que Lawson estaba en el extranjero; fue a buscar a Hayward. En casa de éste le informó la camarera de que su amigo se había marchado a Brighton a pasar el fin de semana. Se dirigió entonces a una exposición de pintura, pero dio la casualidad de que llegó en el momento en que cerraban el local. ¿Qué hacer? Estaba fuera de sí. La idea de que Griffiths y Mildred eran felices el uno al lado del otro, en un departamento de tren, le perseguía. Volvió a su casa, pero el ambiente le llenó de horror. ¡Había sufrido tanto! Intentó leer nuevamente, pero mientras recorría las páginas no hacía otra cosa que llamarse estúpido.

Se bebió unos vasos de whisky y se echó en la cama, donde cayó en un sueño sin pesadillas que duró hasta las doce del día siguiente.

LXXVIII

Por fin llegó el lunes y Philip creyó terminada la larga tortura. Consultando el horario, vio que el último tren que podía tomar Griffiths para ir a su casa aquella noche salía de Oxford a la una, y supuso que Mildred tomaría el que salía para Londres pocos minutos después. Hubiera querido ir a esperarla a la estación, pero pensó que a la joven le gustaría permanecer sola durante un día. Sin duda por la noche le mandaría dos líneas para advertirle de su regreso; de no ser así pasaría él por casa de Mildred al día siguiente.

Su cólera se había desvanecido. Sentía un odio amargo hacia Griffiths, pero a pesar de las torturas sufridas no sentía por Mildred otra cosa que un deseo agudo. Se alegraba de no haber encontrado a Hayward el sábado anterior, cuando tenía tanta necesidad de hablar con alguien; seguramente no habría podido menos de contárselo todo, y Hayward, estupefacto ante su debilidad, le habría despreciado. Seguramente le hubiera repugnado el hecho de que existiera la eventualidad de que él tomara a Mildred por amante después de haberla entregado a otro hombre. Pero ¿qué le importaba? Se hallaba dispuesto a todas las componendas, a todas las humillaciones, por degradantes que fueran, con tal de satisfacer su ardor.

Cuando llegó la noche, sus piernas, en contra de su voluntad, le llevaron a la casa habitada por ella. Alzó los ojos hacia la ventana: no había luz. No se atrevió a preguntar si había vuelto: tenía fe en su promesa. Pero al día siguiente, no habiendo recibido ninguna carta, se presentó en casa de Mildred, hacia mediodía. La patrona le dijo que la joven no había vuelto. ¿Qué había pasado? Griffiths tenía que estar en su casa a última hora del día anterior para asistir a una boda, y Mildred no tema dinero. Philip elaboró unas cuantas hipótesis. Volvió por la tarde y le dejó una carta en la que le rogaba que aquella noche fuera a cenar con él como si nada hubiera sucedido. Fijó la hora y el lugar de la cita, a la que asistió puntualmente, aunque sin esperanzas de que la joven apareciera. La esperó inútilmente durante una hora, mandó a un muchacho con una carta y la orden de llevarle la respuesta. Pasada una hora el muchacho volvió con la carta intacta y diciendo que la señora en cuestión no había vuelto. Philip se hallaba fuera de sí. Aquella última desilusión era superior a sus fuerzas. Continuaba repitiéndose que aborrecía a la joven y, echando la culpa a Griffiths de este último engaño, empezó a sentir tal odio hacia él que comprendía la alegría salvaje que algunos asesinos experimentaban ensañándose con sus víctimas; se paseaba por su habitación pensando en esperarle por la calle, de noche, para clavarle un cuchillo en la garganta, en la misma carótida, y dejarle que muriera desangrado.

Estaba fuera de sí por el dolor y la rabia. No le gustaba el whisky, pero se dedicó a beberlo para embrutecerse. El martes y el miércoles se acostó borracho.

El jueves por la mañana se levantó tarde. Pálido y con los ojos cansados, se trasladó al salón para ver si había alguna carta. Una extraña sensación se apoderó de él, encogiéndole el corazón, cuando reconoció en un sobre la letra de Griffiths.

Mi viejo amigo:

No sé cómo empezar a escribirte; y, sin embargo, siento la necesidad de hacerlo.

Tengo la esperanza de que no estés demasiado encolerizado conmigo. Sé que no habría debido marcharme con Mildred, pero no me ha sido posible dejar de hacerlo; me trastornó por completo y habría hecho cualquier cosa por poseerla. Cuando vino a decirme que tú ofrecías el dinero para que nos marcháramos juntos, no supe resistir. Y ahora que la aventura ha terminado, me avergüenzo de mí y me arrepiento de haberme mostrado tan idiota. Escríbeme unas líneas para decirme que no estás demasiado enfadado conmigo y deja que vaya a verte. Me disgusté mucho cuando ella me dijo que no querías verme. Escríbeme. Sé bueno y perdónanos. Con ello me quitarás un peso del corazón. He pensado que seguramente tienes bastante dinero desde el momento que nos has ofrecido esas libras. Pero sé que no debí aceptar. Estoy en casa de mi familia desde el lunes y Milly quiso quedarse en Oxford dos días más. Volverá a Londres el miércoles; así que cuando recibas esta carta ya la habrás visto y espero que todo vuestro asunto esté arreglado. Escríbeme y dime que me perdonas. Te lo ruego, escríbeme en seguida.

Siempre tuyo,

Harry.

Philip arrugó la carta con rabia. No tenía intención de contestar, despreciaba a Griffiths por sus excusas, y los escrúpulos de conciencia le impacientaban. Se puede obrar mal, pero es necesario arrepentirse en seguida. Aquella carta era cobarde e hipócrita. Su sentimentalismo le disgustaba.

—Es muy cómodo hacer una porquería —murmuró— y luego querer repararla con unas cuantas excusas.

Deseó con toda su alma jugar alguna vez una mala partida a Griffiths.

Sea lo que fuere, ahora sabía ya que Mildred estaba en la ciudad. Se vistió a toda prisa, sin afeitarse siquiera; bebióse una taza de té y salió a buscar un coche que le condujera a casa de Mildred. Le parecía que el caballo andaba a paso de tortuga. Ansioso por verla, murmuraba inconscientemente una plegaria, dirigida al Dios en que no creía, para que la joven le acogiera bondadosamente. No pedía otra cosa que olvido. El corazón le latía apresuradamente cuando hizo sonar la campanilla. Su

apasionado deseo de tenerla entre sus brazos ahogó todos los sufrimientos padecidos.

—¿Está en casa mistress Miller? —preguntó alegremente.

—Se ha marchado —respondió la camarera.

Philip la miró estupefacto.

—Hace aproximadamente una hora que vino a buscar toda su ropa.

Por un momento no supo qué decir.

—¿Le ha dado usted mi carta? ¿Ha dicho adonde iba?

Comprendió. Mildred le había engañado una vez más. No volvería a él. Hizo un esfuerzo para salvar las apariencias.

—Bien. Ya me advertirá. Seguramente me habrá escrito a otra dirección.

Volvió a su casa desanimado. Era de esperar una cosa así. Aquella mujer no le había querido nunca y se burló de él desde el primer momento. Carecía de piedad, de bondad, de caridad. No había otro remedio que resignarse ante lo inevitable. Le vino a las mientes que sería fácil acabar con aquel dolor, que bastaba con echarse al río o bajo las ruedas de un tranvía; pero, apenas se le ocurrió esto, se rebeló. La razón le decía que con el tiempo llegaría a superar aquel dolor; con un poco de voluntad lograría olvidarla; era ridículo suicidarse por una vulgar ramera. Tenía una sola vida que vivir y hubiera sido una locura renunciar a ella. *Sentía* que no podía vencer su pasión, pero *sabía*, al mismo tiempo, que era una cuestión de tiempo el lograrlo.

No quería permanecer en Londres. Todo le recordaba su desdicha. Telegrafió a su tío diciéndole que salía para Blackstable; hizo su equipaje rápidamente para tomar el primer tren. Deseaba abandonar aquella estancia en la que tanto había sufrido. Tenía necesidad de aire puro. Estaba disgustado de sí mismo. Comprendía que se encontraba a las puertas de la locura.

Desde su juventud disponía Philip en el vicariato de la mejor habitación de las destinadas a los huéspedes. Era una estancia situada en un ángulo, que tenía delante de una de sus ventanas un gran árbol que le tapaba el horizonte. Pero desde la otra ventana, la que daba al jardín y al huerto, la mirada alcanzaba a ver una amplia pradera. Philip recordaba la tapicería que había visto desde la infancia. De las paredes prendían algunas singulares acuarelas del período Victoriano, pintadas por un amigo de juventud del vicario. Poseían un encanto desvanecido y antiguo. La mesa-tocador estaba rodeada de un adorno de muselina blanca almidonada. Había en la habitación un gran armario de nogal para guardar los trajes. Philip dejó escapar un suspiro de alegría. Nunca se había dado cuenta de que sentía tanto aprecio por todas aquellas cosas. En el vicariato la vida proseguía igual. Nada había cambiado; el vicario continuaba comiendo las mismas comidas, diciendo las mismas frases, dando el mismo paseo todos los días. Había engordado un poco más, se había vuelto un poco más taciturno, un poco más mezquino. Se había acostumbrado a vivir sin la mujer y no sentía su falta. Continuaba peleándose con Graves. Philip fue a visitar al

administrador de los bienes parroquiales y lo encontró un poco más delgado, un poco más pálido, un poco más austero. Continuaba siendo tan autoritario como siempre y desaprobaba la colocación de cirios sobre el altar. Las tiendas conservaban su elegancia primitiva; Philip gustaba detenerse delante de aquella donde se vendía ropa para pescadores; botas, impermeables, cordajes. Recordó que a menudo, en su infancia, había sentido delante de aquel escaparate la atracción del mar y de la aventura.

Algunas veces que se cruzaba con el cartero su corazón empezaba a latir con fuerza: esperaba una carta de Mildred reexpedida por la patrona de su casa de Londres. Pero sabía que era inútil esperar. Al reflexionar con mayor calma comprendía que, al intentar forzar el amor de Mildred, había anhelado lo imposible. No sabía en realidad qué fluido pasaba de un hombre a una mujer o de una mujer a un hombre para convertirlos al uno en esclavo del otro. Era cómodo llamarlo instinto sensual. Pero si era sólo esto, ¿por qué se daba una atracción de tal modo irresistible hacia una persona en vez de hacia otra?

De todas formas, Philip había tomado una decisión: no volvería más al hospedaje donde había sufrido tanto. Escribió a la patrona de la casa despidiéndose. Experimentaba el deseo de tener alrededor objetos suyos y pensó en alquilar habitaciones sin amueblar. La cosa sería más agradable y más económica. Por otra parte era una prudente determinación. En el último año y medio había gastado más de trescientas libras. Estaba obligado, pues, a realizar la más rígida economía. Y mientras, pensar en el futuro le asustaba. ¡Qué locura haber gastado tanto dinero en Mildred! Sin embargo, sabía que si la ocasión se repitiera volvería a suceder lo mismo.

A veces se divertía ante la idea de que sus amigos, debido a su rostro serio, a sus lentos movimientos y su aire reflexivo, le consideraran como un espíritu fuerte, un ser frío y seguro de sí mismo. Le creían razonable y elogiaban su buen sentido, pero él sabía que su expresión tranquila era una máscara empleada inconscientemente, que le protegía como el mimetismo a ciertas mariposas. La flaqueza de su voluntad le dejaba estupefacto. La más pequeña emoción le asustaba y cuando la pasión se adueñaba de él, se convertía en un ser impotente. No tenía dominio sobre sí. Pero parecía que lo tenía porque se mostraba indiferente ante muchas cosas que conmovían a los demás.

Su filosofía no le había servido para nada. Evidentemente, la inteligencia no bastaba para ayudar a los hombres en los momentos críticos. Le parecía ser el reclamo de una potencia extraña que a pesar suyo se hallaba dentro de él y que le arrastraba, como el gran viento del infierno arrastra a Paolo y a Francesca. Reflexionaba siempre antes de obrar, pero cuando llegaba la oportunidad obedecía solamente al instinto o al sentimiento. Era como una máquina movida por las fuerzas

del ambiente y de la personalidad. La razón observaba los hechos sin poder intervenir. Se parecía a los dioses de Epicuro, que desde lo alto del Empíreo veían las acciones de los hombres sin posibilidad de influir en ningún modo sobre ellos.

LXXIX

Pocos días antes de iniciarse el semestre, Philip se fue a Londres para buscar alojamiento. Recorrió las calles que circundan Westminster Bridge Road, pero la suciedad de aquellas calles le disgustó. Finalmente encontró en Kennington una casa que poseía un aspecto tranquilo y discreto. El barrio le recordaba un poco al Londres que Thackeray conoció en aquella orilla del río. En Kennington Road empezaban a despuntar las hojas de los plátanos. En la calle elegida por Philip las casas eran casi todas de dos pisos y en muchas ventanas existía un cartelito que decía; «Se alquilan habitaciones.» Una mujer austera y silenciosa le mostró cuatro habitacioncitas; en una de ellas había un hornillo y un lavadero. Philip no tenía necesidad de tantas habitaciones, pero el alquiler era modesto —nueve chelines por semana— y Philip deseaba instalarse en seguida. Preguntó a la patrona si ella podía encargarse de la limpieza y del desayuno, pero la mujer respondió que tenía demasiado trabajo. En el fondo, aquella negativa resultó agradable para Philip, el cual pensó que, de esta forma, entre él y la propietaria no existirían otras relaciones que las que exigiera el pago del alquiler. La mujer le dijo entonces que seguramente el especiero de la esquina podría proporcionarle una mujer a propósito.

Philip poseía algunos cachivaches adquiridos aquí y allá en distintas ocasiones: un sillón comprado en París, una mesita, algunos dibujos y el pequeño tapiz persa que le había regalado Cronshaw. Su tío le había ofrecido una cama plegable que a él no le servía de momento, ya que no admitía realquilados durante el verano desde hacía algunos años. Y con diez libras Philip acabó de procurarse lo indispensable. Se gastó diez chelines en empapelar de color amarillo la habitación destinada a salón y colgó en las paredes un esbozo de Lawson que representaba el Quai des Grands Augustins, las fotografías de la *Odalisque* de Ingres y la *Olympia* de Manet, que en París eran objeto de su admiración mientras se afeitaba. Para recordarse a sí mismo que él también tuvo en un tiempo relaciones con el arte, sacó un retrato al carbón del español Miguel Ajuria, lo mejor que había hecho durante su vida de artista. Era aquél un hombre de excelente porte, con los puños cerrados, y en el rostro la expresión de energía que había impresionado a Philip. Ahora, después de tanto tiempo, Philip se daba perfecta cuenta de los defectos. Pero muchos recuerdos se asociaban a aquel trabajo, predisponiéndole a la indulgencia. ¡Quién sabe cómo habría acabado Miguel! Nada es tan invencible como seguir, careciendo de talento, un ideal artístico. Envilecido seguramente por la falta de éxito, hambriento, enfermo, el español habría terminado en algún hospital, o tal vez, empujado por la desesperación, habría buscado la muerte en las turbias aguas del Sena; pero acaso, con su ligereza de meridional, habría renunciado a la lucha, y en la actualidad, empleado en alguna oficina de Madrid, dedicaba su fervorosa retórica a la política o al comentario de las corridas de

toros.

Philip invitó a Lawson y a Hayward a la inauguración de su nuevo alojamiento. Los dos aparecieron, el uno con una botella de whisky y el otro con un *pâte de foie gras*. Y Philip fue feliz cuando elogiaron su buen gusto. Hubiera invitado también de buena gana al agente de cambio, pero no tenía más que tres sillas. Lawson se acordó de que Philip había conocido a Nora por mediación de él y contó que hacía unos cuantos días había visto a la joven.

—Ha pedido noticias tuyas.

Philip enrojeció al oír aquel nombre. (No conseguía deshacerse de la costumbre de enrojecer cuando se turbaba.) Y Lawson le miró con expresión burlona. Lawson pasaba ahora la mayor parte del año en Londres y se había resignado, de acuerdo con el ambiente, a que le cortaran los cabellos y a vestir un traje de corte burgués y un sombrero a propósito.

—Entonces, ¿todo ha acabado entre vosotros? —preguntó Lawson.

—Hace meses que ni la veo.

—El día que la vi iba bien arreglada. Llevaba un sombrero muy elegante adornado con algunas plumas blancas. Se nota que los asuntos no le van mal.

Philip cambió de conversación, pero continuó pensando en ella. Poco después, cuando estaban hablando de otro asunto, preguntó de pronto a Lawson:

—¿Crees que Nora está resentida conmigo?

—Nada de eso. Ha hablado de ti muy amablemente.

—Estoy tentado de ir a verla.

—Pierde cuidado; no te comerá.

Philip había pensado a menudo en Nora. Cuando Mildred le abandonó, su primer pensamiento fue para Nora. ¡Ella no le habría tratado nunca de aquel modo! Tuvo intención de acudir a ella; sabía que podía contar con su comprensión. Pero sentía vergüenza; había sido siempre muy buena con él, y él, en cambio, la trató indignamente.

«¡Qué tonto fui no quedándome con Nora!», se dijo más tarde, cuando sus amigos se marcharon, mientras fumaba una última pipa antes de acostarse.

Recordaba las agradables horas pasadas en el saloncito de Vincent Square, las visitas que juntos habían hecho a las exposiciones, las sesiones teatrales, las veladas en que charlaban íntimamente, la solicitud, y el interés que la joven mostraba por todo lo concerniente a él. Le había amado con un amor tierno, sólido, casi maternal; un amor impagable, por el que debía estar agradecido a los dioses. Decidió acogerse a su gracia. Cierto que debía haber sufrido, pero poseía un gran corazón y era capaz de perdonar sin guardar rencor. ¿Le escribiría? No. Era mejor aparecer de improviso ante ella y echarse a sus pies. La timidez le impediría seguramente tal gesto dramático, pero a él le gustaba figurarse la escena así. Si Nora le aceptaba de nuevo,

podría contar con él para siempre. Estaba curado para siempre de la odiosa enfermedad que le había atormentado durante tantos meses. Pensó en el porvenir. Se veía en el Támesis todos los domingos en compañía de Nora, remando hasta llegar a Greenwich; no había olvidado el delicioso paseo efectuado con Hayward, y la belleza del puerto de Londres permanecía en sus recuerdos como una visión preciosa. Durante las cálidas tardes de verano se marcharían a conversar al parque. Philip se reía al acordarse de la alegre charla de Nora, que brotaba límpida y sonora como un riachuelo espumeante. La angustia que había sufrido desaparecía como un feo sueño.

Pero al día siguiente, cuando se dirigía a casa de Nora a la hora del té, seguro de encontrarla allí, sintió que las fuerzas le abandonaban. ¿Era posible que le perdonara?

La puerta le fue abierta por una camarera nueva a la que preguntó si mistress Nesbit estaba en casa.

—¿Quiere usted decirle si quiere recibir a mister Carey? —añadió Philip al oír la respuesta afirmativa—. Esperaré aquí.

La muchacha subió rápidamente y pasado un momento volvió a bajar.

—¿Quiere subir? Segundo piso, puerta de enfrente.

—Lo sé —respondió Philip con una leve sonrisa.

El corazón le latía violentamente. Llamó a la puerta.

—Adelante —respondió una alegre voz conocida.

Parecía que le invitaba a entrar en una nueva vida de paz y de felicidad. Nora fue a su encuentro para saludarle y le estrechó la mano como si se hubieran visto el día antes. Un hombre que estaba en la habitación se puso en pie.

—Mister Carey; mister Kingsford…

Philip, amargamente desilusionado al no encontrarla sola, tomó asiento y examinó al visitante. Nunca había oído hablar de él, pero le pareció que estaba sentado allí con tanta naturalidad como si estuviera en su casa. Tendría unos cuarenta años y llevaba el rostro cuidadosamente afeitado y bien peinados sus largos cabellos claros. Tenía el rostro pálido y los ojos cansados propios del hombre rubio cuando ha pasado la primera juventud; la nariz gruesa, la boca grande, los pómulos salientes, una estatura superior a la media y anchos hombros.

—Me he preguntado muchas veces qué se había hecho de usted —dijo Nora con su acostumbrado tono alegre—. El otro día encontré a Lawson, ¿se lo ha dicho? Le dije que podía venir usted a hacerme una visita.

No se notaba la menor sombra de turbación en su manera de expresarse, y Philip admiró la facilidad con que ella afrontaba el coloquio mientras él se sentía a disgusto. Nora le ofreció el té. Iba ya a ponerle el azúcar cuando Philip la detuvo.

—¡Oh, qué tonta; lo había olvidado!

No la creyó. Debía de recordar perfectamente que él tomaba el té sin azúcar. Aquel incidente le hizo suponer que la desenvoltura de la joven fuera fingida.

La conversación, interrumpida por la llegada de Philip, continuó, y Philip se dio cuenta poco después de que parecía estar de más. Kingsford no le prestaba la menor atención. Hablaba bien, y no sin ingenio, pero era un poco sentencioso. Era periodista y tenía siempre algo que decir sobre el asunto que fuera. Mas Philip estaba irritado al sentirse extraño a la conversación. Decidió, sin embargo, ser el último en salir. ¡Quién sabe si aquel individuo no hacía la corte a Nora! En otro tiempo la joven había hablado a menudo, riéndose, de sus admiradores. Philip intentó que la conversación derivase hacia cosas que sólo conocían Nora y él, pero el periodista intervenía siempre y conseguía que la conversación fuera a parar a temas ante los cuales a Philip no le quedaba otro remedio que permanecer silencioso. En su interior se despertó una leve irritación hacia Nora, pues la joven no podía dejar de darse cuenta que él estaba quedando en ridículo. Pero quizá fuera una expiación que ella le imponía. Esta idea hizo que recobrase el buen humor. Finalmente el reloj dio las seis y Kingsford se puso en pie.

—Debo irme —dijo.

Nora le estrechó la mano y le acompañó hasta el descansillo, cerrando la puerta al marcharse y permaneciendo fuera un par de minutos. ¡Quién sabe lo que hablaban!

—¿Quién es ese señor? —preguntó alegremente Philip cuando Nora volvió.

—El director de una de las revistas de Harmsworth. Ha aceptado algunos trabajos míos en estos últimos tiempos.

—Creí que no se marchaba nunca.

—Me alegro de que te hayas quedado; quería hablarte —se acurrucó en el gran sillón, escondiendo los pies, y encendió un cigarrillo.

Philip sonrió al verla en aquella postura que tanto le había divertido siempre.

—Pareces un gatito.

Nora le lanzó una mirada.

—Verdaderamente debería perder esta costumbre. Es absurda esta postura infantil a mi edad. ¡Pero estoy tan cómoda con las piernas dobladas!

—¡Qué agradable resulta encontrarse de nuevo en esta habitación! —exclamó Philip, sintiéndose feliz—. No puedes figurarte cuánto la he echado de menos.

—¿Y por qué diablos no has venido antes?

—No me atrevía —confesó, enrojeciendo, Philip.

Nora le dirigió una mirada rebosante de bondad y sonrió.

—No había motivo.

Philip titubeó durante un instante. Su corazón empezó a latir velozmente.

—¿Te acuerdas de la última vez que nos vimos? Te traté de un modo indigno… Me avergüenzo de ello.

La joven le miró insistentemente, pero no respondió. Philip empezó a perder la cabeza. De súbito, el motivo de su visita le pareció una enormidad.

Nora no hacía nada para ayudarle, y él se decidió al fin a decir precipitadamente:

—¿Podrás perdonarme alguna vez?

Impetuosamente se lo contó todo: el nacimiento de la niña, el encuentro con Griffiths y su inmensa desilusión. Añadió cuan a menudo había pensado en su bondad y en su amor. Sólo con ella había sido feliz. Su voz aparecía ronca por la emoción que le embargaba. A veces se avergonzaba tanto de lo que estaba diciendo que permanecía con los ojos fijos en el suelo. El dolor le descomponía el rostro y, no obstante, experimentaba un extraño alivio desahogándose. Al fin calló, exhausto, se echó hacia atrás en el sillón y esperó. No había escondido nada, y en su deseo de humillarse se había pintado más despreciable de lo que en realidad había sido. Sorprendido por el silencio de Nora alzó los ojos. La joven no le miraba. Estaba palidísima y parecía sumida en profundos pensamientos.

—¿No tienes nada que decirme?

Nora se sobresaltó y enrojeció.

—Debes de haber pasado momentos malos. Lo siento por ti.

Pareció como si fuera a proseguir, pero se calló. Philip esperó de nuevo. Finalmente, la joven hizo un esfuerzo para continuar:

—Estoy prometida con Kingsford.

—¿Por qué no me lo has dicho en seguida? No debías haber permitido que me humillara ante ti.

—Me disgusta, pero no he podido interrumpirte… Le conocí poco después que tú… —pareció como si buscara una expresión que no le hiriera— que tú me anunciaras el retorno de tu amiga. Yo era muy desgraciada y él fue infinitamente bueno conmigo. Supo que alguien me había hecho sufrir, aunque, naturalmente, ignora que se trate de ti. No sé qué hubiera hecho sin él. De pronto me di cuenta de que no podía continuar trabajando, trabajando, trabajando. Estaba cansada y me sentía enferma. Le hablé de mi marido y me ofreció el dinero que necesitaba para divorciarme si consentía en casarme con él en seguida. Goza de una excelente posición y yo no tendré necesidad de trabajar. ¡Se ha mostrado tan afectuoso, y me ha rodeado de tantas atenciones! Esto me conmueve profundamente, y ahora le quiero mucho, mucho.

—Entonces, ¿ya has obtenido el divorcio?

—Tengo una sentencia provisional. Será definitiva en julio y nos casaremos en seguida.

Durante unos minutos Philip permaneció en silencio.

—Me disgusta haber quedado en ridículo —murmuró al fin.

Pensaba en su larga y humillante confesión. Nora le miró con curiosidad.

—Tú nunca me has querido de veras.

—No es muy agradable estar enamorado.

Philip se rehacía por lo general muy rápidamente. Se puso en pie y le tendió la mano.

—Espero que serás feliz. A fin de cuentas tu resolución es lo que más te conviene.

Nora le dirigió una leve mirada melancólica y le retuvo la mano.

—Volveré a verte, ¿verdad?

—No —repuso Philip inclinando la cabeza—. Tu felicidad despierta mi envidia.

Caminó lentamente al alejarse de aquella casa. Nora tenía razón al decir que él nunca la había querido. Sentíase desilusionado y también irritado, pero su amor propio sufría más que su corazón. Los dioses le habían jugado una vez más una mala partida.

Se rió de sí mismo sin alegría. No es muy agradable el don de saber reír de nuestra propia condición absurda.

LXXX

Durante los tres meses siguientes, Philip estudió materias completamente nuevas para él. El número de los alumnos que habían entrado dos años antes en la escuela de medicina se había reducido; algunos dejaron el hospital al parecerles que los exámenes eran demasiado difíciles; otros habían regresado a su provincia porque la vida en Londres era demasiado cara; otros, en fin, se orientaron hacia profesiones diversas. Un compañero de Philip había encontrado un sistema ingenioso para obtener dinero: después de haber comprado objetos vendidos en subasta y empeñarlos, descubrió que era más lucrativo empeñar la ropa adquirida a plazos. Pero cierto día apareció su nombre en la crónica judicial. El proceso fue suspendido; el padre dio garantías y el muchacho fue a expiar su falta al otro lado del mar. Otro —un provinciano que no había estado nunca en la ciudad— sufrió la fascinación del café cantante y de los locales equívocos; pasaba el tiempo entre *jockeys* y entrenadores, y terminó por ser empleado de un registrador. Philip le había visto en un local cerca de Piccadilly Circus, vestido con una chaqueta ceñida a la cintura y un sombrero de fieltro de color castaño con grandes alas. Un tercero, que poseía una voz discreta y cierto talento imitativo, después de haber alcanzado algún éxito en los espectáculos estudiantiles, abandonó la medicina para formar parte del coro de una compañía de comedias musicales.

Philip no faltaba nunca a las clases de medicina y de cirugía. A veces, por la mañana, hacía práctica de vendaje con gente pobre que se prestaba con amabilidad. Lo enseñaron a auscultar, a usar el estetoscopio y las principales nociones de farmacia. En julio había de examinarse de medicina. Manejar las drogas, preparar mixturas y pomadas y confeccionar píldoras le divertía.

En cierta ocasión vio a Griffiths de lejos, y por no tenerle que volver la espalda desvió su camino. Algunos amigos de Griffiths habían llegado a ser amigos suyos. Sabían que Griffiths y él habían roto su amistad, y el hecho de que seguramente sabían también la causa le producía una ligera sensación de disgusto. Uno de ellos, cierto Ramsden, gran admirador de Griffiths, de quien imitaba las corbatas, los zapatos, el modo de hablar y los gestos, dijo a Philip que su antiguo amigo se hallaba muy disgustado porque no había recibido respuesta a su carta. Hubiera querido reconciliarse con Philip.

—¿Te ha encargado que me lo digas?

—No. Te lo digo por propia iniciativa. Griffiths se arrepiente de lo que hizo y dice que tú fuiste siempre para él un amigo excelente. Se sentiría feliz al hacer las paces contigo. No viene al hospital por temor a encontrarse contigo; cree que no le saludarías.

—En efecto.

—Esto le produce disgusto.

—Puedo soportar con perfecta tranquilidad tal idea.

—Haría cualquier cosa con tal de volver a estar en buenas relaciones contigo.

—¡Vaya una estupidez! ¿Qué puedo importarle yo? Soy tan insignificante que puede prescindir perfectamente de mi amistad. A mí no me interesa la suya.

Ramsden pensó que Philip era duro y frío. Permaneció un momento sin hablar, mirando a su alrededor con aire perplejo.

—Harry sería feliz si no hubiera tenido nada que ver con esa mujer.

—¿De veras?

Philip hablaba con una indiferencia de la que estaba muy satisfecho. Nadie habría podido adivinar que su corazón latía con violencia. Esperó lleno de impaciencia a que el otro continuara.

—Me figuro que tú estás ya completamente curado, ¿no es verdad?

—¿Yo? Desde luego.

Poco a poco fue sabiendo todos los detalles de las relaciones entre Mildred y Griffiths. Philip escuchaba con la sonrisa en los labios, fingiendo una serenidad que engañó completamente a su tonto interlocutor. El fin de semana pasado en Oxford había atizado la pasión de Mildred en lugar de extinguirla, y cuando Griffiths dejó a la joven para marcharse a casa de su familia, ella decidió quedarse dos días más en el sitio donde había sido tan feliz, dando pruebas con ello de un sentimiento raro en ella. Ninguna fuerza habría sido capaz de hacer que volviera a Philip. Sentía por él verdadera repugnancia. Griffiths se quedó atónito ante aquella vehemencia. Los dos días pasados en el campo en compañía de la joven le habían parecido bastante aburridos y no sentía el menor deseo de transformar su pasajero capricho en un lazo fastidioso. Mildred logró que le prometiera que le escribiría y Griffiths, con su habitual cortesía y su deseo de hacerse agradable a todos, le había enviado desde su casa una larga y amable carta. Mildred respondió a ella con largas y apasionadas páginas, torpes —era incapaz de escribir—, vulgares y ardientes. La carta produjo a Griffiths una especie de fastidio, y cuando al día siguiente recibió otra y al tercer día otra más, el joven doctor empezó a encontrar aquella pasión más inquietante que halagadora. No respondió y ella le ametralló a fuerza de telegramas en los que le preguntaba si estaba enfermo y si había recibido sus cartas: su silencio la llenaba de angustia. Se vio obligado a escribir, pero hizo todo lo posible para que su carta fuera indiferente sin llegar a ser ofensiva. Le rogó que no telegrafiase; para su madre, una anciana a la antigua, un telegrama representaba siempre un acontecimiento impresionante. A vuelta de correo Mildred le anunció que llegaba. Había empeñado todas sus cosas (del juego de tocador, regalo de boda de Philip, había podido sacar ocho libras) para poder dirigirse a la pequeña ciudad situada a cuatro millas del pueblo donde el padre de Griffiths ejercía su profesión. Griffiths se asustó. Esta vez

fue él el que le escribió para disuadirla. Le prometió que la informaría cuando emprendiera el regreso a Londres. Al llegar a la capital supo que Mildred había ido ya a preguntar por él al hospital. Aquello no era del agrado de Griffiths. Así que cuando la vio le dijo que no le gustaba ni poco ni mucho que le fuera a buscar a tal sitio. Después de una separación de tres semanas le pareció más aburrida. No comprendía por qué había tenido aquel capricho, y no vislumbraba la ocasión de romper toda relación con ella. Dado el terror que le inspiraban las escenas y en su deseo de evitar los sufrimientos de los demás, Griffiths se mostraba afectuoso, divertido y alegre cuando la veía, pero hacía todo lo posible por no encontrarse con ella. Cuando Mildred lograba quedar citada con él, Griffiths le telegrafiaba en el último momento para librarse de ella; la patrona de la casa de huéspedes donde se alojaba el joven tenía orden de decir que éste había salido todas las veces que Mildred fuera a preguntar por él. Mildred le esperaba a veces largo rato a la salida del hospital. Griffiths le decía entonces una palabra amable y se apresuraba a dejarla con la excusa de que tenía que atender asuntos profesionales. Adquirió una habilidad especial para salir del hospital sin que le viera. Una noche, al volver a su casa a las doce vio a una mujer ante la puerta; sospechando que se trataba de Mildred fue a pedir hospitalidad a Ramsden. Al día siguiente la patrona le contó que Mildred había estado llorando durante horas y horas en los escalones de la entrada y que ella se había visto obligada al fin a decirle que si no se marchaba llamaría a un guardia.

—Te aseguro, amigo mío —concluyó Ramsden—, que eres muy afortunado al no tenerla ya pisándote los talones. Harry dice que si hubiera podido suponer aun remotamente tal tormento, se habría ahorcado antes de mirarla a la cara.

Philip pensó en la joven sentada en una escalera durante las largas horas de la noche. Imaginó su sombría mirada cuando la dueña de la casa la obligó a marcharse.

—¡Quién sabe lo que estará haciendo ahora!

—Gracias a Dios ha encontrado un empleo. Por lo menos está ocupada todo el día.

La última vez que Griffiths la oyó hablar fue poco antes de que el semestre hubiese terminado. Exasperado por aquella continua persecución acabó por irritarse. Prescindiendo de toda cortesía le dijo que estaba cansado y que esperaba que le dejase en paz.

—Era lo único que podía hacerse —dijo Ramsden—. La historia llegaba ya a los límites de lo insoportable.

—Entonces, ¿ha acabado todo?

—Hace ya diez días que no la ve. Ya sabes que Harry tiene una habilidad especial para dejar a las mujeres. Ésta es la que le ha dado más trabajo, pero al fin ha conseguido salirse con la suya.

Philip no oyó hablar más de ella. Mildred desapareció entre la masa anónima de

Londres.

LXXXI

Al empezar el invierno Philip fue destinado al servicio de consultorio. Había tres médicos. Cada uno actuaba dos días a la semana. Philip se inscribió en el grupo del doctor Tyrell. Éste era muy estimado por los estudiantes; por este motivo eran muchos los que querían ser ayudantes suyos. Alto y delgado, el doctor Tyrell no tenía más de treinta y cinco años. Era de cabeza pequeña, tenía los cabellos rojizos, cortados en forma de cepillo; los ojos azules y saltones, la cara sonrosada. Hablaba bien con voz simpática; le gustaba bromear y se tomaba la vida alegremente. Era numerosa su clientela y tenía la perspectiva de obtener pronto un título nobiliario. El vivir entre estudiantes y gente menesterosa le había proporcionado la juvenil condescendencia del hombre sano que algunos consideran indispensable en el buen médico. Ante él sentíanse los enfermos como pequeños escolares ante el maestro. La enfermedad se convertía en una absurda chiquillada que divertía a Tyrell más que le irritaba.

En el hospital de San Lucas el consultorio se componía de tres habitaciones seguidas y una gran sala de curas. Con sus botellas y tarros, los enfermos —hombres, mujeres y niños— empezaban a presentarse al mediodía y esperaban formando una larga cola melancólica. Algunos iban cubiertos de andrajos sucios y otros bastante bien vestidos. De los muros, pintados de color salmón y con un alto zócalo de color castaño, emanaba un fuerte olor de desinfectante, al que se mezclaba poco a poco un acre hedor de humanidad. El médico, el ayudante y los estudiantes que estaban de servicio aquel día tenía cada uno su mesita en el centro de la primera habitación. En un grueso registro un estudiante anotaba el estado civil del enfermo y el diagnóstico.

A la una y media entraba el ayudante, tocaba la campanilla y ordenaba a los enfermos que estaban ya en cura. Había siempre algunos y era necesario acabar lo más pronto posible antes de la llegada del doctor Tyrell, el cual se presentaba a las dos. El ayudante con el que estaba Philip era un hombre gordo, consciente de su importancia. Trataba con cierta altanería a los estudiantes y se irritaba cuando los más antiguos, que habían sido compañeros, no sentían hacia él el respeto debido a su actual posición. Se ponía a examinar a los enfermos secundado por un estudiante. Entraban en grupos; primero los hombres. Bronquitis crónica, «una tos de mala índole», era la enfermedad más corriente. Uno se presentaba al médico y otro al estudiante, presentando un historial. Si el curso de la enfermedad era normal se escribía en él *debe volver*, y el enfermo marchaba a la farmacia con los tarritos o las botellitas para que le dieran las medicinas que deberían servirle para otras dos semanas. Algunos viejos, que acudían allí con frecuencia, permanecían aparte con la esperanza de hacerse visitar por el jefe. Pero se salían con la suya en muy contadas ocasiones. El jefe sólo trataba a los tres o cuatro que estaban más graves.

El doctor Tyrell hacía su entrada con paso rápido. Producía hasta cierto punto la impresión del payaso que aparece en medio del circo gritando: «¡Ya estoy aquí!» Parecía que dijera: «¿Por qué esta tontería? ¿Por qué caen enfermos? Ahora lo arreglaremos todo.» Tomaba asiento. Preguntaba si había algún enfermo antiguo que visitar; les pasaba revista rápidamente, mirándolos con ojo penetrante; decía alguna broma que los estudiantes y el ayudante acogían con una carcajada, hacía alguna observación sobre el tiempo o sobre el calor, y tocaba la campanilla para que el portero introdujese a los enfermos nuevos.

Éstos entraban uno por uno, acercándose a la mesa del doctor. Viejos, jóvenes, de mediana edad, pertenecían casi todos a la clase obrera. Pero alguno, vestido un poco mejor, era evidentemente de condición más elevada: dependientes de comercio, empleados o algo similar. El doctor Tyrell observaba a éstos con mirada sospechosa. A veces llevaban vestidos viejos para hacerse pasar por pobres; pero él médico, con su mirada penetrante, descubría el engaño, negándose en ocasiones a visitar a personas que, según él, podían perfectamente pagarse la visita. Las mujeres eran menos hábiles. Se ponían un vestido viejo y estropeado, pero se olvidaban de quitarse los anillos.

—Si pueden tener joyas —les decía Tyrell—, también podrán pagar al médico. El hospital es una institución de caridad.

La culpable se retiraba avergonzada.

—Probablemente escribirá a los periódicos para lamentarse de la mala administración de los hospitales de Londres —decía Tyrell sonriendo.

A continuación pasaba el enfermo siguiente.

Muchos de ellos tenían la idea de que el hospital era una institución gubernativa mantenida con el dinero de los impuestos y, por lo tanto, creían tener derecho a la cura. Estaban convencidos de que el médico estaba muy bien pagado.

El doctor daba a cada alumno un enfermo para que lo examinara. El joven conducía al paciente a una de las salas interiores, donde había un pequeño lecho forrado de crin. Dirigía al enfermo numerosas preguntas, le examinaba los pulmones, el corazón, el hígado; escribía en la papeleta el resultado del examen, se formaba una idea sobre el diagnóstico y esperaba al doctor. Éste llegaba seguido de un pequeño grupo de estudiantes; el alumno le daba cuenta de lo que había observado. El médico dirigía a su vez alguna pregunta al paciente y le examinaba. Si había alguna cosa interesante, los estudiantes aplicaban su estetoscopio. Se veía entonces a un hombre con dos o tres de aquellos instrumentos sobre el pecho y la espalda, mientras otros estudiantes esperaban con impaciencia. El enfermo permanecía entre los jóvenes un poco turbado, aunque en el fondo halagado de ser el centro de la atención general, y escuchaba sin comprender al doctor Tyrell, que hablaba de su caso. Dos o tres estudiantes auscultaban todavía para buscar los silbidos o las crepitaciones descritas

por el médico; a continuación el enfermo se vestía.

Después de haber reconocido a diversos pacientes, el doctor Tyrell volvía a la sala grande y sentábase de nuevo ante su escritorio. Preguntaba entonces al estudiante que se encontraba más cerca qué hubiera prescrito en uno de los casos. El joven mencionaba una o dos medicinas.

—¿De veras? —preguntaba el doctor Tyrell—. Bien, en cierto modo es una idea original. Pero es mejor no arriesgarse.

Esta salida hacía reír siempre a los estudiantes. El médico, con aire divertido, prescribía siempre otra cosa. Cuando se presentaban dos casos exactamente iguales y el estudiante ordenaba para cada uno lo que el doctor había prescrito para otro, Tyrell sacaba a relucir todo su ingenio con el fin de dar con otra cosa. A veces, sabiendo que en la farmacia preferían dar medicinas que tenían ya preparadas, buenas fórmulas consagradas por años de experiencia, se divertía componiendo una receta complicada.

—Por lo menos daremos algo que hacer al farmacéutico. Si continuamos prescribiendo *mist. alb.*, perderá la práctica.

Los estudiantes reían y el buen Tyrell lanzaba una mirada circular, satisfecho de sí mismo. Luego hacía sonar la campanilla y decía al portero que acababa de entrar:

—Las antiguas, haga el favor.

Se arrellanaba en el sillón y hablaba con el ayudante mientras el portero reunía a las enfermas que estaban ya en cura. Entraban. Eran pobres muchachas anémicas con los labios pálidos y la frente cubierta de ricillos, las cuales no podían digerir la comida insuficiente y malsana. Mujeres de edad, demasiado gordas o demasiado delgadas, envejecidas prematuramente por la fatiga, con una bronquitis crónica, con una tos enfadosa u otros síntomas por el estilo. Tyrell y el ayudante las reconocían rápidamente. El tiempo pasaba, y la atmósfera de la sala iba haciéndose cada vez más pesada. El doctor miraba al cielo.

—¿Hay muchas nuevas hoy?

—Creo que algunas —respondía el ayudante.

—Es mejor hacerlas entrar. Usted se cuidará de las antiguas.

Entraban las nuevas. La enfermedad más común en los hombres era debida al exceso de alcohol, pero en las mujeres se trataba casi siempre de falta de comida. Hacia las seis todo había terminado. Philip, cansado por haber estado de pie tanto tiempo respirando aquel aire viciado, se trasladaba con sus compañeros a la escuela de medicina para tomar el té.

Su trabajo le interesaba. ¡Cuánta humanidad y qué estudios! A Philip le parecía hallarse en la posición de un artista con la greda entre las manos; la greda estaba representada por los enfermos. Recordaba con desdén su vida en París, dedicada al estudio de los colores, de los tonos, de los valores y Dios sabe cuántas cosas más, con la esperanza de realizar una obra maestra. El contacto directo con hombres y mujeres

le producía un temblor que antes no había conocido. Experimentaba una viva excitación al mirarlos a la cara y oírlos hablar. Cada uno de ellos entraba en la sala de un modo distinto; unos tímidamente, otros de una manera vivaz, y muchos con un paso lento y pesado. A menudo podía adivinarse su oficio al mirarlos. La experiencia enseñaba que debía hacérseles las preguntas con claridad, descubrir los puntos sobre los cuales casi todos mentían y el modo de hacerles decir la verdad. No todos se tomaban las cosas de la misma manera. El diagnóstico de una enfermedad grave era aceptado por uno con una carcajada y un chiste, y por otro con muda desesperación. Philip era menos tímido ahora que tenía contacto con los enfermos de lo que lo había sido antes. No experimentaba simpatía alguna, porque ésta hubiera significado condescendencia, pero sentíase en su propio elemento. Y le parecía que los enfermos se ponían en sus manos con absoluta fe.

—Seguramente —se decía entre sí sonriendo— he nacido para ser médico. ¡Sería una buena jugada si hubiese encontrado por casualidad mi camino!

Creía ser el único entre los estudiantes que comprendía el dramático interés de aquellas tardes. Para los otros, los hombres y las mujeres eran sólo cosas más o menos sencillas o más o menos complicadas. Se asombraban ante un hígado anormal, y un estertor extraño en un pulmón era para ellos objeto de discusión, pero para Philip la cosa era muy diferente. Observaba con interés a aquella gente por la forma de su cabeza o de sus manos, por la expresión de sus ojos o la largura de su nariz. En aquella sala tenía ocasión de contemplar la naturaleza humana cogida de sorpresa y, a menudo, la máscara de la costumbre era arrancada violentamente, dejando el alma al desnudo. A veces se daba cuenta de la existencia de un estoicismo inconsciente que le producía una profunda emoción. A un pobre diablo analfabeto le anunciaron un día que no había esperanza para él, y Philip admiró la magnífica impasibilidad que demostró aquel hombre ante las miradas extrañas. Pero cuando se quedara solo, cara a cara con su alma, ¿se mostraría tan valeroso y se abandonaría a la desesperación? ¡Y cuántas tragedias! Un día una joven condujo a la consulta a una hermana suya, una muchacha de dieciocho años y grandes ojos azules. Los rayos del sol de otoño daban reflejos de oro a sus cabellos rubios. Los estudiantes la miraban con sonriente curiosidad. No ocurría a menudo que se viera un bello rostro en aquel triste lugar. La hermana mayor contó la historia de la familia. El padre y la madre habían muerto tuberculosos, y también un hermano y otra hermana. Se habían quedado solas. Desde hacía algún tiempo la muchacha tosía y se adelgazaba. La muchacha se quitó la blusa y la piel de su pecho apareció blanca como la leche. Tyrell examinó tranquilamente, con su acostumbrado y rápido método. Invitó a dos o tres estudiantes para que aplicasen el estetoscopio en un punto que indicó con el dedo y a continuación dijo a la muchacha que se vistiera. La hermana permanecía un poco aparte e interrogó al médico en voz baja, de modo que la otra no la oyese.

—¿No estará dañada también ella?

—Temo que no podamos dudar de ello.

—Era la última que quedaba. Ya no tendré a nadie.

Empezó a llorar mientras el doctor la miraba gravemente. También ella tenía aspecto de tísica. La muchacha se volvió y vio las lágrimas de su hermana; comprendió. Su bello rostro palideció y sus mejillas se inundaron de lágrimas. Durante algunos minutos las dos lloraron silenciosamente. Luego la mayor, sin preocuparse de los extraños que la observaban, se acercó a la más joven, la cogió entre los brazos y la arrulló tiernamente como si fuera una niña.

Cuando salieron, un estudiante preguntó:

—¿Cuánto tiempo le queda?

Tyrell se encogió de hombros.

—Su hermano y hermana murieron tres meses después de los primeros síntomas. A ella le sucederá lo mismo. Si fueran ricas podría intentarse alguna cosa, pero no se puede decir a esta gente que vaya a St. Moritz. No se puede hacer nada por ellas.

Otra vez se presentó un hombre de aspecto robusto, el cual sufría un dolor persistente. También para él hubo veredicto de muerte. No la muerte fatal, la cual resultaba tolerable, a pesar de su horror, cuando la ciencia no tiene ningún poder sobre ella, sino la muerte inevitable en cuanto el hombre era una rueda de la gran máquina de la civilización y no tenía ninguna posibilidad de cambiar las circunstancias de su vida. Sólo un reposo completo podría haberle salvado. El médico no se atrevía a pedir lo imposible.

—Debería hacer usted un trabajo menos fatigoso.

—Es mi oficio.

—Pero si sigue usted así, la cosa resultará perniciosa para usted.

—¿Quiere usted decir que moriré?

—No quiero decir eso. Pero no se encuentra usted en condiciones de realizar un trabajo como el que hace.

—Si yo no trabajo, ¿quién dará de comer a mi mujer y a mis hijos?

El doctor alzó los hombros. Era un dilema que se le había presentado centenares de veces. El tiempo apremiaba y muchos enfermos estaban esperando.

—Le daré una medicina y volverá usted dentro de una semana a decirme cómo está.

El hombre tomó la inútil receta y salió. El doctor podría decir lo que quisiera. Él no se sentía tan mal para dejar el trabajo. Poseía un buen empleo y no podía permitirse el lujo de renunciar.

—Le doy un año de vida —declaró Tyrell.

A veces se desarrollaba una verdadera comedia: una rociada de cómicas palabras dialectales o bien viejas señoras que parecían personajes de Dickens, las cuales los

divertían con su bufa locuacidad. Un día se presentó una bailarina de baja estofa. Demostraba tener cincuenta años, pero declaró veinticinco. Estaba maquillada de un modo escandaloso, lanzaba miradas desvergonzadas con sus grandes ojos negros y sonreía provocativamente. Parecía muy segura de sí misma y trató al doctor Tyrell —muy divertido con ello— con la alegre familiaridad que hubiera tratado a un admirador. Padecía una bronquitis crónica que le impedía el ejercicio de su profesión.

—No sé de qué me ha venido esto. No he estado enferma nunca. Para convencerse no tienen más que mirarme.

Enarcó sus cejas pintadas y echó una larga mirada a los estudiantes, mostrando al sonreír unos dientes amarillos. Hablaba con acento de suburbio londinense, pero al mismo tiempo con afectada elegancia que daba a todas sus frases una comicidad irresistible.

—El suyo se llama catarro invernal —dijo gravemente el doctor Tyrell—. Muchas mujeres lo sufren cuando llegan a cierta edad.

—¡Qué ocurrencia! No es usted muy galante. Nadie me ha dicho nunca que tenga cierta edad.

Sus ojos se desencajaron, dobló la cabeza sobre un hombro y miró al doctor con indescriptible coquetería.

—Es la desventaja de nuestra profesión. Estamos obligados a veces a ser poco galantes.

La mujer cogió la receta y le lanzó una última mirada seductora.

—Vendrá a verme bailar, ¿no es así, tesoro?

—Sin duda.

Tyrell tocó la campanilla para que entrara la enferma siguiente.

—Menos mal que estaban ustedes para protegerme, jovencitos.

Pero, en general, la impresión no era ni dramática ni cómica. No era fácil describirla: lágrimas y sonrisas, felicidad y dolor. El conjunto era penoso, interesante e indiferente. Se encontraba de todo lo que se quería. Gravedad y pasión, tristeza y comicidad, desesperación y alegría. Era simple y complejo. Amor de madres por sus hijos, de hombres por sus mujeres. El vicio se arrastraba a través de la sala pesadamente, atacando al inocente y al culpable. Mujeres extraviadas y niños abandonados. El alcohol hacía sus víctimas entre los hombres y las mujeres. Pero la muerte gemía a través de aquella sala, y la iniciación de una nueva vida era anunciada cubriendo a una infeliz muchacha de vergüenza y de miedo. No había en aquel lugar bien ni mal, sino sólo hechos: la vida.

LXXXII

Hacia últimos de año, Philip, cuando estaba a punto de terminar sus tres meses como ayudante de consultorio, recibió una carta de Lawson fechada en París.

Querido Philip:

Cronshaw está en Londres y le gustaría verte. Vive en el número 43 de Hyde Street, Soho. No estoy seguro de que sea este lugar, pero seguramente podrás encontrarlo. Sé bueno y atiéndele un poco. Está bajo de cuerda. Él mismo te lo contará.

Aquí todo está sobre poco más o menos como siempre. No hay muchos cambios.

Clutton ha vuelto, pero está imposible. Se pelea con todos. A lo que parece, debe de estar sin un cuarto. Vive en un pequeño estudio detrás del Jardín des Plantes, pero se niega a mostrar sus obras. No acude a ningún sitio, así que no sabemos lo que hace.

Puede que sea un genio, pero también es posible que sea un tonto. A propósito, el otro día encontré a Flanagan, el cual estaba enseñando el Barrio Latino a su mujer. Ha renunciado al arte y trabaja en la hacienda de su padre. Gasta sin tasa. Mistress Flanagan es muy linda y espero que me encargue un retrato. ¿Cuánto pedirías tú si estuvieras en mi lugar? No quiero asustarle, pero por otra parte no querría ser tan tonto que le pida ciento cincuenta libras si están dispuestos a pagarme trescientas.

Tu afectísimo,

FREDERICK LAWSON

Philip escribió a Cronshaw y recibió respuesta de él, escrita en media hoja de papel barato; el sobre estaba muy sucio, más sucio de lo que su paso por correos podía justificar.

Querido Carey:

Claro que me acuerdo de usted. Me acuerdo también de haber contribuido a salvarle cuando se encontraba en el abismo de la desesperación, en el que yo me hallo en la actualidad. Me alegrará verle. Me siento extranjero en una ciudad extranjera, perseguido por los filisteos.

Tendré un verdadero placer hablando de París. No le pido que venga a

verme porque mi alojamiento no posee la magnificencia necesaria para recibir a un miembro eminente de la profesión de Monsieur Purgan. Pero me encontrará usted por la noche, desde las siete a las ocho, en un restaurante llamado erróneamente «Au bon plaisir», situado en Deán Street, donde ingiero mis modestísimas comidas.

Cordialmente suyo,

J. CRONSHAW

Philip se presentó allí aquel mismo día. El restaurante, que consistía en una habitacioncita, era verdaderamente de los más modestos. Y Cronshaw parecía el único cliente. Sentado en un ángulo, lejos de las corrientes de aire, llevaba el mismo abrigo raído y viejo que le había visto siempre, y también su viejo sombrero.

—Como aquí para estar solo. No tienen clientela. Alguna prostituta y algún par de camareras en día de descanso. La quiebra es inminente y la cocina execrable. Pero la ruina del local es una ventaja para mí.

Cronshaw tenía ante sí un vaso de ajenjo. Philip no le veía hacía tres años y quedó estupefacto ante el cambio que se había operado en el poeta. Le recordaba más bien corpulento y ahora le encontraba amarillento y delgado. La piel de su cuello pendía floja y arrugada. Su traje parecía haber pertenecido a otra persona y el cuello de la camisa, tres o cuatro números demasiado grande, aumentaba su aspecto derrotado. Sus manos sufrían un temblor constante. Philip recordó la escritura desordenada de la carta recibida por la mañana. Cronshaw debía de hallarse seguramente muy enfermo.

—Como muy poco ahora —dijo el poeta—. Por la mañana me encuentro muy mal. Al llegar la noche tomo una sopa y un poco de queso.

Philip miró, contra su voluntad, el ajenjo. Cronshaw se dio cuenta de ello y le dirigió aquella mirada de burla con que siempre recibía las admoniciones del buen sentido.

—Naturalmente, ha hecho usted el diagnóstico, y está usted convencido de que hago mal en beber.

—Evidentemente padece usted de cirrosis hepática.

Cronshaw asintió.

—Evidentemente.

Miró a Philip con aquella mirada que siempre había hecho que el joven se sintiera extraordinariamente insignificante. Parecía querer decir que lo que el otro pensaba resultaba inútil. Y cuando se reconoce esto, ¿qué queda por decir? Cambio de conversación.

—¿Cuándo piensa volver a París?

—No volveré a París. Estoy a punto de morirme.

El tono de su voz sobresaltó a Philip. Pensó decir media docena de cosas, pero le parecieron vulgares. Sabía perfectamente que Cronshaw se encontraba a las puertas de la muerte.

—Entonces, ¿se queda usted en Londres?

—¿Qué es Londres para mí? Me parece que soy un pez fuera del agua. Paseo por las calles llenas de gente como si paseara por una ciudad muerta. Pero he comprendido que no podía morirme en París. Deseo morir entre mi gente. No sé qué instinto secreto me ha traído a reventar aquí.

Philip sabía que Cronshaw había vivido durante años con una mujer del pueblo y con dos chicos. Pero el poeta no le había hablado nunca de ello, por lo que no se atrevió a decirle nada. ¡Quién sabe cómo habían acabado!

—Pero ¿por qué continúa usted hablando de morir?

—Hace dos años tuve una pulmonía y me salvé por milagro. Parece que la próxima vez no me será posible salvarme.

—¡Qué tontería! Aún no ha llegado usted a ese extremo. Sólo que debería tener usted un poco más de cuidado. ¿Por qué no deja usted de beber?

—Porque no me es posible elegir. Lo que un hombre hace no tiene ninguna importancia. Estoy dispuesto a recibir lo que venga. Me dice usted que renuncie a beber. Pero es lo único que me ha quedado. ¿Qué sería para mí la vida sin esto? ¿No comprende la felicidad que me proporciona el ajenjo? Lo deseo con ardor, y cuando lo bebo paladeo cada gota. Y después de haberlo bebido siento que mi alma navega a través de un mar de felicidad inenarrable. Esto le disgusta. Es usted un puritano y en el fondo del corazón desprecia los placeres sexuales. Son los más violentos y los más exquisitos. Yo he tenido la fortuna de gozar de sentidos muy ardientes y los he satisfecho con todo el fuego de mi corazón. Ahora es necesario pagar; estoy dispuesto.

Philip le miró por un momento.

—¿Y no tiene usted miedo?

Cronshaw no respondió en el acto. Pareció reflexionar.

—A veces, cuando me encuentro solo —miró a Philip—. ¿Cree usted que sea la condena de mi vida? Se equivoca. No temo a mi miedo. La doctrina cristiana que enseña a vivir siempre en la espera de la muerte, es una locura. El único modo de vivir es olvidando que es necesario morir. La muerte no tiene importancia. El temor a ella no debía tener la menor influencia sobre las acciones del hombre sabio. Sé que moriré asfixiado y que experimentaré un miedo horrible. Sé que entonces no podré menos de arrepentirme de la vida que me ha conducido a tal extremo, pero desapruebo ese arrepentimiento. Débil, viejo, enfermo, pobre, moribundo, tengo todavía un alma entre las manos y no me arrepiento de nada.

—¿Se acuerda usted del tapiz persa que me regaló? —preguntó Philip.

El rostro de Cronshaw se iluminó con la lenta sonrisa de los antiguos tiempos.

—Le dije que encontraría en él la respuesta cuando me preguntó el significado de la vida. ¿Lo ha encontrado usted?

—No —repuso sonriendo Philip—. ¿No quiere decírmelo?

—No, no puedo. La respuesta no tiene ningún significado si no la descubre por usted mismo.

LXXXIII

Cronshaw estaba a punto de publicar su obra poética. Desde hacía años los amigos le animaban para que lo hiciera, pero su pereza le impedía siempre dar los pasos necesarios. A sus exhortaciones había respondido siempre que el amor por la poesía había muerto en Inglaterra. Se publicaba un libro que había costado años de trabajo y de fatiga, se obtenían dos o tres líneas de crítica, se vendían veinte o treinta ejemplares y el resto de la edición iba a parar a los traperos como papel viejo. La celebridad no le seducía desde hacía mucho tiempo. Era una ilusión, como todo lo demás. Pero uno de sus amigos había tomado la cosa con el mayor entusiasmo. Era un literato, un tal Leonard Upjohn, al que Philip había visto un par de veces en compañía de Cronshaw en el café del Barrio Latino. Gozaba de una excelente reputación como crítico y era en Inglaterra el exponente acreditado de la literatura francesa moderna. Había vivido mucho en Francia entre los escritores que convirtieron el *Mercure de France* en la revista más viva de aquella época; expresando de un modo sencillo sus ideas en inglés había conquistado fama de original. Philip había leído algunos de sus artículos. Su estilo calcado del de sir Thomas Browne, estaba hecho de frases elaboradas, cuidadosamente dosificadas, y un vocabulario brillante e insólito. Todo esto daba a sus escritos una apariencia de individualidad. Leonard Upjohn había conseguido convencer a Cronshaw para que le entregase todos sus versos, descubriendo que había bastantes para formar un volumen de tamaño normal. Prometió hacer valer su influencia cerca de un editor. Cronshaw necesitaba dinero. Después de su enfermedad le había sido más difícil que nunca encontrar un trabajo fijo. Apenas si conseguía ganar lo suficiente para pagarse el ajenjo. Por ello, cuando Upjohn le escribió que este o aquel editor, con todo y admirar sus versos, creían que no valía la pena de publicarlos, Cronshaw empezó a interesarse por el asunto. Insistió cerca de Upjohn, rogándole que renovara sus esfuerzos. Ahora, al sentirse próximo a la muerte, deseaba dejar detrás de él un libro impreso. En el fondo de sí mismo estaba persuadido de que había escrito una obra de gran valor. Su imaginación le hacía creer que iba a fascinar al universo como una nueva estrella. Era una cosa magnífica el haber guardado para sí toda la vida aquel tesoro de belleza, para lanzarlo desdeñosamente al mundo en el momento de abandonarlo.

Su decisión de volver a Inglaterra se debía precisamente al anuncio hecho por Upjohn de que un editor consentía al fin en publicar su libro de poesía. Haciendo un verdadero milagro, Upjohn consiguió persuadir al editor para que le entregara un anticipo de diez libras sobre sus derechos de autor.

—Como anticipo, ¿comprende? —dijo Cronshaw a Philip—. Milton recibió diez libras en total.

Upjohn había prometido escribir un artículo firmado sobre el nuevo libro y rogar

a sus colegas que hicieran otro tanto. Cronshaw fingía permanecer indiferente a todo esto, pero era fácil ver que la esperanza de triunfar le hacía feliz.

Philip decidió ir un día a cenar a la miserable taberna donde Cronshaw se obstinaba en comer. Pero el poeta no apareció. Le dijeron que faltaba desde hacía dos o tres días. Philip comió rápidamente y a continuación se encaminó a la dirección indicada en la primera carta de Lawson. Descubrió con cierta dificultad Hyde Street. Era un callejón formado por casas sucias adosadas una a la otra. Muchas tenían los cristales rotos, y los huecos tapados con trozos de periódicos franceses. Las puertas no habían sido barnizadas desde hacía años. En las plantas bajas había tabucos de zapateros remendones, lavanderas, ropavejeros… En medio de la calle jugaban unos chiquillos andrajosos mientras se oían las notas de una canción popular en un viejo organillo. Philip llamó a la puerta; al lado había una sórdida tienda. Le abrió una vieja francesa que lucía un sucio delantal. Philip le preguntó por Cronshaw.

—¡Ah, sí! El inglés que habita en el último piso, sobre el patio. No sé nada de él. Es mejor que suba usted a verle.

La escalera estaba iluminada con una lámpara de gas. Un olor nauseabundo llenaba toda la casa. Del primer piso salió una mujer que examinó a Philip con mirada recelosa aunque sin decir nada. En el descansillo del último piso había tres puertas. Philip llamó a la primera. No obtuvo ninguna respuesta. Llamó de nuevo. Intentó hacer girar el pestillo, pero la puerta estaba cerrada con llave. Llamó a la puerta vecina y al no obtener respuesta trató de abrirla. El pestillo cedió. La habitación estaba a oscuras.

—¿Quién es?

Reconoció la voz de Cronshaw.

—Carey. ¿Puedo entrar?

No obtuvo respuesta. Entró. La ventana estaba cerrada y el hedor era insoportable. La lámpara de la calle iluminaba ligeramente la habitación. Era una habitacioncita con dos camas puestas en fila. Había un lavabo y una silla, pero quedaba poco espacio para moverse. Cronshaw estaba en la cama más próxima a la ventana. No se movió, pero sonrió.

—¿Por qué no enciende usted la vela? —preguntó.

Philip encendió una cerilla y vio que junto a la cama, en el suelo, había una palmatoria. Encendió la vela y la puso sobre el lavabo. Cronshaw yacía echado de espaldas, inmóvil. Tenía un aspecto curioso en camisa de noche y su calvicie era desconcertante. Su rostro tenía un color terroso, señalado ya por la muerte.

—Me parece que no está usted bien, querido amigo. ¿No hay nadie aquí que lo cuide?

—George me trae una botella de leche por la mañana antes de irse a trabajar.

—¿Quién es George?

—Le llamo George, aunque su nombre es Adolphus. Comparte conmigo este suntuoso alojamiento.

Philip notó entonces que la otra cama estaba deshecha. La almohada tenía un color negro en el sitio donde se acostumbra poner la cabeza.

—¿Quiere usted decir que comparte este zaquizamí con otra persona? —preguntó.

—¿Qué de particular hay en ello? Los alojamientos son caros en Soho. George es camarero. Por la mañana se va a las ocho y vuelve a casa después que cierran el local. Así que no me da ninguna molestia. Ninguno de los dos dormimos bien, y él ahora me ayuda a pasar la noche contándome historias de su vida. Es suizo y yo siempre he sentido simpatía por los camareros de café. Ven la vida desde un punto de vista divertido.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted en la cama? —preguntó Philip.

—Desde hace tres días.

—¿Y desde entonces vive usted con una botella de leche al día? ¿Por qué no me lo advirtió usted? Es horrible saber que está usted aquí solo, sin nadie que le cuide.

Cronshaw dejó escapar una breve sonrisa.

—Pero ¡qué cara pone! Tiene usted aspecto verdaderamente disgustado. Es usted un buen muchacho.

Philip enrojeció. No creía que su rostro expresara la desolación que sentía al ver aquella horrible habitación y la situación del pobre poeta. Cronshaw, sonriendo dulcemente, continuó:

—Soy completamente feliz. Mire; aquí tengo las pruebas de imprenta. Seguramente debe usted recordar que la falta de comodidades que fastidia a tantas personas, me deja indiferente. ¿Qué importan las condiciones en que se vive si en sueños puede uno hacerse dueño del tiempo y del espacio?

Las pruebas estaban sobre la cama y él podía tocarlas aunque estuviera a oscuras. El poeta se las mostró a Philip con los ojos brillantes y luego las hojeó satisfecho de su impresión perfecta; leyó una estrofa en voz alta.

—No está mal, ¿eh?

Philip concibió una idea. La cosa le costaría un poco de dinero y él no estaba en condiciones de permitirse el menor gasto que no fuera indispensable, pero tratándose de un caso así dejó aparte toda consideración de índole económica.

—Oiga; no puedo soportar que esté usted aquí. Yo tengo una habitación que me sobra; está vacía, pero encontraré fácilmente una cama prestada. ¿Quiere usted venir a vivir conmigo? Se ahorraría usted el alquiler de esto.

—¡Oh, amigo mío! Seguramente me obligará usted a abrir la ventana.

—Nada de eso. Si quiere haré sellar todas las ventanas.

—Mañana me encontraré perfectamente. Hoy hubiera podido levantarme ya, pero

me he quedado en la cama por pereza.

—Entonces podrá usted hacer el traslado. De esta forma, si no se sintiera usted bien, en cualquier momento se podrá meter en la cama y yo le curaré.

—Si se empeña usted, veremos —contestó Cronshaw con su acostumbrada sonrisa apática.

—Será algo maravilloso.

Quedaron en que Philip iría a buscar a Cronshaw al día siguiente. El joven encontró manera de librarse de sus numerosas ocupaciones durante una hora. Encontró a Cronshaw vestido, sentado en la cama, con el abrigo puesto y el sombrero encasquetado; Una maleta miserable que contenía su ropa y sus libros, estaba allí, en el suelo, a los pies de Cronshaw. Parecía que estuviera en la sala de espera de una estación. Philip, al verle, se echó a reír. Se dirigieron a Kennington en un coche con las ventanillas cuidadosamente cerradas, y Philip instaló al huésped en su propia habitación. A primeras horas de la mañana había salido a comprarse una cama portátil de segunda mano, una cómoda de poco precio y un espejo. Cronshaw se puso en seguida a corregir sus pruebas; estaba bastante mejorado.

A pesar de su irritabilidad, debida a su estado, Cronshaw no era un huésped desagradable, según apreció Philip. Éste tenía clase por la mañana a las nueve, así que no veía a Cronshaw hasta la tarde. Pudo persuadirle para que un par de veces compartiera la modesta cena que preparaba para él, pero Cronshaw, demasiado inquieto para permanecer en la casa, prefería marcharse a alguna de las míseras tabernas de Soho. Philip había querido consultar al doctor Tyrell, pero Cronshaw se opuso. Sabía que el médico le prohibiría beber y él estaba dispuesto a continuar. Se sentía siempre muy enfermo, pero el ajenjo le ponía a tono. Y cuando volvía a casa por la noche hablaba con la vivacidad que había asombrado a Philip cuando le conoció. Las pruebas estaban ya corregidas y el volumen debía aparecer en primavera, en la época en que suponía que el público se habría repuesto de la compra de los libros de Navidad.

LXXXIV

Para el Año Nuevo Philip fue encargado de hacer los vendajes en el consultorio quirúrgico. El trabajo era del mismo género que había hecho hasta entonces; pero era más concreto, como ocurre en la cirugía respecto de la medicina. Por otra parte, muchos pacientes estaban aquejados por enfermedades agravadas por la negligencia y el excesivo descuido. El cirujano se llamaba Jacobs. Era pequeño y grueso, poseedor de una exuberante jovialidad, la cabeza calva y la voz retumbante. Poseía un fuerte acento dialéctico, por lo que los estudiantes se burlaban de él. Pero su habilidad como cirujano y como profesor modificaba a veces su opinión. Su actividad estaba distribuida metódicamente entre los enfermos y los estudiantes. Se divertía ridiculizando a sus ayudantes, y como éstos eran ignorantes y tímidos y no podían responderle como si fueran su igual, la cosa le resultaba fácil. A pesar de la sonrisa forzada de sus víctimas, aquellas bromas de mal género no divertían a nadie más que a él. Un día vio a un muchacho con un pie deforme. Sus padres querían saber si era posible o no hacer alguna cosa. Jacobs se dirigió a Philip.

—He aquí un caso para usted, Carey. Es un asunto del que debe usted entender.

Philip enrojeció. El maestro había hablado evidentemente con intención y sus ayudantes se rieron servilmente. En realidad, desde que entró en el hospital había leído en su biblioteca todo lo relacionado con el *talipes* en sus distintas formas. Hizo que el muchacho se quitara el zapato y el calcetín. Era un adolescente de catorce años, con la nariz roma, los ojos azules y abundantes pecas. Su padre dijo que deseaba, si ello era posible, hacer alguna cosa. El pie era un inconveniente para el muchacho, pues debía ganarse la vida. Philip le miró con curiosidad. Era un muchacho guapo, nada tímido, hablador y dotado de tal desenvoltura que el padre debía intervenir con frecuencia para corregirle. Le interesaba su pie.

—Es feo; nada más que esto —dijo a Philip—. Pero no me causa ninguna molestia.

—Cállate, Ernest —dijo su padre—. Hablas demasiado.

Philip pasó lentamente la mano sobre la deformidad. No comprendía cómo el muchacho no experimentaba la humillación que para él había sido tan dolorosa. ¿Cómo podía mostrarse tan indiferente? Jacobs se acercó poco después. El muchacho se había sentado en el borde de una camilla. El cirujano y Philip estaban a los lados y los estudiantes se apretujaban formando un semicírculo. Con su acostumbrada vivacidad Jacobs dio una pequeña conferencia sobre los pies deformes; habló de su variedad y de su forma según las distintas condiciones anatómicas.

—Sospecho que usted tiene un *talipes equinus*, ¿no? —preguntó a Philip, volviéndose de pronto.

—Sí.

Philip sintió los ojos de sus compañeros fijos en él y maldijo el calor que le subía al rostro. Notó también que las palmas de las manos le transpiraban y se le helaban. El cirujano hablaba con la facilidad propia de la larga práctica y con la admirable perspicacia que le distinguía. Ningún caso le dejaba indiferente, pero Philip no le escuchaba. Deseaba sólo que acabase cuanto antes. De repente se dio cuenta de que Jacobs se dirigía a él.

—¿No le disgustará quitarse un momento el calzado, Carey?

Philip se estremeció. Tentado estuvo de mandar al diablo a su superior, pero no tuvo el valor de hacer una escena; temía los sarcasmos del cirujano. Trató de aparecer indiferente.

—De ningún modo.

Sentóse y se desató los zapatos. Le temblaban los dedos tanto que no conseguía deshacer el nudo. Recordó que en el colegio le habían obligado a enseñar el pie y le vino a la imaginación lo que había sufrido entonces.

—Tiene limpio el pie, ¿no es verdad? —dijo Jacobs con su voz ronca y su acento plebeyo.

Los estudiantes se echaron a reír. Philip observó que el muchacho que estaba examinando le miraba con intensa curiosidad. Jacobs cogió con la mano el pie y dijo:

—Sí, es lo que yo creía. Veo que ha sido usted operado. De niño, ¿verdad?

Continuó sus explicaciones. Los estudiantes se amontonaron para mirar el pie. Dos o tres lo examinaron minuciosamente.

—Cuando hayáis terminado… —dijo Philip con una sonrisa irónica.

Los hubiera echado a todos. ¡Qué alegría poderles clavar el escalpelo —quién sabe por qué se había acordado de aquel instrumento— en el cuello! ¡Qué animales! Lástima no creer en el infierno y no poder consolarse con el pensamiento de las horribles torturas que se les podrían infligir. Ahora Jacobs hablaba de lo que podía hacerse, dirigiéndose en parte al padre del muchacho y en parte a los estudiantes. Philip volvió a ponerse el calcetín y el zapato. Al cabo el cirujano terminó. Pero evidentemente pensaba todavía en Philip, por lo que se volvió a él.

—Óigame, creo que valdría la pena de intentar una operación. Seguramente no le quedará un pie normal, pero creo que algo puede hacerse. Piénselo y cuando tenga necesidad de algunos días de vacaciones véngalos a pasar en el hospital.

Philip se había preguntado a menudo si era posible hacer alguna tentativa. Pero la aversión que le inspiraba el asunto siempre le había impedido consultar a un cirujano. De sus lecturas resultaba que aunque alguna cosa se hubiera hecho cuando aún era niño —en aquel tiempo no se sabía lo bastante bien cómo tratar el *talipes*—, no había gran posibilidad de mejorarlo. A pesar de ello, si era posible llevar un zapato de forma más normal y cojear menos, ¿por qué no intentarlo? Recordó sus fervientes plegarias para obtener un milagro y sonrió melancólicamente.

—Era bastante ingenuo en aquella época —se dijo.

Hacia últimos de febrero el estado de Cronshaw empeoró. No podía levantarse ya. Permanecía en la cama, oponiéndose a que abrieran la ventana, y negándose a que le visitara el médico. Comía poquísimo, pero pedía continuamente whisky y cigarrillos. Philip sabía que no debía probar ni lo uno ni lo otro, pero los argumentos de Cronshaw eran irreductibles y no había forma de convencerlo.

—Sé que esto me mata. Pero tanto me da. Usted me ha advertido, ha cumplido incluso su deber. Pero yo no tomo en cuenta sus advertencias. Déme algo que beber y váyase al diablo.

Leonard Upjohn aparecía como un vendaval dos o tres veces a la semana. Dada su semejanza con una hoja seca, esta imagen describe con bastante exactitud su forma de entrar en la habitación. Pálido, con largos cabellos de color claro y el rostro descamado, aquel hombre tenía el aspecto del que no vive bastante al aire libre. Llevaba un sombrero de pastor disidente. A Philip le pareció ofensivo su aire de superioridad y aburrida su conversación. Upjohn se escuchaba completamente cuando hablaba. No le importaba si lo que decía interesaba o no al que le escuchaba, cosa que es el primer requisito de un buen hablista. Tampoco se tomaba el trabajo de decir a las personas lo que ellas esperaban. Con acento mesurado explicaba a Philip lo que era necesario pensar sobre Rodin, sobre Albert Samain y sobre César Franck. La mujer que hacía la limpieza de la casa iba sólo una hora por la mañana, y como Philip se veía obligado a pasar el día en el hospital, Cronshaw permanecía mucho tiempo solo. Upjohn dijo a Philip que creía necesario que alguien estuviera con Cronshaw, pero al decir esto no dio ninguna solución al problema.

—Es terrible pensar que este gran poeta se encuentre abandonado. Podría morir sin que nadie estuviera a su lado.

—Es lo que sucederá probablemente —dijo Philip.

—¿Cómo es posible que carezca usted de corazón hasta este punto?

—¿Por qué no viene usted a trabajar aquí? Estaría usted aquí por si necesitara algo —propuso Philip secamente.

—¿Yo? Querido amigo, yo sólo puedo trabajar en el ambiente al que estoy habituado. Además, salgo mucho de casa.

El hecho de que Philip hubiese acogido a Cronshaw en su casa producía cierto enojo a Upjohn.

—Me hubiese gustado más que lo dejara en Soho —decía acompañándose con un gesto de su mano larga y delgada—. Había algo de romántico en aquella buhardilla. Podría transigir si se tratara de otro barrio, ¡pero Kennington! ¡Qué lugar tan burgués para hacer morir a un poeta!

Cronshaw se hallaba a menudo de pésimo humor y sólo el pensamiento de que aquella irritabilidad provenía de su enfermedad, evitaba que Philip montara a su vez

en cólera. A veces Upjohn se presentaba antes de que Philip hubiera vuelto y Cronshaw le escuchaba complacido.

—Es cierto que Carey no posee el sentimiento de la belleza —decía sonriendo—. Es un espíritu mediocre.

Sus sarcasmos irritaban a Philip, el cual había de echar mano de todo el dominio que poseía para contenerse. Pero una noche no pudo hacerlo. Había trabajado mucho en el hospital y se encontraba muy cansado. Upjohn fue a reunírsele a la cocina, donde el joven se estaba preparando una taza de té, y le dijo que Cronshaw se había quejado de la insistencia que Philip mostraba porque le viera un médico.

—¿No se da usted cuenta de que goza de un raro y exquisito privilegio? Debía usted hacer todo lo que pudiera para mostrarse digno de ello.

—Es un raro y exquisito privilegio cuyo gasto no puedo sostener —rebatió Philip.

Cada vez que se hablaba de dinero, Upjohn mostraba una expresión ligeramente desdeñosa. Su sensible temperamento sufría ante tales alusiones.

—La actitud de Cronshaw es sumamente bella y usted la echa a perder con su inoportunidad. Debería inclinarse ante ciertos pensamientos delicados que usted no puede comprender.

El rostro de Philip se ensombreció.

—Vamos al lado de Cronshaw —dijo en tono glacial.

El poeta estaba echado sobre la espalda, con la pipa en la boca y leía un libro. La estancia, a pesar del cuidado de Philip, había heredado aquel aspecto de suciedad que acompañaba a Cronshaw dondequiera que estuviese. Cuando ellos entraron, el poeta se quitó los lentes. Philip estaba bajo los efectos de una cólera violenta.

—Upjohn me dice que se ha lamentado usted de mi insistencia para que consulte a un médico. Deseo que le visite un médico porque puede usted morirse de un momento a otro, y si no le ha visto ninguno no hay posibilidad de obtener el certificado para el permiso de inhumación. Se haría una investigación y me echarían la culpa de no haber llamado a ningún médico.

—No había pensado en esto. Creía que quería usted que un doctor me visitara por mí y no por usted. Llámelo, pues, cuando quiera.

Philip no respondió, pero se encogió de hombros. Cronshaw le miró y dejó escapar una breve sonrisa.

—No se enfade usted, querido. Sé perfectamente que intenta usted hacer todo lo que puede por mí. Veamos, pues, a su doctor. De alguna manera esto le confortará. —Se volvió a Upjohn—. Es usted un imbécil, Leonard. ¿Por qué le ha ido usted con el chisme a este muchacho? Tiene ya bastante con tenerme que soportar. Usted no hará por mí otra cosa que escribir un bello artículo necrológico después de mi muerte. Le conozco.

Al día siguiente Philip fue a ver al doctor Tyrell. Sabía que le interesaría aquella

historia. En efecto, apenas libre de su trabajo, el médico le acompañó a Kennington. No hizo otra cosa que confirmar cuanto había dicho ya Philip. El caso era desesperado.

—Si quiere haré que lo lleven al hospital. Podremos colocarle en una habitación particular.

—Nada podrá convencerle de que vaya.

—Pero puede morirse de un momento a otro y puede tener otra pulmonía. —Philip asintió. El doctor dio uno o dos consejos más y prometió volver cuando Philip le llamara. Al regresar a la habitación, Philip encontró a Cronshaw leyendo tranquilamente; ni siquiera se tomó el trabajo de preguntarle qué había dicho el médico.

—¿Está usted satisfecho ahora, hijo mío? —le preguntó.

—Desde luego no habrá nada que le induzca a seguir los consejos de Tyrell, ¿no es así?

—Nada —respondió sonriendo Cronshaw.

LXXXV

Dos semanas después, al volver una noche del hospital, llamó a la puerta de Cronshaw, pero no obtuvo respuesta. Entró, Cronshaw yacía echado sobre un lado. Dormía o estaba en uno de sus momentos de mal humor. Vio, sin embargo, que tenía la boca abierta. Le tocó en la espalda y dio un grito. Metió la mano bajo la camisa para sentir los latidos del corazón. No sabiendo qué hacer, se acordó de una cosa de la que había oído hablar y le puso un espejo ante la boca. Se asustó ante la idea de quedarse solo con Cronshaw. Tenía puestos todavía el sombrero y el abrigo. Bajó la escalera rápidamente, cogió un coche y se hizo conducir a Harley Street. El doctor Tyrell estaba en casa.

—¿Quiere usted venir en seguida, doctor? Creo que Cronshaw ha muerto.

—Entonces, ¿para qué he de ir?

—Le quedaré tan agradecido si viene… Tengo un coche abajo. Se trata sólo de media hora.

Tyrell cogió el sombrero. En el coche hizo dos o tres preguntas a Philip.

—Cuando salí esta mañana me pareció que estaba como de costumbre. Me ha producido mucha impresión encontrarle como le he visto, y la idea de que se haya muerto solo. ¿Cree usted que se haya dado cuenta?

Philip se acordaba de las palabras de Cronshaw. Quién sabe si en el último momento no había sentido el terror de la muerte. Se imaginó a sí mismo en un caso parecido, seguro de lo inevitable, y sin que nadie le dijera alguna palabra que le infundiese valor.

—Está usted trastornado —observó el doctor.

Sus ojos azules no estaban faltos de bondad. Cuando vio a Cronshaw dijo:

—Debe de haber muerto hace varias horas. Probablemente murió mientras dormía. A veces sucede así.

El cuerpo aparecía ennegrecido; resultaba ridículo. No tenía nada de humano. El doctor Tyrell le miró sin emoción alguna. Sacó maquinalmente su reloj.

—Es necesario que me vaya. Le mandaré el certificado. Supongo que comunicará la noticia a los parientes.

—Creo que no tiene parientes.

—¿Y el entierro?

—Me ocuparé yo.

El doctor dudó. Se preguntó si debía ofrecerse para contribuir a los gastos. No conocía la situación de Philip; quizá estuviera en condiciones de afrontar solo el gasto y la oferta le ofendería.

—Perfectamente. Dígame si puedo serle útil en algo.

Salieron juntos. Philip se acercó al telégrafo para informar a Upjohn. Después se

dirigió a una agencia de pompas fúnebres ante la que pasaba cada día cuando se dirigía al hospital. Muchas veces había fijado su atención en tres palabras plateadas escritas sobre un paño negro que, entre dos féretros en miniatura, ornaba el escaparate. «Economía. Rapidez. Decoro.» Siempre le habían divertido. Fue recibido por el director, un hebreo de pequeña estatura, gordo, con los cabellos largos, rizados, relucientes, que vestía de negro y lucía un anillo de brillantes en uno de sus gordezuelos dedos. Acogió a Philip con una extraña expresión de tristeza, debida a su profesión, mezclada de una espontánea jovialidad. Se dio cuenta en seguida de que Philip estaba muy trastornado y le prometió enviarle una mujer para que hiciese todo lo necesario. El entierro que le propuso era magnífico y Philip se avergonzó al sospechar que iban a parecer mezquinas sus objeciones. Verdaderamente resultaba algo horrible regatear en un caso semejante y finalmente Philip se comprometió a hacer un gasto que era superior a sus medios.

—Comprendo perfectamente —dijo el hombrecito—. No desea usted hacer ninguna ostentación, lo que tampoco me gusta a mí; pero quiere usted que las cosas se hagan de un modo decente. Déjelo de mi cuenta. Intentaré hacer las cosas lo más económicamente posible, de acuerdo con las conveniencias. No considero necesario decirle más. ¿Le parece a usted bien?

Philip regresó a su casa para cenar. Mientras estaba en la mesa llegó la mujer para arreglar la sala. Poco después llegó un telegrama de Leonard Upjohn.

> *Conmovido y extraordinariamente afligido. Disgustadísimo por no poder ir esta noche. Ceno fuera. Estaré a su lado mañana a primera hora. Profunda aflicción. —UPJOHN—*

Poco después la mujer llamó a la puerta.

—He terminado, señor. ¿Quiere usted venir a ver si todo está bien?

Philip la siguió. Cronshaw yacía tendido boca arriba, con los ojos cerrados y las manos unidas devotamente sobre el pecho.

—Harán falta algunas flores, señor.

—Las compraré mañana.

La mujer lanzó al cadáver una mirada de satisfacción. Había terminado su trabajo. Se bajó las mangas, quitóse el delantal y se puso el sombrero. Philip le preguntó cuánto le debía.

—Hay quien me da dos chelines y medio y quien me da cinco.

Philip no se atrevió a darle menos de cinco chelines. La mujer le dio las gracias con efusión proporcionada al dolor que le suponía y le dejó. Philip regresó al salón. Apartó los restos de la cena y sentóse intentando leer la *Cirugía* de Walsham. Se sentía extrañamente nervioso. El menor rumor en la escalera hacía que le latiera el

corazón. Aquella cosa que yacía en la habitación de al lado, que había sido un hombre y que ahora no era nada, le asustaba. El silencio parecía algo que tuviera vida, como si un misterioso movimiento formara parte de él. La presencia de la muerte pesaba sobrehumana y terrible sobre aquellas habitaciones. Philip experimentó un horror imprevisto hacia aquello que había sido su amigo. Lo que le turbaba más de todo era la completa inutilidad de aquella vida que hacía poco había terminado. No importaba que Cronshaw estuviera vivo o muerto. Hubiera incluso podido no vivir nunca. Pensó en Cronshaw joven y tuvo que hacer un esfuerzo de imaginación para figurárselo esbelto, con el cráneo cubierto de cabello, el paso elástico, enérgico y lleno de esperanza. El principio de Philip, aquello de seguir los propios instintos mientras no se encontrara uno al policía de la esquina, no había dado muy buenos resultados. Por haber obrado de este modo, Cronshaw había llevado una existencia tan miserable. Por lo tanto no debía uno fiarse de los instintos. Philip se preguntó perplejo cuál sería la verdadera regla de la vida, ya que aquélla era inútil. Y por qué la gente obraba de un modo en vez de otro. Todos se dejaban guiar por los propios sentimientos, pero éstos podían ser buenos o malos, y lo cierto es que conducían al triunfo o al desastre. Los hombres corrían empujados por fuerzas desconocidas. El objeto de todo era ignorado y parecía que se apresuraban sólo por el placer de precipitarse.

Al día siguiente, por la mañana, Leonard Upjohn se presentó con una minúscula corona de laurel. Le parecía una buena idea coronar con ella al poeta muerto y, a pesar del silencio reprobatorio de Philip, intentó ceñirle con ella el calvo cráneo. Pero el efecto era grotesco. Parecía el ala de un sombrero encasquetado hasta las orejas, como a veces se lo ponen los payasos en el circo.

—Será mejor ponérsela sobre el corazón —dijo Upjohn.

—Me parece que se la está poniendo sobre el estómago —afirmó Philip.

—Sólo un poeta sabe dónde está el corazón de un poeta —repuso Upjohn con una leve sonrisa.

Volvieron al salón y Philip le puso al corriente de las disposiciones tomadas para el entierro.

—Supongo que no habrá usted dudado ante los gastos. Me gustaría ver el coche fúnebre seguido de una larga hilera de coches vacíos y los caballos ornados con largos penachos de pluma. También debería ir un cortejo de plañideras con largos velos negros. La idea de los coches vacíos me gusta.

—Pero como los gastos del entierro van a mi cargo y no me encuentro en un momento particularmente brillante, he hecho todo lo posible para reducirlos al mínimo.

—Pero en este caso, querido amigo, ¿por qué no ha encargado usted un entierro pobre? Por lo menos hubiera sido poético. Es inútil, le domina a usted el instinto de la

mediocridad.

Philip enrojeció, pero no dijo nada. Al día siguiente, él y Upjohn siguieron al coche fúnebre en el único coche que Philip había encargado. En la imposibilidad de asistir, Lawson envió una corona, y Philip, para que el cadáver no pareciera desairado, había encargado otras dos. Al regresar, el cochero fustigó a los caballos. Philip, muerto de cansancio, se adormeció. Le despertó la voz de Upjohn.

—Es una suerte que el libro de versos no hubiera aparecido todavía. Creo que ahora será mejor retardar un poco su publicación. Escribiré el prólogo. He estado pensando en ello cuando íbamos al cementerio. Creo que podré hacer algo discreto. De todos modos, empezaré con un artículo que publicaré en el *Saturday*.

Philip no respondió. Siguió un silencio. Finalmente, Upjohn, como hablando para sí, dijo:

—Me parece inútil desperdiciar trabajo. Haré un artículo para una revista literaria y luego el mismo me servirá como prólogo.

Philip tuvo buen cuidado de hojear las revistas mensuales. Algunas semanas después apareció el artículo en cuestión. Se habló bastante de ello y los periódicos publicaron fragmentos del artículo. Se trataba de un artículo bien hecho, vagamente biográfico, ya que nadie estaba al corriente de cómo había transcurrido la juventud de Cronshaw, pero el trabajo resultaba delicado, sutil y lleno de color. Upjohn, con su complicado estilo, pintaba graciosos cuadros de cuando Cronshaw vivía en el Barrio Latino, perorando o cincelando versos; hacía de él una figura pintoresca, un Verlaine inglés. Y luego para describir la decadencia y la vida en el zaquizamí de Soho, Upjohn empleaba patéticos acentos. Con una reticencia que parecía impuesta por la modestia, hablaba de los esfuerzos que había hecho para transportar al poeta a cualquier *cottage* enguirnaldado de madreselva en mitad de un valle lleno de flores. A continuación aparecía el retrato de la persona guiada por la mejor buena intención, pero completamente privada de tacto, que había conducido al poeta a vivir en medio de la vulgar burguesía de Kennington. Empleando delicados sarcasmos, el escrito narraba las últimas semanas, la paciencia con que Cronshaw soportaba al voluntarioso estudiante que se había constituido improvisadamente en su enfermero y lo absurdo que resultaba ver a aquel divino vagabundo en medio de un ambiente desesperadamente mediocre. «La belleza surge de las cenizas», escribió citando al poeta Isaías. Aquel poeta abandonado que moría en medio del vulgar marco de los convencionalismos resultaba un verdadero triunfo de la ironía. Era el Cristo entre los fariseos. Esta analogía le sugirió un fragmento exquisito. Contaba que un amigo —el buen gusto no le permitía aludir muy marcadamente a la persona que tuvo tan delicada atención— había colocado sobre el corazón del poeta difunto una corona de laurel y que las bellas manos del poeta parecían haberse posado con voluptuosidad sobre las hojas de Apolo, fragante de perfume de arte y más verdes que el jade que

los bronceados marineros traen de la China múltiple y misteriosa. El artículo, en un admirable contraste, terminaba relatando el mediocre y prosaico entierro del que habría tenido que ser enterrado como un príncipe o como un mendigo. Era la victoria final del filisteo sobre el arte, sobre la belleza, sobre la inmaterialidad.

Leonard Upjohn no había escrito nunca nada mejor. Su prosa era un milagro de gracia y de piedad. En el artículo iban intercalados algunos de los mejores versos de Cronshaw. Cuando el volumen apareció, estaba ya satisfecha mucha de la curiosidad del público; en cambio, la fama de Upjohn había aumentado. Se le consideraba un crítico digno de tenerse en cuenta. Hasta ahora había parecido un poco frío y distante, pero en aquel artículo alentaba una cálida humanidad que se ganó todas las simpatías.

LXXXVI

Cuando llegó la primavera, Philip, que había terminado ya su período de ayudante en el consultorio quirúrgico, fue destinado al servicio interno del hospital. Este trabajo duraba seis meses. El ayudante se pasaba toda la mañana con el médico en las salas de enfermos; primero en las de los hombres, luego en las de las mujeres. Llenaba los cuestionarios, hacía análisis y permanecía muchas horas del día en compañía de las enfermeras. Dos veces a la semana, por la tarde, el director iba a visitar a los enfermos acompañado de un grupo de alumnos. Esta clase de trabajo no implicaba la agitación, el cambio continuo, el contacto íntimo con la realidad que se vivía en su consultorio, pero Philip adquirió en él mucha experiencia. Resultaba bastante simpático a los enfermos y sentíase halagado al ver la satisfacción con que éstos recibían sus cuidados. Su sencillez le hacía popular. Era amable y cordial y sabía dar ánimos.

Como todos los que trabajan en un hospital, Philip se dio cuenta en seguida de que es más fácil tratar con hombres enfermos que con mujeres enfermas. Éstas estaban siempre de mal humor y se lamentaban continuamente, quejándose de las enfermeras, las cuales estaban abrumadas de trabajo y, según ellas, no mostraban suficiente premura y eran ingratas y fastidiosas.

Pronto tuvo Philip la fortuna de hacerse con un amigo. Una mañana el médico le encomendó a un nuevo enfermo. Sentándose al lado de la cama, Philip se puso a llenar el cuestionario. Leyó la papeleta y vio que se trataba de un periodista llamado Thorpe Athelny; no era muy frecuente que se presentaran clientes como aquél en el hospital. Tenía cuarenta y cinco años. Un violento ataque de ictericia había hecho que le hospitalizaran a causa de ciertos síntomas que era necesario observar. Contestó a las distintas preguntas de Philip con voz simpática. Como estaba en la cama no podía decirse si era alto o bajo; mas la cabeza pequeña y las manos extremadamente pequeñas daban idea de una estatura más baja de lo normal. Philip tenía la costumbre de mirar las manos, y las de Athelny le produjeron asombro. Pequeñas, con los dedos largos y huesudos, y bellas uñas, muy delicadas, hubieran sido blanquísimas sin el efecto de la ictericia. Las tenía colocadas sobre el embozo de la sábana; una de ellas con los dedos abiertos, el medio y el anular unidos, y, mientras hablaba con Philip, parecía contemplarla con manifiesta admiración. A pesar de su color amarillento, el rostro poseía cierta distinción; ojos azules, nariz petulante y ganchuda, agresiva, pero bien dibujada, y una barbita gris terminada en punta. Era bastante calvo, pero sus cabellos debían de haber sido muy bellos y ondulados.

—Veo que es usted periodista. ¿En qué periódico escribe usted?

—En todos. No puede usted abrir ninguno sin encontrar algo mío.

Abrió un periódico que había en la mesita de noche y el enfermo señaló a Philip

un anuncio. En letras grandes aparecía el nombre de una razón social muy conocida por Philip: Lynn y Sedley, Regent Street, Londres. Abajo, en caracteres más pequeños, pero todavía bastante vistosos, se leía esta afirmación dogmática: «Aplazar es perder el tiempo.» A continuación venía una pregunta que impresionaba por su buen sentido: «¿Por qué no comprar hoy mismo?» Y por fin una repetición de grandes letreros que parecían el martilleo de la conciencia en el corazón de un asesino. Y luego, audazmente, millares de pares de guantes de las mejores marcas del mundo a precios inauditos y millares de pares de calcetines de las fábricas más importantes del universo a precios reducidísimos, terminando con la pregunta, que esta vez era lanzada provocativamente: «¿Por qué no comprar hoy mismo?»

—Soy el agente de publicidad de Lynn y Sedley —hizo un pequeño y gracioso movimiento con su bella mano—. Es un empleo insignificante y mezquino…

Philip continuó haciendo las preguntas acostumbradas, algunas impuestas por el reglamento, otras artificiosamente estudiadas para que cada enfermo revelara aquello que precisamente quería ocultar.

—¿Ha vivido usted alguna vez en el extranjero?

—He estado en España once años.

—¿Y a qué se dedicaba usted?

—Era secretario de la Compañía Hidráulica Inglesa de Toledo.

Philip recordó que Clutton había estado algunos meses en Toledo, y miró al periodista con mayor interés. Pero comprendió que no era conveniente darlo a entender. Era necesario mantener la distancia entre los enfermos y el personal del hospital. Cuando hubo terminado el examen pasó a las otras camas.

La enfermedad de Thorpe Athelny no presentaba ninguna gravedad. Aunque continuaba muy amarillo, se sintió mucho mejor pocos días después. Permaneció en el lecho sólo porque el médico quería tenerle en observación hasta que ciertas reacciones no se hubiesen normalizado.

Un día, al entrar en la sala, Philip encontró a Athelny con un lápiz en la mano y leyendo un libro. Lo dejó sobre la cama en cuanto Philip se acercó a él.

—¿Puedo ver lo que está usted leyendo? —preguntó Philip, incapaz de pasar ante un libro sin mirarlo.

Era un volumen de versos españoles: las poseías de san Juan de la Cruz. Al abrirlo cayó una hoja de papel. Philip la recogió y vio que había escrito en ella dos versos.

—¿Conque pasa usted el tiempo escribiendo poesías? Buen pasatiempo para un enfermo hospitalizado.

—Quería traducir alguna cosa. ¿Conoce usted el español?

—No.

—Pero sabe usted quién era san Juan de la Cruz, ¿no es verdad?

—No tengo la menor idea.

—Era un místico español. Uno de los mejores poetas que han existido. Merece que se le traduzca al inglés.

—¿Puedo leer su traducción?

—Apenas está esbozada —dijo Athelny, pero dio el papel a Philip sin hacerse rogar mucho.

Estaba escrito a lápiz, con una caligrafía delicada, muy personal, bella y, con todo, difícil de descifrar. Parecía imitar la letra impresa.

—¿No le lleva mucho tiempo escribir así? Es bellísimo.

—¿Se sorprende? No sé por qué no puede ser bella una letra.

Philip leyó la primera estrofa:

En una noche oscura
con ansias en amores inflamada,
—¡oh, dichosa ventura!—
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

Philip miró a Athelny con curiosidad. No sabía si aquel enfermo le intimidaba o si se sentía atraído hacia él. Se daba cuenta de que había adoptado aires de protector y enrojeció al pensar que Athelny podía haberle encontrado ridículo.

—Tiene usted un nombre muy poco corriente —observó sólo por decir algo.

—Es un nombre muy antiguo en Yorkshire. En un tiempo, el jefe de nuestra familia empleaba un día entero para dar un paseo a caballo por sus tierras. Pero los potentados están en decadencia. Las mujeres y las carreras…

Era miope y cuando hablaba miraba intensamente a su interlocutor. Cogió de nuevo su volumen de versos.

—Debe usted aprender el español. Es un idioma noble. No tiene la suavidad del italiano, pero posee grandiosidad; no es el murmullo de un arroyo, sino la voz tumultuosa de un torrente.

Su manera grandilocuente de hablar divertía a Philip. Sensible a la retórica, el joven escuchaba con placer a Athelny cuando describía la riqueza del *Quijote* en el original y la musicalidad romántica, límpida y apasionada del profundo Calderón.

—He de continuar mi trabajo —dijo Philip.

—¡Oh!, perdóneme; lo había olvidado. Diré a mi mujer que me traiga una fotografía de Toledo y se la enseñaré a usted. Venga a charlar conmigo cuando le sobre un poco de tiempo. No sabe usted el placer que me produce.

Durante los días siguientes, siempre que tenía ocasión, Philip intentaba estrechar su amistad con el periodista. Thorpe Athelny era un conversador muy simpático. No

decía cosas extraordinarias, pero tenía un inspirado modo de hablar que excitaba la fantasía. Philip, habituado ya a vivir de un modo positivo, sentía que le hervían en el cerebro imágenes nuevas. Athelny se expresaba de un modo señoril y estaba mucho más al corriente que Philip en lo que respecta a la vida social y a los libros. Tenía más edad que él y su facilidad de palabra le daba cierta superioridad. Se encontraba en un hospital, institución benéfica sujeta a reglamentos severos, y sabía permanecer en su puesto con docilidad y buen humor. Un día Philip le preguntó por qué había ido al hospital.

—¡Oh!, mi norma es que debemos aprovechamos de todas las ventajas que ofrece la sociedad. Son los beneficios de nuestra época. Cuando me pongo enfermo, me hago conducir al hospital sin sentir una falsa vergüenza; mis hijos van a la escuela pública.

—¿De veras?

—Reciben una instrucción de primer orden, mucho mejor de la que yo recibí en Winchester. ¿Cómo hacer otra cosa? Tengo nueve. Cuando me cure, irá usted a verlos, ¿no es verdad?

—Con mucho gusto —respondió Philip.

LXXXVII

Diez días después pudo Athelny salir del hospital. Dio su dirección a Philip invitándole a almorzar el domingo siguiente, a la una. Le había dicho que vivía en una casa construida por Iñigo Jones. Le había hablado con entusiasmo —como de todas las cosas que le gustaban— de la graciosa barandilla de madera de encina, y cuando salió a abrirle la puerta le hizo admirar en seguida la bella escultura del arquitrabe. Era una casa en pésimo estado que tenía necesidad de que la remozaran, y que conservaba, sin embargo, la dignidad de su época. Situada en una pequeña calle, entre Chancery Lane y Holborn, que en otros tiempos había sido elegante, existía el proyecto de demolerla para construir oficinas modernas. Mientras tanto, el alquiler era modesto, así que Athelny podía disfrutar los dos pisos superiores sin que su presupuesto se desequilibrara. Philip no le había visto nunca de pie y quedó asombrado al comprobar su estatura. No debía de llegar a un metro cincuenta. Aparecía fantásticamente vestido, con unos pantalones de seda color turquesa, muy usados por los obreros franceses, y una vieja chaqueta de terciopelo castaño. Llevaba una faja roja en torno a la cintura, un cuello bajo y una corbata flotante que recordaba la del francés grotesco de las páginas del *Punch*. Saludó a Philip con efusión. Empezó en seguida a hablar de su casa y pasó amorosamente la mano por la barandilla.

—Mire usted, parece de seda. ¡Qué maravilla! ¡Qué milagro de gracia! Y dentro de cinco años la empresa encargada de la demolición de la casa la venderá como leña.

Insistió en conducir a Philip a una habitación del primer piso, donde estaban comiendo un hombre en mangas de camisa, una mujer en bata y tres niños.

—He traído aquí a este señor sólo para hacerle admirar el techo. ¿Ha visto usted nunca algo más bello? ¿Cómo está usted, mistress Hodson? Les presento a mister Carey, que me ha curado muy bien en el hospital.

—Entre, doctor —dijo el hombre—. Todos los amigos de mister Athelny son bien recibidos en esta casa. Les enseña siempre nuestro techo. No importa lo que estemos haciendo. Aunque nos hayamos acostado o yo me esté lavando, él entra igualmente.

Philip se dio cuenta de que tenían a Athelny por un individuo un tanto extravagante, pero le querían bien y le escuchaban con la boca abierta cuando se entusiasmaba ante la belleza de aquel techo del siglo XVII.

—¿No es un delito demoler esta maravilla, Hodson? Usted, que es un ciudadano influyente, ¿por qué no escribe a los periódicos protestando?

El individuo en mangas de camisa se echó a reír y se dirigió a Philip.

—Mister Athelny bromea. Las autoridades dicen que estas casas son antihigiénicas y que es peligroso habitarlas.

—¡Al diablo la higiene y viva el arte! —exclamó Athelny—. Yo tengo nueve hijos y siempre han gozado de excelente salud, a pesar de lo malsano de sus cañerías.

Cuando cambie de casa procuraré que en la nueva las cañerías estén defectuosas.

Oyeron llamar a la puerta. Apareció una niña rubia.

—Papaíto, mamá dice que acabes de hablar y vengáis a comer.

—Ésta es mi tercera hija —dijo Athelny señalando a la niña, con un dramático ademán—. Se llama María del Pilar, pero responde más fácilmente al nombre de Joan. Joan, limpiate la nariz.

—No tengo pañuelo, papaíto.

—Vamos, vamos, pequeña —respondió Athelny sacando un vistoso pañuelo de seda—. ¿Para qué fin crees que el Señor te ha dado los dedos?

Subieron al piso superior y Philip fue introducido en una habitación con friso de encina oscura. En el centro de la estancia había una mesa estrecha de madera de teca colocada sobre dos caballetes unidos entre sí por una barra de hierro. Había sido dispuesta para dos personas. Se veían también dos anchos sillones de encina provistos de recios brazos. El respaldo y el asiento eran de cuero. Severos, elegantes y muy cómodos. El único mueble que había además era un bargueño adornado con plaquitas doradas, colocado sobre un pedestal a la manera eclesiástica, esculpido con arte primitivo, aunque no exento de belleza. Dos o tres platos desportillados, pero ricos de color, estaban expuestos sobre el mueble, y en las paredes se veían colgados viejos cuadros de la escuela española dentro de marcos de apariencia suntuosa, aunque un tanto maltrechos. Pese a la tristeza del asunto, al deterioro producido por los años, a la incuria y a la mediocridad del artista, emanaba de ellos una llama de pasión. No había ningún objeto de valor en la estancia, pero el conjunto era agradable, magnífico y austero. Philip tuvo la impresión de que respiraba el espíritu de la vieja España. Athelny le estaba enseñando el interior del bargueño, con sus graciosos ornamentos y cajones secretos, cuando entró una muchacha alta sobre cuyas espaldas colgaban dos largas trenzas de color castaño claro.

—Mamá dice que la comida está a punto. En cuanto tomen asiento la serviré.

—Ven a conocer a mister Carey —se volvió hacia Philip—. Qué muchachota, ¿eh? La mayor. ¿Cuántos años tienes, Sally?

—Quince cumpliré en junio, papaíto.

—Al bautizarla le puse María del Sol, porque era la primera y la dediqué al glorioso sol de Castilla. Pero su madre la llama Sally y su hermano «Cara de torta».

La muchacha sonrió tímidamente, mostrando los dientes blancos y regulares, y enrojeció. Estaba bien formada; era alta para su edad, con bellos ojos grises, la frente espaciosa y las mejillas sonrosadas.

—Ve y di a mamá que venga a saludar a mister Carey antes de que nos sentemos a la mesa.

—Dice que vendrá después de comer. No se ha lavado todavía.

—Entonces vamos a verla nosotros. Carey, no puedo comer el *pudding* del

Yorkshire antes de haber estrechado la mano que lo ha hecho.

Philip siguió a su anfitrión hasta la cocina, una habitación pequeña en la cual se oía un gran estrépito. Pero se hizo un silencio completo cuando entró el forastero. En el centro había una gran mesa en torno a la cual se sentaban los hijos de Athelny en espera de su comida. Una mujer se hallaba ante el horno e iba sacando patatas asadas una a una.

—Betty, te presento a mister Carey.

—¡Vaya una idea que has tenido (rayéndole aquí! ¿Qué pensará?

Su delantal era bastante sucio y llevaba remangadas hasta por encima del codo las mangas de su bata de algodón. Sus cabellos estaban llenos de rizadores. Era una mujer más bien gruesa, tres dedos más alta que su marido, rubia, con ojos azules y expresión de bondad. Debía de haber sido bella, pero los años y las fatigas la habían estropeado. Sus ojos azules habían perdido su brillo, la piel se había vuelto rojiza y áspera y sus cabellos estaban descoloridos. Se irguió, secóse la mano con el delantal y se la tendió al visitante.

—Sea usted bien venido a esta casa, doctor —dijo con voz lenta y un acento que a Philip le pareció extrañamente familiar—. Athelny me ha dicho que ha sido usted muy bueno con él en el hospital.

—Ahora conocerá usted a la grey —dijo Athelny—. Thorpe —y señaló a un muchacho rubicundo con los cabellos rizados—. Es el mayor de los varones, el heredero del título, de los bienes y de la responsabilidad de la familia. Éste es Thelstano, éste Harold, éste Edward —señaló a tres muchachos más pequeños, todos sonrosados, sanos y sonrientes; ante la mirada divertida de Philip los nombrados hundieron rápidamente la mirada en el plato—. Ahora las muchachas por orden de edad: María del Sol…

—Cara de torta —dijo uno de los pequeños interrumpiendo a su padre.

—Tu sentido del humorismo es rudimentario, hijo mío. María de las Mercedes, María del Pilar, María de la Concepción, María del Rosario.

—Yo las llamo Sally, Molly, Joan, Rosa y Mabel —corrigió mistress Athelny—. Ahora, Athelny, vuelve allá. Haré que les sirvan a ustedes. Más tarde enviaré a los muchachos, después de haberlos lavado.

—Querida, si hubiera tenido que ponerte el nombre a ti te habría llamado María del Jabón. Siempre atormentas a estas pobres criaturas con tus lavados.

—Vaya usted delante, mister Carey. De otro modo no conseguiremos que se siente para comer.

Athelny y Philip se instalaron en los grandes sillones monacales y Sally les llevó dos platos de carne, *pudding* del Yorkshire, patatas asadas y col. Athelny se sacó de los bolsillos seis peniques y mandó a su hija a buscar una garrafa de cerveza.

—Espero que no habrá hecho usted extraordinarios por mí —dijo Philip—. Me

hubiera gustado comer con los chicos.

—¡Oh, no!; como siempre solo. Me gustan las costumbres antiguas. Creo que las mujeres no deben sentarse a la mesa con los hombres. Son un obstáculo para la conversación y estoy convencido de que ésta es perjudicial para ellas. Hace brotar en su cabeza ideas, y cuando las mujeres tienen ideas sucede siempre un contratiempo.

Ambos comieron con excelente apetito.

—¿Ha probado usted alguna vez un *pudding* tan bueno como éste? Nadie lo hace como mi mujer. Ésta es la ventaja que se tiene cuando no se casa uno con una señora. Se habrá dado usted cuenta de que no es una dama, ¿no es verdad?

Era una pregunta embarazosa y Philip no supo qué responder.

—No se me ha ocurrido fijarme —dijo turbado.

Athelny se echó a reír. Tenía una risa especialmente alegre.

—No, no es una señora. Su padre era un colono y ella no se ha preocupado nunca de hablar con propiedad. Hemos tenido doce hijos, de los que nos viven nueve. Le he dicho que ya es hora de que nos plantemos, pero es una mujer obstinada. Ahora ya ha cogido la costumbre y creo que no estará contenta mientras no haya tenido veinte.

En aquel momento, Sally entró con la cerveza, y después de haber llenado un vaso para Philip, pasó al otro lado de la mesa para servir a su padre. Éste le rodeó la cintura con un brazo.

—¿Ha visto usted nunca una muchacha más robusta? Tiene sólo quince años, pero aparenta veinte. Repare en el buen color que tiene. No ha estado enferma ni un día. Tendrá suerte el que se case con ella, ¿verdad, Sally?

Sally escuchaba con una leve sonrisa y sin turbarse, pues estaba acostumbrada a la charla paterna, pero al mismo tiempo con una modestia atrayente.

—No dejes que se enfríe la carne, papaíto —dijo la muchacha desprendiéndose —. Me llamarás para cambiar los platos, ¿verdad?

Cuando se quedaron solos, Athelny se llevó la jarra a la boca y bebió un largo trago.

—¡Palabra de honor! ¿Qué hay mejor que la cerveza inglesa? Demos gracias a Dios por estos sencillos placeres: rosbif y *pudding* de arroz, cerveza fresca y un buen apetito. La primera vez tuve por esposa a una señora. ¡Dios mío! ¡No se case usted nunca con una señora!

Philip se echó a reír. La escena le encantaba. Lo divertido de aquel hombre vestido de una manera extravagante, la habitación con friso y muebles españoles, la cocina inglesa: todo era de una exquisita incongruencia.

—Se ríe, ¿eh? La idea del matrimonio inferior le parece a usted extraña. Querría una mujer intelectual como usted. Tiene usted la cabeza llena de ideas a propósito de la camaradería conyugal. Todo eso son tonterías, muchacho. Un hombre no debe hablar de política con su mujer. ¿Qué importancia cree usted que puede tener para mí

la opinión de Betty sobre el cálculo diferencial? La mujer debe saber cocinar y cuidarse de los niños. Se lo digo yo que he probado las dos categorías. Ahora, hagámonos traer el *pudding*.

Hizo sonar las palmas y Sally entró para cambiar los platos. Philip quiso levantarse para ayudarla, pero Athelny se lo impidió.

—Déjela. No tiene usted necesidad de molestarse, ¿verdad, Sally? No creerá que es usted descortés si permanece sentado mientras ella le sirve. A ella le importa poco la caballerosidad, ¿no es verdad, Sally?

—Así es —repuso humildemente Sally—. Pero ya sabes que a mamá no le gusta que hables de esta forma.

Athelny se rió ruidosamente. Sally llevó el *pudding* de arroz, blando, mantecoso, suculento. Su padre se sirvió con verdadero entusiasmo.

—Una de las reglas de esta casa es que el almuerzo dominical no varíe. Es como un rito. Rosbif y *pudding* durante cincuenta domingos al año. Para Pascua, el cabrito con guisantes, y para san Miguel, la oca asada con manzanas. Así conservamos las tradiciones de nuestro pueblo. Cuando Sally se case, olvidará muchos de los sabios principios que le he inculcado; pero seguramente no olvidará que si se quiere ser bueno y feliz se tiene que comer todos los domingos rosbif y *pudding* de arroz.

—Ya me llamarán para el queso —dijo imperturbable Sally.

—¿Conoce usted la leyenda del alción? —preguntó Athelny.

Philip se hallaba ya acostumbrado a este rápido ir y venir de un asunto a otro.

—Cuando el alción está cansado de volar sobre el mar, su compañera se coloca debajo de él y le sostiene con sus fuertes alas. El hombre, igual que el alción, pide esto a su mujer. Viví con mi primera mujer durante tres años. Era una dama. Disfrutaba de mil quinientas libras de renta y ofrecíamos cenas elegantes en nuestra pequeña villa de Kensington. Se trataba de una mujer muy simpática, por lo menos así lo decían todos: los abogados y sus esposas que iban a casa, los literatos, los políticos de nariz roja… ¡Oh, una mujer verdaderamente simpática! Me obligaba a ir a la iglesia con *tait* y sombrero alto, me conducía a los conciertos de música clásica y le gustaban mucho los sermones de las tardes del domingo. Por la mañana bajaba a desayunarse a las ocho y media en punto, y si yo llegaba con algo de retraso encontraba el té frío. Mi mujer leía los libros que es preciso leer, admiraba los cuadros que es preciso admirar y le gustaba la música que es preciso que a uno le guste. ¡Dios mío, cómo me aburría! Ahora continúa igual de simpática y sigue viviendo en la pequeña villa de Kensington, entre los artículos de Morris y los dibujos de Whistler que ornan las paredes. Da las mismas cenas elegantes que entonces, con asado de temerá y bebidas de Gunter, todo exactamente igual que hace veinte años.

Philip no preguntó de qué forma ocurrió la ruptura de aquella pareja mal avenida.

Sally llevó queso Cheddar y Athelny continuó hablando.

—Es un gran error creer que el dinero es necesario para sacar adelante una familia. El dinero es necesario cuando se quiere educar a los hijos como caballeros y como señoras, pero yo no deseo que mis hijos sean tan bien educados. Dentro dé un año Sally se ganará la vida como aprendiza de una modista, ¿no es verdad, Sally? Y los muchachos servirán a su país. Quiero que todos ingresen en la Marina. Es una vida sana y alegre; se come bien, se gana bastante y se tiene retiro en la vejez.

Philip encendió la pipa, Athelny fumaba cigarrillos de tabaco habano que él mismo se hacía. Sally desapareció. Philip se sentía un poco turbado ante tanta confidencia. Con aquella voz demasiado fuerte para su pequeño cuerpo, con aquel aspecto exótico, con aquel énfasis, Athelny resultaba un tipo sorprendente de veras. En muchas cosas recordaba a Cronshaw. Poseía su misma independencia de espíritu, su mismo amor por la bohemia, pero con un temperamento bastante más vivo. Menos refinado, no poseía la manía de lo abstracto que hacía tan atrayente la conversación de Cronshaw. Sentíase orgulloso de la aristocrática familia a que pertenecía. Mostró a Philip la fotografía de una morada isabelina, diciéndole:

—Los Athelny han vivido aquí durante siete siglos, muchacho. ¡Ah, si usted pudiera ver las chimeneas y los techos!

De un armario adosado a la pared sacó un árbol genealógico que mostró a Philip con satisfacción infantil. El dibujo era imponente.

—Mire los nombres de la familia: Thorpe, Thelstano, Harold, Edward. Se los he puesto a mis hijos. Para las muchachas he elegido nombres españoles.

La sospecha de que se trataba de un gran embuste, dicho no por motivo mezquino, sino por el deseo de impresionarlo, se apoderó de Philip. Athelny le había dicho que se educó en Winchester; pero Philip, sensible al menor matiz, no encontraba en su anfitrión las características del hombre educado en un colegio de primer orden. Mientras Athelny enumeraba los nobles parientes de sus antepasados, Philip se divertía preguntándose si aquel hombre no era hijo de cualquier tendero de Winchester, tratante de carbones o vendedor de artículos en subasta, y si la única relación que le unía con la antigua familia cuya genealogía mostraba no era la coincidencia del nombre.

LXXXVIII

Se oyó llamar a la puerta, y en el acto entró un tropel de muchachos. Estaban ya lavados y arreglados, con el rostro limpio y los cabellos bien peinados. Se marchaban a la escuela dominical acompañados por Sally. Athelny, más exuberante que nunca, bromeó con ellos. Saltaba a la vista que los quería y que estaba orgulloso de verlos guapos y sanos. Cuando su padre los mandó fuera los muchachos salieron rápidamente, experimentando un evidente alivio. Pasados algunos minutos apareció mistress Athelny. Se había quitado los rizadores y en su lugar aparecía una serie de ricillos. Llevaba un vestido negro muy sencillo y un sombrero adornado con flores baratas; intentaba hacer entrar sus manos, rojas y bastas, en un par de guantes de cabritilla negra.

—Voy a la iglesia, Athelny —dijo—. ¿No tienes necesidad de nada?

—Sólo de tus plegarias, querida Betty.

—No te servirán de mucho, eres demasiado malo —dijo sonriendo la mujer, y luego, volviéndose a Philip, dijo—: Imposible hacerle ir a la iglesia, es un verdadero ateo.

—¿Verdad que se parece a la segunda mujer de Rubens? —preguntó Athelny—. ¿No cree usted que estaba magnífica embutida en un traje del siglo XVII? Este es el género de mujeres con que uno debe casarse. Mírela, mírela.

—Me parece que dices muchas tonterías, Athelny.

Logró abrocharse los guantes, pero antes de salir se volvió hacia Philip con una amable sonrisa en los labios, aunque un tanto tímida.

—Se quedará usted a tomar el té, ¿no es verdad? Athelny es feliz cuando tiene alguien con quien hablar. No le ocurre a menudo encontrar una persona inteligente.

—Claro que se quedará para el té —dijo Athelny; y después, cuando su mujer hubo salido, continuó—: Mando a los niños a la escuela dominical y me gusta que Betty frecuente la iglesia. Creo que las mujeres tienen necesidad de la religión. Yo no soy creyente, pero me gusta que mi mujer y mis hijos lo sean.

Con su habitual sinceridad Philip se mostró extrañado de aquella posición que le pareció contradictoria.

—Pero ¿cómo puede dejar usted que enseñen a sus hijos cosas que usted cree que son falsas?

—Son bellas y no me importa que sean falsas. No puede pretenderse que quede satisfecha la razón y al mismo tiempo el sentido estético. Hubiera querido que Betty se hiciera católica; me habría gustado verla convertida, con una guirnalda de flores en la cabeza. Pero es irremediablemente protestante. Por otra parte, la religión es cuestión de temperamento. Si tiene usted tendencia a la fe, puede creer cualquier cosa; mientras que si no la tiene, se librará usted de cualquier tendencia que le hayan

inculcado. Seguramente la religión es la mejor escuela de moralidad. Es más probable ser un buen hombre cuando se ha aprendido la bondad a través del amor a Dios que cuando se ha aprendido a través de la lectura de Herbert Spencer.

Esto era contrario a todas las ideas de Philip. Su subconsciente relacionaba la religión con los interminables servicios de la catedral de Tercanbury y con las largas horas de aburrimiento en la fría iglesia de Blackstable. Y la moral de que hablaba Athelny no era otra cosa que una parte de la religión conservada por una iglesia titubeante, después de haber dejado a un lado las creencias que sólo podían hacerla razonable.

Pero mientras meditaba una respuesta, Athelny, que prefería escucharse a sí mismo más bien que discutir, enhebró un parrafazo sobre el catolicismo. Para él el catolicismo era una parte esencial de España, de aquella España en la que se había refugiado para huir del convencionalismo que tanto le había irritado durante su vida conyugal. Con amplios gestos y el tono enfático que hacía tan impresionantes sus palabras, Athelny describió a Philip las catedrales españolas, con sus vastos espacios envueltos en sombras, con el oro macizo de los altares y los suntuosos hierros forjados, dorados y descoloridos; el aire cargado de incienso, el silencio. Philip creía poco menos que estar viendo a los canónigos con el corto sobrepelliz de encaje y a los clérigos con sotana roja pasar de la sacristía al coro. Le parecía estar oyendo el monótono canto de vísperas. Los nombres que Athelny mencionaba: Ávila, Tarragona, Zaragoza, Segovia, Córdoba, eran como toques de trompa en su corazón. Le parecía estar viendo las grandes columnas de granito gris de las ciudades españolas, en un paisaje amarillento, salvaje, reseco por el viento.

—Siempre he sentido deseos de ir a Sevilla —dijo con indiferencia Philip cuando Athelny, con la mano levantada dramáticamente, se interrumpió un instante.

—¡Sevilla! No, no vaya usted a Sevilla; Sevilla da idea de muchachas bailando al son de unas castañuelas, de cantos en los jardines a orillas del Guadalquivir; corridas de toros, azahares, mantillas, mantones de Manila. Es la España de las operetas y de Montmartre. Sólo una inteligencia superficial puede permitir largo tiempo su fácil fascinación. Théophile Gautier ha extraído de Sevilla todo lo que ella puede ofrecer. Después de él no puede hacerse otra cosa que repetir sus sensaciones. Sus gordezuelas manos asieron todo lo que era evidente. Sevilla no es otra cosa que aquella, y Murillo es su pintor.

Athelny se acercó al mueble español. Bajó la tapa con las grandes bisagras doradas y la suntuosa cerradura y puso al descubierto una serie de cajoncitos. De uno de éstos sacó un paquete de fotografías.

—¿Conoce usted El Greco? —preguntó.

—Recuerdo que uno de mis compañeros en París quedó fuertemente impresionado al ver alguna de sus obras.

—El Greco era el pintor de Toledo. Cuando yo estaba en el hospital, Betty no acertó a encontrar la fotografía. El Greco ha reproducido la ciudad que amaba y su cuadro es más fiel que una fotografía. Venga a sentarse aquí.

Philip arrastró su silla hacia delante y Athelny puso la reproducción ante él. El joven la miró con curiosidad largo rato, sin hablar. Alargó la mano para coger las otras fotografías que Athelny le ofrecía. No había visto nunca las obras de aquel pintor enigmático y a primera vista el arbitrario dibujo le desconcertó. Los cuerpos eran extraordinariamente alargados, las cabezas pequeñísimas, y la expresión poco natural. Allí no había ningún realismo. Sin embargo, hasta en la fotografía se tenía la impresión de una realidad turbadora. Athelny describía con ardor, con frase viva, pero Philip sólo oía de un modo vago lo que estaba diciendo. Se encontraba perplejo y extrañamente conmovido. Le parecía que aquellos cuadros tenían para él un significado que, por otro lado, no acertaba a discernir. Eran retratos de hombres con grandes ojos melancólicos que parecían expresar Dios sabe qué. Largos monjes con hábitos franciscano o dominico, con un rostro atormentado, hacían gestos incomprensibles. Había una Asunción de la Virgen y una Crucifixión en las que por una especie de magia el pintor había conseguido dar la impresión de que la carne de Cristo difunto no era humana, sino de esencia divina; en una Ascensión el Salvador parecía elevarse hacia el cielo, permaneciendo en el aire con tanta seguridad como si estuviera sobre la sólida tierra; los brazos levantados de los apóstoles, el movimiento de sus vestidos, sus posturas extáticas, producían la impresión de una alegría santa. Casi siempre el fondo era un cielo nocturno: la oscura noche del alma con nubes de huracán empujadas por el extraño viento del infierno e iluminadas lívidamente por una luna enferma.

—He visto a menudo un cielo como éste en Toledo —dijo Athelny—. Creo que El Greco llegó por primera vez a Toledo en una noche semejante y recibió tal impresión que no pudo olvidarla nunca.

Philip recordó la emoción experimentada por Clutton ante aquel extraño cuyas obras veía ahora por vez primera. Clutton era ciertamente el más interesante de todos cuantos artistas había conocido en París. Su mordaz manera de hablar y su aire distante hacían difícil el que se le pudiera conocer; pero, mirado desde más cerca, Philip reconocía en él la existencia de una fuerza trágica que había buscado en vano con expresión a través de la pintura. Era un temperamento poco corriente; místico en una época en la que no privaba el misticismo, vivía irritado contra la vida porque se sentía incapaz de expresar lo que los oscuros impulsos de su corazón le sugerían. Su inteligencia no se adaptaba a las exigencias del espíritu. No era de extrañar su profunda simpatía por El Greco que había inventado una técnica nueva para expresar los matices de su alma. Philip miró la serie de retratos de caballeros españoles con la rizada gola y la barbilla en punta: el rostro pálido sobre la negrura del vestido y la

oscuridad del fondo. El Greco era el pintor del alma. Aquellos caballeros pálidos y demudados, no por cansancio físico, sino por contricción moral, con los cerebros atormentados, parecían atravesar el mundo sin ver su belleza. Sus ojos miraban sólo en su corazón y aparecían como anonadados ante el esplendor de lo invisible. Ningún pintor ha mostrado más claramente que la tierra es únicamente un lugar de paso.

El alma de aquellos a quienes pintó El Greco revela a través de la mirada su extraña nostalgia; sus sentidos gozan de una milagrosa sensibilidad, no para aprender sonidos, perfumes o colores, sino para asir los sutiles matices del alma. El noble caballero lleva dentro de sí un corazón de monje, y sus ojos ven, sin asombrarse, lo que los santos ven desde sus celdas. Sus labios no son labios que sonríen.

Philip, todavía silencioso, volvió a contemplar la fotografía del cuadro de Toledo, que le parecía la obra más impresionante. No acertaba a librarse de su encanto. Tenía la extraña sensación de que se encontraba en las márgenes de un nuevo descubrimiento. Temblaba como ante el presentimiento de una aventura. Pensó por un momento en el amor que le había consumido, pero este sentimiento le pareció vulgar comparado con la excitación que en aquel instante hacía que su corazón latiese fuertemente. El cuadro que tema ante sí era rectangular y en él se veían unas casas agazapadas en lo alto de una colina; en un ángulo un muchacho tenía un plano de la ciudad y en otro una figura clásica simbolizaba el río Tajo; en el cielo aparecía la Virgen circundada por los ángeles. Era un paisaje que chocaba con todas las nociones de Philip, el cual había vivido en un ambiente donde se adoraba el más exacto verismo. Sin embargo, el joven veía en el cuadro una realidad mucho más grande que la de los maestros tras cuyos pasos había intentado humildemente caminar. Oyó a Athelny decir que el cuadro era tan exacto que los habitantes de Toledo habían reconocido sus casas. El pintor había pintado precisamente lo que veían sus ojos, pero había mirado con los ojos del espíritu. Había algo ultraterreno en aquella ciudad de un gris pálido. Se hubiera dicho una ciudad del alma vista bajo una luz fría que no era la del día ni la de la noche. Sobre una colina verde, de un verde irreal, aparecía circundada por muros macizos y baluartes que ninguna máquina inventada por los hombres podía abatir: sólo la plegaria y el ayuno, la contrición y la mortificación de la carne. Era una fortaleza divina. Aquellas casas grises estaban construidas con una calidad de piedra desconocida de los albañiles. Había en su aspecto un no sé qué de aterrador. ¿Qué hombres podían habitar allí? Se hubiera podido recorrer aquellas calles sin asombrarse de encontrarlas vacías y al mismo tiempo llenas. Se tenía la sensación de una presencia invisible, pero manifiesta a la sensibilidad interior. Una ciudad mística en la que la imaginación tropezaba como tropieza el que pasa de pronto de la luz a la oscuridad. El alma caminaba desnuda, conociendo lo incognoscible, extrañamente consciente de la experiencia, profunda aunque inexpresable, de lo absoluto. Y sin producir asombro, en aquel cielo azul, veraz, con

una veracidad que sólo el ojo del alma percibía, con sus nubes pintadas con una brisa misteriosa hecha de gritos y suspiros de almas perdidas, podía verse a la Santa Virgen con una túnica roja y un manto azul, circundada por ángeles alados. Philip tuvo la sensación de que los habitantes de la ciudad hubieran contemplado la aparición sin maravillarse, agradecidos y reverentes, y hubieran continuado alegremente su camino.

Athelny habló de los escritores místicos españoles: Teresa de Ávila, san Juan de la Cruz, fray Luis de León… En todos ellos había la misma pasión de lo invisible que Philip percibía en los cuadros de El Greco; parecía que poseyesen el extraño poder de tocar lo inmaterial y de ver el más allá. Eran españoles de su época, en los cuales palpitaba la gloriosa empresa de su nación; su fantasía se enriquecía con esplendores de América y de las bellas islas del mar Caribe. Por sus venas corría la sangre que más generosamente se había vertido durante siglos de batalla contra los moros. Orgullosos de ser los dueños del mundo, llevaban en sí los grandes horizontes, las extensiones doradas y las montañas nevadas de Castilla, el sol y el azul del cielo y las llanuras floridas de Andalucía. La vida era ardiente y multiforme, y aunque les ofrecía mucho, ellos deseaban continuamente conseguir más. Insaciables como todos los hombres, se lanzaban con su ardiente vitalidad a una vehemente persecución de lo inefable.

A Athelny no le desagradaba encontrar a alguno a quien leer las traducciones que durante algún tiempo habían distraído sus horas de ocio. Con su bella voz recitó el *Cántico espiritual entre el alma y Cristo su esposo*, la bella poesía cuyo primer verso es «En una noche oscura…», y después *La noche serena*, de fray Luis de León. Había traducido tales poemas en un estilo muy sencillo y no sin habilidad, consiguiendo dar con las palabras que reproducían en cierto modo la áspera grandeza del original. Los cuadros de El Greco explicaban los poemas y éstos ayudaban a comprender aquéllos.

Desde hacía años, Philip sentía cierto desdén por el idealismo. Había sentido siempre una verdadera pasión por la vida, y el idealismo en el cual se había debatido le parecía por lo general una retirada cobarde ante la vida. El idealismo se aislaba porque no podía soportar el contacto con la multitud; no poseía fuerza bastante para luchar y por ello afirmaba que la batalla era una cosa trivial; era vanidoso, y como sus semejantes no le estimaban como él creía merecer, se consolaba despreciándolos. Al decir de Philip, Hayward era el prototipo de esta clase de personas: rubio, lánguido, un poco grueso y otro tanto calvo, continuaba cuidando aún los restos de su bello aspecto y seguía proponiéndose llevar a cabo cosas exquisitas en un incierto porvenir. Detrás de todo esto se escondía el whisky, los amores vulgares y peripatéticos. Era como una reacción a lo que Hayward representaba el que Philip reclamase de la vida toda la realidad contenida en ella. Sordidez, vicio, deformidad, nada le ofendía. Afirmaba que quería ver al hombre en toda su debilidad; y se frotaba las manos ante

un caso de abyección, de crueldad, de egoísmo, de vicio: ésta era la vida. En París había aprendido que no existía ni belleza ni fealdad, sino sólo la verdad. La búsqueda de la belleza era sentimental. ¿Acaso no había pintado Lawson en medio de un paisaje un cartel anunciador del Chocolat Menier, a fin de escapar a la tiranía de lo gracioso y delicado?

En lo que tenía delante le parecía, sin embargo, adivinar alguna cosa nueva. Desde hacía cierto tiempo buscaba a tientas, titubeante. Pero sólo ahora se daba cuenta de ello; se encontraba a punto de efectuar un descubrimiento. Comprendía de un modo vago que allí había algo mejor que el realismo al que se había asomado. Pero, desde luego, no se trataba de un realismo anémico al margen de la vida; había en él demasiada fuerza. Más bien se trataba de una viril aceptación de la vida en toda su vivacidad: belleza y fealdad, heroísmo y abyección. Era realismo, pero un realismo elevado a una altura superior, donde los hechos eran transformados por la vivida luz en que aparecían envueltos. Le parecía ver las cosas más profundamente a través de los graves ojos de aquellos nobles castellanos y de los gestos de los santos, a pesar de que al principio le habían parecido salvajes y atormentados: le parecían asumir ahora un misterioso significado. Era como un mensaje importantísimo, transmitido en una lengua desconocida para él, que no acertaba a comprender. Continuaba buscando el significado de la vida y seguramente le ofrecían ahora esto, pero era vago y oscuro. Sentíase profundamente trastornado, veía lo que le parecía la verdad a intervalos, como en una noche de temporal se distingue, a la luz de los relámpagos, una cadena de montañas, y le parecía comprender que un hombre no debe confiar la dirección de su propia vida al acaso, sino a su propia voluntad. El dominio de sí mismo podía ser tan ardiente y tan activo cuando mayor es el abandono de las pasiones, y creía que la vida interior podía ser múltiple, variada, rica en experiencias, como la vida de los que conquistan reinos y exploran tierras desconocidas.

LXXXIX

La conversación entre Philip y Athelny fue interrumpida por un gran griterío que procedía de la escalera. Athelny abrió la puerta a los niños que regresaban de la escuela dominical y que entraron gritando y riendo. El padre los interrogó bromeando sobre lo que habían aprendido. Sally apareció un momento para rogar a su padre que entretuviera a los pequeños mientras la mamá preparaba el té, y Athelny empezó a contar un cuento de Andersen. Los niños no eran tímidos y al poco tiempo habían hecho amistad con Philip. Joan se colocó a su lado y acabó sentándose en sus rodillas. Era la primera vez que Philip, en su vida solitaria, se encontraba dentro de un círculo familiar, y sus ojos sonreían mirando las cabezas rubias de los niños, que estaban pendientes de los labios del narrador. La vida del nuevo amigo de Philip, aunque a primera vista pareciera extravagante, aparecía ahora ante él con la belleza de la perfecta sencillez. Sally volvió a entrar.

—Adelante, niños; el té ya está listo.

Joan se dejó caer de las rodillas de Philip y se fue con sus hermanitos a la cocina. Sally empezó a extender el mantel en la larga mesa.

—Mamá pregunta si puede venir a tomar el té con ustedes. Yo puedo atender a los niños.

—Di a mamá que nos sentiremos orgullosos y honrados si quiere favorecernos con su compañía.

Athelny no decía nunca una frase sin adornarla con alguna flor retórica.

—Entonces también pondré taza para ella.

Volvió al cabo de un instante con una bandeja cubierta por un tapetito hecho en casa; la bandeja contenía un pan, mantequilla y un cacharro con mermelada de fresa. Mientras lo colocaba todo sobre la mesa, su padre empezó a gastarle bromas, diciendo que ya era tiempo que se prometiera; Athelny contó a Philip que Sally era muy orgullosa y que desdeñaba a los pretendientes que en doble fila la aguardaban ante la escuela dominical en espera de obtener el honor de acompañarla hasta casa.

—¡Cuántas historias, papaíto! —dijo Sally con su tranquila sonrisa.

—No creerá usted al verla que un sastre se ha alistado en el Ejército porque ella no ha querido saber nada de él, y que un ingeniero electrotécnico, ¡figúrese!, se ha dado a la bebida porque la señorita no ha querido permitirle que leyera junto a ella el libro de oraciones. Me estremezco pensando lo que sucederá cuando se recoja el cabello.

—Mamá traerá el té ella misma —dijo Sally.

—Sally no para nunca atención en lo que digo —explicó Athelny con orgulloso afecto—. Continúa haciendo lo que debe hacer, indiferente a la guerra, a las revoluciones y a los cataclismos. ¡Qué mujer para un buen hombre!

Mistress Athelny llevó el té, se sentó y empezó a cortar el pan, untándolo de mantequilla. Philip se divirtió viendo que trataba al marido como a un niño. Le puso la mermelada en el plato y cortó el pan con manteca a pedacitos para que pudiera comérselo. Se había quitado el sombrero, y con su traje de los domingos un poco adornado, hacía recordar a Philip las mujeres de los colonos que a veces, cuando era niño, iba a visitar en compañía de su tío. Comprendió de pronto por qué le había parecido familiar su acento. Hablaba como los campesinos de Blackstable.

—¿De qué condado es usted? —le preguntó.

—De Kent. Procedo de Ferne.

—Ya me lo parecía. Mi tío es el vicario de Blackstable.

—¡Ah, sí! Hace poco, en la iglesia, he estado pensando si no sería usted pariente de mister Carey. Le vi muchas veces. Una prima mía está casada con mister Barkar, de Roxley Farm, detrás de la iglesia de Blackstable; de niña iba mucho a visitarla. ¿No le parece a usted curioso todo esto?

Observó al joven con un interés nuevo y su mirada se animó. Preguntóle si conocía Ferne. Era un gracioso pueblecito situado a unas diez millas de Blackstable y el vicario solía visitarlo durante las fiestas de la recolección. Recordó el nombre de muchos colonos de la vecindad. Feliz de hablar del país donde había transcurrido su juventud, resultaba muy agradable para la mujer evocar escenas y personas que habían persistido en su recuerdo con la tenacidad con que generalmente permanecen en la memoria de los campesinos las cosas vistas en su niñez. Philip experimentó una extraña sensación. Le parecía que un soplo de brisa campestre había penetrado en aquella habitación situada en el centro de Londres. Creyó volver a ver los exuberantes prados de Kent, con sus olmos alineados, y sus narices se dilataron para aspirar el aire puro cargado con los olores marinos del mar del Norte.

Philip estuvo en casa de Athelny hasta después de las diez. Los niños fueron a dar las buenas noches a las ocho, y con toda naturalidad acercaron la cara a Philip para recibir un beso. El joven se sintió conmovido. Sally se contentó con tenderle la mano.

—Sally no besa a los caballeros si no los ha visto por lo menos dos veces.

—Entonces me invitará usted otra vez —contestó Philip.

—No debe hacer caso de lo que dice mi papaíto —observó Sally sonriendo.

—Es una señorita muy bien educada —añadió su padre.

La cena consistió en pan, queso y cerveza. Durante su transcurso mistress Athelny acostó a los niños. Cuando Philip fue a la cocina para saludarla, la encontró leyendo, para descansar, el *Weekly Dispatch*. La señora, muy cordialmente, le invitó a volver.

—Los domingos hay siempre buena comida cuando Athelny trabaja. Es una obra de caridad venir a escucharle.

Al otro sábado Philip recibió una tarjeta postal de Athelny en la que le invitaba a

comer al día siguiente; pero Philip, temiendo que los medios económicos de Athelny no le permitieran frecuentes invitaciones, respondió diciendo que iría solamente a tomar el té. Antes de ir, para no ser gravoso, compró un enorme *plum-cake*. Toda la familia experimentó gran alegría viendo el pastel, el cual ayudó a terminar de conquistar a los niños. Philip insistió en tomar el té junto con ellos, en la cocina, y la merienda resultó alegre y ruidosa.

El joven adquirió muy pronto la costumbre de ir todos los domingos a casa de Athelny. Llegó a ser muy querido de los niños debido a su sencillez y al cariño que les demostraba. Cuando el joven llamaba a la puerta, uno de ellos miraba por la ventana para asegurarse de que se trataba de él; luego se precipitaban tumultuosamente escalera abajo para abrirle la puerta y echarse en sus brazos. Cuando llegaba la hora de la merienda se disputaban el privilegio de sentarse a su lado. Pronto empezaron a llamarle tío Philip.

Athelny era muy comunicativo y, poco a poco, Philip fue conociendo varias etapas de su existencia. Había desempeñado muchas y diversas ocupaciones, pero todos los trabajos que emprendía se embrollaban pronto. Había estado en una plantación de té en Ceilán y viajó por América como representante de una marca de vinos italianos. El puesto de secretario de la Compañía Hidráulica de Toledo había sido el empleo que más duró. Trabajó como periodista y durante algún tiempo fue el reportero encargado de los asuntos judiciales en un periódico de la noche. Luego fue redactor de un periódico del Midland y más tarde redactor jefe de otro de la Riviera. De todas estas ocupaciones reunió una colección de divertidas anécdotas que relataba riendo. Había leído muchísimo, gustándole sobre todo los libros de poca importancia, y hacía ostentación de sus oscuros conocimientos con alegría infantil, divirtiéndose ante el estupor de los que le escuchaban. Durante tres o cuatro años la miseria le había obligado a aceptar el puesto de agente de publicidad para una importante fábrica de géneros de punto, y aunque pensaba que aquel trabajo era indigno de su ingenio —al que tenía en gran estima—, la insistencia de su mujer y las necesidades de su familia le obligaban a seguir desempeñándolo.

XC

Cuando salía de casa de Athelny, Philip descendía siempre por Chancery Lane y, recorriendo el Strand, iba a tomar un ómnibus en la extremidad de Parliament Street. Un domingo —hacía ya seis semanas que había conocido a Athelny— tomó el camino acostumbrado, pero se encontró con que el ómnibus de Kensington estaba lleno. Aunque era junio, había llovido durante el día, y la noche estaba fría y húmeda. El joven se dirigió a pie hasta Piccadilly Circus pensando que en aquella parada sí encontraría sitio. El ómnibus se paraba junto a la fuente y generalmente no quedaban en él más que dos o tres pasajeros. Los coches se sucedían cada cuarto de hora; tuvo que esperar. Miraba con indiferencia a los que pasaban. Empezaban a cerrarse los cafés y por la calle transitaba bastante gente. El joven pensaba en las teorías de Athelny.

De pronto su corazón cesó de latir. Había visto a Mildred. Desde hacía varias semanas no pensaba ya en ella. La joven atravesaba la Shaftesbury Avenue y se había parado en medio de la calzada esperando poder pasar. Miraba los coches y no atendía a otra cosa. Llevaba un gran sombrero de paja negro cargado de plumas y un abrigo de seda, negro también. En aquella época se usaban los vestidos con cola y cuando el arroyo quedó libre de coches Mildred lo atravesó barriéndolo con su falda y echó por Piccadilly. Philip la siguió sintiendo que el corazón le latía desordenadamente. No quería hablarle, pero sentía curiosidad por saber adonde se dirigía a aquellas horas. Además, deseaba verle la cara. La joven caminaba lentamente y volvió por Air Street hasta llegar a Regent Street. Una vez allí se dirigió de nuevo a la plaza. Philip estaba perplejo. No acertaba a comprender a qué obedecía aquel ir y venir. Sin duda la joven esperaba a alguien; sintió gran curiosidad por saber a quién. La joven quiso adelantarse a un hombre más bien grueso, con sombrero de copa, que caminaba en la misma dirección que ella, y al pasar por su lado le echó una larga mirada oblicua. Poco después, ante la tienda de Swan y Edgar, se paró con el rostro vuelto hacia la calle. Cuando el hombre grueso llegó hasta ella, la joven le sonrió. El hombre la miró un momento; luego volvió la cabeza y continuó su marcha. Philip comprendió entonces.

Horrorizado, sintió que las piernas le temblaban. Luego anduvo rápidamente hasta alcanzarla y la tocó en un brazo.

—¡Mildred!

La joven se volvió violentamente sobresaltada. Philip creyó verla enrojecer. Pero, dada la oscuridad, podía equivocarse. Durante un instante permanecieron mirándose sin hablar. Finalmente ella le dijo:

—Resulta cómico encontrarte.

Philip no supo qué responder. Las frases que se le ocurrían le parecieron

terriblemente melodramáticas.

—Es horrible —murmuró entre sí.

La joven no dijo nada. Se volvió y fijó los ojos en el empedrado. El rostro de Philip se contrajo bajo los efectos del dolor.

—¿Adónde podríamos ir a hablar?

—No tengo ninguna necesidad de hablar —dijo Mildred irritada—. No te pido otra cosa sino que me dejes en paz.

Philip pensó que quizá una urgente necesidad de dinero le impedía dejar la calle a aquella hora.

—Si estás apurada, tengo un par de libras en el bolsillo.

—No sé lo que quieres decir. Estaba paseando antes de volver a casa. Esperaba a una de mis compañeras.

—¡Por Dios, no mientas, Mildred!

Entonces se dio cuenta de que Mildred estaba llorando y repitió su pregunta:

—¿No podríamos ir a hablar a cualquier parte? ¿No puedo ir a tu casa?

—No, es imposible —dijo Mildred sollozando—. No tengo permiso para recibir hombres. Nos veremos mañana si quieres.

Seguro de que no se presentaría a la cita, no quiso dejarla.

—No, vamos a algún sitio ahora.

—Bien, sé dónde hay una habitación. Pero te harán pagar seis chelines.

—No importa. ¿Dónde está?

Mildred dio la dirección y Philip llamó un coche. El cochero los condujo a una callejuela situada detrás del British Museum, cerca de Gray’s Inn Road. En la esquina de la calle Mildred mandó parar.

—No les gusta que se llegue en coche —dijo.

Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que habían subido al coche. Recorrieron algunos metros, deteniéndose ante una puerta. Mildred llamó tres veces.

A la luz del farol de la calle, Philip vio un cartel que anunciaba que había una habitación para alquilar. La puerta se abrió silenciosamente. Una vieja muy alta los hizo entrar. Echó una mirada a Philip, a través de un largo corredor, hasta una habitación que daba a la parte trasera de la casa. La habitación estaba a oscuras. Mildred le pidió una cerilla y encendió la lámpara de gas. No había globo y la luz producía una llama viva. Philip vio que se trataba de una habitación con cama y muebles de falsa caoba, demasiado grandes. Las cortinas de encaje estaban muy sucias. La chimenea estaba oculta tras un gran biombo de papel. Mildred se dejó caer en el sillón que había junto a la chimenea y Philip se sentó en el borde del lecho. Sentíase avergonzado. Ahora veía las mejillas demasiado pintadas de Mildred, las cejas ennegrecidas artificialmente; estaba muy delgada y el colorete hacía aparecer todavía más verde el color de su piel. Miraba el papel de las paredes. Philip no sabía

qué decir; tenía un nudo en la garganta, como si fuera a llorar. Se cubrió el rostro con la mano.

—¡Dios mío, qué horror! —gimió.

—No sé por qué te lo tomas así. Me parece que deberías estar contento.

Philip no respondió. Pasado un instante fue Mildred la que rompió en sollozos.

—No creerás que lo hago por gusto, ¿verdad?

—¡Oh, querida! Me siento desolado, muy desolado.

—¡Puedes figurarte lo que eso me importa!

Philip enmudeció de nuevo. Temía decir cualquier cosa que pudiese parecer un reproche o una ironía.

—¿Dónde está la niña? —preguntó finalmente.

—En Londres, conmigo. No tenía dinero para mandarla a Brighton y tuve que traérmela. Tengo una habitación en Highbury Way. He dicho que trabajaba en el teatro. Está lejos para venir cada día al centro, pero es muy difícil encontrar quien alquile una habitación a una mujer sola.

—¿Por qué no te han vuelto a admitir en el salón de té?

—No he encontrado trabajo en ningún sitio. Me he cansado de andar de un lado a otro buscándolo. Una vez encontré un empleo, pero falté a él durante una semana porque estuve enferma, y cuando volví me dijeron que ya no tenían necesidad de mí. No puede una echárselo en cara, ¿verdad? No pueden tener a muchachas que gozan de poca salud.

—No tienes aire de estar muy bien en este momento.

—No debiera haber salido esta noche. Pero no he podido menos de hacerlo. Tenía necesidad de dinero. He escrito a Emil hablándole de mi situación, pero ni siquiera me ha contestado.

—Podías haberme escrito a mí.

—¿Después de lo que ocurrió? Por otra parte no quería que tú supieras en qué apuro me encontraba. No me hubiese sorprendido que me respondieras que no tenía sino lo que merecía.

—Me parece que no me conoces bien. Ni ahora siquiera.

Durante un instante Philip recordó toda la angustia que había sufrido por causa de Mildred. Pero no era más que un recuerdo. Mientras la miraba comprendió que no la quería ya. Estaba lleno de compasión, pero al mismo tiempo sentíase feliz de verse libre. Observándola con atención se preguntó cómo había podido haber sido tan imbécil hasta el punto de sentir amor por ella.

—Eres un *gentleman* en toda la extensión de la palabra —dijo Mildred—. El único que yo he conocido. —Se interrumpió un instante y enrojeció—. Me produce horror hacerte esta pregunta, Philip, pero, ¿podrías darme alguna cosa?

—Menos mal que tengo un poco de dinero en el bolsillo. Pero temo no tener más

de dos libras.

Le dio las dos monedas de oro.

—Te las devolveré, Philip.

—No importa. No te preocupes.

No le había dicho nada de lo que le quería decir. Habían hablado como si todo aquello fuera una cosa natural. Según todas las apariencias, ella volvería al horror de su vida y Philip no podría hacer nada para impedirlo. Mildred se levantó para tomar el dinero. Ambos se encontraban ahora de pie.

—¿Te hago perder el tiempo? —preguntó la muchacha—. Volvías a tu casa.

—No tengo prisa.

—¡Qué cosa tan magnífica es poderse sentar!

Estas palabras, con todo lo que ellas implicaban, despedazaron el corazón de Philip. Experimentó una gran pena al ver el gesto de cansancio con que ella volvió a caer en el sillón. El silencio se hacía tan largo, que Philip, para salir de aquella situación embarazosa, encendió un cigarrillo.

—Has sido muy bueno no diciéndome nada desagradable. Creía que ibas a ponerme verde.

Se había echado a llorar de nuevo. A Philip se le representó el momento en que apareció ante él cuando Emil Miller acababa de plantarla. El recuerdo de aquel sufrimiento y de su propia humillación pareció hacer todavía más profunda la piedad que sentía por ella.

—Si pudiera librarme de esto —gemía Mildred—. No puedo más; no sirvo para esta vida. Haría cualquier cosa con tal de dejarla. Si pudiese me colocaría de criada. ¡Oh, qué bien si me hubiera muerto!

En un impulso de piedad hacia sí misma rompió en sollozos histéricos.

—¡No sabes lo que es! Nadie puede imaginárselo.

Aquella desesperación torturaba a Philip.

—¡Pobre muchacha! —murmuró.

Sentíase profundamente conmovido. De pronto tuvo una inspiración que le llenó de felicidad.

—Oye, si quieres dejar esta vida, tengo una idea. Yo estoy muy apurado en este momento y tengo que vivir en la más estrecha economía. Pero tengo un departamento en Kensington donde me sobra una habitación. Si quieres, ve a ocuparla con la niña. Yo doy a una mujer tres chelines y medio a la semana por la limpieza y porque me cocine un poco. Podrías tú encargarte de esto. Tu mantenimiento no me costará mucho más que el salario que me ahorraré. Gasta tanto una persona como dos y no creo que una niña coma mucho.

Mildred cesó de llorar y le miró.

—¿Quieres recogerme después de lo sucedido?

Philip enrojeció un poco turbado por lo que aquello quería decir.

—No me has comprendido. Te ofrezco sencillamente una habitación que no me cuesta nada y la comida. De ti no quiero otra cosa sino el trabajo que hace la mujer de la limpieza. Absolutamente nada más. En cuanto a cocinar, imagino que sabrás lo bastante.

Mildred se puso en pie e hizo un gesto para precipitarse hacia él.

—¡Qué bueno eres!

—No, te lo ruego; quédate donde estabas —dijo rápidamente el joven tendiendo la mano como para rechazarla.

No sabía por qué, pero la idea de que ella le tocara le era insoportable.

—No quiero ser para ti otra cosa que un amigo.

—¡Qué bueno eres! ¡Qué bueno eres!

—Entonces, ¿aceptas?

—¡Oh, sí! Haría cualquier cosa por dejar esta vida. No te arrepentirás de lo que haces por mí. ¿Cuándo puedo ir?

—Mañana, si quieres.

De improviso, Mildred rompió a llorar.

—¿Por qué diablos lloras ahora? —preguntó Philip sonriendo.

—¡Te estoy tan agradecida! No sé si alguna vez podré demostrártelo.

—¡Bah!, no importa. Ahora es mejor que te vayas a acostar.

Le apuntó la dirección, diciéndole que después de las cinco y media estaría esperándola en su alojamiento. Era tan tarde que tuvo que volverse a su casa a pie. Pero el camino no le pareció largo. La alegría le embriagaba de tal forma que parecía tener alas.

XCI

Al día siguiente Philip se levantó temprano para preparar la habitación. Despidió a la mujer que le hacía la limpieza diciéndole que no tenía necesidad de ella. Hacia las seis vio desde la ventana que Mildred llegaba y bajó para ayudarla a entrar su equipaje. Éste consistía tan sólo en tres paquetes envueltos en papel de color marrón, ya que se había visto obligada a vender todo lo que no fuera absolutamente indispensable. Vestía el mismo traje de seda negra de la noche anterior y no llevaba colorete en las mejillas, pero sus ojos estaban todavía pintados de negro, pues el rápido lavado de la mañana había sido superficial. Aquella pintura le daba un aspecto de enferma.

Philip le mostró su habitación. Era la misma en la que había muerto Cronshaw. Obedeciendo a un sentimiento absurdo, Philip no había querido entrar en ella otra vez. Después de la muerte de su amigo se había contentado con dormir en un catre en la habitación donde se había alojado para ofrecer mayor comodidad al enfermo. La niña dormía plácidamente en brazos de la mujer.

—Supongo que no la recuerdas —dijo Mildred.

—No había vuelto a verla desde que la llevamos a aquella mujer de Brighton.

—¿Dónde puedo dejarla? Pesa tanto que no puedo tenerla en brazos mucho tiempo.

—Desgraciadamente no tengo aquí ninguna cuna —dijo Philip con risa nerviosa.

—¡Ah!, dormirá conmigo, como siempre.

Depositó a la niña en un sillón y miró alrededor. Muchos de los objetos le eran conocidos. Sólo encontró una cosa nueva. Se trataba de un retrato de medio cuerpo, de Philip, que Lawson había pintado al finalizar el verano anterior. Estaba colgado sobre la chimenea. Mildred lo miró con ojo crítico.

—Me gusta y no me gusta. Me parece que tú eres más guapo.

—Progresamos —dijo riendo Philip—. Antes nunca me dijiste cumplidos.

—El físico de los hombres importa poco. Los jóvenes guapos no me gustan; tienen demasiadas pretensiones.

Miró a su alrededor buscando instintivamente un espejo, pero no había ninguno. Se ajustó un poco el cinturón.

—¿Qué dirán los dueños de la casa de mi presencia aquí? —preguntó de pronto.

—Nada; sólo son marido y mujer. Él está fuera todo el día y ella no la veo más que el sábado, cuando le pago el alquiler. Sólo piensan en lo suyo. No hemos cambiado dos palabras desde que estoy aquí.

Mildred entró en su habitación para abrir los envoltorios y colocar las cosas en su sitio. Philip intentó leer, pero estaba demasiado contento. Apoyóse en el sillón fumando un cigarrillo y miró con ojos sonrientes a la niña dormida. Se sentía

completamente feliz. Estaba seguro de que ya no amaba a Mildred. Era raro que el antiguo sentimiento hubiera desaparecido. Incluso experimentaba hacia aquella mujer una leve repulsión física y le parecía que al tocarla habría de sentir una repugnancia mayor todavía. Poco después Mildred llamó y entró.

—Puedes ahorrarte el llamar —le dijo Philip—. ¿Has dado una vuelta por el piso?

—No había visto nunca una cocina tan pequeña.

—Será lo bastante grande para cocinar nuestras suntuosas comidas.

—He visto que no había nada en la casa. ¿Y si fuera a hacer alguna provisión?

—Bien, pero me permito recordarte que debemos mostrarnos muy económicos.

—¿Qué quieres que compre para la cena?

—Compra lo que sepas cocinar —respondió Philip.

Le dio el dinero y Mildred salió a la calle. Media hora después volvió, dejando sus adquisiciones sobre la mesa. Jadeaba por haber subido la escalera.

—Estás anémica, me parece —dijo Philip—. Te daré las píldoras de Blaud.

—He necesitado algún tiempo para encontrar las tiendas. He comprado hígado. Es bueno, ¿verdad? Y no se debe comer mucha cantidad. Por lo tanto resulta más económico que la carne.

Había un hornillo de gas en la cocina; una vez puesto el hígado a cocer, Mildred fue a preparar la mesa.

—¿Por qué pones un cubierto solo? ¿No comes? —preguntó Philip.

Mildred enrojeció.

—Creía que tú no querías comer conmigo.

—¿Y por qué no había de querer comer contigo?

—¡Dios mío! Soy sólo una sirvienta, ¿verdad?

—No digas tonterías. ¿Por qué eres tan boba?

Sonrió. Pero aquella humildad le encogía el corazón. ¡Pobrecilla, pobrecilla! La recordó en el comienzo de sus relaciones. Titubeó.

—No creas que hago una obra de caridad. Sólo es un acuerdo entre los dos. Yo te doy comida y alojamiento a cambio de tu trabajo. No me debes nada y no hay nada humillante para ti.

Mildred no respondió, pero las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas. Philip sabía por la experiencia adquirida en el hospital que aquel género de mujeres consideraban degradantes las tareas domésticas. Esto le impacientó, pero poco después se arrepintió porque Mildred estaba visiblemente cansada y enferma. Se puso en pie y la ayudó a colocar otra manta en su cama. La niña se había despertado, y Mildred tenía preparada la papilla. El hígado con grasa de cerdo estaba listo y se sentaron a comer. Por economía, Philip bebía sólo agua, pero tenía en casa media botella de whisky y pensó que un poco de alcohol alegraría a Mildred. Hizo todo lo que pudo para animar aquella comida, pero Mildred estaba exhausta. Cuando

terminaron, la joven se levantó con objeto de acostar a la niña.

—Creo que harás mejor acostándote tú también. Pareces agotada.

—Me iré a la cama después de haber lavado los platos.

Philip encendió la pipa y se puso a leer. Era agradable oír que alguien se movía en la habitación de al lado. A veces le pesaba la soledad. Mildred entró para quitar la mesa y luego se oyó el ruido de los platos. Philip sonrió al pensar que la joven hacía todo esto llevando el vestido de seda negra. Pero tenía que estudiar y puso el libro sobre la mesa. Poco después entró Mildred bajándose las mangas. Philip la miró distraídamente, pero sin moverse. La situación era extraña y él se sentía un poco nervioso. Temía que Mildred se imaginara que él quería imponerse y no sabía cómo tranquilizarla sin caer en una falta de tacto.

—A propósito. Mañana tengo clase a las nueve. Así que querría desayunarme a las ocho y cuarto. ¿Me tendrás a punto el desayuno?

—Desde luego. Figúrate que cuando trabajaba en Parliament Street tomaba todas las mañanas en Herne Hill el tren a las ocho y doce.

—Espero que te encontrarás bien en tu habitación.

—¿Estudias hasta muy tarde?

—Por lo general hasta las doce y media.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches.

Entre ellos estaba la mesa, Philip no le tendió la mano y Mildred cruzó sin hacer ruido. La oyó moverse en la habitación y poco después el crujido del lecho le hizo comprender que se acostaba.

XCII

Al día siguiente era martes. Como siempre, Philip se tomó rápidamente el desayuno y se precipitó escalera abajo para llegar a las nueve a clase. Apenas tuvo tiempo de cambiar alguna palabra con Mildred. Cuando volvió a la hora del té, la encontró sentada junto a la ventana. Estaba zurciendo calcetines.

—¡Qué mujer más trabajadora! —dijo sonriendo—. ¿Qué has hecho en todo el día?

—He hecho una limpieza a fondo luego y he sacado a la niña de paseo.

La joven llevaba un viejo vestido negro, el mismo que usaba como uniforme cuando trabajaba en el salón de té. El vestido estaba muy usado, pero le quedaba mejor que el vestido de seda del día anterior. La niña estaba sentada en el suelo. Miró a Philip con sus grandes ojos misteriosos y se echó a reír cuando el joven, sentándose junto a ella, se puso a jugar con sus piececitos desnudos. El sol de la tarde iluminaba la escena con su dulce luz.

—Es muy agradable encontrar a alguien cuando se vuelve a casa. Una mujer y una niña completan perfectamente los adornos de una habitación.

Se había cuidado de proveerse en la farmacia del hospital de un paquete de píldoras de Blaud y las entregó a Mildred diciéndole que las tomase después de cada comida. Era una medicina a la que estaba habituada, pues había hecho uso de tales píldoras, a intervalos, desde la edad de dieciséis años.

—Ese cutis verdoso tuyo haría las delicias de Lawson —dijo Philip—; diría que es muy interesante desde el punto de vista pictórico, pero yo me he vuelto terriblemente positivo y no estaré contento hasta que no te vea blanca y sonrosada como una campesina.

—Me siento ya mejor.

Después de su frugal comida, Philip se llenó la petaca de tabaco y se puso el sombrero. Todos los martes solía ir a la taberna de Beak Street. Se alegró de que llegara el martes porque deseaba que no hubiera ningún equívoco en las relaciones entre ambos.

—¿Sales? —le preguntó la joven.

—Sí; el martes me permito el lujo de una velada de vacaciones. Nos veremos mañana. Buenas noches.

A Philip le gustaba ir a la taberna. Macalister, el agente de cambio filósofo, se encontraba casi siempre allí para discutir los temas más dispares. Hayward se reunía regularmente con ellos cuando se encontraba en Londres. Aunque entre Hayward y Macalister no existía ninguna simpatía conservaban la costumbre de aquel encuentro semanal.

Aquella noche estaban los dos, además de Lawson. Éste acudía más raramente,

toda vez que empezaba a tener nuevos amigos y a recibir invitados a cenar. Estaban todos de excelente humor porque Macalister había dado un buen golpe en la Bolsa y los dos amigos habían ganado cincuenta libras cada uno. Aquello le había venido muy bien a Lawson, que era derrochador y ganaba poco.

—¡Es la mejor manera de hacer dinero que he conocido nunca! No he tenido que meterme la mano en el bolsillo ni siquiera para sacar seis peniques.

—¡Perdió usted bastante no viniendo el martes pasado, jovenzuelo! —dijo Macalister.

—Dios mío, ¿por qué no me escribiste? Si supieras lo bien que me hubiesen venido un centenar de libras…

—¡Oh!, no había tiempo. Era necesario decidirse inmediatamente. El martes supe que había una posibilidad y propuse a estos amigos juntar la fortuna.

La envidia asomaba en el rostro de Philip. Había vendido recientemente la última hipoteca en que había estado empleado su pequeño patrimonio y no le quedaban más que seiscientas libras. Al pensar en el porvenir el pánico le asaltaba muchas veces. Tenía que sostenerse dos años antes de acabar la carrera. Después intentaría entrar en un hospital. No había, pues, esperanza alguna de ganar nada al menos durante tres años.

—Bien, no importa —dijo Macalister—. Seguramente saldrá alguna otra cosa. Uno de estos días habrá movimiento en los títulos sudafricanos y veré lo que puedo hacer por usted.

—No me olvide.

Siguieron charlando hasta casi medianoche. Philip, que vivía más lejos que los demás, fue el primero en marcharse. Cuando perdía el último tranvía le tocaba regresar a pie, por lo que llegaba muy tarde a casa. Aquella noche llegó a las doce y media. Con gran sorpresa suya encontró a Mildred todavía en el salón.

—¿Por qué no te has acostado?

—No tenía sueño.

—Debes irte a la cama ahora mismo; tienes que descansar.

La joven no se movió. Philip observó que después de la cena se había vuelto a poner el traje de seda.

—He preferido esperarte aquí para el caso de que tuvieras necesidad de alguna cosa.

Le miraba con un asomo de sonrisa en sus pálidos labios. Philip no estaba seguro de haber comprendido. Se sintió ligeramente turbado, pero adoptó un aire indiferente y alegre.

—Eres muy amable, pero en cambio no eres razonable. Vete a dormir en seguida o de lo contrario no podrás levantarte mañana.

—No tengo ganas de irme a dormir.

—Tonterías —respondió fríamente Philip.

Mildred se levantó un poco enfadada y se retiró a su habitación. Philip sonrió al oír que daba un portazo al cerrar la puerta con llave.

Transcurrieron algunos días sin que surgiera ningún incidente. Mildred se acostumbraba poco a poco a su nueva existencia. Philip salía después del desayuno y Mildred permanecía toda la mañana ocupada en la casa. Comía muy poco, pero le gustaba emplear mucho tiempo en hacer la compra. Para no tener el trabajo de cocinar para ella, se contentaba al mediodía con una taza de chocolate y un pedazo de pan con mantequilla. Luego llevaba a paseo a la niña y pasaba el resto de la tarde sin hacer nada o poco menos. Estaba siempre cansada y se movía lo menos posible. Hizo amistad con la casi invisible dueña de la casa, a la que pagó el alquiler de las habitaciones por encargo de Philip, y al cabo de una semana le contó sobre los vecinos más cosas que las que él sabía en un a*ño.*

—Es una mujer simpática, una verdadera señora. Le he dicho que estamos casados.

—¿Era necesario decir tal cosa?

—Absolutamente necesario. Le he explicado que desde hace dos años estamos casados (a causa de la pequeña, ¿comprendes?), sólo que tu familia se oponía porque todavía eres estudiante y por tal causa hubimos de guardar secreto el matrimonio; pero ahora tu familia ha consentido ya y la niña y yo vamos a pasar el verano con los tuyos.

—¡Eres una verdadera maestra inventando historias!

Philip se sentía vagamente irritado ante aquella persistente manía de mentir. Los dos años transcurridos no la habían cambiado lo más mínimo. Philip se encogió de hombros.

«Después de todo —pensó—, con los ejemplos que ha recibido…»

—¿También tienes que estudiar esta noche? —preguntó la joven en tono quejumbroso.

—Tendría que hacerlo, pero me faltan las ganas. ¿Por qué?

—Me gustaría salir un poco. ¿No podríamos dar un paseo en la imperial de un ómnibus?

—Si quieres…

—Voy a ponerme el sombrero.

Con una noche como aquella era imposible permanecer encerrado en casa. La niña dormía; Mildred afirmó que la dejaba siempre sola cuando ella salía por las noches y que nunca se despertaba.

Con el sombrero, la joven parecía otra. Aprovechó la ocasión para ponerse un poco de colorete, pero Philip atribuyó el rosa de las mejillas a la excitación. Aquella alegría infantil le conmovió hasta arrepentirse de haberla tratado con excesiva

severidad. En cuanto estuvieron al aire libre Mildred rió de alegría. El primer tranvía que encontraron se dirigía a Westminster Bridge. Subieron a la imperial. Philip iba fumando su pipa. Las tiendas estaban todavía abiertas, profusamente iluminadas y llenas de gente que hacía sus adquisiciones para el domingo. Pasaron ante un café que se llamaba El Canterbury.

—¡Oh, Philip! —exclamó Mildred—. ¡Hace meses que no voy a un *music-hall*!

—Ya sabes que no podemos pagar las butacas.

—No importa; estaremos bien en la entrada general.

Bajaron del tranvía y retrocedieron un centenar de metros. Encontraron excelentes asientos a seis peniques, debajo del paraíso. A causa de aquella hermosa noche pudieron elegir las localidades.

Mildred tenía los ojos brillantes y se divirtió muchísimo. La joven era un enigma para Philip. Algo de ella le gustaba todavía e incluso le reconocía cualidades. La educaron mal y tuvo una vida difícil. Le había reprochado muchas cosas de las que no tenía culpa. ¿Cómo pretender que fuera un dechado de virtudes? Educada en otras circunstancias hubiera podido ser una deliciosa muchacha. Pero no era apta para la lucha por la vida. La miraba ahora de perfil; con la boca entreabierta y el rosa delicado de las mejillas se hubiera dicho que tenía un aspecto virginal. El joven experimentó una ardiente compasión hacia ella y le perdonó todos los dolores que le había hecho sufrir. La atmósfera llena de humo hacía que parpadeara de vez en cuando, pero cuando Philip le propuso que se marcharan, Mildred le miró suplicante, rogándole que la dejara permanecer allí hasta que terminara el espectáculo. El joven sonrió y consintió en ello. Mildred le cogió una mano y la retuvo entre las suyas hasta que terminó la función. Cuando salieron a la calle llena de gente Mildred no sentía ningún deseo de volver a casa. Vagabundearon a lo largo de la Westminster Bridge Road mirando a los que pasaban.

—Hace una eternidad que no me divierto tanto como hoy —exclamó alegremente Mildred.

El corazón de Philip rebosaba de alegría; estaba agradecido al destino que le había impulsado a recoger a Mildred y a su hija. El reconocimiento de ella le halagaba. Al cabo, Mildred se sintió cansada. Subieron a un tranvía para regresar a casa. Era tarde, y cuando al volver una esquina entraron en la calle que vivían, ésta apareció desierta. Mildred intentó coger el brazo de Philip.

—Igual que entonces, Phil —dijo.

No le había llamado nunca Phil. Era el diminutivo adoptado por Griffiths. El joven, al oírlo, experimentó una extraña sensación. Recordó entonces que había deseado morir. ¡Qué lejano estaba todo aquello! Se sonrió pensando en sí mismo. No experimentaba ahora por Mildred más que una infinita piedad. Habiendo llegado a la casa, Philip entró en el salón y encendió el gas.

—¿Y la niña? —preguntó.

—Voy a verla.

La joven volvió a poco diciendo que la pequeña no se había movido. ¡Qué tesoro! Philip le tendió la mano.

—Entonces, buenas noches.

—¿Quieres irte a dormir?

—Es casi la una. No estoy habituado a trasnochar.

Mildred apretó su mano y le miró a los ojos con una leve sonrisa.

—La otra noche, en aquella habitación, cuando me propusiste venir a vivir contigo, no pensé en lo que imaginabas al decirme que no pedías otra cosa sino que me cuidara de tu casa.

—¿De veras? —replicó Philip retirando la mano—. Y, sin embargo, sólo quería decir eso.

—No seas tonto —dijo riendo la joven.

Philip inclinó la cabeza.

—Hablaba en serio. No te hubiera pedido que vinieras aquí en otras condiciones.

—¿Por qué no?

—No habría podido. No puedo explicártelo. Todo lo echarías a perder.

Mildred se encogió de hombros.

—¡Oh!, perfectamente, como quieras. No soy de las que se ponen de rodillas para pedir una cosa así, ¿sabes?

Salió dando un portazo.

XCIII

A la mañana siguiente se mostró enfadada y taciturna. Permaneció en su habitación hasta la hora del almuerzo. Mildred era una pésima cocinera. No sabía hacer otra cosa que chuletas y bistecs, y era incapaz de aprovechar los restos de la comida, lo cual hacía que Philip se viera obligado a gastar más de lo previsto. Después de haber puesto el plato sobre la mesa, la joven se sentó enfrente de él, pero sin comer. A las observaciones de Philip respondió que tenía dolor de cabeza. Por fortuna Philip tenía donde pasar el resto del día. Los Athelny eran alegres y acogedores. Era agradable la certidumbre de que en aquella casa se alegraban todos de verle. Cuando volvió, Mildred se había acostado. Pero al día siguiente continuó enojada. Aquella actitud atacó los nervios a Philip. Sin embargo, pensó que era necesario combatirla.

—Estás muy silenciosa —le dijo sonriendo.

—Me pagan para cocinar y para hacer la limpieza. No sabía que la conversación formara parte de mi trabajo.

La respuesta era desagradable, pero desde el momento que tenían que vivir juntos, lo mejor era hacer todo lo humanamente posible para ponerse de acuerdo.

—No quieres hablar a causa de lo de la noche anterior, ¿no es verdad?

Era un asunto delicado, pero era necesario afrontarlo.

—No sé lo que quieres decir —respondió la joven.

—Te ruego que no te enfades. No te hubiera propuesto nunca que vinieras a vivir bajo el mismo techo que yo si no hubiese tenido la intención de que nuestras relaciones fueran solamente amistosas. Te hice esta proposición porque pensaba que tú tenías necesidad de una casa y dispondrías así de tiempo para buscar algún trabajo.

—¡Oh!, no creas que la cosa me importe mucho.

—Estoy convencido de ello —se apresuró a decir Philip—. Pero no debes creerme ingrato. Sé que pensabas sólo en mí la otra noche, pero qué quieres… No puedo desechar la convicción de que de ese modo todo se convertiría en una cosa sucia y vulgar.

—Eres un tipo raro —dijo Mildred con curiosidad—. No acierto a comprenderte.

Ya no estaba irritada. No comprendía, pero aceptaba la realidad con la vaga sensación de que Philip se comportaba noblemente. Con toda seguridad aquella conducta merecía toda su admiración, pero ella se sentía inclinada a reírse de él y también dispuesta a despreciarle un poquito.

La vida continuó regular y uniforme. Philip pasaba el día en el hospital, y por la tarde estudiaba en casa, exceptuando cuando iba a ver a los Athelny o a la taberna de Beak Street. Una vez, sus profesores le invitaron a una cena de ceremonia, y en dos o tres ocasiones asistió a reuniones estudiantiles. Mildred aceptaba aquella vida

monótona sin quejarse cuando se quedaba sola por la noche. Alguna vez Philip la llevaba al café cantante. Ponía en práctica su resolución de no crear entre ellos otro lazo que el de los servicios prestados por la joven a cambio de su alojamiento. Mildred había declarado que era inútil buscar trabajo durante el verano, y con la aprobación de Philip, había decidido esperar hasta la llegada del otoño. En esta época le sería más fácil encontrar algo que hacer.

—Por cuenta mía puedes permanecer aquí también cuando hayas encontrado trabajo. Me sobra la habitación y la mujer que me servía puede muy bien cuidar a la niña.

Se había encariñado mucho con la pequeña. Su carácter afectuoso no había tenido nunca muchas ocasiones de manifestarse.

Al volver a casa por la noche, su primera mirada era para la niña, que gateaba por el suelo. El grito de alegría de la pequeña le producía siempre cierta emoción. Mildred le había enseñado a que le llamara papá, y la primera vez que la niña lo dijo por propio impulso Philip rompió a reír ruidosamente.

—Quisiera saber si quieres tanto a la niña porque es mía o si querrías igual a cualquier otra.

—No he conocido nunca a ningún niño; así es que no puedo decírtelo.

Hacia el final de su segundo trimestre como ayudante Philip se vio acariciado por la suerte. Era a mediados de junio. Un martes por la noche, en la taberna de Beak Street, se encontró solo con Macalister. Hablaron de los amigos ausentes. Después de un momento Macalister le dijo:

—A propósito, hoy he oído hablar de ciertos títulos bastante buenos, los de la New Kleinfonteins. Es una mina de oro de la Rhodesia. Si quiere usted jugar al alza…

Philip esperaba febrilmente que se presentara una situación semejante. Pero ahora titubeó. Tenía un gran miedo a perder el dinero. Carecía de la mentalidad de jugador.

—Me gustaría, pero no sé si tendré valor para ello. ¿Cuánto perdería si las cosas fueran mal?

—No debiera habérselo dicho, pero parecía que a usted le interesaba tanto… —respondió fríamente Macalister.

Evidentemente le consideraba un estúpido.

—Tengo mucha necesidad de ganar algo —confesó Philip riendo.

—No puede usted ganar sin arriesgarse.

Macalister empezó a hablar de otra cosa. Mientras le respondía, Philip pensó que si los títulos subían, el agente de cambio se burlaría de él la próxima vez. Temía su punzante lengua.

—Creo que me decidiré a correr el riesgo —dijo Philip en cierto momento con voz temblorosa.

—Perfectamente; compraré para usted doscientas cincuenta acciones, y en cuanto haya media corona de alza las venderé inmediatamente.

Philip calculó con rapidez el beneficio de la operación y notó que la boca se le hacía agua. Treinta libras serían para él un verdadero maná, ¡y el destino le debía alguna cosa! Al día siguiente por la mañana, durante el desayuno, contó a Mildred lo que había hecho. La joven desaprobó el hecho.

—¡En la Bolsa no se gana nunca! Emil decía siempre que no era éste el modo de hacer dinero.

Al regresar a su casa por la noche, Philip compró un periódico y apresuróse a buscar las noticias financieras. No entendía nada y tardó en encontrar los títulos de que Macalister le había hablado. Habían subido un cuarto. Su corazón le dio un salto y se sintió presa de una aprensión morbosa. ¡Si Macalister se hubiera olvidado o por cualquier razón no hubiese comprado! Le había prometido telegrafiarle. No tuvo paciencia de esperar el tranvía y subió a un coche. Esto representaba una insólita prodigalidad.

—¿Hay un telegrama para mí? —preguntó entrando impetuosamente.

—No —respondió Mildred.

Sintió que se le caía el alma a los pies, y bajo los efectos de una amarga desilusión se derrumbó en la silla.

—Eso quiere decir que no ha comprado. Algo le ha sucedido. ¡Qué desgracia! Y yo que todo el día he estado pensando lo que haría con ese dinero.

—¿Qué hubieses hecho?

—¿A qué pensar ahora? ¡Pensar que tenía tanta necesidad de él!

Mildred, riendo, le entregó entonces un telegrama.

—He querido gastarte una broma. Lo he abierto.

Philip le arrancó el telegrama de la mano. Macalister había comprado para él doscientas cincuenta acciones y las había vendido después con media corona de beneficio. El «vendí» le sería entregado al día siguiente. Durante un instante Philip se sintió irritado contra Mildred por su estúpida broma, pero la alegría se apoderó de él rápidamente.

—¡Qué suerte! —exclamó—. Puedo comprarte un vestido nuevo, si quieres.

—No tengo verdadera necesidad de él.

—¿Sabes lo que haré? Me haré operar a fines de julio.

—¿Cómo? ¿Estás enfermo?

La idea de una enfermedad ignorada la impresionó; quizás era aquello la causa de lo que tanto la sorprendía.

Philip enrojeció porque no le gustaba hablar de su deformidad.

—No; pero creo poder hacer alguna cosa por mi pie. Hasta ahora no he tenido tiempo, pero ahora… Puedo también esperar a octubre para mi curso de medicina en

lugar de hacerlo el mes que viene. Estaré hospitalizado algunas semanas y luego podremos ir a la orilla del mar a terminar de pasar el resto del verano. Será bueno para todos. Para ti, para la niña y para mí.

—¡Oh!, vayamos a Brighton, Philip. ¡Me gusta tanto Brighton! ¡Siempre hay gente tan distinguida!

Philip había pensado en un pequeño pueblecito de Cornualles; pero comprendió que Mildred se aburriría allí mortalmente.

—Mientras sea a orillas del mar, me da lo mismo el sitio.

Un deseo irresistible de volver a ver el mar se había apoderado de él. Pensó con delicia en la alegría de sumergirse en el agua salada. Era buen nadador y lo que más le gustaba era el mar agitado.

—¡Qué agradable! —exclamó Mildred—. Será como una luna de miel, ¿verdad? ¿Cuánto me das para mi vestido nuevo, Philip?

XCIV

Philip rogó al doctor Jacobs que le operase. Jacobs aceptó encantado porque precisamente por entonces estaba estudiando acerca de *talipes*, que tan descuidado estaba, y quería documentarse para un artículo que pensaba escribir. El doctor previno a Philip que seguramente no le quedaría el pie como el otro; el joven continuaría cojeando, pero podría usar un zapato casi normal. Philip, recordando cuánto había rogado en otro tiempo al Dios capaz de hacer que las montañas se muevan para el que posee fe, sonrió amargamente.

—No espero un milagro —dijo.

—Hace usted bien en dejarme intentar algo. En nuestra profesión, un pie contrahecho es un grave obstáculo. Los clientes están llenos de prejuicios y no les gusta un médico con un defecto.

Philip fue acomodado en una pequeña habitación que daba al descansillo de la escalera reservada para los casos especiales. Permaneció allí un mes, ya que el cirujano no quiso dejarle marchar hasta que no fuera capaz de andar solo. La operación dio muy buen resultado y el tiempo pasó para el joven bastante agradablemente. Lawson y Athelny iban a menudo a visitarle, y un día mistress Athelny llevó con ella a dos de sus hijos. También algunos de los estudiantes iban con frecuencia a verle y a charlar con él. En cuanto a Mildred, se presentaba dos veces a la semana. Todos eran muy buenos y Philip, que siempre se sorprendía cuando alguien mostraba interés por él, estaba conmovido y agradecido. No pensaba en nada. Era inútil pensar, mientras estuviera allí dentro, en el futuro, e inútil preguntar si el dinero le duraría bastante, ni si saldría bien de los exámenes. Podía leer cuanto quisiera. Durante los últimos tiempos no había podido dedicarse mucho a la lectura, ya que Mildred le distraía. Cuando intentaba concentrarse, ella hacía alguna observación estúpida e insistía para que le respondiera.

Decidieron partir para Brighton en agosto. Philip hubiera querido tomar un piso, pero en ese caso Mildred habría tenido que cuidarse de la casa. Las vacaciones resultarían gratas para ella sólo en el caso de que fueran a una pensión.

—Como todos los días en casa y estoy harta. Tengo necesidad de un cambio completo.

Philip cedió. Mildred conocía una pensión en Kemp Town donde no se pagaba más de veinticinco chelines semanales por persona. Dijo a Philip que escribiría para pedir las habitaciones, pero cuando él salió del hospital supo que la joven no había hecho nada. Se irritó.

—No creía que hubieras estado tan ocupada.

—No puedo pensar en todo. No es culpa mía si se me ha olvidado.

Ansioso de volver a ver el mar, Philip no tuvo paciencia para escribir y esperar la

respuesta de la dueña de la pensión.

—Dejaremos el equipaje en la estación e iremos a ver si hay habitaciones. Luego mandaremos a un mozo a buscar el equipaje.

—Como quieras —repuso Mildred fríamente.

No le gustaba que le hicieran observaciones, y, atrincherándose en un silencio arrogante, permaneció sentada mientras Philip hacía preparativos para la partida.

A la vista de las calles de Brighton llenas de veraneantes, Mildred recobró la alegría. Cuando se dirigían hacia Kemp Town, los dos se sentían contentos.

Philip acarició las mejillas de la niña.

—Tendremos otro color dentro de algunos días —dijo sonriendo.

Al llegar a la pensión despidieron el coche. Una criada abrió la puerta y cuando Philip preguntó si había habitaciones repuso que iría a preguntar.

La dueña, una mujer vieja y robusta, los examinó con los ojos escrutadores de la gente de su profesión y les preguntó qué deseaban.

—Dos habitaciones de una cama, y, si es posible, una cuna.

—Temo no poder servirles. Tengo una habitación grande con dos camas y puedo poner una cuna.

—No, no puede ser —contestó Philip.

—Puedo darles otra habitación la semana próxima. Brighton está lleno de gente y es necesario contentarse.

—Si fuera por pocos días, podríamos arreglarnos —dijo Mildred.

—Prefiero dos habitaciones; resulta más cómodo. ¿Puede usted recomendamos otra pensión?

—Sí; pero no creo que tengan más sitio del que tengo yo.

—Haga el favor de darnos la dirección.

La casa indicada estaba en una calle próxima. Fueron a pie. Philip caminaba bien, aunque tenía que apoyarse en un bastón. Estaba todavía muy débil. Mildred llevaba la niña. Después de algunos pasos en silencio, Philip se dio cuenta de que la joven lloraba. Fingió no reparar en ello, pero Mildred reclamó su atención.

—Préstame tu pañuelo, haz el favor. No puedo sacar el mío con la niña en brazos —dijo con voz sofocada por los sollozos, volviendo la cabeza a otro sitio.

Philip le dio el pañuelo sin decir una palabra. Mildred se secó los ojos. Y como su acompañante continuara callado, añadió:

—Ni que tuviera lepra.

—Te ruego que no hagas escenas por la calle.

—Es curioso que hayas insistido de ese modo para obtener habitaciones separadas. ¿Qué pensarán de nosotros?

—Si conocieran nuestras relaciones, probablemente las encontrarían extraordinariamente morales.

La joven le lanzó una rápida mirada diciéndole:

—No irás a contarles que no estamos casados.

—No.

—Entonces, ¿por qué no quieres vivir como si lo fuéramos?

—Querida, no puedo explicártelo. No tengo intención alguna de humillarte, pero me es imposible. Reconozco que es estúpido e irrazonable. Pero es más fuerte que yo. Te amé tanto en otro tiempo que ahora… —se interrumpió—. Después de todo hay cosas que no se pueden imponer.

—Por lo que voy viendo, tu amor no fue muy grande.

La pensión a la que se habían dirigido estaba regentada por una solterona de ojos penetrantes y lengua suelta. Ofreció una habitación con dos camas por veinticinco chelines semanales por persona, más cinco chelines por la niña, o bien dos habitaciones con una cama cada una por una libra más.

—Me veo obligada a pedir tanto —explicó excusándose— porque cuando tengo mucha gente puedo poner dos camas hasta en la habitación más pequeña.

—Creo que no nos arruinaremos. ¿Qué te parece, Mildred?

—¡Bah!, a mí todo me parece bien.

Philip acogió con una risita aquella respuesta descortés, y mientras la dueña de la casa mandaba que fueran a buscar el equipaje, se sentó para descansar. El joven sentía un poco de dolor en el pie y se alegró al poderlo poner sobre una silla.

—¿No te molesto si me quedo en tu habitación? —preguntó Mildred agresiva.

—No disputemos, Mildred —contestó Philip con dulzura.

—No sabía que fueras tan rico como para poderte permitir el lujo de tirar una libra a la semana.

—No te enfades. Pero te aseguro que éste es el único medio para poder vivir juntos.

—Me desprecias, ¿no es verdad?

—Nada de eso. ¿Por qué iba a despreciarte?

—Es tan anormal lo que pasa…

—¿Te lo parece? Y, sin embargo, no me amas, ¿verdad?

—¿Yo? ¿Por quién me tomas?

—Si tuvieras un temperamento ardiente… Pero como no lo tienes…

—¡Es tan humillante!

—¡Oh, si yo estuviera en tu lugar no le daría tanta importancia!

En la casa había una docena de pensionistas. Comían en una habitación estrecha y oscura, sentados alrededor de una larga mesa presidida por la propietaria, que se encargaba de hacer la parte de cada uno. La cocina era detestable. La llamaban «cocina francesa»», lo cual significaba que con lo que sobraba en los platos se hacían picadillos y salsas. Modestas japutas eran servidas como lenguados y las costillas de

carnero congelado pasaban por cordero lechal. La comida llegaba fría a la mesa. Los comensales estaban tristes y llenos de pretensiones: señoras maduras con hijas solteronas, viejos solteros melindrosos y afectados, empleados pálidos cuyas esposas hablaban de las hijas casadas que tenían y de los hijos que gozaban de una buena posición en las Colonias. En la mesa se discutía la última novela de María Coreli; algunos sentían preferencia por Lord Leighton; otros, por el contrario, encontraban superior a Alma Tadema. Mildred contó muy pronto su romántico matrimonio con Philip y el joven fue objeto del interés general, ya que su familia de ricos provincianos le había echado de casa sin un céntimo, y todo porque se había casado siendo todavía estudiante. En cuanto al padre de Mildred, propietario en el Devonshire, les negaba su ayuda porque la joven se había casado con Philip. Por tal motivo vivían en una pensión y no tenían si quiera una niñera. Como estaban habituados al lujo, habían tomado dos habitaciones. Los demás también habían explicado sus historias. Uno de los caballeros solteros solía pasar las vacaciones en el Metropol, pero le gustaba la compañía alegre y sabía que no podría encontrarla en los hoteles caros. La señora anciana con la hija solterona tenía su bella casa en Londres en reparación y habíale dicho a su hija: «Guenda, tesoro mío, este año haremos unas vacaciones económicas.» Y se habían instalado en aquella pensión a pesar de que no hubiera allí el ambiente a que estaban acostumbradas.

Mildred encontraba todo aquello muy distinguido. Detestaba a las personas vulgares y mal educadas. Le gustaba que los *gentlemen* lo fueran en toda la extensión de la palabra.

—Cuando se es un señor es necesario serlo completamente.

Según Philip, esta frase era poco clara. Pero cuando la oyó repetir varias veces y vio que siempre era calurosamente aprobada, pensó que quizá resultase oscura sólo para su inteligencia. Era la primera vez que vivía completamente al lado de Mildred. En Londres pasaba todo el día en el hospital y cuando volvía a casa las preocupaciones domésticas, la niña y los vecinos alimentaban la conversación hasta el momento en que él se ponía a estudiar. Ahora pasaba todo el día con ella. Después del desayuno se iban a la playa. La mañana se la pasaba entre el baño y el paseo. La tarde, que pasaban en el muelle, después de haber dejado a la niña dormida, era soportable porque había música que oír y mucha gente que ver. Philip se divertía imaginando quiénes eran y a lo que se dedicaban en su vida ordinaria. Había tomado la costumbre de responder maquinalmente a sus observaciones mientras seguía sus propios pensamientos. Sin embargo, las horas después de comer eran largas y melancólicas. Se sentaban en la playa porque Mildred quería sacar todas las ventajas posibles de aquella temporada. Y Philip no podía dedicarse a la lectura porque ella le molestaba con sus fútiles observaciones, quejándose cuando él no le hacía caso.

—Pero deja ya ese estúpido libro. Te va a hacer daño estar siempre leyendo.

Verás cómo acabarás con el cerebro seco, Philip.

—¡Qué estupidez!

—Y además, no tienes educación.

Philip descubrió que no era fácil conversar con ella. Mildred no era ni siquiera capaz de mantener una continuidad en lo que decía.

Una mañana Philip recibió una larga carta de Athelny. Le hablaba de sus vacaciones con su habitual grandilocuencia, en la que había más buen sentido de lo que parecía a primera vista. Desde hacía diez años solía llevar a su familia al Kent, no muy lejos del pueblecito donde había nacido mistress Athelny. Allí, durante tres semanas, se divertían recogiendo el lúpulo. De esta manera vivía al aire libre ganando algo con, gran satisfacción de mistress Athelny, y al mismo tiempo se ponía en contacto con la madre tierra. Era esto, sobre todo, lo que Athelny buscaba. La temporada en el campo les daba nueva fuerza, renovando el vigor de sus músculos y de su espíritu. Philip le había oído a menudo exponer teorías fantásticas, retóricas y pintorescas sobre este asunto. Athelny le invitaba ahora a pasar un día. Quería exponerle ciertas meditaciones sobre Shakespeare y sobre la sonoridad del vidrio. Los niños armaban una gran gritería porque querían ver a tío Philip. Philip leyó la carta por la tarde, mientras descansaba con Mildred en la playa. Pensó en mistress Athelny, madre feliz de tantos hijos, siempre alegre y acogedora; en Sally, tan seria para su edad, con su aspecto de pequeña mamá autoritaria, su larga trenza rubia y la frente ancha, y luego en todos los demás, turbulentos, sanos y alegres. Su corazón fue hacia ellos. Poseían una virtud de la que no se había dado cuenta antes: la bondad. No había pensado en ello hasta entonces, pero era evidentemente la bondad lo que más le atrajo hacia ellos. Teóricamente no creía en ella: si la moral era una simple cuestión de conveniencia, el bien y el mal no significaban nada. No quería faltar a la lógica, pero aquí había una bondad simple, natural y que brotaba sin esfuerzo alguno, la cual le conmovía. Mientras meditaba rompió la carta en trocitos. No veía el modo de ir sin Mildred y no deseaba llevarla con él.

Se puso a pensar en el porvenir. Al finalizar el cuarto año de Universidad había de examinarse de obstetricia, y un año después realizar el examen para obtener el título. Entonces podría realizar un viaje por España. Deseaba ver los cuadros, las pinturas que solamente conocía en reproducciones. Presentía que El Greco guardaba un secreto de capital importancia para él y esperaba descubrirlo en Toledo. Con un centenar de libras hubiera podido vivir seis meses en España. Si Macalister le aconsejaba otro buen negocio, podría ganar fácilmente aquella suma. Estaba convencido, que podría extraer de la vida bastante más de lo que le ofrecía en el presente. Sin duda, en España viviría con mayor intensidad. Seguramente le sería posible establecerse como médico en una de las viejas ciudades donde hay tantos forasteros de paso o residentes. Pero es de todas formas, tendría que ser más tarde.

Primero era necesario hacer el servicio de ayudante en un hospital y adquirir la experiencia que le hacía falta para ejercer debidamente. Deseaba también poder ser, durante cierto tiempo, médico de a bordo en uno de los grandes vapores que permitían visitar los lugares donde se hacía escala. Tenía deseos de visitar el Oriente: Bangkok, Shanghai y los puertos del Japón; se imaginaba las palmeras y el cielo azul y ardiente, los indígenas con la piel oscura y las pagodas. Hasta sus narices llegaban perfumes orientales. Un apasionado deseo de belleza y de novedad hacía que su corazón latiera más aprisa.

Mildred se despertó.

—Creo que me he dormido —dijo—. ¿Qué has estado haciendo, traviesa? Ayer se puso el vestidito limpio y mírala ahora, Philip.

XCV

Cuando volvieron a Londres, Philip fue nombrado ayudante en la clínica de cirugía. Esta ciencia no ofrece, como la medicina, que es mucho más empírica, campo a la fantasía. El trabajo era más fatigoso que en la sección médica. Después de una lección que duraba desde las nueve hasta las diez, Philip iba a las salas donde prestaba sus servicios. Había que curar heridas, quitar puntos y cambiar vendajes. Philip se mostraba satisfecho de su habilidad para los vendajes y se ponía muy alegre al recibir palabras de aprobación de la enfermera. Algunas tardes operaban. Cuando esto ocurría, el joven tenía que estar en el quirófano, vestido con una bata blanca, pronto a entregar los instrumentos al cirujano o a restañar la sangre. Cuando se trataba de alguna operación excepcional, el recinto se llenaba, pero por lo general no iban más que media docena de estudiantes y la cosa se llevaba a efecto en medio de una simpática intimidad. En aquella época la apendicitis parecía haberse puesto de moda. Eran muchos los que se presentaban en la sala de operaciones para ser intervenidos. El cirujano con el que Philip trabajaba sostenía una amistosa rivalidad con un colega para ver cuál de los dos acertaba a cortar un apéndice en menos tiempo y con la incisión más pequeña.

Cuando le tocó el tumo, Philip prestó también sus servicios en la clínica de urgencia. Los estudiantes hacían, alternándose, tres días de guardia, durante los cuales vivían en el hospital y comían en una especie de refectorio. Tenían una habitación en la planta baja, vecina a la clínica de urgencia, y dormían en una cama plegable que se recogía de día. Noche y día los estudiantes de servicio debían estar prontos para cualquier eventualidad. Estaban siempre en movimiento y era rara la noche que se pasaba una o dos horas sin que la campanilla de la cabecera los hiciera saltar instintivamente del lecho. El sábado por la noche había más que hacer, especialmente después del cierre de las tabernas. La policía llevaba borrachos, a los que se limitaban a administrar amoníaco. También llevaban mujeres con la cabeza rota o con la nariz sangrante debido a un puñetazo conyugal. Algunas declaraban que estaban dispuestas a recurrir a la justicia, pero otras se avergonzaban y sostenían que había sido una desgracia. Los estudiantes curaban sólo los casos sencillos, y cuando había algo importante mandaban llamar al médico de guardia. Se presentaban toda clase de casos, desde el corte de un dedo hasta la puñalada en la garganta. Aprendices con una mano mutilada por una máquina, hombres atropellados por un coche, niños que se habían roto un brazo o una pierna jugando. Las salas estaban llenas, y el cirujano ayudante se encontraba ante un difícil dilema cuando la policía le llevaba a ciertos heridos. Si uno de éstos, mandado de nuevo al cuartelillo, moría, toda la Prensa se desataba contra el hospital. Y, sin embargo, a veces no era fácil decir con certeza si un hombre estaba borracho perdido o moribundo. Philip no se iba a dormir

hasta que el cansancio le hacía difícil sostenerse de pie; no le gustaba que le llamasen a cada momento. Durante los breves intervalos descansaba sentado en la sala de la clínica de socorro en compañía de la enfermera de noche. Ésta era una mujer con los cabellos grises, alta y fuerte, que hacía aquel trabajo desde hacía veinte años. Le gustaba porque era independiente y no había monjas a las que hubiera que obedecer. Sus movimientos eran lentos, pero se trataba de una mujer hábil y capaz. Los estudiantes, a menudo tímidos o faltos de experiencia, encontraban en ella un seguro apoyo. Los había conocido por millares y nada le causaba impresión. Llamaba a todos indistintamente mister Brown. Y cuando alguno protestaba y le decía su verdadero nombre, ella asentía y continuaba llamándole mister Brown. Philip permanecía de buena gana junto a ella en la estancia desnuda. Desde hacía mucho tiempo la enfermera había cesado de considerar a los individuos que llegaban allí como seres humanos: eran borrachos, brazos fracturados o gargantas cortadas. Vicio, miseria y crueldad le parecían naturales. No encontraba nada que elogiar o que criticar en las acciones humanas. Las aceptaba. Poseía cierto humorismo macabro.

—Probablemente el dinero es más importante que el amor —le dijo Philip cierta vez.

El dinero ocupaba ahora gran parte de sus pensamientos. Había descubierto que la frase, tantas veces repetida, «tanto gastan dos como uno solo» no era más que una manera de hablar, y su balance empezaba a preocuparle. Mildred no era una buena ama de casa y le hacía gastar como si comieran en un restaurante. Por otra parte la niña tenía necesidad de vestidos y Mildred de zapatos, sombrillas y otras pequeñas cosas indispensables. Al volver de Brighton anunció su intención de buscar un empleo, pero hasta la fecha no había dado un paso para encontrarlo. Luego un resfriado la había tenido en el lecho durante dos semanas. Una vez repuesta, contestó a un par de anuncios del periódico, pero el resultado fue nulo.

Encontró por fin un empleo, pero el salario era sólo de catorce chelines a la semana y ella estaba convencida de que valía más.

—No hay que permitir que la desvaloricen a una. Si se acepta una paga demasiado modesta, la gente nos pierde todo respeto.

—No me parece que catorce chelines sean tan poco —contestó secamente Philip.

Aquella suma hubiera sido muy útil a su presupuesto. Mildred empezó a sugerir que no encontraba trabajo porque no tenía un vestido decente con que presentarse. Philip le compró el vestido y ella hizo todavía alguna tentativa. Pero el joven tuvo la impresión de que no se había tomado mucho interés. Evidentemente no tenía ganas de trabajar. El solo medio para él de hacer dinero era, pues, la Bolsa. Deseaba vivamente repetir la feliz experiencia del verano. Pero la guerra con el Transvaal había estallado y no podía hacerse nada con los títulos sudafricanos. Macalister le dijo que Redvers Buller entraría en Petroria en el plazo de un mes y entonces subirían

las acciones. Era necesario esperar.

Una o dos veces habló ásperamente a Mildred, y ésta, que no tenía ni tacto ni paciencia, contestó con el mismo tono, acabando en un altercado. Philip experimentaba siempre cierto remordimiento por lo que había dicho, pero Mildred continuaba enfadada durante dos días. Exasperaba al joven con su fea manera de comer y por su desorden, que la hacía dejar objetos de vestir en el salón. Excitado por la guerra, Philip devoraba los periódicos noche y día, pero Mildred no se interesaba por nada. Había hecho conocimientos con dos o tres vecinas y le habían propuesto presentarla al cura. Mildred llevaba un anillo de boda y se hacía llamar mistress Carey. En las paredes estaban colgados dos o tres dibujos que Philip había hecho en París. Algunos desnudos de mujer y el retrato de Miguel Ajuria, con los pies firmemente clavados en el suelo y los puños cerrados. Philip los conservaba porque eran sus obras mejores y porque le recordaban días felices. Mildred los miraba con cierta prevención.

—Me gustaría que quitaras esos dibujos, Philip —acabó por decirle—. Mistress Foreman, la del número trece, vino a verme ayer y no supo dónde mirar. Me di cuenta de que se fijaba en ellos.

—¿Por qué? ¿Qué tienen?

—Son indecentes. Es una indecencia tener aquí dibujos de personas desnudas. Y no está bien hasta por la niña. Empieza ya a fijarse.

—¿Cómo puedes ser tan vulgar?

—¿Vulgar? Yo diría decente. No he dicho nunca nada, pero ¿crees que me gusta ver todo el día esta suciedad?

—¿No posees el menor sentido del ridículo, Mildred? —le preguntó Philip en un tono glacial.

—No veo la relación. Me entran ganas de quitarlos yo misma. Si quieres que te diga lo que pienso, te diré que me dan asco.

—No me importa lo más mínimo lo que pienses y te prohíbo que los toques.

Mildred, cuando se sentía irritada contra el joven, le castigaba por medio de la niña. Ésta quería a Philip y era un gran placer para ella ir por la mañana hasta la habitación de él —tenía ya casi dos años— y acurrucarse en su cama. Cuando Mildred se lo impedía, la niña lloraba.

A los reproches de Philip la joven respondía:

—No quiero que adquiera esa costumbre.

Y si él insistía, añadía:

—No te entremetas en la educación que doy a mi hija. Oyéndote hablar se diría que eres su padre. Yo soy su madre y creo saber lo que es mejor para ella.

Tanta estupidez exasperaba a Philip. Pero su indiferencia hacia ella había llegado a ser tan grande que raramente se enojaba. Se había habituado a su presencia. Llegó

Navidad, proporcionando un par de días de vacaciones a Philip, quien compró ramas de abeto para decorar la habitación. El día de Navidad hizo unos regalitos a Mildred y a la niña. Siendo dos solos no podían comerse un pavo, pero Mildred hizo asar un pollo y hervir un *pudding* comprado en la tienda. Se permitieron el lujo de una botella de vino. Después de la comida Philip se sentó en el sillón, junto al fuego, y encendió la pipa. El vino le había hecho olvidar por algunos instantes sus preocupaciones financieras. Sentíase feliz.

Mildred fue a decirle que la niña le quería dar las buenas noches. Philip, sonriendo, entró en el dormitorio. Besó a Cecily y, después de haberle recomendado que se durmiera, apagó el gas y regresó al salón, sin cerrar la puerta, por si la pequeña llamaba.

—¿Dónde te sientas? —preguntó a Mildred.

—Acomódate en tu sillón; yo me sentaré en el suelo.

Philip se sentó, y Mildred se acurrucó ante el fuego, apoyándose en las piernas de él. Así se sentaban en la habitación ocupada por Mildred en Vauxhall Bridge Road. Pero entonces la posición era distinta. Era él quien se sentaba en el suelo y apoyaba la cabeza en las rodillas de ella. ¡Con qué pasión la amaba! En aquel momento experimentó por ella una ternura que desde hacía tiempo no experimentaba. Le parecía que todavía sentía alrededor de su cuello los bracitos de la pequeña.

—¿Estás cómoda? —le preguntó.

La joven alzó los ojos hacia él, sonrió y asintió.

—¿Te das cuenta de que no me has besado ni una sola vez desde que estamos aquí? —le dijo de pronto.

—¿Tienes ganas? —dijo Philip sonriendo.

—Ya no me quieres como entonces, ¿verdad?

—Siento afecto por ti.

—Pero sientes mucho más afecto por Cecily.

Philip no respondió, y ella apoyó la mejilla en la mano de él.

—¿No sientes ya ira contra mí? —preguntó con los ojos bajos.

—¿Por qué voy a sentirla?

—Yo no te he querido nunca como ahora. Sólo después de haber pasado a través de la llama he aprendido a amarte.

Philip se estremeció ante aquella frase de novelita popular. Luego se preguntó si lo que Mildred había dicho tendría algún significado para ella. Seguramente no conocía otro modo de exteriorizar sus sentimientos que aquel lenguaje pomposo digno del *Heraldo de las familias*.

—Es curioso vivir juntos de esta forma.

Philip no respondió, y entre ellos hubo nuevamente un largo silencio. Cuando Philip volvió a hablar pareció no haberse dado cuenta de la duración de aquella

pausa.

—No debes estar enfadada conmigo. En ciertos casos no se puede. Recuerdo que te creía mala y cruel porque hacías una cosa u otra, pero yo era un estúpido. No me amabas, y era absurdo reprocharte nada. Creía poder llegar a obtener tu amor. Pero ahora ya sé que era imposible. No sé qué es lo que engendra el amor: pero, sea lo que sea, es sólo lo que cuenta. Y si no existe no puede crearse ni con la bondad, ni con la generosidad ni con ninguna otra cosa.

—Si me hubieras amado de veras me amarías todavía.

—Es lo que también creía yo. Pensaba que duraría siempre. Hubiera preferido morir antes que vivir sin ti y anhelaba el momento en que, envejecida y arrugada, nadie te mirase ya, para poderte tener toda para mí.

La joven no dijo nada. Poco después se levantó para irse a acostar, dirigiendo a Philip una tímida sonrisa.

—Es Navidad, Philip. ¿No quieres darme un beso?

Philip se puso en pie. Enrojeció levemente y la besó. Mildred se retiró a su habitación y Philip se puso a leer.

XCVI

El huracán estalló dos o tres semanas después. La actitud de Philip había conducido a Mildred a la cima de una extravagante exasperación. Su humor cambiaba a cada momento. No expresaba todos sus sentimientos. Quizá ni alcanzaba a discernirlos con claridad. Pero continuaba dando vueltas a cierto pensamiento hasta convertirse para ella en una obsesión. No había comprendido nunca a Philip ni lo había apreciado. Pero se sentía halagada por su afecto porque era un *gentleman*. El hecho de que su padre hubiese sido médico y su tío fuera eclesiástico le producía cierta impresión. Le despreciaba un poco porque había sido tan bobo con ella. Sin embargo, nunca se sentía completamente en su centro cuando se encontraba ante él, pues tenía la sensación de que Philip reprochaba sus maneras.

Cuando se presentó, cansada y avergonzada, para vivir en el piso de Kennington, sólo pedía que la dejaran en paz. Era un consuelo pensar que no tenía que pagar alquiler, que no tenía necesidad de salir, hiciera el tiempo que hiciera; que podía quedarse en la cama si no se encontraba bien. La vida que había llevado durante cierto tiempo le producía horror. ¡Tener que sonreír al primero que se presentara y tener que aceptar sus caprichos! Aun ahora, cuando pensaba en ello, lloraba a causa de la compasión que sentía hacia sí misma. La dureza de los hombres y la brutalidad de su lenguaje le hacían estremecer. Pero pensaba en esto muy raras veces. Estaba agradecida a Philip porque la había salvado, y, al recordar el amor sincero del joven y el modo indigno con que ella le había tratado, experimentaba el punzante dolor del remordimiento. Le hubiera sido fácil comprender ahora. La cosa no tenía importancia para ella. Se sorprendió al verse rechazada. Pero se encogió de hombros. ¡Se le habían subido los humos a la cabeza! Poco le importaba a ella. Cuando él viniera a suplicarle más tarde, ella se negaría. Si creía que para ella era aquello una privación, se equivocaba. No dudaba de su poder sobre él. Le conocía bien, a pesar de lo raro que era. Muchas veces, tras de sus enfados, había jurado no verla más y poco después se presentaba para pedirle perdón. ¡Cómo se había humillado ante ella! Hubiera sido feliz arrojándose al suelo para ser pisoteado. Le había visto llorar. Sabía exactamente cómo era necesario tratarle: no hacer caso de él, fingir no ver su cólera, dejarlo solo. Estaba segura de verlo muy pronto echarse a sus pies. Reía pensando en los chascos que le había hecho tragar. Ahora tenía experiencia, conocía a los hombres y deseaba no tener nada que ver con ninguno. Lo mejor de todo era quedarse definitivamente con Philip.

Pero había una o dos cosas que la dejaban estupefacta. En un tiempo, Philip estaba siempre a sus órdenes, feliz de poderla servir. Una frase despectiva de ella le anonadaba y una frase amable le dejaba en éxtasis. Ahora era diferente y en un año no había mejorado nada. Ni por un instante había pensado Mildred que los

sentimientos del joven hubieran cambiado; estaba convencida de que su indiferencia era fingida. A menudo tenía deseos de leer y le imponía el silencio.

Luego vinieron las conversaciones en las que él le dijo que sus relaciones habían de permanecer platónicas. Recordando un incidente del pasado, Mildred pensó que tal vez Philip temía al embarazo. La joven entonces se apresuró a tranquilizarle. Pero las cosas continuaron de la misma manera. Mildred era una de esas mujeres que no pueden comprender que un hombre se inhiba de la obsesión sexual de que ellas son víctimas. Sus relaciones con los hombres se habían desarrollado siempre en el mismo plano, y Mildred no se imaginaba que para ellos existieran otros intereses. Se le ocurrió que quizá Philip estuviera enamorado de otra mujer; le observó entonces sospechando de las enfermeras o de cualquier otra mujer a la que viera fuera de casa. Pero después de dirigirle hábiles preguntas llegó a la conclusión de que en la familia Athelny no había ninguna persona peligrosa.

Philip no recibía nunca cartas y en sus cajones no había ningún retrato de mujer.

Mildred llegó a la conclusión de que Philip era un extravagante. La joven no se podía quitar de la cabeza que la conducta de él obedecía a motivos caballerescos. Con la imaginación llena de novelas de folletín, Mildred se explicó las cosas románticamente. Por medio de su fantasía vio terribles equivocaciones, purificaciones a través de la llama, almas cándidas, muertas durante las heladas noches de Navidad, y así sucesivamente. Decidió poner fin a todo esto durante los días que pasarían en Brighton; estarían solos, todos los creerían marido y mujer, y con la ayuda de la música y de los paseos… Pero cuando vio que Philip se negaba a dormir en la misma habitación que ella, cuando él le habló en un tono en que nunca había hablado antes, comprendió que ya no la quería. Se quedó estupefacta. Recordaba todas sus protestas y su amor desesperado. Se sintió humillada e irritada. Pero su natural insolencia la ayudó a superar aquel momento. Philip no debía creer que estaba enamorada de él porque no lo estaba. A veces le odiaba y hubiese hecho cualquier cosa con tal de humillarle; pero se mostraba extrañamente impotente, no sabiendo cómo tratarle. Empezó a ponerse nerviosa. En una o dos ocasiones lloró. Intentó también mostrarse con él lo más amable posible. Pero cuando de noche, durante el paseo, le cogía del brazo, el joven se libraba con un pretexto, como si el contacto le causara cierto malestar.

No acertaba a comprenderle.

Afortunadamente, Philip parecía encariñarse cada día más con la pequeña. Mildred sabía hacerlo palidecer de cólera, dando un cachete a la niña; los únicos momentos en los que veía aparecer en el rostro de Philip la antigua sonrisa era cuando le encontraba con Cecily en los brazos. Se dio cuenta cuando un fotógrafo les hizo una instantánea en la playa. Desde entonces procuró aparecer a menudo con la niña en brazos delante de Philip.

De retorno a Londres, Mildred se puso a buscar el trabajo que había dicho que era fácil encontrar. Deseaba independizarse de Philip y pensaba en la satisfacción con la que le anunciaría que se iba a vivir sola llevándose a la niña. Pero el contacto con la realidad la asustó. Había perdido la costumbre de las largas horas de servicio, de sufrir las órdenes de una directora, y su dignidad se rebelaba ante la idea de tener que llevar nuevamente uniforme. Los vecinos los creían en buenas condiciones económicas. ¡Qué humillación si supieran que tenía que trabajar! Su indolencia se impuso. Desde el momento que Philip estaba dispuesto a mantenerla, ¿por qué iba a dejarlo? Cierto que no había mucho dinero para gastar, pero ella tenía allí techo y alojamiento, y las condiciones de Philip podrían mejorar. El tío de Carey era viejo, y un día u otro moriría dejando a su sobrino una pequeña herencia. Y aunque las circunstancias permanecieran en el punto en que se encontraban, aquello era mucho mejor que ir a trabajar cada mañana por unos pocos chelines. Sus esfuerzos fueron decreciendo; continuó leyendo anuncios en el periódico sólo para mostrar que tenía intención de hacer algo si se le presentaba alguna ocasión propicia. El terror se adueñaba de ella mientras tanto. ¿Y si Philip se cansaba un día de mantenerla? No tenía ya ninguna influencia sobre él y se daba cuenta de que él la conservaba a su lado sólo por el cariño que tenía a la niña. Meditaba todo esto diciéndose que un día u otro se las pagaría. No se resignaba a no ser amada. Le obligaría. Lo suyo era como una sacudida nerviosa; le ocurría que en algunos momentos deseaba a Philip de un modo extraño. Su frialdad la exasperaba. Pensaba en él continuamente. Le parecía que la trataban bastante mal sin haber hecho nada para merecerlo. Aquel modo de vivir era anormal. Pensó a continuación que todo, sin embargo, podía normalizarse, y se imaginó que si viniera un niño Philip se casaría con ella. Aunque extravagante, era un *gentleman* en toda la extensión de la palabra; no podría negarse. Este pensamiento acabó convirtiéndose en una obsesión, hasta que Mildred decidió provocar, a su costa, un cambio en sus relaciones. Philip no la besaba nunca, mientras que ahora ella experimentaba el deseo de sus besos. Recordaba en la actualidad con qué ardor aplicaba Philip en otro tiempo sus labios sobre los de ella.

Una noche, a principios de febrero, Philip le anunció que cenaría con Lawson, el cual celebraba su cumpleaños. Volvería tarde. Lawson había comprado un par de botellas de ponche en la taberna de Beak Street. Y se prometían pasar una velada alegre. Mildred quiso saber si habría invitadas. No; sólo habían sido invitados hombres, con la intención de fumar y charlar. El programa no le pareció muy divertido a Mildred. Si ella hubiese sido un pintor, habría invitado por lo menos a media docena de modelos. Se fue a la cama, pero no pudo dormir.

Poco después se le ocurrió una idea. Se tiró de la cama y corrió a echar el cerrojo de la puerta de entrada. Philip regresó a la una. Mildred le oyó lamentarse porque no podía abrir y entonces ella descorrió el cerrojo.

—¿Por qué diablos te encerraste? Siento haberte molestado.

—Había dejado abierto. No comprendo por qué razón estaba cerrado.

—Vuelve en seguida a la cama. Te resfriarás.

Philip entró en el salón y encendió el gas. La mujer le siguió y se acercó al fuego.

—Me calentaré un poquito los pies. Los tengo helados.

Philip se sentó y empezó a quitarse los zapatos. Tenía los ojos brillantes y las mejillas coloradas. Mildred le creyó borracho.

—¿Te has divertido? —le preguntó sonriendo.

—Sí; ha sido una velada agradabilísima.

Tenía la cabeza en su sitio, pero había reído, había hablado y rebosaba todavía de excitación. Una reunión que le había recordado los bellos tiempos de París y que le había puesto de excelente humor. Sacó la pipa y la encendió.

—¿No te vas a la cama? —preguntó ella.

—Todavía no. Aún no tengo ganas. Lawson ha sido inagotable esta noche. Se ha mostrado divertidísimo.

—¿De qué habéis hablado?

—¡Dios sabe! Un poco de todo. Tendrías que habernos visto. Gritábamos todos a una y ninguno escuchaba al otro.

Rió de nuevo y Mildred rió con él. Estaba segurísima de que el joven había bebido. Ella ya lo había previsto. Conocía a los hombres.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

Antes de que él contestara ya se había sentado ella sobre sus rodillas.

—Si no te vas a la cama es mejor que te pongas la bata —le dijo Philip.

—¡Oh!, estoy bien así.

Luego, rodeándole el cuello con los brazos, apoyó su rostro contra el de él y añadió:

—¿Por qué eres tan malo conmigo?

El joven intentó ponerse en pie, pero la joven se lo impidió.

—¡Te amo, Philip!

—No digas tonterías.

—No es una tontería, es verdad. No puedo vivir sin Te deseo.

Philip se desligó.

—Te ruego que te levantes. Te vuelves ridícula y me produces la impresión de una completa idiota.

—Te amo, Philip. Quiero recompensarte de todo el mal que te he hecho. No puedo seguir así…

Philip se escurrió haciendo caer a Mildred en el sillón.

—Lo siento, pero es demasiado tarde.

Mildred lanzó un sollozo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué puedes ser tan cruel?

—Sin duda porque te amaba demasiado. Mi pasión se consumió. La idea de que nuestras relaciones cambien me disgusta. No puedo mirarte sin pensar en Emil y en Griffiths. Eso puede más que yo. Probablemente es cuestión de nervios.

La joven le cogió la mano y se la cubrió de besos.

—¡Ah, no! —gritó Philip.

Mildred cayó de espaldas sobre el sillón.

—No puedo continuar así. Si no me quieres, prefiero irme.

—No seas estúpida. No sabrás adonde ir. Podéis permanecer aquí hasta que quieras, pero con una condición: seamos amigos y nada más.

Mildred abandonó de improviso el tono apasionado y rió entonces con la mayor dulzura. Se aproximó a Philip con arrumacos de gatita y le abrazó. Su voz era sumisa e insinuante.

—No seas estúpido. No te dejes dominar por los nervios. No sabes lo cariñosa que puedo ser…

Frotó su rostro contra el de él. Aquella sonrisa le pareció a Philip una mueca abominable, y aquella mirada la invitación de una prostituta. Se echó atrás instintivamente.

—No quiero —dijo.

Pero Mildred no se apartó. Y al intentar sujetarle, Philip la contuvo y la rechazó brutalmente.

—¡Me repugnas!

—¿Yo?

La joven se agarró con una mano a la chimenea para recobrar el equilibrio. Le miró fijamente un momento y dos manchas sonrosadas aparecieron de pronto en sus pálidas mejillas.

Dejó escapar una risa estridente.

—¡Ah! ¿Te repugno?

Hizo una pausa y respiró profundamente. Después prorrumpió en insultos. Aullaba a media voz, y era su lenguaje tan obsceno que Philip la miraba asombrado. ¿Cómo era posible que Mildred, tan deseosa siempre de parecer una mujer refinada, tan enemiga de todo lo que fuera vulgar, empleara tales palabras? Mildred se le acercó y casi pegó su rostro al de él.

La ira le trastornaba, y la impetuosidad con que las palabras le brotaban de los labios hacía que las salpicara de saliva.

—No te he querido ni siquiera un minuto. Me has importado siempre un pepino. Me fastidiabas, me hartabas hasta morir. ¡No sabes cuánto te he odiado! Nunca me hubiera dejado tocar por ti de no haber sido por el dinero. Tus besos me producen náuseas. ¡Cuánto nos hemos reído Griffiths y yo de ti! ¡Cuánto nos hemos reído

pensando que eres un cretino! ¡Cretino! ¡Idiota!

Nuevos insultos salieron de su boca. Le llamó de todo: avaro, fastidioso, egoísta; logró tocar todos sus puntos sensibles. Finalmente se volvió para marcharse. Pero, antes de hacerlo, poseída de una cólera histérica, continuó diciendo una serie de epítetos canallas. Abrió la puerta y se volvió una vez más para lanzarle la injuria que sabía le había de ofender más que cualquier otra. Puso en ella toda la perfidia y todo el veneno de que era capaz.

—¡Tullido!

XCVII

A la mañana siguiente, Philip se despertó sobresaltado, seguro de que era tarde. Miró el reloj: eran las nueve. Se tiró del lecho y fue a la cocina en busca de agua caliente para afeitarse. No había rastro de Mildred. Los platos sucios estaban todavía en el fregadero. Llamó a la puerta de su dormitorio.

—Despiértate, Mildred; es muy tarde.

La joven no respondió, ni siquiera al llamarla con más insistencia. Seguramente seguía irritada. Sin perder más tiempo, se puso él mismo un poco de agua a calentar, y, mientras, se metió en el baño, cuya agua estaba siempre preparada de la noche anterior. Pensó que Mildred le estaría preparando el desayuno mientras él se vestía y que se lo llevaría al salón. Lo había hecho ya otras veces cuando estaba enfadada. Pero no la oyó moverse y comprendió que si quería comer alguna cosa, había de preparársela él mismo. Le irritó que le hiciese aquello precisamente en una mañana que se le había hecho tarde. Cuando salió del baño, Mildred continuaba invisible, pero Philip la oyó moverse en su habitación. Evidentemente se estaba levantando. Se hizo té y se preparó un poco de pan con mantequilla que masticó rápidamente mientras se ponía los zapatos. Luego bajó la escalera precipitadamente y echó a correr para tomar el tranvía. Mientras sus ojos miraban en los quioscos de periódicos para ver en los titulares las noticias de la guerra, volvió a pensar en la escena de la noche anterior. Después de haber dormido no podía menos de parecerle grotesca. Seguramente se había comportado de un modo ridículo, pero no era dueño de sus propios pensamientos. Se sentía irritado contra Mildred por haberle colocado en una posición tan absurda. A continuación, con renovado estupor, se acordó de aquel lenguaje del arroyo. Enrojeció recordando la injuria final, pero luego se encogió de hombros con desprecio. Cuando sus compañeros se habían peleado con él nunca habían dejado de echarle en cara su deformidad.

Fue para él una alegría poderse entregar al trabajo. La sala le pareció acogedora. La monja le saludó con una pálida sonrisa.

—Llega usted muy tarde, mister Carey.

—Estuve de juerga anoche.

—Ya se ve.

—Lo creo.

Riendo todavía se acercó al primero de sus enfermos, un muchacho con úlceras tuberculosas, quitándole el vendaje. El muchacho se mostró contento al verle, y Philip bromeó con él mientras le cambiaba el vendaje. Los enfermos le querían. Philip los trataba con bondad y tenía una mano ligera y delicada. Otros estudiantes eran más rudos y procuraban abreviar. Almorzó con algunos amigos en la sala del círculo; una comida frugal compuesta de una taza de chocolate y pan tostado.

Hablaron de la guerra. Algunos de ellos habían pedido partir para el Transvaal, pero la autoridad se mostraba muy severa y no aceptaba sino los que habían terminado por completo su servicio en el hospital. Alguno dijo que, si la guerra duraba, también serían aceptados muy pronto todos los que hubieran acabado los estudios. Pero la opinión general era que dentro de un mes todo estaría terminado. Ahora que Roberts había ido allá, la cosa se resolvería fácilmente. Ésta era también la opinión de Macalister, el cual había advertido a Philip que era necesario comprar antes de que la paz fuera un hecho. Habría entonces una gran subida en la Bolsa, con la posibilidad de hacer una buena cantidad de dinero. Philip le había encargado que comprase para él en el momento oportuno. Las treinta libras de la otra vez se le habían subido a la cabeza y en esta ocasión pensaba ganar doscientas.

Terminó el trabajo del día y tomó el tranvía para regresar a Kennington. Quién sabe cómo encontraría a Mildred. Seguramente con morros y encerrada en un silencio hostil. Hacía un calor excesivo para la estación del año, y en las calles grises del barrio del sur de Londres se sentía la languidez de la primavera. Después de los largos meses de invierno la Naturaleza se muestra impaciente y por la tierra corre un temblor de anunciación. Philip hubiera prolongado de buena gana su paseo en tranvía. No tenía ganas de volver a casa, y sentía la necesidad de respirar un poco el aire. Pero el deseo de ver a la niña se apoderó de él de pronto. Philip sonrió pensando en la acogida que le hacía siempre, acompañada de gritos de alegría. Cuando llegó ante la casa se sorprendió al no ver las ventanas iluminadas. Subió y llamó, pero no obtuvo respuesta. Cuando Mildred salía acostumbraba dejar la llave debajo de la esterilla de la puerta de entrada. Allí la encontró. Entró, y al llegar al salón encendió una cerilla. Había sucedido algo, pero de pronto no comprendió el qué. Encendió el gas y miró alrededor. Se sobresaltó. La habitación era un montón de ruinas. Todo había sido destruido metódicamente. Encolerizado se precipitó en la habitación de Mildred. Estaba oscura y vacía. Fue a buscar una vela y comprobó que la joven se había llevado toda su ropa y la de la pequeña —había notado ya al entrar que el cochecito no estaba en el lugar acostumbrado de la planta baja, pero pensó que Mildred habría sacado a pasear a Cecily—; toda la porcelana colocada sobre el lavabo había sido rota y la tapicería de los cojines y de las sillas había sido desgarrada con un cuchillo y cortadas las sábanas y las mantas. El espejo parecía haber sido roto a martillazos. En la cama de Philip todo estaba igualmente patas arriba. La palangana, el jarro y el espejo estaban hechos añicos; la sábana cortada a trocitos y un agujero hecho en el almohadón había permitido a Mildred meter la mano en él y llenar toda la habitación de plumas. Las mantas estaban hechas trizas. Sobre el tocador de Philip había fotografías de su madre. Los marcos habían sido rotos y los cristales arrojados al suelo. Philip se quedó sin poder respirar. Mildred no había dejado ni una letra. Sólo aquella ruina indicaba su cólera. Y se imaginaba el

rostro de ella durante aquel acceso de furor. Volvió al salón. El estupor era en él más fuerte que la cólera. Miró con curiosidad el cuchillo de cocina y el martillo para el carbón que había sobre una mesa. Luego se acordó de un cuchillo doblado que había visto abandonado en la chimenea. Seguramente le había ocupado mucho tiempo hacer todo aquello. Su retrato pintado por Lawson había sido cortado en cuatro y las fotografías de la *Odalisca* de Ingres, la *Olympia* de Manet y el retrato de Felipe IV habían sido rotos a martillazos. El tapete de la mesa, las cortinas, todo estaba rasgado. Detrás del escritorio de Philip, colgada en la pared, estaba la alfombrilla persa regalada por Cronshaw. A Mildred no le gustaba.

—Si es una alfombra, debería estar en el suelo —decía—. Pero no es otra cosa que un trapo sucio.

Cuando Philip se dijo que aquel tapiz contenía la solución de un gran enigma, se irritó porque creía que se burlaba de ella. Lo había cortado en tres trozos. Había tenido que emplear cierta fuerza para ello y ahora los trozos pendían de la pared. Philip poseía dos o tres platos blancos y azules sin gran valor, pero habían sido comprados uno a uno por poco dinero. Los tenía en gran estima por los recuerdos que le sugerían. Sus fragmentos estaban en el suelo. Los lomos de los volúmenes encuadernados mostraban grandes cortes, y Mildred se había tomado además el trabajo de romper algunas páginas a todas las novelas no encuadernadas. Los muñecos que adornaban la chimenea estaban hechos añicos. En suma, todo lo que había sido posible destruir con un cuchillo o con un martillo estaba destrozado.

Todos los muebles de Philip no valían más que treinta libras. Pero eran para él como viejos amigos a los que quería porque eran suyos. Había logrado con poco dinero hacerse un ambiente elegante y característico y estaba muy orgulloso de ello. Desesperado, se preguntó cómo había podido ser Mildred tan cruel. Un súbito terror le hizo ponerse nuevamente en pie y correr hacia un corredor donde había un armario con sus vestidos. Lo abrió y lanzó un suspiro de alivio. Evidentemente se había olvidado de él, ya que todo estaba intacto. Volvió al salón y miró alrededor. ¿Qué hacer? Inútil querer poner un poco de orden. Por otra parte, en la casa no había nada que comer y él sentía apetito. Salió para ir a comprar cualquier cosa. Cuando volvió estaba más tranquilo. Experimentó una ligera angustia al pensar en la niña. ¿Sufriría al no verle? Seguramente se acordaría al principio, pero pasada una semana se olvidaría de él. En el fondo estaba contento de haberse librado de Mildred. No pensaba en ella con ira, sino con una especie de inefable fastidio.

—Deseo no verla nunca más —dijo en voz alta.

Lo único que había que hacer era dejar el departamento. Decidió despedirse al día siguiente. No podía permitirse el lujo de hacer reparar el desastre. Le había quedado tan poco dinero que lo que había que hacer era buscar otro alojamiento más económico. Además, estaría contento no viendo más aquellas habitaciones donde

había sufrido tantas angustias económicas y donde siempre encontraría la imagen de aquella mujer. Philip era de carácter impaciente, y cuando un proyecto se le metía en la cabeza no se sentía en paz hasta que lo veía realizado. A la mañana siguiente hizo ir a un trapero que le ofreció tres libras por todas sus cosas, tanto las rotas como las no rotas, y dos días después se trasladó frente al hospital, a la casa donde había vivido al empezar sus estudios.

La dueña de la casa era una buena mujer. Por seis chelines a la semana le dio una pequeña habitación en el último piso, pero como a Philip no le había quedado otra cosa que los trajes y un cajón de libros, se sintió contento por haber encontrado un alojamiento tan económico.

XCVIII

Sucedió entonces que la vida y la fortuna de Philip Carey, que carecían de importancia, excepto para él, sufrieron las consecuencias de los acontecimientos que su país estaba atravesando. Se vivían horas históricas. Y parece absurdo que tales eventualidades pudieran trastornar la vida de un pobre estudiante de medicina. Una tras otra, las batallas de Magersfontein, de Colenso, de Spion Kop habían humillado a la nación y asestado un golpe mortal al prestigio de la aristocracia y de la clase pudiente. Hasta entonces nadie había refutado la afirmación de que sólo ellas poseían el instinto de gobernar. El antiguo orden de cosas se veía desplazado. Sí, era verdaderamente una página para la Historia. Entonces el coloso agrupó todas sus fuerzas y, cometiendo nuevos errores, consiguió obtener una apariencia de victoria. Cronje se paró en Paardeberg; Ladysmith fue liberada y, a principios de marzo. Lord Roberts entró en Bloemfontein.

Dos o tres días después de esta noticia, Macalister, en la taberna de Beak Street, anunció alegremente que la Bolsa empezaba a mostrarse un poco más brillante. La paz no estaba lejana; se presentía. Algunas semanas después Roberts entraría en Pretoria. Las acciones empezaban ya a subir.

—He aquí el momento oportuno —dijo a Philip—. Es inútil esperar a que todos se precipiten. O ahora o nunca.

Poseía informes confidenciales. El director de una mina sudafricana había telegrafiado al socio principal que la instalación estaba intacta. En cuanto fuera posible empezarían a trabajar. El socio encontraba la operación tan ventajosa que había comprado quinientas acciones para cada una de sus hermanas, cosa que no habría hecho si el asunto no le pareciera más que seguro.

—Yo también probaré fortuna —añadió Macalister.

De dos libras y cuarto las acciones habían bajado a dos y un octavo. El agente aconsejó a Philip que no fuera demasiado ávido, y que se contentase con una ganancia de diez chelines. Él tenía intención de comprar trescientas para él y sugirió al joven que hiciera otro tanto. Las venderían en el momento oportuno. Philip tenía mucha fe en Macalister.

—Creo que podremos venderlas antes de la liquidación de fin de mes. De no ser así ya me encargaré yo de que aplacen su cobro.

A Philip le pareció un sistema excelente. Se tenían los títulos hasta el momento de la ganancia sin necesidad de echar mano a la cartera. De nuevo buscó en los periódicos las noticias financieras. Al día siguiente hubo una pequeña subida y Macalister le escribió que había tenido que pagar los títulos a dos libras y un cuarto. El mercado se estabilizó luego, pero dos días después empezó a bajar. Las noticias de África del Sur eran menos tranquilizadoras, y Philip vio con ansiedad que sus

acciones bajaron hasta dos. Pero Macalister se mostraba optimista: los bóers no podían resistir mucho y él apostaría cualquier cosa a que Roberts entraría en Johannesburg antes de terminarse la primera quincena de abril. A fines de mes Philip tuvo que entregar cerca de cuarenta libras. Esto le disgustó bastante, pero no podía hacerse otra cosa que resistir; la pérdida era demasiado importante para concluir la partida. Durante dos o tres semanas no sucedió nada nuevo; los bóers se negaban a rendirse e incluso se apuntaron dos pequeños éxitos y las acciones de Philip bajaron otra media corona. Evidentemente la guerra no se acababa todavía. Muchos poseedores de acciones vendieron. Macalister no disimuló a Philip su pesimismo.

—No sé si será mejor limitar la pérdida. Empieza a parecerme demasiado la diferencia que he de pagar.

Philip se sentía lleno de angustia. Por las noches no dormía y por la mañana tomaba el té de prisa y corriendo para tener tiempo de ir a leer el periódico en la sala de lectura del Círculo. A veces las noticias eran malas y a veces no había ninguna. Pero cuando el mercado efectuaba un cambio era siempre para bajar. El joven no sabía qué hacer. Si hubiera vendido entonces habría perdido cerca de trescientas cincuenta libras, quedándole ochenta. ¡Qué rabia haberse dejado embarcar en aquella especulación! Pero era necesario resistir. Un hecho cualquiera podía hacerlas subir de nuevo. No soñaba ya en una ganancia, sino que se conformaba con recuperar su dinero. Era el único medio para poder terminar sus estudios. El semestre al final del cual debía sufrir el examen de obstetricia y de ginecología empezaba en mayo. Luego le quedaría todavía un año de estudios. Con ciento cincuenta libras, todo comprendido, hubiera podido arreglárselas. Pero con menos de esto no era posible.

A principios de abril se presentó una noche en la taberna de Beak Street, esperando encontrarse con Macalister. Le consolaba un tanto hablar de la situación con el agente, y al enterarse de que otras personas habían perdido dinero, exactamente lo mismo que le había sucedido a él, le hacía más llevadero su disgusto. Pero no encontró más que a Hayward, el cual le anunció:

—El domingo me embarco para El Cabo.

—¿De veras?

Hayward era la última persona de la que se hubiera esperado una cosa así. En el hospital, los estudiantes que se enrolaban eran cada día más numerosos. El Gobierno aceptaba inmediatamente a todos los que se presentaban aunque les faltaran los cursos de práctica, y los estudiantes, embarcados como simples soldados, escribían a sus familias que se marchaban requeridos inopinadamente por el servicio de sanidad militar. Una ola de patriotismo agitaba al país y de todas las clases sociales afluían los voluntarios.

—¿En calidad de qué vas? —preguntó Philip.

—Como soldado raso de la Dorset Yeomanry.

Philip conocía a Hayward desde hacía ocho años. Su intimidad juvenil, nacida de la admiración entusiasta de Philip hacia el hombre capaz de hablar de arte y literatura, se había desvanecido hacía algún tiempo. Pero había sido sostenido por la costumbre, y cuando Hayward se encontraba en Londres los dos jóvenes se veían un par de veces a la semana. El de más edad hablaba todavía de libros con una delicada comprensión. Philip no era tan tolerante como antes, y a menudo la conversación de Hayward le irritaba. No estaba persuadido de que todo lo que no era arte fuese insignificante. El desprecio de Hayward por la acción y por la fama le disgustaba. Moviendo con la cucharilla su ponche pensaba en su amistad de tantos años y en su fe en el porvenir de Hayward. Desde un tiempo a esta parte había perdido sus ilusiones a este respecto y estaba persuadido de que Hayward no haría nunca otra cosa que hablar. A los treinta y cinco años encontraba más difícil que cuando era joven vivir con trescientas libras, y sus trajes, aunque siempre hechos por un buen sastre, los llevaba ahora mucho más tiempo que años atrás hubiese creído que fuera posible. Había engordado y ninguna sabia disposición de los cabellos rubios podía esconder la calvicie. Los ojos azules habían llegado a ser claros y acuosos. Evidentemente bebía demasiado.

—Pero ¿cómo diablos se te ha ocurrido marcharte allá? —dijo asombrado Philip.

—No lo sé. Me parece que es mi deber.

Philip calló. Estaba aturdido. Comprendía que Hayward iba empujado por una inquietud de su alma de la que no se daba cuenta. Algo en su subconsciente le hacía encontrar necesario ir a combatir por su país. Era extraño, porque siempre había dicho que el patriotismo era un prejuicio, y jactándose de su cosmopolitismo afirmaba que Inglaterra era tierra de destierro. Sus compatriotas en masa dañaban su sensibilidad. Philip se preguntó qué es lo que empuja a las personas a hacer lo contrario de las teorías que siempre han sustentado.

—¡La gente es extraordinaria! ¡Nunca hubiera esperado verte convertido en soldado!

Hayward sonrió, ligeramente turbado, y no respondió.

—Ayer sufrí la revisión militar. Vale la pena de soportar todas esas molestias para saber que se está en perfecta salud.

En aquel momento llegó Macalister.

—Le quería ver a usted precisamente, Carey —dijo—. Mi casa no quiere tener más tiempo sus títulos sin cobrar. Desea que liquide usted.

Philip se sintió desfallecer. Sabía que aquello significaba la aceptación de la pérdida. El orgullo le permitió responder con calma:

—No creo que valga la pena retirarlas. Tanto da venderlas.

—Eso se dice muy pronto, pero el mercado está estacionado y no hay compradores.

—Pero se cotizan a una y un octavo.

—Sí, pero eso no quiere decir nada. No encontrará usted a quién vendérselas a ese precio.

Durante un momento Philip no respondió. Intentaba orientarse.

—¿Quiere usted decir que su valor es cero?

—No digo eso; valen algo. Pero en este momento nadie las compra.

—Entonces véndalas usted lo mejor que pueda.

Macalister miró a Philip con atención, preguntándose si la pérdida le resultaba efectivamente dura.

—Me siento desolado, mi viejo amigo. Pero nos encontramos todos en el mismo caso. Nadie creía que la guerra durase tanto. Le he metido a usted en este lío, pero yo también me encuentro metido en él.

—No importa. Es necesario tomar las cosas como vengan.

Volvió a la mesa de la que se había levantado para hablar con Macalister. Estaba anonadado. Le entró un tremendo dolor de cabeza, pero no queriendo pasar por un ser débil se entretuvo todavía durante una hora riendo febrilmente con sus amigos. Finalmente se levantó.

—Posee usted una gran sangre fría —dijo Macalister saludando—. Nadie pierde con tranquilidad trescientas o cuatrocientas libras.

Al volver a su dormitorio, Philip se echó en la cama y se abandonó a la desesperación. Se arrepintió de su locura a pesar de decirse a sí mismo que el arrepentimiento era absurdo, ya que lo acaecido era inevitable desde el momento que había ocurrido. Pero no pudo reprimirse. Sentíase profundamente infeliz. Imposible dormir. Pensó en el dinero que había malgastado en aquellos últimos años. La cabeza le dolía terriblemente.

Al día siguiente por la noche, con el último correo, recibió el estado de la liquidación. Examinó su cuenta corriente. Una vez pagado todo lo que debía le quedarían siete libras. ¡Siete libras! Se alegró al ver que podía hacer frente a sus compromisos. Hubiera sido demasiado doloroso confesar a Macalister que no podía pagar. Durante el semestre de verano debería prestar servicio en la sección de oftalmología y había concertado con un compañero suyo comprar un oftalmoscopio que aquél quería vender. No tuvo el valor de anular el compromiso. Tenía, además, necesidad de algunos libros. Las cinco libras que le quedaban duráronle cerca de seis semanas. Escribió entonces a su tío una carta que le pareció digna de un hombre de negocios, diciéndole que a causa de la guerra había sufrido graves pérdidas y que no podía continuar sus estudios si él no le ayudaba. Le rogaba, pues, que le prestara ciento cincuenta libras, y que, en el caso de prestárselas, debería enviárselas en dieciocho plazos. El joven le pagaría los intereses, y le reintegraría el capital poco a poco en cuanto empezara a trabajar. Tres años y medio después acabaría la carrera y estaba seguro de que encontraría en seguida un puesto de ayudante a tres libras por

semana.

El tío respondió que no podía hacer nada. No era posible para él vender los títulos mientras se cotizaran tan bajos. La más elemental prudencia le aconsejaba guardar lo poco que tenía ante una eventual enfermedad. Terminaba la carta con una pequeña prédica. Había sermoneado muchas veces a Philip, pero nunca había sido escuchado. No se extrañaba de lo que sucedía porque desde hacía mucho tiempo esperaba que la prodigalidad y la falta de equilibrio de su sobrino le condujera a aquel fin. Philip, mientras leía la misiva, sintió primero calor y luego frío. Nunca hubiera creído que su tío se negara. Fue presa de una cólera violenta y a continuación de un completo desaliento. Si mister Carey no le ayudaba, no le sería posible terminar sus estudios. Dominado por el pánico, dejó a un lado el orgullo y escribió nuevamente a su tío, exponiéndole el caso de una manera más apremiante. Pero quizá se expresó mal o su tío no comprendió su situación desesperada. El caso es que recibió una respuesta en la que su tío se reafirmaba en su negativa; Philip tenía ya veinticinco años y debía ser capaz de ganarse la vida. A su muerte heredaría alguna cosa, pero hasta entonces no tendría un céntimo. Philip leyó en aquella carta toda la satisfacción del hombre que después de haber desaprobado su conducta veía al cabo que se cumplían sus augurios.

XCIX

Philip empezó a llevar sus trajes al Monte de Piedad. Se contentaba, además del té de la mañana, con una sola comida —que hacía a las cuatro y que consistía en pan con mantequilla y chocolate—, de modo que le bastara hasta el día siguiente por la mañana. Se le ocurrió ir a pedir prestado algún dinero a Lawson, pero el temor a una negativa le contuvo. Al fin le pidió cinco libras. Lawson se apresuró a prestárselas, pero le dijo:

—Me las devolverás dentro de ocho o diez días, ¿no? He de pagar al que me hace los marcos y en este momento ando un poco escaso de dinero.

Philip sabía que no podría restituirle el dinero, y el pensar en lo que Lawson podría decir de él hizo que sintiera tal vergüenza que, después de tener el dinero dos días en su bolsillo, se lo devolvió intacto. Lawson estaba a punto de ir a comer y le invitó. Philip se hizo rogar, pese a que el poder comer algo sólido le alegraba. El domingo estaba seguro de tener una buena comida en casa de los Athelny. Dudó si contarles a aquellos buenos amigos lo que le había sucedido. Le habían creído siempre en una relativa buena posición y temía bajar en su estima si conocían la pobreza a que había llegado.

No obstante haber sido modesta su posición, no había pensado nunca en la posibilidad de sufrir hambre: este caso no se daba nunca en su ambiente. Se avergonzaba de ello como de una de esas enfermedades que no pueden confesarse. Su actual situación le aturdía; no sabía qué hacer si no continuaba su trabajo en el hospital. Tenía una vaga esperanza de que las cosas se arreglasen. No conseguía creer en la realidad de todo cuanto le había acontecido. Recordaba ahora que durante el primer trimestre pasado en el colegio la vida le había parecido a menudo un sueño del cual se despertaría, encontrándose, al hacerlo, en su casa. Pero no tardó en rendirse a la evidencia. Pasados unos días no tendría nada. Debía encontrar el modo de ganar un poco de dinero. Si hubiese tenido el título podría partir para El Cabo, pese a su pie defectuoso. Faltaban médicos allí. Y si no hubiera sido por su enfermedad se habría alistado como soldado. Se dirigió al secretario de la escuela de medicina rogándole que le procurase algunas lecciones; pero el secretario le quitó toda esperanza. Leyó las demandas en los periódicos de medicina y escribió ofreciéndose para un empleo donde pedían un ayudante que aún no hubiera terminado la carrera. Se trataba de un dispensario. Cuando se presentó, el director echó una mirada a su pie deforme, y, cuando Philip declaró que estudiaba el cuarto año de medicina, dijo que no poseía todavía la experiencia necesaria. Pero comprendió que aquello no era más que un pretexto: el doctor no quería un ayudante incapaz de la actividad precisa.

Philip prestó atención entonces a otros medios para intentar ganarse la vida. Conocía francés y alemán y podía encontrar un empleo como encargado de

correspondencia. No le gustaba aquel trabajo, pero apretó los dientes; no había otro recurso. Demasiado tímido para presentarse en aquellos sitios donde reclamaban la presencia del candidato, escribió a las direcciones en que pedían una respuesta escrita. Pero carecía de toda experiencia e ignoraba el lenguaje comercial. Por otra parte, no sabía taquigrafía ni escribir a máquina. Su caso le pareció desesperado. Pensó en dirigirse al abogado que fue el ejecutor testamentario de su padre, pero se abstuvo al recordar que dicho abogado le desaprobó cuando quiso vender las hipotecas en que su dinero había sido empleado.

—Prefiero morir de hambre —murmuró Philip.

Un par de veces le asaltó la idea del suicidio, pero en realidad no consideraba seriamente aquella posibilidad. Cuando Mildred le había dejado para irse con Griffiths su angustia había sido tal que deseó morir para liberarse. Esta vez sus sentimientos eran distintos. Recordó que la enfermera de la clínica de urgencia le había dicho que la gente se mataba más por falta de dinero que por falta de amor. Sonreía maliciosamente ante la idea de ser una excepción. Hubiese deseado poder hablar con alguien de aquel asunto. Pero se avergonzaba de tener que confesar el origen. Continuó buscando trabajo. Durante tres semanas seguidas no pagó el alquiler, diciendo a la dueña de la casa que esperaba dinero para fin de mes. La mujer no dijo nada, pero apretó los labios y frunció las cejas. A fin de mes le pidió el dinero y Philip, sintiéndose mortificado en lo más profundo de su ser, le respondió que no podía pagarle. Había escrito a su tío y seguramente saldaría la deuda el sábado.

—Lo espero así, mister Carey, pues yo también he de pagar el alquiler. —Hablaba sin cólera, pero con firmeza; hizo una breve pausa y prosiguió—: Si no paga el sábado próximo tendré que recurrir al secretario del hospital.

—Esté usted tranquila que todo se arreglará.

Ella le miró durante un minuto y luego echó una mirada a la estancia desnuda. A continuación, con entera naturalidad, añadió:

—Tengo un gran trozo de carne asada. Si no le disgusta sentarse en la mesa de la cocina puede venir a comer conmigo.

Philip se sintió enrojecer hasta las raíces del pelo y notó que en la garganta se le ahogaba un sollozo.

—Se lo agradezco mucho, mistress Higgins, pero no tengo apetito.

—Como quiera, doctor.

Al quedarse solo, Philip sé arrojó en la cama apretando los puños para no llorar.

C

Sábado; el día que había fijado para pagar el alquiler. Toda la semana había esperado que sucediera algo. No había encontrado trabajo. Nunca se había visto en situación tan extrema y estaba tan abrumado que no sabía qué hacer. En el fondo le parecía que todo era una broma pesada.

Le quedaban muy pocos enseres. Había vendido todos los trajes que no le eran imprescindibles. Poseía todavía algunos libros y algunas fruslerías de las que podía sacar uno o dos chelines. Pero la dueña de la casa no le quitaba ojo y temía que le detuviese si le veía sacar alguna cosa. No le quedaba otro remedio que confesar su miseria, pero le faltó valor para ello. Mediaba junio y la noche era bella y tibia. Decidió pasarla fuera. Se paseó lentamente a lo largo de Chelsea Embankment, siguiendo el curso del río cálido y majestuoso. Cuando se sintió cansado se sentó en un banco y se adormeció. Nunca supo el tiempo que había estado durmiendo. Se despertó sobresaltado soñando que un guardia le sacudía diciéndole al mismo tiempo que se marchara. Pero cuando abrió los ojos vio que estaba solo. Maquinalmente reanudó el paseo, llegando a Chiswick, donde se adormeció de nuevo. Lo duro del banco hizo que se despertara. La noche le parecía larguísima. Se estremeció. La sensación de su miseria le envilecía y se avergonzó de haber dormido así, al aire libre. Le pareció especialmente humillante y notó que su rostro enrojecía en la oscuridad. Recordó historias que había oído contar. Entre los que vivían así había oficiales, eclesiásticos, hombres que habían frecuentado la Universidad. Se preguntó si llegaría a ser uno de los que a la puerta de una institución de beneficencia forman cola para obtener un plato de sopa. Era mucho mejor morir. Él había intentado siempre hacer bien a todo el que se encontraba en mala situación. Había ayudado a su prójimo todo cuanto le había sido posible. Jamás se mostró egoísta, y le pareció terriblemente injusto encontrarse en aquella situación.

Pero era inútil pensar en ello. Reanudó su paseo. Ya era de día. El río aparecía magnífico bajo aquel silencio y a la luz del alba tenía algo de misterio. El pálido cielo estaba sin una nube. Sentíase cansadísimo y el hambre le retorcía las entrañas. Pero no osaba sentarse temeroso de que un guardia le preguntase qué hacía. Estaba sucio; hubiese querido poderse lavar. Al cabo se encontró en Hampton Court. Pensó que de no comer algo lloraría. Entró en un figón. El olor a comida caliente le produjo náuseas. Habría querido tomar algo sustancioso que le bastara para todo el día, pero su estómago se rebeló a la vista de la comida. Tomó por fin una taza de té con un poco de pan y mantequilla. De pronto se acordó de que era domingo y de que podía ir a casa de los Athelny. Pensó en el *rosbif* y en el *pudding*, pero se hallaba demasiado cansado para afrontar aquella familia alegre y ruidosa. En su desesperación prefería estar solo. Decidió ir a los jardines del palacio y tenderse en la hierba. Le dolían

todos los huesos. Seguramente encontraría una fuente para lavarse las manos y el rostro, y para beber. Tenía mucha sed y, ahora que ya no sentía hambre, el pensar en las flores, en el prado y en el follaje le producía una sensación de reposo. Allí podría reflexionar. Se echó en la hierba y encendió la pipa. Desde hacía algún tiempo, para economizar, fumaba solamente dos pipas al día. Por suerte tenía la petaca llena de tabaco. ¿Quién sabía cómo se las arreglaban los que no tenían dinero? Se adormeció y despertó casi a mediodía. Era necesario regresar a Londres para leer los anuncios que le parecieran prometedores.

Durante todo aquel día permaneció en el jardín, fumando cuando sentía demasiada hambre. No quería comer nada antes de ponerse en camino para Londres. La distancia era larga y deseaba conservar todas sus fuerzas. Echó a andar cuando la temperatura empezó a ser más fría, y cuando estaba cansado se sentaba en los bancos a dormir. Nadie le molestó. En la estación Victoria se lavó, se cepilló y se afeitó. Luego tomó un té con pan, y mientras comía leyó los anuncios de un periódico de la mañana. Sus ojos cayeron sobre un anuncio que pedía un empleado para el reparto de telas para trajes en un gran almacén. Sintió que el corazón se le encogía, ya que debido a sus prejuicios burgueses le parecía terrible aquel género de trabajo. Pero movió los hombros con displicencia. Después de todo, ¿qué importaba? Decidió, pues, intentar obtener aquel empleo. Aceptando todas las humillaciones, incluso yendo a su encuentro, lograría forzar tal vez la mano del destino. Cuando se presentó, extraordinariamente intimidado, ya otros le habían precedido. Había hombres de toda edad, desde muchachos de dieciséis años hasta hombres de cuarenta. Algunos hablaban en voz baja, pero la mayor parte de ellos guardaban silencio. Al verle entre ellos le lanzaron una mirada de hostilidad. Oyó que uno decía a otro:

—La única esperanza que tengo es que me despachen bastante pronto para ir a presentarme a otro sitio.

El que estaba junto a Philip le examinó y le preguntó:

—¿Tiene usted práctica?

—No.

Philip dirigió una mirada a la tienda. Algunos dependientes llevaba de un sitio a otro piezas de tela de Chintz y de cretona, y otros —según le dijo su vecino— preparaban los pedidos de provincias que habían llegado en el correo de la mañana. Hacia las nueve y cuarto se presentó el jefe. Uno de los que esperaban dijo a otro que se llamaba Gibbons. Era un hombre de mediana edad, pequeño y corpulento, con la barba negra y los cabellos grasientos y oscuros… Sus movimientos eran bruscos y su mirada inteligente. Llevaba sombrero de copa y una chaqueta en cuyo ojal lucía un geranio blanco. Entró en la oficina dejando la puerta abierta. Era una pequeña habitación en la que sólo había una mesa de escritorio americana, una librería y un armario. Los solicitantes le miraban mientras él se quitaba la flor del ojal y la

colocaba en un tintero lleno de agua. Iba contra la costumbre llevar flores durante las horas de trabajo.

Se quitó el sombrero, se cambió de americana, echó una ojeada a la correspondencia y después otra a los hombres que esperaban para hablar con él. Hizo un ademán y el primero de la fila entró. Y uno a uno pasaron todos ante él y respondieron a sus preguntas.

Escuchaba las respuestas con rostro impasible. Cuando le llegó el tumo, Philip tuvo la impresión de que mister Gibbons le miraba con curiosidad. El traje de Philip estaba limpio y bastante bien cortado. Verdaderamente el joven era un poco distinto de los demás.

—¿Experiencia?

—Ninguna, por desgracia.

—No podemos hacer nada, entonces.

Philip salió de la oficina. La prueba había resultado bastante menos penosa de lo que había supuesto. Así que no experimentó una desilusión muy grande. No esperaba hallar un empleo a la primera tentativa. Cogió el periódico y miró nuevamente los anuncios. Una tienda de Holborn tenía necesidad de un empleado, pero cuando Philip se presentó el empleo estaba ya ocupado. Si quería comer algo, habría de ir al estudio de Lawson antes que éste saliese para almorzar…

—¿Sabes? Estoy un poco mal hasta fin de mes. ¿Puedes prestarme media libra?

Era increíble la dificultad que experimentaba para pedir dinero, y en cambio recordaba la desenvoltura con que sus compañeros, casi con aire de hacerle un favor, le habían sacado pequeñas sumas que estaban decididos a no devolver.

—Claro que sí —respondió Lawson.

Pero una vez metida la mano en el bolsillo se encontraba con que sólo tenía ocho chelines. Philip notó que se le paraba la respiración.

—Muy bien. Préstame cinco, ¿quieres?

—Helos aquí.

Philip fue al establecimiento de baños de Westminster y gastó seis peniques en un baño. Luego se compró algo de comer. No sabía cómo ocupar la tarde. No quería ir al hospital por temor a que le dirigieran preguntas indiscretas. En dos o tres secciones donde debía trabajar se habrían preguntado por qué no iba. Pero creyeran lo que creyeran, no le importaba lo más mínimo. No sería el primer estudiante que hacía novillos sin previo aviso. Entró en la biblioteca pública y leyó los periódicos, hasta que aburrido cogió *Nuevos cuentos de las mil y una noches* de Stevenson, pero no pudo leer. Las palabras no tenían ningún significado para él. Empezó entonces a reflexionar sobre su situación. La fijeza de los pensamientos le produjo dolor de cabeza. Finalmente, queriendo respirar un poco de aire puro, entró en el Green Park y se tendió sobre la hierba. Estaba desesperado porque aquel maldito pie deforme le

impedía alistarse. Se adormeció y soñó que por su pie se había trasladado a la ciudad de El Cabo, en un regimiento de caballería; las ilustraciones de los periódicos le facilitaron materia para sus sueños. Se vio en el *veldt*, durante la noche, con traje caqui y sentado con otros soldados alrededor del fuego. Cuando se despertó era aún de día. Oyó que el reloj de la catedral daba las siete. Debía pasar todavía doce horas sin saber qué hacer. La noche interminable le asustaba. El cielo se había nublado, haciendo prever la lluvia. Era necesario, pues, procurarse una cama en una casa de dormir. Había visto un anuncio luminoso ante cierta casa de Lambeth: «Buenas camas a seis peniques.» No había entrado nunca en aquella clase de dormitorios que seguramente olerían mal y estarían llenos de insectos. Mejor era permanecer al aire libre si era posible. Estuvo en el parque hasta que lo cerraron y entonces echó a andar. Se sentía cansadísimo. Se le ocurrió pensar que un accidente habría sido una suerte para él: le llevarían al hospital, donde permanecería en una cama limpia durante algunas semanas. A medianoche sentía tal hambre que se vio obligado a entrar en una taberna de Hyde Park Corner, en la que comió dos patatas y bebió una taza de café. Luego echó a andar de nuevo. Sentíase demasiado enervado para poder dormir y le producía un gran terror el que los guardias le obligasen a circular. Miraba ahora a los agentes de policía bajo una luz muy distinta. Era la segunda noche que pasaba al aire libre.

Continuó de esta forma varios días. Comía poquísimo y empezó a sentirse débil y enfermo. Así que ni siquiera tenía la energía necesaria para ir en busca de una colocación que era tan desesperadamente difícil de encontrar. Se estaba acostumbrando a las largas esperas en las trastiendas con la esperanza de ser admitido y a las breves negativas. Corrió todo Londres para responder a los anuncios y empezó a conocer de vista a muchos otros que compartían con él aquella infructuosa búsqueda. Uno o dos de ellos intentaron entablar conversación, pero Philip estaba demasiado cansado y deprimido para responder a sus palabras. No iba a casa de Lawson porque le debía los cinco chelines que le había pedido. Empezaba ya a sentirse demasiado agotado para poder pensar con claridad y dejó de preocuparse por el futuro. Lloraba mucho. Al principio se avergonzaba y se irritaba por esta debilidad, pero acabó por encontrar un alivio en ello. Después le parecía sentir menos hambre. En las primeras horas de la madrugada sufría mucho a causa del frío.

Se repetía que morir hubiera sido absurdo ya que algo tenía necesariamente que suceder. Su situación resultaba demasiado anormal para que continuara mucho tiempo. Era como una enfermedad que es necesario soportar y de la que uno tiene la seguridad de que habrá de reponerse. Juraba cada día que nada le podría obligar a pasar otra noche como la anterior y decidía escribir al día siguiente a su tío, al abogado o a Lawson; pero cuando llegaba la mañana le faltaba el valor de confesar al uno o al otro su humillante situación. No sabía cómo lo tomaría Lawson. Desde que

eran amigos, Lawson había sido siempre el mala cabeza y Philip el que estaba dotado de buen sentido. Y ahora, por el contrario, tendría que confesarle sus locuras. Abrigaba el temor de que Lawson, después de socorrerle, le volviera la espalda. Quizá su tío o el abogado harían algo por él, pero temía los reproches con que acompañarían su socorro. No quería que nadie le amonestara. Se repetía, apretando los dientes, que lo que había sucedido era inevitable. El arrepentimiento era absurdo.

Los días le resultaban larguísimos y los cinco chelines de Lawson estaban casi terminados. ¡Si por lo menos no tardara tanto en llegar el domingo, día en que iría a casa de Athelny! No sabía por qué no había ido antes; sin duda deseaba arreglárselas solo. Pero Athelny, que sabía por experiencia lo que era una situación desesperada como la suya, era la única persona capaz de ayudarle. Después de comer, se decidiría a revelarle su situación. Sé repetía a sí mismo continuamente las palabras que le diría. Mas Philip sentía un miedo tremendo a que Athelny se limitara a decirle alguna frase de consuelo. Hubiera sido tan humillante para él que retardaba todo lo que podía el momento de iniciar la prueba. Había perdido toda fe en sus semejantes.

El tiempo estuvo frío y húmedo el sábado por la noche. Philip sufrió horriblemente. Desde el mediodía del sábado hasta la hora en que se trasladó a casa de Athelny no comió absolutamente nada. Sus últimos peniques los gastó el sábado por la mañana en asearse y cepillarse en unos lavabos de Charing Cross.

CI

Cuando Philip llamó, una cabeza asomó a la ventana; pronto se oyó en la escalera el estrépito de los muchachos que bajaban a abrirle. El rostro que Philip ofreció para que depositaran sus besos fue un rostro pálido y delgado. Sintióse de tal modo conmovido por aquel afecto exuberante que, para tener tiempo de rehacerse, procuró subir lentamente la escalera. Tenía los nervios a flor de piel; tanto, que la más pequeña cosa hacía que las lágrimas acudieran a sus ojos. Le preguntaron por qué no había ido el domingo anterior; repuso que porque había estado enfermo. Y como querían saber lo que había tenido, Philip inventó, para divertirse, una misteriosa enfermedad, cuyo bárbaro nombre, mitad griego mitad latín, los hizo gritar de alegría. Arrastráronle al salón y le hicieron repetir el nombre para edificación de su papaíto.

Athelny se levantó y le estrechó la mano. Miró a Philip con atención; sin saber por qué, Philip se sintió embarazado.

—Desertó usted la semana pasada —dijo Athelny.

Philip no lograba mentir nunca sin turbarse; cuando terminó las explicaciones que le habían impedido ir, tenía las mejillas cubiertas de un vivo carmín. En aquel momento hizo su entrada mistress Athelny.

—Espero que esté usted mejor, mister Carey —le dijo saludándole.

Philip se asombró de que la mujer supiera que él había tenido algo. La puerta de la cocina estaba cerrada y los niños no se habían acercado a ella.

—La comida estará dentro de unos diez minutos —prosiguió la señora con su acento ligeramente arrastrado—. ¿Quiere mientras tanto tomar un huevo batido con leche?

Tenía un aire preocupado que disgustó a Philip. El joven se esforzó en reír, respondiendo que no tenía apetito. Sally entró para poner la mesa y Philip se puso a charlar con ella. Una de las bromas que le gastaban era predecirle que se volvería tan gorda como una tal Elizabeth, a quien los niños no habían visto nunca, pero que era considerada como el prototipo de la más terrible obesidad.

—¿Qué ha sucedido desde la última vez que la vi? —empezó diciendo Philip.

—Que yo sepa, nada.

—Me parece que ha engordado usted.

—En cambio usted no lo ha hecho —respondió la muchacha—. Parece usted un esqueleto.

Philip enrojeció.

—Esto es un *tu quoque*, Sally —exclamó el padre—. Como castigo te será cortado uno de tus cabellos de oro. Joan, ve a buscar las tijeras.

—Pero está delgado, papaíto —protestó Sally—. No tiene más que la piel y el hueso.

—No importa. Él tiene derecho a estar delgado. Pero tu obesidad es contraria al decoro. —Mientras hablaba la tenía cogida por el talle y la contemplaba con admiración.

—Déjame poner la mesa, papá. Aunque esté gorda, hay algunos a quienes no les desagrado.

—¡Bribona! —exclamó Athelny con acento dramático—. Me replica de este modo porque Joseph, el hijo de un joyero de Holborn, la ha pedido en matrimonio.

—¿Lo ha aceptado usted, Sally? —preguntó Philip.

—Pero ¡cómo! ¿No conoce usted todavía a papá? No hay una palabra de verdad en todo eso.

—Bien; si no te ha pedido que te cases con él —gritó Athelny—, por san Jorge y la alegre Inglaterra que lo cogeré de la nariz y le preguntaré cuáles son sus intenciones.

—Siéntate, papá. La comida está a punto. Vamos, niños, venid a lavaros las manos. No juguéis. Os examinaré a todos antes de daros de comer. Atención, pues.

Philip creía, antes de sentarse a la mesa, que tenía un hambre de lobo, pero en cuanto empezó a comer se dio cuenta de que su estómago repelía la comida. Intentó engullir alguna cosa. Se sentía con el cerebro vacío y no se dio cuenta de que Athelny, contra su costumbre, hablaba poquísimo. Fue un alivio para él encontrarse en una casa cómoda, pero, a pesar de esto, no podía menos de mirar de vez en cuando al otro lado de la ventana. El día estaba tempestuoso. Hacía frío, corría viento y de vez en cuando un ramalazo de lluvia abatía los cristales. ¿Qué haría aquella noche? Los Athelny se iban a la cama pronto y no era posible permanecer allí pasadas las diez. Sintió que el corazón se le encogía ante la idea de volverse a encontrar en la oscuridad.

—Parece marzo —dijo Athelny—. Debe de ser poco agradable atravesar el Canal con este tiempo.

Acabaron de comer y Sally acudió a quitar la mesa.

—¿Quiere usted fumar uno de estos pestilentes cigarros de dos peniques? —le preguntó Athelny mostrándole uno.

Philip lo cogió y aspiró el humo con delicadeza.

Le hizo mucho bien. Cuando Sally terminó, Athelny le dijo que cerrara la puerta.

—Ahora no nos molestarán —exclamó volviéndose a Philip—. He dicho a Betty que no deje entrar a los niños hasta que no llame.

Philip le lanzó una mirada de asombro. Pero antes de que pudiera comprender el significado de aquella frase, Athelny se arregló los lentes sobre la nariz, y con un gesto que le era habitual prosiguió:

—Le escribí el domingo pasado para saber qué le ocurría. No habiendo obtenido respuesta pasé el miércoles por su casa.

Philip volvió la cabeza hacia otro lado sin responder. Su corazón empezó a latir con violencia. Athelny callaba y aquel silencio le pareció intolerable a Philip.

—Su patrona —prosiguió el anfitrión— me dijo que desde el sábado no había vuelto usted a su casa y que le debía el último mes de alquiler. ¿Dónde ha dormido usted durante toda esta semana?

Philip fijó la mirada fuera de la ventana. Las palabras se le quedaban en la garganta.

—He intentado dar con usted.

—¿Por qué?

—Betty y yo hemos conocido períodos parecidos, y teníamos, además, hijos en qué pensar. ¿Por qué no ha venido usted aquí?

—No he podido.

Sintió un nudo en la garganta. Su debilidad era extrema. Cerró los ojos y frunció las cejas intentando dominarse. Un ataque de cólera lo sacudió. ¿Por qué no le dejaba en paz Athelny? Pero no resistió. Con los ojos todavía cerrados, hablando lentamente, con el fin de tener la voz firme, le contó todo lo que había sucedido durante la última semana. Mientras hablaba le parecía que se había conducido como un imbécil. Esto hacía más difícil la confesión. Sin duda Athelny le tomaría por un tonto.

—Ahora vendrá usted a vivir con nosotros hasta que encuentre trabajo —dijo al fin Athelny.

—Es usted muy bueno, pero no me parece posible.

—¿Por qué?

Philip no respondió. Se había negado instintivamente por miedo a ser un estorbo y por una natural aversión a aceptar favores. Por otra parte, sabía perfectamente que los Athelny vivían al día y que, dada su numerosa familia, no tenían sitio ni dinero para un extraño.

—¡Claro que debe venir usted aquí! —insistió Athelny—. Thorpe se acostará con uno de sus hermanos y usted dormirá en su cama. En cuanto a la comida no nos arruinaremos por una boca más.

Philip no se atrevió a hablar. Athelny abrió la puerta y llamó a su mujer.

—Betty —le dijo—; mister Carey viene a vivir con nosotros.

—¡Qué suerte! Voy a prepararle la cama.

Su tono era tan cordial y amistoso que Philip se sintió profundamente conmovido. No estaba acostumbrado a la bondad y ésta le asombraba siempre. No pudo contener dos gruesas lágrimas. Los Athelny, discutiendo el cambio, fingieron no darse cuenta de a qué extremo le había reducido la debilidad. Cuando mistress Athelny salió, Philip se apoyó en el sillón, riendo ligeramente.

—No es una noche agradable para pasarla al sereno, ¿verdad?

CII

Athelny dijo a Philip que creía fácil poder encontrar trabajo para él en el gran almacén de tejidos y novedades para el que trabajaba. En un exceso de entusiasmo patriótico, Lynn y Sedley habían prometido a muchos de los dependientes que se habían marchado a la guerra que les conservarían el empleo. Habían repartido el trabajo de los héroes entre los que se habían quedado, y como no aumentaron el sueldo de estos últimos, daban pruebas de devoción a la causa común realizando al mismo tiempo una economía. Pero la guerra no se acababa y el comercio empezaba a cobrar ánimos. Por otra parte se acercaba el tiempo de las vacaciones, en cuyo período muchos empleados se marchaban durante dos semanas. Era necesario, pues, admitir a otros. La reciente experiencia inspiraba a Philip muchas dudas sobre la posibilidad de ser admitido. Pero Athelny, vanagloriándose de su influencia en la razón social, afirmó que el director no podía negarle nada. Con los estudios hechos en París, Philip podría ser útil. Sólo importaba esperar un poco y sin duda no tardaría en procurarse una posición discreta dibujando trajes y anuncios. Philip hizo un boceto de un anuncio para la venta estival y Athelny se lo llevó. Dos días después lo volvió a traer diciendo que al director le había gustado mucho y que sentía no tener en aquel momento un puesto libre en la sección de publicidad. Philip preguntó si no había algún otro empleo que él pudiera desempeñar.

—Temo que no.

—¿No está usted seguro?

—A decir verdad, sé que mañana van a poner un anuncio solicitando un vigilante —respondió Athelny lanzándole una mirada de duda a través de los lentes.

—¿Y cree usted que haya alguna posibilidad para mí?

Athelny se mostró un poco confuso. Había tratado de que Philip esperase alguna cosa más brillante. Por otro lado, era demasiado pobre para continuar dándole comida y alojamiento.

—Puede usted aceptar ese puesto en espera de algo mejor. Se tienen siempre mayores probabilidades cuando se ha entrado ya en la casa.

—Usted sabe muy bien que no tengo pretensiones —dijo sonriendo Philip.

—Si se decide usted, esté mañana allí a las nueve menos cuarto.

A pesar de la guerra la dificultad de encontrar trabajo existía siempre. Cuando Philip llegó había ya esperando algunos solicitantes. Entre ellos reconoció a algunos de los que ya había encontrado en ocasiones semejantes. Uno de ellos, cierto día, se había echado cerca de él en el parque. Aquel desgraciado debía de encontrarse sin techo donde cobijarse y se veía obligado a pasar la noche al aire libre. Había hombres de todas las edades y de todos los tipos. Pero todos habían hecho lo posible por aparecer presentables ante el director. Llevaban los cabellos cuidadosamente

peinados y las manos escrupulosamente limpias. Esperaban en un corredor que —Philip lo supo más tarde— conducía al refectorio y al laboratorio. En medio había cinco o seis escalones. Aunque la tienda gozaba de instalación eléctrica, en el corredor sólo había mecheros de gas con camiseta y tubo. Philip llegó puntualmente, pero eran casi las diez cuando fue introducido en el despacho. Era una habitación triangular. En las paredes había retratos de mujeres en cubrecorsé y falda bajera y dos dibujos anunciadores. Uno de ellos representaba a un hombre vistiendo un pijama con rayas blancas y verdes; el otro una barca de vela que navegaba sobre el mar azul. En la vela había escrito en grandes caracteres «Gran Venta de Blanco». El lienzo de pared del despacho lo formaba el fondo de uno de los escaparates. Durante la conversación un empleado iba y venía disponiendo las muestras. El director leía una carta. Era un tipo de aspecto brillante, con el cabello y el bigote rojizos. De la cadena de su reloj pendían numerosas medallas de fútbol. Estaba sentado, en mangas de camisa, ante una gran mesa escritorio, con el teléfono a su lado. Tenía ante sus ojos la publicidad de aquel día —el trabajo de Athelny—, y recortes de periódicos pegados a un cartón. Echó una mirada a Philip sin hablar; estaba dictando una carta a la mecanógrafa, la cual aparecía en un rincón detrás de su mesita. Luego le preguntó a Philip el nombre, la edad y en qué sitios había trabajado. Hablaba con acento plebeyo y con una voz fuerte y metálica que parecía incapaz de frenar. Philip observó que tenía los dientes superiores grandes y salientes. Daban la impresión de que el más pequeño golpe bastaría para hacérselos caer.

—Creo que mister Athelny le ha hablado ya de mí —dijo Philip.

—¡Ah! ¿Usted es el joven que hizo aquel dibujo?

—Sí, señor.

—No es a propósito para nosotros. No sirve para aquí.

Examinó a Philip desde la cabeza a los pies. Pareció darse cuenta de que el joven era un poco distinto de todos los que le habían precedido.

—Debe usted procurarse un *stiffelius*. Sospecho que no tiene usted. Parece usted un hombre de bien. Probablemente se habrá dado usted cuenta de que el arte no da para vivir.

Philip no acertaba todavía a comprender si tenía la intención o no de emplearlo. Aquellas observaciones habían sido hechas en tono hostil.

—¿Dónde viven sus padres?

—Mi padre y mi madre murieron cuando yo era niño.

—Me gusta ayudar a los jóvenes. Muchos de los que yo admití como empleados son hoy encargados y debo reconocer que me están agradecidos. Saben lo que he hecho por ellos. Es necesario empezar desde el primer escalafón. Es el único modo de aprender el oficio. Luego, si se trabaja con perseverancia, no se sabe adonde se puede llegar. Puede usted incluso encontrarse alguna vez en una posición como la mía. No

lo olvide, joven.

—Deseo hacer todo lo que pueda, señor.

Trataba de llamarle «señor» lo más a menudo posible. Pero le parecía extraño y temía exagerar. Esto le daba idea de su propia importancia. Se decidió a comunicar su determinación a Philip después de un largo discurso.

—Creo que podrá usted convenirme —dijo al fin pomposamente—. De todos modos probar no perjudica a nadie.

—Mil gracias, señor.

—Puede usted empezar en seguida. Tendrá seis chelines a la semana y la manutención. Los seis chelines le servirán para sus pequeños gastos y le serán pagados mensualmente. Empezará usted el lunes. Supongo que estará usted satisfecho.

—Sí, señor.

—¿Sabe usted dónde está Harrington Street…? En Shaftesbury Avenue. Allí dormirá usted, en el número diez. Si quiere puede ir el domingo por la noche. De todos modos, mande su ropa el lunes.

Le despidió con un gesto.

—Buenos días.

CIII

Mistress Athelny prestó a Philip un poco de dinero para que le diera una cantidad a la patrona a fin de que ésta le permitiera sacar su baúl. Con cinco chelines y la papeleta de empeño de un traje logró que un trapero le vendiese un *stiffelius* que le caía bastante bien. Desempeñó sus otros trajes, envió el baúl a Harrington Street el lunes por la mañana y se presentó en el almacén junto con Athelny. Éste le presentó al encargado de los trajes hechos y le dejó allí. El encargado, un tal Sampson, era un hombrecito de unos treinta años; le estrechó la mano. Luego, para demostrar sus habilidades, de las que se sentía muy orgulloso, preguntó a Philip si conocía el francés. Se quedó bastante sorprendido cuando el joven le contestó afirmativamente.

—¿Conoce usted otros idiomas?

—Hablo el alemán.

—¡Caramba! Yo voy alguna vez a París. *Parlez-vous français*? ¿Ha estado usted alguna vez en el Maxim?

Philip fue colocado en la parte alta de la escalera de la sección de trajes. Su misión consistía en indicar los distintos departamentos a los clientes que no sabían adonde dirigirse. Escuchando a mister Sampson parecía que éstos eran numerosísimos. De pronto mister Sampson se dio cuenta de que Philip cojeaba.

—¿Qué tiene usted en la pierna? —le preguntó.

—Tengo un pie deforme. Pero esto no me impide caminar y ser tan rápido como cualquier otro.

El encargado lo miró un momento con gesto de duda, como preguntándose por qué lo había admitido el director. El joven sabía que su deformidad no había sido notada.

—No pretendo que lo recuerde usted todo el primer día. Si tuviera alguna duda, recurra a cualquiera de las empleadas.

Mister Sampson se alejó y Philip, tratando de recordar los departamentos de uno y de otro lado, esperó con angustia a los clientes que fueran a informarse. A la una se fue a comer. El refectorio, situado en el último piso del vasto edificio, era largo, ancho y estaba bien iluminado. Pero todas las ventanas estaban cerradas para que no entrase el polvo y se percibía un horrible olor a cocina. Sobre las largas mesas cubiertas con manteles aparecían grandes jarros de agua alternando con los saleros y las botellitas de vinagre. Los empleados entraban armando gran ruido y se sentaban en los asientos, aún calientes, de los otros empleados que habían comido a las doce y media.

—¡Hoy no hay encurtidos! —dijo el vecino de mesa de Philip.

Era un jovenzuelo alto y delgado, con la nariz ganchuda y el rostro pálido. Tenía un cráneo largo e irregular, como si hubiera sido extrañamente aplastado en varios

sitios. Sobre la frente y sobre el cuello tenía grandes manchas rojas e inflamadas.

Se llamaba Harris. Philip sabía que a veces había en la mesa grandes platos de variantes en vinagre que gustaban mucho a todos. Aquel día no había ninguno. Transcurrido un minuto, un muchachote gordo con chaqueta blanca entró con una gran cesta llena de cuchillos y tenedores y los dejó ruidosamente en medio de la mesa. Cada uno cogió lo que necesitaba. Estaban calientes y pringosos por el reciente lavado en agua sucia. Camareros embutidos en chaquetas blancas llevaron platos de carne que nadaban en salsa. Cada vez que dejaban una fuente con el ademán rápido de un prestidigitador, la salsa se vertía sobre el mantel. Llevaron luego grandes fuentes rebosantes de patatas con repollo. La sola vista de aquellas legumbres revolvió el estómago de Philip. El joven notó que todos los comensales hacían un gran uso del vinagre. El estrépito era ensordecedor. Todos hablaban, reían, gritaban: además, había el ruido de los cubiertos y el rumor de la masticación. Philip se sintió feliz de poder volver al trabajo. Empezaba a acordarse de dónde estaban los diversos departamentos y debía recurrir cada vez menos a las señoritas cuando un cliente le pedía alguna información.

—Primer piso, a mano derecha. Segundo piso, a mano izquierda, señora.

Una o dos de las muchachas le dirigieron la palabra. Algunas breves frases en los momentos en que no había nada que hacer. Se dio cuenta de que lo estudiaban. A las cinco fue enviado de nuevo al refectorio para tomar el té. Le fue muy agradable poderse sentar. Había grandes trozos de pan untados con mantequilla; y algunos empleados, además, tenían tarros de mermelada en los que estaba escrito su nombre y los cuales guardaban luego en la despensa.

A las seis y media Philip estaba agotado. Harris, su vecino de mesa, se ofreció a acompañarle a Harrington Street, donde debía dormir. En la habitación de Harris había una gran cama libre, y como las otras habitaciones estaban llenas suponía que Philip sería instalado en la suya. La casa de Harrington Street había pertenecido a un zapatero. El antiguo negocio fue transformado en dormitorio, pero era muy oscuro por haber sido tapadas con un tabique de madera las tres cuartas partes del escaparate, y la única ventilación procedía de una pequeña ventanilla situada en lo alto. El hedor era insoportable y Philip se puso muy contento al no tener que dormir en aquel ambiente. Harris le acompañó al salón del primer piso. En él había un viejo piano con un teclado que parecía una hilera de dientes amarillentos. Sobre la mesa había un juego de dominó metido en una caja de cigarrillos, además de algunos números atrasados del *Strand Magazine* y del *Graphic*. Las otras habitaciones estaban todas utilizadas como dormitorios. La que Philip debía ocupar se hallaba en el último piso. Contenía seis lechos, junto a cada uno de los cuales había un baúl o un cajón. El único mueble era una cómoda con cuatro cajones grandes y uno pequeño. Como recién llegado, Philip tenía derecho a uno de éstos. Todos los cajones tenían su

cerradura, pero siendo todas las cerraduras iguales, no servían. Harris le aconsejó que pusiera las cosas de valor en el baúl. Sobre la chimenea había un espejo. Harris enseñó a Philip el cuarto de aseo. Éste era bastante grande, con ocho lavabos en fila, donde todos los huéspedes iban a lavarse. En la habitación de al lado había dos viejas bañeras. Las paredes estaban manchadas de salpicaduras de jabón.

Al regresar a su habitación, Harris y Philip encontraron a un muchachote que se estaba cambiando de traje y a otro de dieciséis años que silbaba mientras se cepillaba el cabello. Después de transcurridos un par de minutos, el joven alto salió sin haber dirigido la palabra a nadie. Harris le guiñó el ojo al muchacho, el cual, sin dejar de silbar, guiñó el ojo a su vez. Harris dijo a Philip que aquel individuo se llamaba Prior; había hecho el servicio militar y ahora trabajaba en el departamento de los artículos de seda. Era muy reservado y salía todas las noches de aquel modo, dando todo lo más las buenas noches, para ir a reunirse con su amiga. También salió Harris, quedando solo el muchacho, que empezó a observar con curiosidad a Philip mientras éste deshacía su equipaje. Se llamaba Bell y era aprendiz voluntario en el departamento de mercería. Le interesaron mucho los trajes de noche de Philip. Le habló de los compañeros de habitación y le hizo una infinidad de preguntas. Era un muchacho alegre, y en los intervalos de su conversación cantaba, desentonando, trozos de cancioncillas. Cuando hubo puesto en orden su ropa, Philip salió a dar un paseo. Miraba a la gente, sobre todo a las personas que entraban en el restaurante. Como tenía hambre se compró un bollo, comiéndoselo mientras paseaba. El empleado encargado de apagar el gas a las once y cuarto le había dado una llave del portal, pero Philip, temiendo que cerrasen antes de él volver, regresó temprano. Le habían informado del importe de las multas. Un chelín si llegaba después de las once, y media corona después de las once y cuarto. Además, el retardo se hacía constar en el lugar correspondiente; a las tres veces venía el despido. Excepto el soldado, todos habían regresado cuando Philip entró, hallando a otros dos que ya se habían acostado. Al entrar, Philip oyó que gritaban:

—¡Deja eso, muchacho!

El jovenzuelo había vestido una almohada con el frac de Philip y se mostraba muy satisfecho de su broma.

—Tendrás que ponértelo en nuestra próxima velada, Bell.

Philip había oído hablar de aquella velada. Sabía que el coste de ésta, que se pagaba con lo señalado para los gastos particulares, exasperaba al personal. Eran sólo dos chelines al mes y daban también derecho a los servicios del médico y a hojear las viejas novelas de la biblioteca. Pero otros cuatro chelines eran entregados para la ropa blanca, por lo que Philip se dio cuenta de que no le pagarían nunca una cuarta parte de sus seis chelines semanales.

La mayoría de sus compañeros estaban comiendo un bocadillo con gruesas lonjas

de tocino. Era la cena habitual de los empleados. Los panecillos se los suministraba por dos peniques una tienda vecina. El ex soldado entró andando pesadamente y se desnudó en seguida, metiéndose pronto en la cama. A las once y diez la llama del gas parpadeó y cinco minutos después se apagaba. El soldado se adormeció, pero los demás, agrupados junto a la ventana, en pijama o en camisón de noche, empezaron a tirar los restos de sus panecillos a las mujeres que pasaban, gritando frases jocosas. La casa de enfrente, de seis pisos, estaba ocupada por una sastrería propiedad de unos hebreos y se cerraba a las once. Las habitaciones estaban vivamente iluminadas y las ventanas no tenían persianas. La hija del principal —la familia se componía de padre, madre, dos hijos y una hija de veinte años— recorría toda la casa para apagar las luces cuando el trabajo había terminado, y a veces se dejaba cortejar por alguno de los trabajadores. Los compañeros de Philip se divertían observando las maniobras imaginadas por algunos sastres para quedarse los últimos. Y hacían diversas apuestas sobre quién sería el vencedor. A medianoche el bar de la esquina de la calle cerró; entonces se acostaron. Bell, que dormía junto a la puerta, atravesó la habitación saltando de una cama a la otra, y cuando llegó a la suya no cesó de charlar. Al cabo no se oyó otra cosa que el roncar del soldado. Philip consiguió dormirse poco después.

A las siete le despertó el sonido de una campana. A las ocho menos cuarto todos estaban ya vestidos y bajaron rápidamente la escalera para ir a buscar sus zapatos a la planta baja. Aún no se los habían atado casi y ya corrían hacia el almacén de Oxford Street para tomar el desayuno. Si se llegaba un minuto más tarde de las ocho, no se tenía desayuno, y una vez dentro no concedían permiso para salir a comprar algo. A veces, al darse cuenta de que no llegaban a tiempo, los empleados se paraban a comprar un par de bollos, pero la cosa era antieconómica, por lo que muchos preferían permanecer en ayunas hasta la hora del almuerzo. Philip untó un poco de pan con mantequilla, bebió una taza de té y a las ocho y media empezó el trabajo.

—Primer piso, a la derecha. Segundo, a la izquierda, señora.

No tardó en acostumbrarse a responder maquinalmente. El trabajo era monótono y muy fatigoso. Pasados algunos días los pies empezaron a dolerle tanto que le costaba mantenerse en pie. Las alfombras espesas y blandas se los calentaban excesivamente y por la noche le era sumamente penoso quitarse los calcetines. Todos se lavaban diariamente los pies y sus compañeros le dijeron que calcetines y zapatos se pudrían a causa de la continua transpiración. Algunos buscaban alivio durmiendo con los pies fuera de las mantas. Al principio, Philip, incapaz de andar, pasó buena parte de sus veladas en el salón de Harrington Street con los pies metidos en un barreño de agua fría. En aquellas ocasiones, Bell, el chico de la sección de mercería, le hacía compañía. También él permanecía en casa, para ordenar su colección de sellos de correo. Los pegaba en el álbum con pedacitos de papel engomado y silbaba

monótonamente.

CIV

Las fiestas se celebraban cada dos lunes. Tocó una de ellas al principio de la segunda semana de la estancia de Philip en Lynn. El joven quedó en ir acompañando a una de las empleadas de su sección.

Se trataba de una mujercita de unos cuarenta y cinco años, con los cabellos mal teñidos y el cutis amarillento, bajo el que se transparentaba una red de venillas rojas. El blanco de sus celestes ojos era también amarillento. Sintió simpatía por Philip y empezó a llamarle por su nombre de pila desde la primera semana que lo conoció.

—Los dos sabemos de sobra lo que representa cambiar de situación —le decía.

Se llamaba mistress Hodges, pero dijo a Philip que éste no era su verdadero nombre. Sin embargo, al hablar de su marido, decía «mister Hodges»; era un abogado que la había tratado de un modo indigno, por lo que ella lo abandonó, prefiriendo la independencia. «Pero ya sabe usted, amigo mío, lo que significa para una mujer tenérselas que arreglar ella sola.» Llamaba a todos «amigo mío».

Philip se sentía a disgusto en aquel ambiente. Las empleadas empezaron a decir que tenía demasiadas pretensiones. Un día que una le llamó Phil, el joven no respondió; ni siquiera se había dado cuenta de que se dirigían a él. La muchacha se enfadó y se puso a llamarle con énfasis irónico «mister Carey». Era una tal miss Jawell y estaba prometida a un médico. Sus compañeras no habían visto nunca a su novio, pero, a juzgar por los regalos que le hacía, debía de ser un *gentleman*.

—No se dé por enterado de lo que diga, amigo mío —dijo mistress Hodges—. Conmigo hizo lo mismo. La pobrecilla no tiene educación. Pero le aseguro que todos experimentarán la mayor simpatía por usted si permanece en su puesto, que es precisamente lo que yo hago.

La fiesta se celebraba en el restaurante del sótano. Se apartaban las mesas para dejar sitio a los bailarines; quedaban unas cuantas mesitas para los que deseaban jugar a las cartas.

—Los principales vendrán pronto —dijo mistress Hodges.

Ésta presentó al joven a miss Bennett, la belleza de los almacenes. Miss Bennett, encargada de la sección de «Faldas bajeras», conversaba en aquel momento con el encargado de la sección de «Géneros de punto para caballero». Era una mujer maciza, con una gran cara roja muy maquillada y un pecho imponente. Sus cabellos rubios se hallaban cuidadosamente arreglados. Iba vestida de negro, con demasiado lujo, pero no sin cierto gusto, destocada; llevaba guantes de lustrosa piel negra, siguiendo con ellos puestos incluso mientras jugaba a las cartas. Alrededor de su cuello se enroscaban algunas cadenas de oro de las que pendían medallones con fotografías; una de ellas representaba a la reina Alejandra. Llevaba gruesos brazaletes en las muñecas y una bolsita de raso negro. Se entretenía en chupar caramelos.

—Mucho gusto en conocerlo, mister Carey —dijo—. Creo que es la primera vez que viene usted a una fiesta, ¿no es verdad? Seguramente se siente usted algo intimidado, pero le aseguro que no hay absolutamente ninguna razón para ello.

Hacía todo lo que podía para que los invitados se sintieran a sus anchas. Les daba golpecitos en los hombros y reía de lo lindo.

—Soy como una chiquilla, ¿no es verdad? —exclamó volviéndose a Philip—. ¿Qué pensará usted? Pero no puedo menos de ser así.

Aparecieron los encargados de distraer la reunión. Eran los miembros más jóvenes del personal, elegidos entre los que no sostenían relaciones amorosas. Algunos de los muchachos llevaban traje de día, corbata blanca de etiqueta y un pañuelo de seda roja. El exhibirse los ponía nerviosos; algunos parecían seguros de sí, pero otros miraban al público con mirada inquieta. Una muchacha que poseía una gran masa de cabellos se sentó ante el piano y arrancó de él una sucesión de acordes ruidosos. Obtenido el silencio, la muchacha miró alrededor y anunció el título de la pieza que iba a ejecutar.

—*Paseo en Rusia*.

El título fue saludado con un aplauso. La pianista, mientras aplaudían, se colgó cascabeles en las muñecas. Sonrió luego y empezó la pieza, que ejecutó con mucha energía. Al terminar la aplaudieron de nuevo, y entonces ejecutó una pieza que imitaba los rumores del mar: suaves trinos representaban el romper de las olas y los acordes fragosos, amplificados por el pedal, daban idea del viento huracanado. A continuación un tenor cantó *Dime adiós, y*, después, una canción de cuna. El público mostró por todos el mismo entusiasmo. Cada ejecutante fue igualmente aplaudido y a todos pedían que repitieran, como para evitar celos y envidias. Miss Bennett se acercó a Philip:

—Estoy segura de que usted toca o canta, mister Carey —le dijo con aire malicioso—. Se lo leo en la cara.

—¡Pobre de mí!

—¿Ni siquiera declama usted?

—Desgraciadamente no poseo ninguno de tales dones.

El encargado de los «Géneros de punto para caballero» era un conocido recitador; todos sus dependientes pidieron a voz en grito que recitara alguna cosa. Sin hacerse rogar, el encargado declamó un largo poema trágico, torciendo los ojos y apretándose el pecho con las manos como si sintiera un terrible dolor. En el último verso explicó que para cenar había comido pepino; esta declaración fue acogida por carcajadas un poco forzadas, ya que todos conocían el monólogo.

Miss Bennett no cantó, ni tocó, ni recitó.

—¡Oh, no, esta señorita tiene otra especialidad! —dijo mistress Hodges.

—Vamos, no se burle usted. Aunque, a decir verdad, entiendo bastante de

quiromancia.

—¡Oh, míreme la mano, miss Bennett! —gritaron a una las muchachas de su sección, deseosas de hacerse agradables a su superiora.

—No me gusta leer en la palma de la mano. No, de veras. Dije a cierta persona cosas terribles y todas le han salido. Acabaríamos por volvernos supersticiosos.

—¡Oh, miss Bennett, sólo por una vez!

Un pequeño grupo la rodeó y entre gritos de turbación, carcajadas, rubores, exclamaciones de miedo y de admiración, miss Bennett habló misteriosamente de hombres rubios y morenos, de dinero en una carta y de viajes, hasta que el sudor corrió por su rostro trazando grandes surcos en la pintada piel.

—¡Mirad cómo sudo!

A las nueve se cenó. La dirección ofrecía pasteles, bollos, tartas, té y café; si se quería agua mineral se pagaba aparte. La galantería empujaba a menudo a los jóvenes a ofrecer a las señoras cerveza fuerte, que la más elemental delicadeza impedía rechazar. Aquella cerveza aromática gustaba mucho a miss Bennett, que tenía costumbre de beberse ella sola dos y a veces tres botellas durante la velada; eso sí, se empeñaba en pagarla ella. Los hombres le estaban agradecidos por ello.

—Es un tipo cómico —decían de ella—, pero no es mala.

A cierta hora, uno de los jóvenes más desenvueltos declaró que si pensaban bailar era necesario decidirse. La pianista se sentó al piano y apoyó decididamente un pie en el pedal fuerte. Tocó un vals lento marcando el ritmo con el bajo mientras con la mano derecha ejecutaba la melodía en diferentes octavas. A veces, para cambiar, cruzaba las manos y tocaba la melodía en tesitura grave.

—Toca bien, ¿no es verdad? —preguntó a Philip mistress Hodges—. Nunca ha tomado lecciones; todo es de oído.

La diversión preferida por miss Bennett era la danza y la poesía. Bailaba bien, pero lentamente, y al hacerlo, sus ojos tomaban una expresión lejana y soñadora.

Casi todos bailaban bien. El sudor corría por los rostros, y los cuellos almidonados de muchos jóvenes se habían puesto flojos y arrugados.

Philip lo observaba todo y se sentía más envilecido que nunca. Una sensación de tremenda soledad pesaba sobre él. No se marchaba por temor a parecer desdeñoso; hablaba con las muchachas y se reía, pero su corazón estaba lleno de pena. Miss Bennett le preguntó si tenía alguna amiguita.

—No —contestó sonriendo Philip.

—Pues bien; aquí puede usted elegir a su gusto. Las hay muy bonitas y muchas de buena familia. Creo que no tardará usted en encontrar una que le convenga —acabó mirándolo con malicia.

—Es necesario darle ánimo —dijo mistress Hodges—. Yo le he dicho lo mismo que usted.

Eran casi las once cuando la reunión se disolvió. Philip intentó dormir. Como los demás, sacó los pies de las mantas. Se esforzaba en no pensar en su nueva vida. El soldado roncaba tranquilamente.

CV

Los sueldos eran pagados mensualmente por el secretario. El día de paga los empleados descendían en grupos después del té, uniéndose a los que los habían precedido y formando cola como para subir al paraíso de un teatro. Entraban en la oficina uno a uno. El secretario, sentado ante una mesa escritorio sobre la que había cubiletes de madera llenos de monedas, preguntaba el nombre al que entraba, consultaba un registro, y después de echar al interesado una mirada sospechosa, pronunciaba en voz alta la suma que se le debía, cogía las monedas de un cubilete y se las contaba en la mano.

—Gracias —decía—. Que entre otro.

—Gracias —era la respuesta.

El empleado se acercaba entonces al segundo cajero y, antes de salir de la habitación, entregaba cuatro chelines por el cuidado de la ropa blanca, dos por el Círculo y además las eventuales multas con que había sido castigado. A continuación se dirigía a su sección, donde esperaba la hora de salir.

Philip se encontró en la mano los dieciocho chelines que le correspondían. Era el primer dinero que ganaba en su vida. No experimentó el sentimiento de orgullo que había creído, sino más bien una sensación de disgusto. Lo módico de la suma acentuaba la miseria de su situación. Llevó quince chelines a mistress Athelny a cuenta de lo que le debía. Pero ella no quiso aceptar más que media corona.

—¡Pero de este modo tardaré mucho en pagarle!

—Mientras Athelny trabaje puedo esperar. Y quién sabe si quizá, entretanto, tenga usted un aumento.

Athelny continuaba diciendo que había hablado de Philip al director. ¡Era absurdo no utilizar su talento! Pero no consiguió nada y Philip se convenció pronto de que el agente de publicidad era bastante menos importante a los ojos del director que a los suyos propios. A veces lo veía en la tienda. Con su chaqueta sencilla, pero limpia, era un hombrecillo insignificante y modesto que andaba por entre las distintas secciones como si no quisiese hacerse notar. Toda su vivacidad parecía haberse apagado.

—¡Cuándo pienso cómo he desperdiciado allí mi ingenio y mi actividad —decía luego en casa— me entran casi deseos de despedirme! Para un hombre como yo es una cosa demasiado mezquina. Me siento achicado y empobrecido.

Mistress Athelny continuaba tranquilamente cosiendo sin prestar atención. Apretaba un poco los labios y decía luego:

—No es tan fácil encontrar trabajo hoy. Este empleo es por lo menos seguro y el sueldo nos lo pagan con regularidad. Espero que seguirás trabajando en el mismo sitio mientras no prescindan de ti.

Era interesante ver el ascendiente que aquella mujer sin instrucción había

adquirido sobre aquel brillante y voluble hombre que no se hallaba unido a ella por vínculos legales. Mistress Athelny trataba a Philip con bondad maternal y el joven se sentía conmovido al ver su deseo de que comiera con buen apetito. Aquel afecto era el consuelo de su vida, cuya monotonía, ahora que se había acostumbrado a ella, lo asustaba. Era una alegría para él presentarse cada domingo en aquella casa acogedora, sentarse en los rígidos sillones españoles y discutir de todo con Athelny. Aunque su situación pareciera desesperada, Philip no dejaba nunca aquella casa sin experimentar una sensación de optimismo. Al principio, para no olvidar todo lo que había estudiado, el joven intentó continuar leyendo sus libros de Medicina. Pero se percató de que era inútil. Después del trabajo fatigoso de la jornada no acertaba a fijar la atención, y por otra parte, no tenía finalidad alguna continuar estudiando sin saber cuándo podría volver al hospital. Soñaba continuamente que se encontraba en las salas. El despertar por la mañana le era siempre doloroso. La sensación que le producía el hecho de que otras personas durmieran en la misma habitación que él le era profundamente desagradable. Estaba acostumbrado a la soledad, y no poder quedarse un minuto solo consigo mismo le exasperaba.

Una sola cosa podía liberarle: la muerte de su tío. Heredaría entonces algunos centenares de libras y tendría posibilidad de terminar sus estudios. Empezó a desear con todas sus fuerzas la muerte del viejo. Calculaba cuántos años podría durar. No sabía su edad exacta, pero debía de tener por lo menos setenta y cinco años. Sufría de bronquitis crónica, y en el invierno la tos lo atormentaba continuamente. Aun sabiendo ya todo esto de memoria. Philip releía en sus libros los detalles de la bronquitis crónica en la vejez. Seguramente no resistiría un invierno frío y lluvioso, y Philip deseaba con todo corazón que el tal invierno se presentase. Pensaba tanto en ello que esta idea llegó a constituir una especie de monomanía. También el calor excesivo fastidiaba a tío William, y en el mes de agosto hubo tres semanas de temperatura sofocante. Philip esperaba recibir un día u otro un telegrama que le anunciase la muerte imprevista del pastor y se figuraba el indecible alivio que experimentaría. En su sitio en lo alto de la escalera, mientras daba las informaciones que le pedían, no tenía otro pensamiento que el de resolver lo que haría con aquel dinero. Ignoraba de qué cantidad podía tratarse; quizá no pasara de quinientas libras, pero aunque sólo fuera esto serían suficientes. Dejaría inmediatamente los almacenes, sin ni siquiera despedirse de nadie, y una vez hecho el baúl se marcharía sin decir una palabra. Después volvería al hospital. ¿Se le habría olvidado mucho de cuanto aprendió? En seis meses se pondría al corriente y en cuanto le fuera posible intentaría sacar adelante en tres exámenes la Obstetricia, la Medicina y la Cirugía. A veces era presa del mayor terror al pensar que su tío, volviendo de su promesa, dejase todo lo que poseía a la parroquia o a la Iglesia. Este pensamiento le hacía estremecerse. Pero no, no podía ser tan cruel. Si esto sucedía, estaba dispuesto a no continuar aquella

vida, sólo soportable mientras se tenía la esperanza de que se produjera un cambio.

—Segundo piso, a la derecha, señora; después al fondo de la escalera. Segundo, a la izquierda, recto.

Una vez al mes Philip estaba de servicio durante una semana. Tenía que presentarse en el almacén a las siete y despertar a los de la limpieza. Cuando ésta había terminado, debía quitar las fundas que protegían las vitrinas y los modelos; después, por la tarde, cuando sus compañeros se marchaban, había de poner las fundas otra vez y vigilar de nuevo a los encargados de la limpieza. Era un trabajo fastidioso y poco limpio. No tenía permiso para leer, ni para escribir, ni para fumar. Continuamente tenía que estar paseando por el local y el tiempo le parecía eterno. A las nueve y media, cuando salía, le daban la cena. Aquello era su único consuelo.

Pasaron tres meses. Un día el encargado Sampson llegó irritadísimo. El director, al entrar se había fijado en el escaparate de los trajes hechos. Mandó llamar al encargado, haciéndole observaciones irónicas acerca de las mezclas de colores. Obligado a sufrir en silencio los sarcasmos de su superior, Sampson se vengaba ahora de los dependientes a sus órdenes, en especial del desgraciado que había arreglado el escaparate.

—Si se quiere algo bien hecho ha de hacerlo uno mismo —aulló—. Lo he dicho y lo diré siempre. No puede uno fiarse de nadie. ¡Y cree usted ser inteligente! ¡Inteligente!

Pronunció la palabra como si fuera el más amargo de los reproches.

—¿No sabe usted que el azul eléctrico estropea todos los otros azules que haya en el escaparate?

Miró a su alrededor ferozmente y su mirada se detuvo en Philip.

—El viernes próximo arreglará usted ese escaparate, Carey. Veremos de lo que es usted capaz.

Volvió a entrar en su oficina refunfuñando. Philip sintió que su corazón se le oprimía. El viernes por la mañana penetró en el escaparate con una dolorosa sensación de vergüenza. Notaba que le ardían las mejillas ante la idea de mostrarse a los que paseaban. Sin embargo, reconociendo que esta debilidad era absurda, volvió la espalda a la calle. No había muchas probabilidades de que ningún estudiante pasara por Oxford Street a aquella hora, y él no conocía a casi otras personas que a ellos en Londres. Pero mientras trabajaba, como si tuviese un nudo en la garganta, no pudo librarse del temor de que en cuanto se volviera sus ojos tropezarían con algún conocido. Trabajó todo lo de prisa que le fue posible. Partiendo de la sencilla observación de que todos los rojos estaban bien agrupados y dejando entre un traje y otro más espacio del acostumbrado, obtuvo un discreto efecto; cuando el encargado salió a la calle para ver el resultado pareció quedar satisfecho.

—Ya sabía yo que no me equivocaba al encargarle que hiciese el escaparate. El

caso es que usted y yo somos *gentleman*. Naturalmente, no se lo diría a los otros; pero ésta es la verdad.

A partir de entonces, Philip se encargó del escaparate; pero el joven no logró acostumbrarse. Veía llegar la mañana del viernes con un terror que le hacía despertarse a las cinco y empezaba a dar vueltas en el lecho con los ojos extraviados y un principio de náuseas. Las vendedoras de su sección se dieron cuenta muy pronto de la vergüenza que sentía y de que volvía la espalda al público cuando arreglaba el escaparate. Se rieron de él y dijeron que se hacía el interesante.

—Tiene usted miedo de que pase su tía y de que si le ve le desherede, ¿verdad?

Por lo general, se llevaba bien con las muchachas. Les parecía un poco extravagante, pero justificaban esto con su deformidad. Poco a poco se dieron cuenta de que era un buen muchacho, siempre pronto a hacer favores, siempre amable y educado.

—Se ve que es un señor —decían.

—Muy reservado, ¿no es verdad? —dijo una señorita cuyo entusiasmo por el teatro había dejado a Philip indiferente.

La mayor parte de ellas tenían «novio», y las que no lo tenían fingían tenerlo antes que dejar suponer que nadie se fijaba en ellas. Una o dos parecían dispuestas a tener amores con Philip, el cual observaba sus manejos con la mayor seriedad, aunque íntimamente divertido. Por el momento estaba más que harto del amor. Además estaba cansado y a menudo hambriento.

CVI

Philip evitaba ir a los lugares que había conocido en tiempos mejores. Las pequeñas reuniones de Beak Street habían cesado. Macalister había abandonado a sus amigos y Hayward se encontraba en El Cabo. En cuanto a Lawson, Philip comprendía que ya no podía haber nada de común entre ellos y no sentía la necesidad de verle. Pero un sábado, después de haberse cambiado de traje, mientras recorría Regent Street, camino de la biblioteca de Martin's Lane, donde se proponía pasar la tarde, se encontró con él cara a cara. Su primera intención fue de evitarlo. Pero Lawson no le dio tiempo.

—¿Dónde diablos has estado todo este tiempo? —le preguntó.

—¿Yo?

—Te escribí invitándote a cenar y ni siquiera me contestaste.

—No recibí tu carta.

—Lo sé. Fui al hospital a preguntar por ti y vi mi carta en la casilla. ¿Has plantado la Medicina?

Philip titubeó durante un momento. Se avergonzaba de tener que decir la verdad. Pero irritado por aquella estúpida vergüenza, se decidió a hablar, aunque no pudo evitar el enrojecer.

—Sí, perdí el poco dinero que tenía y no me fue posible continuar.

—¡Oh, cuánto lo siento! ¿Y qué haces ahora?

—Estoy empleado en un gran almacén.

Le costó bastante formular esta confesión. Pero estaba decidido a no retroceder. Al mirar a Lawson vio la turbación que se había apoderado de éste y sonrió amargamente.

—Si entras en Lynn y Sedley y vas al departamento de trajes hechos me encontrarás con un *stiffelius,* y pronto a orientar debidamente y con aire desenvuelto a las señoras que tienen intención de comprar medias y faldas bajeras. «Primer piso, a la derecha, señora; o segundo piso, a la izquierda.»

Viendo que Philip bromeaba, Lawson intentó reír. No sabía qué decirle. La visión suscitada por Philip le producía horror, pero no osó manifestar su piedad.

—Como cambio no está mal —dijo.

Esta frase le pareció absurda y se arrepintió inmediatamente de haberla dicho. Philip enrojeció de nuevo.

—Bastante mal. A propósito, te debo cinco chelines.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó algunas monedas.

—Toma, toma.

—¡Oh, no importa! Me había olvidado de ello.

Lawson aceptó sin hablar. Se habían quedado inmóviles y los paseantes

tropezaban con ellos. Un brillo irónico que apareció en los ojos de Philip molestó al pintor. Hubiese querido hacer alguna cosa por su desgraciado amigo, pero ¿qué podía hacer?

—Oye, ¿qué te parece si fuéramos a mi estudio a *discutir* un poco?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no tenemos nada que decirnos.

Philip vio aparecer una expresión de pena en los ojos de Lawson. Esto le disgustó, pero la idea de discutir su situación le era insoportable. Tal estado de cosas sólo podía tolerarse a fuerza de no pensar en ellas. Temía dejarse llevar demasiado por sus sentimientos si hubiese empezado a desahogarse. Por otra parte, los lugares donde había sufrido le inspiraban un insuperable horror. Recordaba su humillante espera en el estudio cuando, hambriento, esperaba que Lawson le invitase a almorzar. Y la última vez, cuando hizo que le prestara cinco chelines. Incluso le molestaba la presencia del pintor porque le recordaba aquellos días.

—Entonces ven a cenar conmigo una de estas noches, cuando quieras.

Philip se sintió conmovido. Todos le demostraban la mayor bondad.

—Eres muy amable, viejo amigo. Pero prefiero no ir. Hasta la vista —y le ofreció la mano.

Lawson, turbado por aquella actitud inexplicable, se la estrechó, y Philip, cojeando, se alejó rápidamente. Notaba que le pesaba el corazón y, según su costumbre, empezó a reprocharse su modo de obrar. No sabía qué orgulloso rapto de locura le había impulsado a rechazar aquella amistad. Pero oyó a alguien que corría detrás de él y la voz de Lawson que lo llamaba. Se detuvo y de pronto un sentimiento de hostilidad volvió a adueñarse de él. Se volvió hacia Lawson con una expresión glacial.

—¿Qué hay?

—¿Sabes lo de Hayward?

—Sé que partió para El Cabo.

—Murió poco tiempo después de desembarcar.

Durante un momento Philip no respondió. Le costaba dar crédito a sus propios oídos.

—¿De qué murió?

—De una enteritis. Una gran desgracia, ¿verdad? He pensado que tú no lo sabías. A mí me ha producido mucha impresión.

Le devolvió un rápido saludo y se alejó. Philip tuvo un estremecimiento. No había perdido nunca a ningún amigo de su edad. La muerte de Cronshaw, mucho más viejo, le había parecido que entraba dentro del orden natural de las cosas. La noticia le produjo una impresión singular. Le recordó que era mortal. Como cada cual, Philip,

aun sabiendo que nadie se escapa de la muerte, no tenía la impresión de que aquella regla debiera también aplicarse a él, y la muerte de Hayward, aunque su amistad se hubiese enfriado un tanto, le trastornó profundamente. Recordó de pronto sus conversaciones, y pensó dolorosamente que habían acabado para siempre. Se acordó de su primer encuentro en el agradable período de Heidelberg. El joven continuó caminando maquinalmente, sin saber adonde iba, y de repente se dio cuenta, irritado, de que en lugar de entrar por Haymarket había continuado por Shaftesbury Avenue. No sentía deseos de volver atrás. Además, no tenía la menor gana de ponerse a leer y prefería permanecer solo y pensar. Se le ocurrió dirigirse al British Museum. La soledad era al presente su único lujo. Desde su entrada en casa de Lynn había adquirido la costumbre de sentarse ante los grupos del Partenón. Y sin fijar la mente en ningún pensamiento dejaba a aquellas divinas esculturas la tarea de calmar su alma turbada. Pero aquella tarde las esculturas no le dijeron nada. Después de algunos minutos, impaciente, salió de la sala. Había bastante gente: forasteros de cara estúpida, extranjeros que hojeaban la guía. Su fealdad manchaba las obras eternas y su agitación turbaba el inmortal reposo de los dioses. Llegó a una sala casi vacía y se sentó en un pequeño diván. Tema los nervios en tensión y no acertaba a abstraerse de los visitantes. A veces, durante su trabajo, experimentaba el mismo horror al ver desfilar a los clientes. ¡Eran tan feos! Se leía en aquellos rostros una espantosa mediocridad. Sus facciones revelaban deseos abyectos y se veía que eran extraños a toda idea de belleza. Las miradas furtivas y los mentones huidos denotaban que en ellos no había maldad, sino vulgaridad y pequeñez. Su humorismo era mezquino. Al mirarlos, Philip buscaba a veces su semejanza con un animal. Quería abstenerse, pero pronto llegó a ser esto una obsesión.

Pero la influencia del lugar obró sobre él. Se sintió más tranquilo. Empezó a mirar distraídamente las piedras funerarias que adornaban la sala. Eran obras de oscuros escultores atenienses del siglo IV o V antes de Jesucristo. De factura sencilla, pero en, las que se percibía el exquisito espíritu de Atenas. El tiempo había suavizado sus contornos y había dado al mármol el color de la miel, de suerte que, inconscientemente, se pensaba en las abejas del monte Himeto. Algunas representaban una figura desnuda y sentada sobre un banco, otras la separación del muerto y los seres que lo amaban. Había algunas en las que el muerto estrechaba las manos de los que quedaban. Sobre todo la palabra mágica: «Adiós»; nada más. Su sencillez era infinitamente patética. Siglos y siglos habían pasado sobre aquel dolor.

«¡Pobre gente!», pensó.

Le vino a las mientes que aquellos visitantes de cara estúpida, aquellos obesos extranjeros con la guía en la mano, y todos aquellos individuos vulgares que iban al almacén con fútiles deseos y con preocupaciones mezquinas, eran mortales y un día deberían separarse de los seres a quienes amaban: el hijo, de la madre; la mujer, del

marido; y seguramente su suerte era todavía más trágica porque sus vidas eran sórdidas y abyectas, y porque ignoraban todo lo que da belleza al mundo. Había una piedra bastante bella. Era un bajorrelieve que representaba a dos jóvenes cogidos de la mano. La sobriedad de la línea, la simplicidad de la ejecución, permitían suponer en el escultor la existencia de una emoción pura. Era un exquisito monumento elevado a lo más precioso que el mundo puede ofrecer: la amistad. A Philip se le llenaron los ojos de lágrimas mientras lo contemplaba. Pensó en Hayward y en la admiración que había sentido por él cuando se encontraron por vez primera. Luego pensó en su desilusión y en su indiferencia. Nada los ligaba ya si no era la costumbre y los recuerdos. Aquélla era una de las singularidades de la vida. Se veía a una persona cotidianamente durante varios meses, en una intimidad tan grande que no podía imaginarse la existencia sin ella. Sobrevenía la separación y todo proseguía igual, dándose uno cuenta de que el compañero que había parecido indispensable no lo era, ni mucho menos. No se notaba ni siquiera su falta. En los hermosos días de Heidelberg, Philip había creído a Hayward capaz de grandes cosas. Pero Hayward, que contemplaba el porvenir con entusiasmo, se había resignado poco a poco al fracaso. Ahora estaba muerto y su muerte había resultado tan inútil como su vida.

Philip se preguntó desesperado por qué era necesario vivir. Todo le parecía vacuo y vano. Tampoco la vida de Cronshaw había servido de nada. Muerto y olvidado, su libro se encontraba en los puestos de libros viejos. Había vivido sólo para que un periodista ambicioso tuviera ocasión de escribir un artículo en una revista.

Y Philip volvió a preguntarse:

—¿Qué finalidad tiene todo esto?

El esfuerzo era desproporcionado al resultado. Las brillantes esperanzas de la juventud se resolvían en la más amarga desilusión. Sufrimiento, desdicha y enfermedad pesaban mucho en el platillo de la balanza. ¿Cuál era el significado de todo aquello? Pensó en su vida, en sus esperanzas, en las limitaciones que le imponía su deformidad, en los afectos que le habían faltado en su juventud. Le parecía que siempre obró lo mejor que pudo y sin ningún resultado. Otros hombres que valían lo mismo que él habían triunfado. Y otros, muchos mejores, habían fracasado. Seguramente se trataba sólo de suerte. La lluvia caía de la misma forma sobre el justo que sobre el malvado. Para nada existía una razón.

Pensando en Cronshaw, Philip se acordó de la alfombrita persa. Inopinadamente, la respuesta del enigma apareció ante él. Se echó a reír. Ahora que había encontrado la solución, veía que era como una de esas adivinanzas que tan difíciles le parecen a uno hasta que encuentra la solución. Una vez hallada ésta, parece imposible no haber comprendido la cosa desde el primer momento. La respuesta era obvia; la vida no tenía ningún significado. Sobre la tierra —satélite de un astro lanzado en el espacio— los seres vivientes habían nacido bajo la influencia de circunstancias que formaban

parte de la historia del planeta. Y del mismo modo, bajo la influencia de otras circunstancias, desaparecían. El hombre era tan insignificante como lo podían ser otras formas de vida, y no había nacido como apogeo de la creación, sino como reacción física del ambiente. Philip recordó al rey oriental que, deseando conocer la historia del hombre, hizo que un sabio le llevara quinientos volúmenes. Demasiado ocupado con los asuntos de Estado, el rey rogó al sabio que le hiciese un resumen. Veinte años después volvió el sabio: su historia estaba condensada en cincuenta volúmenes. Pero el rey, demasiado viejo para leer tantas páginas, le rogó de nuevo que extractara la historia. Pasaron otros veinte años, y el sabio, decrépito y encanecido, recogió en un solo volumen los conocimientos que el rey había pedido; pero el rey se hallaba moribundo y no tenía tiempo de leer ni siquiera un libro. Entonces el sabio resumió la historia del hombre en una sola línea: nació, sufrió y murió. La vida no tenía ningún significado, el hombre no tenía la menor importancia. Philip se regocijó tanto como se había regocijado cuando en su juventud se liberó del fardo de la religión. Le parecía ahora que se había desembarazado de la última responsabilidad; por vez primera se sentía completamente libre. Su nulidad se transformaba en fuerza; inopinadamente se sentía igual al destino despiadado que se había cebado en él. Si la vida no tenía ningún significado, el mundo estaba desprovisto de crueldad. La falta de acierto no tenía la menor importancia y el triunfar tampoco significaba nada. Él era muy pequeño mezclado entre la masa hormigueante de seres humanos que ocupaban por breve tiempo la superficie de la tierra, pero se sentía omnipotente por haber arrancado al caos el secreto de su inexistencia. Los pensamientos se turnaban tumultuosamente uno tras otro en su cerebro, y el joven respiró hondamente satisfecho. Sentía deseos de cantar y de bailar. Desde hacía muchos meses no era tan feliz.

—¡Oh, vida! —gritó para sí—. ¡Oh, vida! ¿Dónde está tu aguijón?

Aquel arrojo del espíritu que le había hecho descubrir la inutilidad de la existencia con toda la fuerza de una demostración matemática, le hizo comprender al mismo tiempo por qué le había regalado Cronshaw el tapiz persa. De la misma manera que el tejedor iba tejiendo su dibujo sin otro fin que la satisfacción de su goce estético, debía vivir el hombre su propia vida; y si es necesario creer que las acciones no dependen de nuestra voluntad, nada impide considerar la vida como un dibujo. Pero no existe en ésta ni necesidad ni inutilidad: sólo la satisfacción personal. De los múltiples acontecimientos de la vida —acciones, pensamientos, sentimientos— se podía hacer un dibujo lineal, complicado o artístico. Y aunque el libre albedrío no fuera otra cosa que una ilusión, un fantástico juego en el que las apariencias estuvieran entretejidas con reflejos lunares, no importaba gran cosa. En el curso de la vida —río sin principio que corre hacia un mar irreal—, partiendo de la inutilidad de la existencia, un hombre podía encontrar satisfacción admirando los variados hilos

que forman el orbe. Había un dibujo —el más frecuente, bello y perfecto— según el cual el hombre nace, crece, se casa, trae hijos al mundo, trabaja para ganarse la vida y muere. Pero había otros, complicados y magníficos, en los cuales la felicidad no formaba parte de ellos y el triunfo no era alcanzado. Algunas vidas, como la de Hayward, eran interrumpidas cuando el dibujo se hallaba todavía incompleto, pero ahora se consolaba de ello, pues sabía que la cosa carecía de importancia. Otras, como la de Cronshaw, ofrecían un dibujo difícil de observar; era necesario cambiar de punto de vista y desterrar la vieja regla para encontrar justificación a una vida semejante.

Desterrando de sí su anhelo de felicidad, Philip pensó en desterrar asimismo su última ilusión. Su vida le había parecido horrenda cuando la medía pensando en la felicidad, pero ahora le parecía poderla medir con otro rasero. La alegría importaba poco, lo mismo que el dolor. Uno y otra formaban parte, así como los demás detalles de la vida, de la composición del dibujo. Por un instante le pareció estar por encima de las vicisitudes de su existencia y pensó que éstas no podrían atormentarle ya como antes. Cualquier accidente que ahora le ocurriera no significaría para él otra cosa que un motivo más que añadir a la complejidad del dibujo. Cuando llegara el fin, experimentaría regocijo en verlo completo. Aquel dibujo sería una obra de arte, no menos bella por el hecho de que él solamente conociera su existencia. Y con su muerte dejaría de existir.

Philip era feliz.

CVII

El encargado demostraba simpatía por Philip. Mister Sampson era un hombre atrayente, y las empleadas solían decir que acabaría casándose con una cliente rica. Vivía fuera de la ciudad y a menudo impresionaba a sus dependientes poniéndose el frac por la tarde, antes de salir. A veces los hombres encargados de la limpieza le veían llegar por la mañana vistiendo todavía el traje de etiqueta y se guiñaban el ojo entre ellos mientras mister Sampson entraba en la oficina para ponerse el *stiffelius*. En aquellas ocasiones, tras de haber salido de nuevo a tomar una taza de té, mister Sampson, frotándose las manos, bromeaba a su vez con Philip cuando, al regresar, volvía a subir la escalera.

Solía decir a Philip que ellos dos eran los únicos empleados que conocían la vida. Después de haber dicho tal cosa, cambiaba de pronto su modo de dirigirse al joven y lo llamaba «mister Carey» en lugar de «viejo amigo», recobrando de nuevo la importancia a que tenía derecho su posición de encargado y estableciendo las debidas distancias.

Lynn y Sedley recibían una vez a la semana los periódicos de modas de París y adaptaban los figurines al gusto de su clientela. Ésta estaba formada en casi su totalidad por provincianos demasiado elegantes para contentarse con los sastres y modistos de su localidad, y tan poco conocedores de Londres que no sabían descubrir los almacenes cuyos géneros guardaban la debida relación con los medios de que disponían. Además, eran también clientes algunas artistas de *music-hall*.

—Los mismos modelos de Paquin a mitad de precio —decía el encargado.

Tenía un aire persuasivo que acababa por convencer.

Mister Sampson se sentía muy orgulloso de su amistad con las principales estrellas, y cuando el domingo iba a comer con miss Victoria Virgo, en su bella casa de Tulse Hill, al día siguiente contaba a todo el personal los detalles de la visita.

—Llevaba aquel vestido azul pólvora que le hicimos nosotros. Estoy seguro que no ha dicho a nadie quién se lo ha hecho. Le aseguré formalmente que si no lo hubiese dibujado yo mismo habría creído que se trataba de un modelo de París.

Philip no se había fijado nunca mucho en los trajes femeninos. Pero después de algún tiempo empezó a interesarse por ellos desde el punto de vista profesional. Aquello le divertía. Poseía el sentido de los colores mucho más desarrollado que cualquiera de sus colegas, y su estancia en París como estudiante de Bellas Artes le había dado cierto instinto para la línea. Mister Sampson, un ignorante consciente de su incompetencia, pero que tenía la habilidad de saberse aprovechar de las ideas de los otros, pedía siempre a sus dependientes que le dieran sus opiniones cuando dibujaba nuevos modelos. Se dio cuenta muy pronto del valor que tenía la opinión de Philip. Pero era muy celoso de su prestigio y no quería nunca reconocer que aceptaba

los consejos de otros.

Cuando modificaba un dibujo según le había sugerido Philip, acababa por decir:

—Después de todo hemos vuelto a mi primera idea.

Un día —Philip hacía ya cinco meses que trabajaba allí— miss Alice Antonia, la famosa cancionista cómica, se presentó a Sampson. Era una mujer gruesa y rubia, demasiado pintada, con voz metálica y el lenguaje de la actriz acostumbrada a sostener relaciones cordiales con el público de café cantante de provincias. Tenía que interpretar una canción nueva y deseaba que mister Sampson crease un traje especial para ella.

Insinuante y familiar, Sampson le dijo que estaba seguro de poder satisfacer su deseo. Le enseñó sus dibujos.

—¡No, no, nada de esto! —exclamó la actriz contemplando los dibujos con un gesto de impaciencia—. Quiero algo que deje al público con la boca abierta.

—La comprendo perfectamente, miss Antonia —repuso el encargado con sonrisa gentil; pero en su cara apareció una expresión idiota.

—No me va a quedar otro remedio que hacer traer el vestido de París.

—Eso de ninguna manera, miss Antonia. También nosotros podemos satisfacer sus deseos. Aquí encontrará usted todo lo que podría encontrar en París.

Cuando la actriz se marchó, mister Sampson, un poco preocupado, discutió la cosa con mistress Hodges. Sus ideas para los trajes de café cantante no habían ido nunca más allá de la faldita corta con una franja de encaje y adornos de lentejuelas. Y miss Antonia se había expresado a este propósito de una forma que no dejaba lugar a dudas.

—¡Por caridad! —había dicho—. ¡Todo eso es muy viejo!

Mister Sampson propuso una o dos ideas, pero mistress Hodges le dijo francamente que no le parecían indicadas. Fue ella la que tuvo la idea de dirigirse a Philip:

—Sabe usted dibujar, ¿verdad, Philip? ¿Por qué no prueba usted?

Philip compró una caja de acuarelas de poco precio y aquella noche, mientras Bell, el ruidoso aprendiz, se entretenía con sus sellos sin dejar de silbar las acostumbradas notas, hizo dos o tres dibujos. Recordaba algunos de los trajes vistos en París y combinó un efecto original poniendo juntos los colores más violentos. El resultado le divirtió. Al día siguiente mostró los figurines a mistress Hodges, la cual se quedó un poco sorprendida, pero no obstante se los llevó al encargado.

—Se trata de algo fuera de lo corriente. Evidentemente, no puede negarse —dijo éste.

Se sentía un poco perplejo, pero al mismo tiempo su experta mirada vio que podía sacarse algo de provecho. Para salvar las apariencias sugirió alguna modificación, pero mistress Hodges, dando pruebas de poseer el mejor buen sentido, aconsejó

presentar los figurines a miss Antonia tal como estaban.

—Con esa mujer, o todo o nada. Es muy capaz de entusiasmarse.

—Dirá usted más bien «nada» —respondió Sampson mirando el escote—. Sabe dibujar, pero ¡qué muchacho! ¡Quién sabe por qué no me habría dicho nunca nada!

Cuando le anunciaron a miss Antonia, el encargado colocó el dibujo de modo que le saltara a la vista en cuanto entrase. En efecto, miss Antonia lo vio en seguida.

—¿Qué es esto? ¿Por qué no me hacen ustedes esto?

—Es precisamente un boceto hecho para usted —dijo Sampson con aire distraído —. ¿Le gusta?

—¡Que si me gusta! Es lo mismo que si me preguntara usted si me gusta el champaña con unas gotas de ginebra.

—¿Ve usted cómo no hay necesidad de encargar nada a París? Dice usted lo que desea y se le sirve inmediatamente.

Se empezó a trabajar el mismo día, y Philip sintió un estremecimiento de satisfacción cuando vio el traje acabado. El encargado y mistress Hodges se atribuyeron todo el mérito, pero al joven no le importó nada, y cuando, en compañía de ellos, fue Philip para ver a miss Antonia, que se lo ponía por primera vez, estaba de excelente humor. Finalmente, respondiendo a las insistentes preguntas de mistress Hodges, Philip contó cómo había aprendido a dibujar; temiendo pasar por presuntuoso en aquel ambiente, no había dicho nada de sus anteriores ocupaciones. La empleada repitió la información a mister Sampson. Éste no dijo nada, pero empezó a tratar a Philip con mayor deferencia, y poco después le hizo dibujar modelos para los clientes de provincias. Los figurines gustaron. Sampson entonces empezó a hablar a sus clientes de un «joven inteligente que había estudiado Bellas Artes en París», el cual trabajaba para él. Poco después Philip, escondido detrás de un biombo, tenía que dibujar de la mañana a la noche. A veces tenía tanto que hacer que iba a comer a las tres, con los rezagados. Philip no pedía otra cosa, ya que sus compañeros de mesa eran pocos y todos estaban demasiado cansados para que tuviesen ganas de hablar. También la comida era mejor.

El ascenso de Philip de vigilante a dibujante hizo gran efecto. Fue envidiado. Hasta Harris, el empleado de cráneo alargado que había sido su primer compañero en el negocio y que él había tomado cariño, no pudo esconder su amargura.

—El mundo es de la gente afortunada —dijo—. Uno de estos días te veremos convertido en encargado y te tendremos que llamar «señor».

Aconsejó a Philip que pidiera aumento, ya que, a pesar del difícil trabajo que le habían encomendado, continuaba percibiendo seis chelines semanales. Pero pedir un aumento era algo delicado. El director tenía un modo irónico de acoger las peticiones de aquel género.

—¡Ah! ¿De veras cree usted valer más? ¿Y cuánto cree usted valer? Sepámoslo.

El empleado, con el corazón en la boca, pedía un aumento de dos chelines por semana.

—¡Muy bien! Si cree usted valerlos, los tendrá —y, después de una breve pausa, casi siempre sonreía irónicamente y lanzaba una mirada glacial—. Y tendrá también su despido.

Era inútil entonces retirar la petición. No le quedaba otro remedio al peticionario que marcharse. El director pensaba que cuando un empleado estaba descontento no hacía bien su trabajo. Lo mejor era despedir inmediatamente a los que no merecían un aumento. El resultado era que ninguno pedía nunca nada, a menos que estuviera preparado para irse. Philip dudaba. Difería algún tanto de la manera de pensar de sus compañeros de escritorio, los cuales afirmaban que el encargado no podía pasarse sin él. No eran malos, pero su sentido del humorismo era primitivo y si hubiesen persuadido a Philip para que pidiese un aumento y su petición hubiera sido seguida de un despido, la cosa les habría divertido con toda probabilidad. Philip no olvidaba las mortificaciones sufridas cuando buscaba trabajo y no se le ocultaba que no era fácil encontrar un empleo de dibujante. Había centenares de personas que dibujaban tan bien como él.

No se atrevió a correr el riesgo.

CVIII

El invierno pasó. De vez en cuando Philip se presentaba en el hospital, procurando que fuera a una hora avanzada con el fin de no tropezarse con ningún conocido. Iba a ver si había llegado alguna carta para él. Por Pascua recibió una de su tío. Fue una sorpresa. El vicario de Blackstable no le había escrito más que cinco o seis veces en toda su vida y siempre por cuestiones de negocios.

Querido Philip: Si tienes intención de tomarte unas vacaciones y quieres venir aquí, tendré mucho gusto en verte. He estado muy mal este invierno por la bronquitis, y el doctor Wigram temía que no saliera de ésta. Pero la caja es sólida y, gracias a Dios, me he repuesto del todo. Tu afectísimo,

WILLIAM CAREY

Esta carta irritó a Philip. ¿Cómo creía su tío que vivía él? Ni siquiera se tomaba el trabajo de preguntarlo. Incluso podría haberse muerto de hambre. Pero mientras se dirigía a su dormitorio se detuvo bajo un farol y volvió a leer la carta. La caligrafía no tenía aquella regularidad que la había caracterizado siempre. Era más grande y, además, temblorosa. Seguramente la enfermedad había sacudido al viejo más de lo que él quería reconocer, y aquella misiva expresaba entre líneas el deseo de ver al único pariente que tenía en el mundo. Philip respondió que iría a Blackstable durante quince días en el mes de julio. La invitación le venía bien porque de otro modo no habría sabido dónde pasar sus breves vacaciones. Los Athelny iban a coger el lúpulo en setiembre, pero en aquella época tenían necesidad de él en la tienda, pues era entonces cuando se preparaban los modelos de otoño. En la casa de Lynn el reglamento concedía quince días de vacaciones. Durante este período de tiempo, quien no tenía adonde ir podía continuar haciendo uso del dormitorio, pero en cambio no podía ir a comer. Algunos no tenían amigos en los alrededores de Londres y debido a esto las vacaciones constituían para ellos un fastidioso intervalo, pues habían de comer a su costa y no sabían qué hacer en todo el día debido a la falta de dinero. Philip no había salido de Londres desde su estancia en Brighton en compañía de Mildred dos años antes, y anhelaba el aire libre y el silencio del mar. Durante mayo y junio pensó en ello con tan intenso ardor que cuando por fin llegó el momento de la partida no tenía ya ganas de irse.

La última noche, mientras hablaba con el encargado de dos o tres proyectos, Sampson le preguntó de pronto:

—¿Cuánto gana usted?

—Seis chelines.

—No me parece que sean suficientes. Haré, cuando vuelva usted, que le den doce. . —

—Se lo agradezco mucho —repuso sonriendo Philip—. Ciertamente, tengo necesidad de mejorar mi guardarropa.

—Si continúa trabajando y no anda demasiado con mujeres, como hacen muchos, me interesaré por usted, Carey. Tiene usted todavía mucho que aprender, pero promete usted de veras, y encontraré la manera de que le den una libra a la semana en cuanto lo merezca.

Philip se preguntó cuánto tiempo debería esperar todavía el aumento. ¿Dos años?

El cambio operado en su tío le asombró. La última vez que lo vio era un hombre robusto, que se mantenía todavía muy erguido, con el rostro rasurado, lleno y sensual. Ahora le encontraba notablemente avejentado; su piel estaba amarillenta, tenía dos grandes bolsas debajo de los ojos y la espalda curvada. Durante su última enfermedad se había dejado crecer la barba y andaba lentamente.

—No estoy muy bien hoy —dijo a Philip, que, recién llegado, permanecía junto a él en el comedor—. El calor me fastidia.

Mientras le pedía noticias sobre los asuntos de la parroquia, Philip le examinaba. ¿Cuánto tiempo podría resistir todavía? Un verano caluroso podría llevarle a la tumba. Observó la delgadez de sus manos, agitadas por un continuo temblor. Cuando el vicario se sentó a la mesa, el ama de llaves que estaba con él desde la muerte de tía Louisa, preguntó:

—¿Debo dejar que trinche el pollo, mister Philip?

El viejo, que hasta entonces había evitado confesar su debilidad, se sintió satisfecho de poder renunciar a aquella prerrogativa.

—Por lo visto tienes buen apetito —dijo Philip.

—¡Oh!, sí; como siempre con gusto. Pero estoy más delgado que la última vez que viniste. No me disgusta, pues había engordado demasiado. También el doctor Wigram cree que es mejor.

Acabado el almuerzo, el ama de llaves le llevó una medicina.

—Enseñe la receta a mister Philip —dijo el vicario—. También él es médico. Quiero que me diga si es la indicada. He dicho a Wigram que ahora que estás estudiando medicina debería rebajarme el precio de las visitas. Su cuenta es terrible. Ha venido durante dos meses y me lleva a diario cinco chelines por cada visita. Es mucho, ¿verdad? Y aún continúa viniendo dos veces todas las semanas; pero quiero decirle que no venga más. Le mandaré llamar cuando tenga necesidad de él.

Miró a Philip mientras éste leía las recetas. Se trataba de dos narcóticos. Uno de ellos, según dijo el vicario, servía sólo cuando la neuritis llegaba a ser intolerable.

—Tengo mucho cuidado porque no quiero acostumbrarme al opio.

No hizo ninguna alusión a los asuntos de su sobrino. Seguramente hablaba tanto de sus gastos para evitar que le pidiera dinero. El médico le había costado mucho y más aún la cuenta de la farmacia. Mientras estaba enfermo había sido necesario encender cada día el fuego de su habitación y el domingo necesitaba un coche para ir a la iglesia, tanto por la mañana como por la tarde. Philip tenía un gran deseo de decirle que no tuviera miedo, que no le pediría que le hiciese ningún préstamo. Pero se contuvo. Tuvo la impresión de que sólo dos cosas le interesaban en la actualidad al viejo: el placer de comer y la avidez del dinero. Era una vejez horrenda. Por la tarde llegó el doctor Wigram, y Philip le acompañó al salir hasta la entrada del jardín.

—¿Cómo le encuentra usted? —le preguntó.

El doctor no se comprometía nunca dando una opinión decidida cuando podía prescindir de hacerlo. Más que de hacer bien se preocupaba de no perjudicar. Estaba en Blackstable como médico desde hacía treinta y cinco años y tenía fama de ser muy prudente. Muchos enfermos preferían un médico prudente a uno hábil.

—Regular —respondió el doctor Wigram a la pregunta de Philip.

—Pero ¿tiene algo grave?

—¡Por Dios, Philip! Su tío no es ya ningún jovenzuelo. Y la sonrisa del doctor pareció decir, sin embargo, que después de todo no era tampoco un viejo.

—Me parece que teme usted algo en el corazón.

—En realidad, no estoy muy contento del corazón —arriesgó el doctor—. Debe tener cuidado, mucho cuidado.

Philip tenía en la punta de la lengua la pregunta: «¿Cuánto tiempo puede todavía vivir?», pero le pareció una indelicadeza. En estas cosas el decoro exige una perífrasis, si bien el doctor debía estar acostumbrado a la impaciencia de los parientes del enfermo. Sonriendo de su propia hipocresía, Philip bajó los ojos.

—Creo que no habrá ningún peligro inmediato, ¿no es verdad?

Éste era el género de preguntas que el doctor detestaba. Se da un mes de vida al enfermo y la familia se prepara para la pérdida. Si en lugar de ocurrir esto el enfermo vive, se siente rencor contra el médico por haberse preocupado más de lo necesario. Por otra parte, si el médico dice que puede vivir un año y en lugar de ello muere una semana más tarde, la familia dice que el médico no sabe nada, y todos piensan en el afecto que habrían demostrado al difunto si hubiesen sabido que su fin estaba tan próximo. El doctor Wigram hizo el gesto de lavarse las manos.

—No creo que haya ningún peligro mientras…, mientras permanezca en su estado actual —declaró al fin—. Sin embargo, no debemos olvidar que ya no es un jovenzuelo. La máquina está cansada. Si supera el período de los grandes calores no veo por qué no pueda durar hasta el invierno. Y después, si el invierno no le fastidia mucho, no me parece que estemos en el caso de pensar en lo peor.

Philip volvió al comedor donde su tío permanecía sentado. Con su gorro y un chal de punto sobre los hombros resultaba grotesco. Tenía los ojos fijos en la puerta, y cuando Philip entró le miró inquieto.

Philip comprendió de pronto que el viejo tenía miedo a la muerte. Dominado por una súbita vergüenza, miró a otro lado involuntariamente. La debilidad de la naturaleza humana siempre le producía turbación.

—Ha dicho que te encuentras mucho mejor.

En los ojos del pastor brilló un rayo de alegría.

—Tengo una constitución excelente —dijo—. ¿Y qué otra cosa te ha dicho? —añadió suspicaz.

Philip sonrió.

—Ha dicho que si te curas no hay razón que se oponga a que vivas cien años.

—No puedo aspirar a eso, pero no veo por qué no puedo llegar a los ochenta años. Mi madre murió a los ochenta y cuatro años.

En la mesita colocada junto al sillón de mister Carey estaba la Biblia y el grueso libro de oraciones de que se servía desde hacía tantos años. El vicario extendió una mano temblorosa y cogió la Biblia.

—Los antiguos patriarcas llegaban a una edad avanzada, ¿no es verdad? —preguntó emitiendo una risita en la que Philip notó una especie de tímido deseo de que le animaran.

El viejo se aferraba a la vida. Sin embargo, creía implícitamente todo lo que le había enseñado la religión, no abrigando la menor duda sobre la inmortalidad del alma y creyendo a pie juntillas que se había portado lo suficientemente bien para irse derecho al paraíso en cuanto muriera. ¿A cuántos moribundos, durante su larga carrera, había tenido que suministrar los consuelos religiosos? Era como el médico a quien no benefician sus recetas. Philip se hallaba desconcertado ante aquel ávido apego a la tierra. ¿Qué terror sin nombre se escondía en el fondo de aquel viejo espíritu? Al joven le hubiera gustado penetrar dentro del alma de su tío para poder contemplar el tremendo terror que ante lo desconocido se apoderaba de ella, según sospechaba.

Pasados los quince días, que transcurrieron rápidamente, Philip volvió a Londres. El mes de agosto fue en extremo caluroso. Tras el biombo de la sección de «Confecciones», y en mangas de camisa, se pasaba todo el día dibujando. Los empleados partían por turnos a sus vacaciones. Por la noche se marchaba Philip a Hyde Park y escuchaba la banda. Su nuevo trabajo, al que ya se había habituado, le cansaba menos que el anterior, y su espíritu privado de alimento durante tanto tiempo, buscaba una actividad. Hacía muchos proyectos para el porvenir. Pensaba muy poco en el año de estudios que aún le faltaba para acabar la carrera y en cambio se extendía en proyectos sobre el viaje que esperaba efectuar por España y que

aguardaba con tanto deseo. Pedía libros que hablaran de España en la biblioteca gratuita y los leía ávidamente. Conocía por fotografías el aspecto de cada ciudad. Se veía ya paseando en Córdoba, sobre el puente del Guadalquivir, o bien por las calles que el misterioso pintor llamado El Greco guardaba para él. Athelny jugaba al mismo juego que el joven, y las tardes de los domingos confeccionaban entre los dos cuidadosos itinerarios para que Philip no dejara de ver nada de lo que era digno de ser visto. Para calmar su impaciencia, Philip empezó a aprender el español, y todas las noches, en el desierto salón de Harrington Street, pasaba una hora haciendo ejercicios de gramática y devanándose los sesos con ayuda de una traducción inglesa sobre las magníficas frases de *Don Quijote*. Athelny le daba lección una vez a la semana y Philip iba aprendiendo frases indispensables para el viaje. Mistress Athelny se reía de ellos.

—¡Estáis frescos con vuestro español! ¿Por qué no hacéis algo más útil?

Pero Sally, que era ya una señorita —para Navidad se recogería el pelo—, permanecía a veces junto a ellos y escuchaba con enorme seriedad a Philip y a su padre cuando cambiaban frases en aquella lengua que no comprendía. Para ella su padre era el hombre más extraordinario del mundo, y juzgaba a Philip a través de la opinión de Athelny.

—Papá quiere mucho a tío Philip —decía a los hermanos y a las hermanitas.

Thorpe, el mayor de los varones, había alcanzado ya la edad necesaria para entrar en el barco escuela *Aretusa*. Athelny describía a su familia el magnífico aspecto que tendría el muchacho cuando volviera de vacaciones. Cuando Sally tuviera diecisiete años entraría como aprendiza en casa de una modista. Con su manía retórica, Athelny hablaba de los pajaritos que ya eran capaces de volar y que se marchaban del nido. Luego, con lágrimas en los ojos, afirmaba que el nido estaba siempre dispuesto a acogerlos. Encontrarían comida disponible en él, y su corazón de padre no se cerraría nunca ante las preocupaciones de sus hijos.

—Hablas por hablar, Athelny —le dijo su mujer—. ¿Qué preocupaciones quieres que tengan si van por el camino que deben? Permaneciendo honrados y no teniendo miedo a trabajar, encontrarán siempre algo que hacer. Tal es lo que yo pienso y te aseguro que no me sentiré del todo disgustada el día en que tenga la certeza de que el último de ellos es ya capaz de ganarse la vida.

Mistress Athelny empezaba a resentirse de las muchas fatigas pasadas y de las constantes preocupaciones. Por la noche le dolían de tal modo los riñones que se veía obligada a sentarse para descansar. Su ideal doméstico hubiera sido tener una criada para los trabajos más pesados y poder así permanecer en la cama hasta las siete.

Athelny agitaba su bella y blanca mano.

—¡Ah, mi querida Betty! Merecemos el agradecimiento de la patria tanto tú como yo. Nueve hijos y todos saludables. Los varones servirán al rey, las mujeres

aprenderán a cocinar, y cuando les llegue la hora tendrán hijos sanos —se volvió hacia Sally y, para consolarla de aquel contraste, añadió en tono grandilocuente—: Soldado es todo aquel que se mantiene firme.

Desde hacía algún tiempo, Athelny había añadido el socialismo a las otras teorías contradictorias que sostenía con fervor, y solía afirmar:

—Si viviésemos en un estado socialista tendríamos los dos una buena pensión, Betty.

—¡Oh, no me hables de los socialistas! Son un grupo de harapientos que les sacan lo poco que ganan a los que trabajan. Yo sólo digo «dejadnos en paz». Y que ninguno se meta en mis cosas. Intento pasar lo mejor posible esta triste vida…

—¿Dices que la vida es triste? Nada de eso. Hemos tenido altas y bajas. Hemos sido siempre pobres, pero la cosa valía la pena. Lo repito cien veces cuando veo a mis hijos.

—Sigues hablando por hablar, Athelny —y la mujer alzó los ojos para mirarle, sin cólera, pero con calma irónica—. A ti te ha tocado la parte agradable en lo que se refiere a los hijos. Pero yo he tenido que echarlos al mundo y luego soportarlos. Los quiero mucho, pero ha sido un trabajo muy fatigoso.

Philip pensó en los millones de personas para los que la vida, sin belleza ni fealdad, no es más que una continua fatiga que es necesario aceptar como se aceptan los cambios de las estaciones. Experimentó un acceso de ira; todo le parecía inútil. No lograba todavía reconciliarse con la idea de que la vida no tenía ningún significado. Sin embargo, todo lo que veía y todos sus pensamientos hacían más sólida aquella convicción. Pero su desesperación era alegre. Precisamente por estar privada de significado, la existencia ya no le parecía tan terrible, y creía poderla considerar poseído por un extraño sentimiento de fuerza.

CIX

Llegó el invierno. Philip había dejado su dirección a mistress Foster, el ama de llaves de su tío, y pasaba una vez por semana por el hospital esperando recibir noticias. Una tarde vio escrito su nombre en un sobre con una letra que esperaba no ver nunca más. Experimentó una sensación extraña. Durante algunos momentos le fue imposible decidirse a coger la carta. Le evocaba recuerdos demasiado penosos. Pero al fin, irritado contra sí mismo, rompió el sobre.

7, William Street
Fitzroy Square.

Querido Phil: ¿Puedo verte un minuto o dos lo más pronto posible? Estoy muy preocupada y no sé qué hacer. No se trata de dinero. Tu afectísima,

MILDRED

Rompió la carta en pedacitos y al salir a la calle los dispersó en la oscuridad.

—¡Que se vaya al diablo! —murmuró.

Ante la idea de volverla a ver, invadía su corazón un sentimiento de repugnancia. ¿Qué le importaba a él lo que pudiera ocurrirle? Todo lo tenía bien merecido. Pensó en ella con odio. El amor que había sentido por aquella mujer aumentaba su aversión. El recuerdo le producía náuseas. Al atravesar el Támesis había logrado apartarla de su pensamiento. Fue a acostarse, pero no pudo dormir. ¿Qué podía querer de él? No podía apartar de sí la idea de que estaba enferma o hambrienta. Si no se hubiese encontrado entre la espada y la pared no le habría escrito. Enfadado consigo mismo por su propia debilidad, comprendió que no tendría paz hasta que no la viera. A la mañana siguiente escribió una tarjeta y la echó al correo mientras se dirigía a los almacenes. En los términos más fríos que pudo le dijo que sentía saber que se encontraba en un aprieto y que iría a verla aquella noche a las siete.

Era una casita miserable de una calle sórdida. Cuando, disgustado ante la idea de verla, preguntó si estaba en casa, temió por un momento que se hubiese cambiado de pensión. Aquella pensión era una de esas en la que los huéspedes cambian muy a menudo. No había mirado el matasellos y por lo tanto no sabía cuántos días había estado la carta esperándole. La mujer que le abrió no respondió a su pregunta, sino que le precedió silenciosamente por el corredor, y llegados al fondo, llamó en una puerta:

—Mistress Miller, un señor pregunta por usted.

Mildred entreabrió la puerta y, recelosa, sacó la cabeza.

—¡Ah!, eres tú, entra.

Cerró la puerta tras él.

La habitación era pequeña y estaba tan desordenada como todos los lugares donde ella vivía. En el suelo había un par de zapatos sucios. Sobre la cómoda se veía un sombrero adornado con ricillos postizos y sobre la mesa una blusa. Philip buscó donde poder dejar el sombrero. La percha colocada detrás de la puerta estaba llena de faldas y Philip notó que sus bajos estaban llenos de barro.

—Siéntate —dijo la joven sonriendo confusamente—. Te quedarías asombrado al recibir mis noticias, ¿no es verdad?

—¿Cómo estás tan ronca? ¿Te duele la garganta?

—Sí, desde hace algún tiempo.

Philip no habló, esperando que la joven le explicase por qué había deseado verle. El aspecto de la habitación decía claramente que había caído más bajo todavía que cuando él la recogió. Se preguntó dónde podía estar la niña. Había una fotografía sobre la chimenea, pero en la habitación nada daba idea de la presencia de una niña. Mildred había hecho una pelota con el pañuelo y se lo pasaba de una mano a otra. Philip se dio cuenta de que estaba muy nerviosa. Tenía los ojos fijos en el suelo y Philip pudo observarla sin tropezar con su mirada. Estaba mucho más delgada que cuando la dejó. La piel, amarilla y seca, aparecía tirante en los pómulos. Se había teñido el cabello de rubio, lo que acentuaba su vulgaridad y transformaba bastante a la antigua Mildred.

—Me puse muy contenta cuando recibí tu tarjeta —dijo finalmente—. Me había asaltado la duda de que ya no estuvieses en el hospital.

Philip no respondió.

—Me figuro que ya has acabado la carrera.

—No.

—¿Cómo es eso?

—No estoy en el hospital. Tuve que renunciar a la medicina hace dieciocho meses.

—Eres voluble. Cambias de idea continuamente.

Philip permaneció en silencio otro momento, y cuando volvió a hablar lo hizo en tono glacial.

—Perdí lo poco que me quedaba en una desgraciada especulación y no pude continuar mis estudios. Tuve que resolverme a ganarme la vida lo mejor que me fuese posible.

—¿Y qué haces ahora?

—Trabajo en unos grandes almacenes.

—¡Oh!

Mildred le lanzó una mirada rápida y volvió la vista a otro sitio. Philip creyó verla enrojecer.

—Pero no habrás olvidado la medicina, ¿no es verdad?

Hablaba nerviosamente, a golpes.

—No del todo.

—Por eso deseaba verte —su voz bajó hasta convertirse en un ronco murmullo—. No sé lo que tengo.

—¿Por qué no vas al hospital para que te vean?

—No me gusta que estén todos los estudiantes a mi alrededor mirándome. Y luego tengo miedo de que me retengan.

—¿Qué molestias tienes? —preguntó fríamente Philip; repitiendo la frase estereotipada.

—He tenido una erupción y no consigo verme libre de ella.

Philip tuvo un estremecimiento, producido por el sobresalto, y su frente se cubrió de sudor.

La condujo hacia la ventana para observarla mejor. De pronto se encontró con su mirada: sus ojos estaban llenos de miedo. Producían una sensación terrible. La joven estaba aterrada. Le miraba suplicante, no atreviéndose a pedir una palabra de consuelo, aunque con todos los nervios en tensión y dispuesta a recibirla si llegaba. Philip no tenía ninguna que ofrecerle.

—Temo que estés verdaderamente enferma.

—¿Y qué es lo que tengo?

Philip se lo dijo y ella se puso mortalmente pálida. Sus labios palidecieron y se echó a llorar desesperadamente. Primero sin hacer ruido y luego con sollozos violentos.

—Me disgusta mucho —dijo por fin Philip—, pero no puedo ocultártelo.

—No me queda otro recurso que envenenarme y acabar.

Philip no prestó atención a aquella amenaza.

—¿Tienes dinero? —le preguntó.

—Seis o siete libras.

—Debes dejar esta vida. ¿No te sería fácil encontrar trabajo? Yo no puedo ayudarte más. Tengo sólo doce chelines a la semana.

—¿Qué quieres que haga ahora?

—Buscar un empleo cualquiera.

Le explicó el peligro que corría y, sobre todo, el peligro a que exponía a los demás. Mildred le escuchaba con expresión tétrica. Philip intentó consolarla y finalmente obtuvo de ella una aquiescencia, dada de mala gana, y la promesa de seguir sus consejos. El joven hizo una receta para que se la despachara el farmacéutico cercano y le recomendó que tomase la medicina con la máxima

regularidad. Al ponerse en pie para irse le tendió la mano.

—No te preocupes. El dolor de la garganta se te quitará pronto.

Fue a salir, pero Mildred le cogió por el abrigo, con el rostro desfigurado de súbito por el miedo.

—No me dejes —gritó con voz ronca—. Tengo miedo. No me dejes sola, Philip, te lo ruego. No tengo a nadie en el mundo y tú eres el único amigo que yo he tenido en mi vida.

Philip se dio cuenta de que el terror de aquella criatura se parecía singularmente al que había leído en los ojos de su tío cuando sentía miedo a morirse. Por dos veces había entrado aquella mujer en su vida y la había llenado de dolor. No tenía ningún derecho sobre él y, sin embargo, un extraño sufrimiento, del que no hallaba la razón, se posesionaba del corazón del joven, el mismo que no le dejaba en paz desde que recibió la carta de ella.

«Creo que no conseguiré nunca librarme completamente de ella», pensó.

Lo que le dejaba perplejo era el extraño disgusto físico que experimentaba ante la presencia de aquella mujer.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó.

—Vamos a cenar juntos; pagaré yo.

Philip titubeó. Se dio cuenta de que la joven trataba de entrar nuevamente en su vida, de la que la creía apartada para siempre. Mildred le observaba con ansiedad.

—¡Oh!, sé que te he tratado de un modo indigno. Pero no me dejes sola ahora. Estás vengado, ¿comprendes? Si me dejas ahora no sé lo que haría.

—Perfectamente. Vamos, pues. Pero es necesario hacer las cosas económicamente. No tengo dinero para tirar.

Mildred se sentó para cambiarse los zapatos. Luego se puso otra falda y el sombrero. Salieron y caminaron hasta que encontraron un restaurante en la Tottenham Court Road. Philip había perdido la costumbre de comer a aquella hora, y Mildred tenía tan inflamada la garganta que le costaba tragar. Tomaron un poco de jamón y Philip bebió un vaso de cerveza. Estaban sentados el uno frente al otro como tantas veces en el pasado. ¿Quién sabe si Mildred se acordaba? No encontraban nada que decirse y hubieran permanecido en silencio si Philip no se hubiese esforzado en hablar. A la cruda luz de las lámparas que iluminaban el local, lleno de vulgares espejos que lo reflejaban hasta el infinito, Mildred le pareció vieja y extenuada. Hubiera querido preguntarle por la niña, pero no se atrevió. Fue ella la que le dijo:

—¿Sabes que la niña murió el verano pasado?

—¡Oh!

—Podrías decir por lo menos que lo sientes.

—No lo siento. Estoy muy contento.

Mildred le miró y comprendiendo lo que él había querido decir, miró a otro sitio.

—La querías tanto antes… ¿Te acuerdas? Siempre encontré cómico que quisieras tanto a la hija de otro.

Después de cenar pasaron por la farmacia para retirar la medicina que Philip había encargado. Luego regresaron a casa de Mildred, donde él la obligó a que se la tomara. Permanecieron juntos hasta la hora en que él tenía que irse a acostar. Se había aburrido soberanamente.

Siguió viéndola todos los días. La joven tomaba la medicina y seguía sus indicaciones. Bien pronto los resultados fueron tan visibles que dieron a Mildred una gran fe en la destreza de Philip. Al mejorar de salud recuperó un poco de valor. Empezaba a hablar con más seguridad.

—En cuanto encuentre un empleo estaré bien. Ha sido una dura lección, pero la aprovecharé, te lo aseguro. Basta de trotar de un sitio a otro y de ser una mujer de la vida.

Cada vez que la veía, Philip le preguntaba si había encontrado trabajo. Ella le respondía que no se preocupara. Encontraría algo en cuanto quisiera. En su arco había bastantes cuerdas. Pero era mejor descansar todavía una semana o dos. Philip tuvo que convenir en ello. Pero pasado aquel período volvió a insistir. Mildred se le rió en la cara; estaba mucho más alegre ahora y le decía que era un tipo cómico. Le contaba minuciosamente sus coloquios con las directoras de los locales. Se le había metido en la cabeza encontrar trabajo en un restaurante. Pero todavía no había decidido nada. Estaba, sin embargo, segura de que encontraría trabajo al principio de la semana siguiente. No había prisa y hubiese sido una tontería aceptar un empleo poco a propósito.

—Es absurdo hablar así —respondía Philip con impaciencia—. Debes aceptar lo que te salga. Yo no te puedo ayudar y tu dinero no durará eternamente.

—¡Oh!, todavía no estoy en las últimas. Puedo esperar.

Philip le dirigió una mirada penetrante. Desde su primera visita habían pasado tres semanas y Mildred poseía entonces menos de siete libras. Le asaltó una sospecha. Recordó algunas de sus frases. Reconstruyó las conversaciones. Seguramente ni siquiera había buscado un trabajo cualquiera; sin duda le había mentido siempre. Lo cierto era que resultaba extraño que aquel dinero durase tanto.

—¿Cuánto pagas de alquiler?

—¡Oh!, mi patrona es muy amable. Distinta de todas las demás. Está dispuesta a esperar todo lo que sea necesario.

Permanecieron en silencio. Su aspecto era tan horrible que el joven titubeó. Era inútil preguntarle: habría negado. Si quería saber la verdad debía descubrirla por sí mismo. Solía dejarla por la noche hacia las ocho, y cuando oyó dar la hora se levantó. Pero en lugar de regresar a Harrington Street se apostó en la esquina de Fitzroy Square de modo que pudiese ver a todos los que pasaran por William Street. La

espera le pareció interminable y ya se marchaba cuando vio abrirse la puerta del número 7 y apareció Mildred. Retrocedió en la oscuridad y permaneció inmóvil observándola. Llevaba aquel sombrero lleno de plumas que el joven había visto en su habitación y lucía un vestido demasiado vistoso e impropio de la estación. La siguió lentamente hasta Tottenham Court Road. En la esquina de Oxford Street se detuvo la joven, miró alrededor y atravesó la calle en dirección a un café cantante.

Philip la alcanzó y la tocó en el brazo. Vio que la joven estaba maquillada y tenía pintados los brazos.

—¿Adónde vas?

La joven se sobresaltó al oír su voz y enrojeció, como siempre que la sorprendían en pleno embuste; luego el relámpago de cólera que Philip conocía tan bien apareció en sus ojos mientras instintivamente buscaba la manera de defenderse por medio de la injuria. Pero no pronunció las palabras que tenía en los labios.

—¡Oh! Iba a ver el espectáculo. Me llena de melancolía quedarme sola todas las noches.

Philip ni siquiera fingió creerla.

—No debes hacerlo. ¡Santo Dios! Te he dicho cincuenta veces lo peligroso que es. Debes dejar este género de vida.

—¡Dejarlo! —gritó Mildred ásperamente—. ¿Con qué crees que vivo?

Philip la cogió por un brazo y sin pensar en lo que hacía intentó llevársela.

—Por el amor de Dios, ven. Deja que te lleve de nuevo a tu casa. No sabes lo que haces. Es un delito.

—¿Crees que me importa? Tanto peor para ellos. Los hombres no han sido tan buenos conmigo como para que yo me preocupe ahora por ellos.

Rechazó al joven y acercándose a la taquilla entregó el importe de un asiento.

Philip llevaba en el bolsillo tres peniques. Imposible seguirla. Bajó de nuevo lentamente por Oxford Street.

—No puedo hacer nada —dijo entre sí.

Era el fin. Nunca más volvió a verla.

CX

Aquel año el día de Navidad caía en jueves; los comercios cerraban durante cuatro días. Philip escribió a su tío preguntándole si podía ir a pasar las breves vacaciones con él. Mistress Foster le respondió. Mister Carey no tenía ánimos para escribir, pero se sentía muy contento de ver a su sobrino.

Cuando Philip abrió la puerta, mistress Foster le dijo:

—Le encontrará usted muy cambiado de cuando vino la última vez. Pero debe hacer como si no se diera cuenta. ¡Me inspira tanto temor su salud!

Philip asintió y la mujer le acompañó al comedor.

—He aquí a mister Philip, señor.

El vicario de Blackstable ofrecía en verdad mal aspecto. No cabía engañarse contemplando sus mejillas hundidas y su cuerpo encogido. Permanecía sentado y como acartonado en un sillón, con la cabeza echada hacia atrás y un chal sobre los hombros. No podía andar sin apoyarse en dos bastones y sus manos temblaban de tal modo que se le hacía difícil comer.

«No puede durar mucho», pensó Philip observándole.

—¿Cómo me encuentras? —le preguntó el vicario—. ¿Te parezco cambiado desde la otra vez?

—Te encuentro mejor que el verano pasado.

—Era el calor. Me produce siempre molestias.

La historia del vicario en los últimos meses se reducía al número de semanas que había pasado en su dormitorio y a las que había pasado en la planta baja. Tenía al lado una campanilla y mientras hablaba la hizo sonar para llamar a mistress Foster, que estaba sentada, en la estancia vecina. Quería que su ama de gobierno le dijese cuándo había abandonado el dormitorio.

—El siete de noviembre, señor.

Mister Carey miró a Philip para ver cómo tomaba aquella información.

—Pero como siempre bien, ¿no es cierto?

—Sí, tiene usted un magnífico apetito.

—Pero no engordo.

Fuera de su salud no le interesaba nada. Un solo pensamiento ocupaba su mente: vivir, pese a la monotonía de su existencia y al dolor constante que sólo le permitía dormir bajo la influencia de la morfina.

—Es terrible lo que me cuesta el médico.

Hizo sonar de nuevo la campanilla.

—Mistress Foster, enseñe a mister Philip la cuenta del farmacéutico.

Pacientemente la mujer cogió la cuenta de encima de la chimenea y se la entregó a Philip.

—Es sólo de un mes. Supongo que en cuanto ejerzas podrás conseguir las medicinas a un precio más barato. Había pensado hacérmelas traer directamente del laboratorio, pero me di cuenta de que había que pagar los gastos de transporte.

No obstante interesarse tan poco por su sobrino, al que no le pidió ninguna información sobre lo que hacía, parecía sentirse contento de verle. Le preguntó cuánto tiempo estaría allí, y cuando Philip le dijo que partiría el martes por la mañana, lo lamentó. Describió minuciosamente todos los síntomas de su enfermedad, repitiéndole lo que había dicho el médico.

Explicó luego a Philip que le inquietaba la idea de que mistress Foster no estuviese al alcance de su llamada. Aquella mujer sabía exactamente lo que debía hacer si le ocurriera alguna cosa. Al ver que mistress Foster tenía un aspecto cansado y los ojos hinchados por la falta de sueño, Philip insinuó que por fuerza tenía que fatigarse mucho.

—¡Historias! —repuso el vicario—. Es tan fuerte como un mulo.

Y cuando a poco entró para darle una medicina, le dijo:

—Mister Philip dice que tiene usted mucho que hacer, mistress Foster. Pero usted me cura de buena gana, ¿no es verdad?

—Así es, señor vicario. Trato de hacer cuanto puedo.

Poco a poco la medicina fue haciendo su efecto y mister Carey se adormeció. Philip se dirigió a la cocina y le preguntó cómo podía resistir tanto. Desde hacía meses descansaba muy poco.

—¿Qué quiere que haga? El pobre señor no puede hacer nada sin mí. Y aunque a veces resulte enojoso no puedo menos de quererle. Son tantos los años que llevo a su lado que de verdad le digo a usted que no sé lo que haré cuando se haya ido.

Se había aficionado al viejo. Lo lavaba y lo vestía, le daba de comer, se levantaba cinco o seis veces todas las noches. Dormía en la habitación contigua a la del vicario y en cuanto éste se desvelaba empezaba pronto a agitar la campanilla. Lo mismo podía morir de un momento a otro que podía continuar viviendo durante meses. Era extraordinaria tanta tenacidad, tanta devoción hacia un extraño.

Le parecía a Philip que la religión predicada por su tío toda la vida no tenía para el vicario más que una importancia formal. Cada domingo iba el cura a suministrarle la Santa Comunión y él leía a menudo la Biblia. Pero era evidente que la muerte le producía horror. Creía que era la puerta de la vida eterna, pero no deseaba atravesar el umbral. Aquejado de un sufrimiento continuo, embutido en su sillón, sin esperanza de volver nunca más al aire libre y entregado como un niño a los cuidados de una criada, se asía firmemente al mundo que conocía.

Philip quería hacerle una pregunta, pero estaba seguro de que su tío le daría una respuesta convencional. Deseaba saber si ahora que la máquina estaba gastada, si ahora que el fin estaba próximo, creía todavía el eclesiástico en la inmortalidad del

alma. Seguramente, en el fondo del alma del viejo, quizá sin que la cosa se le concretara en palabras, existía la convicción de que Dios no existe y de que después de este mundo no hay nada.

La noche del día de san Esteban se hallaba Philip sentado en el comedor en compañía de su tío. Había de partir a primeras horas de la mañana siguiente con el fin de llegar a su trabajo a las nueve; por lo tanto debía despedirse entonces de mister Carey. El vicario estaba soñoliento y Philip, echado en el diván que había cerca de la ventana, dejó caer el libro que estaba leyendo y giró una mirada en torno a la habitación. ¿Cuánto podían valer los muebles? Se había paseado por la casa para examinar los objetos que conocía desde la infancia. Había algunas porcelanas que podían venderse a un precio discreto; para ello sería conveniente llevarlas a Londres. Pero los muebles eran de la época victoriana, de caoba, sólidos y feos. En una subasta, no salvaría nada. En la biblioteca tres o cuatro mil volúmenes, pero ya se sabe que los libros se venden mal. Todo lo más que podía aspirarse a sacar era un centenar de libras. Philip ignoraba la suma que su tío le dejaría al morir y por centésima vez calculó cuánto necesitaría para terminar sus estudios, examinarse y vivir durante el período de servicio en el hospital. Miró al viejo que dormía en aquel momento un sueño agitado. No había ya vida en aquel rostro consumido. Parecía más bien el morro de un extraño animal. Philip pensó que hubiera sido fácil poner término a aquella vida inútil. Lo pensaba cada noche cuando mistress Foster preparaba a su tío la poción que debía proporcionarle una noche tranquila. Había dos frasquitos; uno contenía la medicina que el viejo tomaba regularmente, y el otro el narcótico que usaba cuando el calor se hacía insoportable. Éste quedaba preparado y lo dejaban junto al lecho. Por lo general, el enfermo lo tomaba hacia las tres o las cuatro de la mañana. Era una cosa facilísima doblar la dosis… Moriría durante la noche y nadie sospecharía nada, pues el doctor Wigram esperaba aquel próximo fin. Sería una muerte sin sufrimiento. Philip apretó los puños al pensar en la falta que le hacía el dinero. ¿Qué eran para el viejo unos cuantos meses de aquella vida miserable? Para él, en cambio, aquellos pocos meses lo eran todo. Sentía que le faltaban las fuerzas al pensar que debería volver a la mañana siguiente a su trabajo, y se estremecía de horror. El corazón le latía rápidamente y aunque hacía un esfuerzo para librarse de aquel pensamiento no pudo lograrlo. ¡Era tan fácil, tan fácil! No experimentaba ninguna compasión por el viejo, a quien nunca había querido y el cual había sido siempre un perfecto egoísta. Egoísta con la mujer que lo adoraba; indiferente con el niño que se le había confiado. No era hombre cruel, pero sí un hombre estúpido y duro, esclavo de una mezquina sensualidad. Hubiera sido tan fácil… Pero no se atrevía. Temía a los remordimientos. El dinero no le serviría de nada si toda la vida tuviera que arrepentirse de lo que había hecho. Aunque se hubiera dicho a sí mismo frecuentemente que el remordimiento era inútil, a veces había ciertas cosas que

acudían a su memoria y lo atormentaban. Prefería no tener aquello sobre la conciencia.

Su tío abrió los ojos; Philip se sintió contento, pues así su aspecto era más humano. Estaba aún aterrado de aquella idea que le había asaltado unos instantes. ¡Había imaginado un delito! ¡Quién sabe si otras personas no tenían pensamientos semejantes! ¿Eran anormales o depravados?

—¿No tienes prisa por verme morir, Philip? —dijo de pronto su tío.

Philip sintió que el corazón le daba un salto.

—¡Dios mío, no!

—¡Bravo! Eres un buen muchacho. Me desagradaría si lo desearas. Cuando me marche, tendrás un poco de dinero; pero no debes tener demasiada prisa, porque en ese caso no te traería suerte.

Hablaba en voz baja, con una especie de ansiedad. Philip sintió algo así como una punzada en el corazón.

—Espero que vivas otros veinte años —dijo.

—Lo dudo. Pero si me curo del todo no veo por qué no pueda vivir aún tres o cuatro.

Calló y Philip no supo qué decir. Luego, como si hubiera continuado pensando en lo mismo, el viejo habló de nuevo:

—Todos tenemos derecho a vivir lo que podamos.

Philip quiso distraerle de aquellos pensamientos.

—A propósito, supongo que no sabrás nada de miss Wilkinson.

—Sí, he recibido una carta suya este año. Se ha casado.

—¿De veras?

—Sí, se ha casado con un viudo. Creo que están en excelente posición.

CXI

Al día siguiente Philip reanudó su trabajo. Pero la muerte, cuya llegada esperaba para pocas semanas después, se hizo esperar. Las semanas se convirtieron en meses. El invierno pasó y los árboles del parque se cubrieron de brotes y de hojas. Un terrible cansancio se apoderó de Philip. El tiempo pasaba y su juventud se iba marchitando. Dentro de poco desaparecería por completo sin que él hubiese realizado nada. Su trabajo, ahora que estaba seguro de poderlo dejar, le parecía completamente sin objeto. A pesar de ello, había llegado a ser un hábil dibujante de modelos, y aunque le faltaba inventiva, había adquirido una singular maestría en adaptar los figurines franceses al gusto inglés. A veces no quedaba descontento de sus esbozos, pero cuando ejecutaba del todo sus dibujos terminaba rompiéndolos muchas veces. Se dio cuenta de la leve irritación que se apoderaba de él cuando sus ideas no eran expresadas de modo adecuado, y le pareció divertido. Sin embargo, debía andar con pies de plomo. Cada vez que sugería algo original, mister Sampson rechazaba la idea: la clientela no quería nada demasiado vistoso. Y cuando se sirve a señoras respetables no puede uno mostrar un exceso de fantasía. Por dos veces riñó ásperamente a Philip; cuando no coincidían sus ideas, le parecía que el joven era presuntuoso.

—Mucho cuidado, joven, o de lo contrario se encontrará usted cualquier día en mitad del arroyo.

¡Qué suerte poderle dar un puñetazo en los hocicos! Pero era necesario dominarse. A fin de cuentas, la cosa no podía ya durar mucho. Y luego quedaría libre para siempre de toda aquella gente. A veces, poseído de una cómica desesperación, pensaba que su tío disfrutaba de una salud de hierro. Cualquiera, en sus circunstancias, habría muerto haría ya mucho tiempo. Pero cuando al fin recibió la noticia de que el vicario se hallaba moribundo, le cogió de sorpresa. En aquel momento estaba pensando en otra cosa. Era julio y dos semanas después pensaba ir a Blackstable a pasar sus vacaciones. Recibió una carta firmada por mistress Foster, diciéndole que el doctor no daba muchos días de vida a mister Carey. Si Philip quería verle por última vez tenía que ponerse en camino inmediatamente. Philip se presentó al encargado y le dijo que deseaba marcharse. Puesto al corriente de las circunstancias, mister Sampson no opuso ninguna dificultad. El joven se despidió luego de sus compañeros de sección. La razón de su partida se había difundido entre ellos, exagerando los detalles, así que todos creían que iba a heredar una fortuna. Mistress Hodges tenía lágrimas en los ojos cuando le estrechó la mano.

—No creo que le veamos muy a menudo —le dijo.

—Soy feliz al recobrar mi libertad —contestó Philip.

Cosa extraña; ahora le disgustaba dejar a aquellas personas que creía odiar. Cuando salió de la casa de Harrington Street no sentía alegría alguna. Había

disfrutado tanto por anticipado con ese pensamiento, que ahora permanecía indiferente. Partía como para unas vacaciones de pocos días.

—¡Qué carácter más estúpido tengo! —se dijo—. Deseo con enorme ardor las cosas y cuando las tengo me muestro siempre desilusionado.

Llegó a Blackstable a primeras horas de la mañana. Mistress Foster lo recibió en la cancela y la expresión de su cara le dijo que su tío aún estaba vivo.

—Hoy está un poco mejor. Posee una constitución extraordinaria.

Lo condujo al dormitorio. Mister Carey descansaba echado boca arriba. Dirigió a Philip una leve sonrisa en la que había un asomo de maliciosa satisfacción por haber podido salir adelante una vez más.

—Ayer creí que era el fin —dijo con voz débil—. Habían perdido toda esperanza, ¿no es verdad, mistress Foster?

—No se puede negar que tiene usted una constitución de hierro.

—Hay todavía vida en este viejo caparazón.

Mistress Foster dijo que el vicario no debía hablar. Tema que evitar el cansancio. Lo trataba como a un niño, con despotismo afectuoso, y verdaderamente había algo de infantil en la satisfacción del viejo por haber burlado la expectación. Comprendió inmediatamente que Philip había sido llamado y se divirtió ante la idea de que le hubieran Hecho ir para nada. Si no le daba ningún otro ataque cardíaco se repondría en un par de semanas. Ya otra vez había tenido ataques que hicieron creer que todo iba a acabar. Y, sin embargo, no se había muerto. Todos hablaban de su constitución, pero ninguno sabía lo sólida que era.

—¿Te quedarás un par de días? —preguntó a Philip fingiendo creer que había venido a pasar unas cortas vacaciones.

—Estaba pensando en ello —respondió Philip alegremente.

—Un poco de aire del mar te sentara bien.

El doctor se presentó y después de haber examinado al enfermo se alejó acompañado de Philip, adoptando un aire propio de las circunstancias…

—Temo que esta vez sea el fin, Philip. Será una gran pérdida para todos nosotros. ¡Calcule, lo conozco desde hace treinta y cinco años!

—Me parece que ahora está bastante bien.

—Lo tengo así a fuerza de drogas, pero no puede durar. Estos dos últimos días ha sido terrible. He creído que se moría cinco o seis veces.

Permaneció en silencio durante algunos minutos. Al llegar a la cancela dijo de improviso a Philip:

—¿Mistress Foster no le ha dicho nada?

—¿Sobre qué?

—Es muy supersticiosa. Se le ha metido entre ceja y ceja que nuestro enfermo está atormentado por una idea fija y que no puede morir hasta que se haya librado de

ella. Pero él no se decide a confesarla.

Philip no respondió, y el médico continuó:

—Es absurdo. Ha llevado una vida ejemplar, ha cumplido siempre su deber, ha sido un magnífico pastor, cuya falta no dejaremos de sentir. No puede tener nada que reprocharse. Dudo mucho que el que le suceda sea tan bueno como él.

Durante algunos días el estado de mister Carey no sufrió ningún cambio, a excepción de la pérdida de apetito; hasta entonces mister Carey había gozado de un apetito excelente. El doctor Wigram no dudaba ahora en suministrarle calmantes continuamente a fin de mitigar su neuritis. Esto y el temblor constante de los miembros iban minándolo poco a poco. Su mente permanecía lúcida. Philip y mistress Foster se alternaban para cuidarle. Mistress Foster estaba tan cansada después de tantos meses de cuidados, que Philip insistió en velar él al enfermo para que la buena mujer descansara durante la noche. Pasaba sentado largas horas en un sillón para no adormecerse demasiado profundamente, y a la luz de una vela protegida por una pantalla leía *Las mil y una noches*. No había vuelto a leer el libro desde que era niño, y así recordaba los años de su infancia. A veces permanecía escuchando el silencio de la noche. Cuando los efectos del calmante se disipaban, mister Carey se agitaba y lo llamaba.

Un amanecer, mientras los pájaros cantaban en los árboles, lo llamó. Acercóse a la cama. Mister Carey yacía echado sobre su espalda, con los ojos fijos en el techo. No los volvió hacia Philip. Tenía la frente bañada en sudor. El sobrino cogió un pañuelo y se la secó.

—¿Eres tú, Philip? —preguntó el viejo.

Philip quedó asombrado ante el cambio de voz operado. Ahora era baja y ronca. Sólo podía hablar de aquel modo un hombre presa del mayor terror.

—Sí. ¿Quieres algo?

Un silencio. Los ojos, que no veían, continuaban mirando al techo. Luego un espasmo contrajo el rostro.

—Creo que voy a morir.

—¡Qué tontería! Te quedan todavía varios años de vida.

Dos lágrimas corrieron por las mejillas del viejo. Philip se sintió terriblemente trastornado. Su tío no había dado nunca pruebas de sentir la menor emoción. Verlo llorar era tremendo. Significaba que sentía un espanto invencible.

—Manda llamar a Simmonds. Quiero comulgar.

Mister Simmonds era el cura.

—¿En seguida? —preguntó Philip.

—Después sería demasiado tarde.

Philip fue a despertar a mistress Foster, pero ya estaba levantada. Le dijo que

mandara al jardinero con una carta y regresó seguidamente a la habitación de su tío.

—¿Lo has mandado llamar?

—Sí.

Un silencio. Sentado junto al lecho, Philip enjugaba de vez en cuando la frente del enfermo bañada de sudor.

—Deja que te coja la mano, Philip —dijo finalmente el viejo.

Philip le dio la mano y él se cogió a ella como si se aferrara a la vida. Seguramente no había querido nunca a nadie de veras, pero ahora se aproximaba instintivamente a un ser humano. Su mano, húmeda y fría, apretaba la de Philip con débil y desesperada energía. Luchaba contra el miedo a la muerte, y Philip pensó que a todos les llegaba el turno de sufrir aquella misma pena. No podía vencer el sentimiento de piedad que le inundaba el corazón.

¡Qué caro se paga el privilegio de ser superiores a los animales!

Permanecieron en silencio, un silencio roto solamente por las veces que mister Carey, con voz tenue preguntaba:

—¿No ha venido todavía?

Al cabo el ama de gobierno entró para decir que mister Simmonds había llegado. El cura sacó el cáliz de la comunión. Mister Simmonds estrechó la mano a Philip sin hablar. Luego se acercó gravemente al moribundo. Philip y mistress Foster salieron de la habitación.

Philip paseó por el jardín húmedo de rocío. Los pájaros cantaban alegremente. El cielo estaba azul y el aire, saturado de perfumes salinos, era suave y fresco. Las rosas habían florecido y el verde de los árboles y de la hierba era brillante y vivo. Mientras continuaba su paseo pensaba emocionado en el misterio que se estaba desarrollando en la habitación de su tío. Poco después mistress Foster fue a llamarle, diciéndole que su tío deseaba verlo. El cura metía su indumentaria en la maleta. El moribundo movió la cabeza y saludó a su sobrino con una sonrisa. Philip se asombró ante el cambio que se había operado. Los ojos del enfermo habían perdido la expresión de angustia y su rostro ya no aparecía contraído. Parecía feliz y sereno.

—Ahora ya estoy preparado —dijo en voz distinta a la de antes—. Cuando el Señor quiera llamarme, estoy dispuesto para ponerme en sus manos.

Philip no dijo nada. Comprendió que su tío era sincero. Aquello era casi un milagro. El Cuerpo y la Sangre del Salvador le habían dado la fuerza necesaria para no tener miedo al inevitable paso hacia la noche eterna. Sabía que había de morir y estaba resignado. Aún pronunció una frase:

—Voy a reunirme con mi querida esposa.

Esto llenó de asombro a Philip. Recordó el egoísmo con que el vicario había tratado a su mujer, y su insensibilidad ante aquel amor humilde y devoto. El cura, profundamente conmovido, se marchó, y mistress Foster lo acompañó llorando hasta

la puerta. Mister Carey, agotado por el esfuerzo, cayó en un ligero sopor y Philip se sentó junto al lecho para esperar el fin. La mañana pasó. La respiración del viejo se hizo ruidosa. El doctor volvió y declaró que el anciano se encontraba en sus últimos momentos. El vicario había perdido el conocimiento y acariciaba ligeramente la sábana. Estaba agitado y emitía de vez en cuando un gemido. El doctor se limitó a ponerle una inyección.

—No puedo hacer nada. El fin es inminente.

Miró el reloj y luego al enfermo. Philip vio que era la una. Evidentemente el doctor Wigram pensaba en su comida.

—Es inútil que espere —le dijo Philip.

—Verdaderamente no puedo hacer más.

Cuando el doctor se hubo marchado, mistress Foster rogó a Philip que fuera a casa del carpintero, que era también sepulturero, para decirle que mandara a una mujer que se cuidara más tarde del cadáver.

—Tiene usted necesidad de un poco de aire —le dijo—. Le sentará bien el paseo.

El carpintero vivía a media milla de distancia. Philip cumplió el encargo.

—¿Cuándo ha muerto el pobre señor vicario?

Philip titubeó. Le pareció que produciría mala impresión llamar a una mujer para que lavase el cadáver cuando su tío estaba todavía vivo, y se preguntó por qué le habría enviado mistress Foster. Dirían seguramente que el joven tenía una gran prisa en ver muerto a su tío. Le pareció que el hombre lo miraba de un modo extraño mientras repetía su pregunta. Aquella insistencia irritó a Philip. Después de todo, la cosa no le importaba.

—¿Cuándo ha expirado el señor vicario?

El primer impulso de Philip fue responder que había muerto en aquel momento, pero si la agonía duraba todavía algún tiempo la cosa iba a parecer inexplicable. Enrojeció, respondiendo un tanto confuso:

—¡Oh!, lo que se dice muerto no lo está.

El carpintero le miró perplejo; y Philip se apresuró a explicar:

—Mistress Foster está sola y desea tener junto a ella a una mujer. Lo comprende usted, ¿no es verdad? Puede darse el caso de que a estas horas ya esté muerto.

—Comprendo —asintió el carpintero—. La mandaré en seguida.

Al regresar al vicariato, Philip subió al dormitorio. Mistress Foster, sentada junto al lecho, se puso en pie.

—Está como cuando usted lo dejó.

Entró en la cocina para comer algo y Philip permaneció observando con curiosidad los procesos que iba haciendo la muerte. No quedaba ya nada de humano en el ser en estado inconsciente que luchaba todavía. De vez en cuando un estertor se escapaba de su boca abierta. El sol lanzaba sus ardientes rayos desde un cielo sin

nubes. Pero los árboles del jardín proyectaban una sombra fresca y agradable. Era un magnífico día. Una gran mosca azulina zumbaba tropezando contra los cristales de la ventana. De pronto un estertor más fuerte sobresaltó a Philip. Un temblor agitó los miembros del viejo. Había muerto. La máquina se había parado. La mosca azul zumbaba y zumbaba ruidosamente, chocando repetidamente contra los cristales.

CXII

Joshua Graves, con su acostumbrada habilidad, acertó a organizar un entierro decente y al mismo tiempo económico. Cuando todo hubo acabado. Graves regresó al vicariato en compañía de Philip. El testamento había sido confiado a él. Se lo leyó al joven ante una taza de té. Estaba escrito en media hoja de papel. Mister Carey dejaba todo cuanto poseía a su sobrino: los muebles, una cuenta corriente en la Banca de cerca de ochocientas libras, veinte acciones de la compañía ABC, algunas de la fábrica de cervezas Allsop's, algunas de un *music-hall* de Oxford, y unas pocas de un restaurante de Londres. Aquellos títulos habían sido comprados por consejo de Graves, según declaró satisfecho a Philip.

—La gente tiene siempre necesidad de comer, de beber y de divertirse. Debido a esto se va siempre sobre seguro cuando se emplea el dinero en lo que la gente tiene como indispensable.

Las acciones representaban un capital de cerca de quinientas libras y a esto se debía sumar la cuenta en la Banca y lo que pudiera sacar por los muebles. Aquella riqueza era para Philip. Sin ser feliz, se sintió extraordinariamente aliviado. Mister Graves lo dejó después de haber hablado de la subasta que debería verificarse lo más pronto posible. Philip se sentó para examinar las cartas del difunto. El reverendo William Carey había tenido siempre la manía de no destruir nada. Había varios paquetes de facturas saldadas, todo en perfecto orden. El vicario conservaba no sólo las cartas recibidas, sino las cartas escritas por él. Había un paquete de cartas amarillentas escritas a su padre en el año 1840, cuando todavía era estudiante en Oxford y había ido a pasar las vacaciones a Alemania. Philip les echó una ojeada. Era un William Carey bastante distinto del que había conocido. Sin embargo, había en el muchacho algunos rasgos que podían haber hecho prever a un hombre sutil, el hombre que se iba a formar. El estilo era ceremonioso y hasta pomposo. Se comprendía que el joven tenía la manía de ver todo lo que era importante. Las cartas describían con entusiasmo los castillos del Rin. Ante las cascadas del Schaffhouse el futuro reverendo había dado gracias «al Creador del Universo, por sus obras maravillosas».

Toda la tarde y la noche Philip se la pasó leyendo aquella correspondencia. Echaba una ojeada a la dirección y a la firma, y cuando no le interesaba rompía la carta en dos trozos y la arrojaba a un cesto que tenía al lado. De pronto apareció una carta cuya firma decía: Ellen. No conocía aquella caligrafía angulosa, fina y anticuada. Empezaba diciendo: «Mi querido William» y terminaba «Tu afectísima hermana». Comprendió. ¡Era su madre! Nunca había visto una carta de ella y la escritura materna le era desconocida. Precisamente hablaba de él.

Mi querido William:

Stephen te escribe para agradecerte las felicitaciones por la noticia del nacimiento de nuestro hijo y por tus afectuosos votos. Gracias a Dios, los dos estamos muy bien y yo estoy profundamente reconocida por la gracia que me ha sido concedida. Ahora que ya puedo coger la pluma deseo deciros tanto a ti como a la querida Louisa cuánto os agradezco la bondad que me habéis demostrado en esta ocasión y siempre, después de mi matrimonio.

Ahora quiero pedirte un gran —favor, Stephen y yo deseamos que tú seas el padrino del niño y esperamos que aceptarás. Sé que no te pido una pequeña cosa, pues estoy cierta de que tú asumirás con la mayor responsabilidad este cargo. Pero deseo que aceptes porque eres eclesiástico además de ser tío del niño. Pienso mucho en el bienestar de esta criatura y ruego a Dios día y noche para que mi hijo sea bueno y honrado. Con tu ayuda espero que llegará a ser un buen soldado de Cristo y que durante toda la vida será humilde, devoto y temeroso de Dios.

Tu afectísima hermana.

ELLEN

Philip dejó la carta e, inclinándose hacia adelante, escondió el rostro entre las manos. Se sentía profundamente conmovido y al mismo tiempo desconcertado. Aquel tono religioso, que por otra parte no le parecía ni insulso ni sentimental, le llenaba de estupor. De su madre, muerta hacía casi veinte años, no sabía sino que había sido bella. Era asombroso enterarse ahora que había sido sencilla y creyente. No había pensado nunca en esta faceta de su carácter. Releyó lo que decía de él y lo que esperaba que le sucediese. En verdad había llegado a ser algo muy distinto. Reflexionó un momento sobre aquello: tal vez hubiese sido mejor que su madre muriera. Un súbito impulso le obligó a estrujar la carta entre sus manos. Tanta ternura y sencillez la hacía aparecer particularmente confidencial. Le parecía una indiscreción leer la revelación de la dulce alma materna. Continuó el repaso de la correspondencia.

Pocos días después regresó a Londres, y por primera vez, después de dos años, entró de día en el vestíbulo del hospital de San Lucas.

El secretario, sorprendido al verlo, le preguntó con curiosidad qué había hecho durante todo aquel tiempo. La experiencia había dado a Philip cierta confianza en sí mismo y un distinto modo de considerar las cosas. Una pregunta semejante, formulada en otro tiempo, le habría embarazado. En la actualidad respondió fríamente, con una forzada imprecisión que excluía toda ulterior demanda. Dijo que

asuntos particulares le habían obligado a interrumpir sus estudios; ahora deseaba obtener el título lo más pronto posible. El primer examen que podía realizar era el de obstetricia y ginecología. Solicitó, pues, entrar como ayudante en el curso destinado a las enfermedades femeninas, y como aún duraba el período de vacaciones no le fue difícil ser aceptado. Combinó su servicio para la última semana de agosto y la primera y segunda de setiembre. Después de aquel coloquio atravesó la escuela, más o menos desierta, ya que los exámenes que se celebraban después de la estación estival habían terminado, y empezó a pasear por la terraza que se abría sobre el río. Su corazón saltaba de alegría. Una vida nueva se abría ante él. Detrás quedaban todos los errores, las locuras y las miserias del pasado. El río que corría ante sus ojos le decía que todo pasaba, pasaba siempre, y que nada tenía importancia. Le esperaba un porvenir rico en promesas.

Volvió a Blackstable y se ocupó en arreglar la situación. La venta fue dejada para mediados de agosto, cuando la presencia de los veraneantes podía hacer esperar que se obtuvieran precios mejores. Se hicieron catálogos que fueron expedidos a varios revendedores de libros de Tercanbury, Maidstone y Ashford.

Una tarde, Philip quiso ir a Tercanbury para ver su antiguo colegio. No había estado allí desde el día que lo abandonó lleno de alegría, con la impresión de ser ya dueño de sí. Experimentó una sensación extraña al recorrer aquellas calles que le habían sido familiares durante tantos años. Miró las viejas tiendas, que inmutables, vendían las mismas cosas que antes. Los libreros exponían en un escaparate libros de estudios, libros religiosos y las últimas novelas, y en el otro las fotografías de la ciudad y de la catedral. Las tiendas de artículos deportivos ofrecían bastones para jugar al cricket, raquetas de tenis, balones para jugar al fútbol y artículos de pesca. El sastre seguía en el mismo sitio, lo mismo que el vendedor de pescado donde se surtía su tío cuando iba a Tercanbury. Recorrió la casa de ladrillos rojos donde estaba la escuela preparatoria. Un poco más allá se veía la cancela de entrada de la King’s School; pasó el umbral y se detuvo ante el cuadrilátero en torno al cual se alzaban los distintos edificios. Estaban a punto de dar las cuatro y los muchachos se disponían a salir de las clases. Pasaron los profesores con su toga y sus birretes cuadrados; todos eran desconocidos. Habían pasado más de diez años desde su partida y en ese lapso de tiempo habían sobrevenido muchos cambios. Distinguió al director, que se dirigía lentamente hacia su vivienda, hablando con un muchacho que supuso alumno del sexto curso. Estaba muy poco cambiado; alto, pálido, con aspecto romántico, tal como Philip lo recordaba, con los mismos ojos ardientes de antaño; pero la barba, que era negra, se había vuelto gris y el rostro estaba surcado de profundas arrugas. Philip sintió deseos de saludarle, pero le detuvo el temor de que el director no se acordara ya de él; la idea de haberle de explicar quién era le pareció insoportable.

Algunos alumnos se habían detenido hablando entre ellos; otros se apresuraron a

irse a cambiar de traje para salir a jugar al frontón; otros, en grupos de dos o tres, atravesaron la cancela, sin duda para irse al campo de cricket. Y otros, por último, se dirigieron a jugar al tenis. Philip permanecía en medio de ellos como un extraño. Algunos de los alumnos le lanzaron una mirada indiferente; pero en aquel lugar no eran raros los visitantes, atraídos por la belleza de la escalinata, y de ahí que despertasen poca atención. El joven los miró con curiosidad, midiendo melancólicamente la distancia que existía entre ellos y recordando con amargura sus grandes esperanzas y el mísero resultado. Habían transcurrido bastantes años y muchos de ellos fueron desperdiciados estúpidamente. Y aquellos muchachos, vivos y despabilados, hacían ahora lo mismo que él había hecho. Le parecía que no había pasado más de un día desde que dejó el colegio; sin embargo, en aquel lugar donde conoció a todos, por lo menos de nombre, no conocía ya a nadie. Y pasados otros cuantos años, aquellos alumnos serían allí tan extraños como ahora lo era él, mientras que otros ocuparían su lugar. Pero tal reflexión no le produjo ningún consuelo y sólo sirvió para mostrarle la futilidad de la existencia humana. Cada generación repetía las ocupaciones de la generación anterior. ¿Quién sabe lo que habían llegado a ser sus antiguos condiscípulos? Se aproximaban ya a la treintena; algunos habrían muerto seguramente, pero otros se habrían casado y serían padres de familia; militares, eclesiásticos, médicos, abogados, todos eran ya hombres hechos que empezaban a alejarse de la juventud. ¿Habrían desperdiciado su vida, como él desperdició la suya? Recordó a un muchacho a quien había querido mucho; era extraño, pero no acertaba a recordar su nombre, a pesar de que lo veía perfectamente ante él con los ojos de la imaginación. Fue un gran amigo suyo. Y recordó los celos que sufrió entonces. Era irritante no acordarse del nombre. Habría dado Dios sabe qué por ser todavía un muchacho como aquellos que atravesaban el patio. De poder volver a empezar la vida habría evitado los errores. Se sintió terriblemente solo. Casi llegó a echar de menos la miseria de sus dos últimos años, y a que en él disminuyese el sufrimiento que ésta le producía. «Ganarás el pan con el sudor de tu frente» no era una maldición que pesaba sobre el género humano, sino el bálsamo que le reconciliaba con la existencia.

CXIII

Al comenzar la última semana de agosto Philip empezó a prestar servicio. Era una tarea fatigosa, pues, por término medio, asistía a tres partos cada día. La mujer se había de procurar por anticipado una «tarjeta» del hospital. Llegado el momento, enviaba a alguien, generalmente a una niña, con la tarjeta. La niña o quien llevara el papel llegaba al hospital directamente desde el otro lado de la calle, donde habitaba Philip. Por la noche el portero del hospital, que tenía la llave del portalón de su casa, iba a despertar al joven. Había algo de misterioso en el hecho de levantarse en plena oscuridad y atravesar las calles desiertas. En aquellas horas era casi siempre el marido el que llevaba la tarjeta. Si había tenido ya otros hijos, ese marido afrontaba por lo general el acontecimiento con indiferencia; pero si hacía poco que se había casado se mostraba nervioso y a veces intentaba distraer su ansiedad embriagándose. A menudo habían de recorrer una milla o más, y Philip, durante el camino, hablaba con el hombre que había ido a llamarle de las condiciones del trabajo y del coste de la vida. Así se dio cuenta Philip de cómo se vivía en aquella orilla del río. El joven inspiraba confianza a las personas entre las que se veía obligado a actuar, y durante las largas horas de espera en una habitación mal aireada, junto a la parturienta acostada en el gran lecho, hablaba tranquilamente con la madre de la enferma y con la comadrona, que lo trataba como a un viejo conocido. Las circunstancias en que había vivido durante dos años le habían enseñado muchas cosas sobre la clase pobre, y las mujeres se divertían al hallarle tan bien informado y quedaban impresionadas por el hecho de que Philip no se dejara engañar por sus pequeños subterfugios. Era bueno, tenía una mano suave y no perdía nunca la paciencia. Aceptaba de buena gana una taza de té, y cuando llegaba la madrugada, si todavía estaban esperando, le ofrecían una rebanada de pan con mantequilla. No era melindroso para la comida y se había acostumbrado a comer de todo con buen apetito. Algunas de las viviendas, situadas en sórdidas casas de vecindad, en el fondo de sucios patios sin luz ni aire, eran verdaderamente tristes; pero otras, aunque en ruinas, con el suelo deteriorado y el techo lleno de goterones, mostraban inesperadamente cierta grandeza.

Había en ellas balaustradas de encina hermosamente talladas y paredes adornadas todavía con ensambladuras de madera. En cada habitación vivía una familia. Durante el día no cesaba el ensordecedor ruido que los niños producían jugando en el patio. Las viejas paredes eran nidos de insectos, y el aire estaba tan viciado que Philip, amenazado por el mareo, se veía obligado a encender su pipa.

El hospital exigía a la madre que permaneciera en la cama por lo menos durante diez días, pero la madre no podía cumplir tal requisito sino muy raras veces. No se encontraba ninguna mujer que quisiera cuidarse gratuitamente de los niños, y el marido armaba una bronca si el té no estaba preparado cuando volvía a su casa

cansado de trabajar. Philip había oído decir siempre que los pobres se ayudaban unos a otros, pero el caso es que todas las parturientas se lamentaban de no hallar una vecina dispuesta a lavar la ropa y a hacer la comida para los niños sin cobrar un céntimo, y ellas no podían pagar. Escuchándolas e interpretando sus reticencias, Philip comprendía lo poco que había de común entre los pobres y las clases superiores. Aquéllos no envidiaban a éstos porque su existencia era muy distinta y tenían una idea de la vida cómoda que hacía parecer rígida y ceremoniosa la conducta de la clase media. Por otra parte, sentían cierto desprecio por aquellas gentes que no trabajaban con sus propias manos. Los orgullosos deseaban sencillamente que los dejaran en paz, pero la mayoría consideraba a los ricos como gente a la que se debía explotar; sabían lo que tenían que decir para obtener las ventajas de la caridad pública y aceptaban los beneficios como un derecho creado por la estupidez de sus superiores y por su propia astucia. Soportaban al cura con indiferencia desdeñosa, pero las damas visitadoras suscitaban en ellos un profundo odio. Aquellas señoras entraban y abrían la ventana sin ni siquiera pedir permiso. («Con mi bronquitis, comprende usted. Es abrirme la puerta para el otro mundo.») Metían la nariz en todos los rincones, y si no decían que la habitación estaba sucia, se veía perfectamente que lo pensaban. «Es fácil para ellas, que tienen criadas; pero quisiera verlas si tuvieran ellas que limpiarse la habitación, y cocinar, y coserse los vestidos teniendo cuatro hijos.»

Philip se dio cuenta de que la gran tragedia de la vida para aquella gente no era la separación o la muerte, acontecimientos naturales, cuyo dolor tiene su desahogo por medio de las lágrimas, sino la falta de trabajo. Philip conoció a un obrero que al llegar a casa, tres días después del parto de su mujer, anunció a ésta que se había quedado sin trabajo. Era albañil y en aquella época el trabajo escaseaba. Dio la noticia y se sentó ante la taza de té.

—¡Oh, Jim! —exclamó la mujer.

El hombre comió maquinalmente un poco de estofado que le habían guardado caliente para él. Miraba el plato sin hablar. Su mujer lo miró dos o tres veces y luego comenzó a llorar silenciosamente. El albañil era un hombre pequeño, con el rostro arruinado por trabajar a la intemperie y una gran cicatriz blanca en la frente. Con sus grandes y bastas manos rechazó el plato como si el esfuerzo que hacía para comer fuera demasiado arduo, y se volvió, fijando la mirada en la ventana. La ventana estaba en el último piso y daba al patio. No se veía otra cosa que el cielo lleno de nubes. El silencio parecía estar cuajado de desesperación. Philip no supo qué decir. Estaba cansado, pues había permanecido en pie casi toda la noche. Salió de allí rebosando indignación contra la crueldad del mundo. Sabía lo que era la desoladora busca de trabajo y el desaliento, todavía más difícil de soportar que el hambre.

Uno podía reconciliarse con la vida sólo conociendo su falta de significado. Le pareció a Philip que las personas que se pasaban el tiempo ayudando a la clase pobre

estaban en un error al intentar remediar lo que les parecía a ellas insoportable, sin darse cuenta de que no era tal para los que estaban habituados a ello. Los pobres no sentían ninguna necesidad de habitaciones aireadas. Padecían frío porque se alimentaban mal, y el aire puro les producía una sensación mayor de frío. Por otro lado, ellos intentaban consumir la menor cantidad posible de carbón. La promiscuidad no les producía ninguna molestia. Estaban habituados a no encontrarse nunca solos, lo mismo cuando nacían que cuando morían. La soledad los oprimía y el rumor constante de la casa penetraba en sus oídos sin que se dieran cuenta. No experimentaban la necesidad de bañarse continuamente, y Philip les había oído hablar muchas veces con indignación de la obligación de tomar un baño cuando entraban en el hospital. Era para ellos una afrenta y una cosa incómoda. Querían que los dejaran en paz. Cuando el marido tenía un trabajo continuo, la vida transcurría para ellos fácil y hasta agradable. Incluso podían ir a los espectáculos. Después del día de trabajo se bebía de buena gana un vaso de cerveza. La calle era una constante fuente de distracción y si tenía ganas de leer estaban el *Reynold's* y *The New of the World*. «¡Pero el tiempo pasa tan de prisa! De muchacha leía yo mucho. Ahora, por el contrario, entre unas cosas y otras, no tengo ni siquiera tiempo de leer el periódico.»

La costumbre imponía tres visitas después del parto. Un domingo Philip fue a ver una parturienta a la hora de la comida. La encontró levantada.

—No podía estar en la cama. No podía. No soy perezosa, y eso de estarse allí sin hacer nada me ponía nerviosa. Así que le he dicho a Erb: «Voy a levantarme y te prepararé la comida.»

Erb se había sentado ya a la mesa y tenía en la mano el tenedor y el cuchillo. Era un joven de rostro franco y ojos azules. Ganaba bastante. Se habían casado hacía pocos meses y los dos eran felices cuando miraban al rosado querubín que descansaba en una cuna al pie del lecho.

En la habitación había un apetitoso olor a bistec y los ojos de Philip se volvieron hacia el hornillo.

—En este momento iba a ponerlo en la mesa.

—No se detenga —repuso Philip—. Echaré un vistazo a su hijo y heredero y me voy al momento.

Marido y mujer se rieron de la frase de Philip y él se puso en pie para acompañar al joven hasta la cuna. Contempló a su hijo con orgullo.

—No se vive mal, ¿eh? —dijo Philip.

Cogió el sombrero. Mientras tanto la mujer de Erb había retirado del fuego el bistec y puesto sobre la mesa un plato de guisantes.

—Le ha preparado un buen almuerzo —dijo Philip.

—Mi marido sólo viene el domingo y me gusta prepararle algo bueno. Así los días de trabajo echa de menos su casa.

—¿No nos hará usted el honor de sentarse y comer un bocado con nosotros? —dijo Erb.

—¡Oh, Erb! —exclamó la mujer escandalizada.

—¡Claro que sí si me invitan! —respondió Philip con su simpática sonrisa.

—Es usted muy amable. ¡Ya sabía yo que no se ofendería! De prisa, Polly, trae otro plato.

Polly no salía de su asombro. Su marido era un hombre chocante; jamás se podía decir qué idea se le iba a ocurrir en cualquier momento. De todos modos cogió un plato, lo secó rápidamente con el delantal y cogió un cuchillo y un tenedor del cajón donde estaban guardados los cubiertos mejores cerca de los mejores vestidos. Sobre la mesa había un jarro de cerveza y Erb llenó un vaso para Philip. Del bistec quería darle la parte del león, pero Philip insistió en que dividiera la carne en partes iguales. La habitación, soleada, tenía dos balcones. Era el salón de una casa, si no lujosa, bastante elegante. Debía de haber sido habitada, medio siglo atrás, por un rico tendero o por un oficial retirado. Antes de casarse, Erb había sido jugador de fútbol. En las paredes se veían fotografías de equipos en actitud de reto. Todos aparecían con los cabellos muy bien peinados, y, en medio del grupo, el capitán, sentado con una copa entre las manos. Había fotografías de los padres de Erb y de su mujer vistiendo el traje de los domingos. Sobre la chimenea se veían conchas colocadas artísticamente sobre una roca en miniatura, y, a ambos lados, jarras de cerveza con la inscripción en letras góticas: «Recuerdo de Southend» y la vista de un muelle o de una explanada. Erb no carecía de cierto sentido común. Contrario a la Trade Union, se expresaba indignado contra la Union por haberle obligado a inscribirse. Según él, la Union no servía para nada. Nunca le había sido difícil encontrar trabajo: «Siempre le pagan a uno bien si se tiene la cabeza sobre los hombros y si se está dispuesto a hacer lo que sea.» Polly era menos valerosa. Si ella se encontrara en su lugar ya se habría inscrito. Durante la última huelga, cada vez que el marido salía a la calle, Polly tenía miedo de que se lo trajeran en una camilla. Se volvió a Philip.

—Es terco. Tiene la cabeza muy dura. Así que cualquier día se la romperán.

Después de comer, Philip entregó a Erb su petaca y los dos encendieron la pipa. A continuación se levantó, ya que en su casa podía haber algún aviso. Saludó a sus anfitriones. Sabía que les había proporcionado un placer compartiendo su comida, y ellos se dieron cuenta de que el joven había recibido la invitación con agrado.

—Hasta la vista, doctor —dijo Erb—. Espero tener un médico tan simpático la próxima vez que la señora vuelva a encontrarse en tales condiciones.

—¡Cállate, Erb! —replicó su mujer—. ¿Cómo puedes saber si eso sucederá otra vez?

CXIV

Las tres semanas de servicio terminaron. Philip había asistido a sesenta y dos partos y ya no podía más. La última noche, al volver a casa hacia las diez, deseaba con toda su alma que ya no le llamasen más. En diez días no había disfrutado de una noche completa de reposo. Volvía de haber asistido a un parto horrible. Había sido llamado por un hombrecito medio embriagado y conducido a un sórdido tabuco, después de haber atravesado el patio más maloliente y sucio que jamás había visto. Un lecho de madera, provisto de un sucio dosel de tela roja, ocupaba la mayor parte de la habitación. El techo era tan bajo que se podía tocar con las manos. Se acercó alumbrándose con la única vela que había, poniendo en fuga a un ejército de chinches. La mujer gorda, y ya no muy joven, había dado ya a luz cierto número de hijos, todos muertos al nacer. Era una historia que Philip no oía por vez primera. El marido había sido soldado en la India. La legislación impuesta por la prevención inglesa daba libre curso a ciertas enfermedades y las criaturas sufrían las consecuencias. Al regresar a su casa, Philip se desnudó y tomó un baño. Luego metió su ropa en agua, contemplando los insectos que caían de ella. Apenas se había metido en la cama cuando oyó llamar a la puerta. El portero del hospital le traía una carta.

—¡Que el diablo lo lleve! Usted es precisamente la última persona que deseaba ver esta noche. ¿Quién la ha traído?

—Creo que es el marido. ¿Le digo que espere?

Philip echó una mirada a la dirección y vio que se trataba de un sitio que conocía. Dijo al portero que él solo encontraría la calle, se vistió rápidamente y cinco minutos después salió llevando su bolsa negra. Un hombre que no acertó a distinguir en la oscuridad se le acercó diciendo que era el marido.

—He preferido esperar, doctor. Habito en un mal barrio y como no le conocen…

Philip se echó a reír.

—¡Vamos, hombre! Al doctor le conocen todos. He estado en sitios peores que la calle Waver.

Y era verdad. La maletilla negra era un salvoconducto para pasar por calles de peor fama y por los patios más innobles, en los que un policía no hubiera osado internarse solo. Alguna vez un grupo había examinado a Philip con curiosidad mientras pasaba y él había oído un murmullo y una voz diciendo:

—El médico del hospital.

Algunos decían también:

—Buenas noches, doctor.

—Debemos apresurar el paso si no le disgusta —dijo el que lo acompañaba—. Me han dicho que no había tiempo que perder.

—¿Por qué ha venido tan tarde? —preguntó Philip.

Lanzó una mirada a su compañero cuando pasaban bajo la luz de un farol.

—Parece usted muy joven —le dijo.

—Tengo dieciocho años cumplidos.

Era rubio, imberbe y bajito, pero membrudo.

—Es usted joven para estar casado.

—Nos hemos tenido que casar por fuerza.

—¿Cuánto gana usted?

—Dieciséis chelines.

Eran pocos chelines a la semana para mantener a una mujer y a un niño. La habitación acusaba una extrema pobreza. Parecía muy grande porque estaba casi vacía de muebles. No se veía ninguna alfombra, ningún ornamento en las paredes, a excepción de algunas fotografías y de las ilustraciones de Navidad de cierta revista. La mujer se encontraba en una camita de hierro. Era muy joven.

—¡Caramba! No debe de tener más de dieciséis años —dijo Philip a la mujer que la asistía.

En el hospital había declarado dieciocho años; pero cuando eran muy jóvenes se aumentaban de buena gana un año o dos. Además era guapa, cosa rara en aquella clase en que la salud está por lo general arruinada por la mala alimentación, por el aire viciado o por el trabajo malsano. Sus facciones eran delicadas; tenía grandes ojos azules y una gran mata de cabellos negros. Tanto ella como el marido estaban nerviosísimos.

—Es mejor que espere usted fuera, pero al alcance de mi voz por si tengo necesidad de usted —le dijo Philip.

Ahora que la veía mejor se quedó nuevamente sorprendido ante su aspecto juvenil. Producía la impresión de que hubiera estado mejor jugando en la calle con otros muchachos que no esperando ansiosamente el nacimiento de un hijo. Las horas pasaban. El niño no nació antes de las dos. Todo parecía haber ido satisfactoriamente. El marido fue llamado. El abrazo tímido y torpe que dio a su mujer conmovió a Philip. Éste guardó su instrumental, pero antes de marcharse tomó de nuevo el pulso a la joven.

—¡Qué es esto! —dijo.

Le dirigió una viva mirada. Había ocurrido algo. En casos de urgencia era necesario llamar al ayudante de obstetricia. Era un médico que había terminado ya la carrera y Philip dependía de él. El joven garrapateó dos palabras en un papel y dijo al marido que corriera al hospital. Su mujer estaba en peligro. El joven se apresuró a cumplir la orden. Philip esperó lleno de ansiedad. Sabía que la joven estaba perdiendo una gran cantidad de sangre y temía que muriera antes de la llegada de su superior. Entretanto hizo todo lo que pudo, confiando en que el médico no hubiera tenido que acudir a otro sitio. Los minutos le parecían interminables. Finalmente llegó el doctor

Chandler y mientras examinaba a la mujer interrogó a Philip en voz baja. Por la expresión de su rostro comprendió que encontraba el caso muy grave. Era un hombre alto, de pocas palabras, con una gran nariz y un rostro delgado, muy arrugado para su edad.

Inclinó la cabeza.

—Era un caso sin esperanza desde el principio. ¿Dónde está el marido?

—Le he dicho que espere en el descansillo.

—Es mejor hacerle entrar.

Philip abrió la puerta y lo llamó. Estaba sentado en la oscuridad, sobre el primer peldaño de la escalera que conducía al piso superior. Se acercó al lecho.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Una hemorragia interna. Es imposible contenerla —el doctor titubeó un momento, y como era algo penoso de decir intentó adoptar un tono brusco—. Se está muriendo.

El joven no dijo una palabra. Permaneció inmóvil contemplando a la mujer que yacía en el lecho, pálida e inconsciente. La comadrona habló:

—Estos señores han hecho todo lo posible, Harry. Pero yo lo he visto desde el primer momento.

—¡Cállese! —le ordenó Chandler.

Las ventanas carecían de cortinas y la noche parecía que se esfumara. Aún no había empezado a apuntar el alba, pero le faltaba poco. Chandler intentó prolongar la vida de la joven empleando todos los medios que tenía a su alcance, pero la vida huía de ella. De repente, la joven dejó de respirar. El muchacho permanecía en pie junto al extremo del pobre lecho de hierro, con las manos sobre los barrotes. No hablaba, pero estaba palidísimo y Chandler le echó una inquieta mirada en dos ocasiones, temiendo que se desvaneciera. La comadrona sollozaba ruidosamente, pero el joven no le prestaba atención. Tenía los ojos fijos en su mujer y en su mirada se leía el mayor extravío. Parecía un perro al que hubiesen apaleado sin haber dado motivos para ello. Cuando Chandler y Philip hubieron guardado sus instrumentos, el primero se volvió hacia el joven.

—Acuéstese un poco. Debe de estar usted rendido.

—No tengo dónde acostarme, doctor —respondió con una voz humilde que producía pena.

—¿No hay ningún vecino que pueda ofrecerle a usted un colchón?

—No, doctor.

—Están aquí desde hace sólo una semana —dijo la comadrona—. No conocen todavía a nadie.

Chandler titubeó. Luego, acercándose al hombre, le dijo turbado:

—Siento mucho lo que ha sucedido.

Le tendió la mano, y el joven, tras echar una ojeada a la suya para ver si la tenía limpia, se la estrechó.

—Gracias, doctor.

Philip, a su vez, le apretó la mano. Chandler indicó a la comadrona que fuera a la mañana siguiente a su casa para buscar el certificado. A continuación los dos médicos salieron de la casa y se pusieron a andar en silencio.

—Cuando uno no está todavía acostumbrado, estas cosas trastornan, ¿no es verdad? —dijo Chandler.

—Un poco.

—Si usted quiere, diré al portero del hospital que no le vaya a buscar más esta noche.

—De cualquier modo, mi servicio concluye por la mañana a las ocho.

—¿A cuántos partos ha asistido usted?

—A sesenta y tres.

—Perfectamente. Ahora tendrá usted ya su certificado.

Llegaron al hospital; el doctor entró a ver si alguien tenía necesidad de él y Philip siguió su camino. El día anterior había hecho mucho calor y entonces se empezaba ya a notar la atmósfera pesada. La calle se hallaba tranquilísima. Philip no sentía ningún deseo de irse a la cama. Había terminado su servicio y no tenía ninguna necesidad de apresurarse. Feliz de gozar aquel silencio y la fresca brisa que corría, se dirigió al puente para contemplar el alba sobre el río. Un guardia que estaba en la esquina lo saludó; lo había conocido por la maleta.

—Esta noche se le ha hecho tarde, doctor —le dijo.

Philip asintió a ello y siguió adelante. Se apoyó sobre el parapeto y miró hacia Oriente. A aquella hora la gran ciudad parecía una ciudad de muertos. El cielo estaba sin nubes y las estrellas empezaban a palidecer ante la inminencia del alba. Sobre el río se extendía una ligera neblina y los grandes edificios de la orilla izquierda parecían los palacios de una isla encantada. Cerca de la orilla se agrupaban unas cuantas barcas. Iluminado por una luz violácea, irreal, todo lo que Philip veía parecía envuelto en una turbadora majestad; pero poco después las cosas empezaron a ponerse pálidas; amarillas, frías. Más tarde salió el sol y los rayos de oro irisaron el cielo. Philip no podía apartar de sus ojos la visión de la joven muerta, pálida y exangüe, y del joven que permanecía en pie junto al lecho, semejante a un animal herido. La desnudez de la mísera estancia hacía que la triste visión fuera más dolorosa todavía. Era triste que aquella jovencita se viera privada de vivir en el momento en que precisamente empezaba a hacerlo; pero mientras se decía esto Philip pensó en la vida que le hubiera tocado vivir: la miseria, la lucha por la existencia, la juventud arruinada por las privaciones y transformada en madurez precoz. Vio asimismo el hermoso rostro envejecido y pálido, los cabellos ralos y mustios, las

manos nudosas y afeadas por la fatiga, parecidas a las garras de un viejo animal. Y más tarde, pasados los años, aparecerían para el marido las dificultades para encontrar trabajo, los salarios reducidos, la inevitable miseria de los últimos años. Por enérgica, trabajadora y económica que hubiera sido, nada habría podido salvarla. Al final de la vida le esperaba el asilo o la caridad de los hijos. Si la vida le ofrecía tan poco, ¿quién podía llorarla porque había muerto?

Pero no era necesario sentir piedad. Philip se dio cuenta de que aquella gente no tenía necesidad de ella. No se lamentaban. Aceptaban su suerte. Estaba en el orden natural de las cosas. De no ser así, ¡Dios!, de no ser ahí habrían atravesado el río, seguros y tranquilos, hacia los grandes edificios con objeto de saquearlos y quemarlos. Pero el día, tierno y pálido, había abierto ya y la niebla envolvía todas las cosas en una dulce irradiación. El Támesis aparecía gris, rosa y verde; gris como la madreperla y verde como el corazón de una rosa de té. Las escaleras y los depósitos del lado del Surrey se hallaban envueltos en una belleza inusitada. La escena era tan exquisita que el corazón de Philip empezó a latir con violencia. La belleza del universo le encantaba. Nada contaba junto a ella.

CXV

Philip estuvo en la clínica de urgencia las pocas semanas que faltaban para que comenzaran las clases de invierno y en octubre volvió a formar parte del servicio regular. Después de su larga ausencia, se encontraba, naturalmente, ante caras nuevas. Los estudiantes de cursos diversos no se conocían, por lo general, y los de la promoción de Philip habían acabado ya todos la carrera. Algunos de ellos se hallaban como ayudantes en hospitales de provincia y otros trabajaban en San Lucas. El cerebro de Philip había permanecido inactivo durante dos años y el descanso que tal circunstancia le proporcionó hacía que empezara ahora los estudios con mayor energía.

Los Athelny se alegraron mucho del cambio de situación de Philip. Cuando vendió los objetos de su tío, el joven se reservó para sí algunos e hizo regalos a todos los miembros de aquella familia. Para Sally apartó una cadena de oro que había pertenecido a tía Louisa. Sally era ya una mujer y trabajaba en casa de una modista de Regent Street, donde iba todas las mañanas a las ocho para permanecer trabajando todo el día. La muchacha poseía unos hermosos ojos azules, frente amplia y una mata de cabellos dorados; era robusta, con caderas provocativas y pecho erguido. Su padre se divertía burlándose de ella y advirtiéndole continuamente que tuviera cuidado de no engordar demasiado. Sally era atrayente por su femineidad y por su aspecto sano. Tenía muchos admiradores, pero ella no se preocupaba de ninguno; parecía que consideraba el amor como una tontería, y de ahí que sus pretendientes pensaran que la muchacha era inaccesible o poco menos. En relación a su edad, se mostraba en extremo razonable; habituada a ayudar a su madre en el gobierno de la casa y en el cuidado de sus hermanitos había adquirido cierto aire autoritario, por lo que mistress Athelny solía decir que Sally era demasiado independiente. Hablaba poco, pero con los años iba adquiriendo un suave sentido del humorismo y, a veces, hacía comprender por medio de una observación que, bajo aquella placidez aparente, la muchacha sabía divertirse a costa de los demás. Philip jamás se mostraba con ella con la afectuosa intimidad con que aparecía ante los demás de su familia. En ocasiones aquella indiferencia le irritaba levemente. Pensaba que en Sally había algo enigmático.

Cuando Philip le entregó la cadena de oro, Athelny, con su impetuosa manera de ser, insistió en que la muchacha le diera un beso; pero Sally se negó, enrojeciendo, y se apartó.

—¡Qué ingrata! —exclamó Athelny—. ¿Y por qué no quieres?

—Porque no me gusta que me besen los hombres —respondió.

Philip notó que Sally estaba turbada y, divertido, distrajo la atención de Athelny; lo cual no era nunca difícil. Pero, evidentemente, la madre habló a la chica del asunto,

pues durante la visita siguiente Sally aprovechó un momento en que se quedó sola con Philip para aludir al regalo.

—¿No pensó usted la semana pasada, cuando me negué a besarle, que yo era muy arisca?

—Nada de eso —contestó riendo Philip.

—Aquello no fue debido a falta de gratitud —enrojeció un poco al comenzar la frase ceremoniosa que había preparado—. Tendré siempre en mucha estima la cadena. Ha sido usted muy bueno regalándomela.

Resultaba siempre un poco difícil conversar con Sally. La muchacha hacía todo lo que debía hacer, pero sin experimentar la menor necesidad de hablar. Un domingo Athelny y su mujer habían salido, y Philip, considerado como de la familia, estaba leyendo en el salón. Sally entró en él y se sentó a coser junto a la ventana. Los trajes de los niños se hacían en casa, y la muchacha no podía permitirse el lujo de permanecer los días de fiesta sin trabajar. Philip creyó que la muchacha quería charlar y dejó el libro.

—Continúe leyendo —dijo Sally—. He venido a trabajar aquí porque estaba usted solo, pero no deseo charlar.

—Es usted la persona más silenciosa que he conocido.

—No tenemos necesidad de más charlas en casa.

No había ninguna ironía en su tono. Era la simple comprobación de un hecho. Pero Philip se dio cuenta de que para ella su padre ya no era el héroe que había sido durante su infancia y comprendió que Sally asociaba en su interior la brillante conversación de su padre con la negligencia que a veces había hecho difícil la vida de la familia. Comparaba la retórica del padre con el sentido práctico de la madre, y la vivacidad de él, aunque la divertía, a veces la irritaba. Philip la miró inclinada sobre su trabajo. Era sana, fuerte, normal. Era grande el contraste de ella con las otras muchachas, de seno liso y rostro anémico. También Mildred era anémica.

Algún tiempo después se supo que Sally tenía un pretendiente. Al salir algunas veces con varias compañeras de trabajo había conocido a un ingeniero electricista. Era un excelente partido. Un día la muchacha dijo a su madre que el joven le había pedido que se casara con él.

—¿Y qué le has respondido?

—Le he respondido que no me corría ninguna prisa casarme —hizo una pausa, como tenía por costumbre, de una frase a otra—. Pero, como me ha parecido que mis palabras le disgustaban, le he dicho que podía venir el domingo a tomar el té.

Para Athelny era una magnífica ocasión de representar su papel de padre noble. Ensayó durante todo el día ese papel hasta que los muchachos se fatigaron de tanto reír. Poco antes de la llegada del joven, Athelny sacó un fez egipcio e insistió en ponérselo.

—¡Quítatelo, Athelny! —dijo su mujer, que se había puesto de tiros largos, sacando del baúl un traje de terciopelo negro que se le había quedado estrecho, pues su cuerpo engordaba cada año—. Lo echarás a perder todo.

Quiso quitárselo, pero el hombrecito se le escapó fácilmente de entre las manos.

—¡No me toques, mujer! Nada me obligará a quitármelo. Es necesario demostrar a ese joven que la familia en la que se prepara a entrar no es de las vulgares.

—¡Déjale, mamá! —dijo Sally con su acostumbrada indiferencia—. Si a mister Donaldson no le gusta el sombrero puede retirarse, y tal día hará un año.

A Philip le pareció que el joven iba a ser expuesto a una prueba en extremo dura, ya que Athelny, con su chaqueta de terciopelo castaño, la corbata negra flotante y el fez rojo, era realmente un espectáculo demasiado extraordinario para un pobre e inocente ingeniero electrotécnico. La visita fue acogida por Athelny con la orgullosa cortesía de un grande de España, y por mistress Athelny con su habitual sencillez. Se sentaron juntos a la antigua mesa, en los sillones monacales de respaldo rígido, y mistress Athelny sirvió el té en una tetera de loza brillante que ponía una campesina nota inglesa en la reunión. Sobre la mesa había pastelillos y mermelada hecha en casa. Un verdadero té de casa de labranza en aquella casa de aspecto señorial. Athelny, por Dios sabe qué fantástica razón, empezó a hablar de historia bizantina. Había leído recientemente los últimos volúmenes de *Decadencia y caída de Bizancio*, y con el índice abierto enfáticamente vertió en los oídos estupefactos del pretendiente a la mano de su hija la historia escandalosa de Teodoro e Irene. Abrumaba a su invitado con un torrente de palabras, y el joven, reducido al silencio e intimidado, asentía de vez en cuando para demostrar su interés. Mistress Athelny no intervenía en la conversación de su marido, pero le interrumpía alguna que otra vez para ofrecer al ingeniero otra taza de té o un pastelillo. Philip observaba a Sally. Permanecía sentada, con los ojos bajos, tranquila y silenciosa. Las anchas cejas sombreaban sus mejillas. Imposible decir si la escena la divertía o si el joven le gustaba. Era impenetrable. Pero una cosa resultaba cierta: el ingeniero era un muchacho guapo, rubio, con la cara afeitada, las facciones regulares y la expresión honrada; alto y bien formado. Philip pensó que podía ser un magnífico compañero para ella y experimentó un sentimiento de envidia ante la felicidad que pensaba le estaría reservada en el porvenir.

De pronto el pretendiente se puso en pie para despedirse. Sally se levantó sin pronunciar una palabra y lo acompañó hasta la puerta.

Cuando regresó, le dijo su padre:

—¡Bien, Sally! Tu joven pretendiente es simpatiquísimo. Estamos dispuestos a acogerlo en el seno de la familia. No queda más que publicar las amonestaciones y yo compondré un epitalamio.

Sally empezó a quitar la mesa sin responder. De pronto se volvió hacia Philip.

—¿Qué piensa usted, mister Philip?

Siempre se había negado a llamarle «tío Philip», como hacían los otros muchachos, y no quería llamarle sólo Philip.

—Me parece que formarán ustedes una bella pareja.

Le lanzó una rápida mirada y ella enrojeció ligeramente, volviéndose a ocupar en su trabajo.

—Me ha parecido muy bien educado —dijo mistress Athelny—. Parece a propósito para hacer feliz a una mujer.

Durante un minuto o dos Sally no respondió, y Philip la miró con curiosidad. Quizá reflexionaba sobre lo que su madre le había dicho o quizá estaba en la luna.

—¿Por qué no respondes cuando se te habla, Sally? —preguntó su madre enfadada.

—Me ha producido el efecto de un necio.

—Entonces, ¿no le quieres?

—No.

—No sé qué esperas —añadió secamente mistress Athelny—. Es un muchacho con todas las de la ley y podrá hacerte una vida cómoda. ¡Somos ya tantas bocas aquí! Cuando se presenta una ocasión como ésta es una tontería no aprovecharla. Me figuro que incluso podrías tener una criada para los trabajos más pesados.

Philip no había oído nunca a mistress Athelny hacer una alusión tan directa a las dificultades de la vida. Por lo visto su sueño era ver colocados a todos sus hijos.

—Inútil insistir, mamá —dijo Sally con su calma acostumbrada—. No me casaré con él.

—No tienes corazón. Eres cruel y egoísta.

—Si quieres que me gane la vida, mamá, puedo meterme a criada.

—No digas estupideces. Sabes perfectamente que tu padre no te lo permitiría.

Philip tropezó con la mirada de Sally y le pareció ver en ella un relámpago de alegría. ¿Qué diversión podía haber encontrado en aquella conversación? Verdaderamente era una muchacha muy extraña.

CXVI

Philip trabajó intensamente durante su último año en el hospital de San Lucas. Estaba contento de la vida. Se sentía satisfecho de tener el corazón libre y dinero suficiente para atender todas sus necesidades. Había oído tantas veces hablar con desprecio del dinero… Los que hablaban así, ¿habían tenido alguna vez necesidad de él? Él sabía que la falta de dinero hace que el hombre se vuelva mezquino y avaro. Les estropea el carácter y hace que consideren al mundo desde un ángulo especial. Cuando uno se ve obligado a vivir con un sueldo muy pequeño, el dinero asume una importancia grotesca. Es necesario poseer el dinero suficiente para atribuirle su justo valor. Philip vivía una vida solitaria y no veía a nadie, exceptuando a los Athelny. Pero la soledad no le pesaba. Hacía proyectos para el porvenir y, a veces, le acudía a la mente el pasado. Su memoria se detenía en este o aquel viejo amigo, mas no hacía ningún esfuerzo para volverle a ver. Le hubiera gustado saber qué fin había tenido Nora Nesbit. En la actualidad se llamaba de otro modo, pero no acertaba a recordar el nombre del individuo que se había casado con ella. El hecho de haberla conocido le producía una indudable alegría, pues era una mujer buena y animosa. Una noche, hacia las once, en Piccadilly, vio a Lawson con traje de etiqueta. Probablemente regresaba de un teatro. Cediendo a un súbito impulso, Philip desvió por una calle lateral. No lo veía desde hacía años y no tenía objeto alguno reanudar la amistad interrumpida. No tenían nada que decirse. Philip no se interesaba ya por la pintura. Le parecía que ahora apreciaba la belleza mejor que cuando era joven.

A veces pensaba en Mildred. Evitaba deliberadamente las calles en las que podía encontrarla. Pero en ocasiones algo muy profundo, que se negaba a admitir, le hacía vagabundear por Piccadilly o Regent Street en las horas que había probabilidad de encontrarla. No sabía si deseaba o temía verla. Una vez creyó reconocerla por la espalda. Experimentó una extraña mezcla de miedo, de dolor y de disgusto. Cuando, después de haber apresurado el paso, se percató de que se había engañado, no supo si experimentaba una sensación de desilusión o de alivio.

A principios de agosto Philip sufrió su último examen, el de clínica quirúrgica, y acabó la carrera. Habían transcurrido siete años desde su ingreso en el hospital y estaba próximo a la treintena. Al descender la escalera de la Real Academia de Cirugía, llevando el pergamino que le autorizaba a ejercer la Medicina, el corazón le latía de satisfacción.

«Esta vez empezaré de veras una nueva vida», se dijo entre sí.

Al día siguiente se presentó al secretario para inscribirse entre los candidatos al servicio del hospital. El secretario, un hombrecillo con la barba negra, que se había

mostrado siempre muy amable con Philip, se alegró del buen éxito de éste y le dijo a continuación:

—¿No querría usted desempeñar una plaza interina durante un mes en el Mediodía? Tres guineas, comida y alojamiento.

—No me disgustaría del todo.

—Es en Farnley, en el Devonshire, al lado del doctor South. Tendría que salir en seguida. Su ayudante ha enfermado de los oídos. Creo que es un lugar muy agradable.

En el modo de hablar del secretario había algo que dejó a Philip un poco perplejo.

—¿Hay algo especial?

El secretario titubeó un momento, y luego dirigió a Philip una sonrisa conciliadora.

—Parece que es un viejo malhumorado y quisquilloso. Las agencias no quieren ya enviarle a nadie. Dice las cosas muy claras y esto no siempre gusta a la gente.

—Pero ¿cree usted que se contentará con un médico que apenas ha terminado la carrera? A fin de cuentas, no tengo ninguna experiencia.

—Debería sentirse muy contento de tenerle a usted —replicó diplomáticamente el secretario.

Philip reflexionó un momento. No tenía nada que hacer durante la semana siguiente y aquélla era buena ocasión para ganar un poco de dinero. Lo pondría aparte, para el viaje a España que pensaba emprender después del servicio en el hospital de San Lucas o en cualquier otro.

—Perfectamente, acepto.

—Pero es necesario que salga usted hoy mismo. ¿Puede hacerlo? Si puede, telegrafiaré inmediatamente.

Philip habría preferido tener algún día de tranquilidad. Pero acababa de ver a los Athelny la noche anterior —había corrido a llevarles la buena noticia— y verdaderamente no tenía ninguna razón para retardar el viaje. Hizo su equipaje a toda prisa. La misma tarde, hacia las siete descendía en la estación de Farnley y tomaba un coche para ir a casa del doctor South. Era una gran casa baja, adornada con estucos, cubierta de plantas trepadoras. Fue introducido en la sala de consultas. Un hombre escribía en su despacho. Alzó los ojos cuando la criada introdujo a Philip. Pero no se puso en pie ni pronunció una palabra. Se limitó a fijar sus ojos en Philip, el cual estaba desconcertado.

—Creo que soy esperado —dijo el joven—. El secretario de San Lucas le ha telegrafiado a usted esta mañana.

—He retrasado la cena media hora. ¿Tiene usted necesidad de lavarse?

—Con mucho gusto.

El extraño comportamiento del doctor South divertía a Philip. El doctor se puso en pie. Era de mediana estatura, delgado, con los blancos cabellos muy cortados y la

boca, grande, tan apretada que parecía como si no tuviera labios. Estaba completamente rasurado, a excepción de las pequeñas patillas, consiguiendo que pareciera aún más cuadrado aquel rostro dotado de una voluntariosa mandíbula. Llevaba un traje de gruesa lana color castaño, el cual le quedaba tan ancho como si hubiese sido hecho para un hombre más grueso. Parecía un respetable hacendado del siglo XIX. Dio unos pasos y abrió la puerta.

—Ése es el comedor —dijo indicando la puerta de enfrente—. Su habitación es la primera que encontrará en el descansillo. Cuando se haya arreglado, baje.

Durante la cena Philip se dio cuenta de que el doctor lo examinaba; pero hablaba poco y el joven comprendió que no le interesaba la conversación de un ayudante.

—¿Cuánto tiempo hace que acabó usted la carrera? —preguntó de pronto mister South.

—La acabé ayer.

—¿Ha estado en alguna Universidad?

—No.

—El año pasado, cuando mi ayudante se fue de vacaciones, me mandaron uno que había estado en una Universidad. Pero yo he rogado que no me manden otro. Son demasiado grandes señores para mí.

Siguió otra pausa. La comida era sencilla, pero estaba muy bien condimentada.

Philip conservaba exteriormente la calma, aunque por dentro estaba contentísimo. Se hallaba muy satisfecho de desempeñar un cargo «interinamente». Esto le daba importancia. Experimentaba un gran deseo de reír pensando en su dignidad profesional.

Pero el doctor South interrumpió el curso de sus pensamientos.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Casi treinta.

—Y ¿cómo ha acabado la carrera tan tarde?

—Comencé a estudiar Medicina a los veintitrés años y tuve que interrumpir los estudios durante dos años.

—¿Por qué causa?

—Pobreza.

El doctor le lanzó una mirada especial y se sumió de nuevo en el silencio. Cuando la cena terminó se puso en pie.

—¿Sabe usted qué género de clientela hay aquí?

—No.

—La componen en su mayoría pescadores y sus familias. Tengo a mi cargo también el hospital de la Unión de Pescadores. Durante muchos años he estado solo; pero desde que se ha intentado convertir este lugar en una playa elegante, ha venido otro médico a establecerse cerca del mar, sobre las rocas, y las personas que pueden

pagar lo llaman. Y a mí me ha quedado solamente la clientela que no puede pagar.

Philip comprendió que esto amargaba al viejo.

—No tengo ninguna experiencia, ¿sabe usted? —murmuró el joven.

—Ninguno de ustedes sabe nada.

Y salió de la habitación sin pronunciar otra palabra, dejando a Philip sumido en sus reflexiones. La criada, que se puso a quitar la mesa, le dijo al joven que el doctor South recibía a los enfermos de seis a siete. Por aquel día el trabajo había, pues, acabado. El joven fue a su habitación para coger un libro, encendió la pipa y se puso a leer. Tal cosa resultaba un placer para él, pues desde hacía muchos meses no leía otros libros que los de Medicina. A las diez el doctor volvió a entrar en el salón y se puso a observarle. A Philip le gustaba tener los pies en alto y los había colocado sobre una silla.

—Se nota que al señor le gusta la comodidad —dijo el doctor en un tono burlón que habría turbado a Philip si no hubiera estado de tan buen humor.

—¿Tiene usted algo que oponer?

El doctor le echó una mirada, pero no respondió directamente.

—¿Qué está usted leyendo?

—*Peregrine Pickle*, de Smollett.

—También sé yo que el autor de *Peregrine Pickle* es Smollett.

—Perdone. Pero los médicos se interesan por lo general muy poco por la literatura.

Philip había dejado el libro sobre la mesa; el doctor lo cogió. El libro procedía de la biblioteca del vicario de Blackstable; era un pequeño volumen encuadernado en tafilete descolorido, con un grabado en cobre sobre la portada. Las páginas estaban amarillentas. Philip no pudo menos de sonreír levemente cuando el doctor cogió el volumen. Pocas cosas se le escapaban a aquel viejo.

—¿Le divierto a usted? —preguntó con voz glacial.

—Creo que le gustan a usted los libros. Lo conozco en la forma de manejarlos.

El doctor dejó inmediatamente la novela.

—El desayuno a las ocho y media —dijo saliendo de la habitación.

«¡Qué tipo más extraño!», pensó Philip.

El joven no tardó en descubrir por qué los ayudantes del doctor South no se ponían nunca de acuerdo con él. En primer lugar, el doctor no admitía ninguno de los descubrimientos de los últimos treinta años; las medicinas que se ponían de moda durante una temporada y que poco tiempo después quedaban olvidadas de todos le atacaban los nervios. Él había usado siempre las fórmulas que aprendiera en San Lucas, donde estudió, y las encontraba tan eficaces como las nuevas especialidades. Philip se asombró ante la desconfianza que mostraba al emplear los métodos asépticos. Los aceptaba por deferencia a la opinión general, pero usaba las

precauciones que en el hospital se tenían por absolutamente indispensables con la desdeñosa tolerancia con que un hombre juega a soldaditos con los niños.

—Asistí al descubrimiento de los antisépticos, que desbancaron todo lo que se hacía anteriormente; y luego ha venido la asepsia a desbancar a los antisépticos. ¡Todo es pura tontería!

Los jóvenes que le eran enviados conocían solamente la clientela del hospital y sentían por la Medicina «práctica» un profundo desdén, incubado durante los años de estudio. Los casos que conocían eran los complicados casos de los hospitalizados. Sabían curar una difícil y extraña enfermedad de las glándulas suprarrenales, pero permanecían perplejos ante un simple resfriado. Sus conocimientos eran teóricos y su presunción ilimitada. El doctor South los observaba con los labios apretados y experimentaba una indecible alegría cuando podía probarles su enorme ignorancia y su injustificado orgullo. La clientela era pobre y el doctor preparaba él mismo las recetas que extendía. Solía preguntar a sus ayudantes cómo podía mandarse a un pobre pescador que tenía dolor de estómago una medicina compuesta de media docena de ingredientes costosos. Se lamentaba asimismo de la falta de cultura de los jóvenes. Las lecturas de éstos, según el doctor, consistían en el *Sporting Times* o en el *British Medical Journal*; tenían una caligrafía ilegible y al escribir hacían faltas de ortografía. Durante tres o cuatro días el doctor observó atentamente a Philip, pronto a lanzarle sus sarcasmos a la menor ocasión. Philip se daba cuenta de ello y continuaba su trabajo riendo por dentro. Le gustaba el cambio de ocupación. Le gustaba también el sentimiento de independencia y de responsabilidad. A la consulta iba gente de todas clases. Le parecía que inspiraba confianza a los enfermos, y él, por su parte, se sentía contento de poder observar el proceso de una cura, cosa que en el hospital podía observar solamente a intervalos. Cuando iba a visitar a los enfermos en sus respectivos domicilios entraba en cabañas de techo bajo, llenas de avíos de pesca y de recuerdos de largos viajes: una caja de laca del Japón, arpones y remos de las islas melanesias, puñales comprados en un bazar de Estambul… Había algo de romántico en aquellas pequeñas habitaciones mal aireadas y a las que, sin embargo, la brisa marina llenaba de salina frescura. A Philip le gustaba charlar con los pescadores; éstos, viendo que no se daba importancia, le contaban de buena gana los largos viajes que efectuaron en su juventud.

Un par de veces cometió errores en el diagnóstico, pues no había visto nunca un caso de paperas y cuando se encontró delante de la erupción la tomó por una extraña enfermedad de la piel. Un par de veces estuvo en desacuerdo con su jefe sobre el procedimiento curativo que se había de seguir. La primera vez que acaeció esto el viejo se mostró ásperamente irónico. Pero Philip sostuvo el ataque con buen humor; poseía el don de la réplica pronta, y dio al doctor dos o tres respuestas ante las cuales el anciano se interrumpió mirándolo con curiosidad. El rostro de Philip estaba serio,

pero sus ojos brillaban. El viejo no pudo evitar la impresión de que Philip se reía de él. Estaba acostumbrado a ser temido y a que no le quisieran sus ayudantes; ésta era una experiencia nueva. Estuvo a punto de montar en cólera y de hacer tomar a Philip el primer tren, como ya había hecho con otros. Pero quizá el joven se le hubiera reído en su cara. Esta idea le divirtió. Involuntariamente se dibujó una sonrisa en sus labios y se volvió para alejarse. Al principio le desconcertó, pero más tarde acogió la cosa alegremente.

«¡Qué desvergüenza! —decía entre sí riendo—. ¡Qué desvergüenza!»

CXVII

Philip había escrito a Athelny que estaba trabajando como interino en el Devonshire. La respuesta llegó redactada en su acostumbrado estilo ampuloso, adornada de pomposos epítetos como una diadema persa recamada de piedras preciosas. La carta estaba escrita con la magnífica caligrafía parecida a la letra manuscrita impresa, de la que Athelny se sentía tan orgulloso. En ella invitaba a Philip a reunirse con ellos en el Kent, adonde iban cada año a coger el lúpulo, y para convencerlo decía muchas cosas complicadas y preciosas sobre el alma de Philip y sobre las cualidades del lúpulo.

Philip respondió inmediatamente anunciando su llegada para el primer día de libertad. Aunque no hubiese nacido allí, sentía un especial afecto por la isla Thanet, y se sentía lleno de entusiasmo ante la idea de pasar dos semanas en contacto con la Naturaleza, y en unas condiciones que necesitaban sólo un velo azul para ser tan idílicas como los bosques de olivos de la antigua Arcadia.

Las cuatro semanas de estancia en Farnley pasaron rápidamente. Sobre la playa rocosa estaba surgiendo una nueva ciudad: casitas de ladrillos rojos eran construidas alrededor del campo de golf, y recientemente había sido inaugurado un gran hotel para los veraneantes. Pero Philip iba allí muy raras veces. Cerca del puerto, las pequeñas casas de piedra del siglo pasado se agrupaban en desorden y las pequeñas y empinadas callejuelas tenían un aspecto de antigüedad que excitaba la imaginación. Cerca de la orilla había graciosos *cottages*, con pequeños jardines bien cuidados, donde habitaban capitanes de la marina mercante retirados o viudas de hombres que se habían ganado la vida en el mar.

Una tarde, durante la última semana de la estancia de Philip junto al doctor South, una niña fue a llamar a la puerta de la clínica de urgencia donde el viejo doctor y Philip estaban preparando medicinas. Iba vestida andrajosamente, con los pies desnudos y la cara sucia. Philip fue el que abrió la puerta.

—Por favor, doctor. ¿Puede usted ir en seguida a casa de mistress Fletcher, en Ivy Lane?

—¿Qué le pasa a mistress Fletcher? —preguntó el doctor South con su ronca voz.

La niña no le contestó y se dirigió nuevamente a Philip.

—Su pequeño está enfermo. ¿Quiere usted venir en seguida, por favor?

—Dile que voy ahora mismo —gritó el doctor South.

La niña titubeó un momento, y luego, poniéndose el dedito sucio en la boca, miró a Philip.

—¿Qué hay, pequeña? —preguntó éste sonriendo.

—Mistress Fletcher dice que quiere que vaya el nuevo doctor…

Se oyó un ruido en la clínica de urgencia y a continuación el doctor South avanzó

por el corredor.

—¿Qué es eso? ¿No está contenta de mí? —gritó—. La he curado desde que nació. ¿Es que no soy bastante bueno para visitar a su sucio mamoncillo?

Pareció como si la niña estuviera a punto de echarse a llorar. Pero se rehízo. Sacó la lengua al doctor South y, antes de que éste se hubiera repuesto de la sorpresa, echó a correr. Philip se dio cuenta de que el viejo estaba molesto.

—Me parece que está usted cansado y es mucho camino para ir hasta Ivy Lane —dijo ofreciéndole un pretexto para que no fuera.

El doctor South emitió un gruñido.

—De todas formas está más cerca para el que tiene dos piernas que para el que tiene una y media.

Philip enrojeció y guardó silencio. Después de algunos minutos preguntó secamente:

—¿Quiere que vaya yo o va usted?

—¡Qué quiere que haga! Vaya usted.

Philip cogió el sombrero y se fue a ver al enfermo. Regresó cerca de las ocho. El doctor estaba en el comedor apoyado en la chimenea.

—Perdóneme. ¿Por qué no ha empezado usted a comer?

—Porque he preferido esperarle. ¿Ha estado usted todo este tiempo en casa de mistress Fletcher?

—Si he de decir la verdad, no. Al volver me he parado a contemplar el crepúsculo y no me he dado cuenta de que pasaba el tiempo.

El doctor no replicó. La criada entró con un plato de arenques a la parrilla. Philip se los comió con excelente apetito. De pronto el doctor le hizo una pregunta.

—¿Por qué ha contemplado el ocaso?

—Porque me sentía dichoso.

El doctor le lanzó una mirada muy extraña, y la sombra de una sonrisa rasgó la expresión de viejo y cansado rostro. Acabaron de comer en silencio. Pero cuando la criada se retiró, después de haberles llevado la botella de oporto, el viejo se apoyó en el sillón y fijó en Philip sus ojos penetrantes.

—Mi alusión a su defecto físico le ha irritado, ¿no es verdad?

—Aluden todos a él directa o indirectamente cuando se enfadan conmigo.

—Probablemente saben que es su punto débil.

Philip le dirigió una firme mirada.

—Entonces, ¿está usted contento de haberlo descubierto?

El doctor no respondió, pero sonrió amargamente. Durante un breve tiempo se miraron en silencio. A continuación unas palabras del viejo sorprendieron extraordinariamente a Philip.

—¿Por qué no se queda usted aquí? Ya me las arreglaría para deshacerme de ese

imbécil que se me ha puesto enfermo de los oídos.

—Es usted muy amable, pero espero obtener en otoño un puesto en el hospital. Para mi porvenir es mucho mejor.

—Pero lo que yo le ofrezco es que sea usted mi socio —precisó el doctor con acento burlón.

—¿Y por qué? —preguntó Philip asombrado.

—Parece que le quieren a usted bien aquí.

—No creía que esto le gustase —replicó Philip.

—¿Se imagina usted que después de cuarenta años de práctica puede importarme que la clientela prefiera a mi ayudante? No, querido. No hay ninguna relación amistosa entre mis clientes y yo. No espero de ellos ninguna gratitud. Lo único que quiero es que me paguen mis honorarios. En resumen, ¿qué dice usted?

Philip no respondió. Más que reflexionar sobre la proposición, se sentía poseído de un profundo estupor. Era verdaderamente insólito que un viejo médico ofreciera a un joven que apenas tenía terminada la carrera formara sociedad con él. Evidentemente, el doctor South sentía simpatía por Philip aunque no se la demostrase. ¡Cómo se hubiera reído el secretario de San Lucas si lo hubiese sabido!

—La clientela produce cerca de setecientas libras al año. Podríamos calcular cuál sería su parte, y a mi muerte tendría usted mi plaza. Me parece mejor esto que pasar de un hospital a otro durante dos o tres años y ser ayudante allí hasta el día que pueda usted ejercer por su cuenta.

Philip sabía que era una ocasión sobre la que la mayoría de sus colegas se precipitarían con entusiasmo. Los médicos eran numerosos y cualquiera se habría sentido dichoso encontrando un empleo seguro aunque modesto.

—Me disgusta mucho, pero no puedo. Tal cosa significaría para mí renunciar a todo lo que he aspirado durante años. He pasado períodos muy tristes, pero he tenido siempre la esperanza de terminar la carrera para poder viajar. Ahora, cuando me despierto por la mañana, ardo en deseos de ir a otro sitio, sea el que sea, mientras sea un lugar en el que nunca haya estado.

Esta vez la meta parecía próxima. Acabaría el servicio en el hospital de San Lucas hacia la mitad del año siguiente y entonces iría a España. Quería pasarse allí varios meses explorando, como mejor pudiera, el país del romanticismo. Más tarde embarcaría para Oriente. La vida se hallaba ante él y el tiempo no tenía importancia. Nada le podía impedir vagabundear durante años y años por tierras desconocidas, por pueblos nuevos donde la vida se desarrolla de modos muy diversos. No sabía lo que buscaba ni lo que sus viajes le procurarían, pero estaba seguro de aprender alguna otra cosa sobre la vida y sobre el misterio cuya solución se le había aparecido durante un momento para luego volver a ser todavía más misteriosa. Y, aunque no descubriera nada, la inquietud que le devoraba se calmaría. Mas el doctor South le demostraba

una gran bondad. Habría sido ingratitud rechazar una oferta sin explicar el motivo. De una manera vacilante, pero intentando aparecer lo más positivo posible, Philip procuró aclararle por qué le daba tanta importancia a realizar proyectos que desde tanto tiempo acariciaba.

El doctor le escuchó tranquilamente y su penetrante mirada se suavizó. El hecho de que no insistiera le pareció a Philip una nueva prueba de bondad. La generosidad es, por lo general, egoísta, pero el doctor aceptó las razones de Philip. Cambiando de conversación, mister South empezó a hablar de su juventud. Había sido oficial de Marina y, a causa de estar acostumbrado al mar, había elegido Farnley para establecerse. Habló a Philip de sus viajes por el Pacífico y de sus aventuras en China. En Borneo había formado parte de una expedición contra los cortadores de cabezas y había ido a Samoa cuando todavía era un Estado independiente. Había visitado las islas del Coral. Philip le escuchaba encantado y poco a poco el viejo habló también de sí mismo. Era viudo. Su mujer se había muerto hacía treinta años y su hija se había casado con un colono de la Rhodesia. El yerno se había peleado con él y la pareja no venía ya a Inglaterra. Hacía diez años que no los veía. Era como si nunca hubiera tenido ni mujer ni hija. Estaba muy solo. Su aspereza era una máscara tras la que escondía la más completa desilusión. Y a Philip le pareció trágico verle esperar la muerte, no con impaciencia, sino con horror, incapaz de resignarse a los inconvenientes de la vejez, pero convencido, sin embargo, de que el único remedio para la amargura de su existencia era la muerte. Tomó afecto a Philip, y la ternura que había dentro de él, que la larga separación de su hija había adormecido —la hija se había puesto de parte del marido y el viejo no había visto nunca a sus nietos—, se volcó sobre Philip. Al principio la cosa le irritó, porque le había parecido un signo de debilidad, pero en el joven había algo que le atraía y él empezó a sonreírle sin saber por qué. Un par de veces le había puesto la mano en el hombro. Desde que su hija se marchó hacía ya tantos años, no había dedicado a nadie aquel ademán tan afectuoso. El día de la partida de Philip el doctor South le acompañó a la estación. Estaba muy abatido.

—He pasado unos días magníficos aquí —dijo Philip—, y usted me ha tratado con la mayor bondad.

—Pero está usted contento de marcharse, ¿verdad?

—He sido feliz aquí.

—Pero tiene usted deseos de ver mundo. ¡Lo comprendo, es usted joven! —titubeó un momento—. Le quiero recordar que si por casualidad cambia usted de idea, yo sigo manteniendo mi oferta.

—Se lo agradezco infinito.

Le estrechó la mano a través de la ventanilla y el tren se puso en movimiento.

Philip pensó en las dos semanas que iba a pasar en los campos de lúpulo; se sentía

feliz al recordar que iba a ver a sus amigos y satisfecho de aquellos días pasados.

El doctor South se dirigió lentamente hacia su casa. Sentíase muy viejo y muy solo.

CXVIII

Philip llegó a Ferne a última hora de la tarde. Era el pueblo natal de mistress Athelny, la cual, desde niña, estaba acostumbrada a coger el lúpulo, lo que continuaba efectuando cada año en compañía de su marido y de sus hijos.

Como muchos nativos del Kent, su familia había realizado regularmente aquel trabajo, dichoso ante la pequeña ganancia, y sobre todo, con aquellas vacaciones esperadas durante largos meses. El trabajo no era fatigoso. Se hacía en común, al aire libre, y para los niños constituía una larga sucesión de meriendas. Los jóvenes se emparejaban con las muchachas, y durante las largas veladas, cuando el trabajo había acabado ya, paseaban por los senderos cambiando palabras de amor; la temporada del lúpulo era seguida, por lo general, de algunas bodas.

Athelny fue a buscar a Philip a la estación con un carro que pidió prestado a la posada donde le había reservado una habitación. La posada se encontraba a un cuarto de milla del campo. Dejaron el equipaje y fueron a pie hasta el prado donde estaban las cabañas. Se trataba, a fin de cuentas, de un largo cobertizo, bajo de techo, dividido en departamentos de cerca de cuatro metros cuadrados. Delante de cada uno había un fuego hecho de leña seca, en torno al cual se agrupaban las familias esperando con impaciencia que la cena estuviera a punto. El aire del mar y el sol habían bronceado ya el rostro de los muchachos. Mistress Athelny parecía otra bajo su gran sombrero de paja. Se notaba que los largos años pasados en la ciudad no la habían cambiado mucho. Era la verdadera campesina nacida y criada en el campo, y que sólo en el campo se sentía en su elemento. Mientras freía unos trozos de tocino no quitaba ojo a sus hijos más pequeños. Para Philip tuvo un cordial apretón de manos y una sonrisa afectuosa. Athelny era un entusiasta de la vida natural.

—En la ciudad donde vivimos estamos privados de sol y de aire. No es vida lo que vivimos, es una larga reclusión. ¡Vendámoslo todo, Betty, y tomemos una casa de labor!

—Me parece que te estoy viendo —replicó la mujer con acento de afectuosa burla —. Al primer día de lluvia empezarías a hablar de volver a Londres —se volvió hacia Philip—. Athelny siempre dice eso cuando venimos al campo. ¡Me hace reír! Figúrese que no sabe distinguir un nabo de una remolacha.

—Papá se ha mostrado hoy muy perezoso —observó Joan con la franqueza que la caracterizaba—. No ha llenado ni siquiera una espuerta.

—Tengo que recuperar la práctica, pequeña. Mañana llenaré más espuertas que todos vosotros juntos.

—Venid a cenar, niños —dijo mistress Athelny—. ¿Dónde está Sally?

—Aquí estoy, mamá.

Salió de la cabaña y las llamas de la hoguera lanzaron una luz ardiente sobre su

rostro. Durante los últimos tiempos Philip la había visto siempre con los trajes que llevaba para ir a trabajar. Ahora estaba muy atractiva con el vestido de algodón floreado, amplio y suelto, con las mangas remangadas que dejaban ver los brazos fuertes y robustos. También ella llevaba un enorme sombrero de paja.

—Parece usted la pastora de un cuento de hadas —le dijo Philip mientras le estrechaba la mano.

—Es la bella flor campestre —dijo Athelny—. Creo que si el hijo del castellano acierta a verte te pedirá en matrimonio antes que hayas tenido tiempo de darle los buenos días.

—El castellano no tiene hijos, papaíto.

La joven miró alrededor para buscar donde sentarse y Philip le hizo sitio a su lado. En la noche iluminada por la hoguera parecía una diosa campestre. La cena era sencilla: pan y mantequilla, tocino frito, té para los muchachos y cerveza para los padres y para Philip. Athelny devoraba con voracidad, elogiando todo lo que comía y lanzando epítetos desdeñosos contra Lúculo e invectivas contra Brillat-Savarin.

—Al menos tiene esta buena cualidad —observó mistress Athelny refiriéndose a su marido—; le gusta a rabiar lo que come.

—Sólo si está preparado por ti, querida Betty —contestó Athelny alzando el índice con gesto elocuente.

Philip era feliz. Contemplaba las hogueras con la gente agrupada a su alrededor, y el brillo de las llamas en la oscuridad.

Sally permanecía en silencio, pero miraba a Philip —con la tranquila atención en ella habitual. El joven, por su parte, experimentaba bastante placer al tenerla a su lado y de vez en cuando se fijaba en el rostro sano y bronceado de la muchacha. Una de las veces se encontraron sus miradas y la muchacha sonrió. Después de la cena la pequeña Joan y uno de sus hermanitos fueron enviados a buscar un cubo de agua para lavar los platos en el arroyo que corría en el fondo del prado.

—Y vosotros, muchachos, mostrad a tío Philip el sitio donde dormís y luego os acostáis.

Tres o cuatro manilas se agarraron a Philip y le arrastraron hacia la cabaña. Philip, al entrar, encendió una cerilla. No había muebles, a excepción de tres lechos y un baúl que contenía la ropa; una cama junto a cada paño de pared. Athelny siguió a Philip y le mostró todos los lechos con orgullo.

—He aquí donde hay que dormir —exclamó—, y no entre blanduras y colchones de plumas. Yo nunca gozo de un sueño tan tranquilo como aquí. Usted se va a dormir entre sábanas, ¿no es verdad? Pues le compadezco con toda mi alma.

Los lechos consistían en una gruesa capa de lúpulo cubierta con paja y con una manta. Después de una jornada pasada al aire libre, entre el aromático perfume del lúpulo, los felices recolectores dormían como leños. A las nueve todo era silencio en

el campamento y nadie proseguía levantado, a excepción de un par de hombres que se marchaban a la posada y permanecían en ella hasta las diez, hora en que la cerraban. Athelny acompañó a Philip. Pero antes de que éste se marchara, mistress Athelny dijo al joven:

—Nos desayunamos a las seis menos cuarto, pero no hay necesidad de que usted se levante tan pronto. Nuestro trabajo empieza a las seis.

—¡No, no! Se debe levantar temprano —gritó Athelny— y debe trabajar como todos nosotros. Ha de ganarse la comida. Quien no trabaja no come, joven.

—Los muchachos van a bañarse antes de desayunarse. Pueden llamarle al volver. Precisamente pasan por «El alegre marinero».

—Si me despiertan a la ida, me bañaré con ellos —declaró Philip.

Joan, Harold y Edward lanzaron gritos de alegría y a la mañana siguiente Philip fue violentamente despertado por la irrupción de los pequeños. Los chicos se echaron en su cama y el joven, para deshacerse de ellos, tuvo que arrojarles sus zapatillas. Se puso luego la camisa y los pantalones y bajó. Se iniciaba el día y corría una fresca brisa, pero el cielo estaba sin nubes y brillaba el sol. Sally, llevando a Connier de la mano, estaba en mitad de la calle y llevaba al brazo una toalla y el traje de baño. El joven se dio cuenta entonces de que el sombrero de paja de la muchacha era de color de espliego; destacándose sobre aquel fondo, su rostro rosado y bronceado parecía una manzana. Sally le saludó con su hermosa sonrisa tranquila, y Philip notó que sus dientes eran pequeños, regulares y blanquísimos. ¿Cómo no habían llamado antes su atención?

—Yo quería que le dejaran dormir —dijo la muchacha—, pero los chicos se han empeñado en venir a despertarle. Les he dicho que, en el fondo, no tenía usted deseos de acompañarnos.

—¡Oh, sí!

Recorrieron la calle y luego cortaron hacia las lagunas. El mar estaba a menos de una milla. El agua parecía fría y gris, y Philip se estremeció al verla. Pero los muchachos se desnudaron rápidamente y corrieron a zambullirse lanzando gritos. Sally, siempre lenta y tranquila, entró en el agua cuando los otros hacía rato que ya se encontraban en sus glorias alrededor de Philip. La natación era el único deporte en el que Philip sobresalía; se sentía en el agua como en su casa. Los muchachos intentaban imitarle mientras él hacía la foca, el hombre que está a punto de ahogarse, la mujer gruesa que tiene miedo de mojarse el cabello… El baño resultó divertido y bullicioso y Sally tuvo que apelar a toda su severidad para conseguir que la pandilla saliera del agua.

—Es usted tan insoportable como ellos —dijo a Philip con la expresión grave y maternal que resultaba al mismo tiempo cómica y conmovedora—. Son mucho más juiciosos cuando usted no está.

Regresaron a casa. Sally llevaba sueltos sobre la espalda los cabellos de oro, y el sombrero en la mano. Cuando llegaron a la cabaña, mistress Athelny se había ido ya a trabajar. Athelny, con los pantalones más viejos que es posible imaginar, con la chaqueta abrochada hasta arriba, para ocultar que iba sin camisa, y un gran sombrero de fieltro, estaba friendo arenques. Parecía muy satisfecho con su aspecto de bandolero. En cuanto vio el grupo empezó a entonar el coro de las brujas de *Macbeth* por encima de la humeante parrilla.

—Si no viene a la hora del desayuno, mamá grita.

Algunos minutos después Joan y Harold corrían hacia el campo llevando en la mano grandes pedazos de pan con mantequilla. Los dos hombres fueron los últimos en moverse. Un campo de lúpulo era para Philip una visión que se relacionaba con los recuerdos de la infancia, y los hornos desecadores eran para él la imagen típica del Kent. Aquello no le produjo ninguna impresión de novedad y, como si estuviera en su casa, siguió a Sally a lo largo de las ringleras de lúpulo. El sol era ardiente ahora y las sombras aparecían negras. A los ojos de Philip, la riqueza del follaje verde y el amarillo luminoso del lúpulo poseían la belleza que los poetas señalan en los sarmientos y en los racimos de Sicilia. La suave tierra del Kent despedía un excelente perfume, y la brisa de setiembre traía de vez en cuando oleadas perfumadas de lúpulo. Athelstano experimentó instintivamente una sensación eufórica y empezó a cantar con su voz desentonada de muchacho de quince años. Sally se volvió.

—¡Cállate, Athelstano, o harás que llueva!

Poco después oyeron rumores de voces y en breve se unieron a los recolectores. Todos estaban trabajando, y charlaban y reían mientras recogían el lúpulo. Aparecían sentados unos en una silla, otros en un escabel, otros en un cajón, teniendo cerca de ellos una espuerta; algunos echaban directamente en el canasto grande lo que recogían. Había muchos niños y un buen número de lactantes, algunos acostados en cestillos y otros envueltos en una manta y colocados en la tierra morena y seca. Los niños recogían poco a poco y jugaban mucho. Las mujeres eran las más activas. Habían empezado a recoger en su infancia y eran capaces de hacer el doble de trabajo que los recolectores de espuertas que acudían de Londres. Se enorgullecían del número de espuertas que llenaban en una jornada, pero se lamentaban de no ganar tanto como antes. Entonces se ganaba un chelín por cada cinco espuertas, pero ahora era necesario llenar ocho o nueve por el mismo precio. En otro tiempo una buena recolectora ganaba durante la estación lo necesario para poder vivir el invierno. Hoy todo lo más que se conseguía era poder pasar gratuitamente las vacaciones. Mistress Hill contaba que se había comprado un piano con las ganancias, pero se sabía que era muy avara, y, además, ninguno la creía. En realidad había tenido que recurrir al dinero que tenía en la Caja de Ahorros.

Los trabajadores estaban divididos en grupos de diez por banasta, sin contar a los

niños, y Athelny se enorgullecía de que algún día podría formar un grupo con su familia. Cada grupo poseía un jefe encargado de partir los racimos y de transportar las enormes banastas sobre una armadura de madera de más de un metro de alto, las cuales se hallaban en largas hileras entre las plantas de lúpulo. Aquel cargo era el sueño de Athelny para el día que su familia pudiera formar un grupo por sí misma. Entretanto, su actividad consistía sobre todo en dar ánimos a los demás. Se dirigió a su mujer, la cual estaba trabajando hacía media hora y había vaciado ya una espuerta en el gran canasto. Con el cigarrillo entre los labios empezó a recoger. Había declarado que aquel día recogería más que ninguno, a excepción de mamá. Nadie podía superar a mamá. Esto le recordó la prueba que Afrodita puso a la curiosa Psiquis, y empezó a contar el amor de ésta por el esposo invisible. La contó muy bien y le pareció a Philip, que escuchaba con la sonrisa en los labios, que la vieja leyenda se adaptaba perfectamente a aquel fondo. El cielo era azul. No hubiera podido ser más bello ni aun en Grecia. Los niños con los cabellos rubios y las mejillas rosadas, sanos, fuertes y vivarachos; la forma delicada del cono del lúpulo, el verde esmeralda de las hojas, tan magnífico como un toque de trompa; la fascinación del camino zigzagueante, que se estrechaba en la otra extremidad; las recolectoras, con sus sombreros de paja: quizá había aquí más espíritu de la antigua Grecia que lo que se podría encontrar en los libros de los profesores o en los museos. Philip sintió agradecimiento por la belleza de su país. Pensó en las calles blancas y sinuosas, bordeadas de setos, en los prados verdes limitados por hileras de olmos; en las líneas de las colinas cubiertas de bosques, en la extensión de las lagunas y en la melancolía del mar del Norte. Se sintió muy feliz al ver que era sensible a aquella belleza, pero al poco tiempo Athelny empezó a agitarse y a decir que iba a pedir noticias de la madre de Albert Kent. Conocía a todos los recolectores y los llamaba por su nombre. Sabía la historia de sus familias y todo lo que les había acaecido desde la infancia. Con vanidad inofensiva desempeñaba el papel de *gentleman* entre aquella buena gente, y en su familiaridad había una sombra de condescendencia. Philip no quiso marcharse con él.

—Debo ganarme la comida.

—Exacto, querido muchacho —respondió Athelny alejándose y haciendo un ademán de saludo—. Aquí quien no trabaja no come.

CXIX

Philip no tenía espuerta, pero echaba lo que recogía en la de Sally, Joan encontró escandaloso que ayudase a la hermana mayor y no a ella. Philip tuvo que prometerle que la ayudaría cuando estuviese llena la espuerta de Sally. Esta era casi tan activa como su madre.

—¿No se estropeará usted las manos para coser? —le preguntó Philip.

—¡Oh, no! Es necesario tener la mano ligera. Por eso las mujeres son más a propósito para esto que los hombres. Si se tienen las manos endurecidas o rígidas a causa de un trabajo pesado no se puede coger bien.

A Philip le gustaba contemplar los movimientos graciosos de la muchacha, y ella le observaba mientras tanto con aquella solicitud maternal que resultaba tan divertida y agradable. Al principio Philip trabajaba torpemente y Sally se burlaba de él. Cuando ella se inclinó para enseñarle que se recogía mejor apoderándose de una rama entera, sus manos se encontraron. El joven se asombró al ver que enrojecía. No acertaba a considerarla como una mujer. La había conocido niña y la continuaba viendo siempre niña. Sin embargo, por la cantidad de admiradores que tenía había que pensar ya en una jovencita. Aunque sólo hacía pocos días que se encontraba allí, un primo de Sally la cortejaba ya y sus hermanitos le gastaban bromas por este motivo. Peter Gann era hijo de una hermana de mistress Athelny, mujer del propietario de una casa de los contornos. Nadie ignoraba la causa por la cual el joven tenía necesidad de visitar cada día el campo de lúpulo.

A las ocho un toque de trompa los llamó para el segundo desayuno, y aunque mistress Athelny sostuvo que no lo merecían, todos devoraron la comida con buen apetito. A continuación estuvieron trabajando hasta el mediodía. Un nuevo toque de trompa anunció el almuerzo. A intervalos el capataz pasaba de un canasto a otro acompañado de un ayudante, el cual escribía, primero en su registro y luego en el del recolector, el número de espuertas recogidas. Cada canasto lleno era medido con una espuerta de la capacidad de una fanega y vaciada en un enorme recipiente que el capataz, con ayuda del individuo encargado de cuidar de los palos, transportaba hasta un carro. Athelny iba luego a contar cuántas espuertas habían llenado mistress Heath y mistress Jones, y suplicaba a su familia que las superaran; en su entusiasmo recogía a veces durante una hora. Aquella ocupación demostraba la gracia de sus manos, de las que estaba orgulloso. Pasaba mucho tiempo cuidándoselas. Mostrando sus dedos a Philip, le decía que los grandes de España dormían con guantes impregnados en una capa de aceite para conservar la blancura de sus manos. La mano que había estrangulado a Europa, observaba dramáticamente, era fina y bien hecha como la de una mujer. Se contemplaba las suyas con un suspiro de satisfacción mientras cogía delicadamente el lúpulo. Cuando estaba cansado de trabajar hacía un cigarrillo y

hablaba con Philip de arte y de literatura. Por la tarde el calor era sofocante. El trabajo no avanzaba tan activamente y las conversaciones languidecían. La charla incesante de la mañana se convertía ahora en una frase dicha de cuando en cuando. Alguna gota de sudor perlaba el labio superior de Sally, que trabajaba con la boca levemente abierta. Era como un botón de rosa a punto de abrirse.

La hora del descanso dependía de las condiciones del horno. A veces estaba lleno muy pronto y a las tres o a las cuatro horas se había recogido ya todo el lúpulo que se podía desecar durante la noche. Entonces se interrumpía el trabajo. Pero, por lo general, la última tanda del día empezaba a las cinco. Cuando el canasto de cada grupo había sido medido, todos recogían sus cosas, y, volviendo a hablar en cuanto el trabajo estaba terminado, se alejaban sin prisas. Las mujeres regresaban a la cabaña para preparar la cena mientras buena parte de los hombres se alejaban lentamente hacia la posada. Un vaso de cerveza resultaba muy agradable después del trabajo.

El canasto de los Athelny era el último. Cuando llegó el capataz, mistress Athelny se levantó con un suspiro de alivio y estiró los brazos. Había permanecido sentada en la misma posición durante varias horas y tenía entorpecidos todos los miembros.

—Ahora vamos al Alegre Marinero —propuso Athelny—. Los ritos de la jornada deben ser cumplidos puntualmente y ninguno es más sagrado que éste.

—Llévate una botella, Athelny, y trae pinta y media para la cena.

Le dio el dinero contando una a una las monedas de cobre.

La taberna estaba ya llena. Los bancos se alineaban alrededor, sobre el suelo enarenado. En las paredes había fotografías ampliadas de pugilistas de la época victoriana. El hostelero conocía de nombre a todos sus clientes; inclinado sobre el banco en que se sentaba, miraba con complacencia a dos muchachos que lanzaban anillas a un bastón clavado en el suelo. Cada vez que uno de ellos fallaba los demás lanzaban cordiales carcajadas. Hicieron sitio a los recién llegados. Philip se halló entre un viejo cultivador vestido con un traje de terciopelo, con los calzones atados por debajo de la rodilla, y un joven de diecisiete años con dos rizos engomados sobre la frente, roja y brillante. Athelny insistió en probar su suerte en el juego de las anillas. Apostó media pinta y la ganó. Mientras se la bebió a la salud del que había perdido, dijo:

—No sería más feliz si hubiese ganado el Derby.

Ofrecía un extraño aspecto con su sombrero de alas anchas y su barbilla en punta entre aquellos campesinos. Era evidente que lo encontraban un tanto extravagante. Pero gozaba de tan buen humor y su entusiasmo era tan comunicativo que resultaba imposible no quererle. La conversación continuó alegremente. Cierto número de bromas fueron cambiadas entre los bebedores, y ruidosas carcajadas saludaron a aquel bufón del país. Una simpática reunión. Era necesario tener el corazón un poco seco para no encontrarse a gusto entre aquella gente. Los ojos de Philip se posaron en

la ventana, por donde entraba todavía el sol. En los cristales había cortinas blancas atadas con lazos rojos, como en los *cottages*, y en el alféizar macetas de geranios. Poco después los bebedores se levantaron y se fueron hacia el prado donde se estaba haciendo la cena.

—Creo que no le disgustará irse a la cama —dijo mister Athelny a Philip—. Ha estado usted todo el día al aire libre y no está acostumbrado a levantarse temprano.

—¿Vendrás a bañarte con nosotros mañana? —gritaron los muchachos.

—¡Claro que sí!

Era feliz y estaba cansado. Después de la cena, sentado en un escabel y apoyado en la pared de la cabaña, fijó los ojos en la noche. Sally salía y entraba de la cabaña y él miraba casi sin darse cuenta sus movimientos metódicos. El modo de andar de la muchacha atrajo la atención de Philip; no era particularmente agraciado, pero sí ligero y seguro. Pisaba con decisión. Athelny estaba charlando con uno de los vecinos. A poco Philip oyó a mistress Athelny que decía:

—¡Caramba! ¡No queda nada de té! ¡Y yo quería mandar a Athelny que pidiera un poco a mistress Black! —y después de un silencio su voz prosiguió—: Sally, ve tú y que te den media libra de té. No me queda ni una hoja.

—Sí, mamá.

Mistress Black tenía un *cottage* a cosa de media milla de la calle y hacía las funciones de cartero y de tendera. Sally salió de la cabaña bajándose las mangas.

—¿Quiere que la acompañe, Sally? —dijo Philip.

—No se moleste. No tengo miedo de ir sola.

—Ya lo sé, pero para mí es casi la hora de irme a la cama y me sentará bien estirar un poco las piernas.

Sally no dijo nada. Echaron a andar juntos. La calle estaba blanca y silenciosa.

—Hace todavía mucho calor, ¿verdad? —preguntó Philip.

—Se está muy bien en esta estación.

Pero el silencio que existía entre ellos no era turbación. Resultaba agradable caminar juntos y ninguno de los dos sentía necesidad de hablar. De pronto, tras una valla, oyeron un murmullo que provenía del seto, y en la oscuridad distinguieron a dos personas. Eran un hombre y una mujer sentados el uno al lado del otro; ni siquiera se movieron al pasar los dos jóvenes.

—Dios sabe quiénes son —dijo Sally.

—Parecían muy felices, ¿no es cierto?

—Probablemente habrán creído que también nosotros somos dos enamorados.

Vieron la luz del *cottage* y un momento después entraban en la tienda. En aquel momento se apagó la luz.

—Tarde vienen —dijo la tendera—. Iba a cerrar.

Miró el reloj. Eran casi las nueve.

Sally pidió la media libra de té —mistress Athelny no compraba nunca más cantidad de una vez— y los dos jóvenes se pusieron en camino. De vez en cuando un animal nocturno emitía un grito breve y estridente. Pero esto, sin embargo, parecía hacer más profundo el silencio.

—Apuesto a que si nos paramos se oirá el mar —dijo Sally.

Aplicaron el oído y con la imaginación oyeron el chasquido de las pequeñas ondas que iban a romperse en la playa. Cuando pasaron cerca de la valla, los enamorados continuaban todavía allí, pero no hablaban.

—Parece que están muy ocupados —dijo Sally.

En la esquina de la calle un soplo de viento cálido les dio en el rostro. Había algo de extraño en la trémula noche, algo como una espera llena de significado. Philip experimentaba una sensación muy singular: le parecía tener el corazón hinchado y creía notar que estaba a punto de romperse —frase demasiado repetida, pero que expresaba precisamente lo que sentía en aquel momento—. Se sentía feliz y estaba lleno de ansiedad. Acudieron a su mente los versos de Jessica a Lorenzo cuando se murmuraron mutuamente palabras melodiosas. No sabía qué cosa había en el aire que obligaba a que sus sentidos estuviesen tan extrañamente despiertos. Creía ser como un espíritu al que, sin embargo, le era permitido gozar de los perfumes, de los sonidos y de los sabores de la tierra. El sentido de la belleza no le había penetrado nunca tan profundamente como entonces. Temía que Sally, al hablar, rompiera el encanto, pero la muchacha callaba. Llegó un momento en el que deseó oír el sonido de su voz, de aquella voz profunda que era casi la expresión de la noche campestre.

Llegaron al campo que tenían que atravesar para ir a la cabaña. Philip se adelantó para abrir la valla.

—Le desearé buenas noches aquí.

—Gracias por haberme acompañado.

Sally le ofreció la mano y Philip la cogió diciéndole:

—Si fuera usted amable me daría un beso al darme las buenas noches, como hacen sus hermanos y hermanas.

—¿Por qué no?

Philip había hablado en broma. Le pidió el beso sólo porque era feliz, porque la noche era bella y la muchacha simpática.

—Entonces, buenas noches —dijo sonriendo, atrayéndola hacia sí.

Sally le presentó los labios. Eran ardientes, túrgidos y dulces. Philip esperó un poco. Le pareció una flor. Luego, sin saber siquiera cómo, involuntariamente, la estrechó entre sus brazos. Triunfó el amor.

CXX

Philip durmió como un leño y se despertó sobresaltado: Harold le estaba haciendo cosquillas en el rostro con una pluma. Al abrir los ojos oyó gritos de alegría. Estaba borracho de sueño.

—¡Arriba, perezoso! —dijo Joan—. Sally dice que si no te levantas pronto no te esperará.

Philip recordó lo que había pasado. Sintió que el corazón se le caía a los pies. No sabía cómo presentarse a ella. Estaba lleno de remordimientos y experimentaba un amargo arrepentimiento por lo que había hecho. ¿Qué podría decirle a la muchacha? Temía aquel encuentro y se preguntaba cómo podía haber obrado tan estúpidamente. Pero los niños no le dejaron tiempo para pensar. Edward cogió su traje de baño y su toalla. Athelstano le quitó la sábana y en tres minutos se lo llevaron a la playa. Sally le saludó con una sonrisa dulce e inocente como siempre.

—¡Cuánto tiempo ha tardado usted en vestirse! Creía que ya no venía.

No había ninguna diferencia en la manera de tratarlo. Philip esperaba un cambio brusco y sutil. Suponía que iba a encontrarla avergonzada o enfadada, o bien que adoptaría con él maneras más familiares que de costumbre. Nada de esto sucedió. La muchacha continuaba siendo exactamente la misma. Marcharon todos juntos hacia el mar, hablando y riendo. Sally iba tan tranquila como siempre la había visto, dulce y reservada. No intentaba hablar, pero tampoco evitaba el hacerlo.

Philip no salía de su asombro. Estaba seguro de que el incidente de la víspera la habría trastornado y en lugar de esto se encontraba con que parecía como si no hubiese sucedido nada. ¿Habría sido un sueño? Mientras caminaba con una niña de una mano y un niño de la otra, y hablaba con ellos de la manera más indiferente que le era posible, buscaba una explicación a aquello. ¿Querría Sally olvidar lo sucedido? Quizá los sentidos la habían arrastrado como le habían arrastrado a él y quizá por esto había decidido no pensar más en tal cosa. Era, sin embargo, de una lógica y una madurez muy por encima de su edad y de su carácter. Pero ¿qué sabía él de su carácter? En Sally había habido siempre algo enigmático.

Llegaron al agua y el baño fue tan ruidoso como el del día anterior. Sally vigilaba a todos los muchachos llamándolos cuando se alejaban demasiado. Nadaba sin tomar parte en sus juegos y de vez en cuando permanecía inactiva para hacer el muerto. Al fin salió del agua y empezó a secarse. Llamó a los otros de manera más o menos apremiante hasta que finalmente quedó Philip solo en el agua. Él se decidió a nadar un buen rato. Estaba más acostumbrado que el primer día al agua fría, y aquella frescura le resultaba agradable. Dichoso al poder mover libremente los miembros, se abandonó a la voluptuosidad de las largas brazadas. Pero Sally, envuelta en un albornoz, se acercó a la orilla.

—Salga en seguida, Philip —le gritó como si se tratara de un niño.

Divertido con sus maneras autoritarias, Philip se acercó a ella sonriendo.

—No se debe estar tanto tiempo en el agua. Tiene usted los labios amoratados y los dientes le castañetean.

—Muy bien; voy en seguida.

Nunca le había hablado de aquel modo. Se hubiera dicho que lo que había pasado le daba una especie de derecho sobre él y que ella le consideraba ahora como un muchacho al que es preciso vigilar. Pocos minutos después estaban vestidos y tomaban el camino de vuelta. Sally observó las manos de Philip.

—Mire, están amoratadas.

—¡Oh, no es nada! Es la circulación. Dentro de un momento todo estará bien.

—Traiga acá.

Le cogió las manos y se las frotó hasta que recuperaron el color normal. Philip la miraba conmovido y perplejo. No podía encontrar su mirada. Pero estaba seguro de que Sally no evitaba sus ojos con intención. Si no se encontraba con ellos era por casualidad. Durante el día nada del aspecto de la joven dio la impresión de que entre ellos hubiese sucedido algo. Quizá se mostrase un poco más expansiva que de ordinario. Mientras trabajaban en el campo de lúpulo la muchacha contó a su madre que Philip había sido malo y había permanecido en el agua hasta que su cuerpo se amoratá a consecuencia del frío. Parecía increíble, pero el incidente de la noche anterior no había producido en ella otro efecto que el de despertar el deseo de proteger al joven. Quería también hacerle de madre, como con sus hermanos y hermanas.

Hasta la noche no encontró ocasión de hablar a solas con ella. La muchacha hacía la cena mientras su madre había ido al pueblo a hacer compras y los niños corrían de acá para allá con los compañeros de juego. Philip se hallaba sentado junto al fuego. No acertaba a hablar. Estaba muy nervioso. Sally atendía a su trabajo con seriedad y aceptaba plácidamente aquel silencio, tan embarazoso para el joven. Philip no sabía cómo empezar. Sally hablaba muy raras veces por iniciativa propia, a menos que tuviera algo importante que decir. Al final, el joven no pudo resistir más.

—¿No está usted enfadada conmigo, Sally?

Sally alzó los ojos y lo miró sin turbarse lo más mínimo.

—¿Por qué iba a estarlo?

Philip, desconcertado, no respondió. Sally levantó la tapadera de la cazuela, revolvió el contenido y la volvió a tapar. Por el aire se esparció un apetitoso olor. La joven miró nuevamente a Philip, mostrando una tranquila sonrisa que sus labios apenas dibujaban; era como una sonrisa que sólo exteriorizaran los ojos.

—Yo siempre le he querido.

Philip sintió que el corazón le daba un salto; la sangre le subió a las mejillas. Se

esforzó en reír débilmente.

—No lo sabía.

—Porque usted es bobo.

—No acierto a comprender por qué me quieres.

—Tampoco lo acierto a comprender yo —dijo, añadiendo un poco de leña al fuego—. Me di cuenta de que le quería el día que vino después de haber estado sin comer y durmiendo al raso. ¿Se acuerda? Mamá y yo preparamos para usted la cama de Thorpe.

Philip enrojeció de nuevo porque no sabía qué decir. Sentía en el corazón una extraña sensación desconocida; quizá se trataba de la felicidad. Sally volvió a remover la comida de la cazuela.

—Quisiera que esos niños vinieran ya. No sé dónde se han metido. La sopa está a punto.

—¿Quieres que vaya a buscarlos?

—Es una buena idea… Aquí está mamá.

Sally, mientras él se ponía en pie, lo miró sin turbación.

—¿Quieres que salga a charlar contigo después de haber acostado a los niños?

—Sí.

—Perfectamente. Entonces espérame junto a la valla. Iré en cuanto pueda.

La esperó sentado en una piedra, bajo las estrellas. El seto, cargado de moras maduras, se extendía a ambos lados. De la tierra salían los ricos efluvios de la noche y el aire era cálido y suave. El corazón del joven latía locamente. No comprendía lo que le pasaba. Para él la pasión significaba gritos, lágrimas, violencia; y en Sally no había nada de eso. Y, sin embargo, sólo el amor podía haberla empujado a darse. ¿Amor por él? No le habría sorprendido que la muchacha se hubiese enamorado de Peter Gann, su primo, que era alto y fuerte, con un rostro bronceado, con movimientos enérgicos. Pero en él, ¿qué era lo que Sally veía? Estaba convencido de la pureza de la muchacha. Evidentemente, muchas cosas habían contribuido al hecho, cosas que la misma Sally desconocía a pesar de haber sentido sus efectos: la embriaguez del aire, el perfume de la noche, los instintos sanos de la mujer, una ternura desbordante, un afecto que tenía en sí algo de material y de fraternal a un tiempo.

Sally daba todo lo que tenía porque su corazón estaba lleno de amor.

Philip oyó pasos y una figura salió de la oscuridad.

—Sally —murmuró Philip.

Sally se paró y luego se acercó a la valla llevando con ella los perfumes del campo, el olor del heno cortado y del lúpulo maduro, así como la fragancia de la hierba tierna. Sus labios eran suaves y turgentes bajo los labios del joven y el hermoso cuerpo se abandonaba entre sus brazos.

—Leche y miel —murmuró Philip—. Eres como leche y miel.

Eran sus brazos como los de una diosa, pero ninguna inmortal tenía aquella naturaleza exquisita y rústica. Y Philip pensó en un jardín lleno de flores agradables al corazón de todos los hombres: rosas trepadoras, rosas blancas y rojas, madreselvas, farolillos y clemátides.

—¿Por qué me quieres? —le preguntó—. Soy insignificante, torpe y feo.

La muchacha le cogió la cara y le besó en los labios.

—Eres un tonto. Eso es lo que eres.

CXXI

Terminada la recogida del lúpulo, Philip volvió a Londres con los Athelny después de haber recibido la noticia de su nombramiento como ayudante del hospital de San Lucas. Tomó un modesto alojamiento en el barrio de Westminster, y a principios de octubre entró en funciones. El trabajo era interesante y variado; cada día adquiría un nuevo conocimiento. Veía a menudo a Sally. Hacia las seis quedaba libre, exceptuando los días en que le tocaba estar en el servicio de urgencia, e iba a buscarla a la salida del taller de la modista. Había algunos jóvenes que esperaban frente a la entrada o en la esquina; las muchachas saliendo de dos en dos o en pequeños grupos, se daban codazos y se reían al reconocerlos. Con su sencillo traje negro, Sally parecía muy diferente de la campesina que había recogido lúpulo a su lado. La joven salía del portal rápidamente, pero aminoraba el paso en cuanto lo veía, y lo saludaba con su tranquila sonrisa. Echaban a andar juntos por la calle llena de gente. Philip le hablaba de su trabajo en el hospital y Sally le contaba a él todo lo que había hecho durante el día. Sally tenía un agudo sentido del humor, y sus observaciones sobre las muchachas y sobre las oficialas le divertían por su intensa comicidad. Tenía un modo característico de explicar las cosas y ponía la cara seria, como si en lo que decía no hubiera nada cómico. Philip, sin embargo, acababa por estallar en una carcajada. Entonces, la joven le lanzaba una mirada en la que centelleaba la alegría. Se saludaban con un apretón de manos y, al separarse, repetían el ceremonioso acto. Una vez, Philip le preguntó si quería ir a tomar el té a su casa.

—No, no estaría bien.

Nunca se decían ni una palabra de amor. Parecía que ella no deseaba otra cosa que aquellos paseos de buenos amigos. Y, sin embargo, Philip se daba cuenta de que era feliz. La joven le seguía desconcertando. Philip no acertaba a comprender su conducta. Pero cuanto más la conocía más afecto sentía por ella. Era inteligente, equilibrada y honesta, y Philip se daba cuenta de que podría confiar en ella en cualquier circunstancia.

—Eres una buena muchacha —le dijo un día que vino a cuento.

—Creo que soy como todas las demás.

No la amaba. Sentía un gran afecto por ella y le gustaba su compañía, la cual le calmaba y halagaba. Además, experimentaba por ella un sentimiento que parecía extraño sentir por una modistilla de dieciocho años: la respetaba. Admiraba su magnífica salud. Sally era un espléndido ejemplar sin defectos. Y la perfección física llenaba siempre a Philip de un temor respetuoso. Se sentía inferior.

Un día, cerca de tres semanas después de haber vuelto a Londres, mientras paseaban juntos, Philip notó que la muchacha, contra su costumbre, guardaba un insólito silencio. Además, la serenidad de su expresión se hallaba alterada por un

levísimo fruncimiento de ceño.

—¿Qué hay, Sally? —le preguntó.

La joven no le miró; permaneció con los ojos fijos ante sí y enrojeció.

—No lo sé.

Philip comprendió inmediatamente. Palideció y su corazón empezó a latir con rapidez.

—¿Qué quieres decir? ¿Temes…?

Se interrumpió. No se le había ocurrido tal posibilidad. Vio que los labios de la muchacha temblaban un poco:

Sally estaba haciendo grandes esfuerzos para no llorar.

—No estoy todavía segura. Quizá se resuelva todo bien.

Caminaron en silencio hasta la esquina de Chancery Lane, donde solían separarse. Sally le dijo sonriendo:

—No te preocupes aún. Esperemos.

Philip se alejó con una multitud de pensamientos que entrechocaban en su cerebro. ¡Qué idiota había sido! Sí, había procedido como un miserable idiota. Se lo repitió una docena de veces, furibundo. ¡Haberse metido en semejante embrollo! Pero al mismo tiempo, mientras sus pensamientos se sobreponían unos a otros en una enorme confusión, como piezas de un rompecabezas vistas en el curso de una película, Philip se preguntó qué debía hacer. Su porvenir se le había aparecido hasta entonces con toda claridad y había anhelado durante mucho tiempo llegar a una meta, y he aquí que su increíble estupidez le creaba un nuevo obstáculo. No había perdido nunca la costumbre, que reconocía nefasta para su deseo de una vida ordenada, de anticipar el futuro. En cuando volvió a ingresar en el hospital se había dedicado a preparar su viaje. Durante el pasado se había esforzado a menudo en no pensar demasiado minuciosamente en sus proyectos para el porvenir. Era una cosa descorazonadora, porque sobrevenía siempre la imposibilidad de realizarlos. Pero ahora, tan próximo a llegar a la meta, no había nada de malo en abandonarse a aquel placer. Primero de todo pensaba en ir a España, la tierra de su corazón. Estaba impregnado de su espíritu, de su romanticismo, de su color, de su grandeza. Sabía que aquella tierra guardaba para él algo que ningún otro país hubiera podido darle. Conocía sus ciudades como si hubiese andado por sus calles desde su infancia. Los grandes pintores españoles eran sus pintores predilectos. Su pulso latía más rápidamente cuando se imaginaba el éxtasis que experimentaría ante aquellos cuadros, más significativos que todos los demás, para su alma torturada e inquieta. Había leído a sus grandes poetas, que poseían el carácter de la razón más que los poetas de los demás países. Porque los poetas parecían haber extraído su inspiración directamente de la llanura tórrida y perfumada y de las ásperas montañas de su patria. Faltaban unos cuatro meses para que oyera con sus oídos el lenguaje que parecía

hecho para traducir la grandeza del alma y la pasión. Su gusto refinado le hacía intuir que Andalucía era demasiado blanda y sensual y quizá también un poco vulgar e inadaptada a su ardor. Su imaginación se representaba con mayor interés la llanura azotada por el viento de Castilla y la magnificencia de Aragón y de León. Ignoraba las reacciones que provocaría en él aquel contacto, pero esperaba extraer de aquellos lugares una fuerza que le haría capaz de afrontar y comprender la multitud de maravillas de lugares más misteriosos y más lejanos.

En suma, esto no sería más que el principio. Philip se había puesto ya en relación con las distintas sociedades de navegación que llevan un médico en sus buques, y conocía exactamente los itinerarios y las ventajas y desventajas de cada línea, según las noticias que le habían facilitado algunos de sus colegas que ya habían prestado servicio. Había descartado la Compañía Oriental y a la P. y O., porque era difícil que le admitieran. Por otra parte, el médico de a bordo tenía muy poca libertad en esas compañías. Pero había buques de carga que marchaban a Oriente, haciendo escala en una gran cantidad de puertos, donde permanecían bastantes días. Así que había tiempo de visitar el lugar de la escala y, a menudo, era incluso posible hacer una excursión al interior. El sueldo era modesto y la comida apenas suficiente, y por tales causas los aspirantes eran pocos. Con un diploma de la Academia de Londres era casi seguro que uno fuera aceptado. Como no iban pasajeros, si no era alguno eventual que marchara por asuntos de negocios de un punto de escala a otro, la vida a bordo era tranquila y agradable. Philip se sabía de memoria la lista de los puertos donde aquellos buques se detenían y cada uno de ellos despertaba en él visiones de sol tropical, de colores, de cuentos de hadas, de vida misteriosa e intensa…

Y ahora surgía aquel contratiempo. Excluía la posibilidad de que Sally se hubiese engañado. Poseía la extraña seguridad de que la sospecha de ella era fundada. Después de todo, la cosa era lo más natural del mundo, pues la madre Naturaleza la había hecho de modo que pudiera traer hijos al mundo. Sabía lo que hubiera tenido que hacer. El incidente no debía apartarle ni un milímetro de su camino. Pensó en Griffiths imaginando con qué indiferencia habría recibido aquella noticia. Habría pensado que era una cosa fastidiosa y se hubiese sacudido aquel peso con gracia sin igual, dejando que la muchacha se las arreglara como pudiese. Se dijo a sí mismo que lo acaecido era inevitable. La culpa debía ser distribuida por partes iguales. Sally conocía la realidad práctica y se había expuesto al riesgo con los ojos abiertos. Sería una locura permitir que aquel episodio deshiciese todo el propósito de su vida. Pocas personas poseían tanta conciencia de lo transitorio de la vida y de la necesidad de extraer de ella todo lo posible. Haría todo lo que pudiera por Sally. Le daría una discreta suma de dinero. Un hombre fuerte no se deja apartar de su camino.

Todo esto se lo decía a sí mismo, pero sabía que no obraría de aquel modo. No podía. Se conocía muy bien.

—Soy demasiado débil —murmuró desesperado.

Sally era buena y tenía confianza en él; por lo tanto, él no podía obrar de un modo que, a pesar de todos los razonamientos, consideraba horrible. Sabía que no hubiera gozado de sus viajes y que se habría acordado constantemente de la infelicidad de Sally. Por otra parte, estaban su padre y su madre. Le habían tratado siempre bien y era imposible corresponder con aquella ingratitud. Lo que había de hacer era casarse con Sally inmediatamente. Escribiría al doctor South anunciándole su matrimonio y diciéndole que si mantenía su oferta estaba dispuesto a aceptarla. El tipo de clientela pobre era el único posible para él. Para ellos su deformidad no tenía importancia y, además, ninguno se burlaría de las maneras sencillas de su mujer. El pensar en Sally como su mujer hizo nacer en él un sentimiento dulce y extraño. Una ola de emotividad invadió su corazón ante la idea de aquel hijo suyo. No dudaba de que el doctor South se sentiría feliz de tenerlo a su lado, y se imaginó la vida con Sally en el pueblo de pescadores. Habitaría una casita de cara al mar y él vería a las grandes naves partir hacia países que no conocería nunca. Quizá era aquello lo más sensato. Cronshaw le había dicho que los hechos de la vida no cuentan nada para quien con el poder de la imaginación posee los reinos gemelos del espacio y del tiempo. Era verdad.

Como regalo de boda ofrecería a su mujer el sacrificio de sus grandes esperanzas. Toda la noche fue agitado por aquel pensamiento. Estaba tan excitado que no podía leer. Una fuerza le impulsó a salir a la calle, y empezó a caminar arriba y abajo por Birdcage Walk, con el corazón anhelante. Dominaba a duras penas su impaciencia. Tenía deseos de ver la felicidad de Sally cuando escuchara su oferta. Si no hubiera sido tan tarde, habría ido a reunirse con ella. Se figuraba las largas veladas que pasarían juntos en el saloncito recogido, con las persianas abiertas para poder contemplar el mar; él con su libro, ella inclinada sobre su trabajo. La lámpara, velada con una pantalla, haría aún más bello su rostro suave. Hablarían del niño, y ella posaría en él sus ojos iluminados por el amor. Los pescadores y sus mujeres tomarían poco a poco cariño al joven médico y a su mujer, y ellos, a su vez, tomarían parte en las alegrías y en los dolores de aquellas existencias sencillas. Pero sus pensamientos volvían al hijo que nacería de ella y de él. Sentía ya una apasionada devoción por aquella criatura. Le parecía que pasaba la mano por los perfectos y pequeños miembros. Porque sería indudablemente bello y realizaría todos sus sueños de una vida rica y variada. Pensando en el largo peregrinaje de su pasado lo aceptaba alegremente. Aceptaba la deformidad que le había hecho la vida tan difícil. Sabía que había alterado su carácter, pero ahora se daba cuenta de que precisamente provenía de ello la facultad de introspección que le había procurado momentos tan dichosos. Sin su defecto no hubiese gozado nunca de un modo tan intenso de la belleza, del arte, de la literatura y de los distintos espectáculos de la vida. El escarnio y el desprecio de

que había sido objeto le habían hecho replegarse en sí mismo y encontrar flores que nunca habían perdido su perfume. Comprendió que el hombre normal es la cosa más rara que existe. Todos tienen un defecto físico o moral. Se acordó de todos los que había conocido —el mundo era como un hospital sin poesía ni prosa—, y vio una larga procesión. Unos eran deformes de cuerpo y otros de espíritu, otros estaban enfermos de la carne —corazones débiles o pulmones congestionados— y otros neurasténicos, abúlicos y alcoholizados. En aquel instante experimentó una infinita piedad por todos. Eran instrumentos impotentes de un ciego destino. Ahora podía perdonar a Griffiths su traición, a Mildred los dolores que le había causado. No era culpa de ellos. Lo único razonable era aceptar la bondad de los hombres y soportar con paciencia sus defectos. Las palabras del Salvador agonizante acudieron a su memoria: «Perdónalos porque no saben lo que se hacen.»

CXXII

El sábado estaba citado con Sally en la National Gallery. La muchacha debía ir en cuanto saliera de la tienda, para almorzar juntos. Habían transcurrido dos días desde la última conversación y el júbilo no había abandonado a Philip ni un solo instante. Feliz con aquel sentimiento, no había intentado ver a Sally. No hacía otra cosa que repetirse lo que le diría. Su impaciencia le resultaba ahora insoportable. Había escrito al doctor South y llevaba en el bolsillo el telegrama recibido aquella mañana: «Licenciado idiota enfermo oídos. ¿Cuándo viene?»

Recorrió Parliament Street. El día era bello y el sol claro hacía vibrar la luz en la calle llena de gente. A lo lejos una niebla ligera suavizaba los contornos de los palacios. Atravesó Trafalgar Square. De pronto su corazón dio un salto. Vio a una mujer que le pareció Mildred. Tenía la misma línea y andaba arrastrando los pies ligeramente como ella. Instintivamente, pero con el corazón latiéndole con fuerza, apresuró el paso. Cuando estuvo a su lado vio que era una desconocida mucho más vieja que Mildred y con la piel amarillenta y arrugada. Continuó andando con paso lento. Experimentaba una sensación de alivio y al mismo tiempo de desesperanza. ¿No se libraría nunca de aquella pasión? Sentía que un deseo desesperado y ardiente por aquella mujer abyecta había temblado siempre, a pesar de todo, en el fondo de su corazón. Aquel amor le había producido tantos sufrimientos que nunca conseguiría liberarse completamente de él. Sólo la muerte lo apaciguaría para siempre.

Echó aquella angustia de su corazón. Pensó en Sally y en sus cándidos ojos azules. Inconscientemente sonrió. Subió la escalera de la National Gallery y sentóse en la primera sala, para poderla ver en cuanto entrase. Entre los cuadros se sentía siempre feliz. No miró ninguno de ellos detalladamente, pero permitió que la magnificencia de sus colores y de sus contornos actuase sobre su alma. Pensaba en Sally. ¡Qué suerte arrancarla de aquel Londres en el que parecía desplazada como una flor silvestre en una tienda de flores entre las orquídeas y las azaleas! En el campo de lúpulo del Kent se había dado cuenta de que ella no pertenecía a la ciudad y estaba seguro de que bajo el dulce cielo del Dorset su belleza florecería más lozana.

Se levantó para salirle al encuentro cuando la vio entrar. Iba vestida de negro, con puños blancos y un cuellecito de batista. Se estrecharon la mano.

—¿Hace mucho rato que esperas?

—No, diez minutos. ¿Tienes apetito?

—No mucho.

—Como gustes.

Permanecieron sentados sin hablar. Philip gozaba al tenerla a su lado. Su radiante salud le producía una sensación de entusiasmo. Parecía como si una aureola vital brillara en torno suyo.

—Bien, ¿y cómo estás? —le preguntó al cabo sonriendo.

—¡Oh!, muy bien. Fue una falsa alarma.

—¿De veras?

—¿No estás contento?

Una extraña sensación se apoderó de Philip. No había pensado nunca en la posibilidad de un error. Todos sus proyectos se venían abajo. Y la vida que se había imaginado no era otra cosa que un sueño que no se realizaría nunca. Una vez más era libre. ¡Libre! No tenía ya necesidad de renunciar a sus proyectos. La vida estaba nuevamente entre sus manos y podría hacer lo que deseara. Pero no experimentó ninguna alegría. El porvenir se presentaba ante él vacío y desolado. Era como si hubiese navegado durante muchos años en una gran extensión de agua, entre peligros y privaciones, y hubiese llegado por fin a un puerto tranquilo, pero en el momento de entrar en él un viento contrario se hubiera levantado empujándole nuevamente hacia alta mar. Y como había dejado que su mente errase por los suaves prados y bosques rientes de la tierra, le llenaba de angustia. No se sentía con fuerza para afrontar la soledad y la tempestad.

Sally le miró con luminosos ojos.

—¿No estás contento? —repitió—. Creí que ibas a estar más contento que unas Pascuas.

Sus ojos se encontraron.

—No me parece natural estarlo —murmuró Philip.

—Eres divertido. La mayoría de los hombres no dirían eso.

Philip se había engañado. No era la abnegación lo que le había inducido a pensar en el matrimonio, sino el deseo de tener una mujer, una casa, un afecto. Y ahora le parecía que todo esto se esfumaba. Fue presa de desesperación. Deseaba aquello más que toda otra cosa en el mundo. ¿Que le importaba España con sus ciudades, Córdoba, Toledo, León? ¿Qué le importaban las pagodas de Birmania y los archipiélagos de los mares del Sur? América podía quedarse donde estaba. Durante toda su vida había seguido un ideal instigado por los escritos y las palabras de otras personas y nunca por los deseos de su corazón. Toda su conducta había sido influida por lo que creía que tenía que hacer y no por lo que deseaba con toda su alma. Ahora apartaba todo esto de sí con un gesto de impaciencia. Había vivido siempre para el futuro, y el presente se le había escapado de entre las manos. ¿Y sus ideales? Pensó en su deseo de componer un dibujo complicado y maravilloso con los innumerables hechos de la vida. Pero ¿no había visto que el dibujo más sencillo, el de un hombre que nacía, trabajaba, se casaba, tenía hijos y moría, era el más perfecto? Abandonarse a la felicidad era quizá aceptar la derrota. Pero una derrota es preferible a muchas victorias.

Lanzó una mirada a Sally. ¡Quién sabe en lo que estaba pensando! Luego miró a

otro lado.

—Quería pedirte que te casaras conmigo.

—Ya lo había pensado. Pero no quería contrariar tus proyectos.

—No los contrarías de ningún modo.

—¿Y tu viaje a España y a otros sitios?

—¿Cómo sabes que deseo viajar?

—A la fuerza. ¡Tú y papá habéis hablado tanto de ello!

—No me importa ya nada —hizo una breve pausa, y a continuación añadió en voz baja y ronca—: ¡No quiero dejarte, no puedo dejarte!

Sally no respondió. Imposible saber en qué pensaba.

—¿Te casarás conmigo, Sally?

La muchacha no se movió. No apareció ninguna señal de turbación en su rostro, pero no le miró mientras respondía:

—Si tú quieres…

—¿No lo deseas?

—¡Oh!, desde luego que me gustaría tener una casa mía. Y ya es tiempo de que piense en acomodarme.

Philip sonrió. La conocía bastante ahora y no se asombró de su respuesta.

—Pero ¿no quieres casarte precisamente conmigo?

—No me casaría con ningún otro.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Mamá y papá se sorprenderán mucho, ¿no te parece?

—¡Soy tan feliz!

—¿Vamos a almorzar?

—¡Querida!

Sonrió, le cogió la mano y se la estrechó. Se levantaron y salieron de la Gallery. Detuviéronse un momento junto a la balaustrada y dirigieron la vista a Trafalgar Square. Coches y ómnibus corrían en todas direcciones, la multitud pasaba presurosa y el sol brillaba.

WILLIAM SOMERSET MAUGHAM (París 1874 - Niza 1965), Narrador y dramaturgo inglés, considerado un especialista del cuento corto. Fue médico, viajero, escritor profesional y agente secreto. Comenzó su carrera como novelista, prosiguió como dramaturgo y luego alternó el relato y la novela. Fue un escritor rico y popular: escribió veinte novelas, más de veinte piezas de teatro influidas la mayoría por O. Wilde y alrededor de cien cuentos cortos.

Su éxito comercial como novelista y más tarde como dramaturgo le permitió vivir de acuerdo con sus propios gustos; y así, pudo viajar no sólo por Europa, sino también a través de Oriente y de América. Durante la primera Guerra Mundial llevó a cabo una misión secreta en Rusia. Durante muchos años (salvo durante el paréntesis del segundo gran conflicto bélico) vivió en St. Jean-Cap Ferrat, en la Costa Azul.

Su ficción se sustenta en un agudo poder de observación y en el interés de las tramas cosmopolitas, lo que le valió tantos halagos como críticas feroces: unos lo calificaron como el más grande cuentista inglés del siglo XX mientras otros lo acusaron de escribir por dinero. Servidumbre humana (1915) es la narración con elementos autobiográficos de su aprendizaje juvenil, y en La luna y seis peniques (1919) relató la vida del pintor Paul Gauguin. Su obra novelística culminó con El filo de la navaja (1944), el más célebre de sus títulos.

Notas

[1] Personaje de una novela de Bernard Shaw titulada *La profesión de la señora Warren*. <<

[2] En Londres hay servicio telegráfico para el interior de la ciudad *(N. del t.)* <<